

Panorama lingüístico de las Islas Canarias

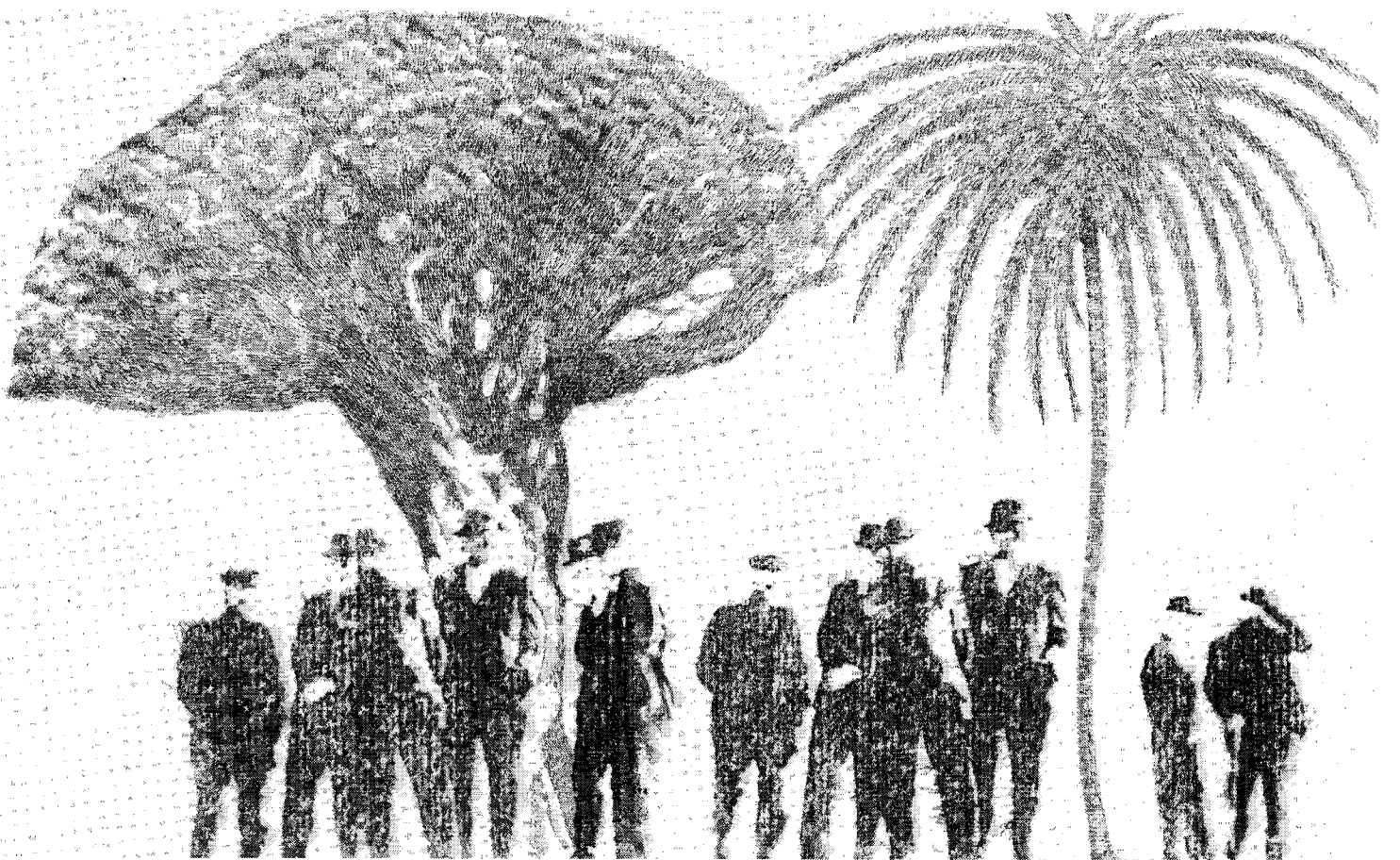
Por Gregorio Salvador

Gregorio Salvador (Cúllar-Baza, Granada, 1927) es miembro de número de la Real Academia Española y catedrático de la Universidad Complutense. Dialectólogo y lexicólogo fundamentalmente, se ha ocupado también de crítica literaria. Es autor de libros como *Semántica y lexicografía del español*, *Estudios dialectológicos* y *Lengua española y lenguas de España*.

Hace treinta años, más o menos, muy poco se sabía del español hablado en Canarias. Hoy constituyen esas islas la parcela geográfica más conocida y mejor estudiada, dialectalmente, de nuestra lengua. Había aparecido, en 1959, *El español hablado en Tenerife*, de Manuel Alvar, y Diego Catalán publicó, en 1964, *El español en Canarias*. En 1966 ambos investigadores tuvieron un rifirrafe científico-metodológico en la *Zeitschrift für romanische Philologie*, y ese mismo año ocupé yo la cátedra correspondiente en la Universidad de La Laguna. Si algún prestigio profesional me acompañaba era precisamente el que me podía vincular a la dialectología y la geografía lingüística. Me había formado con Alvar y había colaborado con él en el *Atlas Lingüístico-Etnográfico de Andalucía*. Se suponía, por lo tanto, que yo iba a mediar en la cuestión entrando de lleno en el estudio de las hablas insulares; pero decidí abstenerme porque en todo aquello en que le diera la razón a mi maestro se me podría juzgar parcial, y si en alguna ocasión mi investigación confirmaba algo de lo indicado por Catalán, mi testimonio también se hubiese desorbitado. Por otra parte, Alvar tenía ya casi concluso su *Atlas Lingüístico y Etnográfico de las Islas Canarias*, que publicó luego, entre 1975 y 1978, y esas sí que eran palabras mayores en el ámbito de la investigación dialectológica del Archipiélago.

Lo que sí hice fue explicar, durante nueve años, Dialectología hispánica en aquella Universidad, llevar a cabo alguna que otra encuesta con carácter de práctica docente y dirigir varios trabajos. Quiero creer, con inmodestia, que esos nueve cursos, esas prácticas y esas orientaciones algo tuvieron que ver con el desarrollo de la dialectología insular, que tan visiblemente se nos muestra en los dos libros que sirven de base a este comentario.

En estas dos obras hallamos, en la una por vía sintética y en la otra por vía catalogal,



ANTONIO LANCHO

un completo panorama de lo que es el español hablado en el archipiélago y de todo lo que sobre él se ha investigado.

El catálogo antecedió a la síntesis. La *Guía bibliográfica de El español de Canarias*, de Cristóbal Corrales Zumbado y M.ª Angeles Alvarez Martínez, salió unos meses antes que *El español de Canarias*, de Manuel Almeida y Carmen Díaz Alayón. Los cuatro son profesores de Filología española en la Facultad tinerfeña. Corrales fue uno de mis primeros alumnos laguneros y Almeida uno de los últimos. Ni M.ª Angeles Alvarez ni Carmen Díaz Alayón llegaron a serlo, pero la primera se declara discípula mía pese a todo, y de la segunda me gustaría creer que lo piensa. Quiero decir, con estas referencias personales, que conozco muy bien a los cuatro autores, que los estimo y los admiro, que me fío de ellos y que puedo responder de su solvencia.

El repertorio bibliográfico comprende 517 títulos numerados, y para quien se haya movido en ese terreno revela una minuciosidad exquisita, con felices hallazgos insospechados, como esas tres páginas que el maestro Azorín dedicó al habla canaria en sus *Ejercicios de castellano*. Naturalmente no todos los títulos son equivalentes. Si con un número, el 5, y cuatro líneas se registran los tres tomos del atlas de Alvar, que representan, por lo menos, un 50 por 100 de la investigación real de las hablas canarias, no menos de tres necesitan, en el número 334, para dar cuenta de varias líneas que yo había escrito sobre lusismos canarios antes de ir a las Islas y sin otra información que la libresca. Pero éste es achaque común e insalvable de los índices bibliográficos. No tan comunes son, en cambio, las virtudes que deben poseer y que aquí se aprecian con claridad: la búsqueda sistemática, el rigor en las referencias y el conveniente y adecuado criterio. Virtudes que les han sido tan naturales en su trabajo que ni siquiera conciben su carencia, y así se sorprenden en la introducción de la escasez de títulos referentes a Canarias, menos de 100, que presenta una obra bibliográfica de ámbito dialectal hispánico aparecida cuando ellos tenían la suya casi lista para la imprenta, la de Antonio Viudas Camarasa, sin advertir la razón de tal pobreza: el extravagante criterio empleado por el autor, que registra sólo títulos publicados por instituciones provinciales o locales, lo cual puede ser útil para obtener determinadas subvenciones dentro del aldea-

nismo cultural imperante, pero da lugar a adefesios de este tipo, donde la ciencia se hace municipal y ni siquiera espesa, sino rala y con notables calvas. Perdónese esta digresión, pero es que el repertorio de Viudas está produciendo notables despistes en dialectólogos primerizos o incautos, y lo que pretendo es convertir la sorpresa manifestada por Corrales y Alvarez en pasmo e incluso soponcio, porque no es para menos.

A la vista de mecenazgos tan miopes que puedan propiciar obras como ésta, uno no deja de extrañarse ante el hecho de que un libro como el de Almeida y Díaz Alayón haya tenido que ser impreso a expensas de los propios autores y carezca de vías de distribución en la Península. Porque se trata, desde luego, de la primera síntesis, construida como tal síntesis, de las hablas canarias, utilizando sabiamente toda la bibliografía conocida, pero también mucha investigación propia, lo que hace del libro algo más que un mero texto de divulgación o un manual de clase. De la capacidad investigadora de Almeida da idea el hecho de que en los primeros meses de 1990, haya publicado tres monografías, *El habla rural de Gran Canaria*, editada por la Universidad de La Laguna, que fue su tesis doctoral, leída en 1983; *El habla de Las Palmas de Gran Canaria*, patrocinada por el Cabildo Insular, y *Diferencias sociales en el habla de Santa Cruz de Tenerife*, como publicación del Instituto de Estudios Canarios. Mucho de lo que en es-



En este número

Artículos de

Gregorio Salvador	1-2	Claudio Prieto	8-9
Francisco Rodríguez Adrados	3	Guido Brunner	10-11
Francisco Ynduráin	4-5	Antonio Blanco Freijeiro	12
Francisco Ayala	6-7		

SUMARIO en página 2

Viene de la página anterior



Panorama lingüístico de las Islas Canarias

tos libros se pormenoriza, ya estaba compendiado en el que ahora nos ocupa.

Dicen los autores de la guía bibliográfica que «dentro de unos años serán quizá más las publicaciones sobre el español de Canarias que no estén incluidas en esta obra que las que aquí figuran» (pág. 15). En siete se sitúa la media de los años necesarios para que se duplique la bibliografía existente sobre una materia, en esta aterradora progresión geométrica con que se va multiplicando la literatura científica sobre cualquier tema. Tal vez en el que tratamos no se necesiten tantos si Almeida sigue produciendo a ese ritmo. Todos los libros que he citado, incluido el que aquí se comenta, son ya adiciones a esa guía. Y hay otros cuantos lingüistas jóvenes en el Archipiélago que tampoco cesan de publicar. Como además, en abril pasado, se celebró en el Puerto de la Cruz el Congreso conmemorativo del vigésimo aniversario de la fundación de la Sociedad Española de Lingüística, cuyas actas van a salir en seguida, y se leyeron bastantes comunicaciones de tema canario, el crecimiento biblio-

Qué es

SABER Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Información y Prensa

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

gráfico, en tan sólo año y medio, ha resultado espectacular. La obra de Corrales y M.^a Angeles Alvarez va a requerir muy pronto una nueva edición bien aumentada.

También diserté yo en ese congreso que digo, donde me reservaron la ponencia de clausura, sobre las hablas canarias. Basándome en muchos años de observación, desde mi experiencia de dialectólogo, y en la información, exhaustiva y consustancialmente objetiva la una, seleccionada y subjetivamente elaborada la otra, que me proporcionaron las dos obras que aquí traigo.

La pluralidad de las hablas canarias es tan evidente que cualquier intento de considerarlas como un todo coherente y unitario las deforma y las falsea. Por otra parte, esa pluralidad es fundamentalmente geográfica y en escasa medida social. Sin embargo, las investigaciones sociolingüísticas han predominado sobre las de lingüística geográfica en los últimos tiempos. Podría añadirse que en Canarias como en todas partes. He llamado insistentemente la atención, desde hace muchos años, sobre la inadecuación de los modelos sociolingüísticos norteamericanos al estudio de las variedades dialectales españolas, que son diatópicas esencialmente y corresponden a una lengua hablada por sociedades, se mire como se mire, escasamente estratificadas. Ya lo explicaba así en mis clases de dialectología en La Laguna, pero pueden más las modas que las prédicas y, hoy por hoy, en lo que concierne al español de Canarias, contamos con más números que líneas, domina la aritmética sobre la geometría, abundan las cuantificaciones irrelevantes, pero quedan bastantes isoglosas por dibujar. La existencia del «ALEICan» parece eximir de otros primores geográfico-lingüísticos, pero el atlas comprende 51 puntos de encuesta y las isoglosas que desde él se aprecian resultan, obligadamente, de trazo grueso, y sobre todo no conviene olvidar que los atlas lingüísticos se hacen para orientar trabajos monográficos posteriores que completen y adelgacen las líneas que ellos esbozan.

Que la pluralidad es más bien geográfica que social queda demostrado por la preocupación que muestran últimamente diversos

lingüistas canarios ante la inexistencia de una norma insular. Lo expresan muy claramente M. Almeida y C. Díaz Alayón, que echan de menos «la existencia de un grupo social con el suficiente prestigio para aglutinar en torno a sí una conciencia lingüística determinada y, al mismo tiempo, una norma única para todo el Archipiélago» (pág. 14). Si las diferencias en el hablar canario fueran sociales y no locales, ese grupo prestigioso naturalmente existiría, porque siempre se hallan en la pirámide social algunas personas que por su saber, por su cultura, resultan modélicas lingüísticamente y marcan, en su conjunto, las reglas correspondientes al bien hablar, lo que es fácilmente aceptado y ayuda a mantener el equilibrio normativo. Pero esos grupos, que existen, nivelan usos distintos en Santa Cruz de Tenerife que en Las Palmas, y aun en La Laguna o La Orotava con respecto a Santa Cruz, por no entrar ya en el problema de las islas menores.

La única norma cohesiva válida para el Archipiélago es, como para el resto del mundo hispánico, la de mantenerse en la pauta establecida por la lengua estándar literaria, en la que todos coincidimos. Más operante tal norma en los núcleos urbanos que en los medios rurales, «resulta inevitable —según lamentan Almeida y Díaz Alayón— que algunos

elementos léxicos característicos de las hablas isleñas, como «águila», «bomba», «cigarrón», «encarnado» y «cañoto», supuestamente desprovistos del necesario prestigio, sean paulatinamente reemplazados, respectivamente, por las formas «cometa», «globo», «saltamontes», «rojo» y «zurdo», de mayor difusión» (pág. 15). De muy diverso grado caracterizador son los ejemplos espigados, tal vez ninguno exclusivo de las islas, como ocurre igualmente con los rasgos de pronunciación. Sobre variedades, peculiaridades y el problema de la norma regional hablé yo en esa ponencia que digo, y tampoco me quiero repetir.

Los dos libros comentados nos permiten disponer, con orden y concierto, del panorama lingüístico que nos ofrecen las Islas hoy, de lo que se sabe y de lo que aún queda por saber, de lo que son hechos probados y de lo que son opiniones discutibles. Representan el balance de treinta años de creciente investigación dialectológica y constituyen la plataforma imprescindible para emprender, cubriendo huecos o rebatiendo hipótesis, nuevas empresas indagatorias sobre las hablas isleñas y su conexión con la lengua en su totalidad. Invitan claramente a ello, lo alimentan, y ésa es, sin ningún género de dudas, su máxima virtud. □

RESUMEN

La aparición, con pocos meses de diferencia, de dos libros sobre el español de Canarias, una guía bibliográfica y una síntesis concebida como manual universitario, sirve de base a Gregorio Salvador para recordar lo que ha

sido la investigación dialectológica de las Islas Canarias, con la cuantiosa aportación de Alvar, su propia vinculación universitaria con las Islas y la pluralidad esencial de las hablas insulares.

Cristóbal Corrales Zumbado y M.^a Angeles Alvarez Martínez

El español de Canarias. Guía bibliográfica

Instituto de Estudios Canarios, La Laguna, 1988. 86 páginas. 500 pesetas.

Manuel Almeida y Carmen Díaz Alayón

El español de Canarias

Santa Cruz de Tenerife, 1989. 238 páginas. 1.200 pesetas.

SUMARIO

	Págs.
«Panorama lingüístico de las Islas Canarias», por Gregorio Salvador, sobre los libros <i>El español de Canarias. Guía bibliográfica</i> , de C. Corrales y M. ^a Angeles Alvarez, y <i>El español de Canarias</i> , de Manuel Almeida y Carmen Díaz	1-2
«La tragedia, una constante en el ser humano», por Francisco Rodríguez Adrados, sobre el libro <i>Ayer y hoy de la tragedia</i> , de Alberto Díaz Tejera	3
«Literatura y negritud», por Francisco Ynduráin, sobre el libro <i>El tambor</i> , de Iñigo de Aranzadi	4-5
«Un instrumento de formación de la opinión», por Francisco Ayala, sobre el libro <i>Vida política y televisión</i> , de José Miguel Contreras	6-7
«Humanidades del artista», por Claudio Prieto, sobre el libro <i>Lecciones de vida</i> , de Yehudi Menuhin	8-9
«Preludio de guerra mundial», por Guido Brunner, sobre el libro <i>Der Pakt</i> , de Ingeborg Fleischhauer	10-11
«Lengua y cultura ibéricas», por Antonio Blanco Freijeiro, sobre el libro <i>Iberische Landeskunde</i> (III. «Tarraconensis»), de Antonio Tovar	12

La tragedia, una constante en el ser humano

Por Francisco Rodríguez Adrados

Francisco Rodríguez Adrados (Salamanca, 1922) es catedrático emérito de Filología Griega de la Universidad Complutense de Madrid y presidente de la Sociedad Española de Estudios Clásicos. Creador de una escuela de helenistas y lingüistas, dirige las revistas *Emérita* y *Española de Lingüística*, el *Diccionario Griego-Español* y la «Colección Alma Mater de Autores Griegos y Latinos».

Se trata de un ensayo, bien documentado y de grata lectura al tiempo, sobre la esencia de lo trágico; ensayo que enlaza con un estudio de los valores trágicos de *Las moscas*, de Sartre; la *Antígona*, de Sófocles y la de Anouilh; la *Fedra*, de Unamuno (en relación con sus precedentes antiguos); la *Muerte de un viajante*, de Miller, y *Asesinato en la Catedral*, de Eliot (obra que considera que no es propiamente una tragedia). Es un libro muy sugestivo para el que en su momento escribí un prólogo y que querría ahora presentar aquí.

Todo él está dominado por la preocupación de definir la tragedia; no meros momentos trágicos, que existen desde la *Iliada* y son casi omnipresentes en toda la literatura. Es sabido que han existido multiplicidad de definiciones, y yo mismo me ocupé del tema en un pequeño libro titulado *El héroe trágico y el filósofo platónico* (Madrid, Taurus, 1962). No se ha llegado nunca a una definición rigurosa y aceptada por todos: y ello porque la tragedia, a partir de los griegos, se da en condicionamientos históricos diversos que introducen importantes modificaciones. Algunas son estudiadas, precisamente, en el libro.

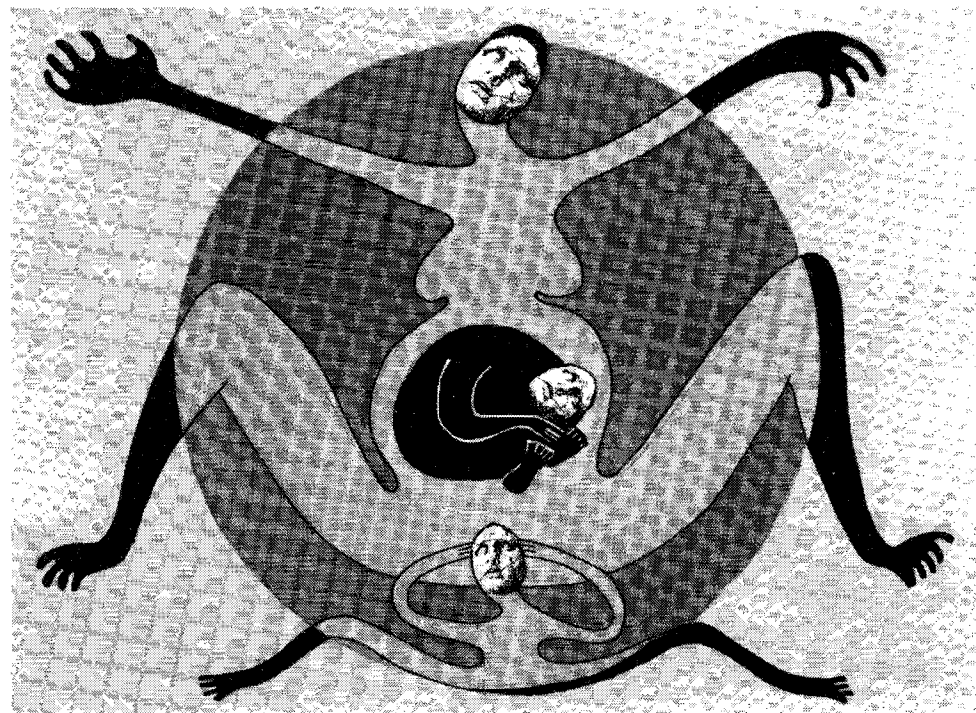
Pero éste deja no menos claro que la tragedia, a partir de aquel momento inaugural, vuelve a surgir una y otra vez porque constituye una constante humana; y que existen rasgos generales que la caracterizan. Por más que a lo largo de la historia aparezcan repetidamente movimientos antitrágicos que intentan sanar la naturaleza humana salvándola del enfrentamiento y el conflicto trágicos, dirigiéndola a una paz racional o religiosa. Si dentro de estos movimientos se crean obras trágicas, llevan al final a una conciliación, a una paz, aunque sea por el martirio, como en la tragedia cristiana (y, por tanto, no enteramente trágica) que es el *Asesinato en la Catedral*.

Pero dejemos este tema de momento. Nuestro autor abre su libro con dos capítulos que son estrictamente complementarios: uno titulado «Rasgos fundamentales y constantes de lo trágico en la tragedia griega», y otro «Lo trágico en Aristóteles, Hegel y Karl Jaspers». Como se ve, practica una selección; no se trata de hacer un repaso exhaustivo a todas las concepciones de lo trágico.

Lo trágico no consiste meramente en hechos, sino en reflexión sobre ellos, en interrogación sobre las contradicciones que envuelven la vida del hombre. El punto de partida está, ciertamente, en la acción: en una acción contra la corriente que debe en todo caso realizarse, aunque lleve al fracaso o al sufrimiento. Pero luego viene la interrogación, a la manera de Edipo, que no cesa hasta investigar algo que es por definición peligroso.

De otra parte, la acción trágica es lineal, histórica, única: no meramente mítica o recurrente. Parte de un dilema en el que hay que tomar una decisión, aunque ello suponga un riesgo profundo. Los trágicos antiguos reflexionan una y otra vez sobre esto y nuestro libro está sembrado de bellas citas sobre el tema. Es una acción en una situación límite, una acción ambivalente: los griegos no conocieron una manifestación revelada de la voluntad divina.

Más todavía: la acción trágica, tal como la describen las piezas antiguas, es trascendente: es arquetípica, revierte en toda la hu-



VICTORIA MARTOS

manidad, afecta a todos los hombres. La disponibilidad de éstos para lo trágico revela su naturaleza.

Todo esto, deducido del análisis de los trágicos griegos, vuelve más o menos modificado en el segundo capítulo, que se ocupa de los tres pensadores mencionados. Díaz Tejera vuelve a estudiar el torturado pasaje de la *Poética*, de Aristóteles, en que el filósofo habla de «la compasión y el miedo», que él interpreta como «el desasosiego y el terror» que provocan la «kátharsis» o purificación, purgación, de las afecciones del público. Crítica con razón la interpretación de Else, quien propuso la purificación de los propios personajes trágicos. De aquí llega Díaz Tejera a una conclusión novedosa dentro de la moderna bibliografía: la tragedia, que predica «sophrosyne», busca evitar la indefensión del hombre, evitar en la vida el fracaso trágico. Creo que esto es importante. Aunque yo añadiría dos cauciones.

La primera, que los trágicos, que predicaban esa posición antitrágica, admiran al héroe trágico que, sin embargo, es para ellos un modelo humano; y ven, ciertamente, los riesgos de la acción trágica, pero no dan realmente un modelo de conducta independiente (lo intentaron los socráticos), sólo advierten del riesgo. La segunda caución es que en la poco atendida teoría teatral del *Banquete* platónico, tragedia y comedia ofrecen una liberación de la pasión. Me ocupé de este tema hace años en un trabajo publicado en la revista *Emérita* (37, 1969, págs. 1-28).

Muy interesante es el estudio relativo a Hegel. Díaz Tejera señala sus méritos sobre el tema de la objetividad de la culpa y de la tesis y la antítesis enfrentadas en la *Antígona*. Y por mucho que sean dignas de tener en cuenta matizaciones que dicen que se trata de un enfrentamiento de caracteres, no meramente de ideas, es claro que su planteamiento del conflicto es correcto. Hoy se tiende, por lo demás, a pensar que tanto en Creonte como en Antígona encontramos, en principio, posturas en algún modo correctas y limitaciones también: por eso ambos personajes son castigados.

Es importante es la contribución de Jaspers, que señaló la presencia de las coordenadas trágicas fuera de Grecia. Insiste en la posición central de la acción y en que el hombre, mediante ella, fabrica su destino y también su ruina. Hay otros rasgos a los cuales Tejera aludía ya en el capítulo inicial y que hemos apuntado. Entre ellos, la apertura del ser humano: «el ser se muestra en el fracasar»; y la noción de la liberación.

A partir de aquí, los capítulos siguientes persiguen los nuevos descubrimientos de la idea trágica en circunstancias muy diferentes y ofreciendo siempre matices diferentes. Ya hemos anticipado las obras a que estos estudios, muy sugestivos, se refieren. A veces los nuevos trágicos parten de un mito: así Sartre en *Las moscas*. Otras, de la reelaboración de una tragedia antigua: caso de Anouilh en *Antígona*. O de varias tragedias: la *Fedra* de Unamuno reelabora a Eurípides, Séneca y Racine. O se trata de argumentos totalmente nuevos, así en los casos de Miller y Eliot. Y no es precisa la coincidencia formal: es más trágica, nos dice nuestro autor, la obra de Miller que la de Eliot, aunque ésta maneje los coros y otros elementos antiguos.

Se trata de análisis muy finos que resulta imposible describir aquí en detalle. A partir de los temas antiguos se puede llegar a planteamientos muy diferentes. Sartre presenta el poder y la religión (representados por Egipto y Júpiter) como factores alienantes, mientras que Orestes busca, a través del crimen, una libertad sin barreras. Ningún dios le ha dado órdenes. Toda la obra de Sartre, que es la lucha por la libertad, se refleja aquí. Pero es una libertad trágica: «No debías haber creado libre al hombre», dice Orestes a Júpiter.

En cuanto a la *Antígona* de Anouilh, explora, como se sabe, el tema del poder. La comparación de las dos *Antígonas*, la de Sófocles y ésta, en relación con este tema, se ha hecho varias veces. Este nuevo estudio está muy ajustado a los textos y añade, sobre todo, algo nuevo: el tema de la libertad de Antígona, de su ser para decir «no» a Creonte, negando toda apetencia de felicidad. A su vez, Creonte es un hombre a quien ha caído el oficio de mandar y no quiere ser tirano, pero Antígona y Hemón le fuerzan a ello. Cada cual tiene su propio papel: es otra forma de conflicto trágico.

Y otra todavía, carnal y concreta, la que aparece en la *Fedra* de Unamuno, cuyas co-

nexiones con Séneca y, a través de él, con el primer *Hipólito*, también con Racine, explora muy bien nuestro autor. Es el amor pasional de Fedra el que está en el centro: desaparece el tema de su honor y buen nombre. O, mejor dicho, cambia: ahora Fedra se suicida en honor de su marido y el hijo de éste para que vivan en paz. Hay casi un sacrificio cristiano, pero impuesto por una situación trágica.

Así podría seguirse. En los ejemplos de Díaz Tejera tenemos, en la obra de Miller, el fracaso del viajante, que logra en este fracaso la victoria de su propio conocimiento. No es ya un héroe: es un hombre del común que experimenta los límites trágicos del sueño americano del éxito. Y tenemos, en la de Eliot, el tema del conflicto trágico del arzobispo Becket, que allí donde hay otras salidas elige el martirio. El camino elegido le lleva a la muerte, pero también a la resurrección en Cristo. Hay serenidad en él, la angustia es sólo cosa del coro. No hay, según nuestro autor, como hemos ya dicho, una tragedia propiamente. Aunque quizá esto sea discutible.

En todo caso, desde los griegos existe la tragedia: no ya elementos trágicos, que son universales. Una y otra vez se ha intentado proponer doctrinas positivas para una vida humana en concordia y armonía, sin conflicto, o con vías para sanar el conflicto; doctrinas que superen la tragedia, que se limita a predicar prudencia, a mostrar el dolor y la muerte resultantes de la decisión humana llevada al límite. Pero la tragedia rebrota porque está en el fondo de la naturaleza humana, con sus esplendores y sus limitaciones. El conflicto está en nosotros en cuanto queramos salirnos de los límites de lo mediocre.

Así, el platonismo quiso acabar con la tragedia y Aristóteles insistió en el momento de superación de lo trágico que lleva dentro. Y también las filosofías subsiguientes, sobre todo el estoicismo; y, sin embargo, en este mismo ambiente surgió la tragedia de Séneca. Ni pudo acabar con ella el Cristianismo, considerado incompatible con la idea trágica, aunque no con un planteamiento trágico inicial. Últimamente, en nuestro siglo, la tragedia rebrotó con más fuerza que nunca.

El marxismo pretendió a su vez una tragedia con final feliz que reflejara una evolución optimista, la que él propone, de la Humanidad; todavía oía yo decir esto, el año pasado en el Simposio de Delfos sobre el teatro antiguo, al profesor Schumacher. Ya se ha visto en qué ha ido a parar toda esa filosofía que prometía el hombre nuevo.

Seguimos con el hombre antiguo, y su mejor definición está en la tragedia (también en la comedia) de los griegos. Ciertamente en el detalle son infinitos los nuevos planteamientos a explorar. Pero las líneas fundamentales están trazadas desde entonces. Esto es lo que nos hace ver el libro que tenemos ante nosotros.

Pues hay que insistir siempre en lo mismo: allí donde existe la tragedia, existe por influjo directo o indirecto de los griegos. Solamente, ese influjo es posible por las constantes de la naturaleza humana. La tragedia nace de ellas y las conforma en literatura una y otra vez. Con mil variaciones y descubrimientos, con otros tantos redescubrimientos. □

RESUMEN

Existen multitud de definiciones sobre la tragedia, sobre la esencia de lo trágico, sin haberse llegado nunca a obtener una definición rigurosa y aceptada por todos. Tal vez, nos dice Rodríguez Adrados, porque la tra-

gedia, a partir de los griegos, se da en condicionamientos históricos muy diversos. Lo que sí es evidente es que aparece siempre en la literatura porque es una constante humana.

Alberto Díaz Tejera

Ayer y hoy de la tragedia. Manifestaciones histórico-literarias de lo trágico

Alfar, Sevilla, 1989. 206 páginas. 2.500 pesetas.

Literatura y negritud

Por Francisco Ynduráin

Francisco Ynduráin (Aoiz, Navarra, 1910) ha sido catedrático de Lengua y Literatura Españolas en las universidades de Oviedo, Zaragoza y Complutense de Madrid, además de rector de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, de Santander. Se ocupa de distintos temas y autores, desde los del Siglo de Oro a los contemporáneos.

Un escritor navarro, Iñigo de Aranzadi, del que acabo de leerme un cuento, *El tambor*, editado por el Centro Cultural Hispano Guineano, me ha abierto un ancho campo de información y reflexiones sobre la literatura que tiene como objeto el mundo de los negros, tanto en la que fuera colonia española como en muchos otros lugares en que han convivido y conviven gentes de diferentes razas. Esto sin excluir la literatura debida a personas de color. Dejo este segundo punto para más adelante, pues quiero ocuparme en primer lugar del libro y autor citados.

El caso es que debemos a Aranzadi bastante más de lo que atañe al ambiente guineano, donde ha pasado muchos años de su vida en tensa actividad, ya que es autor de varias obras de entre las que llamo la atención sobre un cuento, *Viajero de lejos*, publicado en Madrid (1987) en tirada limitada a 500 ejemplares, con ilustraciones de Pedro Lerma («Petrus»). Si parece digresiva esta atención, y aun cuando lo fuere, me exonero de la tacha por la singular calidad que en el relato advierto, tanto por lo ceñido del texto como por el trasfondo que nos asoma a la pura fantasía, o por la hábil estrategia narrativa, que opera con un segundo efecto cuando ya parecía cerrado el cuento. Recurso de la mejor calidad, jugado ahora con singular eficacia, pues aquí el dibujo resulta cómplice del final cuando el desenlace queda aplazado en última instancia. Basten estas leves notas para llamar la atención sobre un escritor menos conocido de lo que merece cuando ya lleva una larga carrera en letra escrita y desde la televisión.

Un cuento oral

Y vengo ya a la edición de *El tambor*, que viene presentada y comentada por Jesucristo Riquelme Pomares y por Carlos González Echeagaray, respectivamente. Que un cuento breve requiera tal aparato introductorio obedece a las dificultades que presenta a lectores que no estén en autos, digo, que no tengan información previa sobre la literatura de los hombres «fang», nativos guineos, entre los que ocurre lo narrado, con participación de animales de la selva incorporados con la más lisa naturalidad. El autor recogió hace veinte años el cuento, que resultó ser una pieza transmitida oralmente, cuando estaba próxima a extinguirse entre los nativos. Aranzadi se ha propuesto dar una lectura a los niños «fang» para que no olviden o aprendan el castellano, que todavía se mantiene en este único país africano donde hemos dejado nuestro idioma, cuando se ha decretado la obligatoriedad del francés en las escuelas. Nuestro autor, además de darnos el espléndido ejemplar de gran formato, con ilustraciones a todo color de Eva Alcaide que embellecen el libro, ha ido mucho más allá en la ardua empresa de la aproximación intertextual en tres apéndices con las transcripciones fonéticas, de la internacional más la que castellaniza el «fang». Ni falta la notación musical oportuna. El libro es, en suma, una joya desde todos los puntos de vista. ¿Ha tenido tan extraordinario empeño y logro la acogida que se le debe?

Con la misma fecha ha publicado Aranzadi un folleto de entonada presentación, *Guinea Ecuatorial*, con ilustraciones de Má-



Ilustraciones tomadas del libro, por cortesía editorial.

EVA ALCAIDE

ximo de Pablo, que nos da una sucinta y precisa relación de experiencias recientes en Río Muni, bosques y gentes, de lo que ha recorrido, visto y comunicado con nativos. La prosa se ciñe con sugeridora notación: «Niefang es un mirador sobre el río; Micomeng, una aventura; Evinayang, un sortilegio» (pág. 11). Visita también Fernando Poo, que describe y evoca su historia. Ahora aprendo que el nombre de Corisco (relámpago, en portugués) le fue dado al divisar sus playas, destellantes por sus cuarzos blanquísimos, a la luz del mediodía. La intensa experiencia guineana de Aranzadi no podría seguirla ahora, y me limito a recordar su novela *El bosque fang* (Madrid, Ed. Nueva Athenas, 1981), donde ha sabido re-crear un modo de vida en el cual hombres, plantas y animales tienen tanto en común participación, sin que el contemplador se nos desdibuje. Melchor Fernández Almagro, tan certero en la crítica, vio el variado juego de resortes que operan con «innegable arte» en el texto.

Distancia y distanciamiento en la atención nos tienen alejados de lugares en los que algo ha dejado nuestra gente, empresarios, misioneros y los que han traído a literatura lo que allí experimentarían, porque tanto autores nati-

vos como hispano-peninsulares han ido creando un considerable caudal de narraciones y poesía en nuestro idioma. Pero no puedo ahora extenderme en lo que cada cual puede seguir desde la puntual información que Carlos González Echeagaray —que tanto hizo por las bibliotecas en Guinea española— nos ofrece en un enjundioso artículo, «La novela sobre la Guinea española», en la revista de cultura *Africa 2000*, Malabo, número 9, 1989.

Desde nuestra perspectiva, de las gentes de raza negra no hemos tenido en España una especial curiosidad que se haya reflejado en la narrativa (acaba de aparecer, por cierto, una novela de Josefina R. Aldecoa *Historia de una maestra*, en la que un capítulo transcurre en la Guinea Ecuatorial y en Fernando Poo). ¿Quién recuerda la novela de Alberto Insúa *El negro que tenía el alma blanca*, publicada en los años veinte (?), que uno leyó y no ha vuelto a ver? Ingenua, sentimentalona y con el propósito de liberar a su protagonista, el negro cantor y bailarín, del desprecio que su color le valiera.

Con arte mucho más refinado, sin blandenguería, Ramón Gómez de la Serna incluyó en su libro *Seis falsas novelas* la que subtítulo

«Novela negra: La virgen pintada de rojo» (Madrid, 1927, y que hoy puede verse en la Ed. Losada, Buenos Aires, 1945). Esta novela, breve como las otras del grupo, es una maravilla de estilo, de creación verbal, de imágenes y hallazgos expresivos. Con tener interés la anécdota, nos gana sobre todo el dominio del arte por la palabra. ¿Será cierto lo que Ramón escribió en la «Advertencia anecdótica» al frente de esta novela? Allí dice que leída la traducción en Berlín, «apareció un sabio africanista diciendo que nunca había leído una descripción más exacta de las tierras tórridas, su vegetación, sus costumbres. ¡Milagros de lo subconsciente!» «Si non è vero...»

La curiosidad por los negros en su literatura tuvo otra mirada por aquellos años, la que supuso la traducción del libro que Leo Frobenius dedicó a *El Decamerón negro*, acogida en la colección de «Musas lejanas» de la Ed. Revista de Occidente (Madrid, 1925, 2.ª ed., 1930). El colector, antropólogo, agrupa los breves relatos en dos cuerpos: «Libros de caballerías y de amor» y «Cuentos y fábulas populares». Son dos niveles, tanto de temas como de visión y composición textual, que van de las clases altas a las populares.

El verso, como vehículo

Pero ha sido la poesía, el verso, el vehículo que ha acogido con más frecuencia los motivos negros, dado que el instrumento se vale más de ritmos y sonoridades marcadas (nasales, bilabiales, vocales *o*, *u*) que trasladan rasgos peculiares de su fonética normal y de instrumentos musicales, especialmente de percusión. En nuestro teatro del XVI aparecen ya personajes negros que han dejado un tipo de socorrida aparición y que resulta un cantor bailarín. Los dos volúmenes que publicó Cotarelo y Mori en la NBAE (Madrid, 1911) nos dan entremeses como «El baile de los negros», con el estribillo:

Gurumbé, gurumbé, gurumbé,
que fase nublado y quiele llové,
o «Los negros de Santo Tomé» (siglo XVI), «El negrito hablador», etc. Más modernamente, H. Becco ha recogido el mismo asunto en su libro *El tema del negro en cantos, bailes y villancicos en los siglos XVI y XVII* (Buenos Aires, Ollantay, 1951). Sonidos y léxico pueden ser las notas de más acusado relieve, junto a situaciones elementales. F. Ortiz publicó un vocabulario en *Glosario de afronegrismo* (Havana, 1924). Si nos hemos pasado del Africa negra nativa de negros a Hispanoamérica, el comercio de esclavos y la emigración más tarde han ido dejando una muy considerable población oriunda de la otra orilla atlántica en América Central y del Norte.

Cuando el poeta cubano que acabamos de perder, Emilio Ballagas, que tan impregnado estuvo de sonos negros en su poesía, publicó *Mapa de la poesía negra americana* (Buenos Aires, Pleamar, 1946), hubo de acudir también a poetas españoles desde Lope de Vega, Góngora, Unamuno, García Lorca y Alberti, sin agotar la vena. En Unamuno queda atenuado o eludido el efecto ritmoide tanto en el poema de los «Reyes Magos» como en el que le suscitó la lectura de *Moby Dick*, la gran novela de Melville, en cuyo capítulo XCIII se cuenta cómo el negrito Pip es atrapado por la red ballenera. Glosa don Miguel:

«Vio los pies de Dios en las premedoras / del eterno telar Pip, el negrito [...] y enloqueció; / de la tela del destino al través / la verdad vio» (29-V-29).

El poemita figura en el *Cancionero* inédito, y ahora es un inocente quien se asoma al misterio del más allá. Enfoque acorde con la preocupación central en nuestro don Miguel. Para una puesta al día del amplio temario me parece





EVA ALCAIDE

Viene de la página anterior



recomendable el copioso aporte de Aurora de Albornoz y Julio Rodríguez en *Sensemaya: La poesía negra en el mundo hispanohablante* (Madrid, 1980), donde los textos vienen apoyados en crítica, bibliografía y vocabulario.

Los Estados Unidos de Norteamérica han tenido y siguen con una aportación especialmente intensa a nuestro tema, empezando por el problema de la raza. Es muy fácil acudir a preceptos morales y religiosos, a principios humanos sencillamente, cuando no se encuentra uno enfrentado directa, personalmente, con el problema. Ya Thomas Jefferson en sus *Notes on Virginia*, allí donde más negros había, se pronunció en 1784 condenando la esclavitud no sólo porque nos hace enemigos, sino porque «destroys the morals of the one part, and the «amor patriae» of the other». En 1852 salió la novela de la señora Harriet Beecher Stowe

Uncle Tom's Cabin, que vendió 300.000 ejemplares en un año y más de un millón y medio en Inglaterra en edición pirata. Nos llegó hasta en libros para niños, más que por su arte por la inducción a sentimientos de compasión humanitaria. El profundo Sur es el escenario y la esclavitud en pleno vigor. Desde entonces quizá sea Norteamérica donde hayan surgido los escritores negros de más resonancia y con más eco. Me limito a recordar a Ralph Ellison, a quien conocí en un curso que tuvimos en El Escorial (1954) organizado por la embajada americana en Madrid. Conservo su novela, dedicada, *Invisible Man* (Nueva York, 1953), que parece tener mucho de autobiografía: el personaje, que vive en Nueva York, se ve convertido por los blancos en un ser invisible, como leo en el «Epilogue» (pág. 499), es decir, inexistente para los otros.

El termino «negritud»

El término «négritude» parece que fue acuñado por el poeta senegalés Léopold Sédar Senghor hacia 1933 ó 35, y tuvo pronta acogida con abundante literatura sobre el caso. Si vale el resumen, lo tomo del mismo poeta negro, que considera la negritud desde el punto de vista de quien sea negro de raza «con enraizamiento en sí y confirmación de sí: de su ser propio», sin dejar de admitir lo que otras culturas le aporten, por donde resultará «un humanismo en este siglo de la con-

vergencia pan-humana». Tomo este resumen de la obra que René L. F. Duran publicó con el nombre del poeta por título, y a ella me remito para más amplia información, que puede verse en la edición castellana de «Los poetas» (Madrid, Júcar, 1980). Fernando Morán trata también del mismo tema al analizar la literatura norteafricana, como puede verse en su libro *La destrucción del lenguaje y otros ensayos* (Madrid, 1982).

La intención de entendimiento y admisión que supone el vocablo parte de un distanciamiento y hasta repulsa de los negros por parte de los blancos, que ha tenido una copiosa literatura, alguna tan amarga como las novelas de Richard Wright. Al mismo tiempo que ritmos en letra y danza iban ganando adeptos entre los blancos, la distancia entre personas

no se acortaba en la misma proporción. Todavía el *Oxford Dictionary* inserta la voz «nigger», «negro», con la nota de «denigratory». Sería curioso repasar las actitudes y estima de nuestra raza blanca a las de otros colores.

En fin: se han ido acortando distancias entre razas. La superafirmación de sí mismo ante el otro se va atenuando y no hay leyes escritas que clasifiquen a las gentes por el color de su piel. Quizá persista una reacción instintiva que mantiene distancias en las relaciones de cada día, sin ostentación pero efectiva.

Con estos sumarios apuntes cerramos el tema que nos abrió Aranzadi, que tanta parte ha tenido en la recepción humana del mundo, de la cultura y ambiente que resumimos atropelladamente con el calificativo de negros. □

RESUMEN

Desde que el poeta senegalés, luego presidente de su país, Sédar Senghor acuñó el término de «negritud», mucha ha sido la bibliografía que se ha ocupado de las relaciones entre literatura y negritud. En nuestro país, a pesar de que Guinea Ecuatorial ha sido colonia es-

pañola durante siglos, apenas se ha tratado este tema. Un breve relato de los hombres fang de Guinea, recogido por Iñigo de Aranzadi, le da ocasión a Francisco Ynduráin de adentrarse en estas cuestiones a las que tan poca atención se les ha prestado.

Iñigo de Aranzadi

El tambor

Centro Cultural Hispano Guineano, Instituto de Cooperación para el Desarrollo, Malabo, Madrid, 1990. 44 páginas. Edición no venal.

Un instrumento de formación de la opinión

Por Francisco Ayala

Francisco Ayala (Granada, 1906) es autor de una considerable obra como narrador y profesor de Sociología. Vivió muchos años en el exilio (Argentina, Puerto Rico, Estados Unidos), donde impartió clases en diferentes universidades. Académico de la Lengua, es Premio de la Crítica y Premio Nacional de Literatura. Entre sus libros destacan *Los usurpadores*, *El jardín de las delicias* y *Recuerdos y olvidos*.

Vida política y televisión es el título de un volumen recién publicado por José Miguel Contreras, joven profesional que complementa su experiencia del medio con una buena información acerca de la copiosa bibliografía de su tema, y que por su parte somete éste a un tratamiento voluntariamente sumario y ceñido al terreno de la práctica, con prescindencia de las cuestiones teóricas o de principio que a cada paso pueden asaltar la mente de un lector caviloso. Es evidente que el propósito del libro se reduce a llamar la atención sobre los cambios impuestos a la vida política por la imperiosa presencia de la televisión en la sociedad contemporánea, y este propósito está logrado de manera muy satisfactoria, pues en lo inmediato cumple con llamar enérgicamente la atención sobre los hechos poniéndolos muy de relieve, y en último término tiene la virtud de suscitar en cualquier lector curioso reflexiones más demoradas acerca del posible significado y alcance de hechos tales.

Democracia y televisión

Una consecuencia que en seguida se desprende de su lectura es la de que gobierno democrático y televisión están hoy ligados en forma íntima e inextricable: en la práctica, resultan inseparables ya para la sociedad actual. Tiempo hubo en que cabía especular —y yo mismo lo hice alguna vez— sobre la función divergente que la televisión pudiera ejercer dominada por regímenes totalitarios, para contraste con la desempeñada en los regímenes liberales. Especulaciones tales tenían como supuesto la efectividad del control ejercido por los Estados; pero el continuo despliegue de la tecnología ha hecho ilusorio semejante control: con su último desarrollo, ¿quién pone vallas al campo televisivo? El monopolio del espacio se ha hecho prácticamente imposible, tanto bajo una dictadura como por parte del Estado democrático. Los medios de comunicación electrónica han llegado a ser por necesidad ubicuos y múltiples, de modo que ningún régimen de gobierno es capaz de impedir a nadie el acceso a las ondas, esto es, a la información incontrolada, con obvios efectos a favor de la democracia. El libro a que me estoy refiriendo lo ilustra con algún ejemplo, y no hubiera tenido dificultad en aducir muchos más.

De otra parte, si el propósito de dicho libro se ciñe a considerar la relación entre televisión y vida política señalando las alteraciones que ésta ha debido sufrir por efecto de aquélla, tal simplificación de los términos compulsados, encaminada sin duda a acotar el terreno de estudio, no puede, sin embargo, hacernos olvidar que la televisión es sólo un factor particular, aun cuando principalísimo, dentro del omnímodo desarrollo tecnológico del siglo XX, un desarrollo que, en su conjunto, ha modificado las condiciones generales de la sociedad imponiendo transformaciones de gran calado en sus estructuras básicas. Por consiguiente, las diversas instituciones sociales, incluidas desde luego las que encarnan el poder público y dentro de las cuales se desenvuelve la vida política —Parlamento, Gobierno y Administración—, se han visto for-



STELLA WITTENBERG

zadas cuando menos a efectuar una readaptación consiguiente, siquiera sea en lo que concierne a su funcionamiento, sin perjuicio de mantener acaso su tradicional apariencia externa; y ello en un proceso de ajuste a las circunstancias todas de la nueva sociedad, no exclusivamente al auge televisivo.

Independientemente de éste, y aun descontado el decisivo impacto de la televisión, es evidente que la democracia misma no podría funcionar en esta masificada sociedad nuestra como funcionaba en la sociedad burguesa, esto es, durante la fase de capitalismo expansivo nacido de la revolución industrial sobre bases todavía predominantemente rurales y con un proletariado en vías de difícil y paulatina incorporación. Ahí la actividad del Estado procuraba limitarse a garantizar el orden público mientras que el crecimiento económico se dejaba a la iniciativa de la empresa privada; y así, la gestión de gobierno no requería otras especiales capacitaciones que apenas la jurídico-administrativa. El juego político se desenvolvía en el seno de la burguesía («la clase dominante»), que era sin duda una clase abierta pero minoritaria, y ese juego tenía como escenario el Parlamento. El Parlamento fue, durante el siglo XIX y hasta principios del XX, el teatro donde, con eficaz dramatismo, se catalizaba la opinión pública incubada quizá a través de la prensa, y donde se concretaban las decisiones del poder. ¿Sería posible adaptar ese Parlamento burgués para servir a la presente sociedad de masas, donde la totalidad de la población se en-

cuentra integrada ya, de igual manera que la representación estamental de la Edad Media supo evolucionar mediante sucesivos retoques para llegar a convertirse en el moderno Parlamento británico?

Expresiones colectivas

Lo cierto es que en la sociedad actual las expresiones colectivas son y tienen por necesidad que ser de una magnitud y simplicidad correspondientes a las de esa población íntegramente incorporada ahora a la vida pública. Se trata de concentraciones multitudinarias alrededor de las competiciones deportivas, de los conciertos de rock y de tantos otros espectáculos para cuya plena efectividad, por lo demás, son indispensables los recursos de la tecnología electrónica. Estamos, pues, en presencia de una situación nueva: la de una sociedad cuya democracia de base requiere también para hacerse efectiva una instrumentación política adecuada a sus condiciones. En cuanto a esto, forzoso será admitir que el fascismo rampante entre la primera y la segunda guerras mundiales, al haber reconocido, tenido en cuenta y explotado condiciones tales, produjo, y a su manera explotó, una cierta especie de democracia: la democracia directa y aclamatoria. El fascismo supo, en efecto, capitalizar las características de la todavía entonces incipiente sociedad de masas para movilizar a éstas, politizándolas mediante un eficaz empleo de las nuevas técnicas, aun-

que ello fuera en una dirección perversa; y yo pude ser testigo consternado de cómo Hitler, aun habiendo accedido al poder dentro del sistema constitucional con los votos de las urnas, echaba por la borda los finos y grises mecanismos de la constitución de Weimar para montar en cambio el espectáculo grandioso de un poder cesarista cuyas manifestaciones imponentes nos admiramos todavía cuando revisamos hoy los viejos noticiarios cinematográficos.

Derrotado el fascismo en la segunda guerra mundial, fueron mantenidas o restauradas en Europa las viejas instituciones políticas de la democracia representativa con libertades públicas y pluralismo partidista; pero entre tanto los procesos de masificación social y de desarrollo tecnológico han seguido avanzando por todas partes, y con ello se ha hecho indispensable la adaptación de la vida política, es decir, del funcionamiento práctico de aquellas viejas instituciones a las nuevas circunstancias de su encuadre social. Sin lugar a dudas cabe afirmar que en el mundo entero el gobierno se ejerce ahora sobre todo a través de los medios electrónicos de comunicación —los llamados «mass media»— y muy en particular de la pantalla de televisión; pero ya no nos hallamos, como en la época del fascismo, frente al aprovechamiento de los recursos tecnológicos disponibles para conseguir una movilización totalitaria, sino más bien para propiciar la integración participativa de las multitudes en el desarrollo de los acontecimientos públicos, según corresponde a una democracia de masas. Y es así como la pantalla doméstica ha llegado a constituirse hoy en el escenario donde el drama político se representa ante los ojos del pueblo.

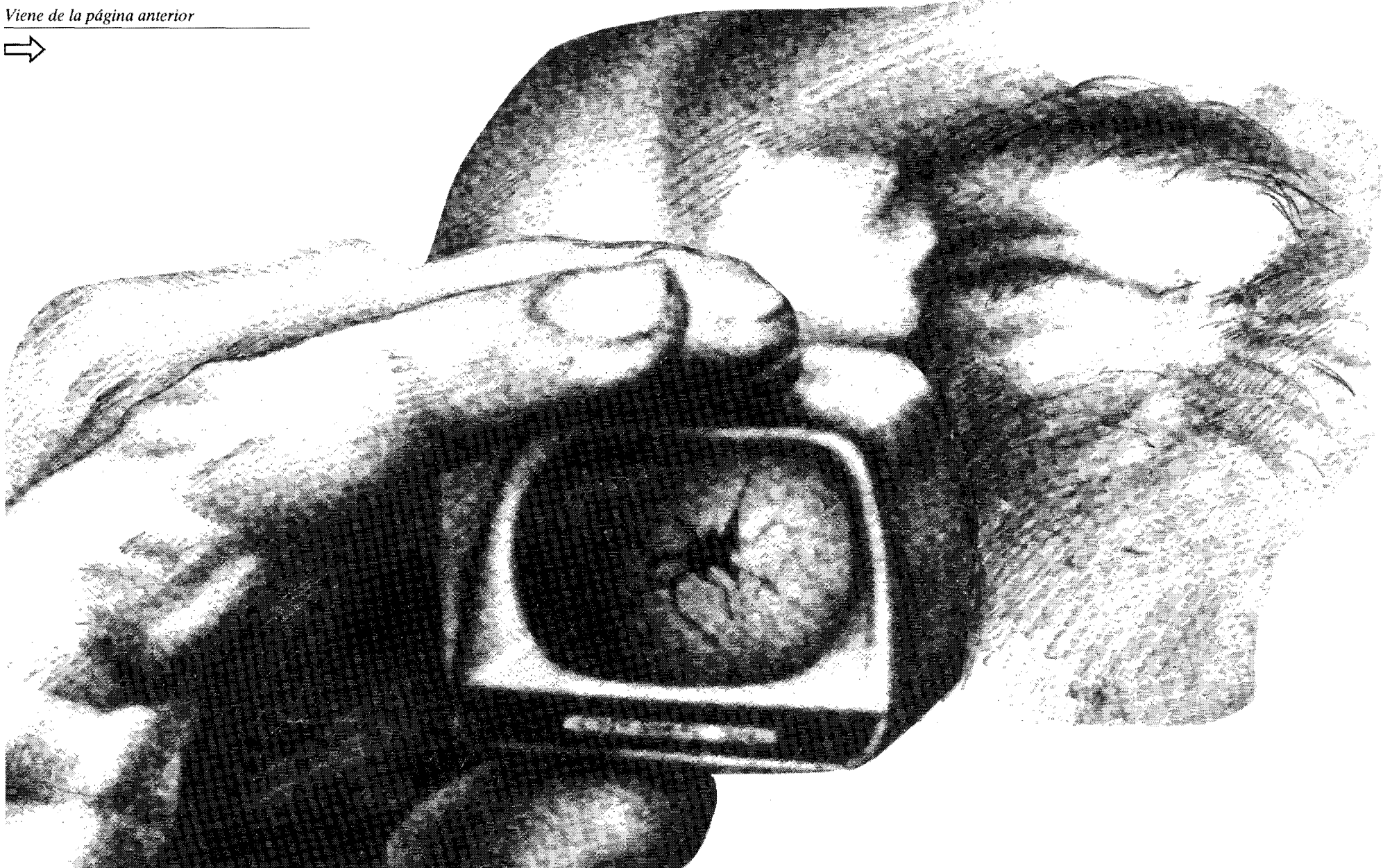
Debates televisados

En cuanto espectáculo, esto es, en su función representativa, el Parlamento ha debido hacerse subsidiario de la televisión, pues sólo a través de la televisión llegan a adquirir sus debates efectividad política, según hube de comentar yo en un artículo de prensa con ocasión del que, durante la pasada primavera, tuvo lugar aquí en España sobre el estado de la nación. El cuadro que J. M. Contreras pinta en su libro al describir una experiencia directa de las sesiones del Congreso de los Estados Unidos, en marcado contraste con el resultado que a la vista del público presenta de ellas la información televisada, resulta bien ilustrativo al respecto: lo que vale, lo único que toma entidad, lo que realmente tiene trascendencia política, es tan sólo aquello que en la televisión aparece. Por lo demás, nadie ignora que, en dicho país, los contactos importantes del poder ejecutivo con el cuerpo de la nación no son otros en verdad sino esas ruedas de prensa que el Presidente ofrece con cierta regularidad, en horas decisivas y bajo cuidadosa preparación, frente a la pantalla. En dicho país, y en todos los demás países, la televisión es ahora el instrumento principal entre los mecanismos de formación de la opinión pública, el foro privilegiado del debate político en sus diversas instancias, desde las más solemnes declaraciones oficiales hasta las informales mesas de discusión en paneles de notables, las «interviews» a personajes diversos y aun las encuestas callejeras, sin excluir la parte no mínima que corresponde a la transmisión de rumores y chismes.

Desde luego, han abundado las críticas acerca de esta mediación —y mediatización— electrónica que la necesidad técnica introduce entre el cuerpo electoral (es decir, la población de base, donde por principio se supone que radica el poder del Estado) y el aparato institucional del gobierno democrático. Estas críticas



Viene de la página anterior



STELLA WITTENBERG

se centran en el supuesto falseamiento de la voluntad popular por obra de los medios de comunicación —la televisión en primer término—, quienes, según se pretende, engañosamente seducen con sus mañas arteras al inerme espectador, desviando así la opinión pública. Se ha insistido sobre todo en la manipulación de las campañas electorales, entregadas a empresas de publicidad comercial que lo elaboran todo, «confeccionando» incluso al candidato mismo, fraguando su «personalidad», su apariencia corporal, su comportamiento, su expresión verbal y —cosa gravísima— también el contenido de esa expresión: lo que ha de decir y lo que debe callar, sus promesas, su programa en fin. La bibliografía es extensa, y en el libro que estoy comentando puede hallar el lector títulos tan explícitos al respecto que por sí solos bastan: *Cómo se vende un presidente*, *Los creadores de imagen*, *El marketing político*, *La golosina visual*, *Elecciones por ordenador*... Con más o menos energía, más o menos implícitamente, todos estos escritos ponen en cuestión de algún modo la legitimidad de unas prácticas que atentarían —se piensa— contra los principios de la democracia. Los analistas de la escena política no han dejado de señalar en casos concretos los efectos de dichas prácticas. Yo mismo, como observador ocasional de las últimas elecciones presidenciales en los Estados Unidos, publiqué unas cuantas notas críticas cargadas de la intemperancia que puede suscitar el espectáculo de «les mains sales» con que se manejan —y es inevitable— los resortes y palancas del poder político en el ánimo de quien, quizá por incapacidad, se mantiene apartado del apasionante juego.

Pero si bien se mira, este juego, como todo juego, como el de la representación de una obra dramática sobre un escenario teatral a que tanto se le asemeja, está sometido a reglas convencionales cuya aceptación y observancia no implica en manera alguna otro engaño que el —quizá tácitamente— estipulado, esperado y consabido, por más que unas técnicas muy refinadas puedan sorprender acaso la buena fe del ingenuo. En el fondo, quien sucumba al adobo con que unos artifices de la propaganda hacen atractiva la imagen del candidato es quizá menos ingenuo que aquel otro que en tiempos pasados «se tragaba» la amistosa bonhomía del candidato de viejo cuño cuando

visitando su distrito en vísperas de elecciones le estrechaba la mano, se interesaba vivamente por la salud de su esposa y besaba con arrobo las sonrosadas mejillas de su hijito, prácticas éstas a las que, por lo demás, no deja de entregarse también el político de ámbito «electrónico» cuando decide, o han decidido por él sus asesores, que debe ponerse en contacto con las multitudes. Ciertamente, el político que actuaba sobre un distrito pequeño conocía acaso en persona a cada uno de sus vecinos, y éstos podían fácilmente hacerse la ilusión de mantener con él un lazo de auténtica confianza. Pero es lo cierto que las relaciones de poder no eran menos convencionales —ni más sanas— en este caso de conexión personal directa, habitual todavía en la democracia burguesa durante el siglo pasado —y quien conozca la realidad actual de las elecciones primarias en Norteamérica, o los forcejeos y cabileos de los comités de barrio en cualquier otra parte, entiende bien lo que quiero decir—; no eran, repito, más convencionales ni más sanas, más auténticas en verdad, que puedan serlo las relaciones de poder establecidas en un plano general amplio y por lo tanto distante a través de los modernos medios de comunicación.

«Gran comunicador»

Otro frecuente motivo de crítica que suele invocarse frente a la calculada elaboración de una imagen atractiva para sobreponérsela a quien aspira a conseguir una posición representativa, es que mediante este recurso el elector, inducido por impulsos de emoción superficial o aun por las más triviales apreciaciones, elevará con su voto al cargo público a personas —y para colmo, personalidades ficticias— en lugar de adherirse por racional decisión a las propuestas de un programa. Este tipo de argumento cundió bastante en los últimos años gracias al ejemplo —el pésimo ejemplo, desde luego— que ofrecía el «gran comunicador» Reagan, quien disfrutó de una imbatible popularidad pese a su notoria incompetencia. Pero bien examinado, el asunto muestra más complejidades de lo que a primera vista pudiera parecer. Ante todo, los propios programas de acción o de gobierno rara vez dejan de ser también fabricados con

un sesgo demagógico, pensando no tanto en lo que de hecho puede y quiere efectuarse como en lo que a la gente le gustaría escuchar, para lograr así en las urnas el éxito apetecido. Bien lo muestran ejemplos muy recientes: si Vargas Llosa no alcanzó la presidencia de la nación en Perú fue por haber propuesto claramente y sin ambages lo mismo que, prometiendo lo contrario —o dejándolo entender—, se está proponiendo sin embargo llevar a la práctica el candidato que, como suele decirse, se llevó el gato al agua. Y en Argentina, ¿no ha sido exactamente esto mismo lo ocurrido con Menem? La necesidad de mentir en el juego político, igual que en otros muchos juegos, es cosa sabida de siempre, aunque suela negarse y sólo desde Maquiavelo haya sido proclamada alguna vez con abierto candor. De otra parte debe reconocerse que la política no trata con problemas análogos a los de tipo matemático o a los de la ingeniería, y por más que haya podido hablarse de una ciencia, la política es una actividad viva en la que el factor personal, las simpatías y las antipatías, la confianza o la desconfianza, la ilusión y el temor, y en suma cuantos elementos operan en el tejido de las relaciones humanas en la cotidiana tarea de vivir, entran de lleno y le pertenecen. Después de todo, la confección de una imagen destinada a lograr que el político obtenga aceptación máxima frente al cuerpo electoral no difiere en el fondo de la imagen que todos nosotros, algunos con virtuoso artificio y la mayor parte de forma espontánea e inconsciente, procuramos crearnos para funcionar en la vida social privada. Al fin y al cabo, la esposa que le arregla la corbata o el peinado al joven solicitante cuando acude a ser entrevistado para un empleo, o la madre que acicala a su hija para una fiesta, no hacen cosa

distinta a la que hacen con el político sus asesores de imagen. Y en último término, el resultado de esos «engaños» no es nunca sino muy relativo, pues siendo engaños aceptados, convencionales y consabidos, su eficacia será siempre incierta, dudosa y en ocasiones nula.

Vida política, vida social

En suma, la vida política constituye un apartado, y hasta cierto punto un exponente, de la vida social en general; y ésta, la sociabilidad de nuestra especie, ha mantenido a lo largo de la historia unos rasgos cardinales que tienen bastante persistencia en cuanto corresponden al fondo inmutable de la condición humana. Por supuesto que los cambios histórico-sociales en cada momento traídos por el progreso material (para el efecto aquí considerado, los recientes cambios tecnológicos; en particular, los medios de comunicación electrónica; en concreto, la televisión) requieren e imponen las consiguientes adaptaciones formales de la práctica social. Si en la sociedad contemporánea ha venido la televisión a llenar un espacio tan considerable de la rutina ordinaria, alterando de modo sustancial el orden de las actividades y relaciones diarias del hombre común, ¿cómo no había de moldear también el orden de las actividades y relaciones públicas, las pautas de la tarea de gobernar, el ejercicio de la política? No será, pues, cuestión de poner un acento valorativo de signo alguno sobre esas alteraciones que, al fin y al cabo, resultan ineludibles, sino más bien de tomar conciencia de ellas, constatarlas, pesarlas y medirlas. Y esto es lo que se propone y trata de cumplir el libro de José Miguel Contreras. □

RESUMEN

El escritor y ensayista Francisco Ayala escribe acerca de una obra que llama la atención sobre los cambios impuestos a la vida política por la imperiosa presencia de la

televisión en la sociedad contemporánea. Ayala aprovecha para reflexionar sobre el papel de la televisión en los regímenes democráticos o totalitarios.

José Miguel Contreras

Vida política y televisión

Espasa-Calpe, Madrid, 1990. 158 páginas. 1.250 pesetas.

Humanidades del artista

Por Claudio Prieto

Claudio Prieto (Muñeca, Palencia, 1934), compositor, ha realizado estudios musicales en Alemania, España e Italia y es titulado por el Conservatorio Superior de Música de Madrid y la Academia Nacional de Santa Cecilia, de Roma. Entre otros premios posee el Internacional «Oscar Esplá», el «Manuel de Falla», el «Reina Sofía», el de Radio Televisión Italiana y el Trofeo «Arpa de Oro» de la CECA.

Nacido el 22 de abril de 1916 en Nueva York, hijo de padres judíos originarios de Rusia y de nacionalidad británica, a Yehudi Menuhin le ha sido reconocido unánimemente el título de «ciudadano del mundo», y no sólo por esa mezcla de países y culturas que ha ido depositándose en su espíritu como si de estratos perfectamente ensamblados se tratara, sino también, y muy especialmente, por su trabajo constante en pro de la paz y el hermanamiento entre los ciudadanos que pueblan nuestro planeta.

Su planteamiento para esta «lucha» es, en principio, muy sencillo: hay que dignificar la condición humana en base a la consecución del respeto hacia uno mismo y hacia los demás. Dicho planteamiento va a ser el eje central de su libro *Lecciones de vida. El arte como posibilidad*, el cual recoge una serie de artículos y reflexiones nacidos de la capacidad observadora de un artista francamente sensibilizado con los problemas de su época. Pero esta sensibilidad en absoluto ha quedado en el nivel teórico. A diferencia de otras gentes, Yehudi Menuhin ha predicado a lo largo de su vida con el ejemplo: si durante y después de la segunda guerra mundial se dedicaba a dar conciertos benéficos en numerosos puntos del globo, en 1963 fundaba la «Yehudi Menuhin School» en Surrey (Gran Bretaña), dedicada a educar talentos precoces entre seis y dieciocho años, que tuvo su continuidad en la Academia de Gstaad (Suiza), creada en 1975 para violinistas avanzados entre dieciocho y treinta años. Su atención a la enseñanza —no olvidemos que Menuhin es un ilustre pedagogo— se ve complementada con su interés en la difusión de la música. Así nace en 1977 en Gran Bretaña la Fundación «Live Music Now», organismo de carácter benéfico que aún la formación de jóvenes músicos con la organización de conciertos en prisiones, reformatorios, residencias de ancianos, cuarteles, etc. «Live Music Now» se ha extendido a numerosos países como Francia, Holanda, Bélgica y España.

Semejante profusión de actividades ha tenido su respuesta y agradecimiento hacia Menuhin en forma de premios, galardones y condecoraciones que le han concedido todo tipo de instituciones públicas y privadas, universidades y gobiernos. Entre otros, cuenta con el Premio Nehru para la paz y el entendimiento internacional (1970), el Premio de la Paz de la Asociación de Libreros Alemanes (1979), el Premio de Música Ernst von Siemens (1984), Caballero de la Legión de Honor de Francia (1985) y Miembro de la Orden del Mérito Británico (1987).

Avalado por un trabajo real y efectivo en la defensa de los valores morales y culturales para él imprescindibles, Yehudi Menuhin se ha permitido poner en tela de juicio una buena parte del comportamiento de una civilización que en muchos casos camina en el filo de la navaja. Así, escribe Menuhin: «Nuestra tragedia reside en la denigración de nuestras normas y valores; me temo que lo escrito en la pared ya está a la vista de todos, pero ¿quién de nosotros lo quiere leer realmente y ser confrontado con la terrible verdad?»

Es evidente que los hombres buscamos nuestra propia felicidad, pero por alguna razón que escapa a nuestro intelecto no somos

capaces de hallarla o, si lo conseguimos, no sabemos conservarla. Si admitimos la máxima menuhiniana de que la felicidad es «un equilibrio dinámico entre nosotros mismos y la propia conciencia; entre nosotros mismos y nuestro compañero y la familia; entre nosotros mismos y la comunidad, la raza, la nación, la religión; entre nosotros mismos y la Naturaleza y entre nosotros mismos y Dios», podremos observar cómo día a día se van transgrediendo estos principios en una suerte de manipulación de intereses difícilmente compatible con la serenidad de espíritu necesaria para alcanzar dichos equilibrios.

Tomemos como ejemplo la Naturaleza. ¿Cómo vamos a compenetrarnos con ella si continuamente agredimos y alteramos sus ciclos? Para nadie es hoy un secreto el peligro que las talas indiscriminadas y las quemadas inconscientes suponen para la supervivencia al privarnos de los pulmones que necesitamos para respirar. O el desastre que ha experimentado la capa de ozono tras soportar un constante flujo de gases tóxicos. ¿Cómo es posible que despreciemos tanto nuestra fuente primera de vida?

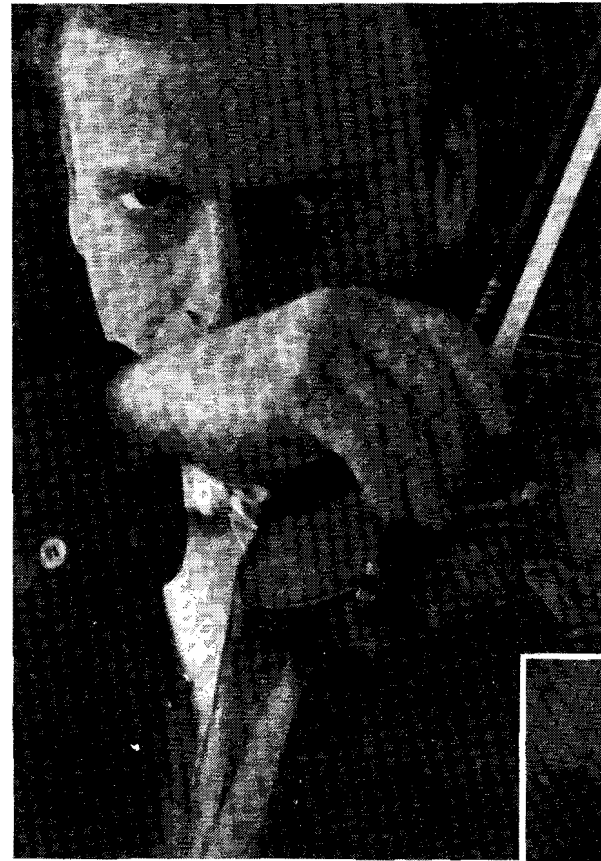
En los últimos años han surgido grupos ecologistas que batallan con fuerza contra el abuso de la Naturaleza, pero Menuhin ha vuelto su vista al pasado y ha elegido para ilustrar este tema una conmovedora llamada a la reflexión que ya en 1885 hiciera el cacique Seattle al presidente estadounidense Franklin Pierce. Algunas de sus frases rezan así: «El hombre blanco parece no percatarse siquiera del aire que respira, así como un moribundo que yace en agonía varios días es insensible al hedor que despiden sus propias miasmas.» «Continuad vuestro empeño en ensuciar vuestro lecho y una noche moriréis asfixiados en vuestra propia inmundicia.» «Cuando desaparezca de la tierra el último piel roja y el recuerdo de él no sea más que la sombra de una nube que se desliza fugaz sobre la pradera, estos terrenos y bosques guardarán todavía el espíritu de nuestro pueblo, porque nosotros amamos la tierra como el recién nacido ama el latido del corazón de su madre.» «Nuestro Dios es el mismo Dios. Es el Dios de los hombres y su piedad es la misma para el piel roja y para el blanco. Su tierra es preciosa y causar daño a la tierra significa ofender al Creador.»

La ofensa a Dios... Aunque el ser humano es de naturaleza religiosa, a medida que nuevas formas de progreso han modificado nuestros hábitos y ampliado nuestros conocimientos, también han servido para alejarnos poco a poco de Dios. El concepto de espiritualidad basado en el acercamiento a la divinidad ocupa ahora un plano ciertamente inferior en nuestras querencias.

Elección individual libre

Menuhin se ha confesado siempre creyente y religioso, mas no practicante de ningún catecismo en concreto. Respetuoso con la libertad de elección individual, recuerda cómo uno de los espectáculos más emocionantes que ha vivido fue la celebración del Servicio Religioso Nacional en la Abadía de Westminster: «Cada pueblo, cada raza, cada comunidad religiosa, oró a su turno: musulmanes y judíos, almuédanos y rabinos, budistas y católicos, codo a codo. Fue como el súbito fogonazo de una visión: la determinación de mantener en alto la comunitaria unión de la familia humana sin renunciar a la disyuntiva heterogeneidad de las distintas culturas. Este es el verdadero progreso.»

Se lamenta, no obstante, el artista de que el hombre actual se tiene por un ser divino. Ya no se teme a Dios ni se respeta ni aprecia la inteligencia, la espiritualidad o la nobleza. Nuestro mayor afán es poder diseccionar los



Distintos momentos de la vida del maestro Yehudi Menuhin. (Fotos reproducidas por gentileza de la revista «Ritmo».)

↓ Menuhin, en 1931, a los quince años.



misterios de la religión y reducirlos a meras simbologías y rituales que procuramos imponer al resto de los mortales. Si esto es así, no cabe duda que en ello han influido tantos y tan complejos factores que se necesitarían varios libros sólo para aproximarnos a un análisis riguroso y fiable. Las actitudes de las iglesias, de los poderes políticos, de los intelectuales y los científicos, han chocado a menudo entre sí, sembrando en los ánimos una suerte de caos que en poco ha beneficiado al desarrollo espiritual ni ha sido útil para aprender a compaginar los valores que integran las escalas de los variopintos sistemas sociales que pueblan el globo terráqueo. La sociedad ha experimentado cambios que, pese a la desesperante lentitud que a veces proyectan, lo cierto es que en términos históricos se les puede calificar de vertiginosos. En este sentido, uno de los defectos que con más insistencia se le ha achacado a las iglesias es el de no caminar al ritmo de la sociedad. El desfase entonces se hace más evidente en tanto en cuanto más avanzado esté el sistema. Al hilo de este asunto, Menuhin plantea que «la iglesia debiera guiar y entusiasmar a los individuos a través de tomar cartas en nuestros problemas. Como carece de poder secular, no necesita tomar posición, pero a mí me parece que en tanto no lo haga marchará en vacío; tan sólo se la tolera, pero no sustenta el peso moral total de la sociedad».

Evidentemente, Menuhin debe referirse aquí a las iglesias católica o protestante, que, en efecto, en la actualidad no tienen poder secular. Sin embargo, en el pasado sí lo tuvieron y no por ello se evitaron el enfrentamiento y el caos a los que hacía referencia líneas atrás. Pero aún hay más. Existen todavía países gobernados por unos credos religiosos cuyos presupuestos, rigurosísimos, ahogan conceptos tan básicos para el progreso como la libertad de pensamiento y elección.

Aún está por hallar la clave que permita acortar las distancias no ya entre los hombres y Dios —creo, como Menuhin, que los hombres somos de naturaleza religiosa—, sino entre los hombres y las iglesias, responsables del mensaje divino. Sería deseable que este mensaje llegara en toda su dimensión, pero para ello habría que romper antes esas barreras.

En parecidos términos manifiesta el artista su anhelo: «Aguardo esperanzado la época en que se iniciará una cierta aproximación entre la religión y las ciencias naturales que

ayude a crear una nueva moral en concordancia con el estado imperante del saber y una realidad actual, así como las enseñanzas morales de los antiguos sufíes, de los jassidim y de los budistas armonizaban con el pensar y el saber de su tiempo. La nueva moral que espero ansiosamente hará lugar al misterio, a la supervivencia de lo ritual; también servirá más al principio de la administración fiduciaria que al poder, reconocerá la unidad del todo universal y verá la recíproca compenetración de lo animado y lo inanimado, una religión en la que se desarrollará la música y el canto, el conocimiento y las matemáticas. Todo esto nos reanimaría, excitaría de nuevo nuestro fervor, revivificaría nuestra memoria, al mitigar las injusticias terrenales a través de la justicia eterna.»

En el último capítulo de su libro, que Menuhin dedica al concepto de meditación, retoma la consideración de la múltiple oferta religiosa que debe y puede existir para los fieles, pues «ya no es realista querer reservar la pretensión al reino del amor, de la paz o de la meditación y la posibilidad de la redención, del perdón o la recompensa a una única fe, a un camino religioso». Esto dicho para justificar que no todas las obras y servicios de caridad se hacen en nombre de Jesús, sino que tales actos son el resultado de comprender que el hombre está ligado a todo cuanto vive



Viene de la página anterior



Otro momento, en la madurez, del violinista (superior).
Menuhin con su admirado Enesco (arriba, izquierda).
Con Mstislav Rostropovich, en 1974 (abajo, izquierda).



y respira, y ese ligamento debiera conducir, por deducción lógica, a una acción altruista para con ello.

El ser humano necesita de la comunidad para su desarrollo personal primero y de conjunto después. Desde el seno de la familia como primera institución de la que el recién nacido tiene constancia, hasta la organización estatal y paraestatal, se establecen unos canales de intercomunicación de cuya buena marcha dependen el equilibrio y bienestar de sus participantes. Como primera norma de vida, Menuhin propone el «amor al prójimo» como práctica garante de una correcta comunicación interpersonal. Y ese «amor al prójimo» implica una forma altruista de entender nuestra existencia que eleva considerablemente su calidad. Para ello hay que desprenderse de las fórmulas impersonales y egoístas que dominan nuestros quehaceres cotidianos y dar paso a un acercamiento desinteresado de ayuda y colaboración entre nosotros.

De forma similar podría entenderse la relación hombre-estado. Aquí chocamos, sin embargo, a juicio del artista, con una estructura que hoy ya no sirve a nuestros intereses y necesidades. El sistema de partidos políticos como representantes de la ideología de una parte del pueblo no puede solucionar la problemática tan compleja que plantean los sectores sociales en juego. Menuhin propone una institución en la que se hallen presentes estos sectores a través de «representantes elegidos no por su postura política, sino por su reconocida capacidad y experiencia», y cuyas resoluciones no se adopten por mayoría, «sino en la que cada voz individual pueda ejercer influencia o restringirla».

Por otra parte, el autor opina que «la monarquía constitucional es la garantía más preciosa e importante de la dignidad nacional y humana. La monarquía es el símbolo más singular e importante del desarrollo social, el punto culminante de una forma de sociedad en la que la persona del monarca es directamente responsable ante el pueblo, está por encima de todos los partidismos y agrupaciones de intereses y garantiza de la manera más natural la continuidad, a saber, por sucesión hereditaria».

Y llegamos a la relación entre estados. Tal y como está concebido el mundo, es im-

pensable que cada nación pueda sobrevivir sin la ayuda de las demás. En el aspecto económico, porque la configuración geográfica y geofísica hace que el suelo proporcione una riqueza que le es propia y diferente en cada región. También contribuye a que los países pongan en marcha los tipos de industrias que les sean más idóneas. Por ello las transacciones comerciales han sido imprescindibles desde los tiempos más remotos. El intercambio de materias primas y productos manufacturados ha sido pieza fundamental en el desarrollo económico de muchos países.

En el aspecto social, ya hace tiempo que la colaboración se ha hecho imprescindible para abordar cuestiones como la investigación sanitaria y la lucha contra las epidemias; o la adopción de medidas internacionales para la protección de determinadas especies de la flora o la fauna y la conservación del medio ambiente en general; o la puesta en marcha de programas de investigación científica o expediciones exploradoras.

Entendimiento entre las naciones

Finalmente, en el aspecto político, la lucha internacional contra el narcotráfico o los acuerdos en materia de navegación espacial y rutas marítimas. Pero por encima de éstos cabe destacar el esfuerzo en pro de la paz y el entendimiento entre las naciones.

¿Qué es la paz? Para el autor, la paz es «un concepto muy limitado que nos crea una idea distinta a cada uno de nosotros y contiene una significación diferente según la persona, la época y el lugar; un ideal, pues, que siempre es real sólo en una determinada relación». Volvemos de nuevo a hablar del equilibrio personal y el equilibrio con nuestros congéneres como pauta para la consecución de la paz. Esta palabra expresa no sólo la idea pasiva de un estado de gracia que todos esperamos alcanzar, sino una fuerza activa que a nivel internacional trabaja contra aquellos que quieren desplegar su poder sin otra razón que el uso de las armas, emponzoñando los ideales y las esperanzas de los que se encuentran más desfavorecidos y llamándoles a una lealtad de todo punto ficticia.

«La creatividad es la situación humana en la que coinciden lo subjetivo y lo universal.» La obra de arte no es sino un conjunto de experiencias individuales en el marco de una colectividad o colectividades cuyo origen está en la herencia recibida desde nuestro más remoto pasado. La facultad creativa es, en principio, patrimonio de todos los seres, aunque algunos imperativos —justificados o no— o la simple falta de motivación impidan su desarrollo. En ella intervienen nuestros sueños e ilusiones y la predisposición para darlos a conocer con los medios elegidos. Pero, sobre todo, es un trabajo que necesita de grandes dosis de paciencia y constancia para dar frutos. Comparto totalmente la aseveración de Menuhin en el sentido de que el arte es «uno por ciento inspiración y noventa y nueve por ciento sudor». Cuando en alguna entrevista me han preguntado por la inspiración, siempre me he declarado convencido de su existencia, mas sólo como una breve pincelada, como un rápido destello de luz que sirve para iniciar un camino, pero que en absoluto puede crearlo si no es a través de una labor diaria en la que cada artista debe poner sus propias herramientas. Al igual que Menuhin, he escogido la música como vehículo de mi interés creativo. ¿O me ha escogido la música a mí? De todas las artes, la música es la que considero más pura, más capaz de llegar a conmover las fibras más insensibles; tiene la facultad de despertar las emociones más profundas y, como ocurre con los cometas que surcan el cosmos, su halo es intenso y duradero. Ello pese al relativismo que la domina, pues es sabido que sin la presencia de otro artista, el intérprete, no es posible su realidad.

RESUMEN

Yehudi Menuhin es un celebrado hombre de música que lleva años dedicado a la interpretación y a la pedagogía en este campo; pero es también un hombre procedente de una mezcla de culturas que muestra la mis-

ma entrega por la Humanidad. En este libro de Menuhin, que comenta Claudio Prieto, se recoge una serie de artículos y reflexiones nacidas de la capacidad observadora de un artista sensibilizado con los problemas de su época.

Como puede observarse, el contenido del libro es muy denso y participa de un conjunto de temas que abarca prácticamente la totalidad de la problemática social. Teniendo en cuenta que se trata de artículos escritos desde 1959 a 1985, presentados en una secuencia más o menos cronológica, contamos con la posibilidad de contemplar la evolución del discurso menuhiniano. Sin entrar en su valoración cualitativa literariamente hablando, la obra sí rezuma la frescura de una pluma de primera mano por la que fluyen los pensamientos con los que el artista ha procurado vivir en consonancia.

Menuhin aboga por un mundo sin fronteras, llama a la cooperación entre los hombres y apuesta por la potenciación de la creatividad en nuestra especie. Quizá estas propuestas nos parezcan utopías fruto más de un profundo ideal que de un deseo de superación compatible con la realidad que nos rodea, donde su viabilidad parece bastante dudosa. El autor, empero, nos invita a un examen de conciencia que concluya con una toma de postura responsable y comprometida frente a los males que nos aquejan.

A modo de epílogo, quiero traer a estas líneas una nueva cita que considero aglutina una buena parte de la filosofía de Yehudi Menuhin:

«Quizá algún día lo artístico aventajará a lo político-bestial en el hombre. No olvidemos que las unidades de administración más grandes sólo sirven para organizar, aplicar y desarrollar lo que el hombre, el individuo, crea en su entorno cultural único. Las unidades pequeñas y mínimas son las que poseen una idea y crean algo... las grandes sólo pueden administrar, pero no crean nada. En el fondo dependemos del individuo. Quizá semejante apreciación se anticipe demasiado, pero a la postre el Estado nacional tendrá que ceder partes de su autonomía a unidades universales mayores y a comunidades vecinas más pequeñas, pues por un lado necesita de la cooperación internacional en diversos dominios como la alimentación, la contaminación ambiental, la navegación espacial, la demanda de materias primas; por otro lado, los Estados deben fomentar las aspiraciones de autonomía regionales: idiomas, dialectos, arte, música, teatro, vestimenta, alimentación, forma de vida y todas las funciones humanitarias y culturales.»

Yehudi Menuhin

Lecciones de vida. El arte como posibilidad

Gedisa, Barcelona, 1989. 181 páginas. 1.090 pesetas.

Preludio de guerra mundial

Por Guido Brunner

Guido Brunner (Madrid, 1930) es embajador de Alemania en España y miembro correspondiente de la Real Academia de Historia desde 1985. Licenciado en Derecho por la Universidad de Madrid y doctor por la de Munich, es autor de *Bipolaridad y seguridad*, *Mantenimiento de la paz por las Naciones Unidas*, *Orgulloso como don Rodrigo* y *El poder y la unión*.

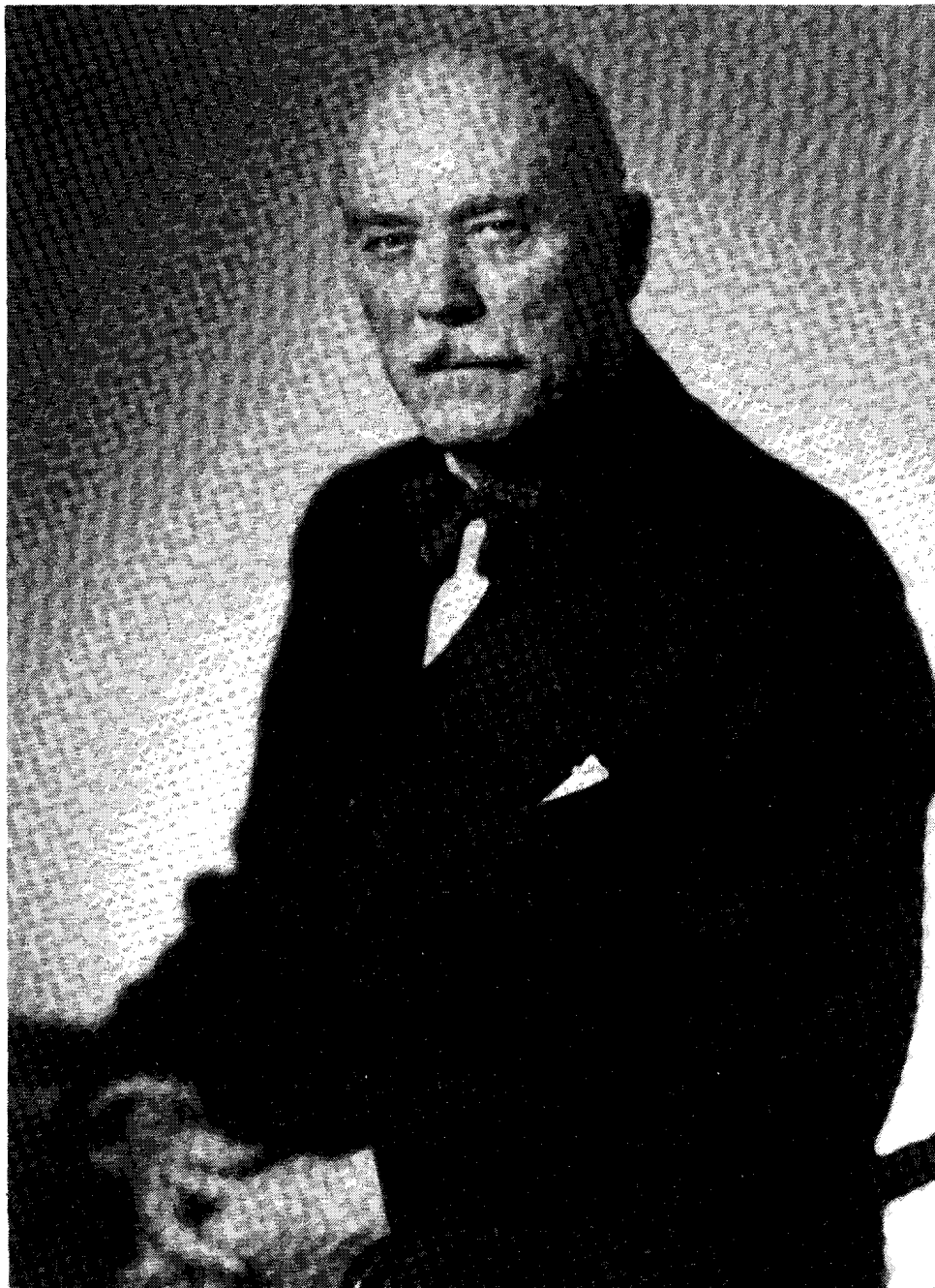
El año 1939 se presentaba a Hitler con buenos augurios. El Acuerdo de Munich de 1938, por el que Francia e Inglaterra reconocían la anexión de Austria por Alemania, la previsible victoria de Franco en España, la indefensión de Checoslovaquia, siguiente meta de expansión en su fuero interno, todo hacía suponer que su peso político en Europa iría en aumento. Hitler estaba ebrio de poder. Al mando de un ejército potente, dueño absoluto por coerción y persuasión de la voluntad de un pueblo industrializado de 80 millones, había decidido pujar su chantaje internacional hasta el límite. El desmembramiento de Polonia o la conquista de los «fértiles espacios» de la Unión Soviética ocupaban lugares fijos en su mente. Pocos meses después, en abril, ya comenzarían en el Estado Mayor los trabajos preparatorios del «Caso Blanco», la invasión de Polonia.

La falta de reacción de los demás le envalentonaba. «¿Ha oído usted algo de movimientos militares en Francia, la Unión Soviética o de una movilización de la flota británica?», preguntaría en marzo, tras la ocupación de Praga, en tono socarrón a su jefe de prensa. «¡Lo sabía! En dos semanas nadie habla ya de esto.»

Nada estimula al jugador como ganar bazas, y Hitler era un jugador sin escrúpulos que no titubeaba en apostar en cada envite su propia vida. Un ludópata político de talante tan radical desprecia tanto más la vida de sus congéneres. Es difícil pararle los pies; sin violencia, casi imposible. Apaciguar sólo produce pausas, algún respiro, pero con toda probabilidad acumulará fuerzas, tomará carrerilla y volverá a las andadas. Mas el jugador empedernido no juega ni a ciegas ni a locas. Al contrario, estudia las jugadas, cambia los ritmos y las apuestas. Intenta desarrollar un «sistema» que, en última instancia, sea «infalible». La esencia del jugador congénito no es sólo la pasión ciega por el riesgo de autodestrucción, sino también la «argucia lúdica», la ambición de vencer al destino, de alterar y dominar las reglas de la casualidad.

En el año 1939, tras su éxito de la ocupación de Checoslovaquia en marzo, Hitler inició una fase de cavilación táctica de este género. Su mente monomaniaca giraba entonces más y más alrededor de la Unión Soviética como punto de apoyo. A su vuelta de Praga el 18 de marzo, le dice a su ayudante Von Below: «Ahora será más difícil aislar a Polonia..., pero el enemigo secular de los polacos no es Alemania, es Rusia. También a nosotros nos amenazará algún día un gran peligro desde Rusia. Pero ¿por qué el enemigo de pasado mañana no puede ser el amigo de mañana? Habrá que considerar esta cuestión con mucha atención.»

Ya previamente, el 12 de enero de 1939, una escena había iluminado fugazmente este pensamiento y causado sensación. Fue en la recepción de Año Nuevo para el Cuerpo Diplomático. Hitler siempre había ignorado a los representantes soviéticos. Esta vez, en palabras de su ayudante Wiedemann, «... saludó al embajador ruso muy atentamente y se entretuvo largamente con él. Se veía, se sentía cómo todas las miradas se dirigían hacia los dos, y todo el mundo se preguntaba: ¿Qué ocurre aquí...? Este día, el ruso se convirtió en el centro de la recepción diplomática.»



El conde Schulenburg, embajador alemán en Moscú.

La conversación fue anodina. Según el informe del embajador soviético Merekalov: «... Hitler preguntó por mi residencia en Berlín, mi familia, mi viaje a Moscú, indicó que estaba orientado sobre mi visita al embajador alemán en Moscú, Schulenburg, me deseó éxito y se despidió... A pesar de mi mal alemán conversé conmigo sin intérprete. Hitler se mantuvo distante hacia el resto del Cuerpo Diplomático, se inclinó ligeramente y se alejó». Eso fue todo, pero quedaba el gesto.

Donde se acogió el mensaje de Hitler con mayor atención fue en la embajada alemana en Moscú. Allí, bajo la dirección del conde Schulenburg (1875-1944), trabajaba un grupo homogéneo de personas ajenas al nazismo. Entre ellos un consejero de embajada, Gustav Hilger, y un agregado militar, el general Ernst Köstring, nacidos y criados en Rusia, bilingües, con muchos años de puesto en Moscú y contactos valiosísimos. El embajador Schulenburg estaba decidido a hacer lo posible para evitar que los planes expansivos de Hitler condujeran a una catástrofe bélica. El Acuerdo de Munich del 29 de septiembre de 1938 sancionando la anexión de Austria y de los Sudetes, era considerado por él como una capitulación franco-británica. Veía que tarde o temprano esta debilidad inicial occidental se transformaría en resistencia, que un despliegue de voluntad súbito sorprendería a Hitler y que de ahí nacería la guerra. Schulenburg veía un solo remedio para frenar a Hitler: incluir a la Unión Soviética como gran potencia en un equilibrio de pactos de no agresión y apoyo mutuo con Alemania, por un lado, y Francia e Inglaterra por el otro. Con este fin, su embajada desplegó toda clase de esfuerzos y no dudó en mantener informados en todo momento a americanos, ingleses y franceses a través del secretario particular del embajador, Von Herwarth (en los años cincuenta embajador en Londres y en Roma).

La empresa en que se habían empeñado Schulenburg y sus colaboradores era ambiciosa. Rebasaba la capacidad de actuación y persuasión de una simple embajada. Cierto, entonces los informes diplomáticos todavía encontraban lectores interesados de rango. Aún quedaba lejos la época de la diplomacia multilateral con sus contactos directos y continuos entre responsables políticos. Tampoco eran frecuentes los desplazamientos ministeriales con fines de negociación. (Paradójicamente, en el caso presente, la meta que se había marcado la embajada en Moscú sería anulada precisamente por un viaje relámpago de este tipo, el de Ribbentrop de agosto de 1939.) Tenían los diplomáticos en Moscú además una ventaja informativa a través del uso del telégrafo y el teléfono sin censura, de la que no gozaban corresponsales de prensa. Contaban con aliados en el Ministerio de Asuntos Exteriores en Berlín, entre ellos el subsecretario Von Weizsäcker, también deseoso de evitar una guerra.

Con todo, Schulenburg no se hacía ilusiones. No iba con su carácter. Este sesentón, soltero a la fuerza como consecuencia de las leyes nazis —la correspondencia con su amiga en Berlín, la germano-rusa Alla Von Duberg, asesinada en mayo de 1944, ha sido descubierta y estudiada con esmero por Ingeborg Fleischhauer, la autora del libro que nos ocupa—, era cauto, realista y escéptico. Sabía que todo ingenio diplomático, toda astucia informativa —un método muy utilizado era poner en boca de los interlocutores rusos matices que dieran soporte a su propia estrategia de acercamiento y de paz—, valían poco frente a la agresividad y arbitrariedad de Hitler.

(Schulenburg, por cierto, vino a Madrid, ya en plena guerra, como representante del Gobierno alemán en el traslado del cadáver de otro antinazi amigo suyo, el embajador

Von Moltke, fallecido a principios de 1943. Presenció de niño el cortejo fúnebre. Me cuenta el doctor Wissmann, uno de los médicos que le trató en su última enfermedad, que el entonces embajador británico, Sir Samuel Hoare, apareció vestido de chaqué en la ventana de su embajada y se inclinó, en señal de respeto, al pasar el furgón de artillería con el féretro. Corría el rumor, infundado, de que Von Moltke había sido asesinado por los nazis. Quien sí lo sería poco después, el 10 de noviembre de 1944, fue Schulenburg, condenado a muerte y ahorcado por su participación en la conspiración contra Hitler que culminó en el atentado del 20 de julio de 1944.)

Hitler despreciaba a los diplomáticos alemanes. Veía en el Ministerio de Asuntos Exteriores «un aparato esclerotizado, prácticamente despegado del nacionalsocialismo». Poca influencia le dejaban estas circunstancias al embajador en Moscú. Prueba de ello fue el destino que corrió su informe sobre el discurso de Stalin del 10 de marzo de 1939 ante el XVIII Congreso del Partido Comunista Soviético. Considerado posteriormente como el giro decisivo hacia Alemania, en aquel momento no lo conocieron ni Hitler ni su ministro de Asuntos Exteriores Von Ribbentrop.

Más angustia tuvo que inspirar a la embajada otro caso, ya que denotaba que sus esfuerzos de acercamiento entre los dos países podrían culminar en fomentar la guerra en vez de mantener la paz. El 10 de mayo de 1939, Hitler había citado al consejero de embajada Hilger, el germano-ruso especialista en materia soviética, a informarle personalmente en su casa de los Alpes. Hilger expuso que la Unión Soviética, tras las terribles «purgas» ordenadas por Stalin, estaba renaciendo como gran potencia económica y militar y se estaba abriendo paso un nuevo pragmatismo en su política exterior. Cargó un poco las tintas, aludiendo a similitudes entre ambos regímenes, para hacer penetrar en la mente de Hitler la idea de un posible acercamiento. Hitler terminó abruptamente la entrevista sin expresar opiniones. Después dijo a sus colaboradores que Hilger posiblemente se dejaba influir por la propaganda soviética al describir una Unión Soviética tan pujante. Pero continuó diciendo que si los juicios de Hilger eran ciertos, no había tiempo que perder para impedir que Rusia se consolidara como potencia. El resultado de la entrevista había sido, por tanto, diametralmente opuesto al deseado por el diplomático de la embajada en Moscú.

Al igual que, por una parte, era Hitler quien controlaba el acercamiento alemán, por la otra, el único factor determinante era Stalin. Ambos no coincidían en los fines. Hitler quería aislar a Polonia con apoyo de la Unión Soviética, después fragmentarla y conseguir al tiempo la abstención de Inglaterra. Stalin quería completar, por medio de un eventual entendimiento con Hitler, pactos de mutuo apoyo militar con Francia e Inglaterra, obtener así más seguridad y salir de su aislamiento. Los designios de Hitler eran ofensivos de momento contra Polonia; los de Stalin defensivos, ante todo frente a Alemania. Hitler quería una guerra localizada con Polonia; Stalin, a ser posible, evitar cualquier guerra. Al fin, ninguno de los dos se salió con la suya y su cooperación produjo una guerra mundial.

Por parte de Stalin hubo dos jalones importantes en su acercamiento a Alemania: el mencionado discurso del 10 de marzo de 1939 y la sustitución de Litvinov por Molotov como ministro de Asuntos Exteriores el 3 de mayo. En realidad, la destitución era la consecuencia del fracaso de la política soviética en la Sociedad de Naciones y de las negociaciones de pactos de seguridad con las potencias occidentales. Rusia no había conseguido romper su aisla-

Viene de la página anterior



miento. A la Conferencia de Munich ni siquiera había sido invitada. Pero la destitución de Litvinov, judío bien relacionado internacionalmente, tenía además que encontrar forzosamente buena acogida por el antisemita Hitler.

Parece que desde abril de 1939 Stalin había cursado orden a la embajada soviética en Berlín de que informara en adelante para su orientación personal y directa. Stalin disponía además de otras buenas fuentes a través de una amplia red de espionaje en Berlín y en embajadas alemanas como las de Varsovia y Tokio. (En Varsovia, la secretaria del embajador Von Moltke y un diplomático, Gerhard Kegel, que adquiriría una cierta prominencia en la RDA de los años cincuenta, espían; en Tokio actuaba el famoso agente Richard Sorge, con buen acceso al embajador Dirksen.)

La autora Ingeborg Fleischhauer ha tenido por primera vez acceso a las actas diplomáticas soviéticas de aquella época. Revelan que en el giro de la política exterior rusa hacia Alemania, la embajada soviética en Berlín no jugó nunca un papel de impulsora. Máxima cautela, reticencia desconfiada frente a los arranques contradictorios de Hitler y sus ayudantes, es la pauta predominante de sus informes. Ocupa un lugar central el consejero económico Georgij Astachov, joven caucasiiano interesado ante todo en promocionar los intereses comerciales soviéticos en la incipiente época de reconstrucción de su país tras las extensas «purgas» estalinianas. Esmerado hasta el extremo, Astachov nunca abandonó una línea puramente receptiva. Tampoco cuando, ya en una fase avanzada de los sondeos diplomáticos, constata que se rebasan por parte alemana ampliamente los temas económico-comerciales de su incumbencia para entrar en profundidades político-territoriales inesperadas. (La lealtad y el pedante cuidado de los diplomáticos soviéticos en Berlín serían, ciertamente, mal retribuidos al correr del tiempo. Casi todos murieron víctimas de la represión de Stalin, quien así probablemente intentó borrar las huellas de su error garrafal de entenderse con Hitler. El primero fue Astachov, cuya vida se extinguió, a los pocos meses de estallar la guerra en 1941, detenido en un campo de concentración en el círculo polar ártico.)

El cálculo fallido de Stalin y Molotov desde mayo de 1939 consistía esencialmente en pensar que sería posible conseguir un acuerdo de cooperación político-militar con Francia e Inglaterra —las negociaciones a este fin comenzaron en agosto— y completarlo simultáneamente con un pacto con Hitler en materia económica y de mutuo respeto de esferas de influencia. De esta manera pensaban conseguir lo que se le había escapado a Litvinov: salir del aislamiento, protegerse contra el Japón, que amenazaba sus territorios asiáticos desde Manchuria, y evitar que Hitler escogiera a la Unión Soviética como primera víctima de sus designios de expansión. Todo esto no se podía obtener a la vez. Dadas las intenciones de Hitler respecto a Polonia y las garantías franco-británicas frente a este país, un pacto soviético con Hitler no podía tener otro efecto que desplazar, de momento, el riesgo de guerra hacia los dos países occidentales y fomentar la conflagración mundial. Además, Hitler no estaba por la labor de que la Unión Soviética pudiera contraer acuerdos simultáneamente con los dos lados. En este punto no sólo se equivocaban Stalin y Molotov, sino también Schulenburg, quien creía que una simultaneidad de alianzas era factible.

Más lucido en su análisis fue, en su modestia, el consejero de embajada Astachov en Berlín. El 8 de agosto escribía a Molotov que no eran materias comerciales o consulares las que interesaban esencialmente a los interlocutores alemanes. «La frase que utilizan permanentemente de que no hay intereses contrapuestos entre el mar Báltico y el mar Negro que nos separen, quiere decir que buscan con nosotros un



FUENCISLA DEL AMO

acuerdo sobre todos los territorios en esta zona. Quieren indicarnos que están dispuestos a desinteresarse políticamente del destino de los países bálticos (menos de Lituania), de Besarabia, de la parte rusa de Polonia, y a renunciar a cualquier reclamación respecto a Ucrania.» Al final, Astachov añade una frase clarividente que resultaría profética: «Conversaciones sobre estos temas, en opinión alemana, son aparentemente sólo posibles si no concluimos acuerdos políticos y militares anglo-franco-soviéticos.»

Stalin no quería comprender esto y pensaba poder evitar una opción entre unos y otros. Independientemente de las insinuaciones que le hacían en Berlín, aceleró los preparativos para llegar a un acuerdo militar con los occidentales. Aquí el desarrollo adquiere tintes dramáticos. Las negociaciones militares con británicos y franceses comienzan el 11 de agosto. Por parte soviética preside la delegación el mariscal Vorochilov, ministro de Defensa. Así Stalin quiere significar la importancia que atribuye al asunto. Al final de cada sesión de negociación, Vorochilov le informa personalmente del estado de la cuestión. Las conversaciones progresan dificultosamente. Stalin está bajo la impresión de que sobre todo los británicos buscan más bien un resultado político, con el fin de frenar psicológicamente a Hitler, que una cooperación efectiva militar, la única que en su opinión puede tener efectos disuasorios. Las delegaciones se estancan una y otra vez cuando los soviéticos plantean los problemas de la llamada «agresión indirecta», es decir, los relacionados con los países bálticos y Finlandia. Igual sucede cuando reclaman un derecho de paso por Polonia y por Rumanía en caso de que Hitler abra allí un frente.

La embajada alemana en Moscú, interesada en que las negociaciones lleguen a buen término para así disuadir a Hitler de agresiones, describe conscientemente el proceso negociador como carente de todo progreso. Schulenburg quiere ganar tiempo, evitar que Hitler intervenga con una iniciativa-sorpresa.

Pero Hitler no se deja distraer. Está bien orientado de lo que sucede y sabe que los escollos que existen, si bien serios, pueden ser salvados. Su desconfianza básica hacia Stalin persiste, pero se siente reconfortado por el sentimiento de que es él quien tiene más concesiones que ofrecer. Se decide finalmente por hacer una oferta que rebasa considerablemente lo que Stalin pide a sus interlocutores militares occidentales. En todos los puntos (Báltico, Polonia, Besarabia) donde los soviéticos piden derechos de paso o garantías estratégicas, él ofrecerá «zonas de influencia» equivalentes a anexiones territoriales. Inicia su apertura el 15 de agosto, sugiriendo un pacto de no agresión que «regule todos los problemas entre el Báltico y el mar Negro, tales como mar Báltico, países bálticos, Polonia y cuestiones surorientales». El cebo es sabroso. Stalin pica a medias, aceptando la idea pero señalando que se requiere una laboriosa preparación diplomática. (Sigue pensando que podrá contraer acuerdos con alemanes y occidentales a la vez.)

Hitler no tiene tiempo. Quiere comenzar pocos días después la invasión de Polonia. El pacto con Stalin lo desea no como Schulenburg, para mantener la paz, sino para hacer impunemente la guerra. El 20 de agosto se decide a dar un paso inusitado. Envía directamente, a través de la embajada, un telegrama al «Señor Stalin, Moscú». En él ofrece satisfacer todas las aspi-

raciones soviéticas, replantear las relaciones entre los dos países sobre una nueva base a largo plazo, firmar un protocolo secreto como anexo a un tratado en el que se delimitarían las «zonas de influencia». Señala al tiempo que la «crisis» con Polonia está a punto de estallar. Por último, propone que su ministro de Asuntos Exteriores, Ribbentrop, sea recibido en Moscú «el 22 o lo más tarde el 23 de agosto» para negociar con plenos poderes este acuerdo de no agresión. Hitler da así un paso muy expuesto, ligando su propia persona y prestigio a la oferta. En algún momento había pensado incluso en ir él personalmente a Moscú.

Stalin sabe valorar el gesto. Ordena interrumpir las negociaciones con los occidentales el día siguiente, 21 de agosto, y envía un mensaje a Hitler aceptando negociar con Ribbentrop en Moscú el 23 de agosto.

Este llega en la fecha prevista. Su delegación, numerosísima y muy nerviosa, al igual que él, tiene que preparar aún en el avión borradores de posibles acuerdos. Los poderes que trae Ribbentrop le permiten ofrecer cualquier cosa con tal de que sea a costa de terceros. Hitler le permitía rebasar su oferta inicial incluyendo, si fuese necesario, «el Sureste de Europa, incluso hasta Constantinopla y el estrecho del Bósforo». ¡Un sueño ancestral ruso hecho realidad! (Luego resultó que no hacía falta ofrecer tanto y Ribbentrop volvió a casa con estas concesiones en el bolsillo, de lo cual se enorgullecía no poco.)

La negociación con Stalin y Molotov transcurrió con gran rapidez en dos sesiones. Al final, Stalin se tragó el anzuelo. A cambio de una expansión territorial en los países bálticos, Finlandia y Polonia, disfrazada de «delimitación de zonas de influencia», y una declaración de desinterés por parte alemana respecto a Besarabia —todo ello recogido en un protocolo secreto—, Stalin accedía a ligarse exclusivamente a Alemania, haciendo así posible la guerra contra Polonia y, finalmente, una guerra mundial en la que Hitler acabaría atacando a la Unión Soviética.

¿Qué le indujo a Stalin a esta tremenda equivocación? Quedará sin aclarar para siempre. ¿Fue sólo avaricia territorial? ¿Acaso el deseo de ganar tiempo, evitándose la primera avalancha hitleriana? Según Chruschtchov, Stalin recibió en la noche del 24 de agosto, una vez concluidas las negociaciones, a miembros destacados del Politburó y les dijo: «... nos evitaremos esta guerra durante algún tiempo... comenzará entre Alemania, Francia e Inglaterra, posiblemente los Estados Unidos se verán arrastrados a ella... nosotros tendremos la posibilidad de mantenernos en cierto modo neutrales.»

La autora del libro *El Pacto*, Ingeborg Fleischhauer, eslavista residente en Bonn, es una gran conocedora de la Unión Soviética. Ya hace casi diez años sorprendía con predicciones de lo que ocurriría allí con resultados certeros hasta en los detalles. Su estudio del pacto Molotov-Ribbentrop es el análisis más claro de la génesis del malhadado convenio. Ingeborg Fleischhauer ha tenido acceso a fuentes inéditas, como los papeles del embajador Schulenburg, y ha sabido hacer buen uso de ellas. El resultado es un libro científico, denso y ponderado... que se lee como una novela. Esperamos con interés la publicación del segundo tomo de su trabajo, que cubrirá el período de 1939 a 1941 de las relaciones germano-soviéticas. □

RESUMEN

El actual embajador alemán en España, Guido Brunner, trae a estas páginas la atmósfera en la que se gestó el, en su momento, sorprendente pacto de no agresión entre Hitler y Stalin. Comenta así una extensa monografía

aparecida en Alemania y para la que su autora ha tenido acceso por vez primera a las actas diplomáticas soviéticas de la época, así como a otras fuentes inéditas, como los papeles del embajador alemán en Moscú, conocido antinazi.

Ingeborg Fleischhauer

Der Pakt

Verlag Ullstein, Berlín y Frankfurt, 1990. 552 páginas.

Lengua y cultura ibéricas

Por Antonio Blanco Freijeiro

Antonio Blanco Freijeiro (Marín, Pontevedra, 1923) ha sido catedrático de Arqueología de las universidades de Sevilla y Complutense de Madrid. Es miembro de la Real Academia de la Historia. Entre otros libros, es autor de *Historia del Arte Hispánico e Historia de Sevilla*. La ciudad antigua.

Antonio Tovar (1911-1985), autor de muchos libros, maestro forjador de muchos discípulos, murió cuando estaba a punto de dar cima a una de sus obras de mayor empeño, la de *Geografía y etnografía antiguas de la Península Ibérica*, que venía publicándose en Alemania y en alemán desde 1974 con el título de *Iberische Landeskunde*. No era Tovar partidario de la publicación póstuma de obras inacabadas. Su familia estaba dispuesta a atenerse a ese criterio. Hicieron falta muchos ruegos y razones de amigos y discípulos para que su esposa, doña Consuelo Larrucea de Tovar, accediese a reunir los papeles dispuestos, revisarlos, ponerlos en limpio y entregarlos al fin para su publicación. En esta labor contó con la ayuda y el aliento de su hija, Consuelo Tovar Larrucea, y de un discípulo y amigo del maestro, el profesor Juan Gil.

Queda así completa la obra en sus tres tomos, los dos primeros dedicados a la Bética y Lusitania, en lengua alemana, y el tercero, correspondiente a la Tarraconense, que lo hace en cambio en lengua española, aunque impreso en Alemania como los dos anteriores y conservando el título alemán de la obra. Es motivo de alborozo que este tercer tomo exponga el pensamiento del Tovar de sus últimos años y no al modo lacónico como a veces gustaba él de expresarse, sino con la facundia y la claridad de quien tal vez intuía estar haciendo uso de su última oportunidad.

Por el territorio que abarca —la mayor parte de Hispania romana—, el libro trata de casi todas las cuestiones históricas, lingüísticas y etnográficas que más preocuparon y ocuparon a Tovar en sus años de madurez: la lengua y la cultura ibéricas, la lengua de los celtíberos, que él tanto contribuyó a definir y esclarecer; el problema del celtismo del norte y del noroeste peninsulares, que tan reacio se mostró a aceptar (quizá porque otros autores como Bosch Gimpera lo habían aceptado siempre sin reservas), y finalmente, el de la historia del vasco y de los vascos, entre quienes habitó y aprendió la lengua desde niño.

La obra *Iberische Landeskunde* nació y fue bautizada en Alemania porque su inventor no fue otro que el genial y voluntarioso hispanista de aquella nacionalidad Adolfo Schulten. En 1955 publicó éste en alemán, y en Estrasburgo, un primer tomo que cuatro años después aparecía en español, traducido por H. Schlunk y L. Vázquez de Parga, con el título de *Geografía y etnografía antiguas de la Península Ibérica* (Madrid, CSIC, 1959). Su contenido era el de los capítulos correspondientes a la geografía física, sin entrar en lo referente a la etnografía, reservada para sucesivos volúmenes.

RESUMEN

La viuda del filólogo Antonio Tovar, Consuelo Larrucea, rindiéndose a sugerencias insistentes, accedió a revisar el tercer volumen de la que es considerada como una de las obras de Tovar de mayor empeño: el estudio de la geografía y la etnografía an-



ALFONSO RUANO

Años antes, en plena segunda guerra mundial, el viejo sabio de Erlangen recababa la ayuda y la colaboración en dicha obra de Antonio Tovar, catedrático entonces de la Universidad de Salamanca. Este aceptó la invitación y, a la muerte de Schulten, asumió por completo la responsabilidad de llevarla a cabo tal y como ahora la tenemos, en lo que constituye su testamento científico.

Aunque el tercer volumen duplica casi la extensión de los dos anteriores, sigue en líneas generales la pauta de los mismos, ofreciendo, al comienzo de cada división étnica, una visión global de la génesis, cultura, lengua y, en la medida de lo posible, teoría de la formación de cada pueblo. A esta introducción sigue la relación numerada de ciudades y poblaciones menores conocidas por las fuentes escritas, tanto literarias como epigráficas. El tomo III, objeto de esta reseña, ofrece la novedad, con respecto a los dos anteriores, de tratar con bastante detalle de la historia, y en particular la historia de la conquista del pueblo en cuestión, por los romanos. Esto contribuye, naturalmente, al mayor volumen adquirido por la obra, pero el lector agradecerá ese complemento.

Los dos tomos publicados en alemán llevaban este subtítulo: «Die Völker und die Städte des antiken Hispanien» («Los pueblos y las ciudades de la Hispania antigua»), lo que los romanos dirían «Populi et civitates Hispaniae antiquae». El tomo en español que comentamos traduce «Völker» por «tribus», un término que lleva aparejadas en la lengua corriente connotaciones peyorativas. Caro Ba-

ros, a propósito del memorable estudio de Sánchez Albornoz «Divisiones tribales y administrativas del reino de Asturias», observa acertadamente: «Pero en el mismo título del estudio de Sánchez Albornoz hay un elemento, una simple palabra, que nos ha de perseguir de continuo y sobre la que en primer lugar conviene decir algo: no en son de crítica a aquel maestro venerado, sino como corrección al hábito aceptado en nuestro idioma (que yo he seguido en ocasiones múltiples) de emplear la palabra "tribu" dándole unas acepciones vagas, poco técnicas, que pueden originar alguna confusión... Puede que alguna vez, en Plinio el Mayor por ejemplo, se registre un uso de la palabra "tribu" con la acepción de pueblo. Se referirá Marcial a una clase social pobre y Horacio a las gentes de letras considerándolas "tribu". Pero a un historiador de la Antigüedad, y más si pretende ser historiador social, está o debe estar vedado el usar los textos de modo impreciso, y usar la palabra "tribu" como sinónimo de "nación", "gente", "pueblo", constituye notoria impropiedad» («Organización social de los pueblos del norte de la península Ibérica en la Antigüedad», *Legio VII Gemina*, León, 1970, 13 ss.). Espero que estas y otras observaciones que puedan encontrarse en estas páginas no se tomen en vituperio del autor, a quien admiro como maestro y quiero entrañablemente como amigo (y obsérvese que hablo como si viviese, porque para mí, vivo está), sino como sana crítica e incluso invocando el deseo de Tovar formulado al final del prólogo del tomo I de esta obra: «Sea este libro un primer bosquejo que futuras generaciones refinen cada vez más» («Möge dieses Buch ein erster Raster sein, der von kommenden Generationen immer mehr verfeinert wird»).

Quedamos, pues, en que los tres tomos son a modo de una versión actual del *Sumario de las antigüedades que hay en España*, de Ceán Bermúdez, un catálogo de los pueblos como entidades mayores y de las ciudades de esos pueblos de la Hispania antigua. Estos deben ser los pilares de la obra que la investigación futura corregirá y completará, porque es de saber que, por raro que parezca, aun en una región tan rica como Andalucía (200 ciudades le asignaba Estrabón, número que descendió un siglo después en Plinio y más, al ca-

bo de otro siglo, en Ptolomeo), casi la mitad de las poblaciones que citan los historiadores y geógrafos clásicos están por localizar o su emplazamiento sujeto a debate. Si tal ocurre en la parte más romanizada de Hispania, imagínese el estado en que las otras se encuentran. Es admirable y aleccionador que a Tovar no le arredrase el estado de la materia con que había de bregar, pero evidentemente tuvo arrestos para afrontarla, y ésa es sólo una parte del gran legado que nos deja.

Tal empresa hubiera podido abordarla un geógrafo, un cartógrafo, un historiador, un arqueólogo, un etnólogo e incluso, como se ha hecho en países que fueron antiguas provincias del Imperio Romano, un aviador experto en observación y fotografía aérea. En nuestro caso ha sido un filólogo de rango, grande y acreditado humanista.

Entre los aspectos que más interesarán a sus lectores se encuentra, a mi juicio, el tratamiento de que es objeto el problema de los vascones (pág. 49 ss.), pueblo que a ojos de muchos, antiguos y modernos, se caracterizaba por su movilidad —«inquietos vascones» les llama un interpolador de Avieno, *Ora marítima*, 251—. Como es sabido, la más autorizada de las fuentes antiguas (Estrabón III, 3, 7) los engloba entre los «montañeses» de la cornisa cantábrica, flanco septentrional de Iberia, término que comprendía a galaicos, astures, cántabros, «hasta los vascones y el Pirineo», como dice expresamente el geógrafo. En suma, todos esos pueblos tenían, a raíz de la conquista romana, un mismo modo de vida, es decir, unos mismos usos y costumbres.

Aunque Estrabón no diga nada de la lengua de esos pueblos si no es para hacer la infeliz e impertinente observación de que los nombres de algunos sonaban mal a oídos de los griegos, Tovar reconoce, como lingüista, un substrato común de tipo vascoide en toda la zona en cuestión, incluidas las regiones en donde al final se impusieron lenguas indoeuropeas, es decir, Cantabria, Asturias y Galicia. «La idea de que el vasco fue la lengua de los antiguos vascones es seguramente responsable —aclara Tovar— de la hipótesis defendida por muchos de que las tres provincias vascongadas actuales no pertenecían al territorio primitivo de lengua vasca, sino que fueron «vasconizadas» por los vascos de Navarra, Alto Aragón y norte de Cataluña. El más acérrimo defensor de esta tesis en fecha reciente ha sido don Claudio Sánchez Albornoz. Si uno se libra de ese prejuicio —concluye Tovar— y examina fríamente la documentación lingüística, sacará la conclusión de que el vasco es la lengua aborigen de todo el Pirineo desde Gerona a La Coruña».

¿Qué ocurrió entonces? Ocurrió que las lenguas indoeuropeas que actuaron sobre toda esa zona antes de la llegada de los romanos, y que no estuvieron ausentes del ámbito de los vascones (el Pirineo navarro, aragonés y catalán), actuaron con más fuerza o encontraron menos resistencia al oeste del Nervión, desde donde se impusieron en todo el litoral y la montaña cantábrica. Aquí se produjo, probablemente en tiempos antiguos, una sustitución de la lengua vasca por las indoeuropeas de los cántabros, ástures y galaicos.

Aunque con la cauta salvedad de considerarla «posible», la tesis está claramente expuesta. Otras ciencias como la Antropología podrán algún día robustecerla. □

En el próximo número

Artículos de Agustín García Calvo, Antonio López Gómez, Oleario G. de Cardedal, Vicente Palacio Atard, Carlos Seco Serrano y Antonio Fernández Alba.

Antonio Tovar

Iberische Landeskunde (II parte: «Las tribus y las ciudades de la antigua Hispania». Tomo III: «Tarraconensis»).

Verlag Valentin Koerner, Baden-Baden. 1989. 510 páginas.

Decir que no

Por Agustín García Calvo

Agustín García Calvo (Zamora, 1926) ha sido catedrático de Instituto y actualmente lo es de la Universidad Complutense de Madrid. Ha escrito sobre filología, lingüística, política y poesía, que son las áreas en las que mayoritariamente se sitúa su amplia bibliografía tanto ensayística y académica como de creación. Entre otros libros, es autor de *Sermón de ser y no ser*; *Lalia*, ensayos de estudio lingüístico de la sociedad; *Del lenguaje*; y *Canciones y soliloquios*.

Este gran libro sobre la negación no es grande sólo por su volumen: escrito por alguien que se ha dedicado durante muchos años a estudiar el surtido de problemas que en torno del NO estallan (y a publicar sobre ellos una larga serie de artículos, que han encontrado en el libro frecuentemente resumen y ordenación), acierta a tocar las más de las cuestiones que con el NO se plantean y se han planteado así en las varias formas y escuelas de Lógica como en las de Gramática y Lingüística en general, y hasta, más ocasionalmente, en Psicolingüística y Filosofías del Conocimiento, con una exposición clara y cuidadosa discusión, no sin ciertas repeticiones o más bien vueltas desde otro motivo sobre el mismo asunto, que, dado lo complejo de los problemas y de sus interrelaciones (y lo complicado por los afanes de sus estudiosos), a mí al menos no me parecen inútiles ni censurables.

Tiene también el libro una tesis, o más bien el autor se esfuerza del principio al fin en referir la enorme riqueza de datos y teorías que presenta a una línea o actitud, que llega a describirse como una forma de *Extended Term Logic* y muestra gran empeño por declararse como una herencia y reforma de la de Aristóteles tocante al NO y a las cuestiones fundamentales de Lógica con él ligadas inevitablemente, que en muchos puntos centrales es claramente contraria a la adoptada, desde Frege y Russell, por la Lógica matemática más en uso y aun por Gramáticas, como la Generativista, adheridas a ese tipo de Lógica dominante. Pero eso tal vez es lo de menos: lo importante es que, con su idea y a pesar de su idea sobre la cosa, Laurence R. Horn se ha dejado llevar por su escrupulosa honestidad, su mucho estudio y su interés apasionado por el tema, para ofrecerle al lector (no necesariamente «especializado») los problemas mismos con lucidez suficiente, sin

trampas intencionadas y con el bastante detenimiento para que puedan florecer a lo largo de la lectura las dificultades que trae consigo esto de decir que no.

Un jardín es, a primera vista, no, sin sus médanos, sus *trompe-l'œil* y sus laberintos. Puede extrañarle tanta complicación y escurridad a la gente que, sin haber entrado en estudios de Lógica o Gramática, encuentra que decir que no es lo más fácil y natural del mundo. A esa gente le recomiendo que, mientras repaso aquí algunos de los problemas presentados por el libro y discuto a ratos la manera de plantearlos, no olvide del todo como guía esa impresión primera.

Pero eso mismo es ya un problema: si es verdad o no que eso de decir que no es lo más fácil y primero en este mundo, esto es, el de los hombres o del lenguaje. Pues la condición secundaria o más compleja de la negación respecto a lo otro (afirmación, simple aserción, predicación positiva) ha sido la opinión más corriente a lo largo de una disputa constantemente renovada (v. pp. XV-XVI, 19 ss., 31 ss., y volviendo sobre ello al final, 419 ss.), con actitudes extremas como la de Frege (la negación, aserción de una proposición negativa) y con aportación de experimentos psicolingüísticos sobre el más largo tiempo de procesamiento de las formulaciones negativas (180 ss. y App. 2, 521-24), sin que falten revesamientos de la postura como el de Royce (33 s.: afirmar es negar lo contradictorio de cualquier cosa que uno afirme), en relación con proclamaciones de «filósofos» (Marcuse, *Negations*, o Adorno, *Negative Dialectics*: p. 91 y n. 72), que le hacen a Horn comentar de si la fuerza de la negación vendría a reemplazar al «eterno femenino», sin pensar que acaso en algún sitio son lo mismo (cfr. Abel Martín «La mujer / es el anverso del ser»), y en fin, produciendo entre lógicos una oposición entre posturas sim- y asimétricas, de reducción o separación, de «aserción» y «negación» (y de «NO» y «No NO»), entre las que Horn se propone (p. 46) mediar, un tanto vanamente.

Como en su estudio y reseña de estudios falta, elocuentemente, la forma más elemental de aparición de NO (y la primera con que aparece en un niño), que es la frase completa «No», se pierde por ahí seguramente una vía preciosa para el mejor ataque de la cuestión: pues una frase así es de toda lengua (salvo algunas de las formales), mientras que la contraria, «Sí», es idiomática: en latín mismo, la disputa conservada en la *Appendix Vergiliana* es entre *EST et NON*, donde el lugar del Sí

lo ocupa el ambiguo («existencial» y Cópula) *EST*. Pero aun en formas internas o combinadas de la negación, su relación con «determinación» (*determinatio est negatio*: v. sobre Spinoza p. 41) y con la creación de oposiciones en que toda gramática se funda (el término no-marcado, que es el normal y simple, está marcado por la ausencia de la marca; v. en el repaso del pensamiento oriental, p. 85, un vislumbre en ese sentido en el *Nyāya-Sūtra*) merecería también más atención. Así, hasta las especulaciones chinas del *Yin-Yang* (p. 160 s.), con el hecho de que, al revés de la práctica corriente («bueno y malo», etc.), la enunciación sea siempre así, con el término negativo por delante («el mundo fue creado de la nada», especula Horn), aportarían indicios para el replanteamiento (o más bien *Aufhebung* a la hegeliana) de la cuestión; y hasta la ausencia notada por Freud (93 ss.) de la negación en el ensueño (mientras que la negativa en su narración, «No era mi madre», es la manera de decir «sí») tendría algo que revelar, en cuanto se tuviera cuenta de que la acción del NO está ahí antes, en el acto mismo de la represión, creadora del ensueño.

Pero el tratamiento principal del NO en el libro es el de la Lógica (aunque el intento constante del autor es conectar los problemas de la negación lógica con las apariciones lingüísticas del NO), y así el NO, referido a cosas como Proposiciones y Términos de Proposiciones, se ve enredado en las cuestiones de V(erdad)/F(alsedad), y por ende en el juego con la Ley de (no) Contradicción y la Ley del Medio Excluido.

Los intentos de reducir «negación» a una noción más general, como la de «diferencia» y «otro», están debidamente reseñados (pp. 1-4, 50 ss.), sin que, sin embargo, aparezca claro lo evidente: que NO (mientras no queda incorporado en palabra o término) es un mecanismo lógico (lingüístico), mientras que «diferencia» se refiere a cosas, y sólo a Términos o Proposiciones cuando a éstos se les trata (en Lógica de lógicos o Gramática de gramáticos) como cosas. Y también, a propósito de la Ley de Doble Negación (63 ss.), no se presta bastante atención al hecho de que, cuando a una cosa que está del revés se la pone del revés, queda del derecho, en tanto que, si a una cosa que está del derecho se la pusiera del derecho... («No es verdad que no haga sol» → «Hace sol», pero «Es verdad que hace sol» → «Hace sol»), sugerencia de que la acción del NO es un caso de acción singular y distinto del de la predicación y que NO-ES no es un caso o modo de ES, como a Aristóteles y a Horn más bien les place.

Por lo demás, las interacciones entre NO y los Q, «todo» y «nada», «algo» (y también los números y los términos singulares, o sea Nombres Propios) son centro constante de atención del libro, ya desde el cap. I, con una cuidadosa exposición del cuadro aristotélico de las cuatro esquinas, y más a fondo en pp. 230-254 sobre la falta en las lenguas de una palabra que corresponda a la esquina O «nada». Percibirá el lector a lo largo del libro (y de sus propias reflexiones) algo que no lle-

ga explícitamente a formularse, como una antipatía entre NO y esos Q (que algunos han llamado oportunamente existenciales) del tipo «algo» (como la hay entre NO y los atenuadores del tipo *fairly, rather, kind of*: 401 s.), la cual debe indicar algo sobre el diferente juego de NO con predicaciones (unimembres) «Hay x» y (bimembres) «X, ES a»: NO («Hay algunos») → «No hay ningunos», pero NO («Algunos, son negros») no → «Ningunos son negros», con N-Q, sino «Algunos, no son negros», con Q-N; opóngase «No están todos» y «No todos son negros», ambos con N-Q, y difícilmente «Todos, no son negros», con Q-N, → «Ninguno es negro».

Esto nos hace entrar también en las relaciones de NO con los Modales, que Horn debidamente equipara (p. ej., 98 ss.) con los Q: digamos «necesario» con «todo», ~ □ con «NO todo», ⊗ «imposible» con «nada» y ~ ⊗ con «algo», o unas relaciones no menos apasionantes, sobre las que pienso volver luego a propósito de los usos del NO no lógico.

Y nos hace entrar asimismo en su relación con las conexiones, Λ «conjunción», V «disyunción», que a veces se separa, pero no con rigor, en simple V «a o b (o c...)», y disyunción rigurosa o excluyente, W, «a o b», y → y ↔, conexión condicional y bicondicional. Pone Horn mucho empeño en varias ocasiones (y no es en ese empeño donde más caso debe el lector hacer a la parte lógica de su estudio) en relacionar las relaciones de NO con Q «todo/nada» con las de NO con Λ y, en cambio, las de NO con Q «algo» con las de NO con V (p. ej. en pp. 224 ss., 255 ss.); pero, aunque muchos hechos de la sintaxis parecen ilustrativos para ello, se diría que pasa desapercibida la evidencia de que sólo la disyunción W (también ↔ y →) enlaza dos miembros que sean 2 por esencia, con lo cual, perteneciendo «2» (y los números), como «todo», a los Q definidos, es ahí donde puede establecer una relación similar con NO, en tanto que Λ, al igual que el mero V, que antes he escrito «a o b (o c...)», mientras no esté apoyado por un recurso como el del inglés «both a and b», sólo por caso enlaza 2, y la cadena de los «y» (o los «o» no excluyentes) no queda cerrada por ley lógica alguna, con lo cual su situación se acerca a la de los Q indefinidos o de tipo «algo».

Saliendo ahora de la Lógica a la Gramática, o más bien tratando de dar razón de los hechos lingüísticos por referencia a alguna Lógica (pues es la postura, brava y justa, de Horn la de no expulsar la Lógica de los lenguajes naturales, y así alaba, p. 470, a Aristóteles y a Montague como intentos de tratar, y mostrar, como lenguajes formales el inglés y el griego antiguo), el autor hace largamente uso de lo implicado en lo dicho, las implicaturas a lo Grice o las presuposiciones a lo Ducrot, para tratar una serie de problemas, suponiendo, a veces, que lo implicado puede tomar sin inconveniente una forma cuasi-proposicional, siéndole aplicables, como a la Proposición, los atributos de V/F, si bien otras



ILUSTRACIONES DE ALFONSO RUANO

En este número

Artículos de

Agustín García Calvo	1-2-3	Vicente Palacio Atard	8-9
Antonio López Gómez	4-5	Carlos Seco Serrano	10-11
Olegario G. de Cardedal	6-7	A. Fernández Alba	12

SUMARIO en página 2

Viene de la página anterior



Decir que no

veces la implicación se trata de maneras más sutiles (y saliendo de la «semántica» a lo que considera el pragmática) para dar cuenta de operaciones sorprendentes de NO en lenguajes naturales. Y está Horn especialmente orgulloso de su tratamiento de las escalas (v. p. ej. 235-249) para explicar interacciones de NO con las diferencias cuantitativas. Hace también gala y uso de un cuadro de principios contrapuestos (p. 194, modificando los de Grice) que rigen la comunicación, unos llamados *Q* (de *quantity*), de 'atención al Oyente', y otros *R* (de *relation*), de 'atención al Hablante'.

Pero lo grave de las implicaciones es cuando son nada menos que 'implicaciones de existencia'; y así, el Rey (actual) de Francia, calvo o no calvo, que desde que Russell lo introdujo ha venido a hacérsenos casi de la familia, reaparece en diversas ocasiones a lo largo de todo el libro (así, en el cap. I, 40 ss., 104-117, y en el último, 484-90, 509 s.), tratándose, al lado de esos casos de 'falta de referencia' (real), los de 'equivocación de categoría', e.e. impropiedad del término para

Qué es

SABER Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER Leer

Revista crítica de libros

Fundación Juan March

Servicio de Información y Prensa

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

recibir tal predicado (pp. 110-12), como en «El número 3 no es azul» (aunque v. en p. 486 dificultades para la equiparación entre unos y otros casos): la cuestión de si tal predicación puede o no ser V (o F) cuando su «sujeto» no existe se plantea bien desde pp. 40 y ss.

En todo caso, Horn aprecia bien la diferencia que en la cuestión introduce la ordenación sintáctica (o más bien, para él, pragmática), según que el «sujeto» sea Thema o no: no es lo mismo para «El actual Rey de Francia, no ha visitado la Exposición» que para «La Exposición, no ha sido visitada por el act. R. de Fr.» o, ahorrándonos la horripilante Pasiva, en español, «No ha visitado el act. R. de Fr. la Exposición». Y no le gusta a Horn (p. 485) que, para ajustarse al tratamiento de los lógicos, tengan los Nombres Propios que reducirse a descripciones ('*rigid designators*' para Kripke, aceptado por Montague). Su actitud ante los conflictos de 'V/F' con 'falta de referencia' viene a ser la de Aristóteles (489 s): que en casos de falta de referencia o equivocación de categoría, el '*predicate denial*', 'denegación de predicado', es V, y en los mismos contextos, las '*predicate term negations*', 'negaciones de término predicado', son F; sólo que, en tanto que éstas participan en los compromisos de existencia o tipo de término de las positivas, aquéllas no necesariamente carecen tampoco de tales compromisos; pero como surgen las propiedades presuposicionales de los '*predicate denials*' que tal cosa condicionan, es algo que para Horn no puede responderse ni en '*semantics*' ni en '*syntax*': será más bien «pragmático».

Por supuesto, en todo el tratamiento de los lógicos (y gramáticos), lo que no acaba de reconocerse es que el reino de la verdad (de 'V/F') no es el de la realidad. La comprobación de la verdad de «Hay gambas» consiste en que siga habiendo gambas mientras está el cartel puesto; pero, en tanto que estar puesto (o no) el cartel es una operación lógica (lingüística), el haberlas o no haberlas no es de tal reino, y por tanto, el 'mientras' no puede enunciar una relación lógica, a la que V (o F) se refiriera. Nótese que ahí (como en los casos de '*negative existentials*', p. 69 ss.: «No hay unicornios» etc.) no hay «sujeto» (en el sen-

tido de 'Thema'), y si se pone como tal un 'AQUI' extralingüístico, ese 'AQUI' no existe (no es cosa de la realidad), sino que hace algo más elemental y simple que existir. Y siempre que V (o F) quiera referirse a una relación entre el enunciado y la realidad a que él se refiere, cualquier frase «No P» tropezará con el hecho de que no hay cosas negativas (v. p. 49 s., y 198 ss. para la no bogotalidad de la capital del Perú o la no peruecapitalidad de Bogotá).

La relación entre NO y F es, naturalmente, una de las constantes del libro, ya desde pp. 41, 56 (a propósito de Leibniz) y 58 s., donde se insinúa que el confundir/separar 'NO' y 'falso' conlleva de algún modo el distinguir/no distinguir 'metalingüístico' y 'directo' (v. t. 203 s., donde, contra Wittgenstein y Givón, «*use is not meaning*»), y en otra vuelta sobre el asunto (399), «tal vez necesitamos sencillamente mejores criterios para distinguir denegaciones de verdad de aserciones de falsedad»; y en pp. 488 ss.: el NO de una frase (metalingüístico) implica la verdad de la negación de Predicado cuando la Proposición que niega es condición necesaria para la V de la frase positiva, pero no cuando el NO rechaza la frase por otros motivos (incluida la impertinencia o la mala pronunciación de una palabra); y la V de una Predicación no garantiza su asertabilidad.

En relación con la cuestión de 'NO/F' está también la de la necesidad o aceptabilidad de Lógicas multivaluadas (con al menos un valor aparte de V y F), ya sea a consecuencia de la falta de referencia de «sujetos» (p. 110), ya por Nombres Propios vacíos o por el problema de las formulaciones en Futuro (130). A tal propósito, se trataría quizá de formular con precisión (algo ya en ese sentido en 414 ss.) una actitud posible ante las relaciones de NO con V/F: que la negación de la falsedad no funciona como recíproco de la afalsiguación de la negación: $\neg F(q)$ («No es mentira que X sea negro») $\rightarrow V(q)$ («Es verdad que X es negro»), lo cual nos indica que estamos en una Lógica normal o bivaluada, en que $\neg V = F$ y $\neg F = V$; y entonces, $F(\sim q)$ («Es mentira que X no es negro») $\rightarrow \neg V(\sim q)$ («No es verdad que X no sea negro»), pero

de ahí no $\rightarrow V(q)$ («Es verdad que X es negro»), sino que cabe que, sin ser V que X no es negro, tampoco sea V que X es negro; o sea que el NO que juega con V y F en el metalenguaje de la Lógica (que ahí provisionalmente he distinguido con \neg) no penetra (convirtiéndose en \sim) en el lenguaje de la proposición; una actitud que da cuenta, de paso, de que no haga falta que 3 sea azul para que no sea verdad que 3 no es azul tampoco.

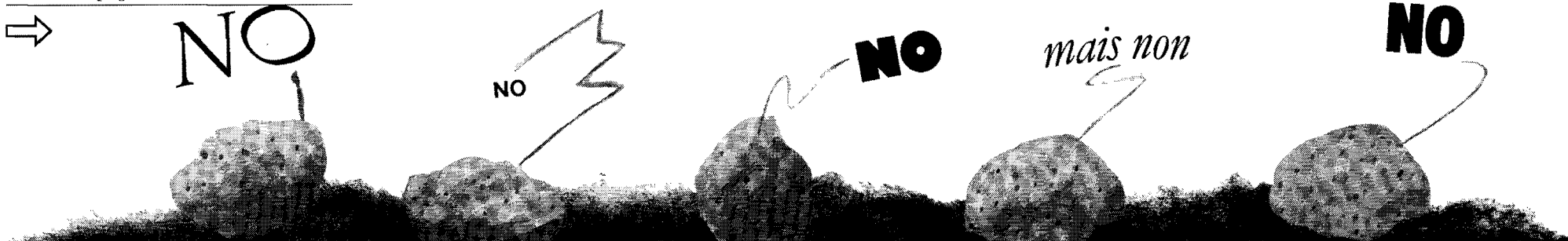
Por cierto que una cosa en la que el libro no para muchas mientes (v. algo en p. 294 sobre «*affixal negation*») es que en lenguajes formales, como los matemáticos, que no son metalenguajes (tan directamente) como lo son las Lógicas, el NO (como en los sueños freudianos) o no aparece o sólo en la declaración matemática del *non sequitur* de una demostración o, lo más, aparece (en \neq etc.) como anulador de relación, como contraoperador, no como operador. Las cuantías negativas del Algebra, que tanto empeño tuvo Kant en que se introdujeran en la Ciencia, no tienen que ver directamente con el NO (\sim no es ninguna negación de 5), pero se parecen ciertamente a los términos del lenguaje vulgar como 'no desdenable', 'nada bueno' y hasta 'no deseo (ir)' (= 'deseo no ir'); a los cuales sí que presta larga atención el libro: así, desde 274 ss., sobre 'E-neg' y 'E-pos', lo evaluativamente negativo y lo ex. positivo, que se usan debidamente para dar cuenta de varios fenómenos en presuposiciones y escalas o reversión de escalas que con el NO se dan en los lenguajes naturales. Por ejemplo, por lo que toca al inglés, los comportamientos diferentes de *not* frente a los incorporados *un-* o *iN-* (a su vez distintos entre sí en ciertas formaciones), debidamente examinados (ley de Zimmer en p. 276 y v.t. 279 y n. 14 p. 554), revelan que, cuanto más el grado de incorporación a palabra (semantización) del NO, más fuerte su función para «E-neg» (*unhappy* frente a *not happy*; cfr. *indecente* / *no decente*, y hasta *imposible* / *no posible*).

Pero esto toca a la cuestión que, si hubiera de elegir, me parece la hebra principal que enlaza la mayor parte de las cuestiones (lógicas o gramaticales) del tratado: la de los gra-

SUMARIO

	Págs.
«Decir que no», por Agustín García Calvo, sobre el libro <i>A Natural History of Negation</i> , de Laurence R. Horn	1-2-3
«Campo y ciudad en las huertas valencianas», por Antonio López Gómez, sobre el libro <i>Campagnes et villes dans les «huertas» valenciennes</i> , de Roland Courtot	4-5
«El tiempo, frente a la muerte y ante Dios», por Olegario González de Cardedal, sobre el libro <i>Note sur le temps. Essai sur les raisons de la mémoire et de l'espérance</i> , de Jean-Ives Lacoste	6-7
«Reformas sociales durante la Restauración», por Vicente Palacio Atard, sobre el libro <i>La Comisión de Reformas Sociales, 1883-1903. Política social y conflicto de intereses en la España de la Restauración</i> , de María Dolores de la Calle	8-9
«Eugenio d'Ors, de nuevo», por Carlos Seco Serrano, sobre el libro <i>L'imperialisme cultural d'Eugeni d'Ors</i> , de Joan Tusquets	10-11
«Laberinto de memorias», por Antonio Fernández Alba, sobre el libro <i>Borges y la arquitectura</i> , de Cristina Grau	12

Viene de la página anterior



dos de intromisión de NO en el discurso, la frase o proposición y hasta la palabra o término. La actitud de Horn, que se apunta a lo largo del libro en múltiples ocasiones y se hace explícita al final, es ésta: no se acepta un NO de la Proposición entera, el «one-place operator» de Frege y seguidores (v. 42 ss.), sino que un NO que afecta a una frase entera es para Horn un NO (de diversos modos) metalingüístico; por lo demás, hay un *predicate denial*, un denegador de Predicado, «negación como un modo de predicación, regla para combinar sujeto y predicado, que viene a dar usualmente (pero no siempre) en oposición contradictoria» (p. 515), el cual «tiende en la práctica a asimilarse funcionalmente a la negación IV (del núcleo verbal), al operador de dominio (*scope*) (relativamente) estrecho permitido por Aristóteles»; cuando el NO no es metalingüístico, «a menudo remeda (*mimics*) la negación constituyente»; pero eso no quiere decir que rechace de plano la negación constituyente de término (p. 516), que al menos con núcleos de Verbo, de Adjetivo, de Q le parece clara (la alternativa es caer en la proliferación de oraciones [*clauses*] de las derivaciones generativistas, por ejemplo, para conseguir la equiparación «one negation - one clause»): lo que pasa es que los casos de aparente NO constituyente de término (como en «Max(1) no mató(2) al juez(3) con el cuchillo(4) de plata(5)», donde el NO podría ir con 1, con 2, con 3, con 4 y hasta con 5) deben tomarse como realizando una denegación de Predicado de dominio amplio («wide-scope predicate denial»), aunque se centre (*focus*) en un elemento, determinado por el discurso y señalado por «stress-pattern» (donde Horn confunde un poco cosas muy diversas como acento, sobreacento y entonación de coma), de manera que una frase como la citada, que, con *n* elementos, sería *n+1* veces ambigua, no lo es en sí, sino caso «general, inambiguo, de denegación de predicado», y sus varios «specific understandings» no son para Horn cosa de «semantics» ni de sintaxis, sino que están pragmáticamente condicionados.

Todo esto es dejar bastante temblando los límites de 'pragmática' y 'sintaxis' (por no hablar de la semántica) y al mismo tiempo dejar a la Lógica demasiado exenta de los mecanismos más complicados de los lenguajes naturales. Al fin, hasta la noción o fórmula de 'función', *f(a)*, a la que el operador negativo de Proposición vendría a reducirse, $\neg(p)$, se parece bastante a las frases unimembres de las lenguas, como «Hay (gambas)» o «No-hay (gambas)»: sólo que habría que distinguir un momento en que «*f(a)*» se está diciendo, es una operación en acto (con el valor de *a* que sea), y otro en que «*f(a)*» es una cosa de que la Lógica está diciendo algo, por ejemplo, si es de un lugar o dos o si es o no del mismo orden que las conectivas. Ello es que, sin embargo, no deja Horn de dar cuenta detenidamente, y a menudo con sentido común, de los casos y problemas atañentes a los grados de intromisión de NO que en las lenguas formales y no formales se presentan; aunque no deja de extrañarle (367) que, hallándose en muchas diversos útiles negativos (gr. *ou/me*, etc.), en ninguna se halle que sean diferentes para el NO metalingüístico y los otros. Ello mismo podía sugerir que la fuente del NO está precisamente en su uso metafrástico (y en la frase «No») y que de él se siguen alimentando los otros usos más incorporados; el autor (362 ss.) tiende a pensar, más bien al revés, que la negación «marcada» es «un uso metalingüístico ampliado del operador descriptivo (de lenguaje-objeto) ordinario». En ello, como en otros puntos, confía tal vez demasiado en la oposición 'metalingüístico/lingüístico', perdiendo acaso un atisbo de que todo NO, en cuanto está en activo, es de algún modo metafrástico y sólo deja de serlo cuando llega al último grado de dominio, en que forma parte de palabra.

Lo poco conveniente de distinguir mucho entre referencia al lenguaje y ref. a la realidad salta sin más si, por ejemplo, te encuentro con los pies metidos en una palangana y te adelantas a aclararme «Aunque parezca que me estoy lavando los pies, no me estoy lavando los pies: me los estoy refrescando»: ¿adónde va tu NO?: ¿has supuesto por mi parte una formulación tácita de la situación, y es un NO metafrástico que corrige la impertinencia de la frase (o incluso niega la V de la Proposición) no pronunciada?: ¿es metalingüístico en el sentido de que precisa el empleo de los términos apropiados al caso, y niega la propiedad de 'lavando', que podría llevar entonces el sobreacento (de *focus*) característico, para proponer sustituirlo por el más propio de 'refrescando'?; o bien ¿es una verdadera información acerca de los hechos de la realidad (pues ¿quién duda de que lavarse y refrescarse son dos cosas diferentes?) y la V o F de «no me estoy lavando los pies» sólo por recurso a la realidad puede establecerse (F si percibo que estás usando algún jabón)?

Ello es que, comprendiendo ahora bajo 'gramática' hechos sintácticos, pragmáticos (sin aclarar aún qué parte de la pragmática es gramatical, sobre lo que vuelvo luego) y de semántica de palabra, se pueden bastante claramente distinguir estos grados de intromisión: 1) Frase «No» en sus varias modalidades. 2) NO metafrástico, «No "están abiertas las tiendas"» (= «No es verdad que estén ab. l. t.»). 3) NO con dominio sobre la frase entera ('*proposition denial*' = '*predicate denial*' para Horn), «No ¡están ab. l. t./», sugiriendo «No se ligue 'estar abierto' con 'las tiendas', pero más bien, como en «No llueve», «No se ligue 'estar ab. l. tiendas' con la situación en que se dice». 4) NO con el miembro 2.º (*ergon, rhêma*) de una frase bimembre, pero no con el 1.º (*thêma*), «No están abiertas las tiendas», invertida (E-T) de la normal (T-E) «Las tiendas, no están abiertas». 5) NO enredado con otros índices de la acción lingüística (en el ejemplo, aspectuales) y dominándolos, «No-están /ab. l. t./», sugiriendo «No vale ya 'abierto' para las tiendas». 6) NO incorporado al Predicado o núcleo de la acción lingüística y afectándolo (pero dominado a su vez por otros índices), «N. e. a. l. t.» = «Están no-abiertas l. t.», esto es, «Siguen sin abrir l. t. todavía». 7) NO incorporado a otro término lingüísticamente activo y afectándolo, «Están ab. las no tiendas», o bien «No están cerradas con trapa las tiendas», sugiriendo «Están cerradas sin trapa». 8) NO semantizado, o sea incorporado a término no de acción, sino de mención, lingüística y formando parte de su significado, «Están ab. l. t. no judías» o «Están ab. l. t. de los no creyentes» (= «de los infieles»).

Puede que la línea de Horn no haga mucho caso de tales criterios (desdenándolos como «sintácticos» o entendiéndolos a veces como «pragmáticos» y como tales separados de la «semántica» de la Proposición), pero la riqueza de datos recogidos de las diversas lenguas en el libro y su cuidadosa discusión sirven bien para ilustrarlos, incluso su fiel seguimiento (449 ss.) de los principios de Jespersen para la colocación del NO (y el ciclo de cambios de orden en la evolución de las lenguas), regida por una tendencia al acercamiento a aquello a lo que afecta, en pugna con una ley general de anticipación a la cabeza de la frase (aunque mis observaciones de la formación de la sintaxis en dos niños, que publiqué en *De la construcción*, Lucina 1983, con su tendencia contra-idiomática a la posposición del NO, tienen algo que corregir en ello), anticipación que, como Jespersen anotaba, es con Imperativos cuestión de vida o muerte: «Don't kill him!», «No lo mates!», y no el desastre que sería «Kill him not!», «Mátalo no!».

Pero ahí está uno de los trances decisivos en esta Historia Natural (al que Horn, lógico

a ratos y aristotélico y todo, no deja de ser sensible), el de la relación del NO lógico o de predicaciones (gr. *ouk*) con el NO de otras modalidades (gr. *me*), el prohibitivo, el de contra-voto («¡Que no llueva!»), también el de Verbos ejecutivos (*performative*), a veces incompatibles con todo NO (imagínese qué negación sería la de «Declaro abierta la sesión»), hasta el de preguntas y las interrogativas retóricas que han dado en llamar queclarativas («¿Quién no la conoce?»), quedando excluida, elocutivamente, de todo NO la modalidad vocativa, «Camarero!». Pues, si NO se pensara como un instrumento de «rechazo» o algo así, se estaría acaso en camino de entender el NO lógico como un caso de ese NO general que funciona de otros modos según las otras modalidades, aparte ya la cuestión genética (en niño o en Humanidad) del NO lógico a partir del otro o viceversa. No llega Horn, con todo, a vislumbrar que también su dilecto NO metalingüístico, que rechaza impropiedades de términos del interlocutor y hasta malas pronunciaciões, encontraría en ese NO extralógico un apoyo.

Y lo que es más grave, que ello podría servir para aclarar la confusa intervención de NO con Futuros y con los Modales de los lógicos, ocasión de muchas perplejidades, que son parte a veces a imponer la necesidad de Lógicas multivaluadas, y que para los antiguos expone bastante bien Cicerón en el *de Fato*, que Horn, por cierto, apenas usa, pero que es útil para mejor entender la Lógica de los estoicos, y la de los epicúreos, que Horn ni aun menciona, pero que parece que se atrevía a que en una disyunción «o *p fut.* o *q fut.*» pudiera ser V la disyunción sin que ni *p* ni *q* fuesen V o F. Así también en p. 380 hay un tratamiento correcto de las Condicionales de Austin o metalingüísticas («Si tienes sed, hay una cerveza en la nevera»), aunque sin advertir que la apódosis sustituye de *facto* a una «lógica», pero que carga entonces con el Futuro («Te diré que-»), y que no admite NO, sugiriéndonos que las Condicionales de verdad son sólo las Eventuales, condenadas al Futuro y a su problema con V/F (cfr. 473 ss.).

Habría que considerar esa partición entre lo que es gramatical y lo que es pragmático. A propósito de diversos temas (ambigüedades de NO, doble negación y litotes, tipos de presuposición) distingue Horn bastante claramente los campos de convención en que las elocuciones y sus interpretaciones se sitúan: uno es el de lo propiamente gramatical; otro, el de convenios sociales o culturales (algo que ver con su *short-circuit implicature*: p. 347) que rigen ciertas presuposiciones, o también de reglas no-gramaticales del habla que me atrevería a equiparar a las de buena educación; otro, el de los convenios conversacionales que rijan entre interlocutores; y queda fuera lo que pueda haber de no-conventional en las manifestaciones (expresivas) del Hablante. Pero oponer, como en p. 345, «*pragmatic (natural)*» a «*arbitrary (conventional)*», eso no. En todo caso, importa la distinción entre 'lo que la frase hace' y 'lo que el Hablante (y el Oyente) hace con la frase': todo lo primero es gramatical, lo mismo si toca a la pragmática que si a la sintaxis o al léxico común.

En fin, toda la problemática del libro, que no en vano salta constantemente del tratamiento lógico al lingüístico, está atendida a una decisión, aún más grave, sobre la relación misma entre Lógica y Gramática. El autor, que se afana por hallar una razón del NO, lógica, pero válida para las lenguas y que para ello ha contrapuesto netamente (465-67 y cfr. 471 s.) dos tipos de Lógica, no deja por ello de tomar nota de las desesperaciones del intento, como (p. 131) la de Strawson de que el lenguaje ordinario no tiene una lógica exacta (entre otras cosas, porque tiene Nombres Propios y Futuros) o como (422 s.) la de Atlas de que «no *set-theoretical semantic theory can do justice to negation*. - or, hence, to natural language in general». Ello es que hay un dilema del que no puede escurrirse uno: o la Lógica es más que el lenguaje, y entonces todos los usos de NO en una lengua han de encontrar su interpretación como operador de función (de V/F), o el lenguaje es más que la Lógica (la Lógica algo como una purificación del lenguaje), y entonces el NO lógico (o los varios NO) será un caso de un NO más grande, del que habría que dar razón... no ciertamente en términos de una Lógica.

Apenas he hecho más que entresacar algunas cuestiones de las muchas que en el libro de Horn pululan y encuentran más reposado trato, a fin no más de aguzar el ansia de los lectores por entrar en su lectura y en el problema mismo de decir que no, en el que tanto nos jugamos todos. El libro está ordenadamente dividido en capítulos. (1, Negación y Oposición en Lógica Clásica. 2, Negación, presuposición y el medio excluso. 3, Condición de término marcado (*markedness*) y Psicología de la negación. 4, Negación y cuantificación. 5, La Pragmática de la negación (contra)dictoria. 6, Negación metalingüística. 7, Forma negativa y función negativa), una división de la que ya se ve por mi reseña que no recomiendo al lector que haga mucho caso, dado lo entrecruzado y mutuamente implicado de las cuestiones, lógicas o lingüísticas, diversas. Está dotado de dos útiles índices, de nombres y de temas, y de una bibliografía de cerca de 1.200 ítems, todos utilizados por el autor, y en la que poco puede uno echar en falta, como no sea un par de cosas posteriores a su publicación, como M. Schneider - E. Schneider - A. Kandel, 'Application of the negation operator in fuzzy production rules' *Fuzzy Sets and Systems* XXXIX (1990), 293-99, sobre modos de superar dificultades del operador NO por medio de complementación en conjuntos borrosos, a los que Horn no parece, por cierto, haber otorgado atención alguna, y M. Ohkado 'INFL and negating particles' *Lingua* XXVII (1989), 1-12, donde al menos, para la relación de NO con otros términos, se reemplaza la averiada noción de 'Verbo' por la de un núcleo abstracto que se acerca a 'predicado' o más bien 'núcleo lingüísticamente activo de la predicación'. Y no sé, en suma, si será el libro una Historia Natural del NO, pero es, desde luego, la enciclopedia más completa y más juiciosamente elaborada que puedo recomendar a los lectores de SABER/Leer de las cuestiones, de Lógica o de lenguaje, tocantes al decir que no. □

RESUMEN

El lingüista y escritor Agustín García Calvo se encara con un gran libro sobre la negación que no es grande sólo por su volumen, sino por lo que en él se aborda, que no es otra cosa que el surtido de problemas

que en torno al «no» estallan. El autor del libro y el propio García Calvo traen a colación las dificultades que causa decir que no, que es sin embargo lo más fácil y natural del mundo.

Laurence R. Horn

A Natural History of Negation

The University of Chicago Press, Chicago-Londres, 1989. XXII + 637 páginas.

Campo y ciudad en las huertas valencianas

Por Antonio López Gómez

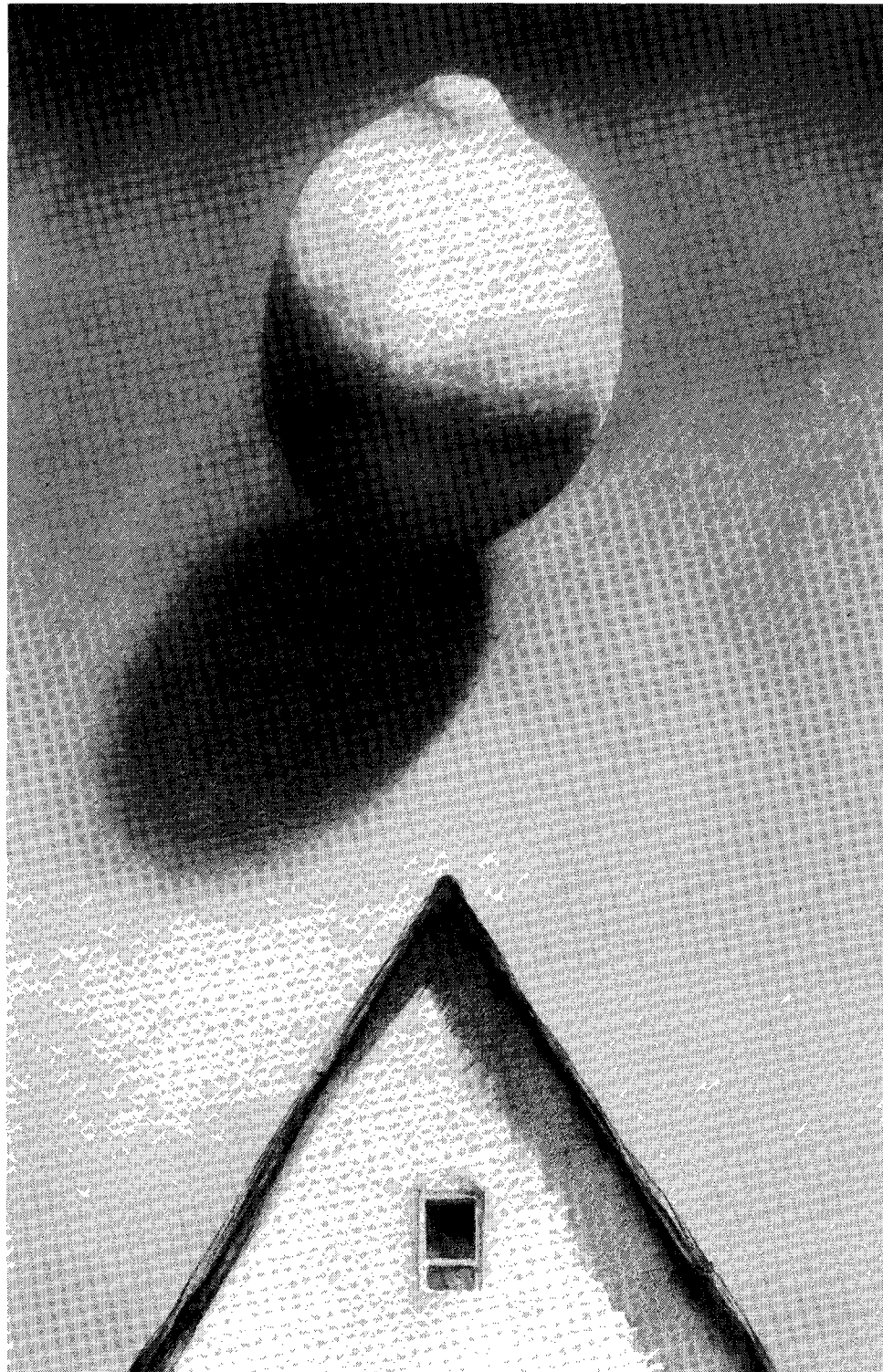
Antonio López Gómez (Madrid, 1923) ha sido catedrático de Geografía en las Universidades de Valencia y Madrid (Autónoma) y es profesor emérito en esta última. Miembro de la Real Academia de la Historia y de la Real Academia de Doctores de Madrid, ha sido director del Instituto «Sebastián Elcano» de Geografía del CSIC y en la actualidad dirige la revista Estudios Geográficos. Es autor de libros como Geografía de las terres valencianes, Estudios sobre regadíos valencianos, Los transportes urbanos en Madrid y El clima urbano de Madrid.

Los regadíos españoles han atraído siempre la atención de los estudiosos, de manera especial las huertas mediterráneas, consideradas como modelo de sistemas de cultivo, de riego y de organización colectiva de éste. Entre los autores extranjeros corresponde a los franceses, sin duda, un lugar importante, con estudios clásicos de Jaubert de Passa y Aymard en el siglo pasado y Brunhes a comienzos del actual, hasta los recientes de Herin y Courtot. Este último recoge en un libro de fácil lectura, no voluminoso pero de gran interés, las cuestiones esenciales de su tesis doctoral, resultado de más de veinte años de investigaciones en la región, de las cuales ya había dado a conocer avances y resultados parciales en diversas revistas españolas y francesas desde 1968, si no recuerdo mal, en que publicaba el primer artículo sobre la Ribera del Júcar en los *Cuadernos de Geografía de Valencia*.

Huertas y ciudades

Tan prolongada experiencia le permite una visión muy precisa de la conexión entre las huertas y las ciudades, sin duda rasgo fundamental en la geografía de esas tierras, hasta recientes tiempos en que han tenido lugar cambios profundos. Baste señalar que ahora la producción primaria sólo representa el 6 por 100 en la provincia de Valencia, con el 12 por 100 de los activos, y el 9 por 100 en Castellón, con el 24 por 100 de activos. Los estudios de diversos autores, especialmente de la escuela valenciana de geógrafos, ya habían incidido en esas cuestiones, pero ahora son el objeto concreto de la investigación y se presentan de una manera completa y bien cohesionada. Ello supone un enorme trabajo de análisis de aspectos muy diversos resumido en una excelente y atractiva síntesis. Aunque el término «valenciano» se emplea habitualmente en la obra, incluso en el título, el espacio estudiado se ciñe a las huertas de los llanos costeros en las provincias de Valencia y Castellón, que representan el mayor regadío peninsular compacto, con más de 100.000 Ha, muy destacado en los cítricos, un cuarto de la cosecha de arroz, un décimo de hortalizas, etc. Son 142 municipios en los cuales se riega, como mínimo, el 25 por 100 de la superficie, con más de dos millones de habitantes sobre 3.366 Km², con la excepcional densidad de 600 hab/Km², comparable a las mayores del Asia monzónica o de la Europa industrial.

Se estructura la obra en tres partes, enlazadas entre sí, dedicadas a las huertas, el asentamiento del sistema espacial y, por último, el espacio urbanizado y el sistema agrícola de regadío. Aunque la importancia económica de éste retrocede hoy notablemente ante otras actividades, su estudio permite un balance regional e ilustra la evolución actual, frecuente en tierras mediterráneas, de zonas de agricultura intensiva frente al desarrollo de la economía industrial y urbana. Tiene así valor de ejemplo y se puede comparar con otros espacios del Mediterráneo norocciden-



JUAN RAMON ALONSO

tal, como hace con frecuencia el autor respecto a tierras francesas.

En la primera parte expone brevemente el cuadro geográfico general con los tres paisajes agrarios: «huerta» en sentido estricto (hortalizas, maíz, etc.), naranjal y arrozal, hoy con claro predominio del segundo: más de tres cuartos del regadío en el 44 por 100 de los municipios estudiados y hasta más del 90 por 100 en un cuarto; en 30 predomina la huerta y sólo en tres el arrozal. Hace después una apretada pero precisa síntesis de las estructuras de propiedades y explotaciones, con dominio del minifundio tanto en un análisis general como en expresivas muestras de distintos espacios: más de dos tercios de la superficie es de propietarios pequeños y medios, hasta 10 Ha; la explotación directa es la fundamental, con más del 90 por 100 de la superficie; son muy escasos el arrendamiento y la aparcería, pero hay nuevas formas, como el alquiler de tierras para hortalizas por firmas comerciales. Rasgo esencial es la omnipresencia de propietarios urbanos; considerando los residentes en núcleos de más de 10.000 habitantes (sin comprender los de la aglomeración de Valencia), eran uno de cada ocho en 90 municipios de esa provincia y 22 de Castellón, según el Catastro, en 1964; otras fuentes analizadas apuntan en análogo sentido.

La pequeña propiedad «urbana» corresponde al campesino-obrero o empleado, que trabaja durante el fin de semana y vacaciones, o gentes de clase media (funcionarios, comerciantes, etc.) que invierten ahorros, incluso como signo de cierto estatus social. En las propiedades medias y grandes, mayores de 100.000 pesetas de riqueza imponible, se pueden distinguir varios tipos: el «huerto» de naranjos, de unas 10 Ha y en general con regadío de pozo; la «masía» del secano, donde el agua ha permitido la transformación en naranjal; otro tipo se da en arrozales, antes en arriendo y ahora en explotación directa mediante mecanización; finalmente, explotaciones capitalistas por sociedades anónimas. No faltan gentes de la vieja nobleza que han mantenido sus tierras, burgueses ennoblecidos en el XIX, financieros, etc.

Dos expresivos mapas de los grandes propietarios urbanos, incluyendo también Alicante, dibujan un reparto en relación directa con la densidad de cítricos. Destaca sobremanera la ciudad de Valencia, después el resto de España con Madrid a la cabeza y luego las numerosas ciudades medias de las provincias de Valencia y Castellón; en la de Alicante sólo la capital y Orihuela. La conclusión del autor es que la imagen típica de un mundo de pequeños propietarios relativamente iguales ha

sido borrada por los estudios modernos; en realidad hay una yuxtaposición de una propiedad rural esencialmente pequeña, más raramente media, y de una apropiación urbana que acapara los dominios más importantes, esencialmente por su lugar en la producción de cítricos. Es éste un rasgo «meridional» en una región que parece «septentrional» por sus industrias y ciudades.

Los sistemas de producción son complejos, con uso de la tierra muy intensivo no sólo por las rotaciones de los cultivos hortícolas, sino también por la densidad de los naranjales y los máximos rendimientos de arroz. Los costes son también elevados por el empleo intenso de abonos y productos fitosanitarios; en cambio, la mecanización ha sido tardía, con número mucho mayor de motocultores —más aptos— que de tractores, salvo en los arrozales (en gran parte, incluso en explotaciones medias, son de alquiler). Pero el mayor coste es la mano de obra, con salarios elevados, salvo en el arrozal por la mecanización; en los agríos sería más grande aún si la cosecha no estuviera a cargo del comprador; el riego apenas cuenta en los tradicionales, pero aumenta en los de pozo. El trabajo agrícola supone una gran demanda de asalariados, especialmente en los naranjales; son jornaleros o pequeños explotadores que completan sus ingresos, o también a tiempo parcial. Este último es también muy importante, dominando hoy en el regadío, ya que sólo un quinto de los explotadores son a tiempo completo.

Aspectos peculiares presentan las ciudades y pueblos de las huertas. La dispersión es débil, aunque algunas formas hayan llamado mucho la atención, como las barracas, pero muy localizadas, ya que nunca han reunido más del 5 por 100 de la población y están en rapidísimo proceso de desaparición. Son raras también las aldeas en sentido estricto, y lo normal es la concentración en pueblos grandes o ciudades pequeñas. En el regadío, los municipios de 1.000 a 5.000 habitantes son más de la mitad, y a veces tan próximos que se unen formando verdaderas «conurbaciones agrarias», como estudiamos hace una veintena de años. Son núcleos densos, de aspecto muy uniforme y casas pequeñas, bastante «urbanos»: rara vez los agricultores son más de la mitad de los activos.

En cuanto a las ciudades «agrícolas», son difíciles de definir, ya que el desarrollo industrial y terciario ha cambiado las funciones. Hecho destacado es la macrocefalia de la metrópoli de Valencia, con tres cuartos de millón, seguida de lejos por Castellón (130.000 habitantes) y luego bastantes ciudades medias entre 30.000-50.000 y numerosas pequeñas entre 15.000-20.000; finalmente, las menores de 15.000, que pasan a pueblos grandes sin ruptura estadística clara. Se pueden señalar tres categorías. En la primera se hallan los centros de las cuatro comarcas de regadío principales: Valencia en su Huerta, Castellón en la Plana, Alcira en la Ribera del Júcar y Gandía en su Huerta. Tienen semejante papel en servicios directos a la agricultura o actividades comerciales e industriales inducidas por aquélla, pero la diferencia de las dos primeras en otros aspectos es enorme con relación a Valencia, gran centro regional y la tercera ciudad de España, e incluso respecto a Castellón, capital provincial. Otro grupo son las de tendencia agrícola, con diversos tipos según la población activa agraria, la orientación industrial o turística.

Sin embargo, la historia de las huertas se marca siempre con vigor en la zonación de la ciudad según la importancia que conserva la relación con la tierra o bien domina el desarrollo urbano-industrial. Se distingue una serie de espacios desde el centro histórico a la periferia, con un caso especial, pero fre-



Viene de la página anterior



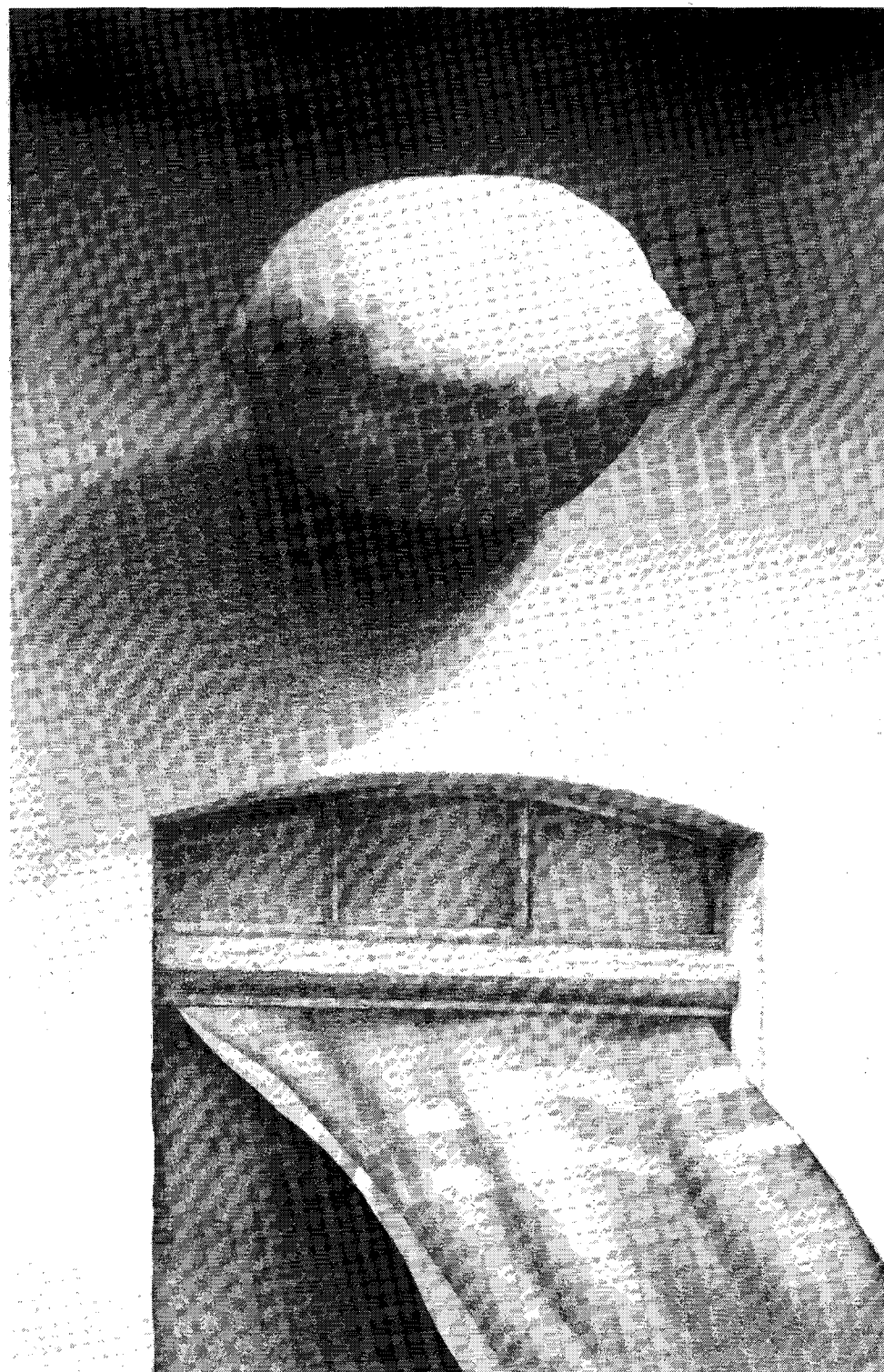
cuente, que se ilustra con expresivo esquema: es la ciudad próxima al mar, con el desarrollo del puerto y su núcleo (muchas veces llamado Grao), y junto a él una zona industrial e incluso turística.

El sistema espacial

La segunda parte de la obra está dedicada al asentamiento del sistema espacial de las huertas. Después de analizar la tendencia hacia el monocultivo de los cítricos, estudia el papel básico que han tenido las comunicaciones, desde la navegación a vapor y la concentración del comercio en pocos puertos, luego el ferrocarril y ahora el camión, con lo cual el comercio se organiza por toda la fachada mediterránea. Otro capítulo más extenso se dedica al hombre y el agua; como otros, podría desarrollarse hasta constituir por sí mismo un libro, pero dentro del contexto general de la obra el autor sólo pretende —con acierto— dar la visión necesaria para su argumentación general. Así, después de breve examen del clima, balance hídrico y recursos superficiales y subterráneos, considera los regadíos tradicionales, en los cuales los embalses modernos han resuelto los problemas salvo en años secos excepcionales, y se mantiene la organización de las viejas comunidades más o menos democráticas; después los pozos, con sus etapas de desarrollo, problemas de sobreexplotación, coste creciente, etc., son un hecho espectacular en el paisaje y de la mayor incidencia económica. Otro aspecto poco citado generalmente, aunque no faltan estudios previos y el cual no podía pasar inadvertido para Courtot, son las transformaciones en los arenales y zonas pantanosas costeras, aunque quizá hubiera convenido separar más claramente los arrozales y los cultivos en «bancs» con azarbes intermedios.

Fundamental es el análisis de la propiedad correspondiente a los habitantes de las ciudades, tema ya esbozado al comienzo. Hecho esencial, puesto de relieve por Gil Olcina y otros, es la importancia que han tenido la enfiteusis y la legislación liberal del XIX, con la venta de los bienes del clero y la lenta disminución de la propiedad nobiliaria, de tal forma que a mediados de aquella centuria era ya muy notable la propiedad de gentes urbanas; desde fines de siglo y en el actual aumentan los residentes en pequeñas ciudades y grandes pueblos, como se precisa en el espacio de la Acequia Real del Júcar y otros sitios. Además, los propietarios urbanos han tenido notable importancia en las innovaciones (por ejemplo, la perforación de pozos).

La conexión entre la economía regional y la agricultura de regadío se establece en tres aspectos básicos: comercio, transportes e industrias relacionadas con la agricultura. En el primero, con elevado número de intermediarios, dedica el autor especial atención a los agrios, desde las peculiares formas de compra en el árbol y recogida por el comprador, a los tipos de exportadores (pequeños, medianos y grandes), entre los cuales hay también capitales extranjeros y cooperativas (éstas llegan al 20 por 100 en los agrios). En éstos, especialmente, la preparación supone gastos notables (junto con la recolección, entre el 40 y el 50 por 100 del precio de venta), y es el ingreso principal de las mujeres. Los cambios han sido grandes en los transportes, como ya se apuntó y se analiza ahora con más detalle: desde el 70 por 100 en barco en los años cincuenta hasta hoy, que sólo llega al 5 por 100; el ferrocarril alcanzó hasta el 60 por 100 y todavía el 35 por 100, mientras que el camión domina ahora con el 60 por 100. En cada caso se exponen las causas en relación con los puertos, red ferroviaria y estaciones de expedición, carreteras y lugares de inspección, etc. Finalmente, es notable la importan-



JUAN RAMON ALONSO

cia de las industrias relacionadas con la agricultura; más de 400 establecimientos con 12.000 empleos: industrias químicas (abonos y productos de protección), mecánicas (material agrícola) y, sobre todo, agroalimentarias (conservas, zumos) con la mitad de los empleos, y embalajes con una cuarta parte.

El espacio urbanizado y el sistema agrícola de regadío

La tercera y última parte, la más novedosa, se refiere al espacio urbanizado y el sistema agrícola de regadío, considerando sucesivamente el sistema urbano e industrial dominante, la «crisis» agrícola y el regadío en la geografía regional. Comienza con un preciso análisis de la evolución industrial en los últimos decenios: mutación en el Campo del Turia, nuevo grupo de Castellón, crisis de Sagunto, instalación de la Ford, etc.; industrialización que se acompaña de notable crecimiento urbano con gran inmigración, cambios funcionales y diferentes desarrollos, con especiales rasgos en el turismo. Sobre el regadío las consecuencias han sido importantes con la expansión del suelo urbano, sobre todo en la Huerta de Valencia; asimismo la autopista del Mediterráneo y el desarrollo turístico li-

total, originando también competencias por el uso del agua.

Problema complejo es la supuesta «crisis» agraria. La evolución del regadío desde 1950 significa un aumento de la superficie, de la producción y del número de explotaciones, con débil disminución del empleo y aumento del realizado a tiempo parcial y asalariado, frente a los esquemas habituales en países industrializados. La disminución de las rentas agrícolas se debe al alza de costes y estancamiento de los precios; con ello hay variaciones acusadas: los naranjales aumentan primero, luego se estabilizan y cambian las variedades; el arrozal retrocede rápidamente y después se mantiene; la «huerta» disminuye bastante.

RESUMEN

El regadío ha sido, comenta el profesor López Gómez, durante siglos el fundamento económico de las comarcas costeras valencianas, con estrecha relación entre ciudades y huertas, pero el moderno desarrollo urbano-

Por último se establece, en síntesis, la relación entre los espacios de regadío y la actual configuración regional. El impacto de las actividades dominantes secundarias y terciarias y la acción de los núcleos urbanos y grandes ejes de circulación, con jerarquización manifiesta y fenómenos nuevos de polarización, tiene como resultado que la agricultura ya no sea la base de la diferenciación espacial. Ahora es la distancia a los centros urbanos en crecimiento, la accesibilidad y la localización de las actividades secundarias y terciarias quienes dibujan las nuevas zonas de inversiones y empleos. Aspecto esencial es la nueva dinámica de la población, muy influida por el desarrollo urbano. Desde 1960 se pasa de la neta oposición costa-interior a una difusión del crecimiento hacia dentro y hacia las márgenes, a la vez que en el litoral tiende a uniformarse, con menos concentración en el área metropolitana. El análisis detallado de dos comarcas-modelo, la Ribera del Júcar y el Campo del Turia, da como resultado que el comportamiento demográfico está cada vez menos ligado a la antigua zonación agraria y más a la integración del regadío en la influencia de la nueva economía regional. Igualmente expresivo es el estudio general según tres ejes «penetrantes» costa-interior (dos en la provincia de Valencia y uno en Castellón) para relacionar estadística y gráficamente la evolución: en 1900-10, la línea es próxima a la horizontal; en 1920-30, el gradiente es notable por aumento de la costa y baja en el interior; en 1960-80, la despoblación retrocede hacia dentro. Un análisis por comarcas precisa el fenómeno. En definitiva, se dibuja una nueva geografía regional de las huertas. Bajo la aparente uniformidad de los paisajes, los matices de la evolución actual están más unidos a las relaciones dominantes con la sociedad urbana e industrial que con el medio natural y el desarrollo histórico de las huertas. Ello se manifiesta tanto en los paisajes como en los procesos internos de transformación; así pueden distinguirse tres tipos: metamorfosis periurbana, zonas tradicionales más o menos transformadas y zonas marginales, cuyos rasgos analiza el autor sucesivamente. En conjunto, a la combinación antigua del ecosistema natural y de la sociedad agraria huertana se superpone y combina otro sistema urbano e industrial, con dinámicas y escalas de intervención distintas que pueden ocasionar disarmonías. Aunque Valencia es, sin duda, una metrópoli, aparece el dualismo de las «ciudades agrícolas» que integran en su estructura socioprofesional y en sus funciones todas las etapas de la agricultura de exportación, con niveles de servicios y relaciones internacionales sin relación con su tamaño. En una red urbana compleja con relaciones entrecruzadas. La obra es, en conclusión, una excelente, apretada y ágil síntesis geográfica sobre huertas y ciudades y esclarece las conexiones y los cambios ocurridos con el desarrollo urbano industrial, que suponen una configuración espacial nueva; el regadío —especialmente los cítricos—, si no es ya el elemento económico principal, aunque sí paisajístico, está en la base de un sistema —son palabras finales del autor— suficientemente complejo e imbricado con el conjunto del «sistema regional» para perdurar. □

industrial supone una configuración espacial nueva. Sin embargo el regadío, hoy esencialmente de cítricos, está suficientemente imbricado con el conjunto del sistema regional para perdurar.

Roland Courtot

Campagnes et villes dans les «huertas» valenciennes

Centre National de la Recherche Scientifique, París, 1989. 191 páginas.

El tiempo, frente a la muerte y ante Dios

Por Olegario González de Cardedal

Olegario González de Cardedal (*Lastra del Cano, Avila, 1934*) es doctor en Teología por la Universidad de Munich, catedrático de la Universidad Pontificia de Salamanca y miembro de la Comisión Teológica Internacional. Es autor, entre otros libros, de *El poder y la conciencia*, *Jesús de Nazaret*, *España por pensar* y *La gloria del hombre*.

Hay libros sobrios de forma y apasionados de fondo, sencillos de pretensión y fecundos de cosecha. Este es uno de ellos. Bajo la humilde fórmula del título nos lleva de la mano a uno de los problemas fundamentales de la metafísica y de la teología: el tiempo. Decir tiempo es decir finitud y mortalidad, libertad y cuerpo, esperanza y memoria, continuidad y discontinuidad, libertad y sucesión, eternidad como posesión plena de la vida y anhelo de la vida degustada ya en inicio y sustraída en su ultimidad.

Tiempo, cuerpo y muerte

El hombre está enclavado y crucificado en la duración, es decir, en una afirmación absoluta de sí mismo, que no logra ser presencia plena porque el instante no recoge el pasado en totalidad ni anticipa el futuro en plenitud. Presente no es sinónimo de presencia. El presente es mucho más que el instante, ya que implica conciencia y con ella la retención del pasado y la proyección al futuro, el arrastre de realidad, ni agotada ni anulable, por un lado, y el anticipo de realidad futura, ni ignorable ni dominable.

Tiempo y cuerpo, mundo y cuidado, sobresalto y anticipo, recolección y proyecto, acabamiento y muerte, memoria y esperanza, son los hilos que forman el tejido ontológico y la trama histórica de una vida humana que se quisiera a sí misma plenitud de instante y posesión plena de realidad. Por eso la primera parte de este libro lleva significativo título: el espíritu en la aporía del tiempo. Es decir, la libertad en la aporía de la sucesión, la vida en el horizonte de la muerte, la corporeidad como residencia del espíritu, la distancia de nosotros a nosotros mismos, la inadecuación del hombre consigo mismo, por lo cual siempre es mayor que sí y menor que su apetencia.

Esa primera parte se cierra con una reflexión que liga inseparablemente tres realidades: espíritu, cuerpo y muerte. Sin espíritu, el tiempo del hombre es un capítulo de la física, duración sin perduración. Sin cuerpo, el hombre no puede habitar el mundo ni llegar a cerrar el círculo de retorno a sí y de posesión de sí. La muerte por ello es un accidente biológico y un destino personal. Ambas cosas le confieren su dimensión dramática. «La dialéctica fundamental de toda inteligencia del hombre (según la cual el espíritu exige el cuerpo como condición irremplazable no solamente de su manifestación, sino incluso de su subsistencia personal, mientras que el cuerpo reenvía al espíritu como al secreto de su objetividad) es el lugar hermenéutico de la filosofía del tiempo» (68).

La aporía de la existencia humana en el tiempo se prolonga en la aporía de la existencia humana en el mundo. Por eso la pregunta fundamental es la siguiente: ¿Qué hace el hombre con el tiempo en el mundo? ¿Recordar, recoger la cosecha del origen y de la vida vivida, hacer memoria del principio no sólo temporal sino metafísico? ¿Afirmarse obsesiva, pretenciosa y totalitariamente en un presente apropiado como propio y no reconocido como dado, degustado hasta las heces, absolutizado hacia atrás o hacia adelante? ¿Aguardar con paciencia, anhelar confiada-

mente, acelerar el futuro con el trabajo que anticipa sus contenidos? Mientras vamos haciendo todas estas cosas, vamos construyendo el mundo, que no es otra cosa que el resultado de nuestras actitudes en el tiempo ante la muerte. Los poetas y los místicos han sido quienes más a fondo han penetrado en este santuario del humano vivir:

«Al borde del sendero un día nos sentamos. Ya nuestra vida es tiempo, y nuestra sola cuita son las desesperantes posturas que tomamos para aguardar... Mas ella no faltará a la cita» (A. Machado, *Poesías completas*. Madrid, 1963, pág. 42).

La vida así en el tiempo puede ser vivida bajo la sombra de la muerte, que aguarda, o a la luz de la vida prometida. Y aquí surge la gran cuestión: ¿Es el tiempo ámbito de otra presencia además de la humana, mortal y desesperanzada? ¿Es el mundo don y tarea confiada al hombre? ¿Es la naturaleza creación y se alumbra en ella, como entrevida de su respiración, el futuro de una alianza, donde el silencio de la materia se hace aliento en el amor e invitación a un destino compartido con la Vida eterna, hecha tiempo?

Con ello la cuestión filosófica del tiempo se torna pregunta teológica. Es necesario saber si el tiempo se sitúa en el nivel de la creación —la realidad nacida virginal e inocente dada al hombre como mediación del diálogo con Dios en proximidad de amor— o en el nivel del mundo —realidad apropiada por el hombre, arrancada a su origen como don y retenida para sí en usufructo absoluto—. Con ello estamos anticipando cuestiones fundamentales: ¿La eternidad se ha dado a sí misma en el corazón del tiempo y la perennidad del Absoluto se ha otorgado como don al ser caído y destinado a la muerte?

Historia, memoria y eternidad

Junto a la pregunta trascendental queda la pregunta histórica de si el Eterno ha dado signos de sí mismo y ha marcado huellas en el camino de la vida humana. Porque si esto hubiera sido así, entonces el tiempo humano,

al ser vivido por Dios, hubiera cambiado de naturaleza. Hay una historia que reclama ser historia de una vocación de Dios al hombre a la vez que una historia de la respuesta del hombre a Dios. El hombre ha sido amenazado en su aposentamiento plácido y soberano en el mundo. Llamado con su nombre, expuesto a la vulneración del exterior, remitido a unas experiencias y provocado por unas esperanzas, el hombre ha roto la clausura de su tiempo y de su mundo para ser sí mismo desde la exterioridad: cuerpo, tiempo del otro, prójimo ajeno y apelador.

La metafísica ya no se puede pensar sin la historia, y por tanto el hombre ya no puede saber de sí mismo en el giro de la mera interioridad. La teología ya es parte inignorable de la cuestión humana, porque el hombre se ha hecho las supremas preguntas y ha preferido las supremas respuestas sobre sí mismo desde que en audiencia y obediencia a una palabra del Eterno ha sabido de su origen, ha consentido a su presente y ha proyectado su destino. El hombre es constitutivamente vocación. Ortega ha reconocido generosamente el origen cristiano de esta comprensión antropológica. Vocación y misión, sentido y dignidad de la vida humana, responsabilidad y proyecto, son ya inseparables.

«Precedido en el origen por el don que me ha hecho ser, todavía y también hoy yo estoy precedido por la Palabra que gobierna en la historia, categorialmente, las coordenadas de la experiencia» (115). La estructura de la experiencia humana en el mundo ya no es pensable sólo con categorías ontológicas, sino que ha de pensarse a la luz de la historia. Y en ella el hombre se ha encontrado con el Absoluto que le ha encontrado. Esa exterioridad, facticidad y palabra, ni construibles, ni reductibles, ni racionalizables, son ya la medida y la talla de la posibilidad humana y por ello de su realidad metafísica. Ese conocimiento y experiencia histórica nos han arrancado a nosotros mismos; y llevándonos hacia donde no sabíamos, por donde no sabíamos, nos han hecho descubrir la posibilidad máxima de la vida humana. Y esa posibilidad, particularmente descubierta por algunos, es ya una posibilidad universal. La palabra otorgada por

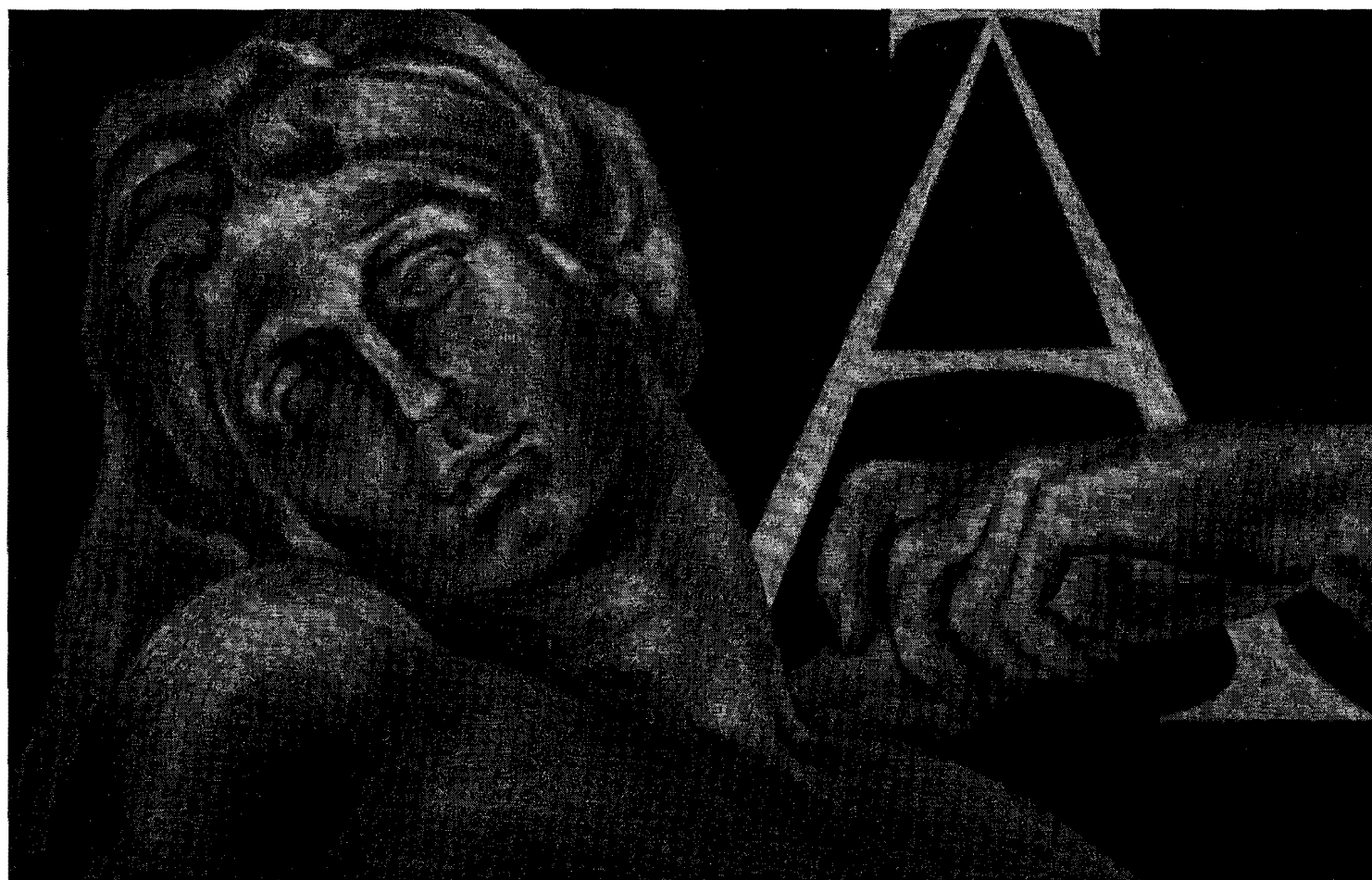
Dios a un hombre es ya destino, medida y gracia para todo hombre.

La temporalización de Dios

La teología del tiempo tiene ya un criterio y una medida: la temporalización de Dios. Desde que el Eterno ha hecho de nuestro mundo su forma y de nuestro tiempo su medida, éstos han cambiado de sentido. La eternidad ha existido en las coordenadas espaciales y temporales. Como consecuencia ha hecho posible que adquirieran una intensidad de vida que antes de la encarnación era impensable. La presencia de la eternidad en el tiempo se ha convertido en fundadora de una vida nueva y en redentora del tiempo cerrado sobre sí mismo en una «incurvación» del ser llevada a cabo por el hombre, que se quiso apropiarse absolutamente el instante, negar el origen y la duración, anticipar el futuro a la degustación.

A un hombre, que se reclamó origen absoluto de sí mismo (pecado original), que negó el tiempo como duración y quiso llegar a sí mismo sin el riesgo de la libertad diferida, y que finalmente borró la muerte de su horizonte: a ese hombre ha respondido en el silencio de la historia un Dios entregado a los demás que se quisieron enseñorear también del Eterno dándole muerte; un Dios que se ha insertado en la duración y en la nesciencia que renuncia a la dominación; un Dios que asume el morir. Cristo es ese Dios con el hombre en el tiempo, en inserción obediente a la lógica del tiempo, del mundo y de la muerte.

La forma más sutil de conocer una generación histórica es analizar su vivencia del tiempo. ¿Cierra el tiempo a los hombres sobre sí mismo sin dejarlos abiertos, expuestos, prometidos y confiados a la eternidad? ¿Cuenta nuestra cultura con la exposición del tiempo a una palabra que lo alumbre y consume? ¿O por el contrario lo acelera absolutamente, de forma que rechaza una realización de la libertad en el crecimiento y la espera, en el otorgamiento del otro y la respuesta dialogal,



FRANCISCO SOLE

Viene de la página anterior



FRANCISCO SOLE

reclamando ser señor absoluto del instante y subyugando a éste el pasado y futuro? Nuestra generación ya no tiene tiempo, ni aguarda al tiempo, ni cuenta con el tiempo, ni espera nada del tiempo. El ateísmo se revela de esta forma como ruptura de los tiempos, de los que manan la memoria y la esperanza, para encerrarnos en el infierno del instante, que es el límite absoluto en el que nada queda del don anterior y no se columbra ninguna promesa. El instante, carente de memoria y privado de esperanza, es convertido en anticipación del infierno.

La sanación del tiempo en Cristo

La experiencia cristiana fundamental fue la de un tiempo nuevo por haber vivido Dios nuestro tiempo, por haber entrado en nuestra sucesión, por haber hecho de nuestro cuerpo el lugar de su libertad. Porque Dios vivió nuestro tiempo como forma de su realización en libertad acrecida y otorgada, podemos nosotros vivir en el tiempo no atenazados por el cuidado y la angustia (la «Sorge» heideggeriana), sino confiados a quien sanó el tiempo con su presencia y amor, es decir, con su eternidad. La encarnación de Dios es así la sanación, liberación y saturación del tiempo como promesa. El Verbo encarnado nos reveló que él, como Hijo, es el origen de la creación («arché») y por ello es la meta («télos»). Por ello es posible la esperanza: porque en el origen están el logos y el amor; porque en la meta está el que es reconciliador y consumidor de la historia. El hombre es ser hacia la muerte, mas no es ser para la muerte.

El tiempo está sanado porque Dios en Cristo lo ha vivido: en la duración asumida y padecida sin retoques, en la nesciencia del futuro, ya que el ser del Encarnado viene dado por su misión y ésta es acogida en las manos de Dios dejándole a él fijar contenidos, tiempos y momentos. Su ser es filialidad, otorgamiento de confianza absoluta, marcha hacia la muerte como ida al Padre. Donde la filialidad es la clave de la autonomía, la libertad surge como otorgamiento de la vida del Padre, en una fluencia que suscita originación

y no dependencia. En Cristo hemos descubierto una forma de libertad como filiación; y una filiación que acoge el mundo, el tiempo, la muerte y la misión como otorgamiento del Eterno. El cuidado y la angustia, generadas por la finitud y temporalidad absolutizadas e incurvadas, dejan paso a la paz de quien entrega su espíritu, a la «Gelassenheit» de quien no es esclavo, sino que tiene un Padre como origen y una promesa como futuro. La urgencia del tiempo, la alegría de la filiación y la despreocupación del rendimiento forman el talante del creyente.

Dios memorable y Dios memorioso

La historia es ya historia de los mortales e historia del Eterno. Memoria de nuestros dichos y hechos, pero a la vez memoria de las gestas, acciones y pasiones de Dios. Por eso es posible hablar de un «Deus memorabilis». Sus acciones son signos y promesas para cada hombre. El a su vez se acuerda de cada uno. El tuvo tiempo para cada uno; pensó en cada uno; murió por cada uno. El texto paulino «me amó y se entregó por mí» (Gál 2,20) es la clave de toda teología del tiempo, porque funda una memoria absoluta de Dios para cada hombre y le ofrenda una promesa absoluta. Cada hombre, en su noche y en su día, a partir de la muerte y de la resurrección de Cristo, cuenta con la propia memoria y esperanza, pero sobre todo cuenta con la memoria y la promesa de Dios. Dios no es sólo un Dios memorable, sino un «Dios memorioso».

El tiempo de Dios en Cristo se convierte así en fuente de libertad y de esperanza, de despreocupación y de sosiego, de «amerimnia». Pero no menos en fuente de exigencia para con el prójimo, porque Jesús vivió como quien tiene tiempo para los demás. Su realización filial desmontó la voluntad de poder y la proexistencia transmutó la obsesión por la propia perduración en ocupación y servicio al prójimo. «Nadie se acuerda del Dios presente en Jesús de Nazaret sin ser reconducido de las alegrías escatológicas, que ofrecen la promesa de redención, a sus responsabilidades históricas» (213). Quien tiene sanada la me-

moria por el reconocimiento y presencia de su origen y quien tiene sana la esperanza por la confianza otorgada al Eterno, que ha compartido nuestro tiempo, ése puede amar al prójimo en generosidad absoluta.

Dios hizo memoria fiel y eficaz del hombre y de ella procede la encarnación. Y Dios le hizo promesa fiel y eficaz al hombre de perdurar como Dios de la vida y de la paz en el tiempo. Su contemporaneidad de Encarnado en una historia se prolonga por la fuerza del Espíritu en el tiempo de la Iglesia. La lógica de la encarnación se prolonga así en la lógica de la sacramentalidad. En ésta se suman los confines del Eterno con los confines del hombre, y siendo cada cual de su reino religan destino en una anticipación, que no nos arranca al tiempo y que sin embargo nos afina ya en el Eterno. Que Dios hiciera memoria y promesa a los hombres, se convierte para la Iglesia y para cada hombre creyente en urgencia y criterio. Por ser memorioso, «del más chiquito y del más olvidado tiene Dios la memoria muy reciente y muy viva» (Bartolomé de las Casas. 1531 BAE, V 44b) y todo hombre y mujer, que acogen el tiempo de Dios en Cristo, hacen memoria de cada hombre y son fieles a cada vida. El creyente vive así de la memoria y promesa de Dios, mientras realiza la memoria y ejecuta la promesa. El recuerdo del Dios fiel suscita la proximidad y alienta la esperanza.

Todo libro sobre el tiempo es un libro sobre la vida y la muerte, la libertad y la esperanza, sobre cómo vivir y cómo morir. Este, que es un libro de filosofía, asume valerosamente ese tema que desde Platón a nuestro

Domingo Gundisalvo (*De divisione philosophiae*, Münster, 1903, pág. 7) se ha considerado el tema central de la filosofía: «cura et studium et sollicitudo mortis». Su eliminación del horizonte es una amenaza a la más íntima libertad, que es siempre libertad para la vida sobre el horizonte de la muerte.

Dios en la muerte o las razones de la esperanza

La teología contemporánea ha sido sometida a prueba suprema al ser preguntada si en Dios hay lugar para el tiempo, el sufrimiento y la muerte. Si no hay lugar en Dios para estas realidades, Dios se vuelve insignificante e ineficaz para el hombre por insolidario. Si, en cambio, las ha padecido, puede ser un Dios de los hombres. «Sobre la cruz, la cristología, debe afirmar que Dios mismo muere, o pierde su coherencia. Pero ¿qué significa aquí «morir»? No ya cesar de ser. Pero sí ciertamente hacer la experiencia de la muerte; reivindicar radicalmente por suya la muerte de un hombre; hacer de la más humana de las experiencias una situación conocida y gustada por él. La teología tiene los medios de afirmar que la experiencia de la muerte puede encontrar su lugar en Dios no precisamente a pesar de su divinidad, sino en razón misma de ella» (37).

Desde esta perspectiva el autor puede afirmar: «La teología es un asunto de vida y de muerte. La vida se deja pensar antes de la teología en el horizonte de la muerte. La muerte se deja pensar en Pascua en el horizonte de la vida. Pertenecer por tanto a la teología desplegar la lógica de una existencia «hacia» la muerte que no sea un ser «para» la muerte» (169). La filosofía y teología del tiempo quedan así remitidas a la cristología, como lugar donde el hombre y Dios se encuentran y afirman en la alteridad recíproca: Dios llegando a ser hombre y el hombre llegando a ser Dios. Eso es lo que nos ofrece este libro, nacido sobre el fondo de este siglo en el que Husserl, Heidegger, Levinas, Bultmann y Balthasar han pensado el ser y el tiempo, la historicidad humana y la humanación de Dios en el tiempo. La cristología ha aparecido así como la clave de una metafísica, porque allí tenemos una forma de temporalidad, mediadora y reveladora del Eterno, y una eternidad que a su vez distiende, radicaliza y revela el tiempo a sí mismo. El autor ha sido absolutamente sobrio en citas. A un breve libro de H. Urs von Balthasar debe sus intuiciones y lo confiesa: *Teología de la Historia* (Madrid, 1964-Einsiedeln, 1959). A otro admirable pionero habría que haber citado: J. Mouroux, *Le mystère du temps. Approche Théologique*. París, 1962.

Merece una felicitación especial el que la reconocida editorial Presses Universitaires de France haya comenzado una colección teológica y en ella haya integrado esta obra admirable, exponente de la fecunda e inevitable conexión entre filosofía y teología. Quien de veras piensa sobre la verdad y en la libertad, se encuentra siempre con las preguntas primordiales: el tiempo, la vida, la muerte, Dios. □

RESUMEN

Las célebres «Presses Universitaires de France» han iniciado recientemente una colección teológica, de lo que se felicita Olegario González de Cardedal; satisfacción añadida es que haya aparecido en esa colección un libro como

éste, sobrio de forma y apasionado de fondo, sencillo de pretensión y fecundo de cosecha; que trata, por si fuera poco, un tema fundamental de la metafísica y de la teología: el tiempo.

Jean-Ives Lacoste

Note sur le temps. Essai sur les raisons de la mémoire et de l'espérance

Presses Universitaires de France, París, 1990. 221 páginas. 165 FF.

Reformas sociales durante la Restauración

Por Vicente Palacio Atard

Vicente Palacio Atard (Bilbao, 1920) es profesor emérito de la Universidad Complutense de Madrid y miembro de la Academia de Historia. Es autor, entre otras obras, de *Los españoles de la Ilustración*, *La España del siglo XIX*, *Cuadernos bibliográficos de la guerra de España 1936-1939* y *Juan Carlos I y el advenimiento de la democracia*.

De la Comisión de Reformas Sociales, creada en 1883, arranca el proceso institucional que, reafirmado veinte años después en el Instituto de Reformas Sociales, introduce en España la administración pública de carácter social. Además, aquella Comisión fue el exponente más relevante del reformismo a finales del siglo XIX, y en ella se dieron cita las tres corrientes ideológicas más características del mismo: el neo-liberalismo propicio a la «intervención tutelar» del Estado, el catolicismo social y el armonismo krausista. La historia de esta Comisión, sin embargo, había permanecido hasta hace unos diez años casi olvidada por los historiadores, que se limitaban a recordar su ineficacia en promover la legislación social.

Al aproximarse la fecha del centenario del Real Decreto fundacional, el profesor Juan Velarde Fuertes puso en marcha un amplio proyecto de investigación, secundado por equipos de trabajo de cinco universidades, para estudiar a fondo aquella institución. La desaparición del Instituto de Estudios Laborales, que patrocinaba los trabajos, no interrumpió su continuidad, aunque no se realizó la edición crítica de la *Información oral y escrita* sobre la situación de las clases trabajadoras, que era uno de los objetivos propuestos en el proyecto Velarde. El Ministerio de Trabajo se limitó a publicar una edición facsímil de los cinco volúmenes que componen esa *Información* y que constituyen un valioso acervo documental. Pero el libro de María Dolores de la Calle, que hoy comentamos, suple de alguna manera, como veremos, la ausencia de esa edición crítica.

Los equipos de trabajo que secundaron la iniciativa mencionada, a los que se incorporaron otros investigadores, pudieron exponer y discutir sus resultados en el Coloquio celebrado en Madrid, en 1985, patrocinado por la Obra Cultural del Monte de Piedad de Córdoba, cuyas actas se publicaron posteriormente. Así, el estudio de la historia del reformismo y las actuaciones de la Comisión han progresado en estos últimos años considerablemente. La obra de la doctora De la Calle remata, por tanto, esta serie de estudios, pone al día el estado de la cuestión y matiza la estimación de las actuaciones llevadas a cabo. En efecto, aunque los resultados fueron mediocres y lentos, pues hasta 1900 no se promulgaron las «leyes Dato», sin embargo hay que reconocer a la Comisión de Reformas Sociales el haber introducido los estudios sociológicos en la Administración española; así como haber incidido en los cambios de mentalidad de los sectores dirigentes, que abandonaron la actitud meramente represiva ante la realidad del «conflicto social»; y también haber proporcionado una valiosa fuente de datos sobre la vida real de las clases trabajadoras en aquella época. Hasta ahora, la investigación histórica española había prestado bastante atención a los movimientos obreros, pero mucho menos a la vida cotidiana de las clases trabajadoras, o sea a la que, de acuerdo con Gerhard A. Ritter, deberíamos llamar «historia de los trabajadores». La información de la C.R.S. es un buen documento para ello.

El Real Decreto fundacional lo preparó Segismundo Moret, ministro de Gobernación del breve Gobierno Posada Herrera que sustituyó a Sagasta después del primer «turno»

liberal de la Restauración. Moret tuvo el acierto de no plantear la Comisión como cuestión de partido, sino que debía inspirarse en las exigencias de la sociedad y del Estado, y nombró presidente de la misma al jefe de la oposición, Cánovas del Castillo; cortesía a la que éste correspondió poco después, cuando recuperó la jefatura del Gobierno, nombrando a Moret presidente de la Comisión. Este apartidismo se refleja también en el nombramiento de Gumersindo Azcárate, republicano, para desempeñar la Secretaría, así como la designación del doctor Federico Rubio y de Sorní, también republicano, además de expertos en cuestiones sociales, entre los diecisiete primeros vocales de la Comisión.

Moret, de ascendencia inglesa por su madre, había residido en Londres entre 1874 y 1880, los años del Gobierno Disraeli en que más atención se puso a la legislación social reformista. Poco antes de acceder Moret al Ministerio había propuesto como pauta programática de su partido el tratamiento de la cuestión social, «que se ha de resolver de modo similar a la de Inglaterra», según sus palabras. Hago esta indicación porque casi siempre se alude al valor ejemplar indudable que tuvieron las reformas bismarckianas, pero que no debe ocultarnos esta otra influencia del modelo británico.

La autora, por su parte, subraya el papel «inspirador» de Azcárate, que era uno de los más calificados propugnadores del armonismo filosófico-social krausista, que alentaba en las filas de la Institución Libre de Enseñanza y que se oponía tanto al socialismo en el plano económico, como al individualismo liberal en el político. Si hemos de creer a Paulino Azcárate, su biógrafo y pariente, don Gumersindo había sido también muy impresionado por la lectura del ensayo de Carnegie *Los deberes de la riqueza*, que tanta resonancia tuvo en su tiempo. La autora, con justos motivos, subraya además el papel relevante de Eduardo Pérez Pujol, rector de la Universidad de Valencia, presidente del Congreso Sociológico allí celebrado con carácter interclasista y con notorio éxito de participación, y que más tarde, al reorganizarse la C.R.S. en 1890, fue vicepresidente de la misma.

Aproximación sociológica

La aproximación sociológica que la autora hace al grupo fundacional nos muestra unos hombres entre treinta y cinco y cincuenta años, o sea una edad propicia a la madurez innovadora; la mayor parte de ellos de formación jurídica, algunos profesionales de la medicina y la ingeniería o de formación multidisciplinaria, como el caso más notable de Alberto Bosch, que había estudiado derecho, medicina, farmacia e ingeniería. Predominaban en el grupo los catedráticos y profesores universitarios. Todos eran personas destacadas en sus actividades profesionales, culturales y políticas. Así resulta que ese grupo, presentado por algunos comentaristas como un núcleo de la pequeña burguesía erigida en tutora de las clases populares, viene a ser una élite intelectual de las clases medias profesionales. «Intentan acercarse al obrero con la actitud paternalista de mejorar sus condiciones de vida... Lo que unido al ideal de armonía los coloca en una posición intermedia y conciliadora entre la oligarquía y el trabajo», dice la profesora De la Calle.

La creación de la C.R.S. tuvo un eco dispar en la opinión pública reflejada en la prensa, como también ocurrió luego al llevarse a cabo la «información» oral y escrita. La verdad es que despertó escaso interés, prevaleció una nota de escepticismo en la prensa, si bien algunos periódicos importantes de Madrid, como *El Imparcial* y *La Epoca*, aplaudieron y apoyaron la iniciativa. En cambio, la prensa

obrera, tanto la ligada al bakuninismo anarquista como al socialismo marxista, prodigaron la crítica sarcástica y la oposición implacable casi sin excepción.

Información oral y escrita

Los trabajos encomendados a la Comisión tenían por fin conocer la realidad que se aspiraba a reformar. El método seguido fue la encuesta sociológica, a través de un cuestionario propuesto a las partes afectadas o interesadas en el tema. El análisis del cuestionario, cuya redacción definitiva fue obra de Azcárate, se ha tachado algunas veces de imperfecto, pero no podrá decirse que era incompleto, con 223 preguntas agrupadas en 32 capítulos. Ciertamente, tiene el mérito de haber pretendido subsanar la falta de estadística del trabajo, por lo que en este aspecto debía partir de cero.

Para llevar a cabo la tarea informativa se crearon comisiones provinciales en todas las capitales, y además otras 29 comisiones locales, en virtud de la «instrucción» del 30 de abril de 1884. La distribución de estas últimas coincide «con la geografía del conflicto -soterrado o explícito- pesquero, minero, textil o agrícola», según la autora. En la composición de estas comisiones se pretendía una relativa equiparación de la representación empresarial y obrera, además de incluir representantes de la Administración y de profesionales. Pero ese equilibrio, anota la autora, «se fue decantando paulatinamente a favor de profesionales liberales, sobre todo del ámbito jurídico, en detrimento del obrero». En verdad, por desidia de unos o por rechazo de otros, vinieron a quedar en manos, a mi entender, de los funcionarios administrativos provinciales o de los expertos profesionales, y sobre todo de los reformistas de provincias que más entusiasmo ponían en el empeño, siempre pocos en número y con escaso respaldo social.

Los datos de la *Información oral y escrita* los publicó la Comisión de Reformas Sociales en fecha bastante tardía gracias a la tenacidad que puso Azcárate en allegar los recursos necesarios para costear su impresión. Como es sabido, los dos primeros volúmenes contienen la información de Madrid, el tercero la de Valencia. Es la información mejor y más completa. Los otros dos volúmenes reúnen datos incompletos o resúmenes de otras nueve comisiones provinciales, a los que se añaden dos informes individuales de otras dos provincias más. La contribución principal de la autora estriba en el análisis del funcionamiento de esas comisiones provinciales y locales, que completa con visión de totalidad algunos estudios monográficos locales recientes.

Lógicamente hay que empezar por plantearse una explicación al enorme vacío que se advierte en grandes e importantes áreas geográficas. No hay respuestas de Barcelona ni de Andalucía. ¿Qué pasó en esas provincias? Sabemos que en Barcelona se constituyó la Comisión y dieron comienzo las actuaciones de la información oral, de la que existen referencias de prensa. ¿Por qué se suspendieron sus sesiones? ¿Por la epidemia de cólera, que coincidió en aquellas fechas? ¿Por qué no se reanudaron? En el caso de Andalucía la autora piensa que tal vez deba relacionarse con el alto nivel de asociación obrera. Sin embargo, esta relación, a mi modo de ver, no basta para explicar la carencia de noticias sobre las comisiones provinciales. Es cierto que más de la mitad de las secciones y federaciones locales anarquistas radicaban en Andalucía, y que dos tercios de los afiliados representados en el Congreso de Sevilla de 1882 eran andaluces. Pero también es verdad que las cifras de afiliación eran muy reducidas en proporción a la población trabajadora. Por otra

parte, en Valencia, donde la afiliación anarquista era alta, se logró una excelente participación obrera en los trabajos de la Comisión. Además, sabemos que funcionó la Comisión local de Jerez de la Frontera, por lo menos, y que publicó sus datos. Más convincente es atribuir el vacío andaluz a la apatía y falta de conciencia social de los terratenientes andaluces, aunque en el preámbulo del decreto fundacional se había aludido expresamente a la situación del campo andaluz y al inquietante y oscuro caso de la «Mano Negra».

La autora supone que debieron existir informes provinciales que no llegaron a publicarse en su tiempo. Ese pudiera ser el caso de la Comisión de Huesca si es correcta una noticia dada por *El Imparcial*, que por la vinculación personal del director, Andrés Mellado, a la Comisión de Reformas Sociales, no debemos echar en saco roto. Sin embargo, las investigaciones de carácter local llevadas a cabo han dado resultados poco satisfactorios para aclarar estas ausencias, según se comprobó en los coloquios de 1985. Casi todas las comisiones provinciales estuvieron frenadas por la apatía de la sociedad y el desistimiento obrero. En cualquier caso, cabe preguntarse si dejaron de publicarse más tomos de la *Información* por falta de recursos económicos. Lo cierto es que a las demandas de Azcárate se le respondió alguna vez pidiéndole que redujera el texto publicable de los informes. María Dolores de la Calle cree que «la mayor parte de las comisiones, cuyos trabajos no constan, fracasaron, o bien que a pesar de poseer informes sueltos, pero sin entidad, o faltar la persona encargada de elaborarlos, no consideraron pertinente enviarlos a Madrid».

Ya nos hemos referido al escepticismo reflejado en la prensa al crearse la Comisión. La misma tónica se mantiene cuando se realiza la encuesta. Como botón de muestra valga *La Crónica de Badajoz*, en la que tajantemente se dice que «se pierde el tiempo contestando (el cuestionario de la Comisión)». La Comisión de Oviedo es muy explícita al referirse «a la oposición sistemática del país entero», y ni siquiera la presencia allí de Alvarez Builla, que tenía un bien ganado prestigio entre los medios obreros, evitó la negativa actitud de éstos.

La respuesta de los sectores sociales

Después de la historia externa de la Comisión, la autora analiza sistemáticamente las respuestas de los distintos sectores sociales con un correcto planteamiento metodológico.

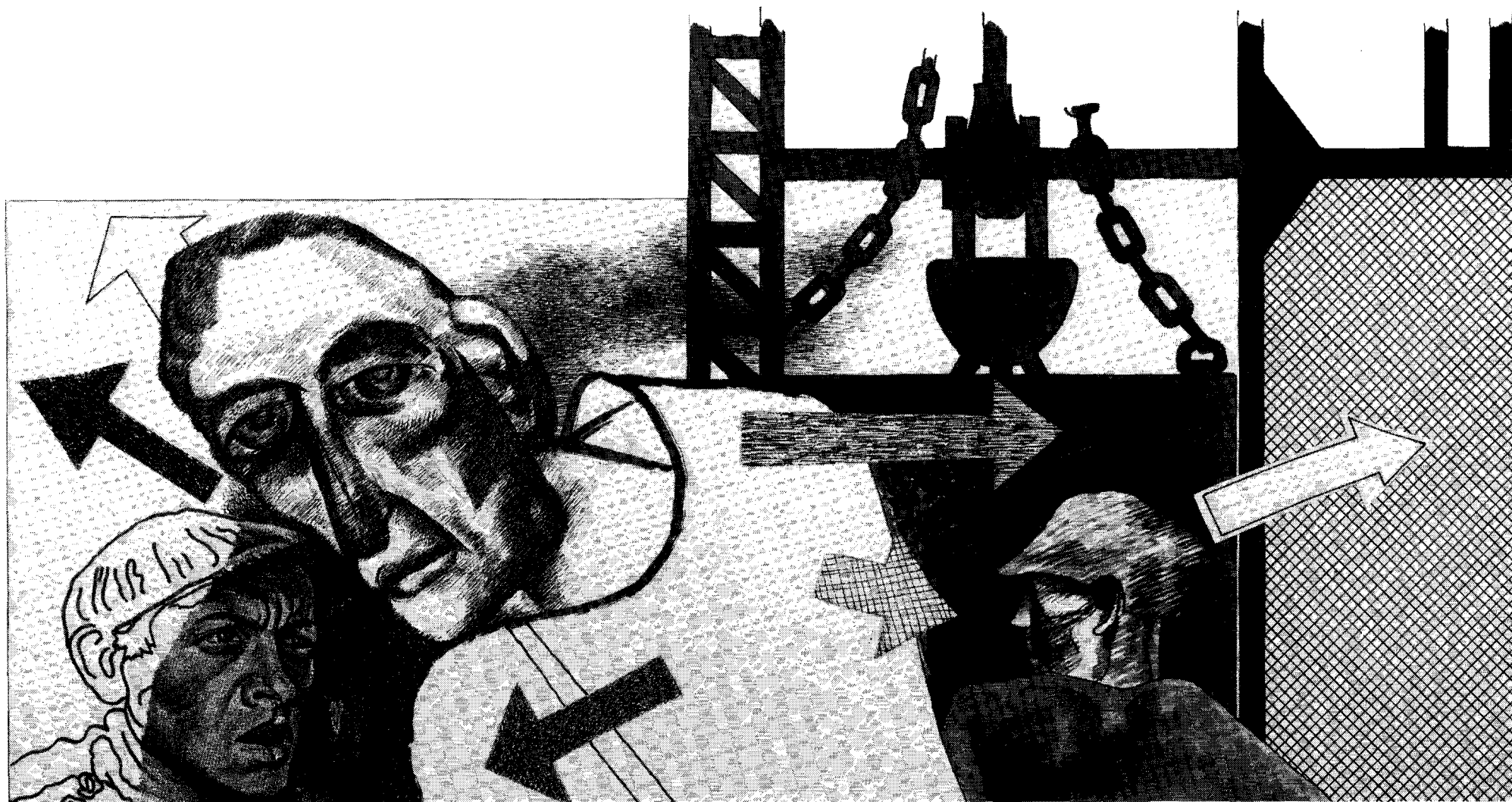
En primer lugar, la respuesta obrera, diferenciada en tres niveles: los trabajadores no asociados, los que pertenecen sólo a sociedades cooperativas o de socorros mutuos, y por fin los integrados en organizaciones que plantean la lucha de clases.

Llama la atención la escasa participación de obreros agrícolas en un país en que el sector agrario es predominante en la economía. No sorprende, en cambio, la ausencia de los mineros, impuesta por el reglamento laboral del sector. Los casos de Orbó y Barruelo resultan paradigmáticos. Los oficios e industrias varias responden con más fluidez y revelan una diversidad de situaciones por la amplitud del abanico salarial. Las reclamaciones insisten en los salarios y los accidentes del trabajo, tema éste al que es muy receptiva la C.R.S.

Los obreros asociados en entidades de socorros mutuos, cooperativas, etc., comparecen ante la Comisión, cooperan con ella y esperan obtener resultados beneficiosos. En una palabra, son permeables al reformismo. Con frecuencia surgen problemas de insol-



Viene de la página anterior



JOSE ANTONIO ALCAZAR

vencia de las mutuales que la Comisión acoge favorablemente. Suelen reclamar jurados mixtos, culpando a los patronos de dificultar su constitución. Se preocupan poco de solicitar mejoras educativas.

La respuesta de las organizaciones obreras marxistas o bakuninistas ya sabemos que fue de desconfianza y rechazo. Si comparecen ante la Comisión es para aprovechar una ocasión de propaganda de sus ideas. García Quejido, por la Asociación del Arte de Imprimir, declara sin tapujos que la labor de la C.R.S. «era ilusoria» porque sus miembros representaban «los intereses de la clase explotadora». Pablo Iglesias, en el informe oral declaraba: «Si el Partido Socialista ha aceptado la atenta invitación de la Comisión ha sido porque ha tenido en cuenta que sus ideas deben difundirse..., pero no porque espere de ningún modo que de los datos que exponga habrá de resultar ventaja posible para las clases trabajadoras». Consecuente con el objetivo propagandístico, Pablo Iglesias exponía un programa de reivindicaciones laborales, salariales y políticas, en espera de que llegue el momento de la emancipación obrera. Y en términos análogos se expresaba Jaime Vera en la información escrita: «Si acudimos a vuestra cita ante la Comisión no es con la esperanza de cambiar el invariable curso de vuestras ideas... (sino) para aprovechar esta fugaz ocasión de propaganda», tras lo cual colocaba un discurso que ha sido considerado la mejor exposición doctrinal del momento. La Federación Regional Anarquista Española, por su parte, había remitido dos instrucciones a sus socios prohibiendo la comparecencia. Sólo uno lo hizo en Madrid, a título personal, para explicar brevisimamente la actitud negativa por pura coherencia ideológica.

En la respuesta de las élites provinciales y locales la autora diferencia entre los hombres de las profesiones liberales y los propietarios capitalistas. Como es natural, cuando se trata de grupos profesionales cada uno tiende «a responder aquellas preguntas del cuestionario que guardan una mayor relación con su ejercicio profesional». Así, los maestros denuncian el bajo nivel de escolarización y la incompatibilidad del trabajo infantil y la escuela. Los médicos hacen hincapié en las penalidades de la vida obrera (alimentación insuficiente, viviendas malsanas, vestidos inadecuados, desamparo en casos de enfermedad, alcoholismo). La contribución de los ingenieros fue significativa y valiosa: la autora

pone como ejemplo el informe de García Arenas, socio del Ateneo de Gijón. Algunos ingenieros de montes culpan a la Desamortización de la deforestación ocurrida en España. Los ingenieros ofrecen datos y proponen soluciones pragmáticas. Notarios y registradores suelen hacer precisiones interesantes sobre aspectos jurídicos. Por el contrario, se echa de menos la colaboración de los abogados, salvo los que forman parte de las comisiones. En general, el índice de participación de este sector de las élites profesionales fue más bien escaso.

Más escasa aún fue la colaboración del sector patronal. Sólo constan siete respuestas individuales de patronos o empresarios: un industrial abulense y otro navarro, ambos abiertos a ideas reformistas; otro valenciano, cerrado a toda reforma que no sea educativa; un terrateniente palentino, conservador puro y duro, y poco más.

Intervención tutelar

Mucho más positiva e interesante fue la respuesta institucional de las élites intelectuales. La Facultad de Derecho de la Universidad de Madrid eleva un dictamen favorable a la intervención tutelar del Estado, y considera el ahorro y la asociación medios idóneos para la redención social. La Institución Libre de Enseñanza, en otro amplio dictamen que relaciona la pobreza y la falta de instrucción, aboga por las enseñanzas prácticas, compatibles con la formación humana, y recomienda la reforma educativa, empezando por maestros y escuelas, sueldos y presupuestos. El Ateneo de Madrid y el Fomento de las Artes habían organizado debates internos preparatorios de los informes remitidos a la Comisión de Reformas Sociales. Se ocupan separadamente de los temas propuestos en el cuestionario de Azcárate. Un simpatizante bakuninista expuso en el Ateneo una ponencia sobre el trabajo de los niños que le sirvió de pretexto para extenderse en la crítica al sistema capitalista y manifestar su desconfianza hacia la Comisión, a la que tacha de «organismo burgués». Podemos coincidir con la autora cuando dice que «los dictámenes y las discusiones llevadas a cabo en estos centros prestan una colaboración de incalculable valor a la idea que nos ocupa. La defensa de ideas contrapuestas iba desbrozando un camino abundante en obstáculos. Estas sesiones acre-

cientan el grado de sensibilidad social y se van clarificando las posturas en torno al intervencionismo». Lo mismo puede decirse de la colaboración institucional de varias entidades en Madrid y provincias (ateneos obreros, cajas de ahorros y algunas sociedades benéficas).

En 1890 ocurrieron hechos significativos: la celebración del 1 de Mayo, la Conferencia de Berlín, a la que España mandó representación oficial. Se habían empezado a publicar los resultados de la *Información oral y escrita*, que eran un clarín a la opinión pública. En ese clima, el ministro Ruiz Capdepón decidió reorganizar la Comisión de Reformas Sociales por Real Decreto de 13 de mayo. Se ampliaban sus facultades como centro de estudios y organismo asesor legislativo. Se aumentaban a 30 sus miembros, distribuidos en tres secciones, lo que permitía incorporar nuevos nombres de expertos y activos reformistas, aunque no se introdujo representación obrera. Era una cuestión difícil lograr un acercamiento de buena fe para la colaboración mientras subsistieran los mismos presupuestos ideológicos. Baste recordar aquí que ya en 1902, cuando Canalejas quiso crear el Instituto del Trabajo y ofreció a Pablo Iglesias su participación en el mismo, se produjo por parte de éste el rechazo total.

La Comisión renovada intensificó el ritmo de sus trabajos. Hizo una encuesta sobre limitación de horario de trabajo que distribuyó a 450 sociedades obreras y que *El Socialista* consideró un engaño para proletarios incautos. Entre las respuestas se suscitaba la polémica de la limitación de horarios y los destajos. Por cierto que en esa encuesta Azcárate, Castelar y Sagasta eran contrarios a la jornada de ocho horas. La última encuesta de la Comisión, en 1902, versó sobre la situación del campo en Extremadura y Andalucía.

RESUMEN

La historia de la Comisión de Reformas Sociales, creada en 1883, pese a su importancia (de ella arranca el proceso que introduce en España la administración pública de carácter social), venía siendo casi olvidada por los

La labor de la C.R.S. ha sido analizada en cuanto promotora de información y núcleo de discusión doctrinal o de confrontación con sectores obreros. Pero tuvo también una contribución no desdeñable en los proyectos legislativos. El trabajo infantil y femenino había sido estudiado desde las bases de González Serrano en 1887; la invalidez de trabajadores, desde 1886. A partir de 1891 se acentuó por los distintos gobiernos la demanda de asesoramiento, sobre todo por Cánovas en 1891, Alberto Aguilera en 1893, Ruiz Capdepón en 1898. Por fin, la Comisión colaboró en las leyes que Dato logró hacer aprobar en Cortes en 1900 sobre accidentes de trabajo y regulación del trabajo de niños y mujeres. Todavía en 1902 reclamaba Dato su asesoramiento para la Ley de descanso dominical, cuyo inicial proyecto no se había aprobado.

La Comisión trabajó igualmente en proyectos de ley de jurados mixtos, huelgas, emigración, contratos de trabajo, estadística obrera y otros, cuya herencia recogería luego el Instituto de Reformas Sociales, fundado por Antonio Maura y dotado con mejores recursos humanos y presupuestarios.

Porque ésta fue verdaderamente una de las grandes trabas que tuvo en todas sus actuaciones la Comisión de Reformas Sociales. Había funcionado con un mínimo de personal administrativo, con unos presupuestos no digo escasos, sino ridículos. Cuando la política social parecía haber cobrado algún impulso en los gobiernos, entre 1891 y 1895, quedó supeditada desde esta fecha a la atención prioritaria por la guerra cubana. Sólo después del Desastre se volvió con decisión sobre el tema. Era el momento de que la Comisión dejara paso libre a una institución más moderna para la reforma social, análoga a las que por entonces se habían fundado en otros países de Europa. □

historiadores. En torno al centenario de esta Comisión se puso en marcha toda una serie de estudios y trabajos, que ahora se remata y se pone al día con el libro que comenta Palacio Atard.

María Dolores de la Calle

La Comisión de Reformas Sociales, 1883-1903. Política social y conflicto de intereses en la España de la Restauración

Ministerio de Trabajo y de la Seguridad Social, Madrid, 1989. 405 páginas. 2.000 pesetas.

Eugenio d'Ors, de nuevo

Por Carlos Seco Serrano

Carlos Seco Serrano (Toledo, 1923) ha sido catedrático de Historia Contemporánea de España en la Universidad Complutense de Madrid. Es académico de número de la Real Academia de la Historia (Madrid) y de la de Buenas Letras (Barcelona). Es autor, entre otros títulos, de *Epoca contemporánea: la República, la guerra, la España actual*; *Alfonso XIII y la crisis de la Restauración*; y *Militarismo y civilismo en la España contemporánea* (Premio Nacional de Historia 1986).

Eugenio d'Ors ha sido siempre —no descubro nada nuevo con esta afirmación— motivo de apasionada controversia en su Cataluña nativa. Después de haber dado la más alta nota intelectual en el despliegue del catalanismo político —el de la Lliga: el que alcanzó su primer logro efectivo, allá por 1913, en la «Mancomunidad» diseñada por Prat de la Riba (D'Ors sería designado por Prat director general de Instrucción Pública)—, se desgajó de la empresa catalanista, ya ocurrida la muerte de aquél, durante la presidencia del gran arquitecto Puig i Cadafalch: arquitecto en sentido literal, como uno de los grandes nombres del «modernisme», y arquitecto en sentido figurado, como continuador de la obra gobernante de Prat. No deja de ser significativo que la crisis de relaciones entre Puig y D'Ors tuviera una de sus claves en la diferencia de criterios estéticos: Puig y Cadafalch era, según hemos advertido, uno de los grandes definidores del «modernisme» catalán —su preciosa «casa Amatller», en la llamada «manzana de la discordia» del Paseo de Gracia barcelonés, le alinea, en noble competencia, con Domènech Montaner y con Gaudí—; D'Ors era el corifeo del «noucentisme». Desde más amplios parámetros les divorciaba el barroquismo inherente a los modernistas y el clasicismo que informó siempre los criterios dorsianos. Y una connotación social: la proclividad de D'Ors por el sindicalismo antiburgués, ¡precisamente en el conflictivo año 1919!

Pero si ésa era la expresión visible de una divergencia, había otras motivaciones para el distanciamiento entre uno y otro. Torrente Ballester —siguiendo a Aranguren— ha subrayado con acierto la «europeidad» de D'Ors, vinculada a su profunda identificación con «lo clásico», que le afirmaría en una posición cultural muy española —«en cuanto lo español es europeo»—, pero «poco castiza, en cuanto lo castizo es un hecho diferencial». «El pensamiento dorsiano —escribe Torrente— es el antípoda de Unamuno y de los casticistas de cualquier escuela.» Como europeísta y anticastizo, D'Ors debía hallar fácil encuadramiento —una vez producida su «defenestración» de la Mancomunidad— en la generación de 1914: la que había tenido su «banderín de enganche» en la conferencia de Ortega «Vieja y nueva política», y sus representantes en los grandes ensayistas y universitarios: el propio Ortega, Marañón, Madariaga, Américo Castro... Sino que la significación y la trayectoria de D'Ors difieren acusadamente de la línea ideológica del grupo madrileño. Por una parte, el pensamiento y la formación cosmopolita de Ortega se vinculan a la gran Universidad alemana de la pre-guerra, y en Centro-Europa ve las raíces del mundo moderno; D'Ors, temperamento eminentemente levantino (mediterráneo), con una prolongada maduración en París —aunque con vivencias también en las universidades germánicas—, contempla en Europa la gran heredera del helenismo y del racionalismo romano. La filosofía de Ortega se distancia, por otra parte, fundamentalmente del pensamiento dorsiano en aquello que constituye su cifra y síntesis. Como observa Tusquets, D'Ors elige, para punto de partida, la conciencia del irreductible dualismo entre

su «potencia» espiritual y la «resistencia» que le opone la materia: «Por lo que a mí toca, a mí mismo, al hecho de mi esfuerzo y de mi potencia, yo no puedo privarme de creer que soy opuesto al mundo exterior... Podemos partir del hecho del esfuerzo para tomar la condición como principio y empezar ahí nuestro itinerario sistemático, nuestro círculo de filosofía.» Se trata —apostilla Tusquets— de «una posición antiorteguiana, que define el «yo» por oposición a la circunstancia». (Tal actitud, nada desdeñable, supone por lo pronto la reacción contra cualquier amago evolucionista. «Nunca aceptará D'Ors que la materia, cual propugna Teilhard de Chardin, ascienda lentamente hacia el espíritu, responda progresivamente a su llamada. No: el espíritu conquista a la materia, la coloniza imperially y por las malas.») La noción del hombre, o de la naturaleza humana, laboriosamente gestada por D'Ors, parte de estos supuestos para resumirse en «las dos uniones» —la unión del alma y el Cuerpo; la del Ángel (personalidad o médula del yo «espiritual», «Libertad» según los filósofos modernos) con el alma y el Cuerpo: unión funcional, pero no sustancial—. Es evidente, en el fondo de esta construcción teórica, una constante, la búsqueda de la «norma» de la «disciplina», capaces de imponer el triunfo del espíritu sobre la materia, según el módulo del clasicismo. El contraste entre el pensamiento filosófico de Ortega y el de D'Ors surge incluso en el terreno del «lenguaje literario». Aun cuando D'Ors usa la metáfora como la usaba el autor de *La rebelión de las masas*, para este último aquélla es el medio de aclarar deslumbradoramente la profundidad del pensamiento, mientras que para D'Ors suele degenerar en alambicamiento de la expresión; lejos de tener la obsesión cortés de «aclarar», no pocas veces se preocupa por «oscurecer». En fin, la dimensión universitaria —el magisterio de cátedra—, uno de los grandes elementos definidores de la generación del 14 —con su máxima cota en el propio Ortega, en Madariaga, en Marañón...—, es un camino ardientemente deseado por D'Ors, pero que se resumirá en frustración tras unas oposiciones perdidas: frustración sólo tardía y relativamente paliada en los días de la vinculación de D'Ors al franquismo.

Pero es la toma de posiciones de D'Ors en la política práctica, primero junto a la dictadura primorriverista, luego en las «filas azules» del general Franco —cuando el régimen nacido en 1936 había situado en la heterodoxia a los grandes intelectuales del 14 (sólo algunos, como Marañón y Pérez de Ayala, serían recuperados pronto, «con condicionantes»)—, lo que radicalizaría esas distancias de doctrina o de expresión; aunque también es cierto que D'Ors tenía personalidad sobrada como para no irse situando en un ámbito peculiar que acabaría entibiando su primitiva identificación con el franquismo puro.

Se entiende asimismo que la posterior recuperación de D'Ors para el patrimonio cultural de Cataluña no haya sido —no lo es todavía— empresa fácil, pese a contar con paladines tan valiosos como el ya desaparecido Guillermo Díaz Plaja. Cuando en Madrid —desde su señorial y recoleto piso del barrio de los Austrias— encarnaba «Xenius» la cumbre de «la intelectualidad», entregado a la tarea objetiva de aproximar a la sensibilidad de un amplísimo público el arte más actual —a través de una labor crítica admirable y en la organización del «Salón de los Once»—, o como desvelador, bajo una luz nueva, del tesoro artístico del Prado, en Barcelona se le rodeaba de reticencias, por más que en sus últimos años buscara refugio para sus asuntos en un rincón —Vilafranca— de la bien amada «terra», una «patria recuperada». Pero también es cierto que nunca ha querido Cataluña renunciar a él: conozco a algún joven de las



Eugenio d'Ors

nuevas generaciones universitarias que ha sido capaz de lanzarse a montar, «desde» una izquierda más bien ácrata, una tesis basada en la imagen, «libre de toda culpa derechista», de un «Xenius» irreconocible, aun poniendo el acento en su proclividad sindicalista (anarcosindicalista) de 1919.

Por otros caminos ha ido al encuentro del auténtico D'Ors este viejo maestro de la Universidad barcelonesa, mosén Joan Tusquets («monseñor» actualmente, como prelado doméstico de Su Santidad); y utilizo la palabra «viejo» con ciertas dudas, porque a pesar de que frisa en los noventa años, Tusquets sigue conservando un espíritu joven, bien avenido con una ilustradísima madurez: sus apasionadas campañas, ideológicamente combativas, de los años treinta, quedaron muy atrás. Fue uno de los fundadores de la Sección de Pedagogía —Facultad luego— de la Universidad barcelonesa, por los días en que yo le conocí y traté: como vicedecano, mantuvo una prudente postura de ecuanimidad, al par que de firmeza, en los años difíciles en que el virus revolucionario —con las connotaciones más extremas— palpitaba entre los muros de las facultades, convertidas en «bunker» del antifranquismo; sin perder nunca un fino sentido del humor, un comportamiento correctísimo y esencialmente «liberal». A él cabía aplicarle el adjetivo «liberal» como Fernando VII se lo aplicaba a uno de los más grandes sabios de su época —que también hubo sabios en los días negros de Fernando VII—, Martín Fernández de Navarrete. (Cuando, pasado el trienio revolucionario, y repuesto don Martín en un alto cargo de Cultura, algún resentido le

acusó ante el rey de «liberal», don Fernando replicó: «Navarrete es liberal; pero es liberal como deberíamos serlo todos.»)

Tusquets se ha confesado siempre admirador de la obra de «Xenius» y degustador, desde sus días adolescentes, de la obra literaria de aquél; no deja de ser una suerte que personalmente haya podido discutir con el maestro ideas y teorías. Pero a él no le hubiera aplicado nunca D'Ors la irónica respuesta que le mereció cierto joven y petulante clérigo, con ocasión de una magistral disertación de carácter filosófico desarrollada por el autor de los *Glosarios* en Santander, allá por los años cincuenta. En el coloquio que siguió, el clérigo en cuestión se atrevió a decir que, con todos los respetos, a él le parecía que el conferenciante acababa de descubrir el Mediterráneo. «Xenius», sin perder la calma, replicó: «Discurre bien el frailecico... Sí, he descubierto el Mediterráneo; pero no me he limitado a hacerlo desde la orilla, sino surcando abiertamente sus aguas.» Tusquets tiene el mérito de seguir, con respeto y mesura, el pensamiento dorsiano para deducir de él cuanto de valioso y sugestivo sigue conservando; pero en modo alguno en beatífica postura incondicional (los capítulos XII a XV de este libro que comentamos son un ejemplo excelente de crítica sistemática, rigurosa y lúcida).

Tratándose de un hombre como D'Ors, del que ya hemos dicho que su gran vocación frustrada fue la del magisterio universitario, y cuya obra rezuma de hecho una significación didáctica, Tusquets se ha limitado a espigar minuciosamente, en su vasta producción literaria y filosófica, las doctrinas culturales y pedagógicas esparcidas aquí y allá, desde fecha temprana hasta sus últimas formulaciones. Mediante esta paciente labor —sistematizar y ordenar el pensamiento disperso de D'Ors a través de muchos años, pero siempre obediente a unos principios, siempre en continuidad—, Tusquets nos permite asomarnos a uno de los aspectos más definidores de la personalidad intelectual del filósofo, profundizando en su teoría pedagógica, abocada a tres cometidos: «definir la educación», «identificar al pedagogo» —al educador— y «explorar la psicología del educando». Tusquets analiza este último punto —la psicopedagogía dorsiana— partiendo de uno de los grandes «descubrimientos» de «Xenius», según el cual la vida humana recorre cuatro períodos —«premaduración», «maduración», «madurez» y «posmadurez»—; períodos culturales, no fisiológicos (la idea dorsiana se completa con su intuición de «las tres adolescencias»: una, cercana al coronamiento de la «premaduración»; otra, al de la «maduración», y una tercera, previa a la madurez; la muerte impide hablar de una cuarta, lindante con el término de la posmadurez). «Si queremos dibujar —escribe Tusquets— la trayectoria psicopedagógica individual, ninguna figura la representaría mejor que la espiral o serpentina propia del alambique. En cambio, la colectiva —entendida como asociación de personas, no como sujeción de éstas a un «espíritu colectivo»— la expresa mejor una pirámide truncada que se eleva desde la multiplicitad de culturas particulares, con la mira puesta en la rotonda, todavía no alcanzada, de la cultura hegemónica.» «El tránsito de peldaño a peldaño se verifica en lo cultural merced a las «epifanías»; y en la política, el de nivel a nivel mediante las «instituciones» exigidas por las sucesivas «epifanías».

Lógicamente, Tusquets presta especial atención a la «metodología» dorsiana. Nos planteamos —ya sumergidos en la era tecnológica; en la época en que se sustituye la «memoria cultivada» por el ordenador, y la «investigación personal» por el recurso al banco de datos— cuál hubiera sido hoy el criterio me-



Viene de la página anterior



metodológico de D'Ors, que siempre se mantuvo muy reticente respecto a las «escuelas modernas» —derivadas de la ideología romántica— y dispuesto en cualquier caso —según Tusquets— a inmolarse «la creatividad—el juego—en aras de lo establecido —el trabajo—»; defensor incluso —y con buenas razones— del esfuerzo memorístico, de la «necesidad de aprender». Hay un texto, que Tusquets recoge y salva brillantemente, en la teoría de «Xenius», que pudiera parecer contradicción con las corrientes pedagógicas más actuales —lo que desde luego no quiere decir «más acertadas»: «“Aprender” tiene

que D'Ors plantea entre “provincialismo” imperialista y “provincianismo” nacionalista), ecuménica. Requisito de esta formación es conocer la psicopedagogía de las colectividades y en especial la de los pueblos. No bastaría calibrar el grado de ecumenismo o de exotismo. Habría que precisar —en lo posible— el talante diferencial...» Aquí surge como ejemplo deslumbrante la definición de la vocación de Castilla —«mediante las biografías, sólo en apariencia individuales, de los Reyes Católicos y de sus colaboradores e instru-



ARTURO REQUEJO

mucho de “inventar”, y es posible y deseable que conduzca a originales hallazgos; y no vamos a pretender que la invención, “que se realiza en un instante milagroso...”, en el tiempo de un relámpago”, sea mero efecto de la trabajosa erudición. No, no es su “efecto”; pero es su “recompensa”: da la casualidad de que sólo los sabios inventan».

No cabe, en el espacio de que dispongo, examinar el interesante seguimiento, por D'Ors, del «proceso de formación vocacional» —a través de las cuatro etapas antes apuntadas—. Pero sí nos detendremos, dejando a un lado el análisis de ese proceso que Tusquets realiza, en la «formación ecuménica» en cuanto respuesta, asimismo, «a una superior vocación». «¿Qué constante —se pregunta Tusquets— preside en D'Ors la formación de la colectividad (no, repitémoslo, formación de un espíritu colectivo, de un “alma de cada pueblo” o de “cada linaje”, etc.)? Sin duda, la constante del “provincialismo”, o sea lo que señala a cada pueblo, con sus familias y profesiones, su puesto en el imperio ecuménico que unifica las provincias sin absorberlas, sin uniformarlas. En el seno de cada familia, y sobre todo de cada profesión, han de recibir sus miembros una educación provincialista, antiprovinciana (es antigua la contraposición

mentos); «la invención del destino de Cataluña, en *La Ben Plantada* y en *Guillermo Tell*; y la plasmación de la potencia espiritual de la civilización rural en las *Histories de les Esparragueres*, y de las sórdidas resistencias que empapan su mentalidad, y su paisaje, en *Gualba, la de mil veus*».

«Ya en la formación vocacional de cada ciudadano —resume, finalmente, Tusquets— dio el glosador relieve a la disciplina (la santa continuidad, el esfuerzo, el rigor metodológico, etc.). Todavía la aprecia más en su formación ecuménica. La reglamentación —el Estatuto— del régimen será instrumento poderoso de dicha formación siempre que sostenga y le sostengan tres instituciones: la “autoridad monárquica”, en su doble aspecto: el positivo, de “autor”, y “autoridad”, es decir, del régimen de creación; y el negativo de combatir las maneras estériles (parlamentarismo, constitucionalismo, etc.); el “sindicalismo”, organizado corporativamente y respetando la propiedad como “servicio” y emancipado del antiestatismo y del recurso a la “acción directa”; y el “provincialismo”, en marcha hacia el imperio.»

¿Qué queda de esta brillante formulación, de estas especulaciones tocadas de un vago aire fascista, ahora difícilmente asimi-

lables en el caleidoscopio de nuestra «postmodernidad»? Hubiera sido apasionante seguir el esfuerzo de D'Ors para adaptar sus construcciones teóricas a la realidad de nuestro hoy. Otros intelectuales, asimismo fascinantes y fascinados por ideas similares a las que nutrieron el pensamiento —o se nutrieron en el pensamiento— de D'Ors, han sido capaces de «revisarse a sí mismos» o de «confesar humildemente» en qué erraron al elegir caminos sin punto de arribada. ¿Hubiera sido capaz de hacerlo D'Ors, de dar su réplica «desde» la asunción del tiempo nuevo?

El libro de Tusquets —del que sólo señalaría yo un fallo notable: la ausencia de un análisis de los criterios de D'Ors como crítico

de arte; aquello, precisamente, en que me parece menos discutible— se enriquece, en su última parte, con un seguimiento de las «realizaciones educativas» y con un lúcido —inteligentísimo— balance entre aciertos y errores. ¿Por qué no creer que D'Ors, de seguir viviendo, habría reconocido y asumido sagazmente, para abrir nuevos caminos, un balance similar?

En cualquier caso, me parece difícil que se pueda avanzar, desde ahora, en el estudio y la crítica del pensamiento dorsiano sin contar con este libro —librito en apariencia, pero gran libro en su contenido—, avalado, además, por un excelente prólogo de Albert Manent. □

RESUMEN

Seco Serrano se ocupa de la figura intelectual de Eugenio d'Ors a partir de un libro que le da pie para recordar la apasionada controversia que D'Ors motiva siempre en su Ca-

taluña natal. Por el artículo de Seco desfila este europeísta y anticasticista conocido por el seudónimo que frecuentemente utilizaba, «Xenius».

Joan Tusquets

L'imperialisme cultural d'Eugeni d'Ors

Columna, Barcelona, 1989. 182 páginas. 1.450 pesetas.

Laberinto de memorias

Por Antonio Fernández Alba

Antonio Fernández Alba (Salamanca, 1927) es catedrático de la Escuela de Arquitectura de Madrid. Formó parte del grupo El Paso. Ha obtenido el Premio Nacional de Arquitectura (1963) y el de Restauración (1980).

No son muchos los trabajos que, dentro del panorama crítico arquitectónico, orientan sus análisis hacia las relaciones texto-arquitectura, y menos aún a indagar en los recursos que subyacen en la narración, ya sean éstos iconográficos, simbólicos o retóricos, que, referidos al espacio de la arquitectura, se manifiestan como materiales valiosos para un enriquecimiento de una espacialidad reconstruida en términos arquitectónicos.

Esta faceta de traductor de palabras a formas o relaciones espaciales requiere no sólo una inteligente búsqueda en el intrincado arsenal de la trama narrativa, sino poseer unas dotes de coherencia formal y compositiva para interpretar el relato e intercambiar texto y forma arquitectónica.

Un trabajo de orfebrería minuciosa en el contexto a que nos venimos refiriendo lo brinda la profesora Cristina Grau en un trabajo atrayente en torno a las relaciones entre la obra de Borges y la arquitectura. *Borges y la arquitectura* trata de aproximarnos al poder de la palabra en la configuración del espacio, de re-componer las imágenes espaciales de textos tan sugerentes como los de Borges e iluminarlos desde la mirada arquitectónica o, si se prefiere, traducir, desvelados en la narración de la arquitectura, los lugares de la metáfora, la fábula o la narración imaginada de la rica prosa borgiana.

Borges, espectador inaudito y observador de calles, de catedrales como aviones de piedra, de crepúsculos que ven cómo se hunden y desaparecen ciudades, de casas a media asta, de medianeras que reparten los lotes de la miseria, de arrabales inmisericordes, se encuentra con la ciudad en expectativa de ser poetizada. Es esta actitud poetizadora la que nos hace evidente el trabajo de la profesora Cristina Grau, arquitecta que ejerce el oficio y que entiende los menesteres de la construcción del espacio con los postulados de la razón técnica. La idea de simultaneidad entre el texto escrito por el autor y el espacio recreado viene salpicada de unas secuencias de ricos y espontáneos diálogos con Borges meses antes de su muerte, donde el tiempo narrado, la ciudad en otros tiempos soñada, es ahora rememorada en los espacios sentidos a través del torrencio incontenido de la palabra y de la palabra sedimentada en la memoria. Borges logra convertir el «recuerdo» en «relato mítico»: «La ciudad está en mí como un poema que aún no he logrado detener en palabras.»

Acotar en palabras el acontecer de una ciudad como Buenos Aires: no resulta extraño que el propio Borges lo considere como un fracaso, decepción encomiable, pues revela la impotencia de la palabra para explicar la ciudad, lugar construido desde incontroladas e involuntarias bellezas. Aviso revelador para arquitectos furtivos, entretenidos en reducir la ciudad a mimesis destronadas.

RESUMEN

El arquitecto Antonio Fernández Alba comenta un libro que relaciona la arquitectura con la obra del escritor argentino Jorge Luis Borges. Este libro de Cristina Grau, arquitecta ella misma, trata, ex-



JORGE WERFFELLI

Pero el lector de las narraciones urbanas de Borges no podrá eludirse del sustrato poético-mitológico que sus imágenes literarias desvelan:

«Hacia los cuatro puntos cardinales se van desplegando como banderas las calles.»

Imagen plástica de la trama que genera la gran metrópoli, al mismo tiempo que una descripción planimétrica de la retícula que reproduce el espacio anónimo de calles, manzanas, cuadras, plazas y jardines. Espacio homogéneo y repetitivo sólo interrumpido por el claroscuro de molduras y cornisas que decoran la superficie de sus fachadas. Recorrer la ciudad con Borges, nos revela el texto de Cristina Grau, es asistir a una lectura de tres ciudades superpuestas: la ciudad real, la inventada y aquella soñada.

Nunca se ha percibido el espacio de la ciudad tan necesariamente ligado a la evasión como en la ciudad moderna, evasión soñada o inventada, pero lejos de su realidad cosificada y espacialidad atrofiada. Los ámbitos urbanos cada vez se asemejan menos a un «jardín de senderos que se bifurcan»; cada día resulta más difícil transitar por itinerarios inocentes. La ciudad, es cierto, se asemeja más a un ingente laberinto sin señas de identidad. Destruída o en parte aniquilada la ciudad real, se hace preciso acudir a la ciudad soñada porque para construir la ciudad inventada necesitamos recurrir a incorporar los axiomas de la metáfora. Invento y ensoñación se traducen en lo urbano en símbolo y mito, dos categorías abolidas de la metrópoli moderna.

Por medio de la imagen laberíntica, Borges nos presenta y hace evidente la ausencia de identidad de las cosas y la pesada presencia de su estandarización y uniformidad; solamen-

plica Fernández Alba, de aproximarnos al poder de la palabra en la configuración del espacio, de re-componer las imágenes espaciales de textos tan sugerentes como los de Borges.

te la pequeña diferencia nos permitirá residir en el lugar, siempre que la excursión no sea muy distante de la angosta galería: «El universo, que otros llaman biblioteca —señala Borges en el relato *La biblioteca de Babel*—, se compone de un número indefinido, y tal vez infinito, de galerías hexagonales, con vastos pozos de ventilación en el medio cerrados por barandas bajísimas. Desde cualquier hexágono se ven los pisos inferiores y superiores interminablemente... La cara libre da a un angosto zaguán que desemboca en otra galería idéntica a la primera y a todas.»

La arquitectura que encierra la biblioteca Borges la utiliza como un modo de narración espacial para intentar describir un «universo indescifrable» dentro de otro universo mágico accesible por los caminos de la ficción. La alegoría transfigurada por la ficción en una hipótesis de realidad, eso debería ser el proyecto de la arquitectura para con la ciudad. Pero la ciudad moderna creció sobre otras percepciones menos simbólicas y más utilitarias. Una secuencia de geometrías planas y figuras simplificadas se levantan sobre la tercera dimensión, por medida tienen la usura y cuyo final, como en la torre de Babel, aún no se tienen noticias de que haya concluido:

«Cuando se proclamó que la Biblioteca abarcaba todos los libros (...), miles de codiciosos abandonaron el dulce hexágono natal y se lanzaron escaleras arriba unidos por el vano propósito de encontrar su vindicación. Esos peregrinos (...) se estrangulaban en las escaleras divinas, arrojaban los libros engañosos al fondo de los túneles, morían despeñados.»

El recorrido por los textos de Borges a través de sus relatos espaciales se presenta como manifiestos elocuentes de la trama urbana contemporánea y de la condena estética a los que estos lugares se ven circunscritos, una estética que «se abisma y eleva hacia lo remoto». Abismo decorado por la frivolidad del esteta y expectativa remota de la llegada del especialista.

La ciudad como laberinto, como itinerario sin norte, nos traslada a la imagen de la ciudad como desierto: «donde no hay escaleras que subir, ni puertas que forzar, ni fatigosas galerías que recorrer, ni muros que te reciclen el paso». Nada más parecido al desierto que la ciudad moderna; configurada co-

mo está, resulta ser un infinito de tiempos y espacios semejantes a sí mismos. La ciudad como estereotipo de fragmentos recuperados de ese laberinto del universo, donde la esperanza que se alberga al recorrer algunos de sus logros se funde con la desilusión al contemplar el artefacto urbano como imagen de un lugar que parece carecer de finalidad alguna.

La ciudad, lugar geométrico de máxima entropía, trata de mitigar sus duelos y desventuras con arquitecturas confusas de astrágalos gigantes y frontones triangulados, jugando al escondite con los dioses entre la maleza sepultados. Borges nos describe así el abandono del lugar: «Exploré los inhabitados recintos y corregí: los dioses que lo edificaron han muerto. Noté sus peculiaridades y dije: los dioses que lo edificaron estaban locos (...). En el palacio que imperfectamente exploré, la arquitectura carecía de fin».

Como laberinto de memorias podríamos reseñar este trabajo de análisis espacial en los textos borgianos estudiados y en las descripciones verbales del propio autor. La atención prestada al «laberinto», experiencia espacial por otra parte tan rica en la iconografía occidental, nos muestra la preocupación fabuladora de Borges por acercarnos a entender el espacio cerrado en el que concluye la ciudad y la metrópoli contemporánea. La ciudad entendida como construcción mental y física fue antes urbe que civitas. Tiempo en el residir del ser, antes que espacio para el habitar de los hombres. Destruída la ciudad como metáfora y símbolo del existir sobre la tierra, su densidad poética queda atrofiada y termina convirtiéndose en una trama opresiva de salidas inviábiles.

En los textos de Borges, como en la *Primera sinfonía* de Mahler, la «memoria» es también la huida que consume toda intuición feliz. □

En el próximo número

Artículos de Gonzalo Anes, F. García Olmedo, Ignacio Sotelo, José Carlos Mainer, F. Márquez Villanueva, Pere Alberch y Sixto Ríos.

Cristina Grau

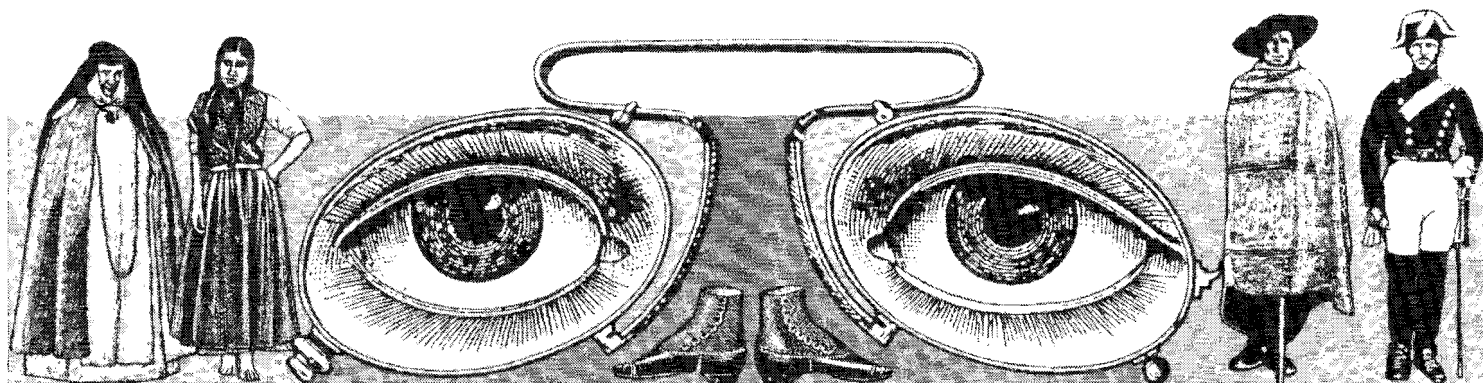
Borges y la arquitectura

Cátedra, Madrid, 1989. 192 páginas. 1.600 pesetas.

La España del siglo XIX en imágenes

Por Gonzalo Anes

Gonzalo Anes (Trelles, Asturias, 1934) es catedrático de Historia Económica en la Universidad Complutense y académico de número de la Real Academia de la Historia. Ha publicado, entre otros, los libros: *Las crisis agrarias en la España moderna, Economía e Ilustración en la España del siglo XVIII y La España del Antiguo Régimen. Los Borbones.*



VICTORIA MARTOS

Gonzalo Menéndez-Pidal se dedica, desde hace varios años, a la historia de la técnica, investigando sus cambios mediante el examen de fuentes de carácter gráfico. En 1986 publicó un importante libro con el título *La España del siglo XIII leída en imágenes* (Real Academia de la Historia, Madrid, 1987, 320 págs.). Muestra en él cómo para el conocimiento del pasado nunca basta lo escrito: que resulta imprescindible utilizar los restos materiales y, de entre ellos, la pintura y la escultura, pues son medios de expresión equiparables a la palabra. Sirven como muestras de valor estético y como instrumentos de expresión lógica. Señalaba también que no se ha utilizado, como hubiese sido conveniente, la historia que hemos recibido «contada en imágenes». No se la aprecia en su justo valor por habernos «vuelto sordos a ella». En las investigaciones sobre el pasado se tiende a servirse de la información gráfica cuando faltan otras fuentes. Tal es el caso de las pinturas rupestres. Si existen documentos escritos, se tiende a dar a las imágenes un sentido estético.

Gonzalo Menéndez-Pidal quiso mostrar, en el libro *La España del siglo XIII leída en imágenes*, el valor que tiene la imagen para conocer el pasado. Por ello hizo una crítica de las imágenes que le permitió darles el valor que tienen como fuente para la historia. Probó que la imagen gráfica, en lo concerniente a las técnicas, proporciona más información que las palabras cuando las figuras representan a los personajes con ropas, calzado, aperos, artefactos. Los miniaturistas o pintores medievales tenían gran afición a lo narrativo. Utilizaban las imágenes como «medio aleccionador». Así, de cada imagen de un códice miniado, es posible obtener un conocimiento de las técnicas imposible de encontrar en los documentos, raros y pocos en cuanto a ellas se refiere, y nunca capaces de superar lo que permite ver un sencillo dibujo. Aquí, como recordó don Emilio García Gómez al comentar este libro de Gonzalo Menéndez-Pidal, cabe referirse al proverbio chino

según el cual «ver algo una vez es mejor que leer sobre ello mil cosas». En el libro de referencia, han sido utilizadas todas las obras miniatadas de la época de Alfonso X, y muy especialmente las *Cantigas*. Así, puede precisarse aspectos de las técnicas medievales que sería imposible conocer sólo con las fuentes escritas. Los cambios en la técnica, tan importantes durante la Edad Media, se difundieron de forma lenta. No los advirtieron los cronistas y no suelen referirse a ellos los documentos. Las más de 1.500 miniaturas de la escuela alfonsí (*Cantigas, Libro de los juegos, Partidas, Crónica general, Libros del saber de Astronomía, Lapidario*) permiten ver cómo era la vida cotidiana en la Castilla del siglo XIII y cómo las técnicas al uso eran análogas a las existentes en otros ámbitos de Europa, probando que las influencias culturales ejercidas en la Península Ibérica no sólo eran francesas o islámicas, sino también renanas y nórdicas. Por ello, la selección de imágenes que el libro proporciona constituye un tesoro inapreciable para la historia del occidente europeo.

Después de este magnífico libro, en los años 1988 y 1989, publicó Gonzalo Menéndez-Pidal su obra *La España del siglo XIX vista por sus contemporáneos*, en dos tomos. El propósito de estos dos volúmenes es distinto al que tuvo el autor al publicar *La España del siglo XIII leída en imágenes*. Para escribir este libro quiso leer en las miniaturas lo que no aparece explicado en los textos. En aquéllos muestra cómo vieron los cambios que tenían lugar las gentes del siglo XIX. Utilizó para ello un prodigioso conjunto de imágenes tomadas de libros de viajes, de periódicos, de estampas, de grabados (sin descuidar los de las populares aleluyas), de litografías, y después de que se difundiesen las técnicas de Daguerre, de Talbot y de otros, de la fotografía.

Gonzalo Menéndez-Pidal logra, en *La España del siglo XIX vista por sus contemporáneos*, situarnos como espectadores del acontecer

que nos muestran quienes vivieron los hechos. Seleccionó, para ello, algunos centenares de imágenes de entre los miles y miles que él conoce. Así, muestra cómo vieron los españoles el acontecer revolucionario de Francia, mediante abanicos en los que venían escritas las palabras «liberté, égalité, fraternité». También la guerra y la revolución de España. Una litografía de Engelmann ilustra un ataque de franceses a un convoy español; una jarra de loza en la que se representa al guerrillero Juan Palarea el médico; reproducciones de acuarelas; dibujos de los Desastres de la guerra, de Goya; caricaturas populares inglesas. Imágenes de la guerra, plasmadas en cuadros, acompañan al texto en el que se describen los acontecimientos de los años 1808-1814. Las Cortes de Cádiz, la vuelta de Fernando VII, la Desamortización de Mendizábal; las Cortes, sus avatares domésticos. Los acontecimientos en otros países son presentados gráficamente en España, como la revolución de 1848; las guerras civiles, episodios y tipos de las mismas, llevan al autor a presentar la España del reinado de Isabel II hasta la preparación del movimiento revolucionario de 1868.

Si el acontecer político es ilustrado con grandísimo acierto y descrito de forma concisa, clara y expresiva, especial cuidado requiere la presentación de dónde vivían las gentes y cómo eran casas y calles, su empedrado y limpieza. El *Semanario pintoresco* es aquí fuente inexcusable que sirve al autor para ilustrar las noticias que da de Madrid Mesonero Romanos y para ampliar el material gráfico procedente de los dibujos publicados en los libros de viajes. Otro material permite mostrar la indumentaria de criados, aguadores, lavanderas. Especial atención merece toda la parte gráfica dedicada a los «aparejos de las casas», desde las máquinas de coser a las plumillas de acero. Los baños caseros y el abastecimiento de aguas son ilustrados en lo que se refiere a Madrid. Tiendas, ferias, mercados y vendedores ambulantes ocupan la sección IV del tomo I, y aparecen representados éstos con su indumentaria. Los cafés merecen atención especial no sólo por lo que representaron para la política, sino por su falta de lujo en comparación con los de París. Teófilo Gautier veía los de Madrid como «verdaderas tabernas de último orden».

Las labores del campo y la mecanización de la labranza, objeto de la sección V, cuentan con ilustraciones de singular interés tomadas, algunas de ellas, de la *Memoria de la Exposición General de Agricultura*, del año 1857. Los años de la primera mitad del siglo XIX son de estancamiento técnico en el campo, pero de grandes debates y alardes publicitarios sobre

posibles innovaciones. La máquina locomóvil, arrastrando un arado por medio de cables y malacates, según aparece representada en *The Illustrated London News*, en 1850, es el antecedente del arado Usher, intento de máquina de vapor automotriz con sistema de cavar incorporado. Sin embargo, el tractor con carril de cadena no aparecerá hasta 1908.

Transportes y comunicaciones serán presentados en sus cambios en la primera mitad del siglo XIX. La imagen de los arrieros con sus recuas en las cercanías de las ventas de Aluenda, tomada del *Semanario pintoresco*, año 1841, no debía de diferir de la que podría corresponder a siglos anteriores, lo mismo que las de posadas y ventas. Habrá grandes cambios en la construcción de puentes (debidamente ilustrados en el libro), en los canales de navegación y, sobre todo, en el transporte ferroviario. Ilustra el autor el primer tren de Barcelona a Mataró (1848) y el de Madrid a Aranjuez (1851). Ancho de vía, locomotoras, vagones, estaciones, el género de vida que propicia el ferrocarril, son tratados con rigor científico y gráfico, lo mismo que lo referente al telégrafo y los primeros ensayos del teléfono.

Las ciencias y la enseñanza son presentadas en el mismo atraso en que estaban a mediados del siglo XVIII con respecto a otros países del occidente europeo. Textos de Feijóo, de Cadalso, de *El Censor*, sirven a Gonzalo Menéndez-Pidal para plantear la cuestión del atraso, en el que sin duda influyeron aspectos doctrinales y religiosos. Con el dibujo de Goya «Por descubrir el movimiento de la tierra», se alude a estos aspectos. Experimentos sobre electricidad e iluminación serán presentados según lo que se muestra en otros países.

Anatomía comparada, antigüedad de la tierra, evolución, serán asuntos en cuyo conocimiento se adelantará en otros países sin que sea posible señalar equivalentes españoles. La sección dedicada a la enseñanza arranca de las experiencias de escuelas pestalozzianas, para plantear en seguida lo que el autor llama «cuestión universitaria», originada por el expediente que se formó en 1865 a Castelar a causa de su actuación en la cátedra.

Carbón, vapor y electricidad son objeto de la sección VII del libro. Se ilustran los cambios que tuvieron lugar durante los primeros decenios de la segunda mitad del siglo XIX, después de presentar los antecedentes ilustrados de la minería del carbón. Los perfeccionamientos de la máquina de vapor serán adoptados en España con retraso. Las revistas comienzan

En este número

Artículos de	
Gonzalo Anes	1-2
Francisco García Olmedo	3
Ignacio Sotelo	4-5
José-Carlos Mainer	6-7
F. Márquez Villanueva	8-9
Pere Alberch	10-11
Sixto Ríos	12

SUMARIO en página 2



Viene de la página anterior



La España del siglo XIX en imágenes

a interesarse por los modelos que se exhiben en la Exposición Internacional de París. Lo mismo podría decirse de la electricidad.

Artes y oficios son objeto de ilustración y de textos de gran interés, por los cambios que tuvieron lugar durante los años finales del siglo XVIII, en lo concerniente a su consideración social. Gonzalo Menéndez-Pidal señala la importancia de la Real Cédula de 1783, en la que se declara que no sólo el oficio de curtidor, sino también las demás artes y oficios de herrero, sastre, zapatero, carpintero y otros análogos eran honestos y honrados, y que el ejercerlos no envilecía a la persona y familia ni inhabilitaba para obtener empleos municipales. Presenta el proceso de mecanización de las hilaturas y, en general, las novedades más destacadas en la imprenta. En la navegación, el barco de vapor cuenta en España con el precedente de la salida de Sevilla para Sanlúcar del «Real Fernando» el 14 de julio de 1817, movido por una máquina, con balancín y planetario, que hacía girar dos ruedas de palas. Ilustraciones de barcos de ruedas y de hélice y ensayos submarinos completan las novedades en cuanto a navegación.

Las costumbres de la España del siglo XIX son ilustradas según escenas tomadas de dibujos de Doré, del *Semanario Pintoresco* y de otras publicaciones. El cortejo y la boda, las costumbres de niños y adultos, juegos y diversiones encuentran, en texto e ilustración, el debido reflejo, hasta hacernos ver lo que era la España anterior a 1868.

En la parte dedicada a la Iglesia se señala el hecho del mayor número de miembros del estamento eclesiástico en España si se compara con otros países del occidente europeo. En los Países Bajos, la proporción era de uno por 650 habitantes. En España de uno por cada 91. Cifras, gráficos y textos permiten entender lo que representaba aún la Iglesia en la España del siglo XIX, a pesar de la Desamortización y de que tendiese a disminuir el número de clérigos. El final del Santo Oficio es ilustrado con el grabado de Leconte, según se celebró en la Barcelona de 1820.

Mendigos, menstrales, artesanos, obreros y emigrantes son presentados en texto e ilustraciones para conducir a la comprensión de las repercusiones que comenzarán a tener en España las organizaciones obreras que se forman en el extranjero, sobre todo en los años inmediatamente anteriores a 1868.

La última sección del libro, dedicada al traje burgués, fue escrita en colaboración con

Carmen Bernis. Los cambios en la moda, tanto en el traje masculino como en el femenino, son presentados con las imprescindibles imágenes y texto aclaratorio, enriquecido con comentarios tomados de autores de la época y de la prensa.

El segundo tomo de la obra, aparecido en 1989, arranca, en el tiempo, de la revolución de septiembre para concluir en los años de la gran guerra (1914-1918). En él se presentan, también con texto y comentarios de autores y de prensa, las grandes novedades científicas y técnicas y las políticas y sociales de los últimos decenios del siglo XIX y de los primeros años del XX. El propósito continúa siendo el que inspiró el primer tomo: no mostrar la interpretación actual de lo que significaron los cambios, sino señalar cómo los vieron los contemporáneos. Los dibujos de Valeriano Bécquer, de Pellicer, de Pradilla, serán en este tomo complemento de la variada y rica colección de fotografías. Es sabido —y el autor lo señala— que, al comienzo, la fotografía, por razones técnicas, originó un empobrecimiento informativo que cesó cuando las cámaras Erneman, Leica y otras permitieron entera libertad a los fotógrafos. Cuando éstos comenzaron a actuar, lo engorroso del equipo, las limitaciones de luz, fueron causa de la pobreza de los resultados. Por ello, las primeras fotografías publicadas en periódicos y revistas hacían añorar, como advierte Gonzalo Menéndez-Pidal, la vida y la frescura que supo plasmar Pellicer en sus apuntes.

Gonzalo Menéndez-Pidal es un gran conocedor de cuanto concierne al cinematógrafo, a sus técnicas y a sus resultados. Hace su historia de forma clara, precisa, como legado importante del siglo XIX.

Los acontecimientos que tuvieron lugar desde la revolución de 1868 hasta la primera guerra mundial son presentados con una selección de ilustraciones para mostrar cómo los vieron los españoles. Textos y referencias de los contemporáneos enriquecen la descripción del acontecer político fuera de España y en el propio país. Las casas y las calles son mostradas en su diversidad, tanto en el espacio como en el tiempo. Las tentativas de ensanche, la nueva distribución de la casa, cómo eran las de las ciudades, mobiliario, las cocinas, los enseres, la iluminación, timbres y motores eléctricos en el hogar, y otras novedades caseras. En la España de finales del siglo XIX, las habitaciones de baño que se describían en las novelas extranjeras sólo existían en algún palacio. Comenzado el siglo XX, serán ya frecuentes los anuncios

de cuartos de baño completos, con instalaciones de agua fría y caliente y azulejos en las paredes.

Las novedades en las explotaciones agrarias comenzarán a ser importantes al economizar el trabajo humano y, por ello, al hacer más productivo el esfuerzo. Es en Andalucía donde comienzan a utilizarse las grandes máquinas, sólo rentables en los latifundios: allí aparecerán las primeras trilladoras, los nuevos molinos, las prensas hidráulicas, de importación primero, y fabricadas en España después. Pintores y fotógrafos reproducirán las imágenes del mundo rural de finales del siglo XIX. Las fotografías serán material preferido para ilustrar los cambios en los transportes y en las comunicaciones, consistentes en una mayor amplitud de la red ferroviaria, en mejoras en el material móvil, en el tranvía urbano, en los primeros automóviles y en los orígenes de la aviación.

En cuanto a ciencia y técnica, se concede atención a las novedades en física, astronomía, meteorología, historia primitiva del hombre, con referencia al interés que suscitaba, ya durante la primera mitad del siglo XIX, y al descubrimiento de las cuevas de Altamira, cuyas pinturas fueron dadas a conocer ya en 1880. Asepsia y antisepsia, sueros y vacunas, epidemias, clínicas y hospitales son objeto de atención y se ilustran convenientemente.

Tiene especial interés el capítulo VI del tomo III, dedicado a la enseñanza. El autor se refiere al control establecido por Orovio, pretendiendo que los profesores se atuvieran «estrictamente a la explicación de las asignaturas, sin extraviar el espíritu dócil de la juventud» por sendas que condujesen a «funestos errores». Ante las represalias, se producen dimisiones. El 10 de mayo de 1876, diez profesores universitarios forman las bases, estatutos y convocatoria de una Institución Libre de Enseñanza cuya fundación y vicisitudes se tratan con detalle.

La vida burguesa es ilustrada con un selecto conjunto de dibujos, cuadros y fotografías. La moda burguesa es tratada en colaboración con Carmen Bernis, y se presenta como complemento del capítulo anterior. Igual ocurre con la sección dedicada a los trajes populares, complemento de la parte dedicada a las costumbres. Textos e ilustraciones permiten ver los cambios en la Iglesia y en las gentes marginadas.

El libro, en sus dos tomos, constituye algo así como una película que permite entender, con texto y gráficos, cómo era la vida y cómo cambió en la España del siglo XIX y primeros años del XX. Proporciona esta obra la posibilidad de penetrar en la vida española contemporánea, sin que el lector se sienta invadido por cifras e información que resulte de acumular datos, a veces innecesarios y siempre inútiles cuando no son el resultado de una selección inteligente que no impida que los árboles permitan ver el bosque. En esta obra no hay exceso de información, sino que la que se da es fruto de la capacidad que tiene el autor de elegir, entre el gran número de ilustraciones que podía proporcionar, los dibujos, grabados, cuadernos y fotografías de la inmensa riqueza de sus archivos. Pudo hacerlo, gracias a su inteligencia y sensibilidad. Nos proporcionó, con ello, el mejor libro para que podamos representarnos cómo era la vida en la España del siglo XIX y comienzos del XX, cuáles fueron sus cambios, en qué consistieron y qué originaron. Cabe, pues, felicitar al autor y a la editorial por esta magnífica obra: completa nuestro conocimiento del siglo XIX, proporcionándonos una información viva y directa, especialmente valiosa hoy, cuando la creciente publicación de cifras, de series y de gráficos, tan necesaria siempre, exige volver a las fuentes literarias y a los cuadros, grabados y fotografías para saber cómo era la realidad que se nos quiere describir y analizar. □

RESUMEN

El historiador Gonzalo Anes muestra el empeño de Gonzalo Menéndez-Pidal que lleva años encarándose con los hechos históricos mediante el examen de fuentes de

carácter gráfico. El conocimiento del pasado debe apoyarse también en la representación gráfica —pintura, escultura, restos materiales— de ese mismo pasado.

Gonzalo Menéndez-Pidal

La España del siglo XIX vista por sus contemporáneos

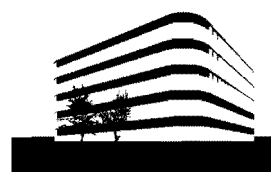
Centro de Estudios Constitucionales, Madrid. I, 1988. 480 págs. II, 1989. 435 págs. 6.000 ptas., c/t.

SUMARIO

	Págs.
«La España del siglo XIX en imágenes», por Gonzalo Anes, sobre el libro <i>La España del siglo XIX vista por sus contemporáneos</i> , de G. Menéndez-Pidal	1-2
«A la provincia argentina de Ultramar», por Francisco García Olmedo, sobre el libro <i>La nuca de Houssay</i> , de Marcelino Cerejido	3
«El fin de un régimen y de un Estado», por Ignacio Sotelo, sobre <i>Der vormundschaftliche Staat</i> , de R. Henrich, y <i>Wenn Mauern fallen</i> , de E. Krenz	4-5
«La España padecida de Américo Castro», por José-Carlos Mainer, sobre el libro <i>De la España que aún no conocía</i> , de Américo Castro	6-7
«Juan Ruiz de Alarcón, al fin sin secretos», por Francisco Márquez Villanueva, sobre el libro <i>Juan Ruiz de Alarcón. Su mundo mexicano y español</i> , de Willard F. King	8-9
«El azar en la evolución», por Pere Alberch, sobre el libro <i>Wonderful Life: The Burgess Shale and the Nature of History</i> , de S. J. Gould	10-11
«Bayes y la lógica inductiva», por Sixto Ríos, sobre <i>Bayesian Statistics</i> , de S. J. Press, y <i>Bayesian Statistics: an introduction</i> , de P. M. Lee	12

SABER Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

A la provincia argentina de Ultramar

Por Francisco García Olmedo

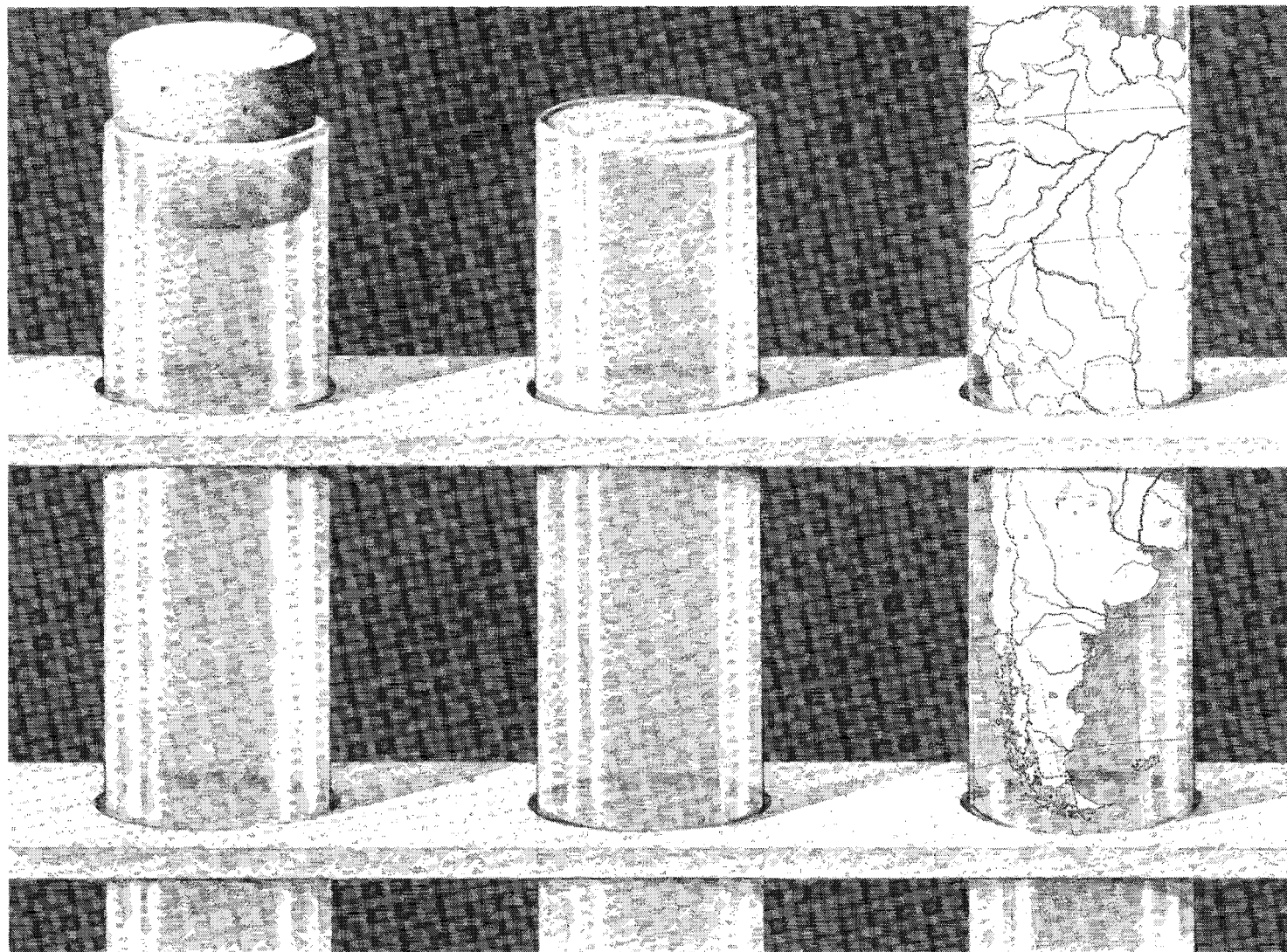
Francisco García Olmedo (Cádiz, 1938) es catedrático de Bioquímica y Biología Molecular en la Universidad Politécnica de Madrid y ha sido profesor visitante en el Departamento de Agronomía y Genética Vegetal de la Universidad de Minnesota. Dirige un grupo de investigación sobre genética molecular de plantas cultivadas. En 1989 obtuvo el premio de la Real Academia de Ciencias.

El investigador es un navegante solitario que pretende trazar su ruta en libertad, pero ha de enfrentarse no sólo a los elementos sino también a las fuerzas del mal, representadas estas últimas por marinos que perdieron la gracia del mar, por gentes de tierra adentro y hasta por genuinos delincuentes que habitan en los puertos. El libro objeto de este comentario, cuya lectura debo al insigne argentino Ramón Agrasar, representa el diario de navegación de su autor, Marcelino Cereijido, biólogo experimental, y retrata la figura del premio Nobel Bernardo Houssay, ídolo carismático al tiempo que personaje benignamente contestado. Ambos elementos biográficos se presentan insertados en el panorama más amplio de la historia reciente de la ciencia argentina. En el libro se da cuenta de los perversos poderes y oscuros personajes que han acabado frustrando la indudable oportunidad que ha tenido la Argentina de incorporarse vigorosamente a la ciencia del siglo XX.

La trayectoria que lleva al autor desde las ingenuas preguntas infantiles a una actitud de observación empírica ante la naturaleza, y de aquí a los estudios de Medicina y a la práctica científica profesional, está narrada con agudeza y con gracia, en un tono que va del humor a la ironía, y a un ritmo que hace ameno lo que en tantas autobiografías de científicos famosos aparece más bien plano y excesivamente autocomplaciente.

Rito de iniciación

El autor entra como ayudante de trabajos prácticos en la cátedra de Fisiología de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires, donde se enseña, en palabras de uno de sus responsables, «una fisiología socialmente justa, económicamente libre y políticamente soberana», según la proclama peronista, y donde la investigación está proscrita, las revistas científicas brillan por su ausencia y no encuentra quien le guíe en la interpretación de los pocos y anticuados textos a su alcance. Un día se entera de que la deteriorada cátedra existe sobre las ruinas de un próspero instituto creado por Houssay del que tanto éste como sus colaboradores habían sido expulsados. A través de viejos ordenanzas y empleados va reconstruyendo la vida floreciente que existió en dicho instituto. Por un amigo averigua que Houssay, autor famoso de uno de sus textos estudiantiles, a quien suponía fallecido, vive y trabaja en Buenos Aires en un instituto privado fundado por él. Finalmente recibe aviso de que Houssay asiste a las reuniones mensuales de la Sociedad Argentina de Biología y Medicina Experimental y decide ir a su encuentro. En los primeros intentos de abordarle sólo logra ver su nuca, para más tarde verlo «mayestáticamente» sentado allá en lo alto del estrado, ocupando la presidencia. Houssay era de una «escandalosa sobriedad» y debía de «valorar muchísimo sus gestos, ademanes y palabras para ser tan remiso a malgastarlos. Debía de gozar enormemente del protocolo para obedecerlo con tanta solemnidad». Ha de pasar algún tiempo y variadas peripecias para que el autor logre integrarse en el círculo mágico de Houssay; más concretamente, empiece a



ARTURO REQUEJO

trabajar con Braun Menéndez, veterano discípulo de éste.

La imponente personalidad de Houssay domina el libro a lo largo de todas sus páginas, sin que éste sea realmente su biografía. Autor y actor de sí mismo, costea sus estudios y gastos personales desde niño, es atleta polifacético y camina incansablemente entre sus múltiples ocupaciones en la inmensa ciudad de Buenos Aires. A sus treinta y dos años, en 1919, es nombrado profesor de Fisiología en la Facultad de Medicina y renuncia a la práctica profesional para dedicarse por entero a la ciencia. Es la época en que se está descubriendo el funcionamiento endocrino del organismo y él participa en la aventura con tal éxito que acaba recibiendo el premio Nobel. A la creatividad y a la capacidad de trabajo propias de los grandes científicos une unas dotes de liderazgo y una habilidad para la organización fuera de lo común.

Crea una compleja maquinaria de investigación donde no existía, imponiendo una rigurosa disciplina laboral; entrena y motiva eficazmente al personal auxiliar; funda una biblioteca científica de primer orden e inaugura seminarios periódicos que sirven de nexo con la ciencia internacional. Houssay ejerce su autoridad con eficacia, a pesar de que tiende a tratar a sus discípulos e incluso a sus hijos con cierta formalizada frialdad. Así, a sus hijos les trataba de «usted» y ellos a él de «doctor Houssay.» Ejerció de científico famoso, siendo a menudo recibido por presidentes de gobierno, reyes y papas.

Luis F. Leloir, probablemente el científico más destacado de Argentina, tiene sólo apariciones episódicas en el libro, pero es retratado con acierto. Su figura sirve de contrapunto a la de Houssay. Era «menudo y desmañado», con las gafas en lo alto de la frente, atadas por detrás; ensimismado, tardaba tanto en responder a una pregunta que el interlocutor acababa contestándola él mismo; a Leloir le bastaba entonces con asentir afablemente. No usaba despacho y recibía a las vi-

sitas en el laboratorio, con un tubo en la mano para que no se demoraran en exceso. Su capacidad de arrastre se basaba en el ejemplo.

Houssay tuvo una enorme influencia en la vida científica argentina, especialmente a partir de la fundación del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICYT), del que fue elegido presidente. A sus setenta y nueve años, todavía trabajaba en el laboratorio de lunes a sábado, dirigía el CONICYT, seguía presidiendo las sesiones de la Sociedad Argentina de Biología y Medicina Experimental y viajaba frecuentemente a la India y a los Estados Unidos, a Francia y a Japón.

Esperanza truncada

Su responsabilidad pública en la organización científica argentina se prolongó excesivamente en el tiempo y adoleció en sus etapas finales de la falta de una concepción moderna de la carrera científica y de una cierta incapacidad para enfrentarse con los poderes fácticos de la política argentina. Estos poderes acabaron decapitando la esperanza de un florecimiento científico para el que se habían cumplido las premisas más difíciles.

En 1976, en los tres meses que siguieron a la toma del poder por los militares, más

de 2.000 profesores universitarios y más de 600 investigadores, entre ellos el autor de este libro, fueron enviados camino del exilio o del olvido. Con ser éste el golpe más devastador asestado al despegue científico argentino, no debe pensarse que ha sido el único. En 1943, un gobierno militar «de facto» cerró la Universidad y expulsó a Houssay y a otros. En 1945 hay amnistía, pero impera un populismo de «alpargatas sí, libros no». En 1946 se decreta la jubilación forzosa de Houssay y se expulsa a sus colaboradores. En 1954 encarcelan a decenas de universitarios, incluido el autor de este libro, en la cárcel de Villa Devoto. En 1966, las fuerzas armadas derribaron al Gobierno y, poco después, entraron a garrotazos a imponer sus razones a la Universidad, dispersando por el mundo a numerosos científicos argentinos. En la actualidad la crisis económica y otros factores siguen entorpeciendo la investigación científica.

Desde su laborioso exilio en Méjico, Marcelino Cereijido ha escrito este libro sin rencor y con nostalgia. Su dedicatoria reza así: «A todos mis paisanos argentinos que comieron del árbol del conocimiento, fueron arrojados del Edén, y hoy tratan de ser felices en esa enorme provincia argentina de Ultramar en la que encontraron por fin trabajo y respeto».

RESUMEN

Un científico argentino, biólogo experimental, Marcelino Cereijido, escribe sobre otro científico, el Premio Nobel Bernardo Houssay, y lo hace dejando que biografiado y biógrafo adquieran relevancia narrativa casi igual; y así ocurre —comenta el científico español Gar-

cía Olmedo— porque lo que en realidad se está contando en este libro singular y original —no es una autobiografía científica plana, sino que es amena, aguda e irónica— es la historia científica de Argentina, una historia difícil y llena de sobresaltos e interferencias políticas.

Marcelino Cereijido

La nuca de Houssay

Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires-México-Madrid, 1990. 163 páginas. 1.050 pesetas.

El fin de un régimen y de un Estado

Por Ignacio Sotelo

Ignacio Sotelo (Madrid, 1936) es licenciado en Filosofía y Letras y en Derecho por la Universidad Complutense de Madrid y doctor en Filosofía por la de Colonia. Desde 1973 es catedrático de Ciencias Políticas en la Universidad Libre de Berlín. Entre sus libros figuran Sociología de América latina, Del leninismo al estalinismo y El socialismo democrático.

Los Estados también viven de la falsa creencia en su perdurabilidad. Pese a que los historiadores se hayan ocupado, tal vez con demasiada frecuencia, de los acontecimientos que han llevado al surgimiento y desplome de los Estados, no solemos contar con la posibilidad de asistir al derrumbamiento de aquel que nos ha tocado en suerte: hasta los más efímeros y artificiales, en vísperas incluso de su desaparición presentan un aspecto de engañosa reciedumbre. No en vano el interés común de todos los Estados, en el que mutuamente se refuerzan, es garantizar la permanencia. Si ha existido un dogma sólido en la Europa de nuestros días era precisamente aquel que decía que sin riesgo de una guerra —que, por otro lado, nadie quería— no habría modo de cambiar el mapa político que había resultado de la segunda guerra mundial.

Pues bien, sin salir de nuestro asombro, hemos asistido a la desaparición de un Estado europeo que figuraba como la décima potencia industrial —un puesto por encima de España—, era miembro de las Naciones Unidas y mantenía relaciones diplomáticas con casi todos los Estados del mundo. Eclipse que a comienzos del año 1989 nadie hubiera dado no ya como probable, sino incluso como posible, y que, sin embargo, se hizo oficialmente realidad el 3 de octubre de 1990. Con tanta experiencia al coleteo se comprende que nos hayamos hecho mucho más receptivos para los cambios que se anuncian en la Europa del Este, que conviene no olvidar que llega hasta los Urales, sin que hasta ahora, en nuestra ceguera, nos inquieten los que ocurren en otros continentes —el mundo ha empezado una etapa de inestabilidad creciente— a no ser que, como en el Cercano Oriente, los cambios monumentales que se avecinan, con guerra o sin guerra en el Golfo, rocen directamente nuestros intereses. El tema del fin de unos Estados, así como el surgimiento de otros nuevos, será cada día de más crujiente actualidad.

Los dos libros que comentamos tratan de un Estado desaparecido, la República Democrática Alemana; pero, publicado el primero en abril de 1989, y el segundo exactamente un año después, son tan grandes las diferencias, incluso en el horizonte en que se mueven, de las que habría que dejar constancia, que leerlos hoy uno a continuación del otro produce verdadero vértigo: tal es la velocidad con que se han sucedido los acontecimientos.

El libro de Rolf Henrich lo leí a poco de su aparición. Interesado por la crítica interna que hacía al «socialismo real», propuse un comentario a *SABER/Leer*. La desidia que se arroja en las muchas obligaciones adquiridas alargó el proyecto hasta el verano de 1989; a partir de entonces, la rapidez de los acontecimientos me obligaba cada semana a modificar el juicio sobre el libro. Pasa un año antes de que las aguas se remansen y, ya sobre seguro, pueda escribir la reseña anunciada; y, aun así, gracias al contraste que ofrece otro libro aparecido un año después y escrito por la persona que en la primavera de 1989 menos me hubiera cabido en la cabeza que en fecha cercana podría llegar a distanciarse un milímetro del régimen.

Se trata, como digo, de dos libros de alguna forma complementarios que considero, por una parte, útiles para una primera aproximación a lo ocurrido, pero sobre todo hartos



ALFONSO RUANO

emblemáticos del Estado fenecido. Hay libros que, sin pasar de una discreta mediocridad, merecen la mayor atención al representar cabalmente a un tiempo o a una situación; su importancia radica en lo que objetivamente dicen, más allá de la conciencia o la voluntad de los autores. Los dos que comento tienen además en común haber sido escritos por personas cuyo oficio no es escribir y que, por consiguiente, no los avala una obra previa ni, desde luego, apuntan a una futura. El primero pertenece al género del ensayo político; el segundo, al de las memorias políticas; ambos son igualmente circunstanciales y se publicaron sólo por la actualidad del tema y la relevancia de los autores. De ahí que convenga dar algunas pistas biográficas sobre el autor del primer libro, Rolf Henrich, ya que, como fue el caso de Egon Krenz, no ocupó los grandes titulares de los periódicos a lo largo de una vida de funcionario que, con una sonrisa servil permanentemente en los labios, consiguió trepar a los más altos cargos del partido y del Estado hasta alcanzar, por unas pocas semanas, la cima.

Rolf Henrich, nacido en 1944 en Magdeburgo, pertenece a la primera generación educada por completo en el «socialismo». Entra en el partido a los veinte años y estudia derecho en la Universidad Humboldt de Berlín, donde se licencia el año fatídico de 1968, cuando las tropas del pacto de Varsovia acaban con la última esperanza de un «socialismo de rostro humano». Desde 1973 ejerce de abogado, a la vez que es secretario del partido en el Colegio de Abogados de Francfort sobre el Oder, es decir, lleva la vida acomodaticia y gris del funcionario de provincia que, sin llegar a los altos cargos, algo cuenta en el en-

torno en que actúa. En abril de 1989 sale del anonimato al publicar en la República Federal de Alemania un libro sobre el «fracaso del socialismo real». La reacción es inmediata: se le expulsa del partido y se le prohíbe el ejercicio de la abogacía y, sin embargo, muy sintomático de lo que se avecina, no es demasiado dura; en otros tiempos hubiera sido encarcelado por «injurias y calumnias» al régimen. En el libro de Egon Krenz se menciona el «disgusto» que en las altas esferas produjo la publicación en el «oeste» del libro del «abogado Henrich» (pág. 125).

El libro de Henrich parecía llamado a ser un «best-seller» de escándalo y, sin embargo, ha pasado inadvertido. Por un lado, lo dejó sin morbo el que el autor no hubiera sido encarcelado: el régimen, ya muy debilitado, estaba aprendiendo a tratar a los opositores; por otro, los acontecimientos que se sucedieron desde el verano, huidas masivas, protestas, manifestaciones, quitaron a la publicación la significación que hubiera tenido de no tambalearse el régimen. A nadie en Occidente le importaba ya lo que le pudiera pasar a un pequeño funcionario de provincia que había roto con el partido en nombre del marxismo; en la Alemania oriental sí sorprendió a superiores y colegas que el «camarada Henrich» se hubiese revelado al final «un traidor al socialismo». La pregunta que se hacía la gente era ¿por qué, si ya nadie creía en el sistema, arriesgar tanto para darse el gustazo de criticarlo públicamente?

Parece mentira, pero la única razón que Henrich alega es que él sí sigue creyendo en el socialismo, y si arriesga su carrera y su libertad es porque había hecho el importantísimo descubrimiento —es el precio que se pa-

ga por el aislamiento— de que el «socialismo real», «el socialismo de Estado», que él llama «el socialismo tutelar», nada tendría que ver con el socialismo de verdad que había pensado Marx. A estas alturas no sólo descubrió el Mediterráneo, sino que, para mayor inri, todavía creyente en el marxismo, pretendía un análisis marxista más de la «formación social» que ha surgido con la Revolución de Octubre. A punto de caer el sistema —pero, ¿quién lo podía prever entonces?—, el buen hombre se percató de que el llamado «socialismo real», lejos de suponer un avance sobre la sociedad capitalista, de ser, como se había repetido sin cesar, su sucesor en la historia, cosa que él había creído durante largo tiempo, lo que le había permitido legitimar todo lo que ocurriese, incluida la construcción del muro —«medida provisional necesaria para que pudiera florecer el socialismo con todas sus bondades»—, al final ha terminado por imponerse la angustiosa certeza de que, al contrario, el «socialismo real» muy bien podría suponer un retroceso considerable frente al capitalismo, ya que habría consolidado una forma de sociedad estamental basada en el poder despótico de una burocracia onnipotente: para una generación que, después de la barbarie nazi, había tomado en serio que el comunismo encarnaba los valores humanistas de libertad, igualdad y fraternidad heredados de la Ilustración, resultaba demasiado duro dejar constancia del hecho estremecedor de que el único mérito del modelo soviético había consistido en haber llevado a la máxima perfección las técnicas policiales de información, vigilancia y represión que había puesto en marcha el Estado absoluto del antiguo régimen. En la Alemania oriental, como en los demás países del Este, lo único sólido que funcionaba era la «seguridad del Estado».

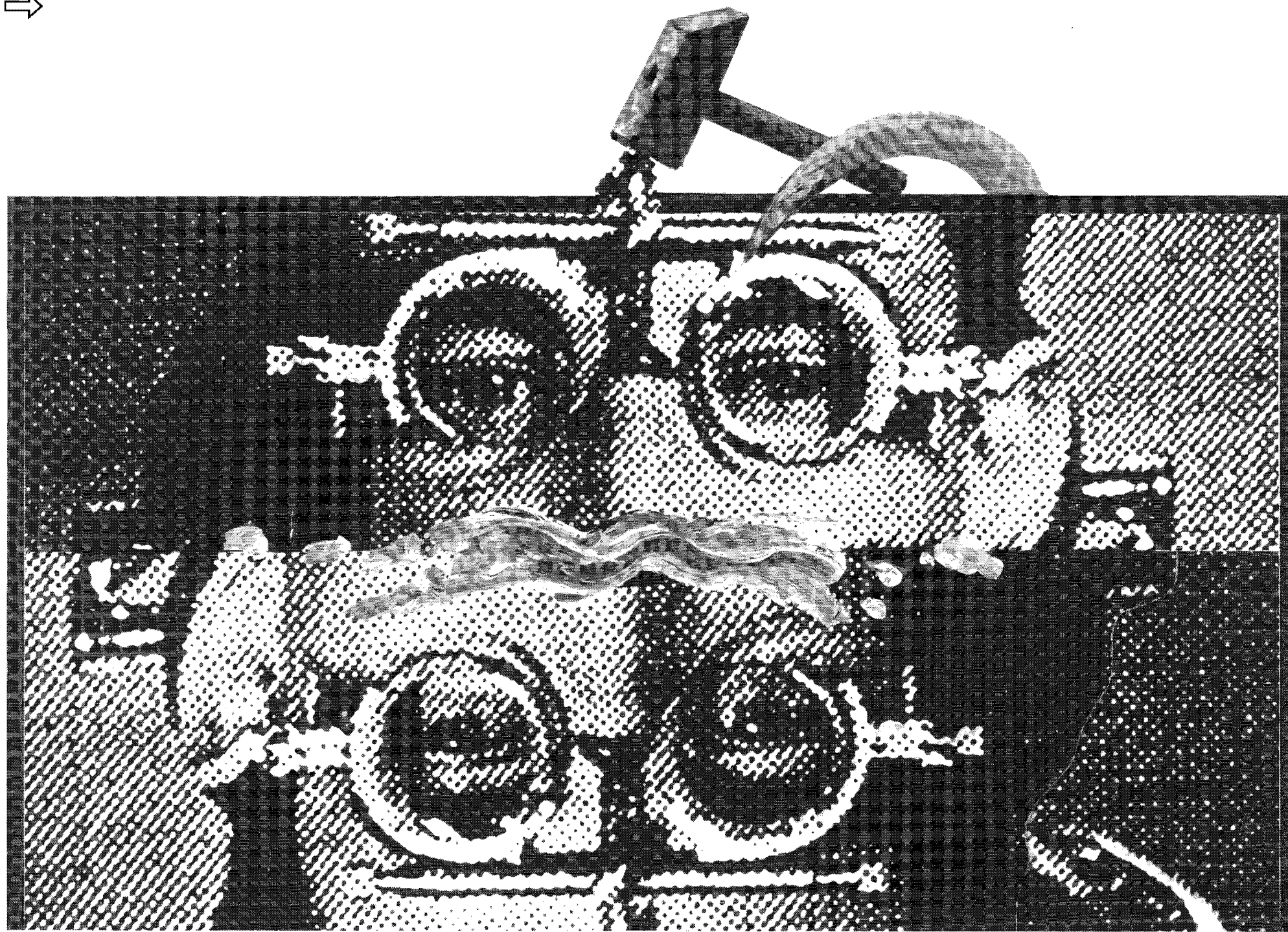
Hay una historia que se repite desde los años veinte: lo doloroso que resulta desprenderse del partido, de los camaradas, de la obediencia asumida, de la fe en que la experiencia comunista, con todas sus sombras y deficiencias, sería la única que garantizase un futuro libre a la humanidad. Fue dramático en 1921 con la rebelión de los marineros de Kronstadt; en los años treinta, ante los juicios y los campos de concentración estalinistas; en 1939, con el pacto soviético-alemán; en 1956, con el aplastamiento de la revolución húngara; en 1968, con la invasión de Checoslovaquia por el Pacto de Varsovia. Llegar a este mismo desgarramiento a comienzos de 1989 tiene ya algo de patético, al caer en la cuenta de lo que ya resulta obvio para todo el mundo, y no poco de ridículo, al menos contemplado desde la perspectiva de unos cuantos meses más tarde.

En la primavera de 1989 «el socialismo tutelar» parecía llamado a levantar bastante polvareda, a la manera que lo hizo en 1977 el libro de Rudolf Bahro, *La Alternativa. Para una crítica del socialismo real*. Henrich alude al impacto que le produjo su lectura y expresamente dice que, en última instancia, escribió su libro porque no estaba convencido de que Bahro tuviese razón. Pues bien, en la primavera de 1989 —la distancia que nos separa de aquella fecha en tiempo real hay que calcularla en décadas— también a mí me parecía tentador comparar, desde posiciones que se quieren socialistas y con un decenio de diferencia, estas dos críticas del «socialismo real»; unos meses más tarde, nada más superfluo.

Mientras existió el «socialismo real» tenía sentido una crítica interna del sistema desde la perspectiva de su destrucción o de su reforma. La cuestión clave parecía ser ¿cómo convertir el «socialismo real» en uno cabalmente democrático?, a la que se añadían otras de no menos envergadura: ¿sería posible esta



Viene de la página anterior



ALFONSO RUANO

reconversión?; ¿cuál sería el futuro de los países del Este tras la «perestroika»?; ¿habría que contar con una larga y difícil reforma o estaría a las puertas la revolución que llevaban anunciando los trotskistas desde hace más de medio siglo? Los libros de Bahro y de Henrich pretenden describir una «alternativa» para el «socialismo real», así como trazar la ruta que podría conducir a esta meta. Después del derrumbamiento de los países comunistas, este planteamiento ha dejado de tener el menor sentido. Democratizar a los regímenes comunistas parecía entonces una empresa colosal que incluso muchos creían tarea de una generación; en unos pocos meses ha quedado claro que se trataba más bien de una misión imposible: al menor intento de democratizarlos se han desplomado sin dejar más que un montón de escombros.

El tópico que se ha manejado durante lustros subrayaba la fortaleza inquebrantable de los regímenes comunistas, carácter diabólico que llevaría consigo que país que cayera bajo su garra, no se libraría ya nunca: el totalitarismo garantizaría la permanencia indefinida de una estructura de poder inmodificable. Ahora el tópico, con el mismo fundamento, es decir, con ninguno, aparte del propagandístico que ya tuvo, se ha trasladado al mundo occidental, y se pone énfasis en la perdurabilidad indefinida de este modelo de sociedad. Al cabo de un año, el tema a debate ya no es el de la verosimilitud del cambio en los países del Este, de que trata el libro de Henrich, sino únicamente explicar la facilidad y rapidez con que se ha derrumbado un edificio que, como la República Democrática Alemana, y en general los demás regímenes comunistas, parecían bastante estables y seguros. Para ello, no carece de interés el libro escrito por el que estuvo al frente del Estado en el momento de su desplome.

El libro de Egon Krenz, como corresponde al género de memoria política, escrito in-

mediatamente después de haber perdido el poder, no tiene otra finalidad que justificar una trayectoria política que, al menos a mí, me ha parecido antes, y me parece después, por completo injustificable. Egon Krenz personifica a la perfección una especie que abunda en todos los regímenes: la figura del lacayo sumiso que hace una brillante carrera que, gracias a no haber tenido nunca criterio propio y estar dispuesto a servir al poder incondicionalmente, le lleva a los más altos cargos, aunque rara vez a la cumbre como en este caso, debido al tamaño de la crisis por la que pasa su país. Cuando me enteré por casualidad —el libro, para mi sorpresa, ha pasado sin pena ni gloria— de que Krenz había publicado una narración de la que llama la «revolución pacífica» en la Alemania oriental, de inmediato lo busqué por varias librerías ávido de leerlo: me picaba la curiosidad averiguar cómo un personaje de la calaña de Krenz se exculparía de los servicios prestados al régimen fenecido y, sobre todo, cómo se arreglaría para dar cuenta de su torpeza infinita en las pocas semanas en que estuvo a la cabeza del Estado con el mérito añadido, de ningún modo buscado, de haber contribuido decisivamente a su desaparición.

Egon Krenz reclama un puesto en la historia por haber tomado la decisión gloriosa de abrir el muro de Berlín en la tarde del 9 de noviembre de 1989; en realidad, al ser la única carta que podía jugar para llevar adelante una transición ordenada, que la regalase sin intentar siquiera negociarla con la República Federal de Alemania y, sobre todo, sin prever sus consecuencias, muestra el grado de irresponsabilidad, rayana en la estupidez, a que puede llegar un político sin otro rumbo ni orientación que el aplauso de los poderosos y la búsqueda del éxito inmediato.

Pues bien, ni siquiera «post festum» Krenz plantea esta posibilidad, y falta cualquier indicación sobre las razones que en la

famosa reunión del comité central se dieron a favor o en contra de una apertura inmediata de la frontera. La impresión que se saca de una lectura detenida de las páginas que dedica a la decisión más importante de su vida (páginas 176-182) es que ni de lejos tuvo conciencia de las consecuencias que implicaba la apertura del muro: las únicas dudas que manifiesta es si debía comunicar a Johannes Rau, presidente del Gobierno de Renania del Norte-Westfalia, de visita en Berlín oriental, con el que se reúne en un descanso, su decisión de abrir las fronteras al día siguiente, y sobre todo que quedase bien claro que Günter Schabowski con su autorización comunicó a la prensa noticia tan sensacional. El grado de conciencia que tuvo al tomar decisión de tamaño alcance queda reflejado en un pequeño comentario marginal: «Hoy el mundo habla de un acto histórico. Pero en aquel 9 de noviembre lo que ocupaba nuestras cabezas era más bien el orden en que debían darse algunos pasos de índole práctica» (págs. 179-180).

El que no se discutiera lo más elemental se explica por un factor básico que aparece

a lo largo de todas las páginas de este libro, y que hay que colocar en un lugar privilegiado a la hora de entender el derrumbamiento del régimen: la ignorancia más absoluta que caracteriza a la dirección del partido respecto al mundo en que vivía, hasta el punto de llegar a creerse hasta la propia propaganda. A algunos les sonará inverosímil, pero los políticos acaban por creerse las versiones oficiales que se construyen de su propio éxito. Probablemente no suela ser usual que se llegue al extremo de que queda constancia en el libro de Krenz, pero me temo que en las élites gobernantes de todos los sistemas políticos pueda comprobarse una misma tendencia a huir de la realidad, y, según se concentre el poder en menos personas y se prolongue más tiempo, una misma incapacidad a analizar y entender lo que pasa en la calle. Pues bien, el comité central del Partido Socialista Unificado (SED), presidido por Egon Krenz, aunque resulte increíble, creyó que, con la apertura de la frontera, daba un paso fundamental en el camino querido de consolidar la República Democrática Alemana. □

RESUMEN

No suele ser normal que un Estado que figuraba como la décima potencia industrial y que era miembro de las Naciones Unidas, desapareciera de pronto, de la noche a la mañana, y se derrumbe como un castillo de naipes. Es lo que ha ocurrido con la llamada República Democrática Alemana. Al hilo de la

publicación de dos libros —uno aparecido antes de la caída del muro, el otro cuatro meses después— que de alguna forma pueden ser leídos de forma complementaria, Ignacio Sotelo, profesor de la Universidad Libre de Berlín, reflexiona, desde su privilegiada atalaya, sobre esta cuestión.

Rolf Henrich

Der vormundtschaftliche Staat

Rowohlt, Reinbeck bei Hamburg, 1989.

317 páginas. 20 DM.

Egon Krenz

Wenn Mauern fallen

Paul Neff Verlag, Viena, 1990.

248 páginas.

La España padecida de Américo Castro

Por José-Carlos Mainer

José-Carlos Mainer (Zaragoza, 1944) es catedrático de Literatura Española en la Universidad de su ciudad natal, tras haber profesado en las de Barcelona y La Laguna. Cultiva la historia de la literatura de los dos últimos siglos y ha escrito varias obras, entre las que cabe citar: Falange y literatura, Literatura y pequeña burguesía en España, La Edad de Plata (1902-1939), La doma de la Quimera, y el ensayo de teoría Historia, literatura, sociedad.

No debemos ser muchos los españoles que tenemos en nuestra biblioteca los tres puleros tomitos azules de la primera edición de esta obra. Los hizo en México y en 1970 Alejandro Finisterre, un «español del exodo y del llanto», dicen que inventor del popular futbolín, amigo y editor de León Felipe y promotor de una serie de volúmenes que, bajo el título de «Perspectivas españolas», auspició la salida del presente libro de Américo Castro junto con otros de Juan Marichal, Manuel Durán, Francisco Ayala, Manuel Andújar y José Ramón Arana. Autorizadas voces todas en un coro de ternas esperanzas liberales que ya por entonces volvían a sonar en los oídos españoles, legítimos destinatarios de sus reflexiones y sus quejas: siete años antes, Guillermo de Torre había dirigido la inolvidable colección «El Puente» que, por vez primera, imprimió en prensas nacionales obras de escritores del exilio al lado de una selecta gavilla de liberales del interior. Y no muchos años más habían transcurrido desde que el benemérito volumen de José Ramón Marra López hablara de la *Narrativa española fuera de España* o de que José Luis Abellán lo hiciera del pensamiento desterrado. Por todo eso, que ya va siendo historia, resulta tan oportuno amortizar ahora una vieja deuda intelectual y hasta patriótica con la reimpresión de *De la España que aún no conocía* en colección que tiene el sugerente título de «Literatura y pensamiento» y que dirige el profesor de Barcelona Adolfo Sotelo Vázquez.

En 1985 se cumplieron cien años del nacimiento de Américo Castro y se ha de reconocer que, desde su muerte en 1973, no ha dejado de estar presente entre nosotros: un par de sustanciosas monografías sobre su pensamiento, tres misceláneas de homenaje, la oportunísima reimpresión en 1983 de *España en su historia*, de 1948 (quizá preferible a la lectura de la más prolija *La realidad histórica de España*, versión de este libro en 1954, luego ampliada en 1962)... son testimonios de que cuando la erudición se acompaña con hondura de pensamiento y con pasión inquisitiva, la memoria de los hombres es benévola con la obra de los historiadores y los filólogos. Pero me temo que el recuerdo de Castro que ha predominado sea una exageración de su tesis capital sobre el ser de España, ese descubrimiento que cambió su propia vida, que le convirtió en una especie de Quijote desmesurado y que hizo legendaria su polémica contra Claudio Sánchez Albornoz. España, la verdadera España, vendría a ser una dolorosa invención en la que una casta hispánica —la de los «cristianos viejos»— había hipostasiado el orgullo y el recelo de su propia victoria con los elementos psicológicos de las castas semíticas —moros y judíos— sobre las que había prevalecido: desdén por el trabajo manual, obsesión por la honra individual, enquistamiento obstinado de la personalidad, exageración patológica del ingrediente religioso.

Ha transcurrido el tiempo y el legado de los trabajos de Castro parece más literario que erudito: lo reflejó en su día algún poema de José Ángel Valente, alguna novela de Segundo Serrano Poncela y, sobre todo, la obra de

Juan Goytisolo que entronizó el nombre de don Américo junto a los de Blanco White y de Cernuda en su dramática odisea de ruptura contra su nación y sus fantasmas. Y, sin embargo, no resulta difícil pronunciarse a favor de Castro cuando se coteja *La realidad histórica de España*, con su ceñida prosa y sus fulgurantes intuiciones, y las 1.500 páginas que desplaza *España, un enigma histórico* (1956), de Claudio Sánchez Albornoz, la réplica más dilatada que conoce la crónica de las ciencias humanas. No es fácil sustraerse al encanto —a veces perverso— de la convicción ajena. De cuantas respuestas suscitó el libro mayor de don Américo quizá las que mejor se sustenten sean aquellas que Eugenio Asensio compiló en un librito de título revelador y habilísima perfidia: *La España imaginada de Américo Castro*. «Ab ipso ferro» procedía Asensio, y si Castro establecía unas normas prácticas para saber qué mentalidad de «cristiano nuevo» se podía esconder tras las protestas de ortodoxia de un angustiado escritor, su contradictor se las arreglaba para demostrar que, por ese sistema, también Francisco de Quevedo —sobre quien no puede caber duda alguna de linaje— también pudo ser reputado «ex illis», con lo que todos los argumentos caían por su base.

Américo Castro y Lucien Goldmann

En algún otro lugar he dicho que las tesis de Américo Castro sobre la «morada vital hispánica» y sus proyecciones literarias (que van desde el «mudejarismo» del *Libro de Buen Amor* a la socarronería cautelosa de Cervantes, pasando por el conflicto abierto de *La Celestina*), enunciadas en otros términos, hubieran podido dar un resultado hermenéutico muy similar al que Lucien Goldmann formuló en su sociología estructuralista genética. Sucede, sin embargo, que la nomenclatura marxista y hegeliana que usaba el investigador franco-rumano está reemplazada en Américo Castro (y puede que con notable ventaja para el idioma) por sonoras troquelaciones que revelan el tiempo de su formación y el abolengo orteguiano de sus lecturas. Y aquí se habla de «morada vital», de «vivir desviviéndose», de «encarnadura» y de «creencia», de «degarrrón» y «vividura» donde otros lo hubieran hecho de «homologías parciales» entre la «conciencia real» y la «pragmática histórica».

Pero peor fueron las hipótesis arbitrarias que desvirtuaban la profunda razón de la teoría. Venía a resultar que el problema de Calixto y Melibea, con su renuncia a la coyunda sacramentada, era el hecho de ser ella «cristiana nueva» y el mancebo miembro de la otra casta, motivo que es harto menos explícito que otros muchos: que la muchacha tenga los pechos grandes o que —como observó agudamente Domingo Ynduráin— sea algo mayor que su pretendiente no han sido asuntos esgrimidos como causas del problema y también podían dar pretexto a interpretaciones no menos sustanciosas. El que Cervantes fuera o dejara de ser «nuevo», que Cide Hamete Benegeli o el morisco Ricote tengan algo que decir al respecto, que el soneto al título de Felipe II o los nombres originales de los personajes de la novela ejemplar *El celoso extremeño* revelen una profunda inquina política, son cosas que pertenecen a un sumario muy secreto y fascinante sobre el que no es fácil ni aconsejable pronunciarse sin muchas cautelas. De lo contrario, corremos el riesgo de incrementar el número de los pretendientes a ser Alonso Fernández de Avellaneda y el no menor peligro de acabar descubriendo que el problema de Cervantes era una homosexualidad mal sobrellevada.

No todo es broma, sin embargo. ¿Quién podrá negar que Castro puso el dedo sobre

lagas muy reales cuando reflexionaba sobre fenómenos lingüísticos que transparentan toda una mentalidad? ¿A quién no subyuga saber lo que hay de calco semántico entre conceptos semíticos y la voz española y tan castiza «hidalgo», o que el español y el árabe tienen conjugación personal de los verbos «amanecer» y «anocheecer», mediante lo cual un español toma el lugar de la naturaleza para decir «amanecí muy cansado» y «yo anochezco tristísimo»? ¿Cómo no tomar en cuenta que el adjetivo «grandioso» —extendido en todas las lenguas— tiene un origen español y seguramente algo que ver con la desmesura de nuestro carácter y la admiración por aquellas hazañas individuales en las que se apuesta toda la personalidad del héroe? Muchas veces se ha reprochado a Américo Castro que distorsiona e hiperboliza las mismas anécdotas irrelevantes en su propósito de entender la historia moderna de España como la patética crónica de una persecución y como la vivencia de un permanente estado de sospecha. ¿Puede, sin embargo, entenderse como anécdota que el biblista Arias Montano hubiera de comer tocino, que le sentaba mal, para no suscitar la desconfianza de quienes husmeaban su parentela hebrea? ¿Es asunto baladí el origen converso de Teresa de Jesús o los motivos que mantienen a Luis Vives en el extranjero, cuando todavía humeaban los huesos calcinados de sus deudos más próximos? Ocurre —y de ahí mi recuerdo de Lucien Goldmann— que ni el Castro de sus últimos libros ni sus seguidores más lejanos arbitraron una secuencia científica tan rigurosa y racional como la que el autor de *Le Dieu caché* estableció entre nobleza de toga, moral jansenista y visión trágica de la literatura. En este sentido, la gran monografía que trence los mimbres que van de Fernando de Rojas a Mateo Alemán, de Jorge de Montemayor a Fray Luis de León, está todavía por escribir. Sus conclusiones tendrán seguramente muy poco que ver con lo semítico y más bien hablarán de conciencias laceradas que se esfuerzan por comprender aquello mismo que les rechaza y por trazar un horizonte de exigencia moral a cuyo servicio pueda estar la tolerancia.

El origen moral de una idea

El extenso prólogo de Américo Castro a *De la España que aún no conocía* satisfará por espacio de 75 páginas al que busque la obstinación iluminada y las dotes de polemista del gran filólogo, quien, en las que siguen, no duda en apostillar sus artículos más antiguos con referencias a su nueva fe. Pero el mérito de estos dos volúmenes reside en remitirnos al origen y gestación de una dramática hipótesis sobre España: a lo largo de breves trabajos periodísticos, casi todos anteriores a 1936, podrá el lector hacerse cargo de cómo en el ánimo de Castro se iba conformando la imagen de una España que —ahora se entenderá el título— «aún no conocía» en su oculto drama íntimo.

En el siempre verde «campus» universitario de Princeton, en Estados Unidos, tuvo lugar la revelación y se escribió *España en su historia*, significativamente titulada «Cristianos, moros y judíos». Pero quien allí reiniciaba su trayectoria intelectual no era un advenedizo ni un desconocido sino uno de los creadores de la moderna filología española, retoño —como tantos otros— de la Institución Libre de Enseñanza, a la que, en frase felicísima, llamó «movimiento de vida y cultura». Esa es la progenie cuya exasperación produjo las páginas de *España en su historia*. Por eso tampoco es casualidad, sino intención manifiesta, el que Américo Castro haya querido recoger en estas páginas sendas semblanzas de Jovellanos, Francisco Giner de los Ríos (escrita en 1937), Manuel Bartolomé Cossío

(en la circunstancia de su muerte que acaeció en 1935) y Alberto Jiménez Fraud (publicada en 1957). La más hermosa de todas es la tercera, donde la emoción se desborda a propósito de quien fue heredero espiritual de Giner, descubridor erudito de la pintura de El Greco y director espiritual de tantos destinos españoles. Porque la Institución fue, en efecto y como nos recuerda Castro, una modesta escuela de niños y no buscó ser aquella secta secreta que muchos vieron en ella. Pero incluso cuando niega la imputación de sus enemigos, Castro no puede dejar de reconocer que institucionista fue la «huella de sutil humanidad, de emoción ante el porvenir de España, de afán de mejora, de tolerancia, de comprensión, de liberalismo y hoy de republicanismo» (II, pág. 113).

Un artículo como «El movimiento científico en la España actual» (que se escribió para la revista *La Rassegna* en 1919) debiera ser de lectura obligada para quienes a menudo olvidan que la vida española del siglo XX no se limita al despliegue de un grupo de escritores de primera magnitud. A su lado, estrechamente imbricados con sus sueños y esperanzas, florecieron las ilusiones y trabajos de unos reformadores universitarios que algún día deberán rememorar con el cariño que merecen. Confluyeron allí modestos esfuerzos locales como los de las universidades de Zaragoza (donde prevalecía un componente político de cuño conservador) y Oviedo (donde era institucionista y hasta socialista de cátedra la mayoría); los nombres de Eduardo Ibarra y Julián Ribera, en el primer caso, y los de Rafael Altamira, Adolfo Posada y Adolfo Alvarez Builla, en el segundo, son testimonios sobrados. Hubo asambleas de catedráticos —la de Valencia en 1902, la de Barcelona en 1906, la de Madrid en 1913— donde se dijeron cosas muy sensatas sobre la autonomía académica y la reforma de las aulas. Surgió en 1907 la inolvidable Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas y a su amparo las pensiones para cursar estudios en el extranjero o los centros de investigación que muy pronto llenó una promoción de profesionales españoles. Y, al lado de Unamuno y de Baroja, de Machado o Valle-Inclán, conviene recordemos que estuvieron Santiago Ramón y Cajal y el biólogo Ignacio Bolívar, los físicos Enrique Moles y Blas Cabrera, el químico Carracido, el matemático Julio Rey Pastor, los filólogos e historiadores del Centro de Estudios Históricos (y a su cabeza Ramón Menéndez Pidal), los juristas reputados o los pedagogos: nombres todos que el trabajo de Américo Castro recuerda con orgullo.

Entre ellos hubiera debido contarse el autor de aquel artículo. La utilísima bibliografía que incorpora esta nueva edición nos recuerda que los primeros trabajos de Américo Castro se remontan a 1910. Y ya incluyen para esa fecha sendas ediciones de Tirso y de Quevedo que se cuentan entre las primeras entregas de «Clásicos Castellanos» (entonces de «La Lectura»), colección que fundó con Tomás Navarro Tomás. De 1914 es su traducción del manual de filología románica de W. Meyer-Lübke y de 1919 la biografía de Lope de Vega que escribió con H. Rennert; de 1922 el interesantísimo folleto *La enseñanza del español en España* y de 1925 *El pensamiento de Cervantes*, hito capital en la historia del humanismo español. Y de 1936 su valiosa edición de algunos *Glosarios latino-españoles de la Edad Media*.

Américo Castro fue embajador de la República en Berlín y testigo del ascenso del nazismo, pero ya antes, incluso durante la monarquía, sus consejos habían tenido alguna parte en las exiguas reformas administrativas de la enseñanza. De esta actividad hay algún eco en estas páginas, y de ese modo el lector

Viene de la página anterior



MIGUEL ANGEL MORENO

podrá restituir algunos imprescindibles eslabones de nuestra historia intelectual del siglo XX. Así sucede cuando don Américo se alza contra los cuestionarios memorísticos que afligían a los opositores de cátedras de instituto o cuando reclama que se instauren entre nosotros estudios de las lenguas y las culturas extranjeras para que la enseñanza de la propia se enriquezca y puedan las humanidades nacionales tratar en régimen de igualdad con las foráneas. Y así pasa cuando en 1934 Castro ha de salir en defensa del buen nombre de los investigadores que han ido a la América hispana y a quienes el Primado de España, cardenal Isidro Gomá, ha llamado antiespañoles. La historia parece repetirse y los tonos de la réplica de Castro recuerdan aquellos otros nobilísimos con los que Jovellanos respondía al señor obispo de Lugo que tuvo a bien negar auxilio al Instituto de Gijón y se permitió reconvenir la soltería de su fundador. Aquel belicoso cardenal inspiraría después la carta de adhesión del episcopado a la sublevación militar de julio de 1936 y aquel Instituto de Filología bonaerense ha sobrevivido tenazmente hasta la fecha: lo dirigieron, después de Castro, Agustín Millares Carlo, Manuel de Montoliú y Amado Alonso (cuyo nombre lleva actualmente), y fue, al final de la guerra civil, el heredero de la tradición de calidad de la *Revista de Filología Española* al fundar la *Revista de Filología Hispánica*.

En este orden de cosas, llamará más la atención del lector actual la vigorosa e inequívoca defensa de la enseñanza de las lenguas vernáculas, porque, nos dice, «¿cabe nada más sin sentido que imprimir a todos los maestros españoles la misma formación rutinaria y abstracta sin tener en cuenta que vayan a Bermeo, Viana del Bollo o Puigcerdá?» (I, pág. 217). Y páginas después, tras participar en los sonados actos de hermandad con los intelectuales catalanes en 1930, deja claro que «Cataluña debe ser bilingüe, franca, abierta y lealmente bilingüe. Hablar y escribir el catalán, cultivarlo en la escuela primaria, elevarlo a tema de saber histórico en las cátedras de catalán que debiera poseer hace tiempo la Universidad de Barcelona» (I, pág. 226). Pero conviene recordar que Américo Castro defiende tal reivindicación a fuerza de su convicción de nacionalista español.

Cuando la Universidad de Barcelona proclama su autonomía y se enfrenta a las consecuencias del reconocimiento del catalán, el alarmado Castro se pregunta: «¿Dónde ni cuándo se ha visto que un país tenga una universidad donde el uso del idioma docente sea regulado al buen tuntún, anárquicamente, según la sensibilidad de cada uno?» (I, pág. 238). ¿No estamos todavía en esa dolorosa tesitura donde quizá el «buen tuntún» sea mejor consejero que la intransigencia de unos y de otros? Nunca estuvo Castro más cerca de acertar como cuando consigna que «porque España no supo realizar labores finas y responsables en varios puntos de su tierra, han surgido los estatutos que marcan huecos y vacuidades en la acción nacional» (II, pág. 243). Lo que, en plata de ley, era toda una invitación implícita a repensar a España desde la frustración de su proceso nacionalizador y quizá también desde aquella periferia que se presentaba como víctima del proceso mismo.

La conciencia posible del nacionalismo liberal

Todo cuanto contiene *De la España que aún no conocía* se escribe desde el seno mismo de la conciencia nacionalista y liberal (o liberal y nacionalista) que fraguó la España de los siglos XIX y XX como la más digna tradición de nuestra historia: desde ella lo han hecho también Leopoldo Alas y Unamuno, el primer Ortega y Manuel Azaña. Y pocas veces como aquí se hace tan patente la ambición de una «conciencia posible» (usaré ahora del término «goldmaniano») que, más allá de lo que parecen sus límites epistemológicos naturales (los propios, en fin, de una burguesía reformista e ilustrada), sabe incorporar elementos más críticos, desdeñar tentaciones más retóricas, calibrar alianzas más definitivas.

Resulta llamativo que Américo Castro (quien, al cabo, habría de escribir un magno exorcismo idealista de los males colectivos) desconfió en 1935 de las fórmulas consagradas del autoanálisis patriótico. Y que, al leer *Anarquía o jerarquía*, de Salvador de Madariaga, consigne muy agudamente que «sólo conozco dos pueblos europeos que cedan al prurito irresistible de mostrar la angustia que

les estruja el alma: España y Rusia». Y pocas líneas más abajo: «El complacerse así en notar lo que es o parece propia deficiencia, quién sabe si no es eco de enquistadas actitudes religiosas, voces de un ascetismo ya sumergido, que se goza en las "lachrimae rerum": derrochismo, cofradías de disciplinantes aisaguas y jamachas marroquíes, etc.» (II, pág. 76). En Américo Castro, como en el joven Ortega, siempre alienta el fastidio de que en España todo se transforme en materia estética y casi nunca en reflexión. Admiran el arte de su país pero lo cambiarían a menudo y muy a gusto por unos adarnes de ciencia o de filosofía (no deja de ser significativo que Américo Castro fuera aquel joven intelectual español de quien Ortega echó mano en el crudo trance de atacar a Unamuno: léase el artículo clave de 1909 «Unamuno y Europa. Fábula»); «El grandioso personalismo español —escribía Castro muchos años después— ha hecho posible ciertos casos de titanismo humano (pienso, por ejemplo, en Cervantes, Goya, Picasso), erguidos y desafiantes tras la admirable civilización fundada en la victoria de la inteligencia humana sobre la naturaleza» (II, p. 246).

Arte frente a civilización. En la muerte de Jorge V, sucedida al poco del estallido de la guerra civil, Américo Castro contemplaba con secreta envidia cómo las tradiciones funerarias de la vieja monarquía británica convivían armoniosamente con la vida de un país moderno y activo. Y es que, se lamentaba, en la tradición que vertebraba la existencia inglesa «el primitivismo inglés se muestra barnizado y vestido de domingo; el nuestro recuerda el turrño de diario» (II, pág. 236). Ante el mis-

RESUMEN

El rescate de un libro trasterrado de Américo Castro —una reflexión desde el exilio sobre esa España que siempre llevó en el corazón y en su obsesión investigadora— le da pie al profesor José-Carlos Mainer para recordar no sólo su obra, sino también la

mo acontecimiento, el Ortega y Gasset que escribe desde la holandésima ciudad de Leiden su «Prólogo para franceses» lamenta que en España todo lo malbarate la pugna entre parálisis y epilépticos. Apenas unos meses después, en el más crispado «Epílogo para ingleses», Ortega postula formas de transacción política: «El totalitarismo salvará al liberalismo destiñendo sobre él, depurándolo, y gracias a ello veremos pronto a un nuevo liberalismo templar los regímenes autoritarios.» Seguramente don Américo Castro no hubiera podido escribir una profecía tan vana ni albergar un deseo de tal jaez.

A las pruebas me remito... A la altura de 1935, al ilustre filólogo liberal le seguían pareciendo males consuetudinarios de la democracia española el individualismo exacerbado, el clericalismo montaraz, la indiferencia del ciudadano ante la cosa pública. Y muy pronto hallaría que el regreso político de Manuel Azaña, exonerado de la persecución de que le hizo objeto el «bienio negro», era la «virtual coincidencia del mayor número junto con los elementos llamados cultos o técnicos». Y todavía afirmaba que la vigorosa convocatoria en campo abierto del jefe de Izquierda Republicana era un auténtico centro político «a condición de que centro no signifique parentesco con el alma de Garibay» (I, pág. 107). Un hombre como él, institucionista que entraba en la cincuentena de su edad, opinaría al poco que «las elecciones (de febrero de 1936, que dieron el triunfo al Frente Popular) han sido una espléndida lección de moral (...) porque fue un tremendo engaño creer que la picardía pudiese constituir el centro de la nación» (I, pág. 126). No podría durar mucho aquella sanción de las urnas que, sin duda, alteraba algunos otros estratos de su conciencia. Su artículo de *El Sol* publicado el 15 de julio de 1936, entre escandalosos avisos de «Visados por la censura» que nos previenen de los párrafos suprimidos, afirmaba con alarma: «El español sencillo se pregunta por qué el poder público, olvidado de la funesta sensiblería, no asume el monopolio de la violencia el tiempo suficiente al menos que exige acabar con todas las inútiles violencias» (I, pág. 133).

Aquellas «inútiles violencias» encenderían la guerra civil que fue la más terrible y la más inútil de las heridas inferidas a la vida nacional: guerra de agresión destinada a terminar con cuanto significaba posibilidad de reforma. Américo Castro, que no era menos moderado que el Larra que escribió que «crímenes por crímenes, puesto que los ha de haber, prefiero los del pueblo» (a propósito de las matanzas de frailes), consignaría ante la revolución de Asturias unas frases que son para ser meditadas: «Sébase bien que tan criminal e insensato como hacer añicos la biblioteca de Oviedo o los tesoros de su catedral, es el intento de aniquilar las Misiones Pedagógicas (...) o haber suprimido la obra española más noble de La Barraca» (II, pág. 73). ¡Terrible ira la del liberal indignado cuando se remueve entre la demagogia de unos y la hipocresía de otros! Releer este libro apasionado de Américo Castro es realizar un viaje al corazón de un liberalismo escarnecido que todavía ha de palpar entre nosotros. □

figura de Castro; cómo ha podido influir en la consideración que se le tiene su apasionada y apasionante tesis sobre la esencia y el ser de España y, en consecuencia, su no menos célebre polémica con Sánchez-Albornoz.

Américo Castro

De la España que aún no conocía

Ed. PPU, Barcelona, 1990. Dos volúmenes, LVI + 271 y 380 páginas. 2.500 pesetas.

Juan Ruiz de Alarcón, al fin sin secretos

Por Francisco Márquez Villanueva

Francisco Márquez Villanueva (Sevilla, 1931) ha sido profesor en España, Estados Unidos y Canadá. Es autor, entre otros títulos, de: *Espiritualidad y literatura en el siglo XVI*, *Personajes y temas del Quijote y Relecciones de literatura medieval*.

Juan Ruiz de Alarcón (1580/1-1639) ha sido siempre visto como una especie de cuerpo extraño dentro del magno despliegue supuesto por nuestro teatro del período clásico. Su interés en la presentación de caracteres centrados acerca de alguna cualidad o vicio, sus temas sabiamente gobernados por la sensatez virtuosa, su frialdad hacia los que Lope llamaba «casos de la honra», han obligado a situar a Alarcón como un caso especial y aparte. No ya un recuadro individual en el gran retablo de la comedia del Siglo de Oro, sino un altar separado y, aunque más pequeño, de fábrica elegante y exenta de innecesarios adornos y oropeles.

Fruto de una vida de eruditos desvelos, el libro de la profesora norteamericana Willard F. King, *Juan Ruiz de Alarcón. Su mundo mexicano y español*, no viene a alterar dicho planteamiento desde un primer momento inmovible. Su gran aportación consiste en impostarlo sobre bases de la mayor solidez y que por primera vez dan paso a una explicación coherente del mismo. Quedan superadas de una vez ciertas pistas críticamente falsas, como la relativa al «mejicanismo» de Ruiz de Alarcón, tan a toda costa buscado por ciertos críticos en indicios tan resbaladizos como la refinada cortesía del lenguaje. Cac también por tierra algún que otro mito, como es el repudio de Alarcón por parte del público o lo efímero del paso de su teatro por los corrales. Hubo desde luego una casi universal carga anti-alarconiana agrupada en torno a Lope de Vega por razones de celos ante el favor de que empezaban a gozar sus comedias y coronada por Quevedo y sus amigos por motivos aún oscuros. Sus mejores comedias siguieron, sin embargo, representándose, y su retirada del teatro se debe tal vez más, de inmediato, a su entrada en un respetable cargo del Consejo de Indias (1626) que a ninguna conciencia de fracaso ni de achicamiento ante tantas mezquindades. Respetado, próspero y satisfecho, el dramaturgo recoge también una cosecha de elogios y laureles en sus últimos años.

Si el temprano aflorar en Ruiz de Alarcón de una conciencia nacional mejicana es, por supuesto, un ensueño romántico, su arraigo en la vida y mentalidad del criollo se acredita como uno de los hondos cimientos de su obra. Sin necesidad de poblar las tablas de indios ni conquistadores, la experiencia de su Méjico natal le ha permitido desarrollar una sensibilidad especial hacia realidades tan peninsulares como puedan ser la del morisco o la de una fe en la sociedad protegida de arbitrariedades por leyes sabias y bien aplicadas. Juan Ruiz de Alarcón sirve en este libro como oportunidad para una rica pintura o corte sagital de la vida y sociedad mejicana en sus instituciones de cultura y gobierno, en su economía y en las tempranas ambivalencias y tensiones políticas surgidas entre criollos y peninsulares.

El punto de arranque de esta nueva visión de Ruiz de Alarcón y su teatro es sin duda un cuidadísimo estudio genealógico. No: no tenía nada que ver con la noble casa de los Mendoza «de los buenos y sin martes», como se viene repitiendo por tantos sitios. Sus orígenes no podían ser más desfavorecidos. Descendía por línea materna del linaje sevillano y judeoconverso de los Cazalla, es decir, de uno de los de más infausta memoria en los anales de la Inquisición y que oportunamente se esfumó de los documentos a mediados del XVI. Su padre, con algunas raíces de hidal-



ANTONIO LANCHÓ

guía conense, era con toda probabilidad hijo de un cura de cierto lugar de La Mancha que lo hubo en una esclava tal vez morisca. El dramaturgo conoció en su niñez el ambiente medio increíble de Taxco, remoto centro minero donde toda suerte de elementales pasiones humanas hervían de consuno con el más temerario fervor judaizante de los portugueses atraídos al olor de sus venas de plata.

Juan Ruiz de Alarcón representa, pues, un nombre más que añadir al elenco de los ingenios judeoconversos del Siglo de Oro, sólo que aun dentro de tal categoría viene a constituir también un caso peculiar (un caso «criollo»). A pesar de la vigilancia inquisitorial, el ambiente de Indias determinaba una mitigación de los rigores que imperaban en la Península. La sociedad de los virreinos no alcanzaba a polarizarse de la misma forma en torno al principio excluyente de la sangre, porque en ella se veía contrarrestado por el orden económico y (frente a los indígenas) por la pigmentación de la piel. El acceso a la respetabilidad resultaba mucho más fácil tras el borrrón y cuenta nueva supuesto por el paso del océano y, contra la tesis del *Buscón* de Quevedo, eran muchos los que allí cambiaban de vida y costumbres. La conducta razonable y

prudente (no lo que hacían aquellos mineros de Taxco) de hecho ponía en Indias a cubierto de muchas contingencias desagradables. Ruiz de Alarcón tuvo cuidado, claro está, de no exponerse a ninguna información de limpieza, pero es obvio que no se le suscitaron tampoco grandes dificultades por ese lado (a pesar de alguna maliciosa insinuación por parte de Lope) y hasta supo la manera de llegar a una buena altura en la pirámide del «establishment». Dicho de otra manera, y aunque sus orígenes no fueran en rigor ningún secreto, Ruiz de Alarcón no «contaba» gran cosa como converso en activo. El ganar y conservar amigos, junto con la espera del momento oportuno y el tantear el suelo antes de pisarlo, debieron de rendir en su vida en la misma medida que lo hicieron en su teatro. Es evidente que su tacha de limpieza no fue para él la fuente de amargura ni de frustradoras rebeldías que a menudo constituyó para tantos otros ingenios en torno suyo. Tampoco, por la misma mecánica, la clase de acicate creador que llegaba a ser en tantos de ellos. El dramaturgo criollo no era ningún fray Luis de León.

El destino y conciencia de Juan Ruiz de Alarcón es desde cualquier ángulo que se mire un determinismo de individualidad en aislamien-

to. Criollo, converso, deforme, miembro del grupo selecto de los juristas o letrados, sus circunstancias personales eran otras tantas capas aislantes para impedirle ninguna fusión con lo mayoritario, justo al otro extremo del caso de su rival Lope de Vega. Las consecuencias están claras en su teatro, donde no se celebran glorias nacionales ni tradiciones caballerescas, donde no se idealiza a los labradores, donde no hay tampoco aquellos «casos de la honra», es decir, toda aquella balumba de que Lope había de sacar tantos títulos, tantos aplausos y tantos reales. El amor funciona allí como una realidad en que supremamente se aquilatan el juicio, la sinceridad y la sensatez porque los yerros se pagan en ese terreno muy caros y no se perdonan así por las buenas, como con tanto regusto hacía en cambio Lope. Más aún, el amor no es el ápice de su temática ni de su axiología, porque dicho lugar de privilegio queda reservado para la amistad, la gran virtud epicúrea y la que para Alarcón ennoblece más a los seres humanos. Su gran tema no es otro que la vida de personas tan conscientes como él sobre el fondo de ciudades importantes y de gran personalidad: la Salamanca estudiosa de *La cueva de Salamanca*; el laboratorio social que viene a ser la Sevilla de *El semejante a sí mismo* y *La industria y la suerte*; el mundo de valores y contravalores del Madrid cortesano en *Las paredes oyen*, *La verdad sospechosa*, *Los favores del mundo*, *El examen de maridos* y alguna otra.

Alarcón es ahora por vez primera valorado en lo relativo a su adscripción al grupo elitista de los letrados. Por cuanto sabemos, fue feliz en sus años de la Universidad de Salamanca (1600-1606), que entonces vivía sus últimos años de esplendor intelectual. Dicho mundo académico representaba el único tipo de sociedad que entonces valoraba el ingenio y las dotes para la relación humana esencialmente civilizada que allí regía. Su experiencia salmantina le confirmó para siempre en la idea de responsabilidad por los propios actos y el alto nivel de autoexigencia que ha de darse como supuesto previo entre quienes aspiren a ningún «status» de orden superior. Sólo que el Alarcón licenciado por Salamanca era también un profesional que entendía de gobierno y del hacer y aplicar de las leyes, así como de las mutuas obligaciones entre gobernantes y gobernados. Todo lo contrario que un intuitivo ni un hombre de emociones primarias, su teatro se impregnará del mismo espíritu no de ningún estrecho legalismo, sino del orden justo y natural de las cosas.

Juan Ruiz de Alarcón representa un caso no menos ideal de estudio por cuanto atañe al perfecto ensamblaje entre vida y obra, intelecto y arte, fondo y forma. Su caso hace inevitable el pensar en términos de estilos mentales en profunda divergencia y anticipo sobre su ambiente, como puedan ser burguesía y «lumières». Aunque lejos de resultar para nada un mal cristiano (y no se diga de alguna veleidada judaizante), Alarcón no ingresa, por ejemplo, en ninguna de las hermandades piadosas de la Corte a que solían acogerse los poetas, ni hace grandes alardes de religiosidad en su breve y bien ordenado testamento, ni (como Lope) ingresa en el Santo Oficio. Más aún, hoy podemos adscribirlo con seguridad a una conciencia política de signo avanzado para su época. No hay que olvidar, como comienzo, que la vida intelectual del estudiante salmantino era en aquellos años mucho más rica y variada que cuanto se había venido sospechando, y es un punto en que tal vez hubiera podido hacerse más hincapié en este libro. La formación literaria se consideraba a la sazón parte esencial de los estudios jurídicos. Se leía mucho en latín, español e italiano, pero existía además una gran curiosidad por autores arriesgados como Maquiavelo, Tácito, Lipsio y las buscadísimas gacetas de Venecia. Circulaban bajo cuerda libros prohibidos y todo un «samizdat» de car-



Viene de la página anterior



tapacios incontrolados. El paso por Salamanca de todo ingenio no adocenado era incompatible con ciertos estados de inocencia que, con toda certeza, no se dieron tampoco en el caso egregio de Juan Ruiz de Alarcón.

Con toda puntualidad, el dramaturgo militó en el sector más avanzado compatible con las ortodoxias de la época, una especie de centro-izquierda que sólo hemos empezado a conocer de pocos años a esta parte. No tenemos hoy dificultad para comprender lo que significaban sus versos para los preliminares de los *Proverbios morales* (1618) del doctor Cristóbal Pérez de Herrera (1556-1620). Tal vez el más destacado representante del sano arbitrio y cabeza visible, desde muchos años atrás, de la opinión reformista, se había identificado en su *Amparo de pobres* (1598) con ciertos planes para control del pauperismo tras los cuales latía la alternativa de lo que hoy llamaríamos una «perestroika» judeoconversa. Terminaría ésta con las exclusiones de sangre y, sobre la base de una profunda valoración del trabajo, la economía y la técnica, soñaba con transformar aquel Madrid de los Austrias en «otro Amberes». Inspirador directo y reconocido de Mateo Alemán, el famoso protomédico queda así gallardamente ligado ante la historia no a una imposible revolución pacífica, pero sí a los brotes más renovadores de la novela y el teatro de su tiempo.

Sin posibilidad de hallar ningún eco eficaz en la cerrazón de la época, Pérez de Herrera no venía a ser para aquella fecha más que una especie de bandera conservada en la vitrina de un museo. Rebosante de las energías creadoras de la madurez y atento sobre todo a resultados prácticos, Juan Ruiz de Alarcón le rinde su tributo, pero no deja de mirar hacia la orilla de otras opciones que pudieran perfilarse como viables dentro de la relatividad de sus tiempos. La hallará en torno al programa ambiciosamente reformista del conde-duque de Olivares que, aunque destinado a tantas claudicaciones y a rotundo fracaso final, se ofrecía a la sazón como la gran oportunidad de una prometedora ruptura con un pasado estultificante. Olivares trabajaba en el seno de la eterna contradicción de cuantos pretenden imponer un programa reformista sirviéndose de un autoritarismo retrógrado, pero dicha aporía política, hoy tan familiar y gastada, distaba de hacerse visible en los horizontes de hacia 1620. Ruiz de Alarcón creyó, como muchos otros, en la tesis política del valimiento recto y capacitado. Sin el triunfo inicial de Olivares, el poeta no hubiera sido nunca nombrado relator del Consejo de Indias.

Claro que no todo fue para el dramaturgo tan llano ni comprado a un bajo precio. En 1606 actúa en una diversión de poetas sevillanos en tesitura de sacar bufonesco partido a su semianismo y famosa doble corcova. Fue también, se nos explica en este libro, una postura vital que mantuvo por muchos años y a la larga terminó por asquearle. No se añade allí que se trataba, una vez más, de la entrada en uno de los papeles típicamente reservados en aquella sociedad al converso. Alarcón no podía ignorar que tanto su linaje como su gibosa deformidad tendían a convertirlo en una segunda edición de don Francésillo de Zúñiga, si bien se le advierte muy decidido a no repetir su triste historia. En el carnaval de 1623 corre a su cargo, pero esta vez ante el rey y toda la corte, la representación de chuscas comedias. Compartió el bufonesco encargo con Luis Vélez de Guevara, otro poeta de linaje no menos maculado. Naturalmente, nada de esto son casualidades.

Todo lo anterior tiene serias consecuencias. Es importante sustraer al dramaturgo criollo de una luz de frustración. Cuanto más se estudia su obra tanto más se llega a estar persuadido de un cierto carácter acéfalo y carente de culmen, que cae sobre ella como un golpe de guillotina en el amanecer de su me-



ANTONIO LANCHO

jor momento. Su canon se halla falto de un logro artístico a la altura de las cualidades que sólo hubieron de quedar en estado de fascinantes promesas y de avance por caminos de improviso abandonados. ¿Cuánto no daríamos por una verdadera confesión a calzón quitado del gran criollo? Su choque literario no en vano se produce con Lope de Vega y Quevedo, es decir, con las respectivas cabezas de un conservadurismo popular y de otro confusamente oficialista. Un conservador moderno como José Bergamín, que canoniza el concepto dramático de Lope y de Tirso, no podrá menos de referirse al teatro, «tan justamente vituperado por sus contemporáneos, del intruso Juan Ruiz de Alarcón».

Por lo demás, todos aquellos reformismos, sabemos hoy, no condujeron a nada, ni llegaron a modificar en lo más mínimo los rumbos rígidamente impuestos por un pasado de casi dos siglos. Cuidadoso de no pisar ningún avispero, el dramaturgo no puede pronunciar tampoco su última palabra en el arte. En una época en que todos cultivan a su alrededor la literatura del desengaño ascético (observa la autora del libro), Alarcón compromete su obra a la idea de la vida: una vida más sensata y más digna, en alejamiento de

la maledicencia, la envidia y la acepción de personas. Nadie era tan lerdo entonces ni ahora como para dejar de comprender que la verdadera diana no eran allí los consabidos «vicios y defectos morales» de la prédica, sino el casticismo de una sociedad encastillada y el concepto político que le servía de base. La misma famosa búsqueda o afirmación del «carácter» dramático, implícita en este proceso y transformada en norma estética para Molière, no constituía para Alarcón más que un simple subproducto de unos planteamientos de inmediata raíz personal. El caso de Alarcón, como el de Mateo Alemán, no era el del

genio incomprendido de modelo romántico, sino el de creadores en permanente riesgo de ser demasiado bien comprendidos, por encima de sus cautelas y de sus bien montadas estrategias o coartadas en el terreno del arte.

Quiere decir, pues, que la disidencia estaba allí en toda su potencial gravedad y revestía la forma de una completa desautorización de la axiología oficial de la Monarquía. Es enteramente legítimo ver en ello una última consecuencia del precoz pero implacable divorcio tanto sentimental como crítico del criollo frente a la metrópolis. La mejicanidad de Ruiz de Alarcón, siempre buscada tan a trasmano, tiene en estos terrenos una honda capacidad explicadora. Insoluble conflicto pues, pero también indefinidamente aplazado en el caso de un Juan Ruiz de Alarcón, para quien la única alternativa no suicida del criollismo es un honesto marchar de la mano con la Corona española. O en la práctica un puesto bien remunerado en el Consejo de Indias. Faltaba aún mucho para los tiempos de Miranda y de Bolívar, que nada ni nadie podían anticipar. El mismo enraizamiento temperamental que le impulsaba a dicho repudio por la vía de lo razonable y honesto, le vedaba a la vez las salidas del heroísmo o el martirio.

El libro de Willard King puede considerarse un triunfo de la filología tradicional en su renovada alianza interdisciplinar con la historia social y de las mentalidades. Ejemplo de cómo el avance supuesto por la explosión de conocimientos permite ver claro donde antes sólo se daban tropezones, resuelve o al menos aclara de forma sustancial la mayor parte de las cuestiones pendientes en torno a Juan Ruiz de Alarcón. Hay que observar, sin embargo, que dicha problemática revestía un carácter en cierto modo preliminar, por lo cual da también paso para en adelante a una nueva generación de arduos temas de estudio. Es ahora cuando puede y debe comenzar un laboreo más a fondo en aquella obra privilegiada.

Personalmente no puedo menos de maravillarme ante el papel de los hijos de Méjico en la historia literaria de aquel siglo. El caso de Alarcón se me perfila desde ahora en un notable paralelo con el de Sor Juana Inés de la Cruz. Por supuesto, no vino ésta a la Península (aunque sí su obra), ni ejerció altos cargos, ni se proponía las mismas metas artísticas. La semejanza radica en el carácter de obras que podemos considerar esencialmente incompletas o semifrustradas. Ni Alarcón ni Sor Juana pudieron de veras darle verdadero fin por circunstancias adversas que podían más que ellos y les venían impuestas desde fuera (ya se sabe cómo se amedrentó a la monja mencionando a la Inquisición). Esto cuando en ambos se hallaba en marcha una tarea insustituible y de máximas promesas para el futuro de las Letras de lengua española: Juan Ruiz, echando las bases para una completa reorientación en sentido elitista del inmenso fenómeno dramático español. Sor Juana, permitiendo la continuidad sobre bases rejuvenecidas de la gran literatura del Siglo de Oro justo en el momento en que ésta se apagaba en la Península. Cabrá, pues, discutir mucho en el futuro acerca de la naturaleza, orígenes y destino de lo que desde ahora hay que llamar la gran alternativa criolla. □

RESUMEN

Gracias al trabajo de una profesora norteamericana, la vida y la obra del dramaturgo Juan Ruiz de Alarcón se nos ofrece sin esas sombras, biográficas y valorativas,

que ha venido sufriendo el escritor «mexicano» desde que sus contemporáneos, agrupados en torno a Lope de Vega, le denigraran.

Willard F. King

Juan Ruiz de Alarcón. Su mundo mexicano y español

Trad. de Antonio Alatorre. El Colegio de México, México, 1989. 290 páginas.

El azar en la evolución

Por Pere Alberch

Pere Alberch (Badalona, Barcelona, 1954) es director del Museo Nacional de Ciencias Naturales y profesor de investigación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Ha sido profesor en la Universidad de Harvard y Fellow de la Fundación Simon J. Guggenheim. Es autor de numerosos trabajos sobre Teoría Evolutiva.

Los avances de la ciencia han ayudado a reevaluar el lugar del hombre en la naturaleza. Si Copérnico y Galileo demostraron que la Tierra no era el centro del Universo, Darwin y los evolucionistas justificaron que el hombre no era el centro de un mundo gobernado por leyes estáticas e inmutables sino un simple capítulo en la historia de la vida en un mundo dominado por el cambio y puntuado por la extinción. El mito del progreso en la evolución biológica es el tema central del último libro de Stephen J. Gould, *Wonderful Life*. Gould, paleontólogo de profesión, es uno de los evolucionistas contemporáneos más celebrados. Es también un excelente divulgador científico, siendo conocidas en España las recopilaciones de sus columnas mensuales en la revista *Natural History* (*Desde Darwin, El pulgar del panda, La sonrisa del flamenco*, etc.) y su crítica al racismo científico en su libro *La falsa medida del hombre*. Soberbio escritor, Gould ha ganado numerosos premios literarios. Su obra merecería ser mejor conocida en nuestro país, donde tiene poca tradición la literatura que combina el arte de escribir con el rigor científico.

Como argumenta el ilustre bioquímico, y Premio Nobel, François Jacob, las teorías científicas y los mitos comparten la misma función: la de transformar en orden el aparente caos del mundo; la de proveernos de explicaciones sobre el porqué de las cosas. Vivir en un mundo lógico y comprensible es siempre más tranquilizador que vivir en la incertidumbre.

Uno de los anhelos fundamentales del hombre consiste en explicar el origen, la diversidad y el orden del mundo natural que nos rodea y del que somos parte inextricable. Por ello todas las civilizaciones tienen mitos que narran el origen del mundo y del hombre. La tradición judeo-cristiana presenta una visión de la naturaleza como el reflejo de un «Plan Divino», el fruto del trabajo de Dios durante una semana, según el relato del *Génesis*. Es curioso que siendo Dios omnipotente y, en consecuencia, habiendo podido crear el mundo de un plumazo, es decir, todo a la vez, lo hiciera de forma progresiva durante varios días. Después de dedicar casi una semana a poblar la Tierra de animales y plantas —cual artista que «hace mano» trabajando en simples bocetos antes de enfrentarse a la obra maestra—, Dios creó al hombre el penúltimo día (el último descansó). Es quizá significativo que ya en esta primera leyenda sobre el origen y organización del mundo nos encontramos con los conceptos de secuencia temporal y de progreso. Es decir, el mundo ha sido construido de forma progresiva y gradual, cada nuevo día se caracterizaba por la producción de formas más complejas para culminar el proceso de creación con la aparición del hombre sobre la faz de la Tierra.

El concepto de progresión gradual en la organización del mundo se mantiene en la filosofía occidental, tesis que ha desarrollado de forma espléndida A. Lovejoy en su libro *The Great Chain of Being*, uno de los mejores, y más eruditos, tratados sobre la historia de las ideas. Por ejemplo, Aristóteles propone la llamada «scala nature», un sistema de clasificación natural de todos los seres vivos acorde con su grado de complejidad. En una escala unilinear podemos «progresivamente»

listar a todos los organismos, desde el humilde protozoo unicelular hasta el complejo *Homo sapiens*, el más perfecto de los seres vivos. Esta concepción aristoteliana de continuidad y progreso en el mundo natural se filtra por toda la filosofía occidental desde Platón a Leibnitz —quien acuñó la celebre frase «Natura non facit saltum»— incluyendo a Kant. La excepción más importante a esta visión del mundo la encontramos en la filosofía de Hegel, que tiene un claro signo discontinuista aunque todavía mantiene la idea de progreso en la historia.

La revolución darwiniana tuvo un enorme impacto en nuestra concepción del mundo, permutando la explicación bíblica que sostiene que la organización del mundo es el reflejo de una serie de leyes metafísicas correspondientes al Plan Divino de la creación, por una teoría científica que argumenta que el orden y la diversidad que caracterizan al mundo actual es el resultado de un proceso histórico de evolución biológica. La idea de inmutabilidad es reemplazada por la noción de cambio como constante en la naturaleza. En este nuevo esquema el hombre deja de ser el resultado de una creación especial para pasar a constituir un eslabón adicional en el linaje de la vida en la Tierra.

Sin embargo el mito y la teoría científica todavía comparten la presunción de determinismo y progreso en el proceso de génesis. Permanece la idea de que el hombre es el ser más evolucionado, el más complejo y adaptado, el pináculo de la «scala nature», que deja de ser una clasificación inmutable para convertirse en la consecuencia de un proceso evolutivo caracterizado por la génesis de organismos cada vez más complejos.

La tradición filosófica judeo-cristiana está basada en la doctrina que argumenta que vivimos en un universo ordenado fruto de la creación divina. Pero el creador es un Dios que permanece fuera de la naturaleza y la controla a través de leyes y mecanismos que son accesibles a la razón humana. Esta postura permitió a algunos evolucionistas cristianos, como el jesuita Teilhard de Chardin —quien tuvo una notable influencia en la depauperada biología evolutiva española de la posguerra a través de los escritos del paleontólogo sabadellense Miquel Crusafont—, proponer teorías totalmente deterministas. En ellas, el hombre, aun aceptando que es el resultado de un proceso de evolución biológica, es en cierta forma una consecuencia inevitable de un proceso evolutivo caracterizado por un gradual incremento de complejidad. Un proceso que genera formas cada vez más perfectas, una aproximación a la perfección que es Dios.

Sin llegar a estos extremos teleológicos, es cierto que la teoría darwinista asume que el motor de cambio en la evolución es la selección natural, un mecanismo de optimización que genera organismos cada vez más adaptados. Como el registro fósil evidencia, al menos de forma aproximada, una progresiva aparición de organismos más complejos (bacterias, células eucariotas unicelulares, organismos multicelulares, etc.), y el hombre es una de las formas que evoluciona en tiempos más recientes, es razonable argumentar que somos una de las especies más evolucionadas y consecuentemente perfectas. Si a ello añadimos el que somos la única especie que puede escribir la crónica de la vida en la Tierra, no debería sorprendernos el que nos coloquemos a nosotros mismos en lugar tan privilegiado.

Pero... ¿se debe el hecho de que ahora podamos estar escribiendo sobre evolución a la magnífica, y eficiente, labor de la selección natural o alternativamente debemos estar agradecidos al azar? ¿Existe realmente progreso en el proceso evolutivo o se podría considerar la historia de la vida como a una es-

pecie de lotería en la que el hombre moderno es el resultado de una serie de afortunadas circunstancias?

La aproximación de Gould a estas preguntas es un tanto peculiar. Rehusando entrar en grandes cuestiones filosóficas, el autor se refugia en su campo, la paleontología, para analizar con detalle un capítulo de la historia de la vida en la Tierra: el revelado por los fósiles del yacimiento de Burgess Shale. Lo que en principio podría parecer un tedioso tratado paleontológico de interés exclusivo para el especialista se transforma, gracias a la pluma de Gould, en apasionante historia detectivesca y de drama humano.

La Tierra tiene aproximadamente 4,5 billones de años. Las rocas sedimentarias más ancianas se han hallado en el oeste de Groenlandia y datan de hace 3,75 billones de años. En ellas se registra el enfriamiento y estabilización de la corteza de la Tierra. La evidencia más antigua de organismos vivos, bacterias y algas procarióticas («blue-green»), la encontramos en algunos sedimentos de África y Australia con una edad de unos 3,5-3,6 billones de años.

Durante 2,4 billones de años (es decir, más de las dos terceras partes de la historia de la vida en la Tierra) no se aprecia progreso en la evolución de los seres vivos. La Tierra continúa poblada de simples organismos unicelulares. Los primeros signos de vida multicelular los encontramos en las extrañas formas de la llamada fauna de Ediacara (el nombre de las colinas australianas donde se encontraron los fósiles). Estos extraños organismos de cuerpo blando y peculiar forma tienen una antigüedad aproximada de 700 millones de años. Tras su descubrimiento, los especialistas trataron de colocar a estos organismos en la «escala de progreso biológico», como los primeros organismos multicelulares, antecesores de las formas actuales. El paleontólogo alemán A. Seilacher, que ha estudiado esta fauna detalladamente y comparado con fósiles posteriores, ha propuesto la hipótesis de que en realidad las formas de Ediacara representan un experimento frustrado en la evolución de la multicelularidad. No han dejado descendientes, por lo que no son los ancestros de las formas que observamos más tarde en el período Cámbrico (100 millones de años más tarde).

Esta observación, junto con otras, hace suponer que, ya en este primer capítulo de la historia de la vida, no nos encontramos con un proceso inexorable de evolución hacia formas más complejas sino que somos testigos de la presencia de varios ensayos de evolución de la multicelularidad en el Pre-Cámbrico que ocurren simultáneamente pero de forma independiente, de los que solamente uno sobrevivió y dejó su legado biológico.

Lo mismo ocurre, y con un registro fósil mejor documentado, durante la llamada explosión biológica del Cámbrico. A principios de este siglo se descubren en el oeste de Canadá, en la localidad de Burgess Shale, unos importantes yacimientos de fósiles de aproximadamente 550 millones de años de antigüedad. La fauna de Burgess se caracteriza por una extraordinaria variedad de organismos, muchos de ellos de difícil descripción dada la falta de similitud con formas actuales. Sin embargo, su descubridor, el paleontólogo Walcott, se esforzó en identificar a cada una de estas formas como parientes primitivos, es decir menos evolucionados, de grupos taxonómicos existentes en la actualidad, como artrópodos, cefalópodos, moluscos, cordados, etc. La clasificación de Walcott se mantuvo hasta principios de la década de los ochenta. Solamente en los últimos años, gracias a las investigaciones de Whittington y Conway Morris, se ha reemplazado el paradigma clásico por otro en el que se argumenta que la mayor parte de las formas de la fauna de Burgess no están rela-

cionadas con grupos taxonómicos actuales ni dejaron descendencia. Solamente unas pocas formas de las halladas, y significativamente no las más comunes, están relacionadas con los ancestros de los grupos actuales. Por ejemplo, la especie *Pikaia gracilens*, un animal con forma parecida a un gusano poliqueto, ha resultado ser un primitivo cordado, es decir la especie más primitiva del grupo que daría origen a los vertebrados y al hombre.

Como comenta Stephen Jay Gould en el libro aquí reseñado, si en el Cámbrico se le hubiesen presentado a un especialista todas las formas de seres vivos existentes y preguntado cuál de ellas poseía un mayor potencial evolutivo, éste no hubiese podido responder. Todas las formas estaban perfectamente adaptadas a su modo de vida, como lo demuestra el que sobrevivieran por millones de años. No se podría haber predicho que la extraña *Opabinia*, con sus cinco ojos y espectacular apéndice frontal en forma de trompa con una pinza en su extremo anterior, sería evolutivamente estéril, mientras que la humilde *Pikaia* y sus parientes estaban preñados de potencial evolutivo y que sus descendientes, los hombres, dominarían el planeta unos 500 millones de años más tarde.

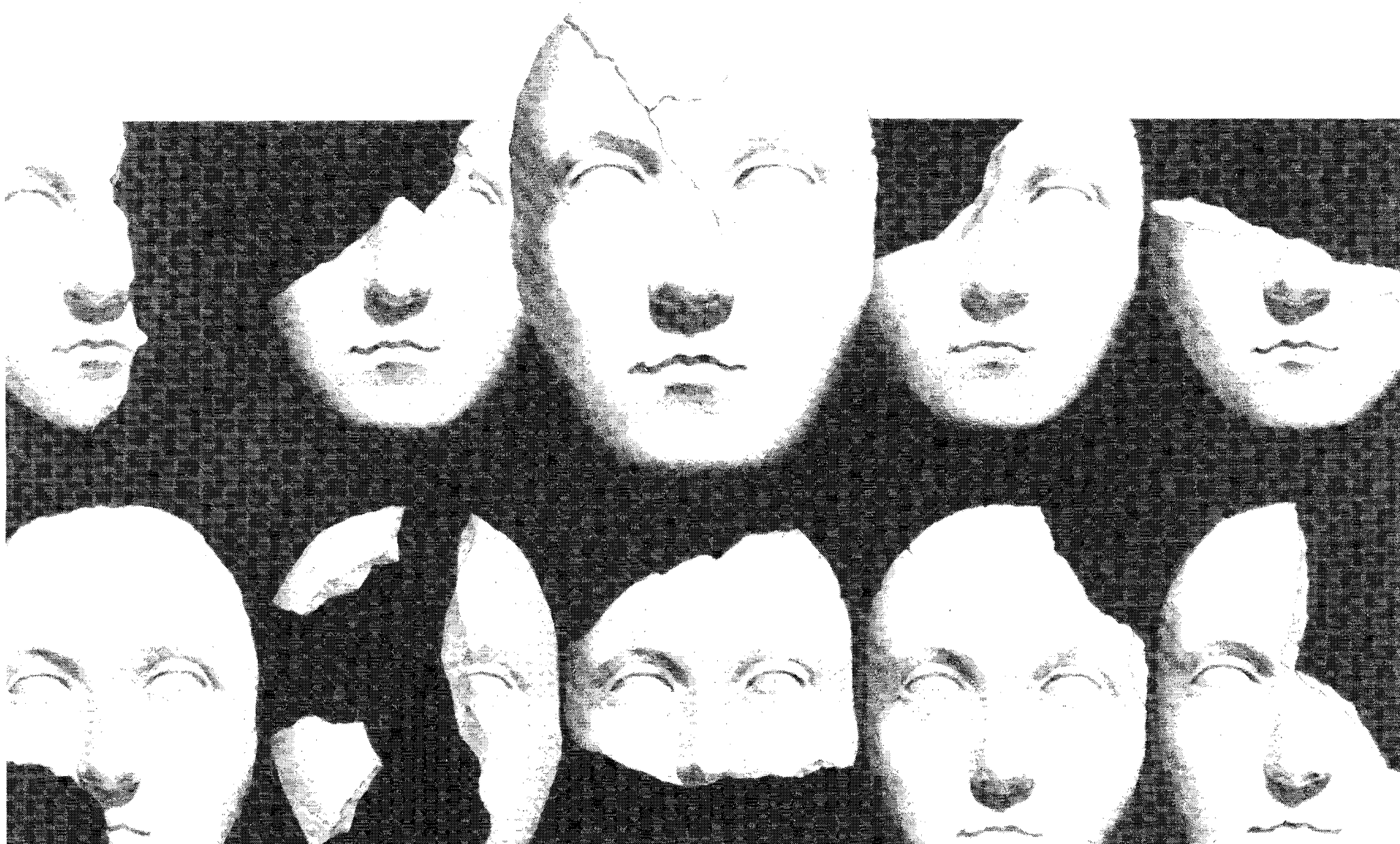
Otro ejemplo del papel del azar en la evolución lo encontramos en el origen de nuestro propio grupo —los mamíferos—. La representación tradicional de evolución progresiva consiste en un escenario en el que los anfibios, superiores a los peces, abandonan el medio acuático para conquistar la tierra (ignorando el demostrado hecho de que los primeros anfibios, como «Ichtyostega», eran totalmente acuáticos, es decir peces con patas, mientras que los peces más primitivos tenían y tienen pulmones, un carácter primitivo del grupo). Millones de años más tarde, los anfibios son reemplazados por los reptiles, quienes al poseer un huevo con membrana amniótica que protege al embrión de la desecación, no necesitan retornar al agua para reproducirse. Finalmente, evolucionan los mamíferos, quienes gracias a su sangre caliente y mayor volumen craneal pueden salir por las noches de sus guaridas para devorar los huevos de los gigantes reptiles y conducirlos a la extinción.

Este cuento está muy alejado de la realidad tal y como ha quedado plasmado en el registro fósil. Durante el Triásico —hace unos 225 millones de años— aparecen los primeros dinosaurios. Casi coetáneos con los dinosaurios encontramos los primeros restos de mamíferos fósiles. Los mamíferos y los dinosaurios coexisten y evolucionan con desigual éxito durante más de cien millones de años. Mientras los reptiles experimentan un espectacular proceso de diversificación morfológica, los mamíferos constituyen un pequeño grupo de animales con un grado de diversificación muy modesto tanto en forma, como en tamaño (los más grandes no eran mucho mayores que una rata). A finales del Cretácico —hace unos 65 millones de años— se produce una catastrófica extinción masiva que afecta no sólo a los dinosaurios, que desaparecen de la faz de la Tierra, sino a muchos y dispares grupos, por ejemplo, invertebrados marinos. Los mamíferos son unos de los afortunados sobrevivientes, y a partir de este momento el registro fósil documenta un espectacular proceso de diversificación morfológica que les lleva a ocupar todos los nichos ecológicos antes dominados por los reptiles.

En los últimos años está ganando adeptos la hipótesis que propone que la extinción del Cretácico fue debida a los cambios climáticos causados por el impacto de un enorme meteorito contra la Tierra. Sin entrar en los detalles que apoyan esta hipótesis, me gusta su poética. Constituiría la mejor demostración del



Viene de la página anterior



FUENCISIA DEL AMO

papel del azar en la evolución. Sería paradójico el que debiéramos nuestra existencia hoy en la Tierra, no a la superior inteligencia de nuestros ancestros, sino a un factor extraterrestre: un meteorito, nuestra estrella de la fortuna y embajadora de la destrucción del imperio de los reptiles.

En conclusión, el origen de los mamíferos y el hombre no fue debido a la ingeniosidad de nuestros ancestros en su competencia con los dinosaurios, sino a la suerte. Probablemente fue el hecho de ser poco llamativos —pequeños y de hábitos nocturnos— lo que les permitió sobrevivir a la extinción masiva.

La lista de episodios que demuestran que las principales transiciones en la evolución de la vida no fueron causadas por un proceso de adaptación progresiva sería muy extensa y desborda el objetivo de este ensayo. Pero no quisiera concluir sin proponer una reflexión sobre los patrones de evolución que acompañan la génesis de nuestra especie.

No existe, en la biología evolutiva, subdisciplina que genere más polémica que el estudio de los orígenes humanos. No solamente por las implicaciones filosóficas que conlleva el conocimiento de nuestro propio origen y el lugar del hombre en la naturaleza, sino también porque la paleoantropología se caracteriza por una frustrante escasez de fósiles, convirtiéndose en una de las pocas disciplinas en que el número de investigadores supera ampliamente la cantidad de material de estudio.

Los datos paleontológicos, corroborados por los derivados de la biología molecular, indican que el hombre moderno tiene sus orígenes en África. Los homínidos más antiguos, pertenecientes al género «Homo», datan de hace aproximadamente dos millones de años («Homo habilis»). La antigüedad del género «Homo» es actualmente un tema de polémica, ya que algunos paleontólogos, como Richard Leakey, creen que el linaje de los homínidos es mucho más antiguo, mientras otros proponen que el género «Homo» deriva de un «Australopithecus» similar al «A. Afarensis»,

encontrado en África Oriental y que data de unos 3-3,5 millones de antigüedad.

Independientemente del dónde y el cuándo también nos planteamos el cómo de la evolución humana. En muchos libros de divulgación, y hasta en algunos de texto, nos encontramos con una versión que representa la evolución del hombre como la culminación de un proceso en el que una serie de primates progresivamente tienden hacia una postura erecta. Este bipedalismo va acompañado de un gradual incremento del volumen craneal y la reducción del mentón simiesco, entre otras modificaciones físicas. Así se relata, insistiendo en versión popular, que los últimos dos millones de años de evolución humana se puedan representar unilinearmente como la transformación del pequeño y primitivo «Homo habilis» en «Homo erectus», éste da paso al «Homo sapiens neanderthalensis», quien a su vez es el ancestro del hombre moderno, «Homo sapiens sapiens».

Esta progresión asumiría que las especies evolucionan como unidades, cuando en realidad la unidad evolutiva es la población. Cada nueva especie se origina como un pequeño núcleo de individuos aislado genéticamente, y probablemente también geográficamente, de sus ancestros. Esta población original crece y amplía su distribución geográfica. El proceso de expansión, que dura miles de años, resulta en una fragmentación de la nueva especie en unidades (poblaciones) relativamente aisladas genéticamente.

Hace un millón de años el «Homo erectus» se encontraba distribuido por los tres continentes del Viejo Mundo. Recientemente el bioquímico Alan Wilson y sus colaboradores, usando la poderosa técnica de análisis comparativo de secuencias de ADN mitocondrial, han propuesto que todas las razas actuales tienen su origen en una hembra que vivió hace aproximadamente 120.000 años en África. Si aceptamos esta propuesta debemos concluir que la mayor parte de poblaciones de «Homo erectus», incluyendo a los famosos hombres de Java y Peking, no de-

jaron descendencia. Similarmente, el hombre de Neandertal no es tampoco nuestro ancestro, sino que sus poblaciones en Europa fueron reemplazadas por las migraciones de los «Homo sapiens sapiens» provenientes de África.

En conclusión, el árbol filogenético de nuestra especie no puede ser representado como una escalera que progresivamente da paso a formas más y más evolucionadas, sino que es como un arbusto con múltiples ramas de las que solamente una ha sobrevivido, la correspondiente a nuestra especie.

Gould, en *Wonderful Life*, usa la siguiente metáfora para ilustrar el hecho de que la historia de la vida está dominada por el azar en lugar del determinismo: si consideramos la evolución de la vida como una película, si rebobinásemos la cinta y la volviésemos a pasar, nos encontraríamos ante una nueva película con distintos protagonistas. La contingencia es la constante en la evolución. Si el azar hubiese eliminado a «Pikaia» hoy el mundo sería totalmente distinto y el hombre nunca hubiese evolucionado. Similarmente, ¿qué habría sucedido si un virus hubiese eliminado la población africana en la que residía nuestra «madre mitocondrial»? Quizá hoy el mundo estaría habitado por hombres de Neandertal, quienes escribirían la historia intentando demostrar la inevitabilidad de su evolución dadas las mejores características físicas de su especie, resultado de adaptaciones a los climas fríos del período glacial

en Europa, en comparación con el extinto «Homo sapiens» africano.

Solamente desearía que los hipotéticos escribas neandertalenses fuesen más objetivos que lo que ha sido el hombre moderno para con ellos. Por ejemplo, el prestigioso paleontólogo francés Marcellin Boule, del Museo de Historia Natural de París, describía, a principios de este siglo, un completo esqueleto de hombre de Neandertal concluyendo de forma desconcertante que «el individuo de La Chapelle-aux-Saints era un ser de cara embrutecida, con el cuello corto y proyectado hacia adelante, que caminaba encorvado e inclinado, con las rodillas dobladas». Esta imagen caricaturesca del «hombre de las cavernas» no concuerda con la realidad, ya que el hombre de Neandertal que Boule estudió era perfectamente bípedo, y lo de cara embrutecida es claramente una consideración subjetiva que adolece de la más mínima base científica. Probablemente los Neandertal tampoco nos considerarían a nosotros particularmente atractivos. Los Neandertal en sus crónicas podrían citar como signo de progreso el tamaño de su cerebro, igual o mayor que el de «sapiens», y reforzar su hipótesis con el argumento usado por el paleontólogo inglés Sir Arthur Smith Woodward refiriéndose a los Neandertal: «El cerebro, aunque grande en cantidad, puede haber sido de baja calidad.» Es un claro ejemplo del hecho de que la historia está escrita por los vencedores o..., como en el caso de la evolución biológica, por los afortunados. □

RESUMEN

No suele ser normal saber aunar el arte de escribir con el rigor científico. Una de estas excepciones es Stephen J. Gould. Bien conocido por sus libros de divulgación, su última

obra trata del mito del progreso en la evolución biológica. Desde siempre el hombre ha anhelado explicarse el origen, la diversidad y el orden del mundo.

Stephen Jay Gould

Wonderful Life: The Burgess Shale and the Nature of History

W. W. Norton and Co., Nueva York, 1989. 347 páginas. 19.95 \$.

Bayes y la lógica inductiva

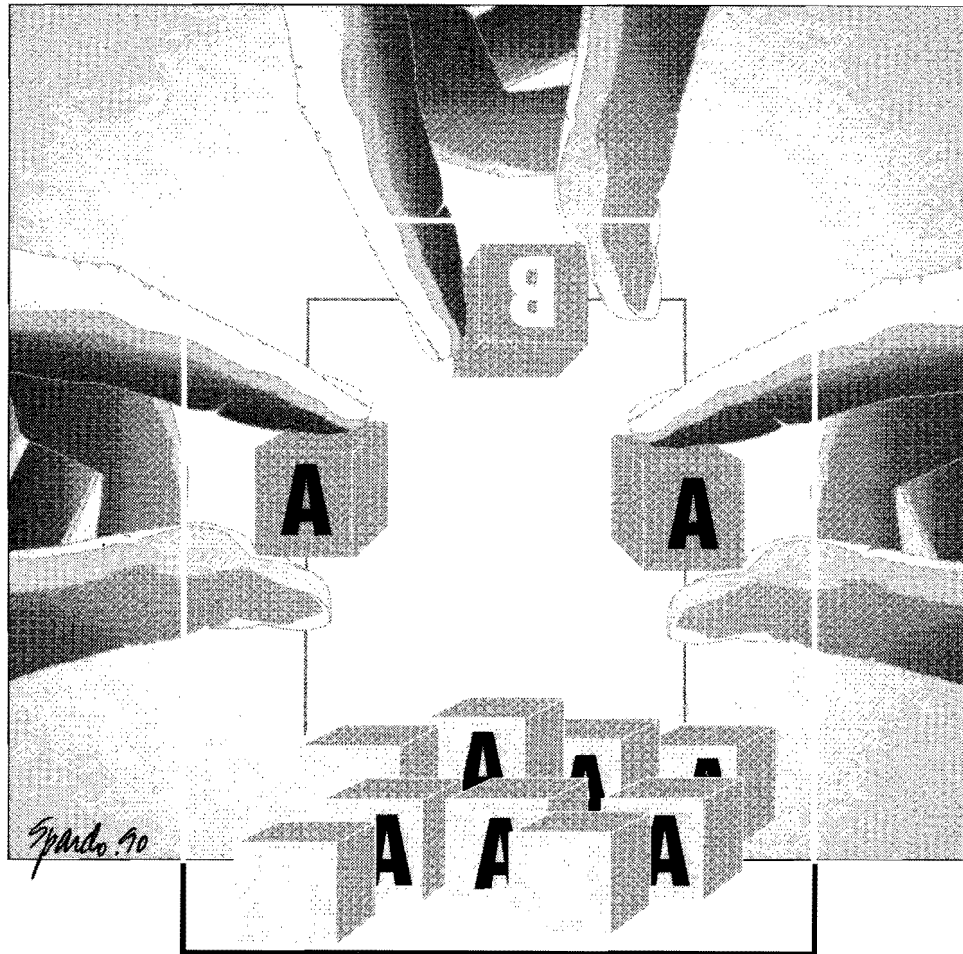
Por Sixto Ríos

Sixto Ríos (Pelahustán, Toledo, 1913) ha sido profesor de la Universidad de Madrid durante más de cincuenta años. Es numerario de la Real Academia de Ciencias, Honorary Fellow de la Royal Statistical Society, y en 1977 obtuvo el Premio Nacional a la Investigación Matemática.

Thomas Bayes, clérigo presbiteriano que vivió en Inglaterra entre 1702 y 1761, cultivó con profundidad el cálculo de probabilidades, legado de Pascal y Fermat, dejando entre sus papeles un sencillo teorema que fue publicado dos años después de su muerte, como trabajo póstumo, en las *Philosophical Transactions* de la Royal Society (1763). Bayes, que ni siquiera pretendió publicar su teorema, probablemente nunca imaginó que doscientos años después un eminente estadístico inglés, el profesor D. V. Lindley, escribiera: «It is hard to think of a single paper that contains such important, original ideas as does Bayes. His theorem must stand with Einstein's $E=mc^2$ as one of the great simple truths».

El problema que abordó Bayes es un ejemplo típico de inferencia estadística, una de las formas de inducción base de la metodología científica dedicada a mejorar el conocimiento de la realidad (física, biológica, económica...). Inferencias de la muestra a la población, del pasado al futuro, de los efectos observados a las causas desconocidas, son diversos aspectos de la inducción. Concretamente abordaba Bayes en su trabajo el llamado problema inverso de la probabilidad, que anteriormente J. Bernoulli planteaba así en su *Ars Conjectandi* (1713): «Para ilustrar esto con un ejemplo supongo que tengo una urna con 3.000 bolas blancas y 2.000 bolas negras que alguien ha puesto allí y que yo, sin conocer tales números, trato de averiguar la proporción de bolas blancas y negras mediante un experimento reiterado que consiste en sacar una bola al azar, observar su color y reponerla a la urna, etc.» En definitiva, el problema consiste en pasar de la información que da la realización de un cierto número de experimentos o muestra de resultados, al conocimiento, en forma probabilística, de la composición de la urna o población. Pero la importancia de las ideas de Bayes reside en rebasar ampliamente este problema particular, permitiendo el tratamiento de problemas de inferencia estadística en situaciones muy amplias que pueden considerarse como soluciones válidas del problema de la inducción o inferencia científica.

Como es sabido, se da el nombre de inferencia al proceso discursivo que parte de una proposición para llegar a otra como conclusión. Y en la línea aristotélica se suele distinguir la inferencia deductiva de la inductiva. La inferencia inductiva supone incertidumbre, lo que es característico de las conclusiones científicas en su aspecto induc-



ALFONSO SANCHEZ-PARDO

tivo. Como ha dicho Pólya (quizá el primer matemático que se ha ocupado del razonamiento inductivo o plausible), estrictamente hablando, todo nuestro conocimiento, aparte de las matemáticas y la lógica demostrativa, consiste en conjeturas. «Existe una diferencia clara entre el razonamiento deductivo, que permite el conocimiento matemático, y el conocimiento plausible, que comprende la evidencia inductiva del físico, la evidencia circunstancial del abogado, la evidencia documental del historiador, la evidencia estadística del economista, del sociólogo, etcétera.»

«La diferencia entre ambos tipos de razonamiento se centra en que el primero es seguro pero no permite con su rígida lógica obtener ningún conocimiento nuevo sobre el mundo que nos rodea, mientras el razonamiento plausible, sin alcanzar la fuerza de una demostración lógica estricta, se hace necesario en las conclusiones científicas y de la vida diaria, al pasar de observaciones y datos experimentales a valores no observados.» Los trabajos de Pólya, que no tuvieron continuadores, representan un tratamiento de la inducción fuera de las corrientes estadísticas dominantes en su época. Porque es la Estadística, constituida como disciplina científica bien definida a fines del siglo XIX, la ciencia que aporta las contribuciones más importantes a los problemas que se llaman

de inferencia o, más específicamente, de inferencia estadística.

Es Laplace quien, al sistematizar por primera vez la ciencia estadística de su época en su *Théorie analytique des probabilités*, rescata, puntualiza y propaga el teorema de Bayes y propone aplicaciones del mismo. Sus investigaciones, junto con las de Gauss, Quételet, Galton, Pearson, Student, Fisher, Neyman, Wald... y las de los sabios que han introducido sus conceptualizaciones e ideas en la Física, la Biología, la Economía... han realizado la llamada Revolución probabilística (1800-1930), considerada por Ian Hacking, Cohen, Borel... como un paradigma en la Historia de la Ciencia, estudiado profundamente en el seminario organizado por la Fundación Volkswagen (1982-83) en el Centro de Progreso Interdisciplinario de la Universidad de Bielefeld (República Federal de Alemania).

Pero la inferencia bayesiana, que ha sido el punto de partida de este artículo, no aparece, salvo las incursiones iniciales de Laplace y De Morgan, hasta la obra de Keynes (1921) y sobre todo los trabajos de Jeffreys, con sus dos importantes libros *Theory of Probability* (1961) y *Scientific Inference* (1973). A partir de ellos y los más recientes de Savage, De Finetti, Carnap..., se considera la metodología bayesiana asociada a la idea de la probabilidad subjetiva, con su correspondiente axiomática, de la que se obtiene el teorema de Bayes, como el formalismo más adecuado para razonar en condiciones de incertidumbre, es decir, como lógica inductiva. Pero la escuela estadística no bayesiana había hecho tales progresos en el tratamiento de enorme número de problemas concretos que han sido necesarios muchos años para que la nueva herramienta vaya penetrando en todos los reductos anteriormente conquistados y se hable ya incluso de la «era bayesiana».

Recordemos, por otra parte, que la Filosofía de la Ciencia venía desarrollándose hace más de dos mil años y preocupándose del problema de la inducción. Con precursores como Avicena, Roger Bacon, Francis Bacon..., llegamos a J. Stuart Mill (1806-

1873) con su método inductivo, cuyo objetivo es establecer relaciones de causa a efecto partiendo de un mundo potencialmente infinito de observaciones, de las que se obtendrían algunas afirmaciones inductivas que se someterían a comprobación y, si se confirmaban, permitirían formular leyes empíricas y por reiteración de estos procesos de experimentación y pensamiento se lograrían teorías cada vez más perfectas y refinadas.

Pero a pesar de esta tradición, en la época actual algunos filósofos de la Ciencia como Popper, Lakatos, Kuhn..., consideran que la inducción no es especialmente importante en el establecimiento de teorías a partir de hechos observados y datos recogidos. Kempthorne ha puesto de relieve la falta de comunicación entre filósofos y estadísticos, creando un clima de incompreensión salvo casos excepcionales como el de Bertrand Russell, que sostiene la necesidad de elegir entre la inducción, con su irracionalidad relativa, y la irracionalidad absoluta. Y no es trivial considerar cómo la falta de formación matemática va asociada a la falta de comprensión de la lógica inductiva y su relación con la estadística. Así se observa que la idea de falsación de una teoría, que introduce Popper, parece tomada de la que durante años habían manejado con precisión, rigor y consecuencias prácticas los estadísticos clásicos (Fisher, Neyman, Pearson...) con el nombre de contraste de hipótesis estadísticas.

La inferencia estadística bayesiana es el objetivo central de dos libros recientes en cierto modo complementarios, uno de S. James Press que se ocupa de los fundamentos y otro de Peter M. Lee que atiende sobre todo a las aplicaciones, en un marco más elemental y sencillo. Ambos continúan el estudio del modelo bayesiano, basado en un sistema axiomático lógico coherente, que trata de abarcar unificadamente los mismos problemas estudiados con las diversas metodologías clásicas (test de hipótesis, estimación...).

Redobla el interés actual de estos libros la reciente aplicación de los métodos bayesianos en inteligencia artificial y sistemas expertos, en que cada vez son más necesarios. Asimismo, serán muy útiles a biólogos, economistas, ingenieros...

No queremos terminar sin un recuerdo de las duras y a veces excesivas discusiones que ha habido entre bayesianos y clásicos en los últimos años y que, en definitiva, podemos considerar beneficiosas al permitir una continua clarificación de conceptos y métodos y una mayor comprensión y conciliación de partidarios de las mismas. Hoy está bastante claro que cualquier modelo no es más que una aproximación de la realidad, y pretender que es el verdadero y apoyarse en él para atacar a otros ha llevado frecuentemente a largas discusiones con menos sentido a veces que las religiosas, ya que en aquellas no se puede hablar de creencia en la verdad sino en la validez de los axiomas de partida, como bien observa Doob al comentar las discusiones entre cristianos, judíos y musulmanes, que se leen en una conocida comedia de Lessing. En efecto, sólo a muy largo plazo será posible sancionar la selección de modelos. □

RESUMEN

El profesor Sixto Ríos comenta dos libros que tratan de la inferencia estadística, una de las formas de inducción de la metodología cien-

tífica dedicada a mejorar el conocimiento de la realidad, planteada por Bayes y su aplicación en inteligencia artificial y sistemas expertos.

S. James Press

Bayesian Statistics

John Wiley and Sons, Nueva York, 1989. 237 páginas. 35 libras.

Peter M. Lee

Bayesian Statistics: an introduction

Oxford University Press, Nueva York, 1989. 294 páginas. 14,95 libras.

En el próximo número

Artículos de Ricardo Gullón, Carlos Sánchez del Río, Enrique Cerdá Olmedo, Alfonso E. Pérez Sánchez, José Luis L. Aranguren, Domingo García-Sabell y Francisco Rodríguez Adrados.

Juan Benet en sus ensayos

Por Ricardo Gullón

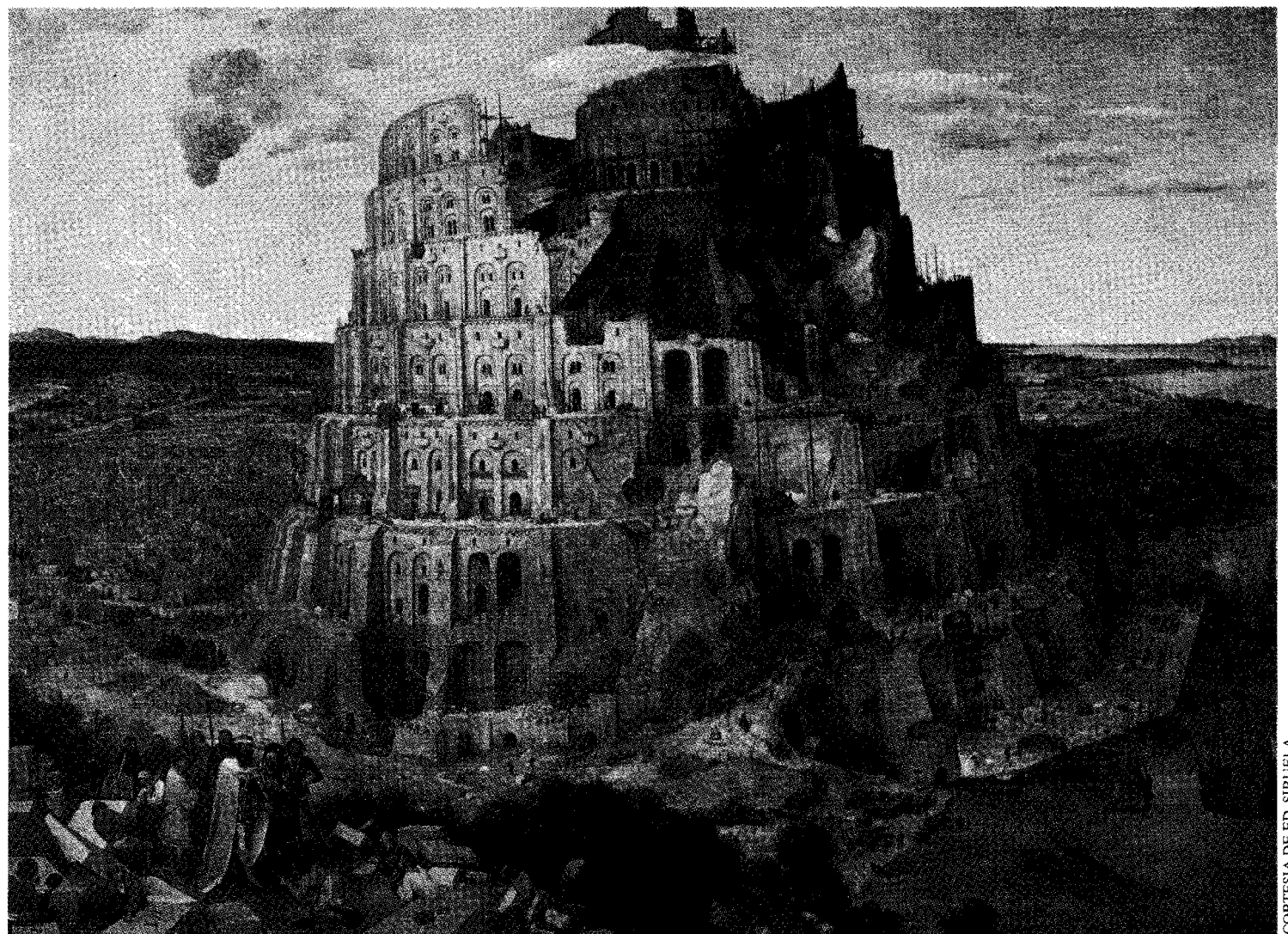
Ricardo Gullón (Astorga, León, 1908-Madrid, 1991), crítico literario y profesor de literatura en Puerto Rico y en varias universidades norteamericanas, fue elegido académico de la Lengua en 1989 y tomó posesión al año siguiente con un ensayo sobre Juan Ramón Jiménez. Era Premio Príncipe de Asturias de las Letras y autor de más de treinta libros sobre autores y temas contemporáneos, desde Galdós a Benet, pasando por Machado, Juan Ramón y los poetas del 27. Falleció el 11 de febrero de 1991.

La prosa española de este siglo es comparable con lo mejor de lo escrito en la llamada Edad de Oro; no es inferior la de Azorín a la de Fray Luis de León, ni es menos incisivo Unamuno que Gracián. Me apasiona la prosa de novelistas y poetas, y no sólo en los escritos de su estación habitual, sino cuando, saliendo de ella, se ejercitan en ensayos y artículos de varia lección con soltura y arte: las prosas de Juan de Mairena se sitúan a la altura de los poemas de Antonio Machado; los «retratos» de Juan Ramón Jiménez alcanzan idéntica altura que sus arias tristes. ¿Llega Azorín más alto en *La voluntad* que en *Castilla*?

Aun si el lector discrepa, aun si la respuesta es «no», le costará trabajo negar que, con frecuencia, poetas y novelistas se mueven con la misma soltura en un campo que en otro. Lo cual nos lleva a una cuestión nunca resuelta, o nunca resuelta a gusto de todos: ¿existen géneros literarios o su delimitación es poco más que una conveniencia pedagógico-crítica? Al escribir «La locura del Doctor Montarco», no estoy seguro de si Unamuno lo pensaba como cuento, o divagaba en torno a un tema que le afectaba personalmente. Y lo mismo Borges, deslizándose como quien lava de la inquisición a la invención.

No hay motivo —salvo la costumbre— para encasillar a los escritores en predios cerrados. Según el temple de cada hora, la novela o el ensayo, la poesía o el artículo requerirán su atención y bueno será amoldarse a lo que en un momento determinado le pide el espíritu: pluma y palabra le servirán con pareja eficacia en la diversidad de la escritura.

El caso de Juan Benet es, a este respecto, ejemplar. Autor de cuentos y novelas originales y renovadores y de ensayos no menos originales, aunque con originalidad de otro signo, la agudeza del pensamiento y la tensión verbal



La construcción de la torre de Babel, de Pieter Brueghel.

se mantienen invariables. Los ensayos reunidos en volumen constituyen un corpus considerable —un millar de páginas, sin contar los artículos— y variado que permite darse idea de la agudeza y la versatilidad del ingenio de su autor.

A pocos meses de aparecer *En la penumbra*, novela-clave, o novela donde se encuentran las claves de narraciones anteriores, ha salido *La construcción de la torre de Babel*, colección de cinco ensayos, uno de ellos inédito —el que da título al libro—, que yo incorporaría sin vacilar a una hipotética antología del ensayo benetiano: su peculiaridad recomienda situarle junto a textos críticos, activas paradojas o memorias de lejano ayer.

Leo por segunda vez el título del ensayo reciente, para no perder de vista que su asunto no es la Torre de Babel, sino su construcción. No hay razón para sorprenderse: Juan Benet es constructor por oficio, ingeniero de Caminos, Canales y Puertos, y practicante de una profesión que le ha llevado desde las riberas del Porma —cerca de Región— al Pirineo de Lérida, a mayor gloria del regadío.

El talento no es fácil de ocultar y Benet no se esfuerza gran cosa en hacerlo. En su última salida, además, se reviste de erudición y celebra de pontifical la ceremonia del aleccionamiento. Zonas culturales lindantes con la metafísica, la religión y el esoterismo están en el discurso y lo empujan de un párrafo al siguiente con vigorosa arbitrariedad o, tal vez, con subyacente coherencia.

Signos e indicadores se despliegan en el texto, regidos por una voluntad de estilo que poco a poco va sobreponiéndose a la amenaza de un análisis meramente técnico de la cuestión: el escritor Benet pone a raya al profesor Benet. Cuando oye la palabra mito, el receptor se siente seguro de la identidad del objeto que tiene entre manos: lo examinado es, por supuesto, una construcción mítica, sin que este carácter desmantele su realidad. En cuanto tema de un ensayo literario, tanto da que ver-

se sobre el mito como sobre un hecho histórico. Es más, la persistencia del mito es superior a lo acreditado por la Historia: el Cid es el ejemplo más cercano.

De un mito y de un cuadro «representativo» —pues el pre-texto de la reflexión benetiana es el cuadro de Brueghel exhibido en el Museo de Viena bajo el mismo título que el ensayo—. El discurso empieza considerando una obra de arte y valorando su construcción (la de la pintura, no la de la torre), señalando en lo pintado un dato acerca del cual quiere llamar la atención: es la primera pintura del arte europeo cuyo protagonista es un edificio, o sea, un espacio reservado a un objeto, espacial en sí mismo.

Aquí el ingeniero trasvasa al ensayista sus puntualizaciones técnicas, instándole a reconocer en el cuadro la profesionalidad de Brueghel y el significado esotérico de la torre. (Sospecho que Benet habla por el pintor y por sí mismo.)

La abundancia de datos sobre la representación y lo representado, más los irónicos comentarios, añaden picante a una relación que, a la cita bíblica, se complacerá en añadir detalles técnicos —ilustrados por dibujos— conducentes a lo temáticamente inevitable: la

En este número

Artículos de			
Ricardo Gullón	1-2	José Luis L. Aranguren	8-9
Carlos Sánchez del Río	3	Domingo García-Sabell	10-11
Enrique Cerdá Olmedo	4-5	F. Rodríguez Adrados	12
Alfonso E. Pérez Sánchez	6-7		

SUMARIO en página 2



Viene de la página anterior



Juan Benet en sus ensayos

confusión de lenguas que acabó con Babel y –según Benet– determinó «el fin de la auto-
ridad sobre la conciencia».

Profusión de citas, relevantes sobre todo en cuanto dan testimonio de una cultura bien asentada en la diversidad, que pudieron llegar acompañadas de notas al calce, con riesgo de caer en exceso de academicismo. No ha sido así: el discurso se enriquece con los nombres y los títulos pertinentes, integrando el saber en el conocimiento.

El arte de persuadir del ensayo benetiano ya lo había notado el lector en páginas de otros días: en *La moviola de Eurípides* (Taurus, 1982), una confesión insólita –casi un ex-abrupto, según el propio declarante– fue el punto en donde comenzó el razonamiento demostrativo de su validez. Si en los últimos treinta años Benet sólo había pisado dos veces una sala de conciertos, la causa de esta ausencia está clara: «Yo prefiero el disco.» Y al reconocerlo, no desconoce el precio de lo que a muchos parecerá tal opinión: «le borrará del cuadro de las personas tratables».

Qué es

SABER Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER Leer

Revista crítica de libros



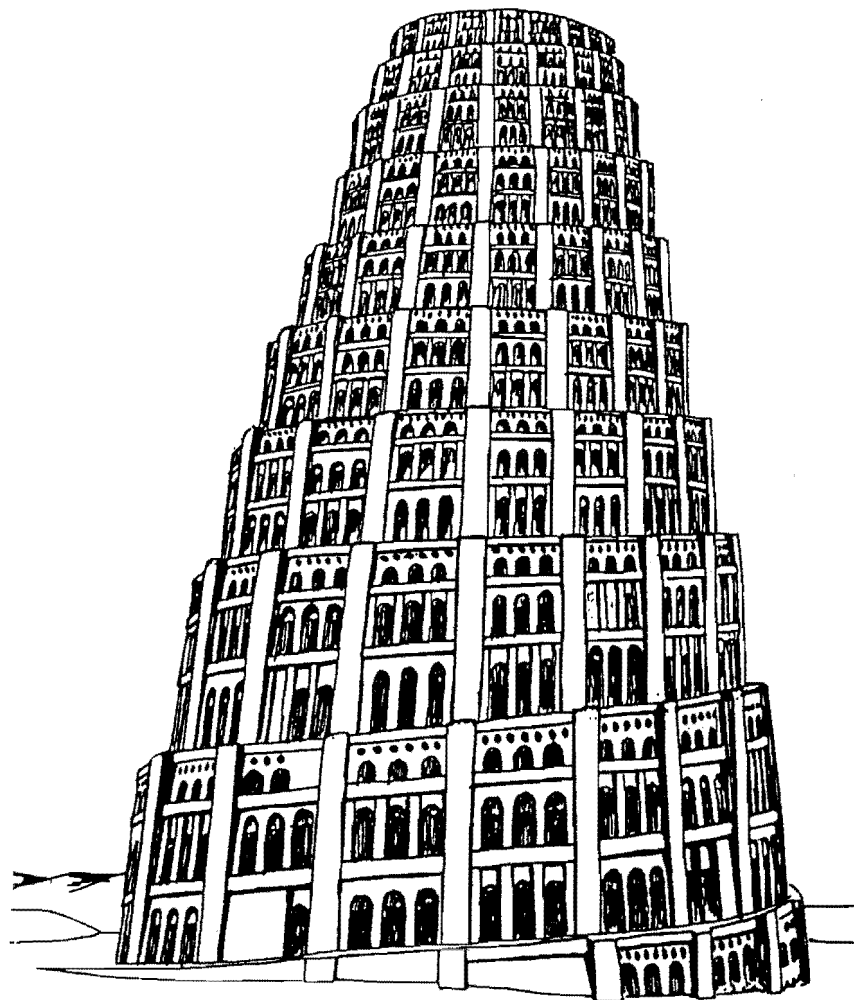
Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.



La torre según el escenario de *Metrópolis*, de Fritz Lang (dibujo de Juan Benet).

Extramuros del diálogo, el discurso fluye, seguro y convincente, aduciendo razones de peso: la música del tocadiscos llega al auditor sin la contaminación visual provocada por divos adiposos, julietas entradas en carne, pelucas, postizos, bohemios de guardarropía, decorados desvaídos, etc. Nada se interpone entre la voz y quien la escucha.

Cercano a Baroja, algún rasgo de arbitrariedad había de deslizarse en la reflexión crítica de Benet. No son esos rasgos los que quiero comentar aquí, sino su capacidad de admiración y comprensión manifiesta en escritos como «Barojiana», incluido en *Otoño en Madrid hacia 1950* (Alianza Editorial, 1987), rememoración de hechos vividos en la época indicada en el título del volumen: «Así que con el pretexto de hacerle entrega de dos libros que le concernían –que mi hermano, tan admirador suyo, le enviaba desde París–, un día me personé en la casa de Alarcón, número 12, para conocer a don Pío».

Establecidos tiempo y espacio, la atención del narrador puede centrarse en el protagonista, sin prescindir de quienes en el relato desempeñan función de personajes secundarios, o de «fieles» –según diría Henry James–: «mi hermano», «mi madre», Alberto Machimbarrena, José Gallego Díaz (que era, en sí, un tipo novelesco de considerable magnitud)... Impresiones de juventud, confirmadas por el

tiempo, y cercanas en sus giros estilísticos a los recurrentes en las novelas y en los cuentos.

Como en ellos, el arte del retrato estimula la imaginación de autor, que en este caso ni recurre a la ficcionalización de las figuras ni las adjudica la dosis de sombra que suele asignar a los actantes de sus relatos. Baroja se mueve en el discurso conforme se movió en la vida y poco a poco ocupa en la escena un lugar preferente –preferente, sí; absorbente, no– que de momento traspasa a uno de sus amigos, a don Gonzalo Gil-Delgado o a otro de sus fieles contertulios.

Decía Juan Ramón Jiménez, retratista de pincel agudo –en ocasiones hartamente punzante– que para salir airoso del empeño era preciso situar al hombre en su ambiente. El escogido –el impuesto– por Benet para presentar a don Pío es el de la casa, el de la familiaridad y la sencillez. Quizá por eso la rememoración se convierte en acto de ternura, en acto de lenguaje traspasado por la ternura y por la nostalgia.

¿Pensó Baroja, como el cronista supone, que sería «ridículo» delirio cualquier grandilocuente intento de hacer una gran novela en el siglo XX? El adjetivo «grandilocuente» a un lado, basta mirar en torno para responder: *La montaña mágica*, *A la recherche*, *Ulises*, la épica sureña de William Faulkner...

Se cierra el ensayo con esta observación: «aquel hombre era y escribía siempre igual, que poca necesidad tenía de fidelidad a un sí mismo que en ningún momento estuvo desdoblado». La doy por buena, la aplico a Juan Benet y firmo.

RESUMEN

Parte Ricardo Gullón, al enfrentarse con la vertiente ensayística del novelista Juan Benet, y ante su último libro que contiene cinco ensayos, de la eterna cuestión: ¿existen géneros literarios o su delimitación es poco más que una

conveniencia pedagógico-crítica? En su opinión, no hay motivos para encasillar a los escritores en predios cerrados, y no hay más que recordar –comenta– el millar largo de páginas ensayísticas que ha escrito el narrador Benet.

Juan Benet

La construcción de la torre de Babel

Siruella, Madrid, 1990. 152 páginas. 1.750 pesetas.

SUMARIO

	Págs.
«Juan Benet en sus ensayos», por Ricardo Gullón, sobre el libro <i>La construcción de la torre de Babel</i> , de Juan Benet	1-2
«La física en la política», por Carlos Sánchez del Río, sobre el libro <i>Klaus Fuchs, el espía atómico</i> , de Robert Chadwell Williams	3
«La larga marcha de la biología», por Enrique Cerdá Olmedo, sobre el libro <i>Historia de la biología</i> , de autores varios	4-5
«La vitalidad del arte español», por Alfonso E. Pérez Sánchez, sobre el libro <i>La edad de oro de la pintura española</i> , de Jonathan Brown	6-7
«La teología de la liberación, hoy», por José Luis L. Aranguren, sobre el libro <i>Mysterium Liberationis</i> , de Ignacio Ellacuría y Jon Sobrino	8-9
«El libro de un nonagenario», por Domingo García-Sabell, sobre el libro <i>Die Schere</i> , de Ernst Jünger	10-11
«La fábula en la literatura», por Francisco Rodríguez Adrados, sobre el libro <i>Sapere e paradosso nell' Antiquità: Esopo e la favola</i> , de Stefano Jedrkiewicz	12

La física en la política

Por Carlos Sánchez del Río

Carlos Sánchez del Río (Borja, Zaragoza, 1924) obtuvo en 1953 la cátedra de Física Atómica y Nuclear de la Universidad Complutense. Es miembro de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Ha sido director general de Política Científica y presidente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y de la Sociedad Nuclear Española.

Un libro, recientemente traducido, sobre el famoso caso del espía Klaus Fuchs, que actuó durante la última guerra y principios de la postguerra, se presta, cuarenta años después, a provechosas reflexiones.

Conviene recordar, en primer lugar, que la relevancia de la ciencia, tan patente en la sociedad actual, era muy poco importante hace medio siglo. Los gobiernos apoyaban la investigación científica en la medida en que esta actividad formaba parte de la cultura; por el mismo motivo se mantenían los museos o se subvencionaba la ópera. Pero durante la última guerra los políticos percibieron la importancia de la investigación cuando aparecieron instrumentos tan decisivos como el radar y la bomba atómica. Desde ese momento la actitud de los gobiernos frente a la ciencia cambió radicalmente; la ciencia en general y la física en particular pasaron del laboratorio a la política. Por eso apareció entonces el concepto de política científica y, lo que es más importante para nuestras reflexiones, la necesidad del secreto, desconocido hasta entonces en materia científica. Los secretos industriales anteriores no se referían a conocimientos básicos y no eran difíciles de redescubrir; por eso se protegían mediante patentes.

El desarrollo de las armas atómicas tuvo un carácter distinto; inicialmente no se sabía si tales armas eran posibles porque faltaban conocimientos fundamentales sobre el proceso de fisión del uranio y se desconocían las posibilidades de la producción y utilización del plutonio.

En estas condiciones y en período de guerra, el secreto más severo se impuso en los Estados Unidos para evitar que el enorme esfuerzo científico y tecnológico pudiera ser conocido por las potencias enemigas, fundamentalmente Alemania. Con relación a este país, había además el temor de que los científicos teutones pudieran adelantarse a los norteamericanos en el desarrollo del arma atómica; era tal el prestigio de la ciencia alemana, que los informes del servicio de espionaje indicando el retraso tudesco no lograban tranquilizar a los investigadores americanos.

Por entonces, las clases dirigentes de los Estados Unidos tenían ya clara conciencia del papel dominante que su país iba a tener en el futuro, por lo que se impuso una política de secreto incluso frente a sus propios aliados. Nunca se permitió que los científicos franceses tuvieran acceso a los trabajos que se llevaban a cabo en los Estados Unidos; sólo participaron marginalmente desde Canadá. En cuanto a los ingleses, la relación fue muy estrecha durante la guerra, hasta el punto de que un grupo británico intervino en el proyecto de las primeras armas atómicas americanas en el laboratorio ultrasecreto de Los Alamos. La pretensión británica de continuar tal colaboración después de la guerra fue siempre rechazada con varios pretextos por los Estados Unidos.

En cuanto a la Unión Soviética, la política norteamericana fue siempre recelosa; los servicios de contraespionaje americanos fueron muy activos en la persecución de los abundantes espías rusos durante la guerra. Incomprendiblemente, no investigaron a los científicos británicos que se incorporaron al proyecto atómico; aceptaron los informes favorables que provenían de Londres.

Entre los físicos teóricos que llegaron en el equipo británico se encontraba Klaus Fuchs, un alemán huido de los nazis por razones políticas. Fuchs procedía de una familia de pastores protestantes y había tenido dificultades en Alemania por ser miembro activo del Partido Comunista. Según se ha sabido después, en el servicio de inteligencia británico había una infiltración comunista considerable, y ello explica que Fuchs no fuera rechazado desde el principio.

En definitiva, Fuchs estuvo pasando información secreta sobre las armas atómicas a los rusos durante y después de la guerra,

Por aquella época, muchos intelectuales estaban fascinados por el experimento social que se llevaba a cabo en la Unión Soviética y dieron muestras de sorprendente ingenuidad. El insigne Niels Bohr, por ejemplo, propuso seriamente que se debían compartir con los soviéticos todos los secretos atómicos para garantizar así la paz universal. Y esto lo proponía cuando Stalin había impuesto por las armas el régimen comunista en media Europa.

Después vino un período en el que se puso de moda, entre muchos intelectuales y diplomáticos, una curiosa teoría según la cual

perimento iniciado por Lenin en 1917. Y lo más curioso del caso es que los regímenes socialistas se derrumbaron de repente sin que ningún politólogo lo anunciase.

Por todos estos hechos resulta tan fascinante leer hoy la historia de Klaus Fuchs, el espía atómico más famoso y probablemente el más útil para la Unión Soviética. Y, dejando aparte el interés novelístico del relato, lo más intrigante es poder responder a la pregunta: ¿Cómo es posible que personas tan inteligentes e ilustradas como Fuchs estuvieran dispuestas a cualquier sacrificio en favor de un sistema político que



JORGE WERFELLI

hasta ser desenmascarado en 1950. Estuvo posteriormente unos años en la cárcel y pasó después a la República Democrática Alemana.

Es difícil estimar el valor de la información que Fuchs suministró a la Unión Soviética porque no se conocen cuáles fueron otras fuentes de información ni qué conocimientos adquirieron los rusos por cuenta propia. Parece, sin embargo, que el espionaje de Fuchs aceleró la carrera para alcanzar la bomba de hidrógeno.

En cualquier caso, y pasados ya muchos años, lo más interesante del caso Fuchs es el carácter totalmente altruista de su personaje. Jamás aceptó compensación económica por su arriesgada labor. Fuchs es un paradigma de los iluminados comunistas que proliferaron en los ambientes intelectuales de los años treinta y cuarenta. Para Fuchs, como alemán, los derechos individuales no estaban concebidos tanto para proteger al individuo frente al Estado cuanto para la propia protección del Estado. Dentro de esta mentalidad, la sumisión a la autoridad legítima no era la antítesis de la libertad, sino su verdadera fuente. Fuchs carecía del sentimiento de una libertad individual opuesta al Estado, y para él no había más política que las verdades del Partido Comunista, que por principio no podía errar.

el régimen soviético no era adecuado para los países industrializados, pero sí para las naciones en vía de desarrollo. Fue la época, ya en los años sesenta, del entusiasmo por Fidel Castro y la idolatría de Ernesto (Che) Guevara.

Todavía en la última década, un cierto número de intelectuales en Occidente aceptaban la ideología oficial comunista porque, según ellos, todas las preguntas encontraban respuestas correctas, determinadas por el Partido con su infalible conocimiento de la historia. El resultado era la disponibilidad del individuo para sacrificar todos sus valores y metas a los del Partido.

Los revolucionarios acontecimientos de 1989 pusieron de manifiesto el fracaso del ex-

desde el principio era contrario al sentido común?

El éxito de las promesas comunistas entre los más desheredados e incultos se entiende. Pero que intelectuales distinguidos e informados aceptasen sinceramente una utopía irrealizable sólo se explica por la limitación de la razón humana. Tal vez, y en relación con los científicos comunistas, el enigma tenga una explicación: nos movemos siempre dentro de modelos simplificados y olvidamos, a veces, que la realidad es más rica que las abstracciones que inventamos para describirla. Y esto en política es un gravísimo error. De aquí proviene el fracaso del llamado socialismo científico.

RESUMEN

Carlos Sánchez del Río se ocupa en su artículo de un espía a favor de los soviéticos que alcanzó, en los comienzos de la guerra fría, una relevancia especial, pues se trataba de un científico alemán que suministró información

sobre el potencial atómico de los americanos por convicción ideológica y por altruismo (jamás cobró por ello). Este caso de espionaje científico le da ocasión a reflexionar sobre ciencia y política.

Robert Chadwell Williams

Klaus Fuchs, el espía atómico

Labor, Barcelona, 1990. 223 páginas. 1.500 pesetas.

Viene de la página anterior



mite así a la naturaleza «variar hasta el infinito sus productos». La idea combinatoria no sólo ha sido la base de nuestra comprensión de la genética, sino que ilumina problemas tan diversos de la biología actual como la variedad de los anticuerpos, la naturaleza y la evolución de las proteínas y el desarrollo de los animales.

La regla cuantitativa de la segregación también había sido anticipada, esta vez por un cura párroco alemán, Johannes Dzierzon, que desentrañó el curioso sistema genético de las abejas y observó que una reina híbrida, procedente del cruzamiento de una raza alemana y otra italiana, produce zánganos de tipo alemán e italiano en proporciones iguales.

La escasa repercusión de estos descubrimientos y de los del propio Mendel en su tiempo demuestran que la recepción de una idea requiere cierta madurez en la comunidad científica. Otras tres veces hubieron de ser descubiertas independientemente las «leyes» de Mendel antes de que fueran universalmente apreciadas y provocaran un torrente de investigaciones que todavía no da señales de menguar.

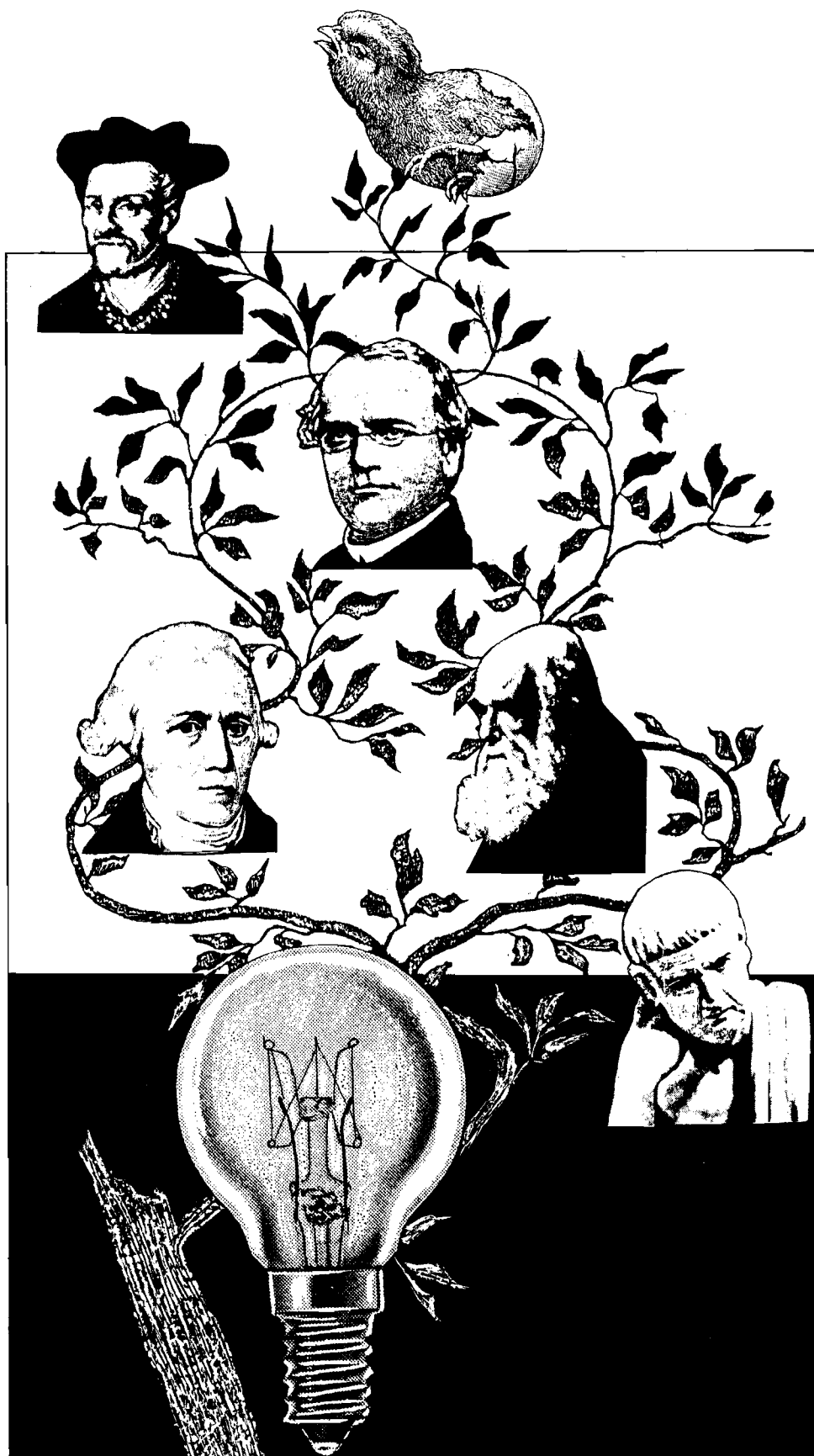
Del buen uso del materialismo dialéctico.

El libro invoca varias veces a Marx, Engels y Lenin y dedica un capítulo, por fortuna breve, a la relación entre biología y materialismo dialéctico. Estas actitudes, desusadas entre biólogos, han sido frecuentes entre historiadores de la ciencia, incluso en los países occidentales. Recuérdese, por ejemplo, la *Historia social de la ciencia*, de John Bernal.

Aunque los autores afirman varias veces la validez de la filosofía marxista y leninista, la mantienen en un discreto trasfondo, de modo que el libro sea válido para los que la ignoren o la rechacen. Llama la atención la nomenclatura de las épocas históricas, que va desde la «antigua sociedad esclavista» al «capitalismo desarrollado». La falta de entusiasmo ideológico se refleja en el casi completo olvido de la biología del «socialismo real». Las alusiones a Lysenko y otros ortodoxos del Partido son escasas y sutilmente críticas; se alaban los méritos de Vavilov, Karpechenko y otros genéticos soviéticos «aburguesados», pero no se describe la controversia entre ambos grupos ni su expeditiva resolución en favor de los primeros. El libro de Z. A. Medvedev, *The rise and fall of T. D. Lysenko*, fascinante y muy crítico, no aparece siquiera en la bibliografía.

Glosaré brevemente dos de los ramalazos de ortodoxia marxista de este libro. Uno es el de la relación entre logros intelectuales y situación económica y social: sugiere que la idea de la evolución biológica aparece en períodos de cambio social e histórico muy rápido. Le sirven de ejemplos el fundador de la teoría de la evolución biológica, Anaximandro de Mileto, y su figura cumbre, Charles Darwin, cuyos respectivos momentos históricos, los siglos -VI y XIX, pueden parecer particularmente turbulentos. Pero también fueron darwinistas «avant la lettre» Al-Gahiz y Al-Biruni y la secta Ihwan as-Safa (Los Hermanos Puros) de Basora, cuyo entorno, el Oriente Medio de los siglos IX a XI, no parece haber sido particularmente inestable.

El breve comentario sobre los cambios sociales y económicos que precede a la descripción de los logros científicos de cada etapa histórica ofrece una oportunidad para presentar la interpretación marxista de la historia. Así, los autores, siguiendo a Marx y Engels, atribuyen la explosiva irrupción de los árabes en el siglo VII a la evolución de las clases sociales en la península arábiga y al desvío de las rutas comerciales a través de Persia. Me permito proponer una explicación alternativa que tiene el grave vicio del «biologismo», explícitamente condenado por Lenin, para quien «la trasposición de conceptos biológicos al terreno de las ciencias sociales es pura palabrería». Me baso en la teoría del ruso Uvarov sobre la plaga de langosta. Las zonas esteparias reciben



VICTORIA MARTOS

lluvias muy irregulares, incluso si se promedian períodos de tiempo largos. Los períodos lluviosos acarrearán un aumento de la población, que queda sin sustento en las siguientes sequías. Se ha observado que muchas especies de saltamontes cambian entonces, incluso fisiológica y anatómicamente, de una forma sedentaria a una forma migratoria que constituye la plaga de langosta. En nuestra especie, el cambio de la forma pacífica a la invasora no precisa modificaciones físicas que faciliten la marcha, pero puede ser confortado por argumentos ideológicos o religiosos. Mi hipótesis tiene la ventaja de ser verificable: basta estudiar la pluviosidad durante el siglo en el que tuvo lugar la migración. El Corán ofrece un indicio a mi favor cuando comenta, con una intención muy diferente, el colapso accidental de una gigantesca presa en el Yemen que, al destruir buena parte de los regadíos de aquella Arabia feliz, debió de predisponer a muchos a la emigración. Los desbordamientos de mongoles, turcos, persas, magrebíes y castellanos fuera de sus estepas en distintas épocas de la historia pudieron tener una causa similar.

Teorías peligrosas. Las teorías biológicas, y con ellas todo el contenido de este libro, pueden parecer un entretenimiento intelectual inocuo. No es difícil convencerse de lo contrario. Una de las causas del fracaso de la revolución roja ha sido su incapacidad para hacer la revolución verde. La prohibición estalinista de la genética inhibió la mejora gené-

tica de plantas y animales, causa principal de que cuarenta millones de españoles desconozcamos el hambre en el mismo solar que a duras penas conseguía alimentar históricamente diez millones. Las teorías sobre el origen y la función del semen pueden parecernos interesantes, pero intrascendentes. Pero la opinión de Leófanos, refrendada por Aristóteles, de que la extirpación del testículo izquierdo favorece la generación de machos y la del derecho, de hembras costó un penoso sacrificio a muchos hombres y animales domésticos de la antigüedad.

El enfoque histórico en la enseñanza de la ciencia. El libro nació de cursos universitarios de historia de la biología, una disciplina académica inexistente en nuestras universidades. Su lectura me convence de que no de-

be implantarse como asignatura obligatoria porque no tiene la coherencia indispensable y porque pocos profesores serían capaces de hacerla atractiva. El mejor uso de este libro sería el de dar a profesores y alumnos de las diversas asignaturas especializadas la visión histórica que les permita comprenderlas mejor. No me declaro con ello partidario de una «ley doxogenética», por la que la enseñanza de una ciencia deba resumir su desarrollo histórico. Este libro convence de lo contrario: en todas las disciplinas principales se han sucedido tantas opiniones encontradas y hoy irrelevantes, que su enumeración embrolla más que ilumina.

La ciencia española. El libro alemán ha sido acercado a nosotros por José Luis Gil Aristu con una hábil traducción y por Luis García Ballester con muchas inserciones debidamente identificadas, que completan las alusiones del texto original a la historia de la biología en España y en la América española.

Se puede comprobar que España estuvo varias veces en el pelotón de cabeza de la ciencia mundial, pero no tanto en la creación de ideas como en su recopilación y transmisión. Repercutieron fuera de la Península Ibérica las obras de Columela en la época romana, Isidoro en la visigótica, una enorme pléyade de agrónomos, farmacólogos, médicos y botánicos en la árabe, Gabriel Alonso de Herrera en el Renacimiento y Santiago Ramón y Cajal en nuestro siglo. En dos ocasiones, en la época árabe y en el Renacimiento, le tocó a España servir de puente entre continentes y civilizaciones, y en ambos casos podemos estar orgullosos de la obra de nuestros antepasados.

No especularé sobre la escasa creatividad de los españoles en la ciencia, que tanto contrasta con la creatividad en las artes y las letras. Me permito notar que aquélla necesita instituciones eficaces mucho más que éstas y que nuestras instituciones científicas, cuando han existido, han solido ser imitaciones pobres y tardías de modelos extranjeros.

¿Es la amenidad ligereza? Las tradiciones docentes del oriente de Europa pueden ser responsables del tono excesivamente profesoral del libro, en el que no escasean los párrafos de difícil digestión y escaso contenido alimenticio. Una cláusula de conciencia debería eximir a los traductores de transmitirnos, por ejemplo, que «los controles genéticos resultan eficaces gracias a la matriz orgánica, y la cristalización embrionaria está inducida y selectivamente regulada por posiciones activas de la misma».

Después de leer tantas solemnidades me permito un desquite. No sé de nadie que hasta el siglo XVI expusiera el método experimental tan bien como François Rabelais en la investigación de un problema biotecnológico nada desdeñable: el del mejor modo de limpiarse el culo (*Gargantúa y Pantagruel*, libro 1, capítulo 13). Después de descartar experimentalmente muchas alternativas, concluye que «el mejor limpiaculos es un pollo de oca con muchas plumas, cogiéndole la cabeza entre las piernas... tanto por la dulzura del plumón como por el calor templado del animalito».

RESUMEN

La monumental Historia de la Biología compuesta por un grupo de especialistas de Berlín, Moscú, Praga y Bucarest es la única obra de este género publicada en español en los últimos cuarenta años. Además de ser una valiosa obra de consulta sobre el desarrollo científico de la

biología, la agricultura, la ganadería y la medicina, contiene múltiples reflexiones desde un punto de vista materialista dialéctico. Su aparición en España permite considerar el legado intelectual de los países del Este en la hora de su rápida occidentalización.

I. Jahn, R. Löther y K. Senglaub (drs.)

Historia de la Biología

Labor, Barcelona, 1990. 780 páginas. 7.500 pesetas.

La vitalidad del arte español

Por Alfonso E. Pérez Sánchez

Alfonso E. Pérez Sánchez (Cartagena, Murcia, 1935) es catedrático de Historia del Arte en la Universidad Complutense de Madrid y ha sido director del Museo del Prado de 1983 a febrero de 1991. Es autor de numerosas obras de investigación sobre pintura italiana y española del Barroco. Destacan entre ellas: *Pintura italiana del siglo XVII en España*, *Historia del dibujo en España* y *De la Edad Media a Goya*.

Jonathan Brown es bien conocido de quienes se interesan por la historia de la pintura española; ha demostrado ya cumplidamente su devoción a nuestra patria, con aportaciones importantes en la historia artística española, y ha realizado una muy amplia labor de difusión de nuestra cultura en Estados Unidos, donde ha desempeñado una fecunda tarea docente en la Universidad de Princeton y en el «Institute of Fine Arts» de la Universidad de Nueva York, sucediendo a ilustres maestros del hispanismo y formando a la generación más joven de investigadores norteamericanos que, con mayor o menor fortuna, pero con evidente entusiasmo y deseo de éxito, se halla en la actualidad trabajando sobre variados aspectos de la historia del arte español y en especial de nuestra pintura.

No es extraño, pues, que, tras haber realizado investigaciones puntuales sobre aspectos muy concretos de nuestro arte, y sobre las personalidades más fuertes de la pintura española (Greco, Velázquez, Ribera, Zurbarán o Murillo), haya sido tentado por la realización de un libro sintético, donde recoger su interpretación de cuanto se ha incorporado al saber general sobre nuestra pintura de esa «edad de oro» que, como acertadamente indica su título, no se limita tan sólo a un siglo, sino que se proyecta durante casi dos y medio.

La investigación sobre esos fascinantes capítulos de la historia artística española ha conocido en los últimos años un desarrollo extraordinario. Se han multiplicado especialmente las aportaciones puntuales, que podríamos decir «clásicas». Un crecido número de trabajos monográficos sobre artistas de mayor o menor significación, de artículos sobre aspectos críticos o biográficos, de obras «inéditas» puestas en circulación, e incluso la celebración de exposiciones que han permitido el conocimiento directo y la confrontación de obras mal estudiadas, han transformado por entero nuestro conocimiento de la realidad objetiva de la producción artística española, especialmente de los siglos XVI y XVII, en un sentido de «ciencia positiva» que a algunos puede parecer obsoleto, pero que por desgracia, en un país que carece aún de apurados inventarios artísticos o monumentales, y donde pueden todavía aparecer obras significativas de artistas de primer orden, incluso en los almacenes de museos inexplorados, es absolutamente imprescindible y previo a cualquier elaboración interpretativa.

Pero no sólo en esa dirección, que podríamos llamar nutricia y basamental, se ha enriquecido nuestro saber, sino que —y es quizá lo más significativo— desde otros ángulos, por largo tiempo descuidados, estudiosos españoles y extranjeros han abordado con inteligencia, rigor e imaginación la revisión de nuestra historia artística, desarrollando ideas, sugerencias, propuestas o exigencias planteadas, a veces, desde hace muchísimos años por los patriarcas de la historia del arte español, cuando los modos de trabajo eran otros y cuando eran impensables las facilidades instrumentales que hoy puede encontrar cualquier joven becario medianamente favorecido.

Estudios puntuales sobre el coleccionismo y el mecenazgo van subrayando la impor-



Velázquez, Felipe IV. Museo del Prado.

tancia de la clientela en la configuración de las formas y los estilos de nuestros artistas, determinando sus limitaciones y, a la par, su capacidad de creación personal dentro del reducido círculo que les permitía la presión de una sociedad mediatizada por el peso de lo eclesiástico, pero donde a veces era posible encontrar un obispo culto y viajero capaz de sugerir novedades o de proponer modelos inusitados.

Se ha mostrado también cómo la importancia masiva de obras italianas, favorecida por las circunstancias históricas y por la presencia de nobles españoles en la embajada de Roma y en el virreinato napolitano, permitió

a los pintores españoles la familiaridad con cuanto se hacía y se había hecho en Italia, desde los tiempos de Tiziano — que encontró en Felipe II un cliente de excepción —, hasta los años finales del siglo XVII, cuando el prestigio de las obras pintadas por Luca Giordano para cierta nobleza española determinó su venida al servicio de Carlos II.

Hace ya veinticinco años, yo mismo, al ocuparme de la pintura italiana del siglo XVII en España, hube de recoger como lema introductor de mi texto las significativas palabras de Palomino en 1725:

«Los extranjeros no quieren conceder en este arte (la pintura) el laurel de la fama a nin-

gún español si no ha pasado por las aduanas de Italia, sin advertir que Italia se ha transferido a España en las estatuas, pinturas eminentes, estampas y libros.»

Texto enormemente expresivo, que corrobora y rebate a la vez el viejo tópico del aislamiento de nuestros artistas. Es cierto que no viajaron en la misma medida que franceses o flamencos, pero, a la vez, en ningún otro país de Europa fue posible conocer directamente una mayor cantidad de obras magistrales de procedencia italiana, enriquecedoras de nuestra sensibilidad e integradas en nuestro escenario físico.

Y respecto a Flandes, desde que Cruzada Villamil, en 1875, publicó su «Rubens diplomático español», repleto de noticias, o más tarde D. Elías Tormo insistió en la presencia del gran flamenco en la formación de nuestros maestros barrocos, hasta el reciente libro de Simon A. Vosters, *Rubens y España*, pasando por las investigaciones puntuales de Díaz Padrón o de mí mismo, sabemos bien en qué medida fue significativa, renovadora y condicionadora la presencia flamenca — tanto a través de los lienzos como de los grabados — en la transformación de nuestros artistas en esa dirección de pleno barroco, que alcanza su cima en el reinado de Carlos II.

Las viejas afirmaciones en torno al «realismo español» como indiscutida constante en la pintura española, y las ingenuas y bienintencionadas afirmaciones — un tanto «literarias» en el sentido peyorativo del término —

sobre el misticismo de nuestra pintura, se han ido desmontando, o al menos han ido hallando su verdadera dimensión en un complejo apasionante, donde lo propio y lo ajeno, lo visto y lo sabido, lo sentido y lo demandado por la clientela, fundamentalmente piadosa, va encontrando su correcta y proporcionada integración en un todo personal, donde no falta, tampoco, un complejo sistema de convenciones, símbolos y alusiones, que se separan bastante de esa elemental y discreta «mirada alrededor», que por tanto tiempo se pretendió fuese nuestra pintura del siglo XVII.

CORTESÍA DE ED. NEREA



La larga marcha de la biología

Por Enrique Cerdá Olmedo

Enrique Cerdá Olmedo (Guadix, 1942) es catedrático de Genética en la Universidad de Sevilla. Se ha ocupado principalmente de la reparación y la mutación de la información genética, de la conducta y del desarrollo de los microorganismos y de la producción microbiana de terpenoides de interés industrial. Ha sido el principal autor del libro *Phycomyces* y de numerosas monografías especializadas. También ha escrito *Nuestros genes*.

Una obra monumental. Con sus más de cuatro millones de letras, o sea más del doble que *El Quijote*, esta *Historia de la Biología* es vasta y ambiciosa: al texto principal se suman un millar de biografías breves y muchas notas, una amplia bibliografía y unos índices eficaces. El resultado es una buena referencia para consulta, pero sería una pena que se quedara en eso.

El libro fue escrito por nueve autores de los países comunistas europeos antes de que se desmoronara su sistema social y político. Cuatro trabajan en la Universidad Humboldt, en el entonces Berlín oriental. Otro es un filósofo marxista-leninista del mismo Berlín, que podría haber sido incluido como mero pararrayos ideológico. Los otros cuatro se reparten entre Moscú, Praga y Bucarest. El colectivismo de los títulos no esconde del todo que la profesora berlinesa Ilse Jahn es mucho más que «prima inter pares», porque a ella se debe la mitad del texto y la mayor responsabilidad en la coordinación general.

Desde la portada, el libro promete ocuparse de «Teoría, métodos, instituciones y biografías breves». El desarrollo de las ideas biológicas es el tema predominante del texto principal, con sus más de 500 grandes páginas, que se extienden desde la prehistoria hasta bien mediado nuestro siglo.

La evolución de los métodos científicos recibe considerable atención. Para estimar el camino recorrido por el método experimental basta considerar sus primeros balbuceos. El experimento más antiguo descrito en el libro es el de Payasi, reyzeulo indio de hace dos mil quinientos años que hizo encerrar a un ladrón en una orza que selló con barro. La

orza siguió intacta a la muerte del condenado, lo que excluyó la hipótesis de un alma material que hubiera roto la orza al escapar. Más antiguo sería el experimento del rey egipcio Psamético, que según Herodoto (*Euterpe*, cap. 2) hizo criar dos niños sin que nadie les hablara. Tras dos años de expectación, los niños prorrumpieron a hablar diciendo insistentemente «becos», que en frigio significa pan. Se concluyó que los frigios fueron los primeros habitantes del mundo, mal que les pesara a los egipcios.

Las biografías son concisas y concretas y, además de científicos de todas las épocas, incluyen filósofos, poetas y artistas que demostraron particular interés por los problemas biológicos.

El menos conseguido de los cuatro aspectos anunciados es el de las instituciones. Se ocupa de muchas, desde las clásicas de Atenas y Alejandría hasta las presentes, pero de manera muy desigual: el nacimiento de la Sociedad Emperador Guillermo, precursora de la actual Sociedad Max Planck, de Alemania, recibe tanta atención como toda la historia de las universidades. Se echa particularmente en falta la historia de la renovación racionalista de las universidades, en la que brilla precisamente el nombre de Humboldt, y más por Guillermo que por Alejandro. Esa renovación, y sobre todo la nueva forma del doctorado y la preferencia por los profesores investigadores, me parece la causa principal de la explosión científica de los últimos cien años y de la creatividad del momento actual.

La biología es hija de sus aplicaciones. La historia demuestra que la atención a las necesidades prácticas precede casi siempre a la especulación intelectual y a la experimentación rigurosa. Los manuales de agricultura se remontan al *Calendario agrícola sumerio* y al *Libro de jardinería* del babilonio Marduk-Idelina, e incluyen tratados tan antiguos como los del cartaginés Magón y el romano Catón el Censor. La literatura ganadera empieza con Kikkuli, caballero mayor de un rey hitita, Simón de Atenas y Jenofonte. El *Papiro de Eber*, de hace tres mil quinientos años, inicia los tratados de medicina, con sus casi mil instrucciones terapéuticas, y también la biología del desarrollo, porque describe las metamorfosis de los insectos y los anfibios. La tradición de los

grandes manuales médicos es ya muy antigua: el de Oribasio de Pérgamo, médico del emperador Juliano, tenía 72 libros, más nueve de sinopsis y uno de resumen para profanos. La legislación médica se abre con el código de Hammurabi, que si no estimuló el progreso de la cirugía debió de salvar muchas vidas: «Es ley que si un médico ha causado a un hombre una herida grave con su cuchillo de cobre y lo ha matado, o le ha abierto la cavidad ocular con su cuchillo de cobre, se le corten las manos».

La utilidad de la agricultura es evidente porque su adopción permitió decuplicar, por lo menos, las poblaciones de recolectores de productos naturales y fue un requisito indispensable para la civilización. Más dudosa es la eficacia global de la medicina antigua. Las vastas farmacopeas basadas en extractos vegetales nos hacen sospechar que muchos fármacos podían servir para lo que cándidamente confesó Cristóbal de Villalón (*Viaje de Turquía*, siglo XVI): «Hice una medicina... que es compuesta de las cosas más amargas del mundo... y cuando veía que no podía salir con la cura... dábales un botecito muy labrado lleno de ella, que serían dos onzas, mandándoles cada mañana tomasen una dragma desatada en cocimiento de pasas; y esto habían de tomar diecinueve mañanas al salir el sol, de tal arte que no interpolasen ninguna. Ello era tan amargo que no era posible hombre ni mujer pasarlo... Nunca faltaba achaque: o que dejó uno, o que interpoló, o que no lo tomó siempre a una hora, y que era menester comenzar de principio».

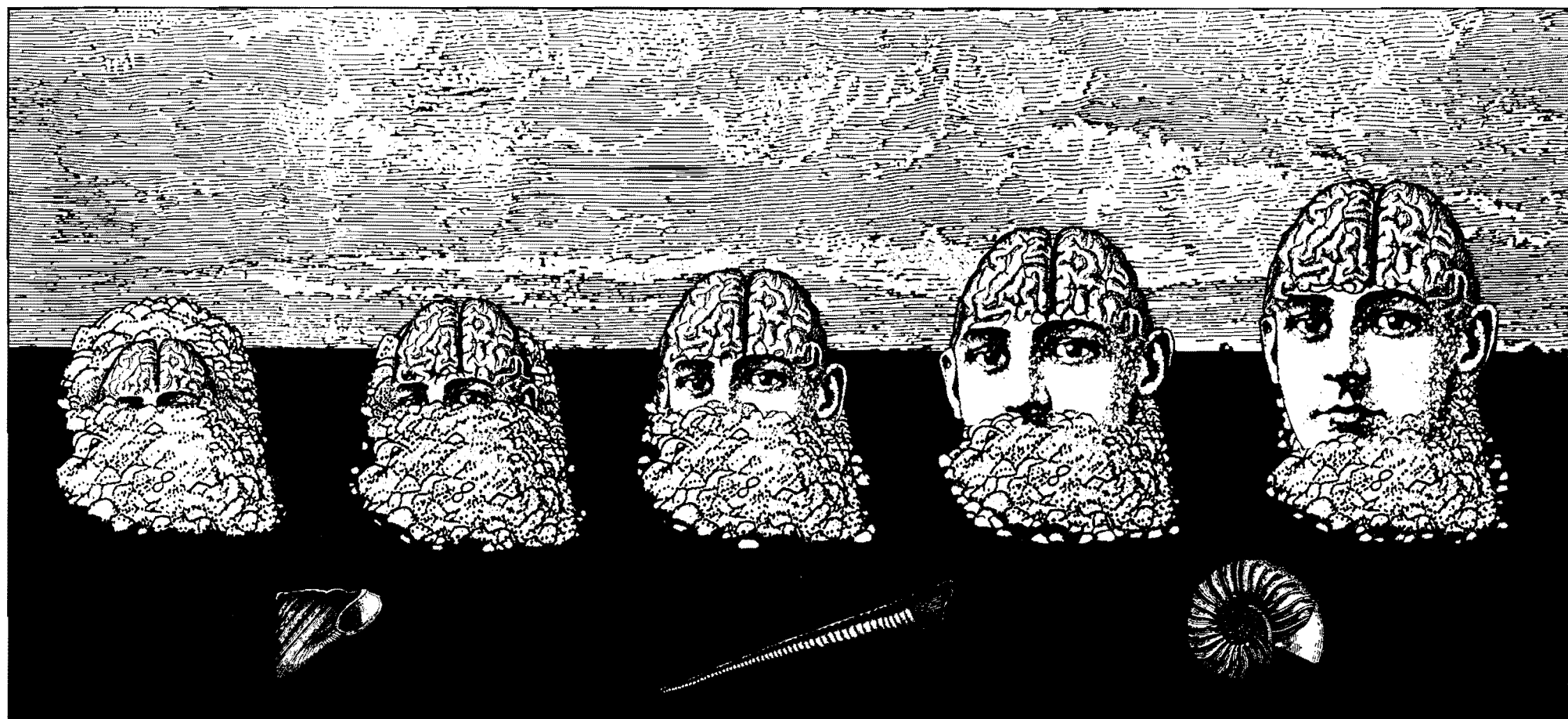
¿Progreso continuo? Más que cualquier otra especialidad histórica, la historia de la ciencia se presta a reflexionar sobre si el progreso puede ser continuo o está abocado a altibajos y retrocesos. Lucio Anneo Séneca temía que la ciencia «olvidara lo aprendido», y así ocurrió con el triunfo del cristianismo. La biología cristiana comienza con el *Physiologus*, una recopilación de 48 historias de animales, plantas y piedras, en su mayor parte fabulosas, de las que extrae enseñanzas y correlaciones teológicas. Con la nueva actitud se extinguió una actividad científica que, pese a sus errores y defectos, no fue superada en cerca de dos milenios. La *Generación de los animales*, de Aristóteles; la *Historia natural*, de Plinio el Viejo; y la *Agricultura*, de Colu-

mela, se mantuvieron hasta hace uno, dos o tres siglos no como curiosidades históricas, sino como libros válidos y actuales.

Las grandes teorías modernas. Los capítulos dedicados a períodos remotos, en su mayoría muy interesantes, se ocupan sobre todo de la agricultura, la ganadería y la medicina, pero estos temas pasan a un segundo plano en los dedicados a la era moderna, que intentan un tratamiento equilibrado de los grandes problemas básicos y de las diversas disciplinas actuales, desde la bioquímica a la ecología. Concede una atención particular a la evolución y la genética, justificable precisamente por el papel integrador de sus teorías, válidas para todos los seres vivos. En un libro escrito bajo regímenes comunistas cabía esperar simpatía por la evolución, pero no por la genética, ciencia que fue tenida durante varios decenios en aquellos países por mera confabulación de curas y capitalistas.

Uno de los grandes méritos del libro, hecho posible por su considerable extensión, es la descripción de los progresos graduales y la lenta elaboración de las ideas. El progreso científico no es obra de unos pocos genios que milagrosamente alumbran como meteoros las oscuridades de la ignorancia, sino fruto del paciente trabajo de muchos investigadores que van acumulando hechos y contrastando dialécticamente opiniones opuestas. Entre los muchos ejemplos posibles comentaré sólo el caso de la genética, que se suele presentar como hija del grito aislado de un genio incomprendido, Gregor Mendel. El libro acierta al no escatimar piropos al fraile agustino, pero también al situarlo en un concierto, o quizá galimatías a muchas voces, que se remonta por lo menos a los asirios y en el que destacan algunos filósofos antiguos, como Aristóteles, y muchos agricultores y amigos de la naturaleza de los últimos siglos.

Entre los antecesores de Mendel llama la atención el francés Michel Segeret, el padre de la visión combinatoria de los seres vivos. Sus cruzamientos de variedades de melones le convencieron de que los caracteres biológicos no se mezclan o diluyen unos en otros, sino que se combinan conservando su identidad. Un número limitado de caracteres per-



VICTORIA MARTOS

Viene de la página anterior



El estudio de determinados géneros, especialmente el de la naturaleza muerta o «Bodegón», abordado en 1935 por Julio Cavestany y retomado en fechas más recientes por William Jordan y yo mismo, es bien significativo de la honda transformación sufrida en el conocimiento general, al precisarse matices y procedencias y al subrayar lo singular de lo aquí conseguido.

A la vez, la consideración de la significación social del artista, tantas veces ignorada, ha conocido una renovación radical. Trabajos como el de Julián Gállego o el pionero de Enrique Lafuente Ferrari han perfilado una visión correcta del desajuste de nuestros artistas respecto a la situación italiana e incluso francesa o flamenca del tiempo. El duro recorrido del pintor español, desde artesano a artista, ha sido ya integrado para siempre en la visión de nuestra realidad histórico-artística.

También se ha roto definitivamente la visión elemental y simplificadora, que no era capaz de quebrar la superficie de la apariencia de lo pintado. Gracias al desarrollo —espectacular y casi avasallador, y por ello no sin riesgo de ridículos excesos— de las lecturas icnológicas se ha logrado una mejor y más honda comprensión de los significados, en ocasiones complejos y aun laberínticos, de las obras de nuestro barroco, disfrazadas a veces con las engañosas apariencias de lo inmediato, o de las del siglo XVI, llenas, también incluso en lo devocional, de ecos del humanismo. Ya



Jusepe de Ribera, *San Jerónimo y el Angel*.

lo que inició D. Elías Tormo con su *Velázquez y el Salón de Reinos* (1914) está el germen del bien conocido *Un Palacio para un Rey* del propio Jonathan Brown y John Elliott, y en las páginas de Angulo sobre la decoración de Santa María la Blanca o del Hospital de la Caridad sevillanos, el modelo, luego ampliamente enriquecido, para otros muchos estudios de conjuntos semejantes a la luz de las devociones locales, de las preferencias de una determinada obra religiosa, o de las especulaciones de un comitente culto.

La profundización en las fuentes conceptuales y formales de la creación artística española ha ayudado también a modificar y a romper viejos esquemas. Ante todo, los de las escuelas locales, por tanto tiempo consagradas. La sorprendente afinidad de artistas tales como Valdés Leal, sevillano, con Francisco Rizi o Camilo, ambos madrileños, señalada por Angulo, así como la enorme distancia que separa a Zurbarán del propio Valdés, a pesar de la común procedencia y actividad sevillana, mueve hoy a estudiar el mundo español más bien a través de la cronología, de las fuentes comunes y de las comunes situaciones de mecenazgo y actitud religiosa o política, que a través de la geografía, rota tantas veces por los viajes y los intercambios personales, que vamos conociendo cada día con mayor precisión.

Paradójicamente —y es realidad sumamente peligrosa—, la situación de exacerbado localismo que está propiciando el «Estado de las Autonomías» en estos últimos años, con una serie de iniciativas, estudios y publicaciones de ámbito estrechamente regional, provincial y aun local, parece reducir sensible-

mente el horizonte, y empequeñece de modo lamentable el alcance de la renovación crítica que venimos reclamando.

Con todo este bagaje renovador, que incluye algunas aportaciones puntuales propias, Jonathan Brown ha logrado hacer una brillante síntesis, bellamente escrita, a la que Ediciones Nerea ha puesto una hermosísima veste editorial.

Este libro se inscribe, pues, en lo más vivo de esa corriente renovadora y actualizadora de la investigación sobre nuestra pintura... y se nutre de ella. Por fortuna —y aunque parezca paradójico—, no es un libro único, ni raro ni difícil. Es un testimonio de la vitalidad de la historia del arte español, que puede ser abordada ya, rotos sus estrechos límites, desde muy diversas perspectivas, y puede proyectarse con rigor sobre muchos públicos distintos. Es un libro que será leído con agrado y provecho por los especialistas y, a la vez, por muchas gentes que no suelen leer las publicaciones de historia de la pintura, pues demasiadas veces se en-

RESUMEN

Jonathan Brown es un especialista norteamericano en la historia de la pintura española, que ha contribuido —como nos lo recuerda Alfonso E. Pérez Sánchez— a difundir la cultura española en Estados Unidos. Tras realizar numerosas investigaciones par-

cuentran distanciados por el tono profesoral de buena parte de sus cultivadores más serios —que parecen dirigirse casi siempre sólo a especialistas— o por el carácter de vaciedad retórica y lugares comunes con que tantas veces se arrojan las ediciones de imágenes, más o menos bellas, de carácter divulgativo. Es mérito singular del autor saber encontrar el tono y el vehículo para ello. Pero hay en esa indudable maestría el grave riesgo de que una hábil publicidad y un desmesurado eco informativo convierta en acontecimiento singular, a los ojos de un público inadvertido, lo que debiera ser entendido sólo en su verdadera dimensión.

Con demasiada frecuencia, la actitud de nuestros medios de comunicación obliga a recordar lo que el aragonés Jusepe Martínez, testigo directo, pone en boca del pintor José de Ribera, y el propio Jonathan Brown recuerda: «España es madre piadosa de forasteros y cruelísima madrastra de los propios naturales.»

Buena parte de cuanto la publicidad e incluso la «crítica» ha subrayado en este libro como novedad o singularidad se debe al trabajo y a la investigación o a la intuición e inteligencia de muchos colegas españoles y extranjeros, que por supuesto Jonathan Brown conoce y cita con mesurada discreción.

Su gran mérito es el de haber realizado una elaboración inteligente —y no exenta, por supuesto, de puntos discutibles—, brillante en ocasiones y siempre sugestiva.

No es éste el lugar para señalar divergencias de criterio o aspectos sorprendentes, que exigirían una más detenida revisión crítica. Pero sí vale la pena subrayar que, evidentemente, el autor se mueve con mayor seguridad en el ámbito del siglo XVII que en el del Renacimiento, donde algunas afirmaciones resultan en exceso sorprendentes y, sobre todo, difícilmente sostenibles frente a hechos verificados que parecen olvidarse ante hipótesis recientes, carentes en ocasiones del necesario peso. Casos significativos son la negación de la estancia en Urbino de Pedro Berruguete, o la sorprendente permuta de la personalidad de los dos Hernandos, Yáñez y Llanos, apoyada en la atribución a Yáñez de una pintura de la National Gallery de Washington, huérfana de cualquier elemento objetivo que permita sostenerla y, sobre todo, edificar sobre ella tan arriesgada operación, que contradicen las propias obras de Yáñez en Cuenca, perfectamente documentadas.

Pero con todo, estoy seguro de que sus lectores de habla inglesa descubrirán en sus páginas nombres y conceptos que, por desgracia, no son familiares fuera de nuestras fronteras y resultará por ello un atractivo heraldo de lo mejor de nuestra cultura. Y al lector español se le brinda una excelente síntesis, rica de información, de ideas y de sugerencias, que viene a unirse a las que en estos momentos vienen realizando otros profesionales, con preocupaciones quizá diversas en el detalle, pero confluyentes todas en ese renacido interés por el mejor conocimiento de nuestra historia artística, testimonio sin duda el más expresivo de esa otra «historia total» que vamos ya, por fortuna, conociendo, libre de tópicos, de prejuicios y de afirmaciones repetidas y gratuitas.

Jonathan Brown

La edad de oro de la pintura española

Nerea, Madrid, 1990. 326 páginas con 290 ilustraciones. 7.980 pesetas.

Antonio de Pereda.
Bodegón con nueces, 1634.
Colección privada.

Angulo Iñiguez dio espectacular aldabonazo con la lectura en clave mitológica de las *Hilanderas* velazqueñas en el remoto 1947, y Julián Gállego, en su *Visión y Símbolos en la pintura del Siglo de Oro* (1968), enriqueció el estudio de nuestra pintura clásica, con interrogantes y sugerencias enormemente ricas y quizá aún no superadas.

La lectura de determinados conjuntos en función de su sentido total, a través de los textos que los inspiraron o de la voluntad de sus comitentes, cuya intencionalidad y espíritu se consigue desentrañar, es otra empresa que en los últimos años ha renovado nuestro conocimiento a partir de viejas sugerencias. En

ciales y monografías sobre algunos de los nombres fundamentales de la pintura española, realiza ahora un libro sintético que abarca lo que él denomina la «edad de oro» de la pintura española; casi dos siglos y medio de esplendor.

La teología de la liberación, hoy

Por José Luis L. Aranguren

José Luis L. Aranguren (Avila, 1909) fue catedrático de *Ética y Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense, de Madrid. Ha dado clases también en Dinamarca y Estados Unidos. Entre sus obras figuran: La filosofía de Eugenio d'Ors, Ética y política, Moral y sociedad, La comunicación humana, El problema universitario, La crisis del Catolicismo.*

I

Con razón se ha dicho que no sólo la novelística, también la teología de la liberación, han sido las dos grandes aportaciones culturales de Latinoamérica en la segunda mitad del siglo XX. Y también de esa época es el libro de Fernando Morán *Novela y semidesarrollo*. Su tesis, enunciada en el título mismo, cabe aplicarla, con mayor rigor que a la novela, a la teología de la liberación. Solamente un pueblo, un conjunto de pueblos como los de América Latina, imbuidos de siglos de impuesta formación cristiana y, a la vez, sumidos, se diría que cada vez más, en un semidesarrollo asimétrico impuesto, podría haber dado a luz un producto teológico tan opuesto a lo que en Europa, en el llamado Occidente desarrollado, ha sido la teología, oficio de contemplación y reflexión puras llevadas a cabo en la soledad del cuarto de trabajo, sin más compañía que la de los libros de otros teólogos.

¿Qué hubo de ocurrir para que se produjera la teología de la liberación? Por de pronto, y desde hacía un siglo largo, un acontecimiento que a todos nos ha influido: el del marxismo. Es un tanto ingenua la denuncia romana de la influencia del marxismo en la teología de la liberación. A todos nos ha influido el marxismo, y la «doctrina social de la Iglesia» no fue sino una tardía e insuficiente respuesta a él. Después, claro está, vinieron Juan XXIII y el Concilio Vaticano II, la proliferación, tan propia de la época, de diálogos cristiano-marxistas, el respeto, entre cristianos de izquierda, a la obra de Ernst Bloch, el «novísimo Santo Padre de la Iglesia», según irónica expresión que yo oí proferir a un católico tradicional, y el movimiento Cristianos por el Socialismo.

Sí, el ambiente estaba preparado. Pero faltaba el giro radical: la salida del cuarto de estudio, el alejamiento de la teología «académica» y su sustitución por otra teología incardinada en el pueblo, «comunitaria» y no individualista, que tuviera ojos y oídos para la «religión popular», que se preguntara por el sentido de las «sectas», que en América crecen de día en día, de hora en hora; que erigiera, en fin, a la comunidad en sujeto de la teología. Y a todo ello contribuyeron decisivamente la Conferencia de Medellín (1968) y el Sínodo de Puebla (1979).

La teología de la liberación acertó así a pensar «en situación», como se decía en la época existencialista, es decir, a partir de la «situación real de los cristianos latinoamericanos». Y a esta tarea, la de hacer comprender a los europeos, y concretamente a los españoles, el sentido profundo y nuevo —pero también, como veremos, radicalmente antiguo, originario, bíblico— de la teología de la liberación, se dedica esta espléndida enciclopedia y síntesis, dirigida por su «mártir» Ignacio Ellacuría y por Jon Sobrino, redactada por cuarenta y un autores, los más de ellos, claro está, latinoamericanos o, como los propios compiladores, latinoamericanizados, pero con la aportación también de otros siete españoles que viven en España, y publicada, como primicia, por una nueva editorial dirigida por el muy benemérito amigo Alejandro Sierra, personalmente en estrecha relación con estos temas.

La colaboración de los conocidos teólogos españoles es buena prueba —junto a la posición de otros extranjeros tan eminentes como J. B. Metz o Schillebeeckx— del cambio de actitud de los teólogos europeos progresistas, que al principio, así Danielou, no veían en la teología de la liberación sino un simple replanteamiento de la «cuestión social». Mas hoy, como digo, tiende a prevalecer el diálogo fecundo entre una y otra teología.

II

Hemos adelantado ya la afirmación, innovadoramente «metodológica», de la teología de la liberación, de que su doctrina parte no de las elucubraciones del teólogo profesional de turno, sino de la situación real del pueblo. En Latinoamérica hay, sin duda, como

ta de acertar o no en unas hipótesis «futuresológicas», sino de participar en el bíblico espíritu utópico de la profecía.

La teología de la liberación antepone la «ortopraxis» a la «ortodoxia», el vivir auténticamente cristiano a la rectitud de la doctrina predicada. No es creíble una doctrina sustentada por predicadores cómplices de la opresión o sometidos a ella. El cristianismo es ya en este mundo, y no sólo como compensación escatológica de la neoesclavitud padecida en él, voluntad de liberación. Mas la «praxis de la liberación intramundana», por justa que sea, ¿es una tarea teológica en sí misma? La influencia del marxismo es, en este punto, decisiva. Los teólogos de la liberación hablan de, tras la Ilustración por todos reconocida, una «segunda Ilustración», la marxiana. La primera Ilustración puso en cuestión la fe desde la razón. La segunda ha cuestionado la fe



FRANCISCO SOLE

en todas partes, personas increíbles, pero el problema primero, al nivel comunitario, no sería el de la increencia, el agnosticismo religioso y, en el límite, el ateísmo del pueblo, sino la injusticia que éste sufre, la situación de pobreza y opresión en que se halla. ¿Es esto verdad? Suprimido tal obstáculo, ¿sería, seguiría siendo, el pueblo latinoamericano tan cristiano como se le supone? ¿Existe allí una seria voluntad política socialcristiana? El pueblo en su conjunto, ¿rinde culto a los mártires de esta teología, monseñor Romero, Ignacio Ellacuría y sus compañeros? ¿Se conserva tanta fe en los obispos de la liberación como para esperar que podrían cambiar radicalmente la actitud del Vaticano y éste, a su vez, la política económica de los Estados Unidos, el principal opresor? Un teólogo de la liberación nos respondería que las anteriores preguntas están planteadas, pues no se tra-

desde las exigencias del cambio histórico. La fe, se preguntan estos teólogos, ¿ha de servir a la dominación o a la liberación? ¿Ha de limitarse a interpretar la realidad o debe cambiarla, transformarla? He aquí por qué uno de estos teólogos ha podido llegar a decir, siguiendo de lejos o de cerca a Bloch, que «el ateísmo desde el sufrimiento del mal del mundo es más cristiano que la confesión de un Dios que es compatible con ese mal o que puede afirmarse al margen de él».

La fe toma así la forma de apuesta, ya que sólo al final de la Historia se hará patente su afirmación. Aquellas palabras de Marx de que religión es, «por una parte, la «expresión» de la miseria real y, por otra, la «protesta» contra la miseria real», pero protesta sin fuerza, que se limita a ofrecer consuelo en un más allá de la realidad y actúa, por tanto, como «opio del pueblo», no tienen que encerrar

contradicción, pues una auténtica protesta, comenta Ellacuría, rechaza la realidad presente —en su caso, hasta el testimonio de la muerte— y profetiza otra futura.

Así pues, el sentido de la realidad reclama, según estos teólogos, un «acto primo» de «vida real», de vida como la de Jesús, que no fue un teólogo, y un «acto segundo» tras él, de teología «nacional», que se pregunte lo que quiere decir la expresión «reino de Dios» y la utopía escatológica en que consiste. El cristianismo de la liberación, en contraste con el marxismo, predica una escatología ultramundana y no únicamente intramundana. Este es el correctivo finalístico que se ¿superpone?, ¿sobrepone? al marxismo: la Historia como anticipación de la teología.

III

La religión judeo-cristiana es la primera que se ha propuesto ser «histórica». Puede creerse o no en ella, pero no es una religión que, como tantas otras, propone «mitos», ni tampoco, como el budismo, una religión «filosófica». La Biblia es, verdadera o falsa, «Historia». «Historia sagrada», como se dice, pero inscrita directamente en la Historia «tout court». Una historia que, ciertamente, funde y confunde lo sagrado y lo profano, que inscribe la acción —y la palabra— de Dios directamente en la realidad histórica, pues, como escribe Juan Antonio Estrada, «para Israel la historia profana es también la salvífica», y la escolástica separación entre el orden natural y el sobrenatural, que puso en cuestión De Lubac, no existe para ella.

Religión histórica y meramente histórica también, en cuanto que lo «mesiánico» y «proféticamente» propuesto por ella es la salvación de Israel, «pueblo de Dios», «en el mundo» y no Más Allá de él (como se sabe, la creencia en la inmortalidad fue, entre los judíos, sumamente tardía); es decir, en el lenguaje de la teología que comentamos, su «liberación» de los otros pueblos y la de su propia teocracia.

Ahora bien, esta fidelidad al sentido «histórico» de la Biblia por nadie se ha llevado tan lejos como por la teología de la liberación. La «historicidad», en tanto que inspiración y guía de esta teología, es un hecho único en la historia de la disciplina, como lo es la atención puesta en «los signos de los tiempos», que demandó el Concilio Vaticano II y que encontró aplicación en una aguda percepción de las «señales de la Historia» y, entre ellas, especialmente, la concreta situación de los oprimidos, el «pueblo de Dios» de hoy.

Se trata, en efecto, como escribe Clodovis Boff, de una «teología epocal», que se ocupa de los problemas estructurales de la época nuestra, de la justicia y la fraternidad no en abstracto, sino en el día de hoy y en el subcontinente latinoamericano, pero, por extensión, también en el Tercer Mundo, en el ahora decaído Segundo Mundo, e incluso en el Primero, por la presencia ya del llamado Cuarto Mundo dentro de él. Como se ha dicho, la teología de la liberación ha llevado a cabo una verdadera «irrupción teológica» del «pobre», que es, para ella, el «pueblo de Dios» de hoy.

Del carácter esencialmente histórico de esta teología resulta que, siguiendo el ejemplo de otras disciplinas —yo mismo he hablado de «ética narrativa»—, tiende a asumir una forma narrativa («teología narrativa», en expresión de Carlos Bravo). Es volver al género literario de los Evangelios y, en definitiva, de casi toda la Biblia. La liberación venía siendo anunciada en ella por los profetas, liberación no sólo de los ídolos y de los pueblos opresores —«idolatría», en lenguaje marxiano, es «fe-

Viene de la página anterior



tichismo» y, en suma, «alienación», sino también la del propio Estado judío.

El «reino de Dios» era, pues, usurpado por el poder político religioso e ignorado por el poder político imperial. Y ello en una época parecida a la nuestra: entonces los dioses se habían ido y Dios no había llegado aún; ahora Dios ha desaparecido y no hay esperanzas de mundana liberación. De ahí el actual surgimiento de religiones o, mejor dicho, de sectas religioso-seculares (valga la contradicción) puramente intramundanas. La teología de la liberación, sensible a los «signos de los tiempos», recoge la bíblica aspiración a la justicia en este mundo, y pretende adelantar en él, como en los albores del cristianismo, el Reino de Dios.

IV

Así como, según el Antiguo Testamento, el pueblo judío era el lugar del Reino de Dios, a partir del Nuevo Testamento la Iglesia se constituye, como escribe Ellacuría, en el nuevo «lugar de salvación» (a veces en el sentido más literal y extremo de la expresión: recuérdese el «Nulla salus extra Ecclesiam»). Es el tránsito de la centralidad del «pueblo elegido» a la apertura de una «Iglesia universal», que esto es lo que significa la palabra «católica». Pero también, como anteriormente, ni todos los judíos pertenecían al Reino de Dios, ni todo cuanto hay en la Iglesia, todo lo «eclesial», es verdaderamente «eclesial». Como vuelve a decir Ellacuría, la Iglesia, en tanto que institución, no es Iglesia de los pobres, sino que prefiere a los ricos y poderosos; propende a ser más «conservadora del pasado que renovadora del presente y creadora de futuro»; y atiende, mucho más que a la salvación histórica, a una beatitud separada y puramente trascendente. (Es el tema de la «historicidad» de la religión judeo-cristiana, del que ya hemos hablado.)

Pero lo esencial de la Iglesia no es, de ninguna manera, lo institucional, aunque la institución, la organización y la administración sean «sociológicamente» imprescindibles. ¿También una autoridad revestida de poder? Se diría que un cierto poder es inevitable, probablemente como mal necesario para preservar la unidad. Pero el catolicismo ha propendido a una unidad cerrada, monolítica y, desde Constantino, paralela a la unidad del Imperio («Sacro Imperio de la Iglesia», cabría decir), cuando no es esa, de ninguna manera, su razón, sino, como ya se dijo, la de constituir el lugar preferente de salvación.

Mas ¿qué quiere decir en este contexto la palabra «lugar»? (lugar real, concreto, visible, sensible). Es otra vez Ellacuría quien nos lo hace ver (en realidad, esta voluminosa y plural obra está no solamente compilada, sino pensada, ordenada y sistematizada como, por ahora, última versión de la teología de la liberación por sus dos auténticos autores, los que aparecen como tales en su cubierta y portada, Ignacio Ellacuría y Jon Sobrino). ¿Cómo nos lo hacer ver? Al afirmar la Iglesia como «sacramento» o sacramentalidad primaria, «de la que procede la efectividad de los llamados sacramentos». En efecto, si acudimos al Diccionario, en él se nos dice que sacramento es «signo sensible de un efecto interior y espiritual que Dios obra en nuestras almas» (esto último es muestra de la concepción individualista-espiritualista de una religiosidad, a la cual se opone la teología de la liberación, que piensa más en «los» sacramentos que en la sacramentalidad). El «signo sensible» primario y fundamental es el de la Iglesia misma, del cual dependen tanto los siete sacramentos como los llamados sacramentales (agua bendita, procesiones, romerías, etc., que la teología de la liberación, atenta siempre a la religiosidad popular, tiende a rescatar). La Igle-



FRANCISCO SOLE

sia lleva a cabo en sí misma incorporación o dación de corporeidad y efectividad o acción histórica al espíritu.

Puede proponerse toda una relación de «modelos» de Iglesia, pero para los teólogos de la liberación ninguno de los realizados a través de su historia, salvo algo de lo iniciado en los primeros siglos, ha sido satisfactorio. Por supuesto, no el modelo imperial o constantiniano, prolongado a lo largo de toda la Edad Media, aunque debe reconocerse que durante ésta cumplieron el rol necesario de innovación pluralista desde dentro de la Iglesia establecida. Y tampoco el modelo contrareformador y antimoderno es válido. Ni el de la Iglesia de la Restauración, iniciado en el siglo XVIII frente a la Revolución Francesa y al que se ha vuelto con Juan Pablo II. Sí, en cambio, ha sido y es prometedor el modelo estrenado por Juan XXIII y el Concilio Vaticano II, la Iglesia del «aggiornamento» que Medellín y la teología de la liberación se propusieron proseguir más allá de la puesta al día de hoy, preanunciando ya el de mañana.

Mas el lastre institucional, clericalista y de una concepción vertical, de arriba abajo, de la Iglesia establecida hace muy difícil la participación real, la inspiración de abajo arriba, la convocación asamblearia —«Iglesia», etimológicamente, significa «asamblea», la traducción a nuestro tiempo de la acción creadora de los órdenes religiosos medievales. Es altamente revelador el hecho de que siempre que los medios sociales de comunicación emplean la palabra «Iglesia» es con referencia exclusivamente a la jerarquía eclesial. Sí, es muy fácil decir que todos somos Iglesia, pero Iglesia por antonomasia es la jerarquía, por no decir, sin más, que el Vaticano.

Mas la Iglesia plural «camina a diferentes ritmos, historiza de diferentes maneras» esta operación de Dios en la que ella misma consiste y, por tanto, demanda, exige intrínsecamente el pluralismo. El pluralismo es consecuencia —cita de Ireneo oportuna y agudamente recordada por Jon Sobrino— del «lento acostumbrarse del Espíritu a la historia», y la Iglesia central es lenta en ese acostumbramiento, por lo que requiere su sacudida desde

la periferia. O, dicho de otra manera, el centro «oficial» es fijo, pero el «real» cambia de uno a otro lugar de la Iglesia. En la Iglesia hay una cúspide, el Vaticano, pero también una «base» no menos importante, pues sobre ella se levanta todo. Por eso mismo la invención de las «comunidades eclesiales de base», auténticas formas eclesiales y no individualistas, es, según el teólogo brasileño Marcello de C. Azevedo, «un nuevo modo de «vivir» la Iglesia, de «ser» Iglesia y de «actuar» como Iglesia». Y —continúa diciendo el mismo autor— nada tiene que ver con la «underground Church» americana de los años sesenta, de abierta confrontación con la Iglesia oficial. Al contrario, las más vivaces comunidades de base han surgido como «dinamización de la parroquia» correspondiente, y en Latinoamérica encuentran con frecuencia el apoyo del obispo de la diócesis.

La Iglesia es desde el Nuevo Testamento, según veíamos antes, el nuevo «lugar» de salvación. Azevedo se refiere ahora al «cambio de «lugar» social» dentro de la Iglesia, es decir, al «punto a partir del cual se percibe, se comprende y se interpreta la realidad y se actúa sobre ella». Las comunidades de base en el Brasil, Perú, El Salvador y Nicaragua, quizá en otros países también, constituyen el «lugar» por antonomasia de la manifestación eclesial.

Pero la Iglesia institucional existe y al estudio de sus ministerios, sacerdocio, episcopado, papado, dedica su trabajo José María

RESUMEN

Al encararse Aranguren con un libro que trata sobre el polémico y actual movimiento político-religioso conocido como «teología de la liberación», nos recuerda el autor del artículo que este movimiento y la novela son las dos grandes aportaciones culturales de

Castillo. La «razón sociológica» de su existencia es clara, pero ¿cuál es su razón teológica? De acuerdo con la teología que estudiamos, afirma el autor que no primariamente la ritual de servicio al culto y al altar, sino la esencialmente liberadora de solidaridad con la miseria humana. Es el Concilio Vaticano II quien vino a corregir la visión anterior a partir del concepto amplio de misión. El sacerdocio veterotestamentario constituía casta separada; el nuevo sacerdocio, no, y en el límite —ésta es la parte de razón del protestantismo—, el sacerdocio es de todos los fieles, de los cristianos en general. El autor se enfrenta asimismo con el problema actual y cada vez más grave de la falta de sacerdotes, situación anormal que «debe ser resuelta lo antes posible en diálogo franco y constructivo entre las comunidades cristianas y los dirigentes eclesiales», situación que, según parece, Roma empieza a intentar resolver o, cuando menos, paliar. En cuanto al ministerio episcopal, el obispo es pastor de su diócesis «por mandato de Cristo, no por simple delegación del obispo de Roma».

Y, para terminar, es de citar el artículo de Carlos Palacio, «Vida religiosa», que contiene una crítica de la doctrina usual de los «estados de perfección» y de la «teoría de los tres votos como «esencia» de la vida religiosa».

V

De todo lo antedicho se desprende la obvia conclusión de que la teología de la liberación es una interpretación «izquierdista» del cristianismo, interpretación en la línea de desarrollo de la «revolución» de los años sesenta. Algunas personas vemos en un cristianismo así la última reserva que queda, por ahora, a la izquierda, y probablemente es desde este punto de vista como se pensó y organizó el reciente simposio celebrado en Madrid bajo los auspicios de la Fundación Ebert y el Instituto de Fe y Secularidad con el título de «Euroizquierda y cristianismo».

Pero ¿es verdad para Europa que lo problemático no sea la increencia, sino la situación de pobreza? Ciertamente en Europa ha surgido y crece de día en día aquel «proletariado en harapos», al que Karl Marx trató despectivamente y que constituye ya un Cuarto Mundo dentro del Primero. Pero también lo es que la descristianización o secularización ha precedido al empobrecimiento y que, por ello, es de temer que falte esa «base» de esperanza cristiana en la transformación del mundo.

Dejada aparte la teología de la liberación, ¿qué dice el cristianismo al hombre medio de hoy? ¿Enciende una luz de esperanza realizable? El profetismo a largo plazo tiene hoy difícil recepción en una sociedad que vive en el presente, del presente y para el presente. Y por ello termino con mi pregunta inicial: la teología de la liberación es, sin duda, un signo de los tiempos pasados, valiosa prolongación del espíritu de los años sesenta. Tal vez, ojalá, sea signo también de tiempos futuros, pero ¿«signo de los tiempos» sin más, es decir, de los tiempos presentes también?

Ignacio Ellacuría y Jon Sobrino

Mysterium Liberationis. Conceptos fundamentales de la teología de la liberación

Dos volúmenes, UCA Ed./Ed. Trotta, San Salvador/Madrid. 642 y 689 páginas.

El libro de un nonagenario

Por Domingo García-Sabell

Domingo García-Sabell (Santiago de Compostela, 1908) es doctor en Medicina, presidente de la Real Academia Gallega y profesor del Colegio Libre de Eméritos. Es autor, entre otras obras, de *Notas para una antropología del hombre gallego*, *Tres síntomas de Europa* y *Testimonio personal*.

A Guido Brunner.

Cuando Ernst Jünger cumplió setenta años apareció en Alemania un libro de homenaje dirigido por Heinz Ludwig Arnold. El título: *Wandlung und Wiederkehr* («Cambio y retorno»). Arnold estimaba que con esas dos palabras podría condensarse todo el sentido trascendente de la obra jüngeriana. Cambio y regreso serían, pues, algo así como los dos focos en cuyo entrecruce se condensaría la amplia producción de Jünger.

Jünger y la realidad

En efecto, si uno sigue con atención el trabajo intelectual del escritor alemán, y si uno es capaz de no perderse entre los meandros de sus sutiles incitaciones, de lo que adviene, de lo que deja entrever, de lo que da por supuesto y de lo que niega, inmediatamente salta a la vista un raro paisaje: los lejos y los primeros planos parecen confundirse, los juegos de la luz y las ocultaciones de la tiniebla nos sorprenden, pero, con todo, el panorama es incitante. Se trata de un habitáculo que nos obliga al afán explorador, a seguir buscando, a dar con la página que aclare definitivamente la tectónica de lo percibido. Pero esa nuestra pasión no encuentra «donde reposar la cabeza». Todo es movilidad, dinamismo continuo; en suma, cambio esencial. Esencial e inesperado, ya que en la lectura de los textos de Jünger, y al lado de una consideración práctica concreta a ras de tierra, se nos aparece, de pronto, una sentencia metafísica, una elucubración sociológica o un atisbo psicológico deslumbrante e incitante. Cambio, sí.

Pero codo con codo de esta cinematográfica fenomenología vamos percibiendo, poco a poco al principio, luego, cuando cerramos el libro, de manera ostensible, la oscura sensación de que allí hay reiteraciones, de que los meandros intelectuales regresan a perspectivas anteriormente entrevistadas. Mas tengamos cuidado. No estoy hablando de repetición, sin más. Estoy hablando de retorno o, lo que es lo mismo, de resurrección. Cada libro de Jünger resucita a Jünger. Con el mismo rostro y con semejantes inquietudes. Lo que hace el escritor es atrapar la realidad, darle vueltas en la mano y, de ese modo, procurar extraerle el máximo posible de «significaciones». Jünger traduce la realidad. ¿A qué lenguaje? Sencillamente, y a través del suyo propio, a otro inefable en el que las palabras no hablan por ellas mismas, sino por el conjunto textual que las articula en un todo dotado de sentido trascendente. Jünger escribe tactando los problemas, pasándoles la mano acariciadora. Por eso, más que penetrar en las cosas, lo que hace es manejarlas. Al final lo que queda es una estructura sólida desmembrada en diversos planos de sutil movilidad. Si Jünger practicara las artes plásticas, a buen seguro que sería cubista.

El estilo de Jünger

Para llevar a cabo ese complejo manoseo de la realidad es necesario, antes de nada, sostener un difícil equilibrio merced al cual el escritor tiene que abrir los poros del espíritu, dejarse impregnar por lo que acontece, pero,

al tiempo, ha de evitar que esa impregnación le asfixie y le impida toda personal transpiración. Dicho de otro modo: atrapar la realidad, moverla, hacerla girar, pero no asustarse con las sorpresas que de ese giro puedan derivarse. He ahí lo arduo —y lo arriesgado—. No hay nada más peligroso —y eso lo sabe muy bien Jünger— que autorizar a lo real —sean acontecimientos, sean ideas— para que invada los senos más recónditos de la propia persona. Es menester, es imprescindible, sentar un margen de holgura entre el mundo y el escritor. La extensión de ese margen ya depende de las notas psicológicas que a cada uno de nosotros son específicas. En Jünger son muy peculiares.

Vamos a verlo valiéndonos de su estilo literario. Estamos ante una escritura limpia de retóricas, escueta, fría y eficaz. Una escritura que devuelve reflejos brillantes gracias a su estremecedora lisura. Es, en suma, una escritura metálica. Su vivaz tornasolado nos hipnotiza y no nos suelta. Aparece ante nosotros como puede aparecer un diamante al que hiere un solo rayo de luz. Por eso tenemos la impresión, al leer a Jünger, de topar con una joya. Esa perfección, un tanto neutra y distante, puede percibirse en cualquiera de los textos jüngerianos, ya que constituye una constante de su forma de escribir. Pero por eso, justo por eso, por ser una constante, ya indica que algo muy profundo se disimula en ella. Algo que es —lo veremos más adelante— lo propio de Ernst Jünger.

Tomemos al azar cualquier libro del autor, por ejemplo *Tempestades de acero*, su primera obra. Allí nos encontraremos con una muy minuciosa y objetiva descripción de la planificación de las trincheras y de la vida en ellas. Todo parece indicar que quien esto relata no participa como combatiente en aquella existencia primaria. Y, sin embargo, Jünger era el protagonista. Por eso cuando se refiere al miedo, o a las precauciones necesarias para que un tiro no acabe con uno, semeja como si el soldado fuese otro y no él mismo. Se entiende muy bien —dicho sea de pasada— que esta obra le gustara tanto a Gide. En el escritor francés hay, asimismo, un punto de intelectualización de la realidad que casa a la perfección con los valores antropológicos del alemán. Recordemos, si no, cuando Gide, en su viaje al Congo, y subyugado por la extraña belleza del paisaje africano, se inquieta porque no acaba de entender la falta de ritmo en los remolinos del río que él atraviesa: «Aucun rythme; et je m'explique mal ces inégalités du courant.» Con lo cual nosotros, simples lectores, deducimos que la admiración estética de Gide cedía el paso con facilidad a consideraciones de índole estrictamente racional.

Así, pues, estilo ambivalente. Estilo que atiende a lo inmediatamente dado y a lo mágico. Añadamos un paso más. ¿Qué podrá significar tal polar disposición? ¿Hacia dónde puede conducir al escritor? Porque ahora no nos enfrentamos con problemas más o menos gratuitos o más o menos académicos. Ahora damos la cara a otra cosa. Esa otra cosa es la íntima esencia personal del novelista.

El secreto antropológico

Me parece que los escondrijos humanos de Jünger, a pesar de una apariencia contradictoria, pueden ser reducidos a cierta línea de fuerza que es la que domina intensamente, radicalmente, en el campo magnético de su actitud ante el mundo.

En los *Afrikanische Spiele*, en los *Juegos africanos*, hay un pasaje en el que Jünger confiesa que determinada máxima, «Man erlebt alles, und man erlebt auch das Gegenteil» («Se experimenta todo y se experimenta, también, lo contrario»), se le quedó grabada en la cabeza porque «la he visto confirmada a

menudo» («Weil ich es oftmals bestätigt fand»). La vida, pues, va más allá de lo estrictamente racional y admite las incongruencias más inverosímiles, incluidas aquellas que nos conciernen directamente. Por eso la vida lleva en su interior una potente carga de trascendencia que transforma al individuo en símbolo de otra cosa. La vida, con sus acontecimientos cotidianos, descansa sobre una base que le concede unidad y permanencia en el interior de lo contradictorio. La cuestión está en dar con ellas. Para lo cual, una primera condición consiste en abrirse a lo que está detrás de lo vulgar, a lo que se disimula con eficacia —esto debemos reconocerlo— en el rostro de lo vulgar. E incluso aunque la nota de cotidianidad venga dada por la guerra o por la rebelión colectiva. No importa. Todo es apariencia y reflejo de otra cosa. Lo que sucede es que para perforar en esa mina necesitamos dos herramientas. Una, la explícita aceptación del hecho mostrenco y, en consecuencia, la apertura a lo que yace en el trasfondo del prójimo —o de nosotros mismos—. Otra, que seamos capaces de asumir la tarea con decisión, con sacrificio. Con heroica operatividad.

Para la primera condición no podemos olvidar el lema de conducta de Jünger, que suena así: «Erwachen und Tapferkeit» («Vigilancia y valor»). Vigilancia para no quedarse dormido, para dar, en el tiempo justo, la necesaria alerta. En suma, para estar despierto en toda ocasión y en cualesquiera circunstancias. ¿Y no recuerda esto el ruego de Nietzsche a los artistas, ruego de patéticas resonancias bíblicas: «¿No puedes tú durante una hora velar conmigo?» («Könnst ihr denn nicht eine Stunde mit mir wachen?»)

Pero la segunda condición, una vez aceptada la necesidad de la doble visión esclarecedora y, a la vez, fríamente definidora, es la de trasladar la vida del individuo a una clave transindividual. A lo que Paetel —buen conocedor de la obra jüngeriana— subraya como la versión desde lo individual hacia eso mismo, pero como fenómeno «significativo» («bedeutsames»). Así, de ese modo, la vida, toda vida, queda reducida a esto otro: fenómeno «significativo». Y por eso, como también subraya Paetel, todo lo personal, en los *Diarios* de Jünger, aparece encubierto a favor de nombres fingidos —con la excepción de su hermano, asimismo escritor, Friedrich Georg, y el del propio hijo caído en el campo de batalla.

Pero esta clave transindividual no debe deshumanizar al escritor. Una cosa es la conducta objetivante, la búsqueda de lo «significativo» en la entraña de la existencia, y otra muy distinta negar, destruir la existencia misma. Si la actitud del hombre occidental es de corte metafísico y, por consiguiente, de veta libre, es decir, con margen de elección entre las posibles soluciones a las preguntas fundamentales, lo que no puede negarse es que esa inquietud, ese virtual rechazo de todo fatalismo, en suma, esa aristotélica «tendencia por naturaleza a saber» si, por una parte, diluye a la persona individual en el afán colectivo, por otra la yergue a cimas de dignidad ciertamente insospechadas. Con todo, no cabe duda de que la perforación en la tiniebla de la criatura humana equivale, casi siempre o siempre, a una dolorosa amputación quirúrgica. Seccionamos lo que de específico tiene el prójimo y nos quedamos con aquello que lo sobrepasa, con aquello que lo inserta en un orden de valores suprapersonales. Aquello, en una palabra, que lo convierte en «fenómeno» de porte transindividual.

Para llegar a este punto ha sido necesario dejar en el camino multitud de sentimientos: la compasión, la ayuda, la participación, la simpatía, y quedarse en el plano de lo «inteligible», en el plano de la racionalidad a secas. De ahí la impresión de distancia, de altivez humana que tantos y tantos escritos de Jünger suscitan en el lector. Pero, al tiempo —y esto

conviene resaltarlo—, algo hay en la entraña de la escritura del alemán que nos subyuga con su latido, que nos convence y, finalmente, nos deslumbra. Cada libro jüngeriano es, de entrada, un festín para la mente. Después, conforme avanzamos en la lectura, va convirtiéndose en una orgía de emociones veladas (que son, probablemente, las emociones más valiosas y, por descontado, las que más duran).

¿Hay un último fondo emocional en la obra de Jünger? Y si lo hay, ¿dónde se encuentra? He aquí, ahora, la cuestión. Veamos de desmenuzarla con cierta parsimonia. La empresa es importante porque con ella contribuiremos a dar una imagen más nítida y veraz que la que por ahí circula en torno al excepcional escritor. El último fondo emocional de Jünger consiste, sencillamente, en ocultarlo. Consiste en ejercitar implacablemente la razón para que su agobio apenas permita asomar, fugaz y tornasolada, la emoción. De ahí que en toda circunstancia y en todo peligro —y los hubo a montones en la vida aventurera del escritor— busque nuestro hombre «el agotamiento», es decir, la extrema fatiga, que justo por esa su radical extremosidad desemboca en lo voluptuoso o, como afirmaba Baudelaire, en el deleite que ansían, por encima de todo, los revolucionarios.

Pero aún hay más. No basta con la actividad disecadora de la «ratio», con esa actividad de subsuelo radicalmente placentero, para que la existencia nos entregue, dócil y sumisa, sus sutiles fascinaciones. Sus gozosas fascinaciones. Si uno es capaz de elevarse por encima del propio sufrimiento y experimentarlo no como una extraña prueba que nos envía el Destino, sino como una experiencia de doble fondo, esto es, agotadora y, al tiempo, tonificante, entonces, afirma Jünger, «el mundo se nos vuelve más comprensible». He aquí, de nuevo, los deleites de la inteligencia, sus privadas lujurias. Por eso sostiene Jünger una y otra vez que cada sujeto anda por el mundo revestido con la triple capa de la soledad, la pobreza y la evidencia de que «es único, absolutamente único». Por esta rendija se cuela y gana legitimidad el cuchillo mental que enfría las emociones viscerales.

Hacia el final de la peregrinación

Pero Ernst Jünger ha ido envejeciendo, como cada quisque. Y ahora, en este año, ya sobrepasa los noventa y cinco. ¿Qué puede esperarse de su considerable talento? Todavía hace poco, no más de cinco años, nos sorprendió con una deliciosa y ágil novela de formato policiaco, *Eine gefährliche Begegnung* («Un encuentro peligroso»). Pues bien, ahora, y a los noventa y cinco de edad, nos requiere y llama nuestra atención con otra obra, ésta de estilo conceptual, *Die Schere* («La tijera»). ¿De qué se trata?

Pues se trata, sencillamente, de la aproximación a la muerte, de saber que el desenlace ya no puede retrasarse mucho. Las tres Parcas están a punto de concluir su labor. Cloto hila el hilo de la vida, Láquesis lo mide y, finalmente, Atropos lo secciona con su tijera. El escritor es consciente del paso que queda por dar. Y, conforme a esa vivencia, va entretejiendo ideas, recordando sucesos, valorando historias, admitiendo «significaciones». El todo es como un mosaico de pequeñas piezas con sutil entramado que, en conjunto, componen una figura de tonos diversos, de perspectivas insospechadas, de escorzos entrevistados. Intento decir con esto que ante la sombra de lo que ineluctablemente se avecina, no hay rigideces divagatorias —los consabidos tópicos— ni lamentaciones lacrimógenas. Hay, como era de esperar, lucidez, arrojo y pudor.



Viene de la página anterior



TINO GATAGAN

Por lo pronto, ya seduce al lector el deambular por las páginas del libro sin verse atezado por la garra trágica de la muerte. Hay alusiones, alejamiento, una cierta impasibilidad muy jüngeriana y, en último término, vigilancia y arrojo (recordemos el lema del escritor). Pero justo esa elegante contención sentimental, ese eludir las confidencias o ese adornarlas con los lazos conceptuales de la inteligencia, todo eso otorga a la obra su sentido profundo, su conmovedora dimensión de dignidad humana. Sí, como allí se dice, «cada cual es el autor de su recorrido vital y, por ende, su autobiografía», nadie mejor que Jünger para alzarse con el título. Una órbita biográfica inusitada por los mil y un avatares que recorrió, una vida así, sólo podía dar testimonio de su ocaso mediante la pirotecnia brillante de las ideas, de las matizaciones, de los juegos mentales, del alejamiento de lo delicuescente; en suma, mediante la defensa heroica del margen de holgura que separa los acaeceres cotidianos de las «significaciones» trascendentes.

El libro mantiene esa melodía. Melodía jamás interrumpida, jamás traicionada por la efusión cordial. En primer lugar, se acumula la experiencia, pero sin decirlo. Ya en *Un encuentro peligroso* había sostenido el novelista que, con la edad, se le añade a la experiencia monda y lironda del placer de la vida el «saber que se gozaba» («man wuste auch, dass man genoss»). Y de ahí, de esa neutra constatación, Jünger no pasa. Una vez más, el elegante desasimiento intelectual, ese desasimiento alejador que nos remueve más las entrañas que cualquier desesperanzado llanto. La fe en la vida, fe profunda y auténtica, no abandona jamás, y menos en este trance, al escritor irónico y clarividente. El cree en la belleza y, por consiguiente, en la obra de arte que, de la forma que sea, la concreta. Y cree en ella con creencia que extiende su dominio más allá de toda consideración de escuela. «En la obra de arte —dice— vive una creencia que supera cualquier dogma» («der jedes Dogma überwährt»).

¡El camino de la vida! Estamos ante el tópico que esconde en su oscuro interior una totalidad dotada de sentido, sea cual sea el instante en el cual «termine». Pero terminar no es lo mismo que interrumpir. Y toda vida que se extingue es, por definición, «una vida interrumpida». Por eso, para la desaparición, para la volatilización del individuo, interrupción sería la palabra adecuada («„Unterbrochen“ ist ein besseres Wort dafür»).

Pero volvamos a la tijera de Atropos. Y veamos cómo la juzga, a través de su sensibilidad y de su talento, Ernst Jünger.

Esta Parca nos corta la vida. Su tijera, siempre dispuesta, conduce indefectiblemente de lo virtual a lo real. De la potencia —la muerte de los demás— al acto —la muerte pro-

pia—. Pero antes son necesarios algunos pasos previos. Ante todo, el abrirse de la tijera, el preparar su ángulo como unas fauces dispuestas a tragarse todo. En el momento inicial la amenaza se ciñe, feroz, a la existencia como realidad biológica pura. Por eso es el tiempo no de las ideas, sino de las realidades. Mas lo que importa es dar con el significado profundo —otra vez las «significaciones» jüngerianas— del inminente suceso. La tijera, que todavía no secciona, es una tijera cargada de augurios —unos favorables, otros malévolos—. Es la tijera de la soledad, de la soledad de los eremitas, en que el espacio y el tiempo están próximos al origen. Sólo el vidente puede captar el silencioso y asesino desplazarse de la tijera. En cambio, el hombre pragmático, el activo, el que hace y deshace, ya no posee facultad adivinatoria, posibilidad de «ver» el movimiento de las cortantes ramas tijeriles. No está en el desierto, en el solitario desierto de la meditación. No es un ermitaño.

Pero, en todo caso, algún día la tijera comenzará a cortar. Y es posible que consiga la separación definitiva. Hablamos entonces del roce de la muerte, con la que tantas veces, en los sueños, y alguna vez en la realidad, hemos topado. Es el día en el que, por ejemplo, el corazón comienza a golpear sin tino en el pecho. Es el día del anuncio. El día del despertar, de la máxima vigilia, de la que precede, en el tiempo, a la anihilación irreversible. Mas, para Jünger, hay un expediente maravilloso: el recurso a los misterios, a lo arcano que se esconde en la médula de la existencia. Ellos nos protegen desde lejos, «como la capa de ozono», del excesivo ardor existencial, pues si miramos para la belleza de modo inmediato, si contactamos con ella, ese goce directo puede robar al espíritu el lenguaje y al cuerpo asustarlo con la muerte. Hasta la obra de arte perfecta —y Jünger aquí se apoya en unos versos de Platen— engendra un momento de consternación, una vivencia de vértigo como la que se experimenta «sobre un acantilado o sobre un alto muro» («wie auf einer Klippe oder einer hohen Mauer»). Esta es, pues, la escena final, aquella en la que Atropos remata su oficio. El hilo ha sido cortado. No queda, por tanto, nada. Quizá el recuerdo. Quizá la obra. Quizá algunos, muy pocos, afectos. ¿Era por eso por lo que en un texto ya lejano, en *Gärten und Strassen* («Jardines y carreteras», según la excelente traducción de Sánchez Pascual), y en 1930, cuando Jünger está en Kirchhorst, visita el cementerio e imagina la futura losa de su propia sepultura? ¿Qué grabaría en ella? Solamente el nombre y dos fechas. «Meditar sobre ello me resultaba agradable» («das Sinnen darüber war mir angenehm»).

En el fondo, Jünger sospecha que la escritura es una manera de luchar contra el de-

venir cronológico y que la batalla está, de antemano, perdida. Y no tanto por la acción corrosiva del tiempo y por el constante trueque de las valoraciones, cuanto porque, si lo escrito es auténtico, quiero decir, si emana de las más ocultas entretelas del corazón —que es lo único que vale la pena—, en ello se oculta algo que «va más allá» del mensaje del texto. Y ese más allá —añado yo— es impenetrable. Recordemos la malicia orgullosa de Joyce cuando afirmaba que su *Finnegans Wake* estaba destinado a producir innumerables quebraderos de cabeza a los críticos y a no ser, jamás, desentrañado.

La aproximación a los cien años

No le basta al escritor con servir a los sueños. No le basta con intentar interpretarlos. La autenticidad, la energía última, está, indefectiblemente, en lo que queda inexplicado, en lo que no es accesible al diente analítico. Y eso es lo que intentó Jünger a lo largo de su vida. Todo lo que llevó a cabo —y fue mucho— representa el esfuerzo lúcido, objetivo y sutil para descubrir en el mundo de alrededor y en las gentes que lo pueblan las «significaciones».

Pero ahora, ahora mismo, me doy cuenta de que estoy hablando de Jünger en pasado y, sin embargo, y gracias a Dios, sigue con vida. Quizá el uso del pretérito sea en mí consecuencia de la lectura de sus dos últimos discursos. El primero, pronunciado con motivo de su noventa cumpleaños, el 2 de abril de 1985, en el «Neuen Schloss» de Stuttgart. El segundo, en 1990 y en idéntico lugar.

El discurso de los noventa años rezuma ideas, sugerencias; en suma, agilidad mental y humor de buena ley. Jamás pensó llegar a los noventa años, ni lo deseó. Nacido en 1895, el año en que Röntgen descubrió los rayos X —cosa que Jünger resalta—, era un tiempo en el que Bismarck aún vivía. En 1910, en compañía de sus padres y de sus hermanos, con-

templó el paso del cometa Halley. «Volverá a pasar —les anunció el padre— en 1986 y de todos vosotros sólo Wolfgang podrá verlo de nuevo.» Wolfgang era el más pequeño de los hermanos y murió antes que Ernst, lo mismo que les ocurrió a los otros cuatro restantes. Ernst, el de más edad, sobrevivió largamente y pudo observar, en 1986, el nuevo paso del cometa.

Así va Jünger aproximándose al siglo de existencia. Así ha podido diagnosticar muy agudamente el estado de ánimo colectivo de Europa y, en general, de todo el Occidente. ¿Cuál? El del miedo. Miedo a las grandes catástrofes técnicas que nos amenazan constantemente. Frente a esto, el escritor alzó su sempiterna advertencia: «La esperanza lleva más lejos que el temor» («Führt die Hoffnung weiter als die Furcht»). Palabras repletas de coraje cuando son pronunciadas por una criatura de noventa años. Pero a los noventa y cinco, y rodeado de gente conocida, de la misma gente que en el homenaje de un lustro anterior, y en igual lugar, ya las palabras del intelectual fueron breves y advirtió que ya no se esperaba de él una larga disertación. Se limitó, pues, a señalar la presencia de Alfred Toepfer, «un año más viejo», e hizo una alusión a *La tijera* «con la que me obsequié en mi cumpleaños» («die „ich“ mir zum Geburtstag schenkte») y en la que intentó, además, bosquejar la perspectiva del próximo siglo. Terminó haciendo votos por que aquellos de los allí presentes que pudieran llegar a vivirlo, le rememorasen a él amablemente.

¡El discurso de los noventa y cinco años! Emocionante en su simplicidad. Emocionante, sobre todo, por su elegante contención, por su freno a las lágrimas y a las fáciles elegías. No sonó demasiado a despedida. Sonó, quizá, a desasimiento, a alejamiento. A un pequeño adiós esbozado con muy leve ademán. Con el pudor intelectual y moral que de siempre caracterizó a Ernst Jünger.

Ahora, yo que le he conocido, me resisto al adiós. Si, como él afirmó, el irse de la existencia es la «última ratio» del individuo, algo en lo que siempre se piensa, pero de lo que casi nunca se habla, esa hora postrera es una hora grave aunque se concentre en menos de un segundo. Es la hora de la separación, del corte definitivo y siempre, y por eso mismo, de cariz numinoso, sean cuales fueren las circunstancias en las que se produce. Es la hora del escamoteo de la realidad, de esa realidad que Moltner, uno de los protagonistas de *Besuch auf Godenholm* («Visita a Godenholm»), vio formarse en el hilo azul de una llama por la acción poética del tiempo y del espacio. ¿Escamoteo? ¿Por qué? Pues porque en tal sazón ya no hay tiempo ni hay espacio. Hay —el verbo haber resulta insuficiente— otra cosa, otra realidad que apenas presentimos.

A esa realidad accedemos merced a la tijera de Atropos. Ernst Jünger la dibujó magistralmente en el libro escrito a los noventa y cinco años. Y se lo regaló a sí mismo con gesto, me parece, entre irónico y desprendido.

Que ese regalo, que ese autorregalo, prolongue en nuestra intimidad la eficacia y la admiración por tan alto espíritu europeo.

RESUMEN

Con más de noventa y cinco años, el ensayista y narrador alemán Ernst Jünger es, sin duda, uno de los intelectuales, sorprendentemente en activo, más viejos de la actualidad. Traducido en España, en los últimos años, con bastante regularidad, en esta ocasión Domingo

García-Sabell, además de repasar algunas de las versiones españolas, comenta su, por ahora, última obra, aparecida en Alemania en 1990, *Die Schere* («La tijera»), que es una aproximación a la muerte, la aceptación de que el desenlace ya no puede retrasarse mucho.

Ernst Jünger

Die Schere

Klett-Cotta Verlag, Stuttgart, 1990. 186 páginas. 34 DM.

La fábula en la literatura

Por Francisco Rodríguez Adrados

Francisco Rodríguez Adrados (Salamanca, 1922) es catedrático emérito de Filología Griega de la Universidad Complutense de Madrid y presidente de la Sociedad Española de Estudios Clásicos. Creador de una escuela de helenistas y lingüistas, dirige las revistas *Emérita* y *Española de Lingüística*, el *Diccionario Griego-Español* y la «Colección Alma Mater de Autores Griegos y Latinos».

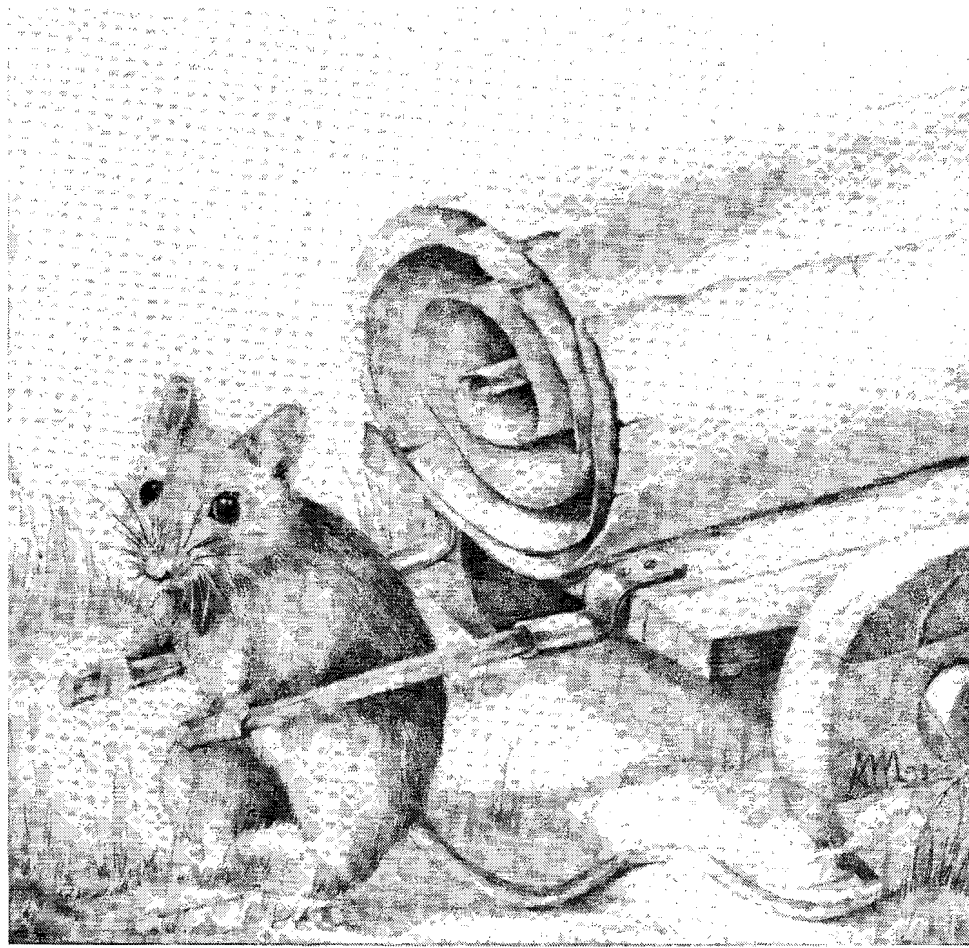
Trata este libro —aparecido en la colección «Filología e crítica», dirigida por Bruno Gentili— de dos temas muy unidos entre sí: el de la leyenda de Esopo y la *Vida* que ha llegado a nosotros, de una parte, y el de la fábula propiamente dicha, de otra. Efectivamente, Esopo, en su leyenda y en su *Vida*, cuenta fábulas en distintos momentos decisivos; y a Esopo se le atribuyen fábulas que se dan como ejemplos (desde Aristófanes) y, más tarde, aquellas colecciones de fábulas que no son obra de autores individuales como Fedro o Babrio. Más todavía: el personaje Esopo está modelado sobre rasgos de la fábula. Y los rasgos cónicos que adquiere a partir de época helenística son los mismos que también refleja la fábula de esa época.

Es bienvenido el libro porque llama la atención sobre dos temas (en realidad aspectos de uno solo) que son esenciales para toda la historia literaria posterior y que ahora están poniéndose de moda. Estoy convencido de que la *Vida de Esopo*, traducida a nuestra lengua ya en el siglo XV, es el modelo fundamental de nuestra picaresca (lo he sostenido para el *Lazarillo*); y que la *Vida* y las fábulas fueron a su vez importantes para los cuentistas y novelistas del XIV y el XV, del Arcipreste a Chaucer y Boccaccio.

De otra parte, la fábula greco-latina debe ser colocada dentro del más amplio marco de la fábula oriental, tanto mesopotámica como india. Me he ocupado de todo esto en mi *Historia de la fábula greco-latina* (Madrid, 1979-1987).

Es distinto el planteamiento de este libro: no se ocupa de los antecedentes de la fábula greco-latina más que como paralelos; en concepto de tales menciona la *Vida de Ahikar*, asiría, y el *Pañcatantra*, indio, sin tratar de obtener consecuencias históricas. Tampoco habla de los derivados europeos. Su objetivo es presentar un cuadro de conjunto sobre el material greco-latino a que nos referimos desde el punto de vista de su estructura, estilo y función: de género literario, en definitiva. Domina la consideración global y sintética, aunque, por supuesto, se hace referencia constantemente a las diferencias entre la época clásica, la helenística y la romana. Y se hacen algunas aportaciones de tipo histórico, como veremos.

De las tres partes en que se divide el libro (I. «La figura d'Esopo» II. «Struttura della favola esópica» III. «Favola e cultura»), la primera se refiere a la *Vida* y las otras dos a las fábulas. Todo ello va precedido por una introducción dirigida al lector no especializado que da, entre otras cosas, un inventario del material esópico (con algunas lagunas y errores; así, en cuanto a las fechas propuestas para



ANGELES MALDONADO

las colecciones y al origen del *Syntipas*). Da también algunas noticias, no muchas, sobre las relaciones entre las diversas colecciones. El autor no pudo utilizar los volúmenes II y III de mi libro arriba mencionado (aunque cita el II en la bibliografía).

La aportación mayor del libro, pienso, es la relativa al personaje Esopo y a la *Vida* que de él se nos ha transmitido y que depende de un original perdido de fecha romana (I d. C.) según Perry, de fecha helenística según yo. Jedrkiewicz concluye, creo que acertadamente, que hasta el siglo IV a. C. no ha habido una *Vida de Esopo* escrita, sólo relatos orales.

Es muy acertada la crítica que hace en su capítulo I, «Aesopus auctor», sobre la leyenda esópica: la existencia de Esopo no es segura, pero sí es claro que era visto como un «inventor» del género fabulístico, un extranjero y un esclavo que hablaba como libre y al que se le atribuían chistes, anécdotas, fábulas, etiologías. Su fealdad está ya testimoniada en una «kylix» ática de hacia 450 a. C.

Por tanto, nada esencialmente añade el Esopo posterior con su «superación de lo negativo», aunque, ciertamente, los elementos cónicos que nos presentan al esclavo maestro de su amo hacen más radical el cuadro. Y es nuevo (es una buena aportación de Jedrkiewicz) su papel de «sabio menor» al lado de los Siete Sabios de Plutarco (no en la *Vida*).

Otras aportaciones están en los rasgos religiosos del Esopo de la *Vida*: propone una relación ambigua con Apolo, que primero tiene algo que ver con la muerte de Esopo por los delfios; luego venga esa muerte. El tema de la muerte de Esopo, que no logra conven-

cer a los delfios con sus fábulas, está modelado sobre el esquema del sacrificio. Se debería haber insistido más, quizá, sobre el tema de Esopo como ser erótico unido a temas de la fecundidad: tema también religioso.

En todo caso, nuestro autor construye bien una «estratigrafía» del Esopo de la *Vida*, que se completa con sus elementos cónicos: le atribuyen anécdotas intercambiables con Diógenes y algunas de los Siete Sabios. Aunque he insistido en varios lugares sobre el hecho de que el cinismo no ha hecho sino profundizar elementos ya propios del Esopo clásico y la cultura que representaba. Y que en ella personajes como Arquíloco e Hiponacte presentaban elementos semejantes.

Para Jedrkiewicz, Esopo opera, en las fábulas y anécdotas que se le atribuyen, con los temas del «rovescemento» (inversión de situaciones), la ambigüedad y la bivalencia. Y niega que Esopo sea una especie de exponente de las ideas de las clases oprimidas, de una cultura alternativa; en todo caso, dice, su crítica está construida con elementos de la cultura superior.

Discutir todo esto nos llevaría muy lejos. Inversión, ambigüedad y bivalencia son propias de toda literatura que narra y dramatiza la acción; son conceptos en que Esopo está incurso, pero lo rebasan. Y, desde luego, el concepto de una ideología de clase o de una «contestación» no encaja bien con Esopo. Pero que en él es importante la crítica de la sociedad y la moral tradicionales es indudable. La fábula representaba un momento de reflexión y de inversión de valores que en época arcaica y clásica se daban en ciertas fiestas y ciertos tipos de poesía y filosofía. El mismo Jedrkiewicz da ejemplos abundantes.

Creo que la crítica y el adoctrinamiento, unidos ya a la risa, ya al drama, son esenciales en Esopo y en la fábula. No hay, ciertamente, un intento de demolición de la sociedad, tanto menos cuanto que se insiste siempre en la fuerza de la «physis» o naturaleza: la conducta de los animales y de los tipos humanos que representan es inmutable.

La parte II se ocupa de la estructura de la fábula. Es interesante, aunque sin duda unifica en exceso el concepto de «fábula», que es muy multiforme. Estudia la caracte-

rización más o menos humanizada de los animales (y plantas, objetos, etc.) de la fábula; su estilo de narración, en el que Jedrkiewicz cree ver influencias ya acadio-babilónicas, ya homéricas. También se proponen distintos tipos de acción ya con dos personajes (fábulas agónicas, las he llamado), ya con tres, teniendo el tercero varios papeles. El triunfo o el fracaso, dice, viene de actos en que entran los motivos de la inversión y demás antes aludidos.

La fábula, de otra parte, continúa el relato tradicional: relato simple y breve (aunque de esto habría mucho que hablar) acompañado de un simbolismo, un moralismo y diversos niveles de sentido.

Finalmente, el tema «favola e cultura» es tratado en la parte III. En ella es en la que más se nota la falta de un conocimiento más exacto sobre el origen y relación entre las colecciones que se nos han conservado. Es extraño que ni siquiera se toque el tema de la fase poética (en coliambo y trímetros) de la fábula en manos de los cónicos; de la misma colección de Demetrio, de que arrancan las demás, puede decirse más de lo que nuestro autor dice. Y, sobre todo, el inmenso caudal de fábulas cinizadas o cónicas apenas merece su atención: desarrollan y amplían temas de la fábula anterior y enlazan con los elementos cónicos de la *Vida*. Ni entra demasiado en los rasgos propios de Fedro o Babrio.

En cambio, pienso que hay aportaciones importantes, con aducción a veces de materiales olvidados, en lo relativo al estudio de la fábula en los diversos autores de la edad arcaica y clásica: en la poesía (págs. 303 ss.), en Heródoto (págs. 334 ss.), en los trágicos (págs. 357 ss.), en Aristófanes (págs. 360 ss.), en Sócrates (págs. 368 ss.), en Platón (págs. 273 ss.). Es interesante, por ejemplo, el estudio conjunto de la fábula y la anécdota en Heródoto y de los elementos del socratismo comunes con la fábula. Se podría ir más lejos por este camino. Y enlazarlo con lo que sigue: no sólo para Arquíloco es la fábula un arma, hay comunidad entre la posición crítica de Sócrates y los cónicos, etc.

Los temas cónicos de la fábula, insisto, están insuficientemente tratados. Así, por ejemplo, el tema de la fábula cónica y la política, del que me ocupé en un trabajo que Jedrkiewicz desconoce («Política cónica en las fábulas esópicas», en *Filología e Forme Letterarie. Studi della Corte*, I, Urbino 1987, págs. 413 ss.). Lo que sí hace es dar datos sobre la presencia de la fábula en autores diversos de edad romana.

Se trata, en definitiva, de un libro que puede dar una buena orientación sobre el vasto tema de la fábula, central en la literatura universal pese a su aparente insignificancia. Y mal conocido. No ocultamos, de otra parte, que el libro presenta lagunas que habría que salvar si se quiere trazar una verdadera historia de la fábula: en Grecia y Roma primero, en Oriente, en la Edad Media, en la Modernidad.

Pues la fábula, como los géneros menores en general, es muy estable y permite vislumbrar un vasto panorama de la vida humana a través de sociedades diferentes y de situaciones sociales también diferentes. Un panorama tan ilustrativo como, en el fondo, constante.

RESUMEN

A partir de una obra italiana, Rodríguez Adrados realiza un recorrido por la fábula a través de la literatura, sus orígenes clásicos y su evolución. Para Adrados este libro puede

proporcionar una buena orientación sobre el vasto tema de la fábula, central en la literatura universal pese a su aparente insignificancia.

Stefano Jedrkiewicz

Sapere e paradosso nell' Antiquità: Esopo e la favola

Edizioni dell' Ateneo, Roma, 1989. 516 páginas.

En el próximo número

Artículos de Miguel Beato, Eloy Benito Ruano, Francisco Tomás y Valiente, Juan José Martín González, Ramón Pascual, Josep Soler y José María Valverde.

La física de la información

Por Miguel Beato

Miguel Beato (Salamanca, 1939) es, desde 1977, profesor de Bioquímica en el Instituto de Química Fisiológica de la Universidad de Marburgo y fue investigador asociado en el Departamento de Bioquímica de la Universidad de Columbia en Nueva York.

El hecho de que las universidades anglosajonas concedan a los biólogos que terminan su tesis doctoral el título de doctor en Filosofía, Ph.D., al igual que a los físicos y químicos, solía resultarme extraño. Ahora, después de dedicar un cuarto de siglo a la investigación biológica, entreveo un sentido a esa práctica, aun cuando ese sentido sea quizá muy distinto, y hasta opuesto, al que le atribuyen las universidades anglosajonas. La genética evolutiva darwiniana y la biología molecular nos proporcionan una consciencia de continuidad física de la biosfera más objetiva y más concreta de la que había sido posible a partir de la pura reflexión filosófica. Desde hace unos años sabemos que somos seres codificados y que la información que determina nuestra peculiar existencia está contenida en una larga molécula lineal de DNA cuya historia se remonta hasta el origen de la vida en el planeta. Esto se aprende ya en los libros de texto de la escuela, pero llegar a hacerse consciente de sus implicaciones requiere, o ha requerido en mi caso, un largo proceso de reflexión.

La perspectiva biológica confiere un contenido nuevo a algunas de las cuestiones básicas de la filosofía tradicional y justifica el conceder el título de Ph.D. también a los biólogos. Tradicionalmente han sido los físicos los que han dedicado más atención a la reflexión sobre los aspectos teóricos o filosóficos de su actividad científica y también de la biología. Los nombres de Max Delbruck y Erwin Schrödinger encabezan una lista de famosos físicos, a la que sólo recientemente han ido agregándose nombres de biólogos y genetistas como Jacques Monod, François Jacob y Ernst Mayr. A esta ilustre lista habría que añadir el nombre de Tom Stonier, aun cuando sea todavía prácticamente desconocido entre los biólogos.

La empresa que se ha propuesto Tom Stonier es prometeica: se trata nada menos que de definir una nueva teoría unitaria del universo basada en el concepto de información; crear una nueva rama de la física: la física



JUAN RAMON ALONSO

de la información («information physics»). El autor es consciente de las dificultades que implica su tarea. Ya en el prólogo encontramos una cita de Erwin Schrödinger que define el dilema con que se encuentra un científico cuando sale de su especializado terreno de investigación e intenta una síntesis con ambiciones generales:

«I can see no escape from this dilemma... than that some of us should venture to embark on a synthesis of facts, and theories... at the risk of making fools of ourselves.»

(«No veo otra salida a este dilema... sino que algunos de nosotros se arriesguen a embarcarse en una síntesis de hechos y teorías... aun a riesgo de hacer el ridículo.»)

El libro que me propongo comentar trata de demostrar que la información es una parte esencial del universo físico, y representa un primer intento de suministrar las bases para una teoría general de la información. El autor anuncia dos nuevas obras en las que está trabajando: *Beyond Chaos* («Más allá del caos»), que deberá incorporar ideas derivadas de la cibernética, la semiótica, la lingüística, la semántica, la psicología del conocimiento y la epistemología, y *Beyond Information* («Más allá de la información»), que examinará la evolución de la inteligencia desde sistemas prebióticos hasta sistemas post-humanos. Dentro de esta perspectiva, el autor trata de demostrar primero la base física de la información.

Los lectores no versados en formalismos matemáticos pueden extraer de los dos primeros capítulos el mensaje básico del libro. En ellos Stonier expone con claridad y con un lenguaje perfectamente accesible su concepto de que la información no sería una abstracción ni una actividad exclusiva del cerebro humano en su percepción del mundo exterior, sino una propiedad real del universo físico que existe independientemente de su detección. Una parte de su argumentación se basa en el análisis de la información genética transmisible contenida en la secuencia de nucleótidos del ADN. En cuanto al conocimiento

humano, éste representa solamente una forma especial de información, pero Stonier insiste en que es esencial distinguir entre información y sentido («meaning»), entre la información misma y su detección o interpretación por el cerebro humano u otros instrumentos.

En el segundo capítulo, Stonier define la información como la capacidad de organizar un sistema (por analogía con la clásica definición de energía como la capacidad de realizar trabajo), y postula lo que considera el axioma esencial de la física de la información: Información y organización están íntimamente relacionadas. De ese axioma derivan tres teoremas:

1. Todas las estructuras organizadas contienen información.
2. Añadir información a un sistema equivale a aumentar su grado de organización o a reorganizarlo.
3. Un sistema organizado es capaz de liberar o transmitir información.

Partiendo del concepto termodinámico de entropía, Stonier llega a considerar la información como una función exponencial inversa de la entropía. El cambio de entropía durante la denaturación de una proteína (un cristal aperiódico en la terminología de Schrödinger) puede servir de indicador de su contenido en información. En el caso de la tripsina, este cambio equivale a 213 cal/grado/mol, lo que representa aproximadamente 155 bits por molécula. Para dar una idea relativa, la condensación de agua en un perfecto cubo cristalino de hielo sólo requiere 35 bits de información. Esa enorme cantidad de información representa solamente la fracción correspondiente a la estructura secundaria y terciaria (espacial) de la tripsina, sin considerar la información contenida en su estructura primaria, la secuencia de aminoácidos. Así pues, los sistemas biológicos se caracterizan por un enorme contenido de información que sólo puede entenderse desde una perspectiva evolutiva.

Conviene resaltar que el concepto de información utilizado por Stonier es muy distinto y hasta opuesto al utilizado en la teoría de la comunicación (Hartley, Shannon). Los ingenieros de comunicaciones utilizan el término información, casi como sinónimo de entropía, para designar el «valor sorpresa» de un mensaje. Para ellos, una sucesión arbitraria de signos tiene más información que una secuencia (del mismo número de signos) organizada de acuerdo con ciertas normas, por ejemplo, reglas gramaticales. Su explicación es que son necesarias más decisiones binarias para especificar el mensaje arbitrario. Stonier defiende de modo convincente su utilización del concepto opuesto de información y demuestra que la frase con un sentido contiene más información que una sucesión arbitraria de signos. Para ello se basa en los conceptos de entropía negativa y orden (postulados ya por Schrödinger), que permiten comprender cómo se puede añadir información a un sistema incluso cuando éste ha llegado a un valor nulo de entropía. Estos conceptos, esen-



Artículos de

En este número	
Miguel Beato	1-2
Eloy Benito Ruano	3
F. Tomás y Valiente	4-5
J. J. Martín González	6-7
Ramón Pascual	8-9
Josep Soler	10-11
José María Valverde	12

SUMARIO en página 2

Viene de la página anterior



La física de la información

ciales para comprender los sistemas biológicos, son aplicables también al lenguaje. Las dos frases, la arbitraria y la provista de un sentido, tienen una entropía nula, puesto que ambas eliminan cualquier incertidumbre, pero la frase con sentido tiene mayor información porque ha sido necesario utilizar más trabajo para producirla (no sólo aprender a escribir correctamente el idioma en que está escrita, sino todo el bagaje cultural que ha evolucionado hasta proveerla de un sentido preciso). Este tipo de argumentación es esencial para la comprensión de los sistemas biológicos, que además funcionan a temperatura prácticamente constante y muestran características de superconductividad.

Una de las paradojas que encuentran los biólogos cuando contemplan su actividad desde una perspectiva algo más general es precisamente el conflicto entre evolución biológica y entropía. Mientras que, de acuerdo con la segunda ley de la termodinámica, la entropía (o el desorden) del universo aumenta inexorablemente, los sistemas biológicos evo-

lucionan en sentido inverso produciendo organismos cada vez más complejos y más organizados, termodinámicamente más improbables. Stonier extiende estas consideraciones evolutivas más allá de los sistemas biológicos y postula que, aun cuando en el universo considerado en su totalidad (como un sistema cerrado) puede que la entropía crezca continuamente, en nuestro planeta la entropía disminuye progresivamente. Arriesgando una peligrosa extrapolación: en lugar de la anunciada muerte termodinámica en un magma de partículas elementales (el infierno), nos espera la congelación en el gran cristal perfectamente organizado (el cielo). A decir verdad, ninguna de las dos opciones de futuro son particularmente atractivas.

En el capítulo sexto, Stonier demuestra que, a excepción del calor, todas las demás formas de energía son interconvertibles en información. Distingue aquí entre información estructural e información cinética, que correspondería a la energía potencial. Postula una relación en triángulo entre energía, materia e información. La energía organizada contiene información; la energía actuando sobre la materia produce calor; y la información actuando sobre la materia produce estructura. Sigue un brillante análisis de la relación entre movimiento, distancia y tiempo desde la perspectiva de los cambios de información. Stonier concluye que el contenido en información de un sistema es directamente proporcional al espacio e inversamente proporcional al tiempo que ocupa. Analiza después con más detalle la relación entre energía e información y la interconversión entre información cinética y estructural, para pasar a lo que llama «information at work» (información en acción), el tema que ocupa el capítulo séptimo.

Para obtener trabajo «útil» de un sistema es necesario suministrarle no sólo energía, sino también información. O bien la energía aplicada al sistema contiene en sí misma información, como es el caso, por ejemplo, de la radiación electromagnética, o bien la información está contenida en el sistema mismo, como es el caso de objetos o instrumentos diseñados para actuar como transductores de energía. Los ejemplos aquí van desde la má-

quina de vapor hasta los sistemas biológicos. La información contenida en estos sistemas, casi imponderable, se deriva del trabajo, la energía y la información que han sido necesarios para su construcción. En cualquier caso, los transductores de energía actúan como catalizadores creando una situación de desequilibrio cuya energía potencial (su información cinética) es utilizada para llevar a cabo trabajo útil, en tanto que el sistema vuelve a su estado inicial. En particular, los sistemas biológicos utilizan su información para la transformación isotérmica de varias formas de energía (química, mecánica, eléctrica) y para la creación de nueva información.

Desde una perspectiva histórica

En el último capítulo, Stonier resume las propuestas básicas de su obra y coloca la teoría de la información en una perspectiva histórica. Según él, el concepto de información como una propiedad intrínseca del universo en pie de igualdad con los conceptos de materia y energía surge como resultado de tres tipos de experiencias relativamente recientes: la de los ingenieros de telecomunicaciones, la derivada del uso de los ordenadores electrónicos y la que resulta del avance de la biología molecular. Esta última, al demostrar que la información genética está contenida en un cristal aperiódico, el ADN, que existía ya millones de años antes de que surgiese el cerebro

humano, suministra argumentos convincentes a favor de la existencia objetiva de la información, independientemente de su percepción.

El libro termina con cuatro apéndices, cada uno dedicado a una especulación derivada de las propuestas básicas de la física de la información. Los dos primeros, bastante especializados, tratan en detalle de las consecuencias para la teoría atómica y de la posible existencia de partículas elementales de información, los infones, que deberían añadirse a las partículas elementales de la energía, los bosones, y de la materia, los fermiones. Los dos últimos apéndices, aún más especulativos, tratan de las consecuencias astronómicas y cosmológicas de la postulada teoría de la información, y en particular de la posible existencia de otros universos.

Independientemente de la validez de estas especulaciones, no cabe duda de que el aparato conceptual propuesto por Tom Stonier, aun siendo aún provisional, parece adecuado para el tratamiento de sistemas complejos y en especial para los sistemas biológicos. Mientras que la física de los sistemas alejados del equilibrio (Prigogine) supuso un primer paso para sentar las bases teóricas de una física aplicable a la biología, la física de la información incorpora estos conceptos dentro de una síntesis más amplia y ambiciosa. Creo que hay razones más que suficientes para esperar con justa impaciencia la elaboración futura de estas originales ideas anunciada por el autor en el prefacio del libro.

Qué es

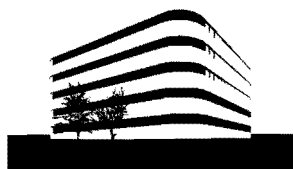
SABER Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista **SABER/Leer**. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

RESUMEN

El bioquímico Miguel Beato comenta un libro que trata de demostrar que la información es una parte esencial del universo físico y representa un primer intento de suministrar las bases para una teoría general de la información. La información resume Beato la teoría

del autor de la obra comentada— no sería una abstracción ni una actividad exclusiva del cerebro humano en una percepción del mundo exterior, sino una propiedad real del universo físico que existe independientemente de su detección.

Tom Stonier

Information and the internal structure of the universe. An exploration into information physics

Springer Verlag, Berlín, 1990. 155 páginas.

SUMARIO

	Págs.
«La física de la información», por Miguel Beato, sobre <i>Information and the internal structure of the universe</i> , de Tom Stonier	1-2
«Tipología de la sociedad medieval», por Eloy Benito Ruano, sobre <i>El hombre medieval</i> , de Jacques Le Goff (ed.)	3
«La España de Felipe IV y Olivares», por Francisco Tomás y Valiente, sobre <i>La España del Conde-Duque de Olivares</i> , de autores varios, y <i>Las finanzas de la Monarquía hispánica en tiempos de Felipe IV</i> , de Felipe Ruiz Martín	4-5
«Rubens en la cima de la cultura barroca», por Juan José Martín González, sobre <i>Rubens y España. Estudio artístico-literario sobre la estética del Barroco</i> , de Simon A. Vosters	6-7
«Los sentimientos de un ordenador», por Ramón Pascual sobre <i>The Emperor's New Mind</i> , de Roger Penrose	8-9
«Escritos sobre armonía», por Josep Soler, sobre <i>Audición estructural</i> , de Félix Salzer	10-11
«Escribir en Austria», por José María Valverde, sobre <i>La frase infinita. Thomas Bernhard e la cultura austriaca</i> , de Aldo Giorgio Gargani	12

Tipología de la sociedad medieval

Por Eloy Benito Ruano

Eloy Benito Ruano (Madrid, 1921) es catedrático emérito de Historia Medieval en la Universidad Nacional de Educación a Distancia. Presidente del Comité Español de Ciencias Históricas y vicepresidente del Comité Internacional, ha sido elegido recientemente secretario perpetuo de la Real Academia de la Historia. Entre sus obras se cuentan *Toledo en el siglo XV*, *Estudios santiaguistas* y *Orígenes del problema converso*.

¿Vuelve el género historiográfico de la biografía? Como resucitó hace pocos años en Francia la Historia política; como ha hecho crisis (por fortuna) la Historia económica escrita con sólo cifras; como la Historia social confirió en su momento a su propio enunciado un sentido rigurosamente antinómico al de los periodísticos «Ecos de Sociedad», es evidente que «el hombre» reaparece como protagonista del relato en la reconstitución del pasado por la presente ciencia histórica. La pregunta de Lucien Fèbvre, «y en todo esto, ¿dónde está el hombre?», no tendría sentido de ser formulada hoy con carácter general.

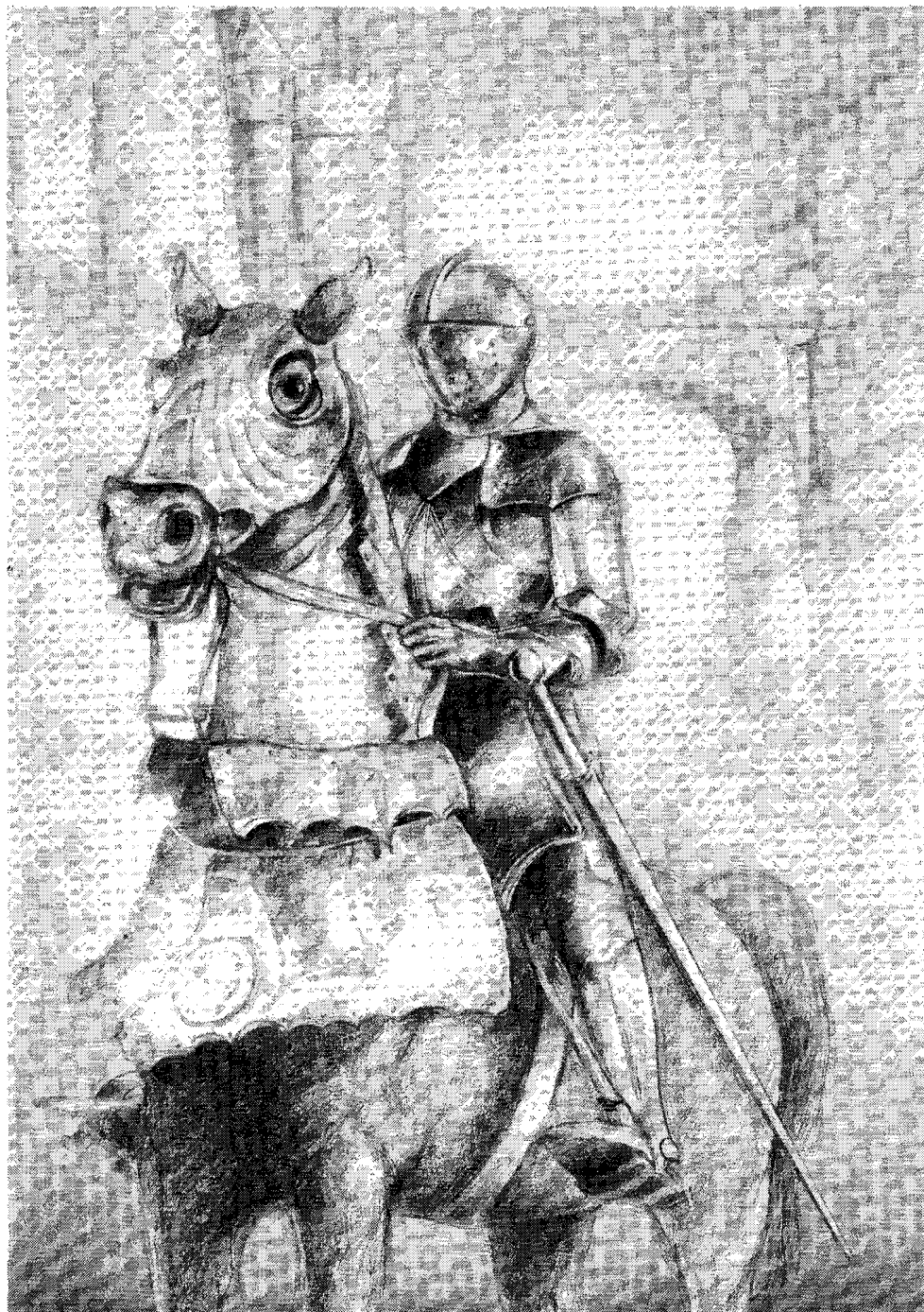
El género biográfico ha tenido, naturalmente, fases y modos bien distintos, desde las *Vidas paralelas* a *Los héroes*, de Plutarco a Carlyle, pasando por las *Generaciones y semblanzas*, de Fernán Pérez de Guzmán; de la presentación de los grandes actores («personajes») de la historia, al intento de su comprensión como personas, con sus grandezas y sus miserias, sus pensamientos y sus sentimientos, su intimidad y hasta su imaginación, el biógrafo de la primera mitad del siglo XX acometió la interpretación psicológica del sujeto, llegando casi a la suplantación del mismo al tratar literalmente de «ponerse en su lugar». Emil Ludwig y Stefan Zweig fueron maestros mundiales en este arte; y entre nosotros el dr. Marañón alcanzó efectos muy apreciables con su caracterización del Conde-Duque de Olivares (personificación —escribió— de «la pasión de mandar»), su *Estudio* algo más que biológico sobre Enrique IV de Castilla y su *Antonio Pérez*. Todos ellos presentados contra el telón de fondo de su época, es decir, asumiendo la fórmula orteguiana del individuo como tal individuo más su circunstancia.

Inversión de las tornas en cuanto a elección de objeto de biografía psicológica significó la aplicación del método de ésta a las personalidades colectivas: pueblos o naciones (*Ingléses, franceses y españoles*, por Salvador de Madariaga); grupos y espíritus corporativos, clases sociales, mentalidades, generaciones, etc. *La rebelión de las masas*, la *Psicología de las multitudes* son, en su faceta histórica, manifestaciones de este ensayo de colectivización de la biografía.

Hasta diez modos o variantes de aplicación de este género literario a la Historia han señalado los germanos Engelberg y Schleier en su reciente comunicación al XVII Congreso Internacional de Ciencias Históricas celebrado en Madrid durante el pasado verano de 1990: breves notas necrológicas, «vidas y obras», «vidas y tiempos», autobiografías, psicoanálisis de personajes, prosopografías..., hasta ensayos de reconstrucción de mentalidades colectivas.

Por el momento, nos hallamos en el tiempo de las tipologías. La configuración de modelos susceptibles de servir como patrones referenciales a la casuística innumerable de sujetos homogéneos permite una taxonomía humana de «tipos» sin otras circunstancias limitativas que las coordenadas, previamente determinadas, de lugar y tiempo.

Un ensayo en este sentido, aunque polarizado en torno a los valores de la moral co-



M. L. GARCÍA VERDUGO

lectiva de cada grupo (y por ello más genérico y permanente), realizó hace décadas Eduard Spranger con la delineación de sus *Lebensformen* («Formas de vida», Madrid, *Revista de Occidente*, 1935). Las morfologías por él descritas constituyen todo un sistema de «tipos ideales básicos de la individualidad»: el «homo theoreticus», el «oeconomicus», el «aestheticus», el «socialis», el «politicus» y el «religiosus».

¿Una panorámica integral, estática, de la Humanidad? Ciertamente es que muchas otras imágenes modélicas podrían haberse desgajado de las troncales señaladas. Pero también lo es que algunas de éstas podrían sintetizarse en distintos complejos integradores.

Viniendo en todo caso al presente y a nuestro objeto metodológico histórico-biográfico, éste nos enfrenta con un concreto producto de enfoque de la humanidad de un tiempo y un espacio determinados —los siglos X al XV y el Occidente europeo—; empresa realizada recientemente por un conjunto de historiadores de diversos países coordinados por el francés Jacques Le Goff (ed. italiana, Roma, 1987; francesa, París, 1989; española, Madrid, 1990).

El volumen está constituido por una decena de monografías que analizan separadamente los tipos del monje, el guerrero, el campesino, el ciudadano, el intelectual, el artista, el mercader, la mujer, el santo y el marginado.

Un plantel, como puede verse «a priori», establecido con arreglo a irregulares criterios de selección en los que alternan elementos

todos ellos de las virtudes inherentes a cada tipología.

Por fortuna, al no ser así, al no haberse pretendido establecer las imágenes (en el sentido icónico, casi hagiográfico) representativas de otros tantos manuales normativos de época, la obra suministra, en efecto, la perseguida visión histórica, real, de la sociedad contemplada.

El coordinador del equipo diseña sumariamente en un capítulo introductorio las líneas generales de lo que pudiera ser un esquema común a los modelos estudiados. «La evocación de "un" hombre medieval —dice— la justifica el hecho de que el sistema ideológico y cultural en el que se inserta y el elemento imaginario que lleva en sí mismo» determinan «unas estructuras mentales comunes (y) unos objetos semejantes de creencia, de fantasía, de estímulo».

Entre los rasgos caracterizadores de su vivencia está la presencia —la irrupción permanente, diríamos más bien— de lo sobrenatural en la existencia cotidiana; la normal infracción del orden de la naturaleza que constituye el milagro; la racionalización del más allá; la mentalidad simbólica; la aceptación del principio casi intangible de jerarquía; la obediencia como virtud ubicua en todas las esferas de la vida humana...

Colectivamente, la dualidad íntima de su microcosmos individual (alma y cuerpo) es reflejo de los «esquemas binarios», «dualidades antitéticas», «maniqueísmos de base» (bueno/malo, superior/inferior, «potens/pauper») que constituye «una sociedad de contraposiciones» complicada en la manoseada trilogía de «ordines» («oratores», «bellatores», «laboratores»), multiplicada después en muchas más imágenes de las estudiadas aquí: el hereje, el niño, el judío, por ejemplo, son otras tantas bien definidas y con sustancialidad suficiente para haber sido consideradas, ya en sí mismas, ya en el seno de las diversas matizaciones del «homo religiosus», ya en el grupo familiar (donde lo ha sido la mujer) o en el simplificado tipo del marginado, etc.

Biografía colectiva, sociología biográfica, muestras individualizadas de especímenes representativos... Estimamos, abundando en nuestro criterio más arriba expuesto, que el establecimiento de una tipología de *El hombre medieval* precisa de una más amplia planificación integradora cuyos primeros planos sean susceptibles de descomposición en teselas subclasificadoras; y que éstas sean sometidas a ella. Pero, sobre todo, requiere, a nuestro juicio, unos principios de selección y tratamiento rigurosamente homogéneos, que permitan la contemplación de cada tipo y cada variante insertos en una red de coordenadas definitorias de su propia magnitud y propiciantes de su examen comparativo.

En tanto esa empresa se acomete, individualmente o en equipo actuante con procedimientos unívocos, el conjunto de las presentes monografías, debidas a prestigiosos especialistas (Cardini, Cherubini, Fumagalli, Geremek, Gurevič, Vauchez, el coordinador Le Goff, entre otros), ofrece otros tantos análisis valiosos en sí mismos, útiles todos y algunos ya imprescindibles en su respectivo campo.

RESUMEN

Un conjunto de monografías debidas a diversos historiadores italianos, franceses, polacos, rusos, bajo la dirección de Jacques Le Goff, analiza diversos tipos humanos clasificados según criterios profesionales, sociales, ideológicos y, en algún caso, de sexo. El todo constituye una vivaz estampa de la sociedad europea de entre los años 1000 y 1500.

Jacques Le Goff (ed.)

El hombre medieval

Alianza Editorial, Madrid, 1990. 388 páginas. 2.700 pesetas.

La España de Felipe IV y Olivares

Por Francisco Tomás y Valiente

Francisco Tomás y Valiente (Valencia, 1932) ha sido catedrático de Historia del Derecho en Salamanca y en la actualidad lo es en la Autónoma de Madrid. Magistrado desde 1980 del Tribunal Constitucional, desde marzo de 1986 es presidente de dicho Tribunal. Entre sus obras pueden citarse *El marco político de la Desamortización en España*, *Manual de historia del Derecho español y Gobierno e instituciones en la España del Antiguo Régimen*.

La España de Olivares está de enhorabuena. Entiéndase tan sencilla frase: a) mejor que de España sería hablar de la Monarquía hispánica; b) no es justo definir aquella época sólo por referencia al valido del rey; c) en todo caso, las albricias hay que darlas y recibirlas en atención a la buena fortuna disfrutada por tal objeto historiográfico durante la última década.

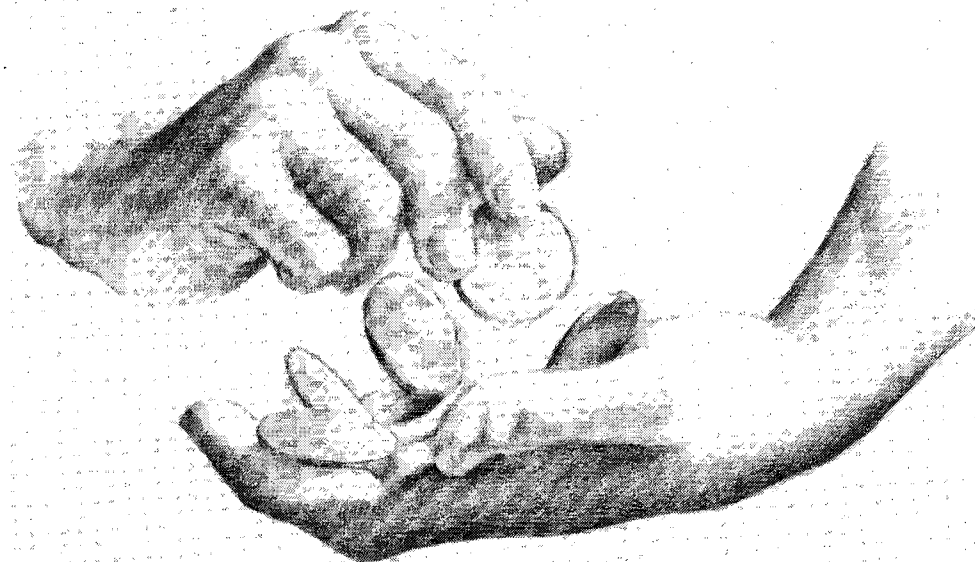
Libros importantes de John Elliott (*The Count-Duke of Olivares. The Statesman in an Age of Decline*, 1986; cfr. el comentario de A. Domínguez Ortiz en *SABER/Leer*, n.º 2), otros escritos por él en colaboración con José F. de la Peña o con Jonathan Brown, y numerosos estudios de I. A. A. Thompson, Pablo Fernández Albadalejo, Charles J. Jago, Bartolomé Yun, R. A. Stradling, Benjamín González Alonso, Juan Luis Castellano y tantos otros, junto a obras de más amplio objeto, pero atentas también a aquellas décadas del siglo XVII, han permitido dar a nuestros conocimientos sobre aquella época saltos cualitativos muy notables. Los dos libros que ahora comento se unen a la serie con muy particulares méritos. Temas sobre la política global de la Monarquía, otros concernientes a sus finanzas, o a la concepción del poder, o a los límites institucionales de éste, o a la señorialización de Castilla, o al equilibrio entre los reinos y coronas, o a las oligarquías urbanas, o a la política cultural, han sido sometidos a revisión durante esta década, y los libros ahora glosados prolongan esa labor al mismo tiempo que se benefician de la ya realizada. La ciencia es continuidad y renovación en inescindible simbiosis.

Breve pero grande

Aunque a menudo se olvide, un libro breve puede ser un gran libro. Así sucede con el *Discurso* de Felipe Ruiz Martín, maestro de historiadores de la economía y del que, quienes no lo somos, tanto hemos, sin embargo, aprendido por su condición de historiador cabal atento a todos los aspectos que componían la compleja realidad castellana de los siglos XVI y XVII. Especialista hasta ahora en cartas de mercaderes, historia de la Banca, finanzas de la Monarquía de Felipe II y de tantos otros temas de historia agraria, industrial y financiera, Felipe Ruiz lleva muchos años cavilando sobre banqueros genoveses y portugueses, sobre oligarquías urbanas en la Castilla del seiscientos y, por fin, ahora ha escrito y presentado esta pequeña obra maestra. En ella, el conocimiento de la bibliografía clásica, de las últimas publicaciones y de la documentación de Simancas se combinan, sin innecesarios alardes eruditos, con la precisión que da la madurez. La castiza prosa castellana hace gozosa la lectura, imprescindible para especialistas y asimilados.

Hay una faceta del *Discurso* sobre la que voy a limitarme a dejar aquí constancia. Es la concerniente a la contabilidad de asientos y factorías y a la nómina de banqueros: Fugger viejos y nuevos, genoveses antiguos y modernos, toscanos, portugueses y algunos castellanos que despuntan como tratantes en negocios monetarios (préstamos de vellón)

con la Hacienda real. No quiero engañar al lector: éstos son los temas centrales del libro y aquellos que más horas de trabajo del autor absorbieron. No son, sin embargo, los que más me interesan. Las intervenciones, más sucesivas que simultáneas, de unos y otros banqueros; la suspensión de pagos de 1627; la Diputación para el consumo de vellón y el Medio General de aquel mismo año de 1627; las fluctuantes relaciones de paz y guerra con Inglaterra y su influjo en el «camino español» y rutas alternativas; la culminación de la presión fiscal entre 1632 y 1665; las relaciones entre el vellón y la plata; las nuevas suspensiones de pagos —ya durante el valimiento de don Luis de Haro— en 1647 y 1652 y el secuestro de bienes de los genoveses a raíz de esta última suspensión y, como consecuencia de ello, la ruptura entre los banqueros de la república ligur y la Monarquía hispánica, son otros tantos episodios de esta apasionante historia de deudas y asientos, cambios de monedas de cuenta y astutas suspensiones de pago, presión fiscal y necesidades financieras nunca satisfechas.



FUENCISLA DEL AMO

Felipe Ruiz presenta a las oligarquías urbanas de Castilla como grupo disidente, reticentes y resistentes a continuar tributando con un destino lejano. Es el problema de la relación entre Castilla y la Monarquía hispánica, aquella como principal sostén de ésta. Ambas realidades no debieron nunca confundirse entre sí ni tampoco con lo que fuera España. Pero la confusión se produjo: «Ya en la segunda mitad del siglo XVI, con Felipe II, se fue identificando el complejo organismo, territorialmente disperso, que se denominaba Monarquía hispánica, con los reinos de Castilla; en el siglo XVII la confusión se consumará y habitualmente será aludida, sin distingos, como la Monarquía española» (pág. 171). La preferencia de los Austrias por Castilla y la sede de la Corte en Madrid pa-

recían provocar esta engañosa identificación. Pues bien: Felipe Ruiz presenta a las oligarquías urbanas como protagonistas de un distanciamiento, oscilante y a veces tenso, de Castilla respecto a «la entidad imperial que se formó con el advenimiento de los Habsburgo (y) en la que fue englobada el área que se llamaba España» (pág. 28). Esa resistencia a una costosa, aunque a veces gratificante, identificación se percibe como latente en tiempos del emperador Carlos y llegará a ser patente durante el mandato de Olivares. A Felipe Ruiz Martín no le gusta hablar de absolutismo; opina (pág. 21) que «sólo» (sic) «la política internacional» (sic) fue dirigida por Carlos V y sus sucesores, o por los validos de éstos, desde el trono de Madrid y de modo más o menos absolutista, pero no así, «en modo alguno», la administración interior de los estados que estaban confederados, que «en lo sustancial fue pactada» (págs. 21 y 29). Aunque estoy básicamente de acuerdo con ello, quizá esa proclamación en favor de un pactismo, incluso castellano, requiera alguna matización. ¿«Sólo» la política internacional?

radadores en Cortes y con la consiguiente actuación de aquéllos en las reuniones de Cortes, entre voto consultivo y voto decisivo. De manera principal, a la hora de aprobar los servicios de millones insistentemente solicitados por la Corona, las Cortes sólo emitían su aprobación por «voto consultivo», reservándose las ciudades y villa, es decir, sus respectivos ayuntamientos, la facultad de aprobar de forma definitiva o de negar tal «placet» (esto sería el voto decisivo). Nótese que en los ayuntamientos se tomaban los acuerdos por mayoría de los concurrentes, que en ellas el representante del rey (el corregidor) sólo votaba para decidir empates y, sobre todo, que en ellos —en los concejos y en sus órganos de gobierno— se hacían fuertes los regidores o veinticuatro, componentes de esas oligarquías urbanas que Felipe Ruiz Martín retrata como resistentes. No son gentes aristocráticas, no abundan entre ellos los nobles titulados: son los más ricos del lugar, que perpetúan en él su preeminencia a través de la patrimonialización (compras a perpetuidad o por juro de heredad) de los oficios públicos. Felipe Ruiz Martín muestra cómo en ocasiones los «ayuntamientos de las capitales de provincia» negaron con su voto decisivo el previo voto consultivo concedido por los procuradores en Cortes a tal o cual servicio.

La construcción es brillante y convincente. Con la locución —equivoca— de voto consultivo quíerese decir que los procuradores actuaban como meros mandatarios investidos de poderes limitados, más allá de los cuales tenían que recibir instrucciones y confirmación (voto decisivo) de lo por ellos aprobado bajo la condición suspensiva del posterior refrendo del mandante del ayuntamiento. Las frecuentes negativas de las ciudades y villa a otorgar esta aprobación «a posteriori» ponían de patente la disidencia entre las oligarquías urbanas y el Conde-Duque de Olivares» (pág. 84), y asimismo manifiestan la inexistencia de un (llamémosle así) «absolutismo interior». Sí. Pero sólo hasta 1632.

Al convocarse las Cortes en aquel año, Olivares impone su voluntad; encarga a los corregidores que las ciudades otorguen a sus procuradores plenos poderes para acudir a la Corte, en Cortes, como verdaderos representantes.

Pese a las resistencias iniciales, Olivares logró imponer su voluntad, previa consulta del Consejo de Castilla. El encontronazo con las Cortes y con las oligarquías urbanas termina no sólo con el éxito del valido en la disputa institucional a propósito de los poderes, sino incluso con el nombramiento de Olivares (so pretexto del levantamiento del asedio a Fuenterrabía) como regidor perpetuo de las ciudades y villa con voto en Cortes, y sobre todo con un final muy gravoso para el reino en orden a la carga fiscal aprobada en Cortes en forma de servicios: «La presión fiscal se multiplica en Castilla de 1632 a 1660-1665» (pág. 105). Desde que «los procuradores de las Cortes de Castilla conjugaban el voto consultivo con el voto decisivo» (pág. 108) no tuvo Olivares y, en todo momento Felipe IV, demasiadas dificultades en la aprobación de nuevos y agobiantes servicios. El problema institucional tenía ineludible repercusión fiscal. Pues bien: a esa batalla que acaba en victoria, en duradera victoria, pues así, con procuradores investidos de mandato representativo por las ciudades, se celebrarán las Cortes en lo sucesivo hasta las últimas de 1664, a esto lo llama Felipe Ruiz Martín «conato absolutista del rey y el valido» (pág. 97). Hay conatos que matan.

Yo entiendo por absolutismo un concepto histórico (surge en un momento determinado para designar el gobierno de un período —siglos XVI, XVII y XVIII— también determi-

¿No elude la expresión todo lo que esa política global de la Monarquía arrastra? ¿No se olvida en algún pasaje (así, pág. 31) la enorme fuerza del Consejo de Castilla al hablar de la política interior?

Matices al margen, Felipe Ruiz tiene toda la razón al decir (pág. 29) que «se nos ha escapado la trascendencia que en Castilla tuvo el poder local» y, como consecuencia, la de las Cortes, «piezas de una construcción que se mantenía en pie: el Reino, la cual daba réplica al Rey». Hay que añadir: réplica desigual y perdedora casi siempre, pero, ciertamente, réplica resistente.

Felipe Ruiz Martín establece con claridad, en el comportamiento de las Cortes, la sustancial distinción, en relación con el poder emitido por las ciudades y villas a sus procu-

Viene de la página anterior



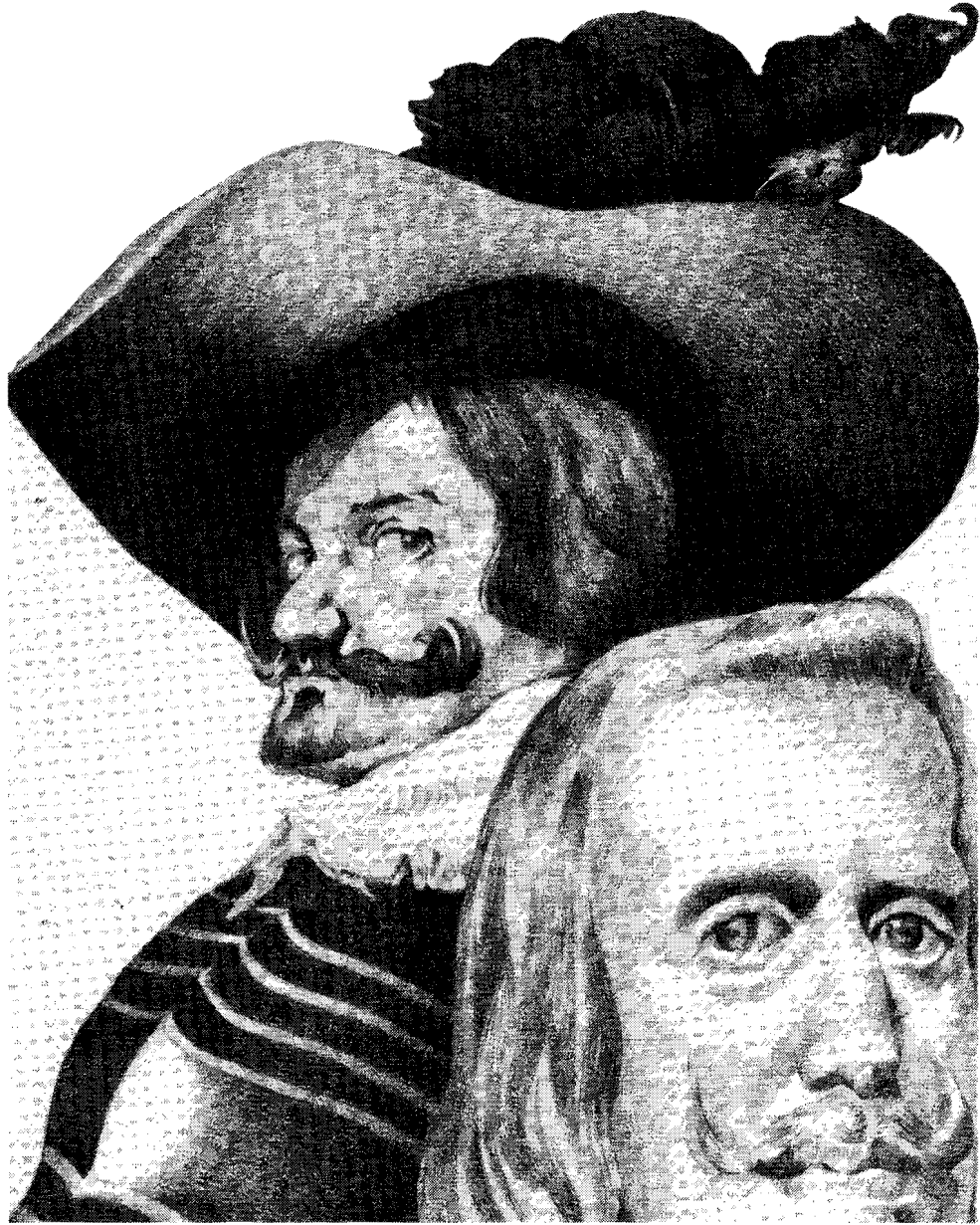
nado) y tendencial (el rey se concibe como titular de un poder sólo limitado moralmente y trata de ejercerlo así, tiende a reducir, eliminar o vencer a los límites institucionales de su poder). Ningún rey fue «absolutamente absoluto», si se me permite el irónico juego de palabras, porque nunca la realidad se adapta por completo a los conceptos. Felipe IV y Olivares, aquél en nombre propio, éste como eco de su señor y soberano, tendieron a gobernar en Castilla «more absoluto». Lo consiguieron muchas veces. Felipe Ruiz pone el acento en las oligarquías urbanas y en las Cortes como barreras exitosas en ocasiones frente a ese gobierno y frente a aquella torcida y dolorosa ecuación: Castilla = Monarquía hispánica. No olvidemos, sin embargo, que su resistencia victoriosa se trueca en complacencia en 1640 y que antes, desde 1632, el mecanismo del «voto decisivo» falló.

En el presente *Discurso*, su autor somete a revisión otro concepto en curso: el de la decadencia del siglo XVII. Al analizarlo, «la imagen que se deduce no es lo tétrica que hasta hace poco era presentada y admitida» (página 24). Hacia 1660 se comienza desde la Corte, y con orientaciones no siempre coincidentes, a «fomentar la recuperación económica de Castilla, la cual estaba asomando a pesar de los pesares» (pág. 157). Es más: desde 1650-1655 se percibe un «ritmo creciente de las actividades económicas de los particulares en los reinos de Castilla» (pág. 165). En suma: aunque «la llamada “decadencia” continúa siendo el período menos transparente acaso de la historia de Castilla» (página 169), y aunque es innegable que burócratas, arbitristas, pensadores y literatos percibieron la primera mitad -larga- del XVII como tal declive, lo cierto es que «la contención del desfallecimiento» económico se vislumbra hacia 1650 y que, después, aparecen leves pulsos de crecimiento. «La cronología de la “decadencia” de Castilla, por de pronto, se ha de revisar. No es tan larga como se suele decir y escribir, y no tuvo en profundidad el sesgo apabullante con que se la suele pintar» (pág. 173). Claro está que hablamos de decadencia económica.

El libro-discurso de Felipe Ruiz Martín está lleno de sugerencias: no cabe aquí su relato completo. Sí mi felicitación y mi cordial admiración.

En el libro colectivo sobre la España de Olivares intervienen J. H. Elliott, A. Domínguez Ortiz, A. Martínez Ripoll, Jonathan Brown, José Alcalá-Zamora, J. Israel, R. A. Stradling, Jean Paul Le Flem, Antonio Feros, Richard L. Kagan, I. A. A. Thompson, B. González Alonso, Pablo Fernández Albadalejo, Teófanos Egido, C. J. Jago, Quintín Aldea, J. I. Gutiérrez Nieto, Felipe Ruiz Martín, Ángel García Sanz, Bartolomé Yun Castilla, Juan E. Gelabert, Xavier Gil, James Casey, Antonio Manuel Hespánha y Luis Ribot García. No falta casi nadie. Británicos y portugueses, españoles y franceses, se citaron en Toro, la ciudad donde se exilió y murió el Conde-Duque en 1643 y 1645, respectivamente. La nómina de los especialistas citados hace indispensable la lectura de esta obra colectiva para quienes profesionalmente o como simples lectores cultos estén interesados en la figura de Olivares o en la de su época.

Escojo para mi comentario aquello que está más cerca de mi esfera de interés: el gobierno interior o política interior, tanto en el aspecto de lo que se hizo y cómo se hizo, como en el de la resistencia y la crítica al poder. Las ponencias de Antonio Feros (muy ponderada y aguda), de Richard L. Kagan, de I. A. A. Thompson (llena de sugerencias no siempre novedosas), de B. González Alonso (ecuánime y bien documentada), de Pablo



FUENCISLA DEL AMO

Fernández Albadalejo (tan apasionante y apasionada como todas las suyas), de Teófanos Egido (conocedor erudito y sensato de la sátira política), de C. J. Jago (con su precioso estudio sobre la casa ducal de Béjar) y de Quintín Aldea (excelente conocedor de la relación de la Iglesia con la Monarquía), proporcionan puntos de vista no siempre coincidentes que mueven, como sin duda se pretendía, a la reflexión del lector.

Antonio Feros compara el modo de ser y de hacer del valido Lerma con los de Olivares. Sustancialmente estoy de acuerdo (matices aparte) con casi todo lo que se dice. Quizá se acentúa demasiado la continuidad con el cuasi-valimiento de Cristóbal de Moura con Felipe II; quizá se fuerza en algún punto la similitud entre Lerma y Olivares, que yo veo como más antitéticos. Se pone el acento en la normalidad entonces del Gobierno por medio de hechuras como «la mejor manera de que se hiciesen las cosas -y quizá la única manera- en esas décadas del siglo XVII» (J. H. Elliott), entendiendo por tal no sólo el Gobierno por valido, sino la inserción de clientes y hechuras suyas en puestos clave del gobierno de la Monarquía. Lo hicieron Lerma y Olivares. Y, desde luego, Richelieu. Pero Lerma buscó más el fortalecimiento con una red de mercedes cortesanas de su propia red de clientes nobiliarios, y Olivares con semejante procedimiento buscó dotar de buenos gobernantes en tiempos en que «faltaban cabezas» colocadas en puestos clave. Sigo viendo a Lerma más «privado» (que se beneficia de la delegación de firma, máxima expropiación) y a Olivares más «gobernante» o primer ministro de su rey.

Su afán de gobernarlo todo, si pudiera, le llevaba, evocando sus años juveniles de lector en Salamanca, a ingeniar nuevos planes de estudio principalmente para hacer una nobleza útil, leal con su rey, culta y militarmente preparada (R. L. Kagan). Pero la nobleza no estaba preocupada por los mismos temas que él. Creo que acierta C. J. Jago en su retrato de la alta nobleza a través del comportamiento de la casa de Béjar. He aquí a un título ducal, a un grande, preocupado de defender sus intereses en la Corte por medio de un representante que apadrine sus pretensiones, que explote lazos de parentesco entre el duque y la mujer de Olivares, que negocie concesiones mutuas con el rey. He aquí a una aristocracia crítica contra el valido, pero incapaz de ofrecer un frente unido contra él y su política. Una aristocracia descontenta, pero que defiende sus privilegios aferrándose a sus solares señoriales y negociando en la Corte. Su arma no son caballos y lanzas, sino letrados, altos funcionarios que visitan, invitan, influyen, apadrinan, negocian favores y conceden irremediablemente, pero no gratis «et amore», lo que la Hacienda real demanda en forma de donativos, lanzas y otros pseudotributos. Aristocracia descontenta, pero no hostil hasta la violencia (salvo excepciones tardías). Algo semejante se infiere del trabajo de Quintín Aldea respecto al clero: disconformidad. Pero ¿qué cara habrían de poner a un rey y un valido que con argucias y energía restringían su inmunidad fiscal y les forzaban a tributar? Tampoco por aquí llegaba la sangre a ningún arroyuelo cercano.

Olivares quiso ser un reformador del aparato institucional de poder. «Su reformismo era más de signo restaurador que innovador» (B. González Alonso). De acuerdo. Pero no reformó ni la mitad de lo que inicialmente quería. Y aquí entramos en el problema del juego entre el poder y los resistentes. Introdujo juntas restando protagonismo y competencias a los consejos, y eso, que fue una alteración incluso si se quiere «constitucional», tampoco prosperó de modo pleno, como bien han visto González Alonso y, en otro lugar,

de ingreso en la Academia de la Historia de Felipe Ruiz Martín, historiador de la economía, y una obra colectiva en la que interviene un nutrido grupo de especialistas e hispanistas en torno a esa España del Conde-Duque.

RESUMEN

Francisco Tomás y Valiente resalta la buena fortuna bibliográfica que está teniendo la España de Felipe IV y de su poderoso valido, el Conde-Duque de Olivares, y como prueba de ella reseña dos nuevas y valiosas contribuciones: el discurso

José Luis Bermejo. Pero ¿no era sensato luchar con piezas ágiles frente a la lentitud desesperante del inoperante sistema de las consultas? Si ésa fue una batalla perdida, siempre he pensado que debió ganarla, y que la pudo ganar si hubiera sido más hábil y menos hostil en los medios. En cuanto a la frustrada reducción de oficios municipales, González Alonso relata, en unas pocas y lúcidas páginas, un breve episodio ilustrativo tanto de los vaivenes de la política de patrimonialización de oficios públicos como del egoísmo cerril de las oligarquías urbanas.

Resistencia al valido

Se las está encumbrando como protagonistas de la «resistencia» al valido. Falta poco para dibujarlas como defensoras del constitucionalismo castellano frente al absolutismo del par temido rey-valido. Observo por mi cuenta: A) El constitucionalismo castellano no consistía en media o una docena de fueros o privilegios pactados con la Corona, pocos pero claros, suficientes para construir una muralla defensiva bien trazada, como acaso sucediera respecto a otros reinos de la Monarquía. B) El entramado constitucional de la Corona de Castilla es disperso, no tiene un protagonista institucional que lo defienda, es siempre discutible y está sometido en tiempos de absolutismo (concepto y realidad tendencial) a interpretaciones restrictivas por reyes y validos, y a otras que tratan de exaltar al rango de leyes fundamentales tales o cuales privilegios. C) Estoy plenamente de acuerdo con Pablo Fernández Albadalejo cuando dice que «en Castilla el núcleo “duro” de la constitución lo formaban las ciudades, insertas en un entramado judicial que garantizaba adecuadamente la defensa de sus derechos y cuya continuidad dependía de los consejos, no del Parlamento». D) Más que la defensa «política» de sus derechos batallada en Cortes, interesa conocer la defensa «jurídica» de los mismos u otros derechos formulada en términos «jurisdiccionales» en audiencias, chancillerías, consejos. E) Quizá el espejismo de las Cortes, no tan deleznable como quiso Danvila ni tan resistentes como ahora suelen aparecer, no nos permite dirigir la atención al mundo jurisdiccional, pero creo que en él radicaba el «quid» de aquella compleja Monarquía.

En cuanto a los dos hombres protagonistas, el rey y el valido, poco nuevo. El monarca resulta empequeñecido, sólo eclipsado por su satélite. Sigo pensando en un Felipe IV no tan «fainéant» como se le pintó, y continuo creyendo que merece un biógrafo lo más exento de prejuicios que sea posible. El valido es personaje ya conocido gracias al magistral libro de Elliott. Nada que añadir, salvo que cada vez me parece más patética su figura de poderoso derrotado.

John Elliott y Ángel García Sanz (coords.)

La España del Conde-Duque de Olivares

Encuentro Intern. en Toro (1987), Secretariado de Publicaciones, Universidad de Valladolid, Valladolid, 1990. 684 páginas. 3.180 pesetas.

Felipe Ruiz Martín

Las finanzas de la Monarquía hispánica en tiempos de Felipe IV (1621-1655)

Real Academia de la Historia, Madrid, 1990. 192 páginas. 954 pesetas.

Rubens en la cima de la cultura barroca

Por Juan José Martín González

Juan José Martín González (*Alcazarquivir, Marruecos, 1923*) es profesor emérito de la Universidad de Valladolid, donde ha dirigido el Departamento de Historia del Arte. Es miembro numerario de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Entre sus obras más conocidas se hallan *El artista en la sociedad española del siglo XVII* y *Escultura barroca en España*.

La sola afirmación de Vosters en su última obra de que es Flandes, después de España, el «país que más haya honrado a Rubens», constituye el mejor testimonio del reconocimiento de un entendimiento cultural entre ambas nacionalidades. El capítulo de las relaciones de Rubens y España se extiende a los más diversos planos: mecenazgo político, literario, religioso, diplomático y, por supuesto, pictórico. La densificación de la bibliografía en cualquiera de estos campos revela que siempre se ha considerado el caso de Rubens como cuestión fundamental. Ha resistido Vosters la tentación de emprender una síntesis del abigarrado panorama de tales relaciones; se ha centrado en el intercambio (va más allá de las «influencias») entre las dos entidades, tomando por objetivo los «contactos y paralelismos» entre la literatura y la pintura. El tejido político está presente en la urdimbre, como requiere el ya indispensable uso de lo interdisciplinar, con lo que el resultado final es contribuir al esclarecimiento de múltiples aspectos de la cultura barroca.

Súbdito de los archiduques

Antes de morir Felipe II en 1598 adoptó una determinación para encauzar el problema flamenco: entregar la soberanía de los Países Bajos al proyectado matrimonio entre su hija Isabel Clara Eugenia y su sobrino el archiduque Alberto, hijo del emperador Rodolfo y de María de Austria, hermana de Felipe II. Treinta y siete años duraría el gobierno de los archiduques. Su política apuntó a cerrar las llagas de las revueltas y a rearmar culturalmente al país mediante la recuperación de personas capacitadas, entre las cuales los artistas desempeñaron una principal misión. Se ha dicho que posiblemente los archiduques recomendaron a Rubens ante el duque de Mantua, a cuya corte acudió. Aprendió en el ducado el esplendor del mecenazgo. El duque de Mantua envió al rey Felipe III un regalo y a traerlo vino a España Rubens. En este viaje descubrió los tesoros de la pintura italiana que guardaba España, sobre todo pinturas de Ticiano. Tras volver Rubens a Italia, hace aparición en 1609 en Amberes, donde obtiene el título de pintor de los archiduques. No fue sólo su pintor, sino su agente diplomático, pues en misiones de paz fue enviado a Londres, París y Madrid. La gestión diplomática quedó muy por bajo de la artística, pues el pintor supo aprovechar las estancias para acometer ambiciosas empresas pictóricas.

En 1621 falleció el archiduque Alberto, pero la empresa política y artística continuó con el mismo vigor bajo su esposa, la archiduquesa Isabel Clara. Tampoco se frenó esta política al fallecer ésta, pues al frente del gobierno continuó con el mismo estro el cardenal infante don Fernando, hermano del rey Felipe IV.

Favorecido por sus señores, recompensado largamente por los monarcas a cuyas cortes se desplazó, no hay la menor duda de que Rubens ofrece la imagen del artista comprometido con el poder al que sirve. Humana y pictóricamente, Rubens se puso al servicio de los archiduques, de suerte que el arte y la diplomacia coincidieron en él de la forma más

armoniosa. Hallándose en Italia en 1608, regresó a Amberes ante la noticia de la grave enfermedad de su madre. Fallecida ésta, Rubens se disponía a retornar a Italia cuando le salió al paso el ofrecimiento de los archiduques. Acababan de suscribir la Tregua de Doce Años; era el sueño de la paz, y al servicio de ésta quiso situarse el pintor. Gozó de la profunda amistad de Ambrosio Spinola, el general del ejército español; fue éste quien influyó para que Rubens fuera llamado a España y de aquí a Inglaterra para gestionar la paz con esta nación. Tales gestiones no pudieron hacerse sin contar con el ánimo bondadoso del pintor, que tuvo siempre en su corazón a España. Trevor-Roper usa la expresión «Pax Hispanica» para designar a la que entendía Rubens. Pero al actuar al servicio de los archiduques, lo hacía también al de España. Ya lo dejó consignado Cruzada Villamil en su libro *Rubens, diplomático español* (1874).

Los dos viajes de Rubens a España

Portador del regalo del duque de Mantua a Felipe III y al duque de Lerma, se presenta Rubens en Valladolid (viaje: Livorno, Alicante, Madrid, Escorial) el 13 de mayo de 1603. Los cuadros que tenía que entregar habían sufrido deterioro en el viaje y se habían perdido dos. En sustitución de ellos, Rubens hizo su primera pintura en España: una tabla de *Demócrito y Heráclito*, que se creía perdida y fue localizada por Jaffé en una colección particular. Pronto percibió Rubens que quien gobernaba y a quien gustaba la pintura era al duque de Lerma. Tan complacido se halla éste, que hasta propone al pintor que quede a su servicio. Rubens responde con el retrato ecuestre del duque, concebido a lo heroico.

Rubens descubrió en España el esplendor de la pintura de Ticiano. El acceso al palacio del Pardo le permitió tener de cerca los retratos de Carlos V y la emperatriz Isabel, de Ticiano, que copió. De igual suerte visitó el Alcázar de Madrid. El viaje representó para Rubens el descubrimiento de una cantera pictórica y la obtención de una clientela de lujo: la del duque de Lerma, una de las estrellas del mecenazgo artístico del siglo XVII, como ha reconocido Jonathan Brown.

En septiembre de 1628 llegaba de nuevo Rubens a España. La Corte había vuelto a Madrid, después de la breve escaramuza de Valladolid, que trajo el fruto (entre otros) de la visita de Rubens. Su misión era diplomática: favorecer un acuerdo pacífico entre España e Inglaterra. Tanto Felipe IV como el Consejo de Estado mostraron disconformidad inicial al ver que un negocio diplomático se confiaba a un pintor. Según señala Vosters, actuaba no como embajador, sino como parlamentario.

La pintura iba a salir muy beneficiada de la estancia de Rubens en Madrid. Felipe IV, que ya sabía de los méritos del pintor, aprovechó para relacionarse con él, cosa harto fácil por cuanto el artista se alojaba en palacio. Primeramente el rey adquirió varias obras que Rubens trajo de Amberes, siendo exhibidas en el salón nuevo del Alcázar. Antes de llegar a Madrid, ya lucía en el salón el *Aquiles*, pero con su presencia logró que la Corte adquiriera ocho lienzos suyos que también había traído.

Pero la estimación de Rubens venía de atrás. Si el duque de Lerma madrugó en gustar de la pintura de Rubens, no quedó a la zaga el satélite que giraba en torno de él, don Rodrigo Calderón. Hoy se le valora como un notable mecenas artístico, bien que la obtención de los bienes se realizara mediante el cohecho. En su poder hubo un *Apostolado* de Rubens. En su estancia en Flandes obtuvo del Ayuntamiento de Amberes el lienzo de Ru-



El rapto de Hipodamia

bens la *Adoración de los Reyes*, que lució en su mansión de Madrid. Al ser confiscados sus bienes, el cuadro ingresó en el Alcázar de Madrid. El lienzo es de tema religioso y «no obstante» presidía el salón de los Estados de Amberes. Se nos ofrece la explicación política del hecho: el Niño es adorado como príncipe de la paz y los que le agasajan son los reyes de Europa. De ahí la suntuosidad deslumbradora de la indumentaria y de las preseas que lucen los personajes. Es un cuadro optimista, como testimonio del bien que la paz acarrea. Colocado en un salón del Alcázar, Rubens mismo agrandó el lienzo exaltando su valor, lo que entrañaba multiplicar su efecto simbólico.

Otro efecto de la presencia de Rubens en Madrid fue crear una nueva iconología del retrato regio, entrando en liza con la obra que hacía Velázquez como pintor de Corte. Frente a la elegancia y sencillez de los retratos de Velázquez, el flamenco aportaría un tipo más vocado al ceremonial externo. De su mano salieron, al decir de Francisco Pacheco, cinco lienzos de Felipe IV, entre los que descollaba uno de composición ecuestre. Fue colocado en el salón nuevo del Alcázar, donde también figuraba el retrato ecuestre de Carlos V pintado por Ticiano. El «reencuentro con Ticiano», deseo entrañable de Rubens, se aprecia en esta reunión de dos ejemplares de la misma tipología. Lástima que el cuadro de Rubens se perdiera en el incendio del Alcázar

en 1734, pero existe una copia del siglo XVII en el Museo de los Uffizi. La retórica barroquista está presente en un despliegue de «empresas» que contrastan con la noble sencillez del modelo de Ticiano, con el que se quiere competir. Lope de Vega se dejó cautivar por el lienzo, advirtiendo que el personaje parecía vivo.

La consolidación del gusto flamenco en el ambiente cortesano se afirmó con los encargos que recibió Rubens posteriormente. Fueron 25 cuadros con destino a los apartamentos de la reina. Pero llama la atención la decoración de la Torre de la Parada, para cuya ornamentación facilitó Rubens 63 lienzos de temas mitológicos seguidos de otra serie de 50 pinturas de tema cinético. Para esta labor Rubens empleó todos los recursos de la organización empresarial de su taller.

Rubens y los literatos españoles

Por ser pintor de Corte, existe abundante documentación que atestigua la fiabilidad de los datos históricos de los encargos. Pero queda la cuestión esencial, que es adonde apunta Vosters: cuál es la intención del pintor a la hora de componer, elegir los colores, ordenar los personajes y utilizar los recursos descrip-



Viene de la página anterior



CORTESÍA DE ED. CÁTEDRA

ns (detalle), Museo del Prado.

tivos y alegóricos. Por lo que hace al retrato, la respuesta se inclina a favor de la monarquía como forma para gobernar los destinos de Europa. La fidelidad a esta causa queda reflejada no sólo en los lienzos que destina a España, sino en los que hizo para la reina de Francia María de Médicis y para el rey de Inglaterra. Hay al mismo tiempo un contenido religioso, en época que la monarquía española es de raíz católica y el pintor es ardiente defensor de su causa. Pero existe todo el engranaje de pormenores y actitudes, que se reúnen en el programa común de una cultura barroca de la que el pintor es magno representante. Cultura de la que los hombres de la pluma ofrecieron innumerables testimonios. Ciertamente constituyen legión los estudios sobre literatura, e incluso hay precisos estudios de literatura-pintura. Pero la abrumadora catalogación y sistematización de citas es lo que da a la obra de Vosters un carácter excepcional. Es difícil hallar algo que pueda superar a lo que en este libro se obtiene como investigación interdisciplinar. Pero se cura en salud el autor cuando previene que las dependencias no son muchas veces sino paralelismos, brotes sincrónicos de una cultura común. El análisis debe ser puntual y la conclusión debe huir de supuestos «a priori». En esto cabe observar una cautelosa actitud frente a los defensores a ultranza del método iconológico, que lanzan a repique las campanas cuando creen dar con

la clave de una interpretación. Puede decirse que, tras el análisis, el autor impone la duda, y se queda en el terreno de la coincidencia de rasgos de una cultura europea que viajaba de un lado para otro en el equipaje de libros, grabados, novelas y poesías.

Lope de Vega y Rubens coinciden en temas religiosos, pero asimismo son copartícipes de una «sensualidad mística que concilia el contenido del Evangelio con las formas del humanismo pagano». Un rigurosísimo análisis de las fuentes de la iconología en Lope y Rubens preside la investigación del autor. El campo de las coincidencias fue a la vez profano y religioso. Piénsese en el *Juicio de Paris* y la serie de la *Apoteosis eucarística*.

Siguiendo cartones de Rubens fue realizada la serie de 21 tapices de la *Apoteosis de la Eucaristía*, encargada por Isabel Clara Eugenia, gobernadora de los Países Bajos. Cuestión candente es saber si el pintor se inspiró para realizar los cartones en la obra de Lope de Vega *Triunfos divinos*, publicada en 1625. Surge primeramente la cuestión de si Rubens leía español, a lo que con pruebas contesta afirmativamente Vosters. La ordenación temática de los tapices y las descripciones de Lope, los carros que componen los cortejos triunfales, la multitudinaria participación de figuras, ofrecen un cúmulo de dificultades. La conclusión es que, no obstante los numerosos puntos de coincidencia, queda

lejos la posibilidad de que la obra de Lope sirviera de inspiración a la serie eucarística proyectada por Rubens.

Se sitúa igualmente en el terreno del paralelismo y no del préstamo el barroquismo cromático común en Góngora y Rubens, que además coinciden en el tema del *Rapto de Europa*. En cuanto a Miguel de Cervantes, se deja entre lo posible que Rubens haya leído el *Quijote*, cuya primera edición había hecho aparición en Bruselas en 1607. También Rubens se halla inmerso en las relaciones con la orden carmelitana. En Bruselas se imprimió en 1610 el *Libro de las fundaciones*, en el que un grabado que ilustra la publicación indica que está tomado de un cuadro que representaba a Santa Teresa interviniendo en favor del caballero español Bernardino de Mendoza. El episodio aparece descrito por la propia Santa Teresa. Se abre así otro capítulo acerca de la relación del pintor con las madres carmelitas, cuya comunidad bruselense le encargó varias obras de tema teresiano, como la *Transverberación*. Aunque no puede probarse la influencia de los mismos textos literarios españoles, no hay duda de que la tensión espiritual emanada desde el Carmelo español hizo impacto en Rubens, como consecuencia de una oleada de espiritualidad generalizada desde el territorio español.

El honor constituye una preocupación de escritores y artistas para defender cada cual el campo en que militan. El llevar la autoría del arte a la propia divinidad representa la máxima defensa de las artes, y ésta es precisamente la que defiende Calderón de la Barca.

Literatos y artistas tienden puentes entre poesía y pintura, como un recurso que eleva hacia aquélla a las artes plásticas. Si el Renacimiento desarrolló la máxima de Horacio «Ut pictura poesis» (es decir, la poesía viene a ser como una pintura), el Barroco impuso, al decir de Vosters, la fórmula «Ut poesis pictura», lo que indica que la pintura tenía que estar bien provista de contenido poético. Y es lo que acontece en el Barroco. Lope de Vega, en el *Laurel de Apolo*, describe a las *Tres Gracias*: «Triángulo de amor... en estrecho vínculo abrazadas... transparentes cubrían los blancos velos.» Lo que hace pensar a Vosters que si leyendo estos versos no estaremos ante las *Tres Gracias* de Rubens en el Museo del Prado. Pero partiendo de esta gran semejanza, queda la cuestión de ¿quién influye en quién? Lope publica la obra antes que se haga el cuadro. Ante la duda, el autor, extremando la prudencia, afirma que no se trata de influencia directa, «sino de fuentes comunes y de congenialidad de espíritu». El trasiego internacional de hombres, libros y obras de arte hizo posible esta sincronía de manifestaciones culturales. La verdad es que no se trataba de una fuente de inspiración, sino de un torbellino que sobrepasaba las fronteras.

Rubens y Velázquez

La cuestión se traslada al estricto campo de la pintura. Los máximos representantes de la pintura flamenca y de la española se trataron en Madrid a lo largo de varios meses. Contemplaron mutuamente sus obras. Es cier-

to que la primera impresión ante los cuadros de ambos es de una situación pictórica diametralmente opuesta; en una investigación profunda salen a relucir relaciones. De tal suerte es importante esta materia, que Vosters dedica todo un capítulo a ella en su libro.

La eminente posición pictórica y diplomática que ocupaba Rubens tuvo que estimular las aspiraciones del joven Velázquez. Es un hecho reconocido que el primer viaje de Velázquez a Italia se hizo bajo la sugestión de Rubens, ardiente defensor de todo lo italiano. Ante el decidido partido a favor de Rubens tomado por el rey Felipe IV, el influjo de su pintura fue intenso en todo el arte cortesano y también sobre Velázquez. Tal influjo parece evidente en la acentuación del lujo en el color y en la indumentaria de los retratos ecuestres y de los de Felipe IV del período central, singularmente en el llamado «de plata» de la Galería Nacional de Londres. La aparición del retrato ecuestre en corveta es objeto de análisis dada su trascendencia; parece preponderar la idea de que fue Rubens quien hacia 1628 introdujera esta modalidad, de lo que resulta que el retrato ecuestre de Felipe IV que hiciera aquél fue algo tenido en cuenta por Velázquez. Por razones alegóricas, Velázquez se dejaría sugestionar por Rubens a la hora de componer la escena de fondo de la fábula de Aracne en las *Hilanderas*.

En sentido recíproco admite Vosters que la influencia de Velázquez sobre Rubens actuó primeramente. Un retrato del Conde-Duque de Velázquez inspiró otro de Rubens (Museo Británico); la obra sería luego popularizada por el grabado. La sobria elegancia velazqueña se abre paso sobre Rubens en un dibujo de Felipe IV en el Museo de Bayona.

La existencia de modelos comunes, el entusiasmo por Italia, la aceptación de la soberanía monárquica fueron aspectos que permitieron establecer un permanente contacto y mutua influencia entre los dos pintores. Lejos de igualarse la pintura por estos lazos, se produjeron las más agudas discrepancias, que se aprecian incluso en aspectos temperamentales. Vosters llega a decir que Rubens es el hombre de voluntad, y Velázquez el de la razón, con tintes sentimentales.

Un gigantesco ensanche de posibilidades estéticas y culturales se produjo con motivo de la atracción de la pintura flamenca hacia España. La pintura de Rubens fue la vanguardia de una inundación de obras flamencas, especialmente cobres, que llenarían mansiones reales y nobiliarias y conventos. Al ponerse el pintor al lado de la Contrarreforma, tuvo garantizada la amplia aceptación de su pintura. Pero España admiró además su misma sensualidad. La pintura del maestro traspasó sin reparo el tupido cedazo de los censores religiosos. A España le cabe el honor, concluye Vosters, de haber tomado partido decidido al lado de Rubens, mientras en Francia e Italia se debatía con pasión hacia dónde debía encaminar la pintura sus pasos: al ardor barroco de Rubens o a una tendencia apaciguada, a la manera de Poussin. La gloria de la pintura flamenca del siglo XVII tiene mucho que ver con España.

RESUMEN

La pintura de Rubens, escribe Martín González, viene a ser el catalizador de un mundo cultural que reúne elementos tan dispares como política, religión, diplomacia, las letras y las artes.

El reciente libro de Vosters constituye un poderoso medio para entender la historia de las relaciones entre Flandes y España en el siglo XVII: la pintura sale de las fronteras del lienzo.

Simon A. Vosters

Rubens y España. Estudio artístico-literario sobre la estética del Barroco

Cátedra, Madrid, 1990. 481 páginas. 2.650 pesetas.

Los sentimientos de un ordenador

Por Ramón Pascual

Ramón Pascual (Barcelona, 1942) es catedrático de Física Teórica de la Universidad Autónoma de Barcelona, de la que ha sido rector. Académico de la Real Academia de Ciencias y Artes de Barcelona, ha sido profesor de varias universidades españolas y ha investigado en la JEN (Madrid), el ICTP (Trieste), el CERN (Ginebra), Orsay (París) y el Rutherford Laboratory (Oxford).

Hay una serie de términos, como comprensión, intuición, sentimiento, sensatez, creatividad, que no parecen atribuibles a los ordenadores. ¿Por qué? La respuesta puede relacionarse con otra serie de preguntas: ¿Qué es la inteligencia? ¿Qué es la consciencia? ¿Qué es el libre albedrío, si existe? ¿Funciona el cerebro como una máquina bioquímica sometida a leyes deterministas? ¿Alguna máquina de una futura generación sustituirá a la mente humana, o a la de los animales, si la tienen? Podríamos alargar la lista. Si estas preguntas, y otras relacionadas, alguna vez han interesado al lector, es casi seguro que le interesará la lectura del libro que comentamos. Pues tales fueron las preguntas, y las respuestas que daban determinados autores, que llevaron a Roger Penrose, un brillante físico teórico de la Universidad de Oxford, a profundizar en el tema y a escribir un libro con un título atractivo, *La nueva mente del emperador*, y con un subtítulo no menos atractivo: *Relativo a ordenadores, mentes y las leyes de la Física*.

Entre los que cultivan la disciplina conocida con el sonoro nombre de «Inteligencia Artificial» (IA), hay varias corrientes. Las más extremas serían las defensoras de la IA «fuerte», que afirma que los modernos ordenadores lograrán sustituir, o igualar, la capacidad de la mente humana; es cuestión de tiempo. De la misma manera que hace unos años parecían utópicas algunas de las realizaciones de los ordenadores, tales como batir a un gran maestro de ajedrez, y actualmente se trata de algo que ya sucede y parece que no se tardará más que unos años para que una nueva ver-

sión del programa «Deep Thought» sea el campeón del mundo, los defensores de la IA fuerte afirman que nuestra mente no es más que un potente ordenador que tarde o temprano se podrá reproducir artificialmente. Para los defensores de esta opción, cualquier máquina que satisfaga la prueba de Turing sería una «mente» en el sentido literal de la palabra. La prueba de Turing consiste en someter un ordenador a determinadas pruebas, de manera que un observador experto no pueda distinguir entre sus respuestas y las de un humano capaz de realizar dichas pruebas.

Frente a esta visión de la IA está la de aquellos que mantienen que la mente humana es algo más que un ordenador sofisticado que ejecuta un programa informático y que el conocimiento es algo más que la manipulación de símbolos formales. Uno de los más destacados defensores de esta línea de pensamiento ha sido el filósofo norteamericano John R. Searle, quien ha imaginado dispositivos como la sala china, o el gimnasio chino, su versión en paralelo, a fin de demostrar que la mente humana es algo más que la más sofisticada de las máquinas. La sala china es una habitación en la que se encierra a una persona desconocedora del chino, pero con instrucciones precisas acerca de cómo contestar a preguntas en chino a base de ejecutar instrucciones de manipulación de caracteres. Si las instrucciones son completas, las respuestas que salgan de la sala serán indistinguibles de las que daría un traductor que supiera chino. Pero, ¿se puede decir que la sala china comprende el chino? La sala china parece que es sintáctica, pero carece de semántica, que para Searle es algo más (¿qué?) que la sintaxis. Los argumentos del tipo de los de Searle no siempre son del todo convincentes desde un punto de vista científico, y de hecho son rebatidos por muchos cultivadores de la IA.

La obra de Penrose que comentamos es probablemente el ataque más profundo que habrá recibido la versión «fuerte» de la IA hasta este momento. Una de las razones de la potencia del ataque es que Penrose basa sus argumentos en un análisis muy detallado de las características de nuestra ciencia físico-matemática actual, en la que se basan los ac-

tuales ordenadores, y en un análisis del funcionamiento biológico del cerebro. Probablemente este último aspecto es el tratado con menos profundidad al ser el más alejado del campo científico del autor.

Durante años ha parecido que nuestra ciencia y nuestra inteligencia son esencialmente matemáticas y que todo se puede analizar desde un punto de vista reduccionista. El éxito científico y tecnológico parecen abundar en esta idea. Pero el mecanicismo que llevó a Pierre-Simon de Laplace a afirmar que quien conociera las condiciones iniciales de todos los constituyentes del universo sería capaz de predecir toda su evolución futura, ya no es sostenible. Penrose hace un análisis magistral de las características más sorprendentes de nuestra ciencia, recordando cómo el programa de Hilbert, su famoso «décimo problema», para hallar un algoritmo que permitiera demostrar todas las verdades matemáticas, es inviable a la luz, por ejemplo, de la paradoja de Russell relativa al conjunto de todos los conjuntos que no son miembros de ellos mismos, o del teorema de la indecidibilidad de Gödel. No existe un algoritmo universal que nos permita decidir si una máquina universal de Turing llegará a dar la solución (sí o no) a un problema, con lo que el décimo problema de Hilbert no tiene solución. Ante tales perspectivas, parece bastante claro que una máquina que aplique cualquier tipo de algoritmo nunca podrá realizar las funciones de una mente humana capaz de decidir acerca de afirmaciones no demostrables desde dentro de un determinado sistema axiomático.

No podemos extendernos demasiado aquí, pero de la mano de Penrose cualquier lector culto podrá, a base de un cierto esfuerzo, adentrarse por el reino de los conjuntos de Mandelbrot (¿son realidades platónicas o son construcciones de la mente humana?), los números reales, los números complejos, los números no computables (que por cierto son la mayoría, ya que los computables son numerables)... Dejando de lado el hecho de que todo parece apuntar a la conclusión de que realmente nuestra mente es más potente que cualquier ordenador que funcione algorítmicamente (la intuición matemática, de la

que es buen ejemplo el caso de Poincaré sobre las funciones fuchsianas, ¿es algorítmica?), la calidad de los planteamientos del autor, la oportunidad de sus ejemplos y la abundancia de datos ya justifican plenamente la dedicación a la lectura de la obra.

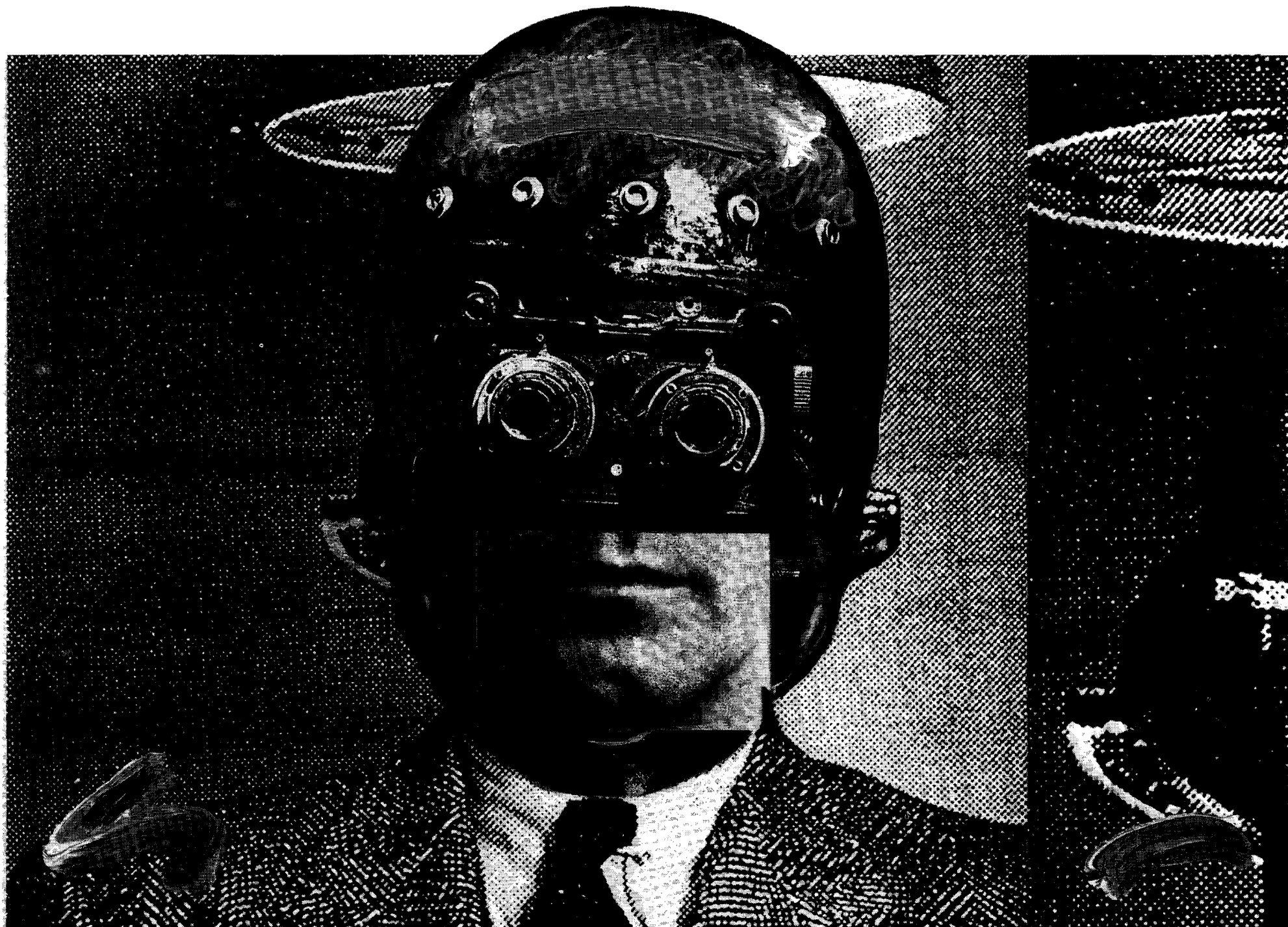
Pero los ordenadores, los nuevos cerebros, y parece que también las mentes, son sistemas físicos y deben seguir, por tanto, las leyes de la física. ¿Cuáles son estas leyes? También de la mano del autor nos podemos adentrar por los dominios de la mecánica clásica y del electromagnetismo de Maxwell, continuando por la relatividad restringida y la general. Se trata de algunas de las teorías que Penrose califica de «soberbias», frente a otras que son sólo «útiles», «tentativas» o incluso «equivocadas». Por descontento que nuestro cerebro funciona a base de interacciones electromagnéticas, y que estas teorías están bien conocidas, pero también es cierto que albergan aspectos que se pueden calificar, por lo menos, de curiosos. Poca gente duda que la física clásica es determinista, pero también conocemos la existencia de sistemas muy simples que tienen un comportamiento caótico, lo que los hace impredecibles. Incluso existen ecuaciones de ondas que no son computables. Si bien no está demostrado, parece que la física clásica es computable, aunque impredecible, a pesar de todos los éxitos a los que nos tiene acostumbrados. Si, como argumenta el autor, el funcionamiento de nuestra mente no es computable, deberá funcionar según leyes no clásicas.

Por ello es necesario analizar las bases de la mecánica cuántica y el famoso problema de su indeterminismo: junto a la evolución cuántica determinista, la marcada por la ecuación determinista de Schrödinger que rige la evolución de un sistema libre, el proceso *U*, la teoría sobrevive con la famosa reducción (no determinista) de los paquetes de ondas, el proceso *R*, que entra en acción en el momento que el sistema es observado (¿por quién?). Penrose adopta un punto de vista relativamente heterodoxo, argumentando a favor de que la interpretación de Copenhague,



ALFONSO RUANO

Viene de la página anterior



ALFONSO RUANO

a pesar de sus éxitos más recientes, no lo es todo, y que deberá hallarse una teoría más completa que contenga en un mismo esquema los dos procesos de evolución temporal, el U y el R . Para llegar a esta conclusión se analizan con detalle las paradojas más interesantes, como la famosa de Einstein-Podolsky-Rosen, o la del gato de Schrödinger, especialmente adecuada al problema de la naturaleza de la mente y modificada con la adición de un observador humano dentro de la caja. Quizá de la misma manera como la mecánica de Newton (lineal) se ha perfeccionado con la relatividad general (no lineal), se deberá encontrar una ampliación no lineal de la mecánica cuántica ortodoxa (lineal) en la que la inclusión del proceso R impone una falta de simetría bajo la operación de inversión del sentido del tiempo.

A fin de avanzar hacia esta nueva teoría que Penrose intuye, pero desconoce, y que supone que no tiene que satisfacer la invariancia bajo la inversión temporal, que rige en todas las demás leyes de la física, es necesario analizar los modelos de origen del universo y la otra ley que no mantiene la simetría temporal, la segunda ley de la termodinámica. Una vez más Penrose actúa de magistral introductor hacia los aspectos más profundos de la ley de aumento de la entropía y, analizando los conceptos de agujeros negros y agujeros blancos, llega a la conclusión de que si nuestro universo se inició con una gran explosión («Big Bang») y la entropía del universo aumenta, ello fue debido a que hubo

una selección de las condiciones iniciales de nuestro universo que corresponde a elegir una posibilidad entre $10^{10^{23}}$. Penrose propone que la solución al rompecabezas reside en lo que denomina la «gravedad cuántica correcta».

Hasta ahora todos los intentos de cuantificar las interacciones gravitatorias, descritas por la ley de la gravitación universal de Newton y la relatividad general de Einstein, han fracasado. Si bien se dispone de teorías «soberbias», como la electrodinámica cuántica, o, al menos, «útiles», como la cromodinámica cuántica o la teoría electrodébil, para cuantificar las otras interacciones, no disponemos de una gravedad cuántica más que a nivel «tentativo», como puede ser la supergravedad o las supercuerdas. Penrose no pretende haberla descubierto, pero sí que apunta algunas de sus características. La nueva teoría ha de ser asimétrica respecto a la inversión temporal y ha de contener la que llama «hipótesis de la curvatura de Weyl» que dé razón del especialísimo origen de nuestro universo.

Con todo este bagaje, después de analizar los rasgos más fundamentales del funcionamiento de nuestro cerebro, Penrose llega a la conclusión de que ni la mecánica clásica, ni la mecánica cuántica actuales, aquellas que rigen el funcionamiento de los ordenadores existentes, pueden explicarnos cómo pensamos. No se trata de las manifiestas diferencias entre la mente y un ordenador actual: la clara superioridad en rapidez de un ordenador frente a una mente, o la clara superioridad de una mente sobre un ordenador en procesos como

el de la visión. Se trata de las diferencias fundamentales en los mecanismos que rigen cada uno de los sistemas. El análisis de los procesos cerebrales nos podrá ayudar a mejorar la estructura de nuestros ordenadores, tal como puede ser el caso de los sistemas expertos, de los que funcionan con lógicas borrosas (con posibilidades distintas del sí-no) o de las llamadas redes neuronales, que funcionando sólo con tres capas ya son extraordinariamente potentes. Pero si en nuestra mente hay un funcionamiento no algorítmico, no sabemos en qué ley física se basa. Por tanto, los intentos de obtener una mente artificial están abocados al fracaso mientras no dispongamos, por lo menos, de una nueva teoría física, para Penrose la gravedad cuántica correcta, que nos permita comprender los procesos mentales.

Por descontado que no todos los argumentos aportados por Penrose tienen el mis-

mo peso ni el mismo rigor científico. Algunos de sus puntos de vista son tan sólo plausibles, corresponderían a una teoría «tentativa», sobre todo a medida que el autor se adentra en los aspectos cosmológicos y de gravedad cuántica. No se demuestra que la futura gravedad cuántica influya en los procesos mentales. Pero algunos de los argumentos son de peso y ya han levantado críticas entre los defensores de algunas versiones de la IA. Es muy probable que los puntos de vista de Penrose serán objeto de debate, por lo menos, durante el próximo decenio.

En una de las películas de la serie «Star Trek» se describe una nube energética de un mundo de ordenadores superavanzados, al que se califica de ser «estéril, frío, sin misterio, sin belleza». Cuando conozcamos la gravedad cuántica correcta, ¿podremos construir un mundo de ordenadores al que no se podrá calificar de esta manera?

RESUMEN

Hasta dónde puede llegar la llamada «inteligencia artificial» y cuáles son los límites de un ordenador respecto a la mente humana son cuestiones, éstas y otras que se plantean, que aparecen en una obra del físico teórico de la

Universidad de Oxford, Roger Penrose, y que trae a estas páginas Ramón Pascual, dándole así oportunidad de resumir las distintas corrientes de opinión que suscita la «inteligencia artificial».

Roger Penrose

The Emperor's New Mind

Oxford University Press, Oxford, 1989. 466 páginas. 20 £.

Escritos sobre armonía

Por Josep Soler

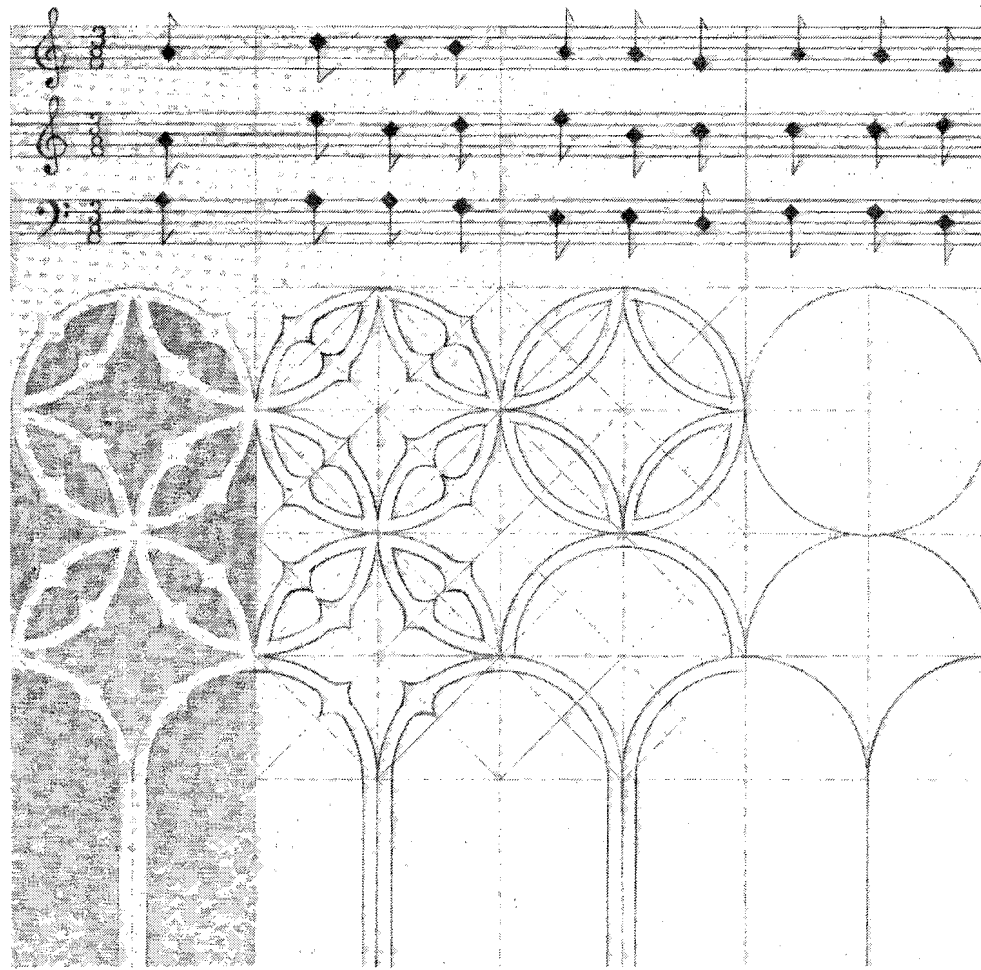
Josep Soler (Vilafranca del Penedés, 1935) es compositor y escritor. Estudió con René Leibowitz y C. Taliabull. Es director del Conservatorio de Badalona y miembro de la Real Academia de Sant Jordi de Barcelona. Desde 1960 viene trabajando en óperas, siendo autor de ocho de ellas, habiéndose representado Edipo y Yocasta en el Liceo en 1984.

El libro de Salzer —prolijo comentario al *Tratado de armonía* de Schenker— se publica en España en 1990; a fines del mismo año se publica asimismo la obra fundamental de Schenker: junto con las *Armonías* de Schönberg y Haba (admirablemente traducidas —junto con la obra de Schenker— por Ramón Barce), y aunque falte el *Unterweisung in Tonsatz* (vol. I, Mainz, 1937, y revisado en 1940), de Hindemith, se puede ahora disponer, en lengua castellana, del completo corpus de los escritos esenciales sobre armonía que se hayan nunca publicado exceptuando, evidentemente, el tratado de Rameau, que por su fecha —1722— escapa a la incidencia directa que los otros libros antes mencionados poseen en grado sumo para el compositor o el músico de la actualidad.

Todos ellos —excepto Schenker, cuyas composiciones pudieron impresionar a Brahms (su maestro había sido Bruckner), pero que posteriormente dejó de escribir música— fueron compositores, y en el caso de Schönberg e Hindemith, dos de los más grandes; pero ciertamente, Hindemith tiene razón cuando en la introducción del *Unterweisung* nos expresa su asombro ante el hecho de que, en el siglo XIX, cuando «la técnica de la composición se desarrolló particularmente y en especial hacia el costado armónico, constituyéndose un campo determinado y muy especial conocido como "Armonía", la "transmisión" de todos aquellos conocimientos que los grandes compositores habían adquirido laboriosamente —y que uno creería que deseaban entregarnos— no se realizó y, en la práctica, ninguno de ellos se dedicó a la enseñanza e incluso, en esta época, el estudio de la composición era visto como un obstáculo en el camino de la actividad creadora...; hasta hace pocas décadas no hemos encontrado compositores que sintiesen como un deber el educar a los discípulos...».

Así, este «deber de educar» comporta la codificación y la estructuración de todos aquellos conocimientos o síntesis que se deben entregar al discípulo, y, por encima de todo, el análisis de las agregaciones verticales que aparecen en una obra (o que «deben» aparecer; o que, por su escritura horizontal se encuentran implícitos en la línea melódica) se consideró —y aún se cree hoy día— como algo esencial y algo que, desvelado su secreto, comprendido por el estudioso y asumido en su «verdad», abría las puertas del fenómeno musical y justificaba y hacía comprensible toda la aportación musical de Occidente desde sus comienzos.

Ello hizo que surgiesen gran número de volúmenes en los que se estudiaba la «armonía», algunos de auténtica importancia, como los que hemos citado, y otros simples repositivos del academicismo más estéril; pero la relatividad del concepto de «armonía», su lugar determinante —pero no único— dentro de todos los fenómenos que organizan la dialéctica de una obra, su valoración como un medio y no un fin en el momento de la composición, en aquel momento en que se inicia «el camino de la voluntad creadora hacia las manos y en aquel momento en que debe haber un control absoluto sobre éstas para que pueda haber un contacto ininterrumpido con los pensamientos creadores y así —dice Hindemith— pueda existir el acto creador»; el hecho



MARINA LLORENTE

de que la historia de la codificación de la «armonía» —desde Rameau— es la historia de la codificación de las leyes «tonales» y la subliminal ansia de justificarlas como algo natural, perteneciente a la naturaleza y aun como manifestación de la «armonía» de la misma esencia divina, todo esto, toda esa asunción de «coincidentes opuestos» que se sobrentienden, se conocen, pero también se rehúyen, no siempre se tuvo en cuenta y no siempre quedó muy claro que la gran aventura de la «armonía» de Occidente es sólo uno de los complejos parámetros que estructuran la música en su sucesión temporal, como arte que avanza en el tiempo y como heredera de unas determinadas circunstancias que la hicieron organizar (en sus comienzos históricos —datables por documentos—) como algo muy alejado de lo que nosotros llamamos «armonía» y de lo que llamamos «tonalidad», y que a veces confundimos, con gesto no siempre consciente, como nombres de la misma cosa y con significado ambivalente.

Rameau, codificando aquellas reglas que se fundamentaban en los «principios naturales» y que llevaban a escribir —caso de seguir estas reglas y propiedades— una «música perfecta», partía de un axioma que hundía sus raíces más allá de los escritos de «los antiguos» y que, para los «modernos» («depuis Zarlino qui a écrit à peu-près depuis 150 ans...»), transcendía la «razón» (que descubrió a los antiguos la mayor parte de las propiedades de la música): «La música es una "ciencia" que tiene que tener reglas ciertas y fundadas en un principio evidente, y a este principio sólo puede accederse con la ayuda de las matemáticas...»

Y las matemáticas, ciencia del número, parecían desde la más arcaica antigüedad organizar la trama del universo y mantenerlo como tal; así lo comentará Hindemith: «...¿qué podrían significar los materiales tonales para los hombres de la antigüedad? Los intervalos les hablaban de los primeros días de la creación del mundo; el número se hallaba en la base de los conceptos de tiempo y lugar...; el universo estaba construido con las mismas proporciones que las series de los armónicos y de ello surgía, como algo inseparable, la medida de la música y la del cosmos...»

Pero la definición de este principio evidente se escapa entre las mil sutilezas y los infinitos análisis con que se pretende codificar y —asimismo y para «la eternidad»— petrificar todos aquellos pasos, aquellas «insuperables» adquisiciones de los clásicos (que nunca se equivocaron), que definen y señalan como algo definitivo el mundo de las obras musicales, entorno y campo que nunca debería alterarse ni menos aumentarse en la riqueza o expresión de sus conceptos y que es algo definitivo y único logro del espíritu humano; pero la esencia del misterio creador y el porqué unas obras determinadas son —con toda evidencia— maravillas del ingenio humano y otras, con los mismos elementos, sólo logran una pálida y fría corrección en el mejor de los casos, esto escapa a cualquier análisis y, en general, no es demasiado bien visto por los teóricos, ansiosos de definir y señalar leyes, pero que, ante lo irracional y oscuro del proceso creador, prefieren ignorar el problema y escudarse en unas teorías «científicas».

Pero, como indica Barce en el prólogo a su traducción de Schenker, éste, rebasando probablemente y quizá sin saberlo sus propios supuestos, indica que el espíritu de lo armónico —que no siempre es «vertical»— tiene como misión básica el «posibilitar amplios esquemas melódicos y coordinarlos» porque —sigue diciendo Barce— los rasgos más agónicos de la historia de la música se han originado por el irreprimible pero dificultoso crecimiento de la «melodía».

La «melodía», que contiene en su «interior» el desarrollo de su esencia, es decir, su evolución en el tiempo, su propio esquema armónico, es, por otra parte, la única dimensión que, como música, puede ser captada y aprehendida por el oyente: todo es fluir en el tiempo y, en cierto aspecto, el suceso melódico es como una rugosidad, una palpante ondulación de éste. La flecha va, con toda evidencia, «hacia adelante», si el concepto temporal, o por lo menos nuestra apreciación de él, a nivel de experiencia diaria (no como concepto), es la que aceptamos y si por comodidad y dentro del proceso artístico damos por buena esta consideración del tiempo, la forma musical de expresarlo, la melodía es, por definición, un suceder fluyendo e imposible de

detener. Si ello es así, lo inhumano, el acto que no es natural, que no podemos hallar en la «naturaleza» en estado puro y tal como nosotros lo apreciamos, es el estado vertical, la aprehensión que detiene el suceso temporal y lo contempla en una atroz y casi mostruosa horizontalidad; no «hacia adelante» sino hundiéndose «hacia abajo» en la superposición que organiza aquel punto, uno de los tantos innumerables, posibles de aislar algunos de ellos, pero que sólo adquieren sentido al «relacionarse entre sí», es decir, al constituir una melodía.

Es cierto que el análisis de estos puntos —estas agregaciones de dos, tres o más sonidos—, su codificación, los consejos que cada teórico pueda dar para su «mejor» empleo y la síntesis global que de ellos se puede dar, ha constituido uno de los más brillantes logros de la teoría musical; decíamos al comienzo que «del completo corpus de los escritos esenciales sobre armonía se puede disponer ahora en lengua castellana»: ello es cierto, pero esta feliz circunstancia no debe evitar que constatemos algún hecho peculiar que nos hace creer que no todo está resuelto con estos exámenes exhaustivos de los aspectos verticales de la música y que, para el compositor o el teórico que analiza y «describe» una música, la obediencia ciega de las leyes que emanan de estos tratados no hace que las obras que se puedan escribir o el análisis que de ellas se pueda hacer sea «verdadero» y la única posibilidad y camino a seguir: la base tonal que, como fundamento, se asegura existe para que sobre él se construya el edificio de la música (el del pasado y el del futuro) es harto incierta y, a pesar de las garantías casi teológicas que algunos teóricos quisieran darle (Ansermet, por ejemplo), el fluir en el «tiempo del oyente» de tantas y tantas músicas (no el análisis forzado por una voluntad determinada y en el espacio físico y material de la partitura) no siempre se sujeta a las leyes ni a la sonoridad tonal y las hace ambiguas y sin puntos de referencia claros y, en algunos casos, imposibles de concretar; el análisis que Hindemith hace de los compases 19-29 del *Klavierstück Op. 39* de Schönberg es determinante: nada de lo que allí se analiza es audible para ningún tipo de oyente y la música sólo tiene sentido como sonido, no como correlaciones de signos más o menos alejados y que, al conectarse de una u otra manera, produzcan resultantes que nada tengan que ver con la realidad de su realización sonora; sus deducciones son inadmisibles al no existir como sonido, como música que transcurre en el tiempo.

Por otra parte, el análisis de cada uno de los puntos constituyentes del material musical de una obra ha llevado a extremos de infinita complejidad la descripción de cada una de ellas, aunque siempre reduciendo el resultado de este trabajo a la existencia de sonidos —o grupos de sonidos— fundamentales que irradian o engendran agregaciones sonoras siempre posibles de catalogar en su novedad o ya bien conocidos y definidos en los «catálogos» existentes; pero las «miniformaciones», si así podemos llamarlas, que se originan en los momentos en que el tiempo pasa —«vertical» u horizontalmente— entre dos sonidos base, asimismo deberían ser consideradas —a pesar de ser casi imposibles de ser aprehendidas—, y no por su dificultad en oírse dejan por ello de ser existentes: estas «sucesiones de paso», horizontales pero también verticales, forman parte del mínimo fundamento de la melodía y sólo a ella se le pueden referir y sólo en ella tienen sentido; pero su análisis, si es que ello es posible, escapa a cualquier intento de los teóricos de la armonía, que sólo tratan de grandes conceptos, pero les es imposible acceder a la microtrama que se realiza únicamente en el oído —en la comprensión— del

Viene de la página anterior



MARINA LLORENTE

oyente y que, como una resultante –flotando en el caso indeterminado de los armónicos que producen los sonidos que recibe el oyente– de toda la operación, desemboca en una imagen única y final que sólo puede ser imaginada o sugerida, pues el tiempo que la soporta no puede detenerse y con su paso –o con la apariencia de su paso– se lleva consigo su fijación –que permitiría un análisis definitivo y completo– y le da vida refiriéndola siempre a un antes y un después que, asimismo, repiten infinitamente esta acción.

Los textos que hemos citado son básicos para establecer determinadas normas y determinados análisis de la vida, evolución y muerte de los acordes constitutivos, como un vestido, como un gran adorno, de la melodía, de aquello que es el gran canto que forma una obra. En este aspecto son «sin duda» una aportación quizá ya insuperable a menos que el análisis no se intente desde otra u otras coordenadas y éstas puedan o deban ser tan complejas que quizá sea imposible su práctica y su codificación; este análisis –o este intento quizá imposible de realizar– tendrá que hacerse algún día y no es seguro que el desnudar, el hacer surgir, haciéndolo patente, lo más íntimo y aquello que es –posiblemente– la trama que religa unos sonidos con los otros, sea algo necesario y «útil» para el compositor tanto si mira hacia el pasado como si, con estas herramientas o esta capacidad de análisis, construye la obra del futuro.

El libro de Salzer, de innegable interés, aunque nos parece que ha sido escrito únicamente desde un ámbito de «teórico», de «profesor» y que, tal como lo describe el prólogo, firmado por L. Mannes, es «el libro de texto del curso y se ha usado durante varios años...» (en la Mannes Music School): es, pues, un libro de utilidad pública y, como tal, se debe manejar con cuidado, pues su amplia y general aceptación y «utilidad para todos» hace que desconfiemos de su profundidad para unos pocos, y la «élite» que podría o puede aceptar un libro o una idea es aquel grupo que teme las facilidades para todos y no rehúye aquello que es complejo o difícil aunque no nos dé soluciones cómodas sobre las que no es necesario insistir; por otra parte, el libro de Salzer, escrito en 1952 (edición Dover en 1962), no podía dejar de lado, aunque fuese sólo por aceptar (quizá resignadamente) lo inevitable, la existencia de autores como Bartók, Stravinsky, Prokófief o Mahler, no habría sido bien visto o quizá ni tan sólo considerado por Schenker. Para Salzer (confesado o no su interés, le guste o no su existencia), hay que tener en cuenta unos autores que ya no son los infalibles y sublimes clásicos, pero que la

realidad histórica obliga a tener en cuenta y a los que hay que aplicar los mecanismos de análisis, gráficos y demás operaciones para demostrar que pueden ser incorporados a la gran corriente de la historia y que en sus obras (quizá sin ellos saberlo e incluso en contra de su voluntad) cumplieron con las sacrosantas leyes de la tonalidad –«el más grande de los elementos orgánicos (de la música)»–, tal como dice el prólogo, y por ello son dignos de ser considerados.

La amplitud de visión de Salzer es tan grande que, incluso, en la página 291 de la edición española, penúltimo párrafo de su largo libro, hace surgir el temible nombre de Schönberg, del que dice que «los principios del desarrollo del sistema dodecafónico originan posibilidades de coherencia y continuidad musicales muy diferentes de las discutidas (en las páginas de su texto); pero, sin embargo, no puede negarse que el suyo es un lenguaje musical auténticamente nuevo y en sí mismo convincente...»; un poco antes, en la conclusión, insiste en que «la tonalidad representa un lenguaje musical y dentro de su órbita existen obras tan contrastantes como un motete del siglo XIII y composiciones de Machault, Mozart, Wagner, Debussy o Bartók...»; toda la música presentada en el libro (que es la totalidad de lo escrito por lo menos hasta la escuela de Viena y su entorno) puede ser llamada estructural o tonal, y los términos «estructural» y «tonal» son intercambiables...».

Si «tonalidad» y «estructura» es lo mismo, la historia de la música acabó hace ya años y, a pesar de los esfuerzos extraños y sorprendentes de Salzer, comenzó hace bien pocos: hacer pasar por el mismo cedazo a Wagner (autor sospechoso), a Mozart y a los «organa» de Santiago de Compostela o Notre Dame, agrupando todas estas músicas o composiciones musicales bajo el genérico intercambiable de «estructuras» u obras «tonales», nos parece hartamente arriesgado y muy poco convincente; la lectura de la historia hacia atrás, aplicando a su análisis y a su proceso dialéctico los conceptos o las teorías (por muy útiles que sean) de una cercana actualidad a obras e ideas muy lejanas en el tiempo, no nos parece justa; ciertamente, de la evolución que estas obras implicaban en su manera de ser surgieron unas características determinadas que, por la natural evolución orgánica de la vida de los compositores y el devenir general de la historia del arte, llevaron a la música hacia una dirección concreta que, a partir del siglo XVIII, denominamos «tonalidad» y que, casi desde su plena estructuración como teoría de la que se derivan leyes, modos de hacer y estruc-

turas válidas para los compositores y para el análisis de los teóricos, ya mostró signos inequívocos de que en su interior, ínsito en su misma esencia, había unas características o unas circunstancias que la llevarían a su descomposición, a fluctuar entre diversas maneras de expresarse y –ciertamente– de colocarse en su justo lugar como una de las tantas formas de existencia que tiene el canto, la gran música de Occidente; la tonalidad fue el punto convergente, pero no el punto final, de toda la evolución de la música occidental, y en ella se depositaron y florecieron múltiples conceptos –conscientes o no– que manejaban los músicos desde que, por los documentos existentes, se plantearon los problemas de cómo escribir música y de qué manera tenían que hacerlo. Desde finales del siglo VIII, el teórico se esfuerza en explicar qué es lo que se debe hacer, y todo ello en nombre de la belleza que se conseguirá con el esfuerzo de crear los «organa» y la magnificencia que se alcanzará en el servicio divino con el canto de esta nueva manera: pero este «aumento» de belleza –evidente– sólo se consiguió por el control y la organización, la «estructura», de los elementos puestos en juego, y éstos, a través del impulso universal de la cadencia (forma o manera unificadora y existente en todas estas músicas desde un principio, por lo menos como algo intuitivo), fueron dando paso al concepto de tonalidad y ésta, en el siglo XVIII, se afirmó como tal.

Pero la tonalidad era algo a lo que se había llegado por un camino que provenía de un complejo pasado y que era inimaginable se iba a detener; tal como, por la misma dinámica de la historia, era una resultante, asimismo estaba preñada de posibilidades necesarias que la empujaban al futuro inevitable y futuro que, por la esencia de las cosas humanas, jamás se detendría en sí mismo, sino que evolucionaría y quizá vendría a ser algo completamente diferente de aquello que le dio vida y canalizó su existencia.

Y la tonalidad jamás existió en estado puro y jamás ha podido decirse que hayan

existido obras «tonales» –absoluta e íntegramente tonales– en ningún momento de la historia de la música; ha existido un germen de posibilidades y una como constante hipótesis del devenir de éstas: nada permanece como definitivo y nada es una llegada al punto final más allá del cual no es posible avance alguno.

El libro de Salzer es un intento, tímido intento, de ampliar las ideas, en extremo cerradas, de Schenker y de aplicarlas a algunos autores que éste, de conocerlos, los habría despreciado e ignorado profundamente; Ch. Rosen, en su cruel pero certero análisis de los escritos de Schenker, hace observar que sus teorías (que aceptaban escasamente a Bach, Haendel y otros pocos y para quien «el último compositor tolerable era Brahms») no pueden aplicarse demasiado bien a los tres grandes clásicos vieneses: si Haydn, Mozart y Beethoven son por lo menos sospechosos para el análisis schenkeriano, ¿qué nos queda?, ¿qué nos importa de estos análisis y sus teóricos si tantas y tantas músicas «deberían ser corregidas» para ser aceptadas?

Y, por otra parte, excediendo los límites de este comentario, ¿podemos creer que la evolución, desde su punto de partida supuesto en el canto gregoriano, de la música de Occidente, es un vector inevitablemente dirigido a la tonalidad?; ¿es que la tonalidad existía, desde el principio, como algo inmanente a las fuentes musicales de Occidente?; ¿o la «tonalidad» ha sido únicamente un admirable reducto –del que cabe huir– en el que se encerró o se limitó aquella circunstancia –la libre ondulación de unas escalas determinadas– mucho más «natural», a la que ahora está tendiendo y caminando y a la que inevitablemente llegará: la nueva «estructura» no tonal a la que no sabemos aún qué nombre exacto darle?

El libro de Salzer nos llega en una cuidada edición y en una magnífica y precisa traducción de Pedro Purroy que tenemos que agradecer.

RESUMEN

Este texto de Salzer, que comenta el musicólogo Josep Soler, se encuadra en un completo corpus, existente ya en lengua castellana, de escritos esenciales sobre armonía. Esta re-

ciente edición le da la posibilidad de repasar los distintos volúmenes ya publicados, en los que se estudia la armonía y su importancia en musicología.

Félix Salzer

Audición estructural

Labor, Barcelona, 1990. 655 páginas. 3.200 pesetas.

Escribir en Austria

Por José María Valverde

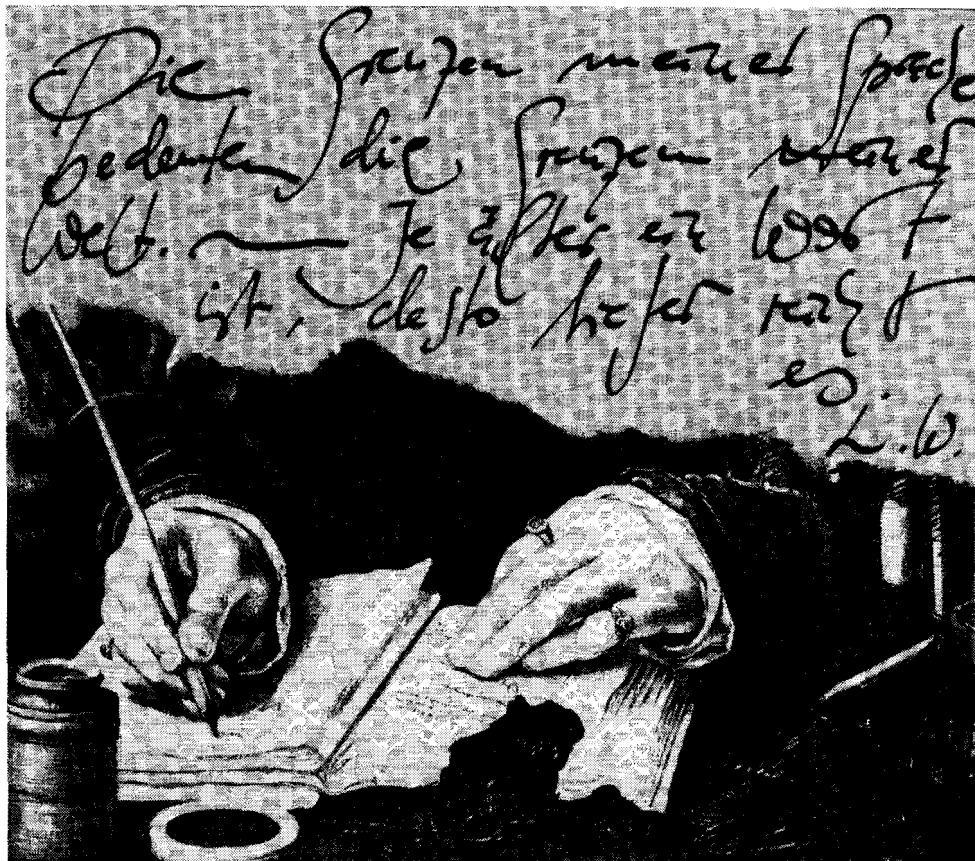
José María Valverde (Valencia de Alcántara, Cáceres, 1926) es catedrático de Estética de la Universidad de Barcelona, además de ensayista, poeta y traductor de Rilke, Eliot y Joyce, entre otros. Ha escrito con Martín de Riquer una Historia de la literatura universal, y es autor, entre otras obras, de Poesías reunidas (1945-1990) y Vida y muerte de las ideas.

Los destinos de los escritores se entrelazan de formas muy variadas, casi siempre dolorosas, con los destinos de sus países: el caso austriaco, observándolo desde hace un siglo, resulta especialmente complejo por tener en él esencial relevancia un elemento nada nacional, sino universal; algo que ha llegado a ser cuestión central de la literatura y la filosofía en todo el mundo contemporáneo: a saber, la toma de conciencia de que la vida mental entera se da sólo y precisamente en forma de lenguaje.

El darse cuenta de esta realidad —perogrullesca: cualquier niño está dispuesto a reconocerla sin más, mejor que los mayores— se ha ido abriendo paso por la cultura moderna en una trayectoria irregular, y todavía está a medio establecerse: en la Alemania romántica —sobre todo con W. v. Humboldt— se tuvo la gran intuición básica de ello, todavía mezclada con sentires entre míticos y patrióticos, como el creer que la forma de una lengua expresaba el carácter del pueblo que la hablaba. Luego, Nietzsche lo vio y lo dijo con toda claridad y con su típica ironía, pero casi nadie lo tuvo en cuenta, bajo la fascinación de sus grandes proclamas zaraturianas. En el umbral del siglo XX, esta conciencia lingüística afectaría como un virus irreversible no ya a algún que otro pensador aislado, sino a todo un grupo en el ambiente de una ciudad, la Viena de Wittgenstein —según la acuñó el título del famoso libro de Janik y Toulmin; título equívoco, porque ésa era la Viena de donde se había ido Wittgenstein para hacerse ingeniero en Berlín y filósofo en Cambridge—. Es verdad que Wittgenstein fue quien situó de lleno la conciencia lingüística como problema básico de todo posible filosofar en lo sucesivo, pero también es verdad que él ya no estaba en contacto personal con el arranque de esa epidemia lingüística entre ciertos literatos de los cafés de aquel «alegre Apocalipsis» de fin del imperio. Como es sabido, Wittgenstein asumiría de frente las consecuencias de la toma de conciencia lingüística: si sólo se debe decir lo que se puede decir con claridad, entonces hay que callarse, porque el lenguaje normal es siempre un tanto borroso y, sobre todo, «narrativo». Pero el silencio es imposible, y, como también es sabido, Wittgenstein, después de unos años de retiro, volvería intensamente al uso de la palabra en Cambridge, sólo que sin pretensiones de exactitud unívoca y reconociendo que el lenguaje se da en forma de «juegos de lenguaje», en acuerdos tácitos en cada caso y cada grupo. Incluso diría que la filosofía, propiamente, sólo se debería «poetizar» («dichten») (*Vermischte Bemerkungen*, ed. H. G. von Wright, citado en el libro de Gargani de que vamos a hablar).

RESUMEN

José María Valverde, evocando la difícil y belicosa relación que siempre mantuvo el gran narrador austriaco Thomas Bernhard con su país, reflexiona sobre cómo los destinos de los escritores se entrelazan de formas



STELLA WITTENBERG

Mientras tanto, entre los literatos vieneses afectados por esta toma de conciencia —apenas Musil, nada Broch— destacaban dos que, tomando caminos opuestos, mostrarían qué diverso puede ser el sentido moral que asuma la conciencia lingüística: Hofmannsthal y Karl Kraus. Dejamos a un lado a otros, como Schnitzler, porque éste limitó el problema lingüístico a cuestiones de voz y silencio: no por nada, como otorrinolaringólogo que era, había empezado por publicar un estudio sobre las afonías de causa no orgánica. Y también dejamos al vienés adoptivo, o «sobrevenido», como se dice ahora, Elias Canetti. Y para evitar malentendidos, hagamos constar que Freud no participó de esta toma de conciencia lingüística, que hubiera sido poco compatible con su psicoanálisis.

Hofmannsthal y Kraus muestran dos diversos sentidos éticos —claro está, con sus respectivas proyecciones políticas—, unidos a la nueva «consciencia»: Hofmannsthal —después de imaginar en su *Carta de Lord Chandos* el caso de quien renuncia al lenguaje porque los adjetivos, primero, y luego los nombres abstractos se le van deshaciendo «como hongos podridos», mientras las cosas adquieren un nuevo fulgor, libre de nombres— se retiró del lenguaje personal en el que había empezado como prodigioso poeta adolescente, para replegarse al lenguaje del teatro, donde el autor no da la cara, y, en nuevo repliegue, a escribir libretos de ópera para Richard Strauss (la música introduce otro grado de lejanía). Así, Hofmannsthal, en sus ensayos y artículos, tras el hundimiento de su país, pasando de imperio a pequeña nación, podría ser uno de los próceres de la «revolución conservadora» germánica, olvidando la profundidad de su arranque.

muy variadas, casi siempre dolorosas, con los destinos de sus países. El caso de Austria es especialmente singular y a él dedica Valverde su artículo, con Bernhard como magnífico pretexto.

En cambio, Kraus, con su revista *La antorcha*, haría de la conciencia lingüística la base de una dura crítica de su sociedad, y del mundo en general, con el método de citar, arrancándolas del contexto, frases que, en tal perspectiva, se revelarían por sí mismas estúpidas o inmorales; todo ello con irónica modestia sobre sí mismo: «Se escribe porque no se tiene bastante carácter como para no escribir.» Por supuesto, Kraus recibiría muchas bofetadas —incluso literalmente— a lo largo de su vida, y si no hubiera muerto oportunamente dos años antes de la anexión de Austria a la Alemania nazi, habría perecido, no tanto por judío cuanto por ser quien era.

Acercándonos a nuestro tiempo, se comprende que tendamos a suponer que la crisis producida en aquellos vieneses por la conciencia lingüística forma parte también de las tragedias de los escritores austriacos de la segunda guerra y postguerra. En el caso de Ingeborg Bachmann, me permito indicar que yo mismo —en el prólogo a mi traducción de sus *Problemas de la literatura contemporánea* (Tecnos, Madrid, 1990)— la he clasificado como la más directa heredera —y aun víctima— de la «enfermedad del lenguaje» que tuvo su foco crítico en la Viena del cambio de siglo. Y es fácil caer en la tentación de tomar también por lo lingüístico las angustias y tragedias de otro gran escritor austriaco, como el aún recientemente fallecido Thomas Bernhard.

Esto es lo que ha querido hacer Aldo Giorgio Gargani en *La frase infinita. Thomas Bernhard e la cultura austriaca*. De hecho, dos discursos o «papers», el primero de algo más de 50 páginas; el segundo, de menos de 30, ahora sin centrarse en T. B. Con vehemencia, Gargani, engastando hábiles y brillantes citas, presenta la gran aventura lingüística austriaca mirada por su posible —no necesario— lado nihilista, y de ese modo se permite incluir a Bernhard dentro de ese desarrollo. Pero me temo que ocurre aquí algo muy frecuente: personas que creen haber aceptado la comprensión básica a que aludíamos —que la vida mental se da sólo y precisamente como lenguaje—, luego muestran no haberse dado cuenta bien de lo que eso significa en cuanto conciencia «explícita». Por supuesto, un escritor como Bernhard había de tener conciencia «implícita» del carácter lingüístico de todo pensar, pero no en la forma explícita en que,

en peligroso desdoblamiento casi esquizofrénico, un escritor llega a verse —mejor dicho, a oírse— escribir a la vez que escribe, con riesgo de quedarse hipnotizado en este segundo plano, olvidando aquello de que escribía. Como extremo en este caso, Barthes diría que para él «escribir es un verbo intransitivo».

Alguna vez puede parecer que Bernhard se acerca a reconocer esa conciencia, como al decir que todo lo que se escribe «se cita»; pero su cólera sagrada, manifiesta, por ejemplo, en su serie autobiográfica —iniciada con *La causa*, que aquí se tradujo como *El origen*—; su cruel destrucción de todos los presuntos valores, incluso los literarios —como en sus dos piezas más o menos teatrales, *Salzbürger Stücke*, extremo de vanguardismo aniquilador—, sin duda resultaban demasiado apasionadas para ser compatibles con el frío distanciamiento irónico, también respecto a uno mismo, conllevado por la autoconciencia lingüística. Ello se ilustra —para dar un solo ejemplo— en las páginas de sus *Maestros antiguos* (traducido por Miguel Sáenz, Alianza, Madrid, 1990), en que aparece Heidegger atacado de modo tan irreverente como divertido: en esa arremetida, Bernhard no usa el recurso que podía haber sido más duro —con el «método Kraus», digamos—: la ridiculización de su estilo, tan propicio a la caricatura como se pudo ver en *Años de perro*, de Günther Grass, con aquel auxiliar de aviación, Stortebeker, que hablaba en auténtico dialecto heideggeriano, al final también puesto en boca del propio Hitler en su «bunker».

De hecho, el segundo y más breve de los textos de Gargani aquí reunidos, además de prescindir, como decíamos, de Bernhard, deja muy en segundo plano la cuestión lingüística, introduciendo en cambio mucho el tema musical, con Schönberg.

Bernhard, en su obra, hace ver que también en Austria puede ser verdad la frase de Larra «escribir en España es llorar»; claro que de muy diverso modo. Especialmente, las imágenes de su educación bajo los nazis, para luego pasar a la hegemonía clerical, nos impresionan más porque nuestra información habitual no nos preparaba para tales realidades. Ciertamente esto forma parte de su pesimismo, tan universal como iracundo, expresado en un fraseo jadeante que sólo muy de vez en cuando admite un punto para respirar: «la frase infinita», como ha dicho Gargani. Y ello sin querer llegar nunca a una novela propiamente dicha: él diría que era más bien un «destructor de historias» («Geschichteszerstörer», que también podría leerse como «destructor de la Historia»). Pero en esa furia no se tiene nunca sensación de arbitrariedad personal y, a la larga, se nos impone como parte imprescindible de un contexto nacional: en lo que solemos imaginar desde lejos como remanso de larga neutralidad, bien acomodado al descenso desde ser abigarrado imperio a modesta nación de poca gente, Thomas Bernhard no es un simple cuerpo extraño.

Con todo, y ésta es la objeción que pondríamos al breve libro de Gargani, una cosa son los dolores personales y nacionales de un escritor, y otra cosa es el problema que en algunos casos —no en el de Bernhard— le plantea, para bien o para mal, o para las dos cosas, en su mecanismo mental, el darse cuenta de que éste ha de marchar, necesaria y precisamente, en forma de un léxico, una gramática y una fonética; esto es, en los modestos límites de un «bla-bla».

En el próximo número

Artículos de G. Tortella, C. Martín Gaite, E. Haro Tecglén, P. Martínez Montávez, E. Díaz, J. A. Campos Ortega y J. L. Pinillos.

Aldo Giorgio Gargani

La frase infinita. Thomas Bernhard e la cultura austriaca

Editori Laterza, Roma-Bari, 1990. 90 páginas. 16.000 liras.

Los habitantes de la ciudad encantada

Por Gabriel Tortella

Gabriel Tortella (Barcelona, 1936) es catedrático de la Universidad de Alcalá, vocal del Comité de la Asociación Internacional de Historia Económica y del Consejo de la Asociación Española de Historia Económica. Es también director de la Revista de Historia Económica y ha sido profesor visitante en varias universidades extranjeras. Entre sus libros se cuentan *Los orígenes del capitalismo en España* e *Introducción a la economía para historiadores*.

El estudio de la historia urbana nos está proporcionando perspectivas fascinantes sobre la Europa preindustrial, sean éstos macroestudios de ambiciones continentales, como el de Jan de Vries (*European Urbanization, 1500-1800*, Harvard, 1984), o más bien microestudios de una sola ciudad, como los que para casos españoles han hecho Bartolomé Benassar (Valladolid), Angel García Sanz (Segovia) o David Ringrose (Madrid). Reher, historiador y demógrafo californiano afincado en España desde hace largos años, discípulo de Antonio Domínguez Ortiz, ha tenido el acierto de escoger para tema de su profundo estudio a una ciudad apartada del mundanal ruido que, quizá por su insignificancia demográfica y su notable estabilidad secular, le proporciona una visión privilegiada del mundo preindustrial.

Las ciudades contemporáneas, especialmente en Europa y en los países desarrollados, son monstruos industriales de tremenda fuerza y peso dentro de las sociedades que las albergan. Su influencia política y cultural es decisiva; con frecuencia cobijan a la mayoría de la población nacional y moldean casi todos los aspectos de la vida social del país al que pertenecen. Las ciudades preindustriales tenían una diferente situación: aparte de algunos gigantes (relativos) como Londres, París, Amsterdam o Nápoles, en la Europa moderna estas ciudades eran islas, islotes perdidos en un mar rural. Sin duda, por ser sedes administrativas y capitales políticas, tenían una preponderancia mayor que la que en rigor les correspondía por el número de sus habitantes. Esto es así al menos desde la Grecia antigua. Sin embargo, aunque cualitativamente esencial, su peso económico era mínimo; sí, eran agentes comerciales de excepción y centros industriales y artesanales



Grabado antiguo de Cuenca.

de importancia (aunque competían seriamente con la industria y el artesanado rural), pero es legítimo preguntarse hasta qué punto representaban simples excepciones a una regla de abrumadora ruralidad, y hasta qué punto eran entes cualitativamente diferentes de su entorno. Este es el tipo de pregunta que se hace Reher.

Comportamientos urbanos

Evidentemente, los gigantes urbanos como Londres o París tenían una clara personalidad propia pero, ¿hasta qué punto tenían también las ciudades menores? El tema central de este libro, nos dice su autor, es saber si «las estructuras y los patrones de com-

portamiento urbanos estaban influidos por factores rurales, regionales o específicamente urbanos. En otras palabras, es un libro sobre las ciudades y sobre el comportamiento humano, económico y social en las ciudades. También es un libro sobre la ciudad castellana de Cuenca y sus habitantes (...)» (págs. 5-7; las traducciones son mías). Para lograr sus fines, el autor realiza una serie de estudios, sobre todo de tipo demográfico y antropológico, que constituyen otros tantos capítulos. Tras una breve introducción panorámica sobre los fines y métodos de la historia urbana, Reher nos ofrece una concisa pero enjundiosa historia económica de la Cuenca moderna que en realidad es una reinterpretación de la historia económica del Reino de Castilla en la Edad Moderna. En ella se aporta nueva evidencia cualitativa y sobre todo cuantitativa para una vieja tesis: la que considera a la del siglo XVII como una crisis malthusiana. «La productividad agraria en gran parte de Castilla, Nueva y Vieja, no bastaba para mantener permanentemente tal densidad de población urbana (...). A la larga, las ciudades dependían de la productividad de sus "hinterlands", (y por ello) había un techo a la urbanización posible (...). Cuando se alcanzó ese techo a finales del siglo XVI, y de nuevo a finales del XVIII, la única solución posible era la desurbanización. Castilla era prisionera de su realidad geográfica, y el cambio tecnológico no

pudo superar este obstáculo hasta bien entrado el siglo XIX» (págs. 66-67). El padre Malthus no lo hubiera dicho mejor. Como puede verse, aquí hay algo más que historia de Cuenca.

Vienen después una serie de capítulos de carácter más netamente demográfico y más ceñidos geográficamente: se investigan así las principales variables demográficas de la ciudad dividida en parroquias (nupcialidad, fertilidad, mortalidad); se examinan los impactos de las crisis de sobremortalidad sobre la ciudad y las medidas que se tomaban para remediarlas y paliar sus efectos; se analizan las estructuras familiares; y, por último, se estudian los movimientos migratorios. De todo esto emerge un cuadro de notable estabilidad a lo largo de varios siglos, con una sola gran discontinuidad traumática: la mencionada crisis del siglo XVII, cuando la economía de Cuenca, que había sido una importante y próspera ciudad textil en el siglo XVI, se desindustrializó de manera definitiva y su población se redujo en un 60 por 100 en la primera mitad del siglo XVII (de cada cinco conqueses a finales del XVI, sólo quedaban dos media centuria más tarde). Aquí, desde luego, hubo algo más que «reajustes y readaptaciones», como han dicho algunos pretendiendo caracterizar la depresión del Seiscientos.

En este número

Artículos de

Gabriel Tortella	1-2	Elías Díaz	8-9
Carmen Martín Gaité	3	J. A. Campos-Ortega	10-11
Eduardo Haro Tecglen	4-5	José Luis Pinillos	12
Pedro Martínez Montávez	6-7		

SUMARIO en página 2



Viene de la página anterior



Los habitantes de la ciudad encantada

Cuenca nunca se repuso del golpe. Su población a partir de entonces osciló a bajo nivel. La desindustrialización resultó ser definitiva. Desde mediados del XVII, Cuenca sobrevivió simplemente como sede eclesiástica y administrativa. Y si merece el apelativo de «ciudad encantada» por su belleza irreal, también lo merece por su sorprendente estabilidad demográfica. «La resistencia al cambio ha resultado ser característica permanente de la Cuenca preindustrial. Con la excepción del giro histórico de su fortuna en el siglo XVII, los demás aspectos de su sociedad vinieron marcados por la estabilidad» (pág. 299). Los patrones y ritmos de la nupcialidad y la fertilidad, las causas y estacionalidad de las muertes, los flujos migratorios, la estructura económica, todo permaneció virtualmente inalterado a lo largo de más de dos siglos. Cuenca se aproxima así a ese arquetipo de sociedad preindustrial que Schumpeter definió gráficamente como el «flujo circular», esa sociedad donde cada año es esencialmente igual al anterior.

Qué es

SABER Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».



Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

Sobre las causas de tal estabilidad, este libro, excelente en casi todo, es de poca ayuda. «Es altamente improbable que se hubiera podido generar internamente un cambio fundamental en las sociedades urbanas modernas», nos dice Reher. Hubieran hecho falta «factores exógenos de naturaleza política, económica o militar» (págs. 299-300). Esta frase en el capítulo de conclusiones resulta de difícil interpretación. ¿Por qué son exógenos los factores económicos, los políticos o incluso los militares? Al fin y al cabo son hechos tan sociales como los matrimonios o las migraciones. En otro plano, al cabo ese «cambio fundamental» tuvo lugar endógenamente en otras ciudades preindustriales, como las inglesas del siglo XVIII. Cuenca, desde luego, parece un candidato poco probable para protagonizar una revolución industrial, pero no precisamente por ser preindustrial. Aunque sea una frase repetitiva y de Perogrullo, debemos recordar que todo el mundo era preindustrial antes de industrializarse. Quizá una investigación sobre las razones del equilibrio a bajo nivel conquense nos hubieran ilustrado sobre las causas del estancamiento económico en Castilla, en España y en el mundo.

Virtudes públicas

Hay que decir claramente que el libro de Reher tiene virtudes que lo elevan muy por encima de lo que es común en trabajos de este tipo, porque une a una investigación sistemática y profunda en archivos, un dominio absoluto de la bibliografía española e internacional que le permite situar a Cuenca en el contexto castellano, español y europeo, y a esto añade una gran soltura en el manejo de las técnicas estadísticas. Todo ello capacita a su autor para obtener, de fuentes a menudo incompletas y en muchos sentidos limitadas, conclusiones importantes que a otro investigador menos preparado se le escaparían. Resulta, por ejemplo, muy de agradecer en un estudio en principio local como éste, encontrarse una tabla comparando la fertilidad matrimonial en Cuenca en distintas fechas con la de Cáceres, Palamós, El Grove, Xallas y

varias regiones francesas e Inglaterra, para distintas fechas entre 1600 y 1850.

Y sin embargo todas estas virtudes no son óbice para deslices ocasionales. Así, por ejemplo, en el interesantísimo capítulo sobre «Escaseces, muerte y epidemias: las ciudades en tiempo de crisis», en que Reher muestra dramáticamente la impotencia de la administración del Antiguo Régimen frente a los azotes malthusianos, nuestro autor no ha sabido desenredar la maraña causal —nada fácil, desde luego— entre tales calamidades. En principio, Reher se resiste a admitir que la causa primera de las mortandades sean las escaseces. A pesar de que las «crisis tendían a venir acompañadas y a menudo precedidas por fuertes subidas en el precio de los alimentos (...), sería precipitado (...) sugerir que las fluctuaciones de precios (y las escaseces) eran la causa más importante de las crisis de mortalidad» (pág. 153). ¿Cuál era la causa entonces? A veces «la crisis misma (?) y las medidas que se tomaban para mitigar sus efectos». Es decir, ¿que era peor el remedio que la enfermedad? Posible a veces, pero resulta difícil creer que de manera regular la causa más importante de las mortandades fueran las medidas tomadas para evitarlas. En todo caso, dice Reher, «la enfermedad epidémica era el ejecutor directo de la crisis de mortalidad». Y añade: «Algunas enfermedades eran más sensibles a las condiciones económicas que otras. El tifus, que estaba más estrechamente ligado a los precios que las otras, resultó ser la causa más importante de las crisis de mortalidad en la ciudad de Cuenca» (pág. 154).

El lector queda perplejo: ¿no quiere decir esto que «las fluctuaciones de precios (y las escaseces) eran la causa más importante de las crisis de mortalidad», exactamente lo que se negó en la página anterior?

Un momento de reflexión nos hará ver que el propio libro tiende a demostrar que esto es así. Hemos visto repetidamente que las conclusiones del libro son malthusianas, y muy convincentemente. Es natural: la visión de Malthus, que resultó no funcionar en el mundo de gran progreso tecnológico que se dio en los siglos XIX y XX, funcionaba a la perfección para explicar la dinámica demográfica de las sociedades del Antiguo Régimen, técnicamente estancadas. El libro de Reher, como hemos visto, lo corrobora bien a las claras. En realidad, lo que ha hecho Reher es mostrarnos a Cuenca como un caso clásico de equilibrio malthusiano, y detallarnos de manera fascinante los mecanismos de ese funcionamiento. Y en el esquema malthusiano, la causa última de las catástrofes demográficas son las escaseces. La afirmación de la página 153, que yo creo debida al deseo de Reher de no contradecir a ciertas autoridades, choca y desentona en una obra tan bien concebida y realizada. En todo caso, valdría la pena que se tradujera este libro al castellano. Pero en su defecto el lector tiene otro libro del mismo autor (*Familia, población y sociedad en la provincia de Cuenca, 1700-1970*, Madrid: Siglo XXI, y Centro de Investigaciones Sociológicas, 1988) que en parte complementa y en parte se superpone al que aquí hemos comentado.

RESUMEN

Ciudad artesanal e industrial en el siglo XVI, Cuenca sufrió irreversiblemente las consecuencias de la crisis del XVII. Desde entonces hasta casi nuestros días ha permanecido al margen de muchos de los avatares que comporta la mo-

dernidad. A través de esta «ciudad encantada», David S. Reher nos ofrece una visión fascinante, que comenta Gabriel Tortella, sobre un microcosmos preindustrial, con especial atención a la población y a las variables demográficas.

David Sven Reher

Town and country in pre-industrial Spain. Cuenca, 1550-1870

Cambridge University Press, Cambridge, 1990. 337 páginas.

SUMARIO

	Págs.
«Los habitantes de la ciudad encantada», por Gabriel Tortella, sobre <i>Town and country in pre-industrial Spain. Cuenca, 1550-1870</i> , de David Sven Reher	1-2
«El murmullo de lo cotidiano», por Carmen Martín Gaité, sobre <i>Querido Miguel</i> , de Natalia Ginzburg	3
«La tierra y el cielo de los Bowles», por Eduardo Haro Tecglen, sobre <i>El cielo protector</i> , de Paul Bowles	4-5
«La democracia en el mundo árabe, a debate», por Pedro Martínez Montávez, sobre <i>Al-Ta 'addudiyya al-siyāsiyya wa-l-ḍmugrāṭiyyā fī-l-waṭan al-'arabī</i> («Pluralismo político y democracia en la patria árabe»), de Saadeddīn Ibrahim (ed.)	6-7
«Julián Besteiro: la razón y la ética», por Elías Díaz, sobre <i>Política y filosofía en Julián Besteiro</i> , de E. Lamo de Espinosa y M. Contreras	8-9
«Un tratamiento histórico de la evolución», por José Antonio Campos-Ortega, sobre <i>Blueprints. Solving the Mystery of Evolution</i> , de Matland A. Edey y Donald C. Johanson	10-11
«Los credos de la modernidad», por José Luis Pinillos, sobre <i>La modernidad siempre a prueba</i> , de Leszek Kolakowski	12

El murmullo de lo cotidiano

Por Carmen Martín Gaité

Carmen Martín Gaité (Salamanca, 1925) es doctora en Filología Románica y escritora. En 1958 obtuvo el Premio Nadal con *Entre visillos* y ha escrito, entre otras, las siguientes novelas: *Ritmo lento*, *Retahílas* y *El cuarto de atrás*. Como ensayista e investigadora ha publicado *El proceso de Macanaz*, *Usos amorosos de la posguerra* y *El cuento de nunca acabar*.

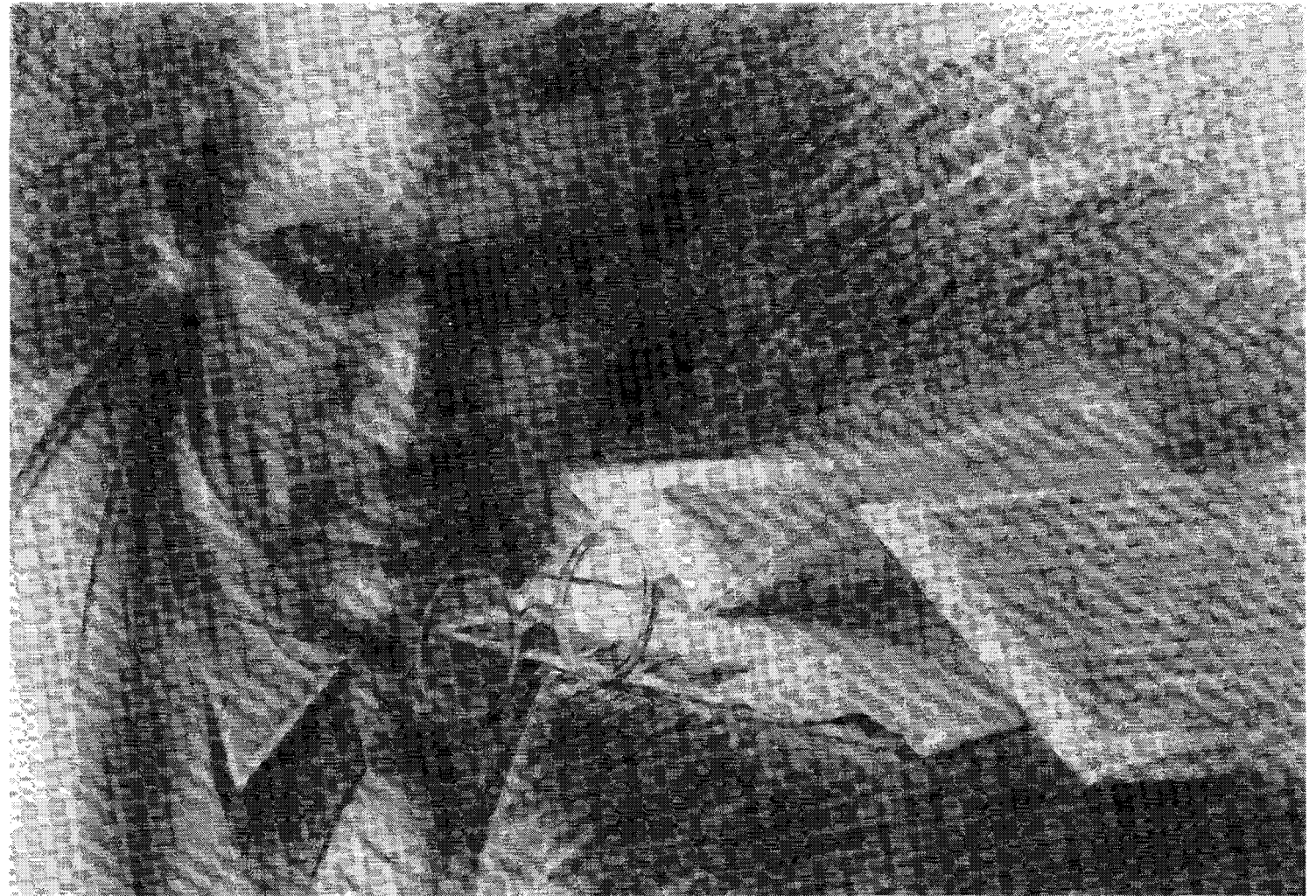
Uno de los primeros títulos de Alianza Editorial, a finales de los sesenta, fue un libro que pasó completamente desapercibido: *Las pequeñas virtudes*. Se trataba de una recopilación de ensayos de una escritora italiana perteneciente al grupo editorial Einaudi y amiga personal de Cesare Pavese, a quien evocaba en uno de aquellos textos.

Nacida en Palermo en 1916 de familia judía, Natalia Levi, que había publicado su primer cuento a los dieciocho años en la revista *Solaria*, cambió su nombre por el de Natalia Ginzburg al casarse en 1936 con Leone Ginzburg, estudioso de la literatura rusa y dirigente de la conspiración antifascista. Su marido murió en la cárcel en 1944, pero ella conservó siempre aquel apellido, incluso después de volver a casarse y enviudar nuevamente. De otras cosas de su vida me fui enterando posteriormente, sobre todo después de leer en italiano *Lessico familiare*, novela autobiográfica de la que me ocuparé enseguida.

Pero quiero volver a aquel primer librito de Alianza que me hizo entrar en contacto con Natalia Ginzburg, y concretamente a una declaración de principios establecida en el ensayo titulado *Mi oficio*. Ese flechazo de deslumbramiento que nos identifica a veces, a través de la letra escrita, con un ser desconocido y nos lo convierte en amigo, se produjo de inmediato en mí al leer aquel texto tan emocionante como poco pretencioso, donde ya se perfilan las dotes de la escritora para animar lo inanimado. Porque allí hablaba de su relación con la escritura en el tono confidencial con que se le cuentan a una amiga las penas y glorias del amor, prestando a la escritura alma, rostro e intenciones, comparando los deseos y fatigas que provoca entrar a su servicio con los que enciende cualquier peripecia humana. Para ella, como además comprobé más tarde adentrándome en su obra, el oficio de escribir es tan peligroso, carnal y sofocante como el de vivir: «Una mezcla —nos dice— de crueldad, de soberbia, de ironía, de ternura, de fantasía y memoria, de claridad y oscuridad; y si no logramos todo esto al mismo tiempo, el resultado es pobre, precario y escasamente vital.» Pero sobre todo no hay que abrazar este oficio por interés, imaginándolo como una panacea, sino que conviene más bien verlo como a un jefe a quien obedecer y servir.

«Servirlo —puntualiza— cuando él nos lo pide. Sólo entonces nos ayuda a seguir en pie, a mantenernos firmes en la tierra, nos ayuda a vencer la locura y el delirio, la desesperación y la fiebre. Pero quiere ser él el que manda, y se niega a hacernos caso cuando somos nosotros quienes lo reclamamos o echamos de menos. Un oficio bastante difícil, como veis, pero el más hermoso del mundo. Yo no lo cambiaría por ninguno. Se sacia de días y sucesos propios y ajenos, de lecturas, de imágenes, pensamientos y discursos propios y ajenos. Y se nutre también de cosas horribles, se va comiendo lo mejor y lo peor de nuestra vida. Tanto nuestros malos sentimientos como los buenos fluyen por su sangre. Se nutre de nosotros y en nosotros crece.»

Esta declaración de principios, formulada cuando la Ginzburg tenía treinta y tres años, no es mera palabrería teórica, sino que queda



STELLA WITTENBERG

cumplidamente acreditada a lo largo de toda su obra, donde la fusión magistral de ficción y vida engendran un estilo inconfundible y totalmente despojado de hojarasca ornamental. En eso consiste su poesía, en ir al núcleo de las cosas, despreciando lo accesorio. Como ha escrito Giorgio Luti, en Natalia Ginzburg «la lúcida deliberación de la mirada se sobrepone a los límites del despiadado análisis, transformando sobre el papel el murmullo de lo cotidiano en voz universal, en alta y doliente poesía».

El afán por capturar este murmullo de lo cotidiano aguza las dotes de perspicacia de Natalia Ginzburg, dirigiéndolas hacia fulgores momentáneos del lenguaje, concretamente al léxico familiar, por usar un término acuñado por ella misma para titular su obra más conocida.

De hecho, en *Lessico familiare*, que mereció el premio Strega en 1963, la autora ha seleccionado deliberadamente la expresión oral como trasunto de los comportamientos de grupo, como instrumento de restitución poética. Y de acuerdo con este enfoque ha introducido en un género tan escurridizo como el autobiográfico unos elementos inéditos que lo vivifican. Por ejemplo, el tiempo no pasa, como en otros libros de memorias, a través de las fechas, sino del estudio arqueológico de un léxico donde lo cotidiano se inmortaliza y se mantiene indemne en el recuerdo, capaz de reflorar nuevamente al ser evocado. Y existe en esa evocación una ironía irresistible y contagiosa incluso para los que no asistieron a la gestación de aquellas frases que fraguaron la identificación del grupo familiar. Porque el lector no se identifica tanto con la historia de una familia determinada como con esa sensación, que todos hemos experimentado alguna vez en nuestra propia familia, de que los recuerdos y los lazos afectivos se aglutinan en torno a una serie de giros lingüísticos elaborados en común. Partiendo del lenguaje familiar, se rescatan también los gestos y la voz que acompañaron a esas historias repetidamente contadas por amigos ausentes o personajes desaparecidos. Un magma

en el seno del cual los hitos del léxico compartido por los coetáneos sustituyen a los de la cronología.

Tanto en este libro como en toda su obra, Natalia Ginzburg generaliza lo particular y penetra, sin el menor asomo de pedantería, todos los entresijos, dependencias y falacias de la institución familiar. Porque para ella la familia es el centro en el cual la palabra elabora una forma individual y social de comunicación. Y también, claro está, de incomunicación. La familia se concibe como un espacio cerrado dentro del cual se van sucediendo insensibles mudanzas y distanciamientos no siempre reconocidos. A los personajes que Natalia Ginzburg va presentando se los conoce tanto por las palabras que dicen como por las que omiten.

Y a este respecto ninguna novela como *Caro Michele* refleja la presencia y la fuga de los miembros componentes de un clan familiar. Se trata de una novela epistolar en busca de un personaje casi siempre desaparecido y ausente. La familia a que pertenece este muchacho enigmático, rebelde y atractivo por el mismo halo de irrealidad que lo mantiene siempre alejado, se dirige a él, desde distintas situaciones y lugares, en busca de una respuesta continuamente demorada. En esta novela, como también en *La città e le case*, el entramado familiar que venía sustentando todo el mundo narrativo de Natalia Ginzburg ha estallado en mil pedazos, como las piezas de un

rompecabezas descabalado e incapaz de reconstrucción.

Pero la familia sigue siendo el centro, aunque se trate de un molde aparentemente vacío de contenido. Natalia Ginzburg, consciente cada día con mayor certeza de la esclavitud familiar, asiste con una mezcla explosiva de crueldad, ternura e ironía a su proceso de disgregación, orientada siempre por las huellas que este proceso deja en el lenguaje cotidiano. Y eso queda igualmente de relieve en sus pequeñas piezas teatrales, alguna de ellas, como *Ti ho sposato per allegria*, auténticas filigranas de la realidad filtrada por el prisma de lo absurdo y de la poesía implícita en los recovecos del lugar común.

Objetos y escenarios condenados a envejecer dentro de los ojos y la memoria sin dejar de ser, a su vez, testigos mudos de esa memoria, son hitos fundamentales del discurso ginzburgiano. En torno a casas, muebles, adornos y cachivaches se trenzan las mudanzas y pertenencias de los seres distorsionados por el recuerdo. La sensación de rechazo y claustrofobia con respecto a unos vínculos ya inservibles, se entrelaza, así, con la imposibilidad de olvidarlos.

¿Qué queda sino el recurso a la literatura? Mediante la obediencia a su ejercicio, aquel murmullo fugaz y transitorio de lo cotidiano vuelve a entonar su canción y convierte en perennes las raíces de un árbol que hace tiempo dejó de dar sombra. | |

RESUMEN

La lectura de *Querido Miguel*, una novela de la escritora italiana Natalia Ginzburg, le lleva a Carmen Martín Gaité a recordar su relación personal —como lectora, escritora y traductora— con la propia Ginzburg desde que

hace años leyera *Las pequeñas virtudes*. En toda su obra encuentra un particular afán por capturar el murmullo de lo cotidiano, un ir al núcleo de las cosas, despreciando lo accesorio.

Natalia Ginzburg

Querido Miguel

Lumen, Barcelona, 1990. 153 páginas. 1.800 pesetas.

La tierra y el cielo de los Bowles

Por Eduardo Haro Tecglen

Eduardo Haro Tecglen (Pozuelo de Alarcón, Madrid, 1924) es periodista, habiendo sido director de diarios y semanarios y autor de varios libros de ensayo sobre cuestiones políticas y culturales contemporáneas. Es crítico teatral y miembro del equipo editorial de El País.

A todos nos gustaba la escritura y la gracia —estado de gracia, quiero decir: un cierto toque de algo invisible— de Jane Bowles, y hacíamos poco caso a Paul: nos parecía que lo de Paul era la música y su meritoria pasión por recoger las canciones folklóricas marroquíes.

Jane estaba lejos ya de tener «la cabeza de dalia» de la que escribía Truman Capote, «de corto pelo rizado, con su notable voz (un áspero soprano), con sus ropas de muchacho, su figura de colegiala y su leve cojera». El pelo de esta otra Jenny perdida estaba más bien quemado: una mujer un poco tambaleante, desastrada y que apenas podía andar sola. Quedaban sus fotos de pequeña y espectacular judía de Nueva York —Jane Auer—; un inexplicable brillo en sus ojos y una viveza extraordinaria en sus juicios un poco malévolos, de la provinciana en que se había convertido de esa pequeñísima ciudad universal que era Tánger. Irónica, humorista.

Era la autora de novelas cortas del estilo «Newyorker», de una novela que publicó antes de cumplir los veinte años, *Dos damas muy serias* (según el título fiel de la traducción de *Two serious ladies*, por Lali Gubern, en Anagrama; en la de María Rosario Sangustín para Dima es *Dos señoras de aupa*) y una obra de teatro, *La casa de verano*. Esa es toda su bibliografía, a la que se suma ahora la correspondencia, que acaba también de publicarse en castellano. Su generación admiraba mucho ese brillo.

Juntos y separados

Sus vecinos en la misma pensión de Brooklyn eran Richard y Ellen Wright, W. H. Auden, Benjamin Britten, Oliver Smith, Carson McCullers, Gypsy Rose Lee. Quizá pese mucho esa vecindad, esa conversación cotidiana, esa «table d'hôte». Y su ausencia, después. Esto debió pasar hacia los años de la guerra, cuando volvieron a Nueva York desde Europa huyendo de la gran tormenta. Hasta que, de nuevo, los Bowles volvieron aquí; y, sobre todo y finalmente, a Tánger.

Vivían juntos pero separados: puerta con puerta, en un inmueble moderno. Creo que Paul tenía, además, una casita diminuta en la medina. En la de la ciudad moderna —esa ciudad parada a medio construir, con fantasmales calles urbanizadas, con las aceras construidas y los faroles iluminando los solares; sin edificios, o con los cimientos o el esqueleto: la ruina la sorprendió en pleno desarrollo—, Paul tenía paredes cubiertas con cintas magnetofónicas de sus grabaciones de folklore marroquí; he oído decir que las ha cedido —regalado o vendido— a la biblioteca del Congreso de los Estados Unidos, y que tienen un valor excepcional. Había sido crítico de música de *Time*; y había hecho algunas óperas muy estimadas, entre ellas una sobre *Yerma*, de García Lorca.

Los textos más conocidos de él —también los cuentos del «Newyorker», publicados ahora en España por Alfaguara con el título de *La misa del gallo*; y alguna novela, como *La casa de la araña*— nos parecían demasiado fríos, demasiado lejanos. Leí por entonces *El cielo protector*, dedicado a Jane, en la traducción de A. Bernárdez para la Editorial Sudamericana de Buenos Aires en 1954; la releo ahora en la misma traducción, publicada por

Alfaguara. No pensé, entonces, que pudiera ser autobiográfica. Ahora lo veo más, sobre todo por la película de Bertolucci, por las conclusiones de los demás y por mis propias ilusiones.

Destino y recuerdo

La primera parte del libro *Té en el Sahara* lleva una cita de Eduardo Mellea: «Lo que tiene nuestro destino de nuestro y de destino es lo que tiene de parecido con nuestro propio recuerdo.» En la película, el propio Bowles contempla el principio de la acción, y parece su narrador, en un café que puede ser tangerino (la ciudad queda más disuelta en la novela); el espectador se desorienta cuando ese narrador, esa primera persona, muere en medio de la narración, mientras los otros personajes siguen viviendo su aventura. Probablemente el secreto está en que la parte autobiográfica no esté depositada en el personaje masculino, sino en el femenino: en la mujer que, después de las aventuras sexuales marroquíes, cuando va a ser repatriada a los Estados Unidos, renuncia y se queda a vivir para siempre en el mundo marroquí. Como Paul y como Jenny Bowles. En la aventura real de Jane puede haber briznas que Paul haya sumado a la suya propia: sería lícito, en esa larga unidad de propósitos. Pero la cuestión de los sexos aparentes de los personajes apenas sirve para identificaciones, si es que hay alguna, y si mereciera la pena hacerla. Lo mejor es quedarse con el largo relato, con la novela.

Cuando conocí a Jenny, en los años sesenta, ella podría tener cerca de los cincuenta y era una anciana. Se hablaba de una hemorragia cerebral de diez o doce años antes, que era la causa de que no escribiera más; ni casi podía leer. Más íntimamente, entre el grupo anglosajón, se culpaba directamente al alcohol y a la droga. Después de que muriera —en un psiquiátrico de Málaga—, Paul Bowles ha hablado, y habla aún, de algo parecido a un embrujo. Jane vivía con la Cherifa, una sirvienta íntima; mayor, dura, silenciosa. En el piso, vuelvo a decir, junto al de Paul. La Cherifa, según Bowles, pudo haberle dado algunas misteriosas drogas marroquíes. Yo no sé de más drogas marroquíes que las comunes en todas partes; Paul tiene muchos más motivos que yo para conocerlas, y algunas de las cintas que guardaba en su casa no eran sólo de música, sino de conversaciones con jóvenes marroquíes y con familias enteras: alguno de sus libros está hecho directamente con esas cintas —a la manera de *Los hijos de Sánchez*—, como un documento también folklórico. Una gran parte de los marroquíes tienen creencias serias en los embrujos, los ensalmos y los filtros; puede haberse traspasado esa creencia a Paul Bowles, tan frío, tan escéptico, tan humorista; pero con una profundidad que los que tuvimos con él una relación superficial no supimos ver, y que ahora encontramos al acomodar los recuerdos a lo que leemos. Al hacer ese artificio.

Todo se mezcla cuando pienso en ello: las personas, Marruecos, la primera lectura de *El cielo protector* y las otras cosas de Bowles, la película, la segunda lectura, mis imágenes propias de todo ello. Película y libro tienen riquezas distintas pero ya no se puede prescindir de una u otra: las impresiones se mezclan. La película de Bertolucci tiene una fantástica riqueza fotográfica, sobre todo en las escenas del desierto; y el contraste entre esa libertad de horizonte con el autobús abigarrado, con las habitaciones pequeñas y los cuerpos tocándose continuamente unos a otros.

Bertolucci conjunta siempre lo sexual con lo sensual, y potencia en ese sentido la narración. Sin llegar, naturalmente, a la ardiente



Paul y Jane cerca de Tánger en 1949 (foto de Cecil Beaton, aparecida en *Memorias de un nómada*, de P. Bowles, y cedida, como el resto, por Ed. Grijalbo).

pasión homosexual con que Pasolini reflejó ese mundo. La narración es una novela de amor: mucho más rica literariamente en pensamiento, en el valor de los personajes, que la película de Bertolucci. No por defecto de ésta, que tiene una belleza mágica, sino porque en cualquiera de los casos en los que la comparación se puede hacer, lo escrito es superior a lo filmado.

Con lo que llevo de escrito en esta nota se sabrá ya que cuando hablo del amor no pienso en los sexos específicos de las divisiones meramente anatómicas, ni siquiera en la identidad prestada a los personajes. En esquema, cualquier amor es igual. Y al hablar del valor de los personajes no pienso en la psicología o en la creación de individuos, sino en lo que podríamos considerar en ellos, si la frase no estuviese maldita y abaratada, de portadores de valores. Y de perdedores de ellos. Tienen parte de arquetipos.

En principio, estos tres americanos que llegan a Marruecos después de la guerra mundial, durante la colonia francesa, y algunos otros personajes europeos que se cruzan en sus caminos, mantienen una curiosa sensación de dominadores, o de «blancos»; «europeos», se dice allí en general para hablar de esa raza. He citado la fecha aproximada —la que se deduce— en razón de que se trata todavía de una época donde la idea de colonización se acepta como justa, o como portadora de civilización, pero que ya en personajes desarrollados, progresistas, intelectuales y americanos, produce una cierta repulsa: se crea una ambivalencia de sentirse, por la situación, como superiores sin desear serlo. Toda la situación irónica, todo el contraste reflejado sobre todo en una pareja secundaria —una escritora de viajes y su hijo: un invertido de la línea monstruosa, que Paul Bowles rechaza con asco—, va a ir desembocando en la aventura inversa: la dominación de éstos evolucionados por el ambiente, la soberbia del paisaje, un cierto embrujo y, sobre todo, el poder del sexo: vendría a creerse que esa forma primitiva del sexo está allí para dominar la decadencia del euroamericano,

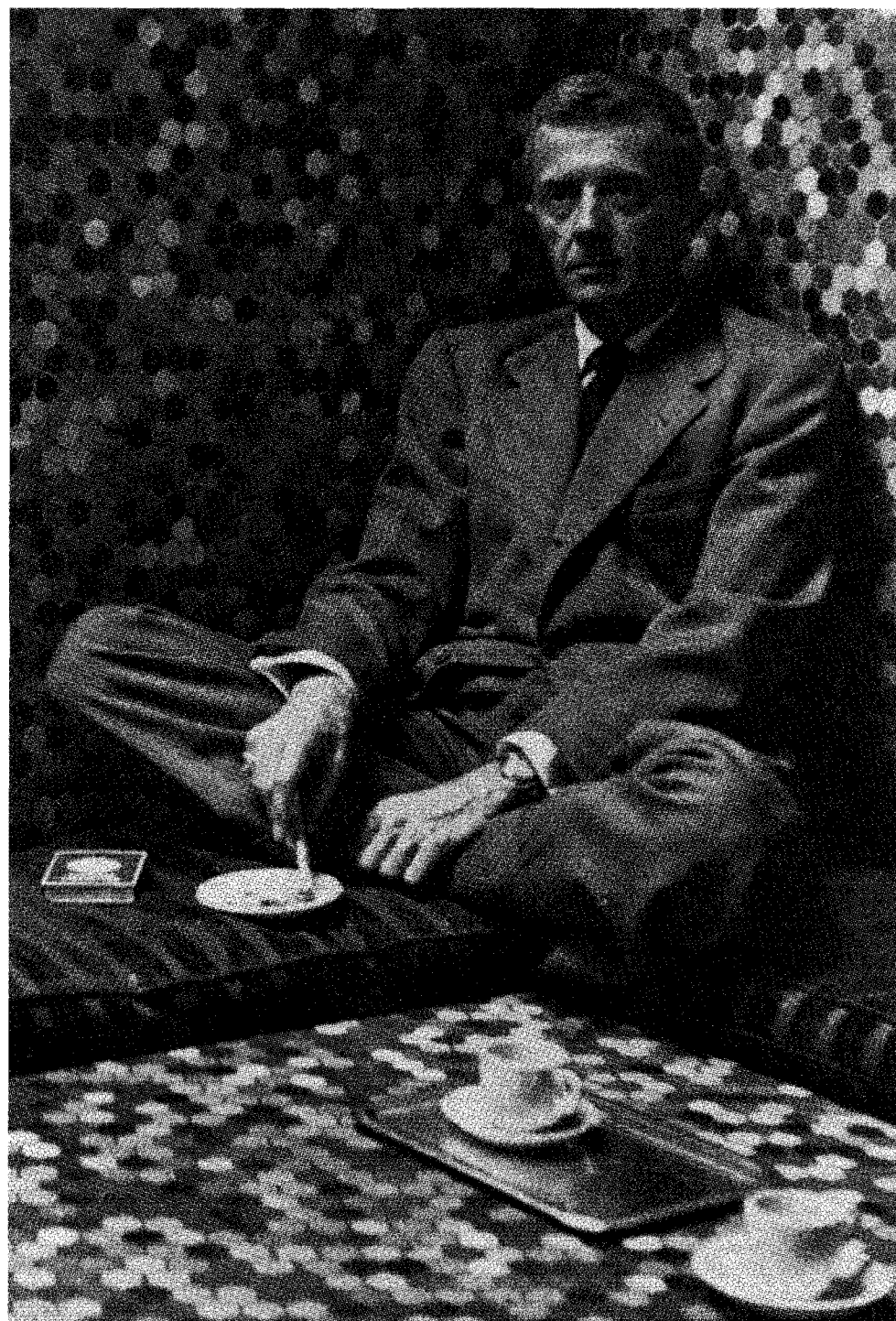


Jane con Cecil Beaton en Tánger, en 1949.

del civilizado, y conducirlo a la entrega. A la inferioridad. Quisiera añadir que es un sentimiento frecuente, y que muchas personas de la generación cosmopolita de Paul y de Jenny han ido durante largos períodos a Tánger para refresco de esa respiración sexual. Me atrevería a decir que para sentirse dominados. Burroughs, Truman Capote, Tennessee Williams... Más tiempo atrás, hasta Oscar Wilde. Hablando, sólo, de intelectuales. Ricos y nobles forman otra casta, que se mezcla todo lo posible.



Viene de la página anterior



Paul a mediados de los 50 (foto de Karl Bissinger).

Todo esto se puede centrar ahora, más que recordar, con las *Cartas* de Jenny que acaba de traducir Pomares (Grijalbo-Mondadori). Sobre todo ello, se puede hablar del Tánger de cada uno; y de la virtualidad tan singular de esa ciudad que consiste, precisamente, en que cada uno pueda hacerla suya, o convertirla en algo de su vida —como si estuviera hecha para él y la capital de su personalidad— de lo que se pueden llamar vicios, o amores, o culturas, o sueños. Puede emparentarse con el anterior Beirut, en el Mediterráneo; o con ciertas épocas de Alejandría —las de E. M. Foster, las de Durrell—, pero difícilmente con otras de la zona mediterránea y con las de otras colonizaciones.

Generación huida

La generación de los Bowles es otra generación americana huida; o perdida. Por el mundo. Quisiera explicar sin rudeza, sino más bien con solidaridad, que muchos de los anglosajones que llegaron a Tánger y se quedaron, como la protagonista de la novela de Paul, buscaban una forma de libertad sexual perfectamente comparable y equiparable al amor que no podían mantener en sus orígenes, entre otro puritanismo o en otra hipocresía. Son países cuya cultura es mucho menos represora del sexo o, al menos, que implica menos en él su organización política.

Recuerdo la sentencia de un juez británico en Tánger, cuando la ciudad era internacional, que absolvía a los acusados de uno de los llamados delitos sexuales (delitos en cuanto a códigos occidentales que se querían superponer) aludiendo a que eran costumbre en el país. También en los países pobres o empobrecidos por los otros se sabe que las gentes que no tienen nada que vender venden su sexo, y que los prejuicios de edades o prácticas dejan de existir rápidamente para convertirse en una normalidad. Puede que parte de lo que ha sido Tánger haya ido a parar a algunas ciudades de Malasia, desde luego a Tailandia, donde se organizan viajes turísticos sexuales; a Indonesia o a Filipinas; pero hay nuevas inquietudes —el sida, otras enfermedades—, y algunos «peligros asiáticos» nuevos derivados del complejo mafias-policía.

Hay algunas zonas de la Costa del Sol en España donde es posible cierta convivencia parecida y algunas libertades que frecuentar. Pero la existencia de leyes de represión sexual, o de una forma de civilización sexual, era notable en España en la época de los anglosajones de Tánger, aunque los beneficios indudables del turismo y el cambio del dólar hacían silenciosos a gobernadores y arciprestes; pero había, aún sigue habiendo, algunos intocables que no existían, o no existen, en Tánger, especialmente en Marruecos. Hay que tener en cuenta que el nacionalismo como xenofobia, o como protección de mujeres



Jane hacia 1940.

y menores frente a compradores; o que la defensa del Islam frente a los infieles mantenida por el integrismo, podían tocar otras ciudades con verdadera fuerza, como Rabat o Fez, incluso el legendario Marrakech; y Casablanca, donde esa fuerza se ha canalizado en corrupción primero por las mafias de Marsella y luego por las que se crearon como autóctonas, y está organizada con arreglo a normas internacionales. Uno de los burdeles más famosos del Atlántico Norte —por usar la acreditada geografía de la OTAN—, como «Le Sphinx», de Casablanca, apenas se distingue por detalles orientales de guardarrropía de los demás de la zona. Tánger, internacional, con jueces y policías internacionales y con un dinero proporcionado por esa decadencia occidental —el día que llegó Barbara Hutton bajó notablemente el dólar, como bajaba cuando llegaban unidades de la sexta flota o algún yate de prestigio mediterráneo—, tenía un ciudadano autóctono cosmopolita; y la que más conservaba una moral estricta a la antigua era la colonia española —pequeños artesanos, trabajadores, funcionarios colocados por el régimen de Franco con ingresos superiores a los que se obtenían en España: adictos—, que se conservaba aislada, aunque mantenía templos de la ambigüedad como «El cante escuchao», «La mar chica», «La Troya»... Quiero decir que esta situación de puerto del tercer mundo, acostumbrado a contrabandistas con sus propias mafias especializadas, y naturalmente pobre, con la humillante pobreza del mundo del hambre, practicaba una forma de venta de sexo, añadida a una bisexualidad y una falta de pre-

juicios con respecto a las edades, que acogían con naturalidad estos visitantes ilustres que a veces no querían salir de allí.

Sexo y amor

No quisiera escribir con demasiada crudeza ni afectar amoralidad, pero me parecen hechos concretos que en la época de John Bowles —que sigue siendo ésta, y allí vive, y de allí no sale— se aceptaban comúnmente; ciertas ventas de sexo eran espontáneas y no organizadas, y ciertas conversiones de sexo en amor no sólo se producían por la cristalización, la necesidad y la ilusión del comprador, sino también por la esperanza y el enamoramiento del presunto vendedor. Alguna huella mayor se puede encontrar en los cuentos de Paul y de Jenny Bowles, y en algunos de Truman Capote; en otros está travestido, como en obras de Tennessee Williams, y muy circunscrito a ciertos casos, como en William Burroughs, más dado a la literatura de lo sordido.

Puede que todo esto haga más comprensible no sólo *El cielo protector*, en la que encuentro —quizá la ponga yo, en parte; y el recuerdo, mal criado— mucha más ternura que la que puede hacer sospechar la frialdad de Paul. No coincido con quienes, como Leopoldo Azancot, consideran la obra de Paul, y menos la de Jenny, como literatura menor, aunque yo mismo la encontré así en algún momento. Ahora, con algunas vueltas del mundo, parece bastante más profunda que antes.

RESUMEN

Tánger, ciudad abierta y cosmopolita, acogió, en los años cuarenta y cincuenta, a una pequeña colonia de intelectuales y creadores, entre los que destacó, como centro e imán, la pareja formada por Paul y Jane Bowles, cuyos

libros se vienen traduciendo en España en los últimos tiempos. El periodista y escritor Eduardo Haro Tecglen, que vivió él mismo en Tánger, evoca la ciudad y a esta singular pareja literaria.

Paul Bowles

El cielo protector

Alfaguara, Madrid, 1991. 342 páginas. 1.700 pesetas.

La democracia en el mundo árabe, a debate

Por Pedro Martínez Montávez

Pedro Martínez Montávez (Jódar, Jaén, 1933) es catedrático de Lengua y Literatura Árabes de la Universidad Autónoma de Madrid y fue rector de dicho centro (1978-1982). Sus libros y trabajos de investigación versan principalmente sobre literatura árabe contemporánea y las relaciones hispano-árabes.

«Durante los últimos años ha subido la exigencia de democracia política en la patria árabe. Han empezado a aparecer asimismo síntomas de aceptación de tal petición por parte de alguno de los propios gobiernos árabes, que han advertido que democracia y participación constituyen la primera fuente para la legitimación y la confrontación de los desafíos. Tal exigencia viene a la luz del crecimiento de los peligros exteriores contra los países ("aqtar") de esta patria ("watan"), de una parte, y del crecimiento de los desafíos internos en lo político, en lo económico, en la seguridad, en todos estos países, de otra; y asimismo, en tercer lugar, de los tropiezos de los sistemas de poder no democráticos para hacer frente a tales peligros y desafíos.» Así comienza la introducción que escribe para el libro que comentamos Saadeddín Ibrahim, «editor» del volumen, secretario general por entonces del Club del Pensamiento Árabe («Muntada al-fikr al-arabi»), institución que convocó y organizó la reunión en la que se presentaron los trabajos que aquí se recogen, y profesor de Sociología política en la American University in Cairo. El párrafo es de una gran claridad y refleja acertadamente tanto los principales aspectos de la situación política del mundo árabe en el tránsito a la última década de este siglo como las circunstancias precisas y la tónica predominante de la reunión convocada. La categoría intelectual del profesor Ibrahim, su importante labor como analista político de gran audiencia y hasta su destacada representatividad pública, dotan aún de mayor sentido y oportunidad sus afirmaciones.

El Club, que fue fundado el año 1981 y cuya sede está en la capital jordana, Ammán, convocó dicho encuentro en la misma ciudad, desarrollándose entre los días 26 y 28 de marzo del año 1989. Por los asistentes y de las intervenciones se deduce el claro propósito de celebrar un encuentro que reuniera a intelectuales y profesionales de variado campo de especialización —es decir, un amplio y contrastado abanico de politólogos— y a políticos activos y practicantes, aparte representantes de la Administración y diferentes instituciones públicas o privadas. El carácter y la tónica del encuentro son los correspondientes a un debate intelectual que no olvida sin embargo las circunstancias precisas en que se desarrolla y quiere ser pragmático, reflejando con ello seguramente la base preferentemente anglosajona que lo sustentaba, tanto en lo conceptual como en lo aplicado, como reflejo también de la formación y la experiencia, en su inmensa mayoría, del «homo politicus» árabe contemporáneo, al menos en el ámbito «maxrekí» o próximo-oriental. Conviene recordar que no fue ciertamente este encuentro el primero de su clase en el mundo árabe actual, y que algún otro se ha sucedido desde entonces. Tal observación puede que resulte especialmente pertinente para nosotros, occidentales. Al respecto, el mismo Ibrahim alude oportunamente al convocado por el Centro de Estudios de la Unidad Árabe («Markaz dirasat al-wahda al-arabiyya»), celebrado durante el otoño del año 1983 en la ciudad chipriota de Limassol. Como bien apunta nuestro analista, sólo el hecho de que aquél no pudiera tener lugar en ninguna capital árabe, a pesar de que el organismo convocante lo



ARTURO REQUEJO

intentara, y si éste, resulta bastante significativo y buena prueba de alguno de los cambios nada desdeñables producidos en el interior del mundo árabe —o de las tentativas de cambio— durante la segunda mitad de la década de los ochenta.

En las palabras introductorias al volumen que a su vez escribe el príncipe heredero de Jordania, Hasan ben Talal, se refiere asimismo al nuevo «contexto» («siyaq») político en que la «nación árabe» («al-umma al-arabiyya») comienza a moverse desde mediados de esa década, mencionando alguno de los acontecimientos más significativos que cabe considerar como corroborantes de tal afirmación: entre ellos, por ejemplo, el retorno de Egipto a las filas árabes, la proclamación del «Estado palestino» y la Cumbre de Argel en apoyo de la «Intifada», la proclamación de la «Unión del Magreb Árabe» o la concesión del Premio Nobel de Literatura a Naguib Mahfuz. Estas serían algunas de las realizaciones exitosas o «performances» («inyazat») cumplidas por el mundo árabe durante esos pocos años. El panorama, pues, parecía presentarse algo más bonancible y optimista tras los tremendos «años famélicos» transcurridos entre mediados de la década de los setenta y mediados de la de los ochenta.

Las claves del debate

La ordenación y disposición de las diferentes contribuciones no es solamente coherente, sino que resulta también sumamente aclaratoria. En cinco partes sucesivas se van exponiendo los siguientes aspectos generales: 1) las formas tradicionales de pluralismo político, tal como se conocen en el patrimonio

árabe islámico y se conservan aún, en gran parte residualmente, en época contemporánea; 2) la transición de las formas tradicionales a las formas modernas de pluralismo político; 3) las prácticas árabes contemporáneas, desde el pluralismo al partido único, capítulo que recoge distintos testimonios personales referidos en su mayoría a la experiencia egipcia, con otras aportaciones individuales relativas a la siria, la jordana, la tunecina y la argelina; 4) la correlación política en las sociedades pluralistas «densas» («kathifa»), centradas en los casos específicos de Líbano y Sudán; y 5) la sociedad civil y la transformación democrática, en donde se suscitan y discuten las posibilidades de consecución de un nuevo pacto («aqd») u orden político y social en la denominada patria árabe durante la década de los noventa.

No por azar seguramente, los capítulos segundo y tercero resultan los más extensos y posiblemente, a la vez, contrastados. De hecho, en ellos se plantea lo fundamental y más característico de esta complicadísima y ya dilatada aventura que significa la posible acomodación de formas estables de democracia, de un auténtico pluralismo con incidencia real y en todos los sentidos equilibrada, en la convulsa existencia árabe contemporánea. En las tentativas de transición desde formas tradicionales de pluralismo político genuinas de la cultura árabe islámica, y en la pertinaz y en gran medida perjudicial y errónea adopción del sistema de partido único como forma de poder y de gobierno —aunque no falten seguramente razones tanto históricas como sociológicas que expliquen ampliamente los porqués, en diferentes casos, de esa adopción— reside en última instancia, como decíamos, lo más ca-

racterístico y revelador, en conjunto, de la teoría y la práctica políticas árabes contemporáneas.

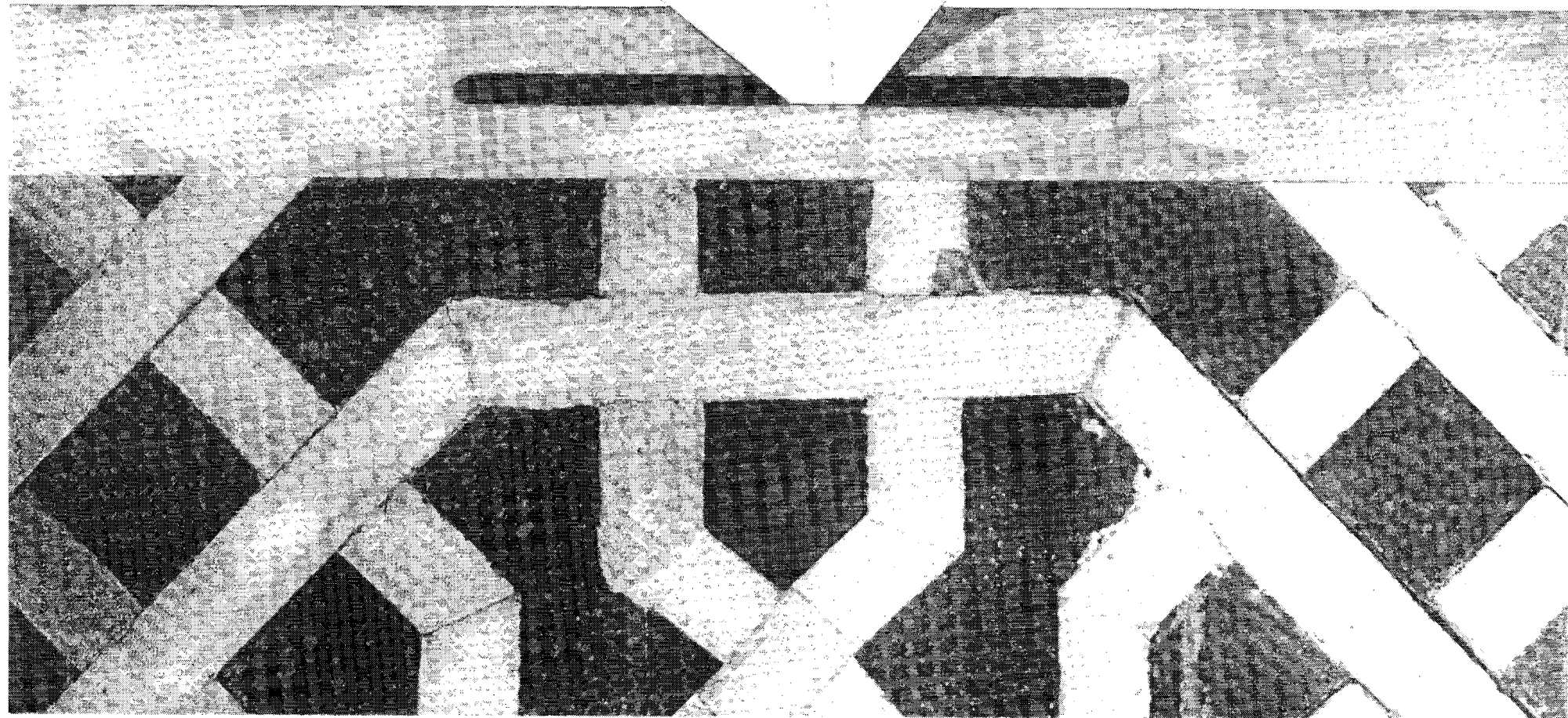
A lo largo del segundo capítulo se tiene ocasión de abordar específica y particularmente, además, algunas experiencias concretas: las de Egipto, por ejemplo —siempre uno de los auténticos meollos de la cuestión cuando del mundo árabe contemporáneo se trata, y especialmente el fenómeno naserista—, Marruecos y la región del Golfo («al-Jalich») y la península Arábiga. Por lo que respecta a esta peculiar zona, parece bastante claro que se pasa como sobre ascuas. Seguramente porque no se trata del ejemplo más apropiado, ni histórica ni culturalmente, para plantear el tema de la experiencia de la democracia y el pluralismo político en un contexto árabe. Manifiestamente, lo que se expone o menciona es preferentemente de carácter anecdótico o secundario, y queda de hecho reducido a la controvertida experiencia kuwaití. En conjunto, por consiguiente, lo muchísimo que se omite, o se alude simplemente, a lo más, de brevísima e insignificante pasada, resulta bastante más significativo que lo poco que se menciona. Suponemos que reparar en estos puntos, el establecer esta clase de observaciones y reflexiones, puede resultar bastante pertinente en medio occidental interesado en el tema, y más aún, seguramente, en los tiempos actuales.

Pluralismo democrático

No resulta difícil resumir lo más importante del debate siguiendo de cerca la síntesis que el propio Ibrahim efectúa. Se comprueba así cómo existe unanimidad en la aceptación del pluralismo democrático y en el rechazo de cualquier especie de dificultad en su contra amparada en el objetivo nacionalista árabe global («qawmi») o de otra índole. Al constituir la pluralidad o la diferenciación social una realidad indiscutible, ni cabe ignorarla ni pasar sobre ella, se trate de una pluralidad tradicional —caso de la tribu, por ejemplo; del clan, del grupo («taifa») o de la escuela confesional («madhab»)— o de una pluralidad nueva adquirida, como la clase social o la profesión. Políticamente, el pluralismo supone el reconocimiento de la legítima existencia de la pluralidad social, el derecho de todas las comunidades y entidades a defender su identidad y sus intereses legítimos por medios pacíficos, a través de una participación política justa y pareja, que permita el turno en el poder («tadawul al-sulta») de forma pacífica y legal. Esta participación política puede tomar la forma de los partidos u organizaciones políticas que rivalizan por el poder de manera periódica legal, o puede adoptar otras modalidades basadas en la representatividad consensual («wifaqi») de todas las principales fuerzas de la sociedad. En tal marco, una de esas fuerzas es la institución militar, cuya participación ha de ser asimismo legalizada a ejemplo de las otras fuerzas, sin exceso ni defecto. Se tiene una clara conciencia asimismo de las diferencias de variada índole existentes entre los diversos países árabes, notables no pocas de ellas y decisivas a la hora de propiciar las soluciones democráticas. Tales peculiaridades en su fase de evolución, en su naturaleza y en sus circunstancias, aconsejan que cada uno de ellos adopte la modalidad que le resulte adecuada y oportuna. Lo decididamente importante es que en todos ellos se inicie la maniobra de transformación hacia el pluralismo político, de manera tal que se incremente la participación política de la mayoría de los ciudadanos.



Viene de la página anterior



ARTURO REQUEJO

A estas alturas, el pluralismo político es una meta y un medio. Es una meta en sí mismo porque cristalizan así las libertades políticas que constituyen un derecho del individuo y de la colectividad. Y resulta además el medio de realización de otros objetivos, a cuya cabeza están la unidad árabe, el crecimiento global y la justicia social. Todo ello se conseguirá mediante la puesta en práctica efectiva de todas las energías y capacidades tanto de individuos como de colectividades en todos los países árabes. Por consiguiente, la consagración («takris») del pluralismo político está vinculada al esfuerzo riguroso y eficaz que se despliegue en pro de la unidad, el crecimiento y la justicia. En cualquier caso, se es también plenamente consciente de que esa transición hacia el pluralismo político democrático no será ni fácil ni rápida, ni constituirá tampoco la solución a todos los problemas y desafíos a los que el mundo árabe se enfrenta, pero resulta indudablemente el marco más adecuado, precisamente, para afrontar con mayor garantía de éxito tales problemas y desafíos. Finalmente, se tiene la plena convicción de que los principios de transformación hacia el pluralismo político acaecidos ya en algunos países árabes necesitan dedicación, orientación y solidez. En este sentido, tanto los países que ya han tomado la delantera en este camino de transformación como los que se vayan incorporando, han de aprender los unos de los otros y de las otras sociedades, aunque evitando el simple traslado de fórmulas o la imitación mecánica.

Como puede comprobarse, se trata básicamente de fórmulas y acuerdos de consenso en los que si el propósito final está claramente decidido y perfilado, el ejercicio de la prudencia y la valoración apropiada de las realidades no tienen menor participación. Se tiene plena constancia, creemos, de la circunstancia todavía precaria y fácilmente vulnerable, por muchos conceptos, que el mundo árabe vive, en muy escasa medida todavía dueño o decididor de su destino; de los enormes riesgos que implicaría el someterlo a cualquier género de «intervención quirúrgica» radical y traumatizadora. No se vive precisamente un tiempo propicio a los cambios revolucionarios, más o menos reales o supues-

tos, y menos aún en el panorama árabe. La suturación de las profundas y viejas heridas, la reparación de las enormes fracturas, es una labor lenta y laboriosa que exige un tacto político extraordinario. Conscientes los intelectuales de la situación de grave divergencia y desacuerdo en que su mundo está aún sumido, saben que el pluralismo político ha de constituir el marco legal de interacción para la discusión y superación de tales diferencias profundas, a fin de que no degeneren en violento conflicto que amenace la integridad («salama») de la sociedad y la permanencia del Estado. Es en buena medida comprensible la inquietud que apresa a estos hombres, conscientes del frágil y quebradizo material con que quieren levantar el sólido edificio, pero seguramente en este último punto reflejan bastante más una preocupación política que una preocupación social. Seguramente la erosión de las sociedades árabes, el degradado nivel de integridad y de salud —por seguir la misma terminología— en que se encuentran, son bastante más graves y mayores de los que sufren los Estados, aun siendo también en éstos imponentes, y necesitan tratamiento más rápido y urgente.

Es evidente que en ningún momento se cuestiona la posibilidad de consolidación del pluralismo político, y por consiguiente del establecimiento real de la democracia en los países árabes. Y parece también bastante claro que lo que cabe considerar como aceptación, en definitiva, del «modelo occidental» moderno de sistema democrático, informa y condiciona lo fundamental de la discusión, aun cuando conscientemente trate de evitarse la burda imitación, el mero traslado y aplicación sin los contrastes y adaptaciones convenientes. La búsqueda de una real democracia «a la árabe» —o de unas reales democracias, teniendo en cuenta esas peculiaridades internas diferenciadoras a las que nos referíamos— se presenta por consiguiente como una aventura sugestiva y seguramente justificada, pero no puede emplearse como grosero y falaz subterfugio para la instalación de fórmulas pseudo-democráticas, no sólo degradadas sino también definitivamente inviables. Comprobar en qué medida son aprovechables principios o factores pluralistas de diversa índole existentes en el patrimonio doctrinal y político

árabe islámico, y en concreto la figura de la asamblea consultiva («xura»), es asunto que merece detenida reflexión, en la misma medida que realismo y decisión, para evitar anacronismos y vacilaciones ineficaces. El reto, en definitiva, es enorme porque hay que dosificar sabiamente voluntad firme de transformación política y social y compromiso de ponderación de los múltiples factores concurrentes en el empeño. Y todo ello resulta especialmente difícil y complicado cuando ha de hacerse en circunstancias cruciales, en situaciones en verdad límite y desesperadas, como son —sin alarmismos ni rimbombancias terminológicas tremendistas de ninguna especie— las que desde hace ya demasiado tiempo vive el mundo árabe. Si se fracasa entonces en la opción, se derivarán seguramente trampas de las que será sumamente difícil salir, y no soluciones.

Epílogo después del «Golfo»

A nadie se le oculta que toda esta procelosa problemática entra seguramente en una nueva fase de planteamiento con la llamada «crisis del Golfo», asunto turbio y lábil, en el fondo, donde los haya. Sin entrar en otros muchos pormenores de la debatidísima y aún más oscura cuestión, me parece al menos evidente, en el momento preciso en que escribo estas páginas —comienzos del mes de marzo del año en curso—, que del enigmático, monstruoso y atípico conflicto, con su funesta consecuencia bélica, en el Próximo Oriente se

abre una nueva fase histórica caracterizada esencialmente por la segura instalación de una «pax americana».

Provocado a partes alicuotas por la ineptitud, la avaricia, el engaño y el cinismo, ese acontecimiento «legítima» tal situación de la manera más torpe y humillante y por la vía finalmente menos democrática y apropiada: la de la fuerza militar. Cualquier mediano conocedor del Próximo Oriente, del «Maxrek», sabe desde hace tiempo que la única potencia hegemónica universal tiene su plan propio, y quizá lentamente madurado, para implantar un nuevo orden de estabilidad en la región, que va a ser ante todo en beneficio propio. Parece pertinente prever que, en tal circunstancia, la misma potencia tratará de controlar también la búsqueda de soluciones pluralistas y democráticas.

No cabe hacer muchos vaticinios ni pronósticos en la coyuntura, pero sí tenemos al menos la personal certeza de que si tal proyecto se aborda unilateralmente, sin equidad y sin tener en cuenta las necesidades de los pueblos y las sociedades de la región, y no ya de los gobiernos, será en definitiva un esfuerzo baldío y del que se derivarán aún mayores conflictos. Si esa única potencia hegemónica no tiene agallas para plantear y resolver equitativamente, con la misma rotundidad de que ha hecho gala ahora, pero sin ningún cinismo ni veleidad residual imperialista, los trágicos problemas de fondo subyacentes y permanentes, es muy posible que en tales países habrá pocas razones para confiar en la democracia.

RESUMEN

Escrito el artículo coincidiendo con el final de la guerra en el Golfo, el arabista Martínez Montávez trae a colación el debate en torno al enraizamiento de la democracia en el mundo árabe. La ocasión se la proporciona un libro publicado en Jordania y que reúne los tra-

bajos presentados en una reunión en Ammán, en la que, convocados por el Club del Pensamiento Árabe, un grupo de especialistas trató la cuestión. A juicio de Montávez, el debate tiene una coda preocupante tras la llamada «crisis del Golfo».

Saadeddín Ibrahim (ed.)

Al-Ta 'addudiyya al-siyāsiyya wa-l-dīmuqrāṭiyya ft-l-waṭan al-'arabī («Pluralismo político y democracia en la patria árabe»)

Muntada al-fikr al-arabi, Ammán, 1989. 360 páginas, 12,5 \$.

Julián Besteiro: la razón y la ética

Por Elías Díaz

Elías Díaz (Santiago de la Puebla, Salamanca, 1934) es catedrático de Filosofía del Derecho en la Universidad Autónoma de Madrid y director de la revista de pensamiento *Sistema*. Autor de *Estado de Derecho y sociedad democrática*, *De la maldad estatal y la soberanía popular* y *Ética contra política*. Los intelectuales y el poder.

Muy al final de los años sesenta propuse al recién graduado Emilio Lamo de Espinosa, como tema de su tesis doctoral en la Universidad Complutense de Madrid, la filosofía social y política de Julián Besteiro. De ahí salió la obra que se publicaría en *Cuadernos para el Diálogo* en 1973 y que ahora, revisada y puesta al día en datos históricos por la muy valiosa y documentada colaboración de Manuel Contreras, se reedita en estos últimos meses coincidiendo con la conmemoración del cincuenta aniversario de la muerte de Besteiro en 1940.

He vuelto a recordar así en esta segunda actual lectura mis «correcciones», tachaduras y críticas a las primeras redacciones y borradores, un tanto radicales, de aquella: estábamos, pero estaban sobre todo los más jóvenes, en pleno «espíritu del 68»; me he reconocido en no pocas cosas, fundamentales, en las que —a pesar de todo— creíamos y creemos (la libertad, la razón, la democracia...), así como en otras que tal vez en este tiempo hemos logrado superar (un cierto perfeccionismo voluntarista —no sé si la expresión es la más adecuada— y hasta un cierto fideísmo socialista); me he reafirmado egotísticamente en enfoques y valoraciones del pensamiento y la personalidad de Besteiro que yo —que ya era más viejo y, además, profesor adjunto— me parece que veía y enjuiciaba entonces mejor que él, simple doctorando (así la necesidad de evitar, por ejemplo, un excesivo rígido criticismo, a veces casi dogmático, derivado en amplia medida de todo lo anterior); enfoques y juicios en los que hoy creo que Emilio Lamo concordaría más, aunque —a pesar de la revisión— subsistan y sigan apareciendo todavía en el libro —ya lo veremos— no pocas de las viejas críticas, orientadas con frecuencia desde una especie de infalible amalgama de, entre otros, Hegel, Lenin y Lukacs. Pero en esta sosegada lectura de hoy he vuelto, sobre todo, a encontrar y a apreciar como entonces el fructífero esfuerzo personal de inteligencia, trabajo y estudio, y el muy alto valor objetivo en observación, análisis y crítica (abierto siempre y en todo caso a la crítica de la crítica) que están contenidos en esta muy importante obra, la mejor sin duda alguna que tenemos sobre las posiciones teóricas y políticas que conforman la gran figura histórica e intelectual de Julián Besteiro.

Conmemoración en el cincuentenario

Emilio Lamo alude a alguna de estas circunstancias que yo destaco aquí en el prólogo que ha escrito para esta nueva edición conmemorativa de 1990. Tras referirse con cierta indiferenciación a los cambios tan profundos de estas «últimas décadas» en nuestro país, que vuelven ajenos y lejanos aquellos otros tiempos en los que Besteiro luchaba, se justifica así: «Algo de esa ajenezad tenía también esta investigación que publiqué en 1973. No es sólo el tiempo, que hace obsoletas las referencias bibliográficas o algunos de los argumentos y, sobre todo, hace más cauta y temblorosa (con la edad) la pluma de quien esto escribe. Es, sobre todo, el contexto, que envejece el tono y el estilo. El director de la tesis, el viejo maestro Joaquín



ANTONIO LANCHO

Ruiz-Giménez, me reprochó amablemente en el acto de su lectura el tono combativo y militante de su escritura. Aún conservo las notas manuscritas de aquellas observaciones y, al releerlas hoy, reconozco la solidez de sus argumentos». Y añade después, respecto del sentido de los cambios introducidos en esta nueva versión: «Como especialista en el pensamiento socialista y político contemporáneo español, Manuel Contreras se ha responsabilizado, con escasa ayuda por mi parte, de limar asperezas e ingenuidades, actualizar bibliografía y poner al día el texto, reorganizándolo en no pocas ocasiones». Conuerdo plenamente en el juicio positivo hacia esa cuidadosa y utilísima labor de actualización histórica y bibliográfica (es de lamentar, no obstante, la ausencia de índices finales, onomástico y de materias) asumida por el profesor Manuel Contreras; y también han llevado los dos, con buena mano y consciencia del límite, la más delicada y difícil tarea de reequilibrar el viejo texto buscando una mayor coherencia interna y externa. Aunque, como más arriba señalé, en mi opinión eso no se haya logrado al cien por cien —tendría que haber sido ya para ello un libro completamente nuevo—, sin embargo hay también buenas razones para que Emilio Lamo pueda concluir: «Creo que lo que ahora se publica, aun cuando conserve sin duda el viejo armazón, todavía sólido por fortuna, es muy distinto; más distante si se quiere, pero también mejor trabado, menos académico, más realista e inevitablemente menos ilusionado. Un texto, en definitiva, mejor preparado para conmemorar ese triunfo de la paz y de la tolerancia que hoy, tras más de dos lustros de democracia, es el mejor legado de aquel «fracasado» que supo dar a todos un ejemplo de convivencia».

En ese espíritu de libertad, de razón dialogante y de democracia, es en el que se ha conmemorado —con algunas excepciones estridentes, desafortunadas y/o hasta malévolas—

el cincuenta aniversario de la muerte de Julián Besteiro, ocurrida en la cárcel de Carmona (Sevilla) el 27 de septiembre de 1940. Al hilo de dicha efemérides, del doloroso recuerdo de su acabamiento físico forzado a la más terrible soledad y cruel abandono, la prensa y demás medios de comunicación, más que del Besteiro intelectual, filósofo y teórico, profesor y escritor, se han ocupado casi exclusivamente (es comprensible) del Besteiro político: de sus actuaciones, tomas de posición y participación en acontecimientos importantes de la historia de nuestro país (como, por ejemplo, la huelga del 17, la República del 31, el Consejo Nacional de Defensa del 39, el inmediato consejo de guerra, número uno sumarísimo de urgencia, ante los triunfadores, con petición fiscal de pena de muerte) o de las vicisitudes de su papel como alto dirigente del PSOE desde su ingreso en el año 1912, así como de sus polémicas, triunfos y derrotas, alegrías y tristezas, en el interior de aquél y de la UGT.

Escisión entre ciencia y ética

Por ello, más que directamente del Besteiro político, de su práctica política —en defensa siempre de la libertad, la democracia, el socialismo y la paz—, me ocuparé yo aquí, desde luego que en íntima y coherente conexión con ello, de sus aportaciones teóricas, de su filosofía, la cual, desde sus manifestaciones más generales y de fondo, será también de manera muy fundamental una filosofía política, una reflexión sobre la libertad y el poder, una filosofía de la sociedad y del Estado.

Como muy bien se resalta en el libro de Lamo y Contreras, para el análisis y la comprensión de tal filosofía hay que tomar como base, y tener muy en cuenta en todo momento, el triple estrato diferenciable en la forma-

ción y evolución intelectual (y política) de Julián Besteiro. Pero, a su vez, se destaca y se critica allí que en su conjunto siempre aparece teñida y hasta caracterizada, también distorsionada, dicha evolución por la presencia constante en ella de una fuerte huella del positivismo, influencia que, por lo demás, había sido y estaba siendo todavía tan prevalente en todos los ámbitos culturales durante esos tiempos. Según ello, no se trataría sólo (como preferiría verlo yo) de la afirmación por aquél de una encomiable voluntad científica en un país tan atrasado como el nuestro en este campo, exigiendo alta preparación y capacitación técnica e intelectual tanto en el entendimiento de la naturaleza como en el de la sociedad y la política, con una prioritaria consideración en ellas de los planteamientos de carácter seriamente racional, sino que —por lo que se refiere a la ciencia— la perspectiva que se hace prevalecer es la de su reduccionista utilización y absolutización con una radical escisión entre razón teórica y razón práctica; el intelectualismo de Besteiro concluiría así, paradójicamente, en un voluntarismo científico (por ahí irían básicamente las críticas de Emilio Lamo), es decir en una fe excesiva en las posibilidades casi exclusivas y unilaterales de la ciencia (natural) y, después, del marxismo (ciencia y método) como instrumentos para la comprensión total de la realidad y, unido a ello, como factor único y suficiente para la transformación real hacia el socialismo (influencia, pues, de Kautsky, de quien habría estado así más cercano Besteiro que del propio Bernstein). No se podría prescindir ahí de la libertad y de la razón práctica, pero éstas —como la ética— se ven siempre en esa interpretación como totalmente escindidas, separadas y sin fundamentación con respecto de la ciencia y la razón teórica.

Bajo el dominio de esa radical influencia, aquellos estratos, siempre presentes y super-



Viene de la página anterior

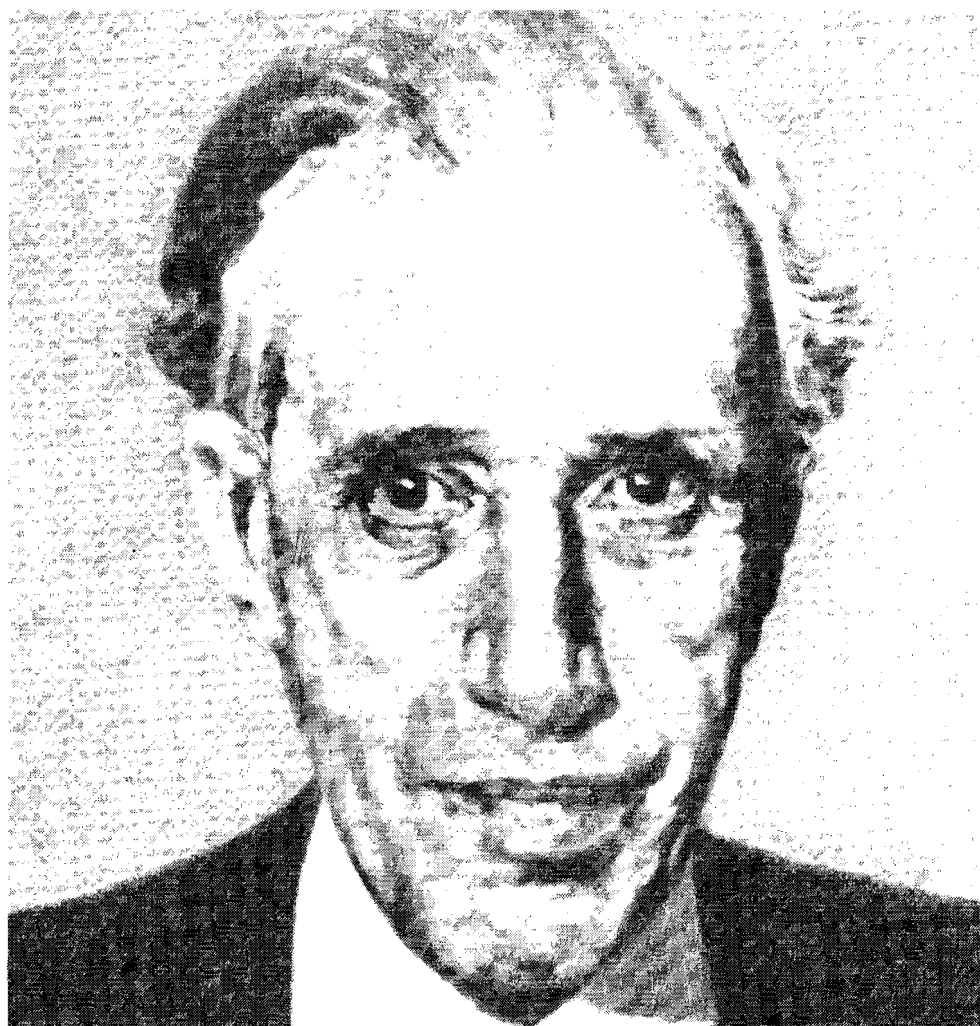


puestos en su formación y evolución intelectual, serían, en primer lugar, el krausismo de sus inicios, krausopositivismo más bien y organicismo, recibido a través de sus maestros de la «Institución» y de Salmerón muy en particular; después, la influencia por sí misma más limitada en el tiempo pero arraigada y perdurable en su impregnación que le viene del neokantismo, como ocurrió con otros intelectuales españoles de la época (Ortega, De los Ríos, etc.); y finalmente, desde sus años de ampliación de estudios en Alemania (1909 a 1911), la entrada en la órbita ideológica, científica y política del socialismo y del marxismo. Esos tres componentes de su formación teórica y filosófica se ponen acertadamente en correlación, en la obra de Lamo y Contreras, con las tres sucesivas militancias políticas de aquél: en la Unión Republicana de Salmerón desde 1903, en el Partido Radical de Lerroux desde 1907 y, por fin, a través también del acercamiento que supuso la conjunción republicano-socialista, la que sería su más profunda y decisiva adhesión, en el Partido Socialista Obrero Español desde 1912 (Besteiro, nacido en 1870, tiene ya para entonces cuarenta y dos años) hasta su muerte en 1940.

En todos estos niveles, pero muy especialmente en los que constituyen a la postre los ingredientes centrales de su filosofía, el neokantismo y el marxismo, se habría producido, pues —señala Emilio Lamo—, esa ilegítima disociación, de raíz cientificista y positivista, entre razón teórica y razón práctica, entre ciencia y filosofía, entre razón y ética, entre intelectualismo y voluntarismo, entre, finalmente, marxismo como método y marxismo como sistema (véase sobre ello, y como resumen, el completo cuadro de dicotomías fragmentadas de la pág. 295). Y ello habría sido también la causa de las limitaciones, las indeterminaciones y hasta las contradicciones políticas de aquél, sin descartarse tampoco en su evolución intelectual las influencias recíprocas y de contrario sentido por lo tanto.

Razón dialéctica y libertad negativa

Yo no negaría en absoluto, ni en principio ni al final, la existencia y la constatación de tales disociaciones, rupturas, dicotomías a veces antinómicas, en la obra y en la filosofía de Julián Besteiro, las cuales —si bien con sus específicas peculiaridades y significativas diferencias— estarían derivando, por lo demás, de las propias y genéricas del neokantismo, por un lado, y de ciertas interpretaciones más bien mecanicistas del marxismo, por otro. No me importaría, pues, seguir a Emilio Lamo, y concordaría en buena medida con él, con sus detallados y documentados análisis, en lo que se refiere a la constatación de tales escisiones y dualismos. Y de manera no acrítica, hasta le seguiría, aunque por otro lado no sé hasta qué punto lo haría él mismo hoy, en la vía de superación que apunta tras el juicio crítico al marxismo neokantiano y positivista de aquél: «De este modo —cuando dice (pág. 297)—, Besteiro margina el hecho real histórico de que entre Kant y Marx hay un tercer elemento, Hegel, que altera sustancialmente el proyecto kantiano mostrando la necesidad de superar —no de optar— las antinomias mediante la razón dialéctica.» La ausencia de una sistemática razón dialéctica en Besteiro es, en efecto, la crítica fundamental y constante que hace Emilio Lamo a la filosofía de aquél: pudiendo suscribir lo anterior, se infravaloran, creo, de todos modos, elementos válidos y atisbos e intentos de comprensión desde ella que también aparecen, siquiera sea de manera incipiente (cfr. págs. 298 y ss.), y que en mi opinión pueden y deben adquirir mayor relevancia en la valoración



ANTONIO LANCHE

global dado igualmente el momento histórico en que se formulan por aquél (así, por ejemplo, en su *Marxismo y antimarxismo*, de 1935, aunque también en otros momentos anteriores).

Introduzco aquí la anterior reserva sobre la actitud actual de Emilio Lamo observando, entre otras cosas de carácter más general, cómo en sus últimas intervenciones sobre Besteiro resalta y acentúa muy especialmente aspectos que, aunque ya estaban en parte en su libro (pág. 378 y otras sobre el no estatismo de aquél), le llevan a verle —y discrepo de ello— como más cercano a un concepto de libertad negativa (krausista y anarquista, dice Lamo) que de libertad positiva (socialista y democrática, subrayaría yo); e igualmente en lo que se refiere, con alguna ambigüedad, al problema de los límites a las voluntades mayoritarias en una democracia (cfr. con pág. 355), tema al que, por lo demás, Besteiro alude (*O. C. II*, págs. 137-140) no en un tratamiento general sino con respecto a una circunstancia histórica muy concreta y muy diferente a la española actual, como es la de un gobierno laborista en Inglaterra apoyado sólo por una minoría; ahí las aludidas mayorías —no concordantes tampoco entre sí— estaban o estarían en la oposición, razón de más para ver limitado su poder de decisión.

Disensiones y conclusiones

Pero en lo que más disiento, como señalé al principio mismo de estas páginas, y en lo que disienta hace ya más de veinte años (cuando este libro era borrador de tesis doctoral), es precisamente en la utilización rotunda, rígida, a veces casi infalible, que se hace aquí con frecuencia de esa razón dialéctica hegeliana, prolongándola y encarnándola de manera casi absorbente y excluyente en un cierto Lenin (identificando en exceso a Marx con él) y en un Lukacs que recuerda demasiado al de *El asalto a la razón*, con implicaciones políticas, claro está, más cercanas y

favorables, en definitiva, a la revolución comunista que al socialismo democrático. No digo —sería injusto y empobrecedor del tan sugerente libro de Lamo y Contreras— que ésa sea la única argumentación utilizada en la crítica a Besteiro; hay otras, con indecisiones, matizaciones, ambigüedades y hasta contradicciones internas, pero aquélla me parece que —para esta crítica de la crítica— merecía ser destacada aquí pues es, desde luego, central y muy prevalente en tal interpretación.

Comprendo que tengo que aducir algo más para avalar estas amigables pero directas críticas a alguna de las principales observaciones y juicios de Emilio Lamo; sin perjuicio de que podamos proseguir este debate más adelante y más por extenso, aquí yo sólo reenviaría como prueba de mis afirmaciones a algunas de las páginas de su libro: así, entre otras, las 42, 104, 295 y ss., 305 y ss., 311, 316, 341 y ss., 344 y ss., 362, 384 ó 386; como síntesis tal vez podría valer, en parte, el texto de la página 300, donde escribe: «Efectivamente, el espíritu crítico de la negatividad hegeliana se trasladó más al Este, a figuras como Rosa Luxemburgo y Lenin, en espera del renacimiento dialéctico de los años 1920-1925 con G. Lukacs, K. Korsch y Antonio Gramsci». Con todo, de ellos, Rosa Luxemburgo y Gramsci me parecen mucho más convincentes y acertados en sus análisis y prospecciones de lo que fueron Lenin o el propio Lukacs,

RESUMEN

Todavía cercano el cincuentenario de la muerte de Julián Besteiro, Elías Díaz reabre el debate sobre esta figura histórica e intelectual del socialismo español, al que Lamo de Espinosa, con la contribución ahora de M. Contreras, ha dedicado un muy importante libro. Se trata aquí, sobre todo,

que —sin decirlo siempre de modo expreso— inspiraban más aquellas valoraciones del primer, mucho más joven, Emilio Lamo.

En definitiva y para concluir, yo señalaría en relación con todo esto lo siguiente: a) que no era ni es tan fácil superar realmente dichas escisiones y rupturas entre ser y deber ser, ciencia y ética (ciencia y conciencia, decía Fernando de los Ríos), razón teórica y razón práctica; b) que, por lo tanto, las críticas —necesarias, imprescindibles— al dualismo deben ser hoy más cautas, prudentes, revisables y bien fundadas, o sea, no dogmáticas; c) que, aunque ése sea el objetivo siempre abierto a lograr, no parece que esté muy justificado acusar a Besteiro de no haber logrado la síntesis real (ni la ideal): sobre todo cuando él trabajaba en esa dirección —esto es para mí lo decisivo— y cuando era bastante consciente, así lo creo, de las insuficiencias de la mencionada escisión. Y Emilio Lamo también lo cree así; lo que pasa es que, por lo general, no le da la importancia debida ni saca mayores consecuencias en su interpretación de aquél; más bien alude a ello casi al final de su indagación filosófica y de manera poco menos que marginal. Sin embargo, esa observación y esa página (307-308) me parecen a mí de las más certeras y estimables de su obra: «Desde luego sería injusto decir —leemos ahí— que Besteiro no es consciente de la necesidad de mediar esta relación superando el dualismo, y en ocasiones repite que la característica del socialismo es la de efectuar una síntesis.» Subraya enseguida Emilio Lamo: «Por ello, aunque esta síntesis no llegue a efectuarse realmente nunca, quizá la aportación mejor del pensamiento de Besteiro es que todo él es una búsqueda inacabada de ella (la cursiva es del propio autor), un intento constante y constantemente renovado de efectuar la mediación entre sociedad y naturaleza, entre práctica y teoría, entre intelectualismo y voluntarismo, que a veces se aproxima a ella y a veces se aleja, pero actuando siempre como guía y orientación.» Y concluye así aquél, dejando caer la referencia a Lukacs en esta segunda edición (cfr. con pág. 257 de la primera versión): «Cuando aún hoy es dudoso decir que esta síntesis esté efectuada —en la medida en que sea posible hacerla—, hay que valorar la obra intelectual de Besteiro sin duda en mucho más de lo que lo hicieron algunos de sus contemporáneos.»

Concuerdo, ahora sí, plenamente con él; pero lo que siempre lamenté y sigo lamentando —por considerarlo más justo y objetivo también desde unas muy concretas coordenadas históricas— es que, sin dejar para nada de señalar insuficiencias y deficiencias de todo tipo, no se tomase el talante y el espíritu del que deriva tal aseveración como principio orientador, como criterio hermenéutico de esta tan importante investigación que Emilio Lamo, ahora con la valiosa y eficaz contribución de Manuel Contreras, ha llevado a cabo sobre la filosofía y la personalidad política de Julián Besteiro. De haber sido así, este libro —y es mucho decir— sería aún mejor (a mi juicio, bastante mejor) de lo que sin duda alguna ya es.

E. Lamo de Espinosa y M. Contreras

Política y filosofía en Julián Besteiro

Sistema, Madrid, 1990. 432 páginas. 2.500 pesetas.

Un tratamiento histórico de la evolución

Por José Antonio Campos-Ortega

José Antonio Campos-Ortega (Valencia, 1940) es doctor en Medicina por las universidades de Valencia y Göttingen (Alemania). Ha sido profesor extraordinario de Neurobiología de la Universidad de Freiburg y, desde 1982, es profesor ordinario de Biología del Desarrollo y director del «Institut für Entwicklungsphysiologie» de la Universidad de Colonia. Es académico correspondiente extranjero de la Real Academia de Ciencias.

La Evolución es el problema fundamental de la Biología y uno que debiera interesar a cualquier persona culta: es el problema del origen de las especies de seres vivientes y, por tanto, de nuestra propia especie. Los últimos veinte años, sobre todo la década de los 1980, han contemplado la publicación de una profusión de libros dedicados a la historia de las ideas biológicas en general, particularmente de la Genética, de la Biología molecular y de la Evolución. De todos ellos quisiera destacar, ordenados cronológicamente de acuerdo a su aparición, tres libros dedicados a estos temas: *La logique du vivant. Une histoire de l'hérédité*, publicado por François Jacob poco después de obtener el Premio Nobel de Medicina y Fisiología, en el que el autor ofrece un tratamiento estrictamente histórico de cómo se desarrollaron los estudios genéticos, estudio con el que demuestra su gran erudición y cultura biológica, pero cuyo texto es un tanto árido y de lectura poco amena; *The eighth day of Creation. The makers of the revolution in Biology*, de Horace F. Judson, un periodista, quien se ocupa en su libro fundamentalmente del desarrollo de la Biología molecular, que relata de forma amena e interesante, con un estilo periodístico pero manteniéndose fiel a la realidad histórica; y *The growth of biological thought*, un tratado enciclopédico, altamente crítico y muy completo, de la historia de la Genética y de la Evolución, escrito por Ernst Mayr, un profesor de Zoología en la Universidad de Harvard ya retirado de la docencia activa desde hace varios años, y uno de los mejores especialistas en Evolución de la actualidad. Los libros de Jacob y de Mayr tratan fundamentalmente de

las ciencias de la vida más que de las vidas de los científicos; el tercero trata más de los científicos que de la ciencia. Pero los tres libros tienen méritos similares. Aunque muy distintos en alcance y contenido, son los tres originales en su concepción y representan un avance considerable en el análisis histórico de la Biología; y, en efecto, los tres han gozado de la atención de gran número de lectores, habiendo sido traducidos a varias lenguas. Estos libros, junto con otros no citados por falta de espacio, han servido de vehículo para el planteamiento y enunciación de muchos de los problemas básicos de la Biología y han contribuido a popularizar las ideas biológicas fundamentales, de forma que un amplio público ha tomado conciencia de las mismas.

Un tratamiento histórico-crítico de la Evolución o, aún mejor, de la Biología en general, no es hoy una cuestión académica más o menos trivial y carente de interés para el laico. Varias razones explican por qué la importancia económica, social e incluso política de la Biología ha aumentado del modo que lo ha hecho en los últimos tiempos. Por un lado están los espectaculares avances llevados a cabo recientemente en nuestros conocimientos biológicos, que han alcanzado alturas inimaginables hace pocos años, hechos posible por el advenimiento de las nuevas técnicas de Genética molecular; por otro lado, el aumento del nivel cultural de la población, cuyo interés por problemas científicos ha crecido simultáneamente a nuestros conocimientos y continúa siendo alimentado por los medios de difusión. Estos factores han condicionado que la Biología haya dejado de ser una ciencia restringida a un grupo reducido de especialistas para importar a una fracción abundante de la población. Este acrecentado interés por la Biología ha conllevado lógicamente un aumento de los requerimientos literarios sobre el tema: buenos libros, en particular obras de divulgación, son altamente deseados y, por tanto, bien recibidos.

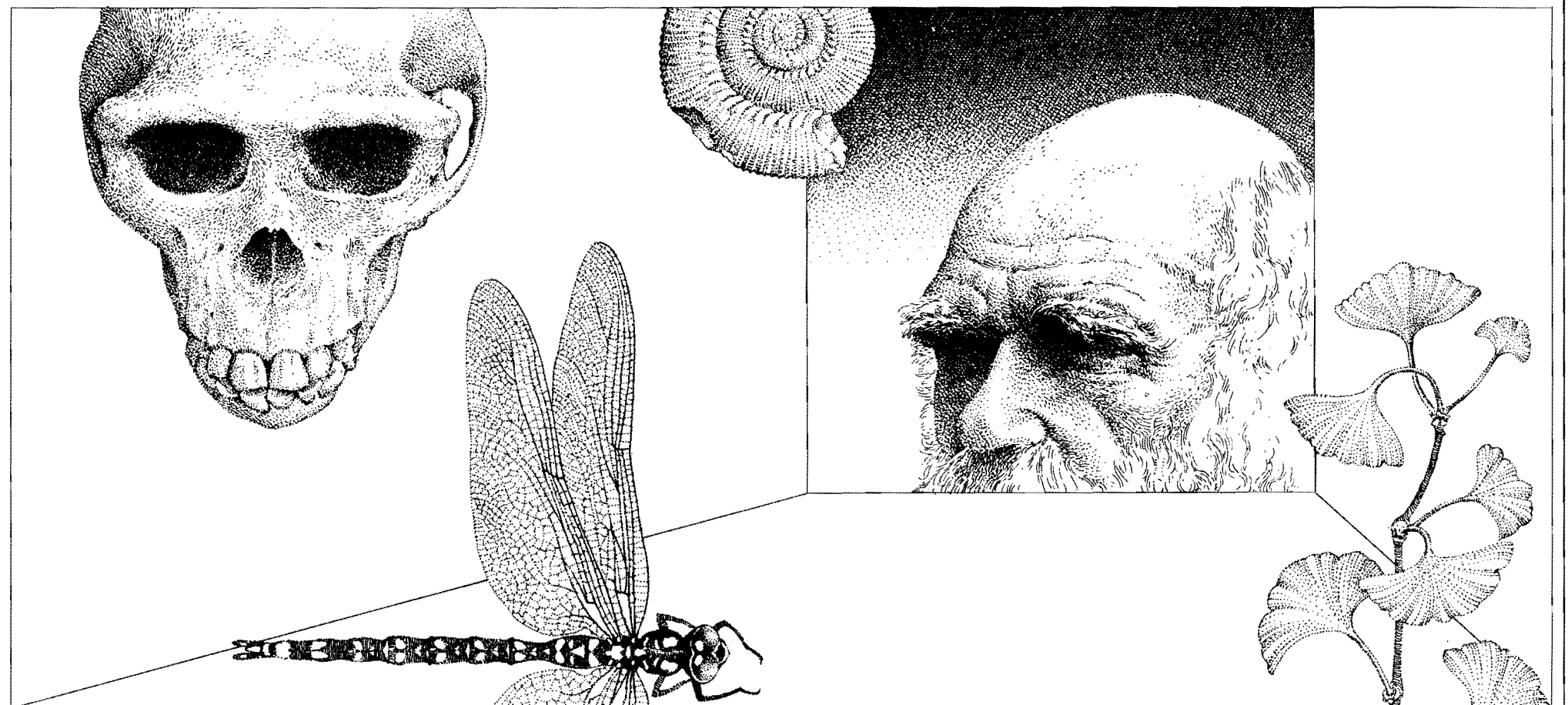
La Evolución, a debate

El libro que ha motivado estos comentarios es una historia de las ideas y de las personas relacionadas con el proceso de la Evo-

lución biológica y su estudio, y su contenido es similar al de los tres ejemplos dados antes. Ha sido escrito por dos personas a las que no se les puede considerar miembros del gremio de biólogos profesionales en sentido estricto: M. A. Edey es un periodista ya retirado, que fue editor del suplemento del semanario norteamericano *Life*; D. C. Johanson es un paleoantropólogo, profesor en la Universidad de California en Berkeley, que alcanzó fama mundial hace ya algún tiempo por el descubrimiento, entre otros, del esqueleto fosilizado de «Lucy», un homínido hembra situado en la línea ancestral directa del «Homo sapiens». Es quizá por esta razón que la aproximación de los autores al problema de la Evolución biológica es diferente de la de otros autores y, también, en cierto modo heterodoxa. Lo heterodoxo de su aproximación estriba en el estilo, que si bien mantiene un grado aceptable de rigor científico, es coloquial y extremadamente llano al tiempo que ágil y de agradable lectura; ello permite a los autores atraer la atención de una gran variedad de lectores que probablemente no alcanzarían de utilizar un estilo distinto. Ambos autores escribieron conjuntamente y publicaron en 1981 otro libro, *Lucy, the beginnings of humankind*, en el que los problemas actuales de la Antropología fueron tratados en un estilo y de una forma similar a los del presente libro, y que tuvo una acogida excelente. En realidad, según confesión propia, fue el éxito de público del primer ensayo de los autores el motivo que les llevó a realizar el proyecto que hoy nos ocupa. Es de suponer que éste recibirá una atención similar por parte del público.

La organización del presente libro es similar a la del otro de los mismos autores: cada capítulo es precedido por una conversación, supuestamente mantenida por los autores, en la que la intención y el contenido del capítulo a seguir son explicados coloquialmente, de forma concisa y sin concesiones estilísticas o retóricas que pudieran causar ambigüedades de cualquier tipo y quizá oscurecer el texto, que es de fácil lectura y está salpicado de todo tipo de anécdotas. Es decir, el lector es llevado de la mano de los autores, representada por su texto, y la demanda intelectual y el esfuerzo requerido para extraer las conclusiones oportunas son, por tanto, mínimos. Por ejemplo,

el primer capítulo trata de seis de los muchos predecesores de Darwin, los cuales prepararon tanto el terreno ideológico que llevó a la enunciación de la teoría de la evolución mediante selección natural como también la recepción de esas ideas. Estos son, Carl Linneo, que introdujo un orden en el Universo de los organismos vivos con su sistema binomio de nomenclatura que facilita la comparación entre los mismos; el conde Georges Buffon, quien afirmó en su obra (en 44 volúmenes, la suma de los conocimientos de la época sobre cuestiones relacionadas con historia natural) que las especies han sufrido modificaciones después de la Creación, contrariamente a como había sido proclamado en la Génesis, y donde fue expresada por primera vez la idea de un origen común para todos los organismos vivos; James Hutton, el primer geólogo sistemático, quien afirmó que la Tierra es más vieja de lo que se creía, haciendo por tanto posibles cambios evolutivos requiriendo largo tiempo; Jean Baptiste Lamarck, a quien debemos el término Biología, quien sugirió por primera vez un mecanismo para explicar los cambios a los que las especies vivientes están sometidas: la necesidad de adaptación al medio ambiente y la transmisión hereditaria de esas modificaciones adaptativas (la herencia de los caracteres adquiridos); el barón Georges Cuvier, fundador de la Paleontología, quien estableció (sobre bases conceptuales falsas) una serie de principios que posibilitan los estudios anatómicos comparativos entre distintas especies; y, por último, Thomas Malthus, un teólogo con inquietudes sociológicas quien, considerando cuantitativamente el crecimiento demográfico, concluyó que los alimentos disponibles no serán suficientes para alimentar a la humanidad y que sólo los mejor dispuestos para la «lucha por la vida» (término creado por Malthus) sobrevivirán. La discusión de la obra de estas personas es imprescindible para comprender por qué se tuvo que esperar tanto tiempo hasta la aparición de una teoría de la Evolución biológica, y por qué la recepción de las teorías de Darwin y Wallace se vio rodeada de tantos problemas y dificultades. El tratamiento de los predecesores de Darwin, incluyendo la discusión sobre diversidad de



FRANCISCO SOLE

Viene de la página anterior

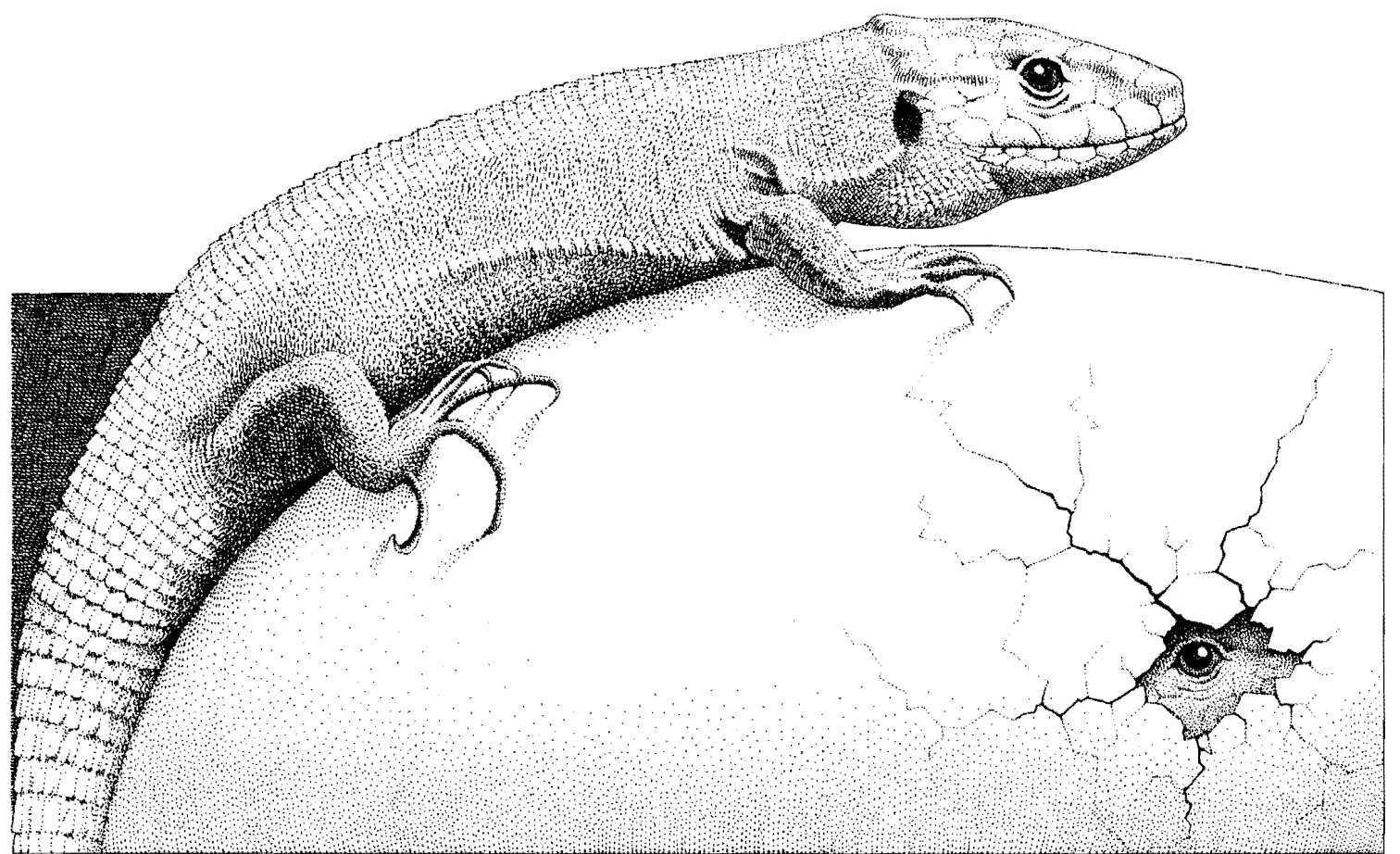


los seres vivos y Taxonomía, ocupa en la primera edición de la obra de Ernst Mayr, citada más arriba, 260 páginas; en el libro que discutimos, se dedican escasamente 25 páginas a estos temas. Sin embargo, en estas páginas los autores han destilado los aspectos más importantes de cada uno de los predecesores darwinianos: un estilo breve y conciso, prescindiendo de adornos retóricos, restringiendo la narración a los puntos esenciales, anunciando al comienzo de cada párrafo las conclusiones a extraer de lo expuesto a continuación. Por supuesto, entre los dos textos, el de Mayr y el presente, existe, además de una de estilo, una diferencia obvia de contenido: el texto que discutimos es necesariamente un tratamiento del problema más superficial que la del científico de Harvard, habiéndose omitido muchos aspectos y tratado otros de forma muy ligera. Pero también el presente texto está dirigido a un público más general, mientras que el libro de Ernst Mayr está escrito con un grado de exigencias intelectuales más alto y requiere de conocimientos previos mucho mayores para su lectura.

La segunda parte trata de la génesis, publicación y recepción de la teoría evolutiva, enunciada por Charles Darwin y Alfred Russel Wallace, independientemente uno de otro, pero que ha quedado unida definitivamente al nombre de Darwin ya que su prioridad en la concepción de la teoría se encuentra fuera de dudas. La historia del viaje de Darwin, de 1831 a 1836, a bordo de la corbeta «Beagle», y de las observaciones que hizo durante el mismo que condujeron a enunciar la teoría de la evolución biológica mediante selección natural, ha sido relatada ya en muchas ocasiones; nuestro libro no aporta ningún dato o punto de vista nuevo a esta historia. El relato se ocupa detenidamente de los años luego de regresar de su viaje; de la amistad de Darwin con el geólogo Charles Lyell, quien hizo las primeras estimaciones más o menos correctas sobre la verdadera edad de la Tierra; y de las preocupaciones que agobiaron a Darwin durante muchos años sobre cómo y cuándo publicar sus ideas sobre la transmutación de las especies, temiendo el conflicto con las Sagradas Escrituras y todo tipo de complicaciones con la Iglesia, que retrasaron considerablemente su publicación. Un primer esbozo de la teoría darwiniana fue terminado en 1841, y un manuscrito más elaborado de la misma lleva como fecha 1844; ninguno de estos escritos vio la luz de la prensa. Es bien sabido que el hecho que decidió la redacción y publicación definitiva del libro de Darwin fue la aparición en 1855, en la revista *Annals and Magazine of Natural History*, de un artículo con el título «On the law that has regulated the introduction of new species» firmado por A. R. Wallace. En este artículo, una persona completamente desconocida para Darwin publicaba ideas que él había concebido muchos años antes pero que no había osado dar a la prensa.

El libro *On the origin of species by means of natural selection, or the preservation of favoured races in the struggle for life*, uno de los libros que mayor trascendencia han tenido en la Historia de la Humanidad, apareció el 24 de noviembre de 1859. La primera edición constaba de 1.250 ejemplares; rumores puestos en circulación previamente anunciando que Darwin, luego de veinte años de trabajos en reclusión, había decidido la publicación de sus ideas, determinaron que la edición fuera vendida de inmediato. Bien es sabido cómo la recepción del libro conllevó las discusiones y polémicas que él había temido durante los años precedentes a la publicación, y cómo Darwin se convirtió en la diana de todo tipo de dardos eclesiásticos, sociales, políticos, científicos, etc.

La teoría de la Evolución por selección natural terminó con la imagen de un Universo inamovible desde la Creación que había pre-



FRANCISCO SOLE

valecido durante muchos siglos; lo que es más importante, la teoría puso al género humano, desde un punto de vista biológico, en condiciones comparables a las de los restantes animales e incapacitó la doctrina de que los humanos dispongamos de una posición privilegiada en la Creación que fuera distinta de la de los demás animales. Los principios éticos por los que nos regimos (o, mejor dicho, nos debiéramos regir; véase, por ejemplo, la discusión sobre la experimentación con animales) han sido influidos de forma decisiva por una teoría biológica. El tercer capítulo de la segunda parte, de sumo interés, trata de forma lúcida y desapasionada de estas polémicas.

La tercera y la cuarta parte del libro tratan del mecanismo de la Evolución, «... problems that Darwin could not solve». Influido por Malthus, Darwin propuso que la Evolución cursa mediante la selección natural de aquellos individuos mejor dotados para la supervivencia en las condiciones ambientales dadas. La variedad que permite la selección de los mejor dotados entre los representantes de cada especie, el mecanismo fundamental de la Evolución biológica, por tanto, es la mutación genética. La historia de la Genética, uno de los capítulos más interesantes de la historia de la Biología, recibe particular atención en este libro. Las leyes de la transmisión vertical de caracteres hereditarios fueron enunciadas por Gregor Mendel en 1865, pero su obra, otra obra cumbre de la Biología, que marca el cénit de lo que pudiéramos llamar la época académica en el estudio de la herencia, fue ignorada por el mundo científico durante su vida. En 1900, tres botánicos, Hugo de Vries, Carl Correns y Erich Tschermak, publicaron más o menos al mismo tiempo los resultados de sus trabajos, llegando a las mismas conclusiones que Mendel: dieciséis años luego de su muerte, tres científicos redescubrieron a Mendel. Los tres afirmaron no tener noticia de los trabajos de su predecesor previamente a la publicación de sus respectivos artículos; historiadores de la Genética modernos no están completamente de acuerdo con esta afirmación.

La base material de la herencia son los genes, moléculas muy largas de ácido desoxirribonucleico (ADN), que se encuentran ordenados en los cromosomas. Cada especie posee un número característico de cromosomas, generalmente apareados, con un miembro de cada par procedente del organismo materno y otro del paterno; éstos son distribuidos durante la meiosis entre los gametos, óvulos y espermios de forma casual. La teoría cromosómica de la herencia tiene una base citológica y una genética. La base citológica fue elaborada por el alemán Theodor Boveri, quien demostró que los distintos cromosomas en las células del

erizo de mar no son equivalentes, y que todos ellos son necesarios para el desarrollo normal del embrión. La base genética de la teoría cromosómica de la herencia fue establecida por Thomas Hunt Morgan y sus colaboradores Alfred Sturtevant, Hermann Muller y Calvin Bridges. La publicación del libro de estos últimos autores *The mechanism of mendelian heredity* en 1915 (otro hito en la historia de la Biología), en el que se presenta la solución de los problemas fundamentales con los que el estudiante de la herencia se había visto confrontado hasta entonces, marca el final de la fase académica de la Genética.

La transmisión de los caracteres hereditarios tiene dos aspectos conceptualmente distintos: uno es la transmisión vertical de los caracteres hereditarios, de generación en generación, de un individuo a su progenie; el otro es la transmisión horizontal, la expresión de esos caracteres dentro de un mismo individuo. Durante mucho tiempo, la transmisión vertical (la herencia en sí) y la horizontal (el desarrollo de un organismo, basado en la información contenida en sus genes) no fueron separadas conceptualmente una de la otra; los científicos que se interesaban por la herencia pretendían al mismo tiempo entender cómo se lleva a cabo el desarrollo del organismo, del huevo al adulto. Es seguro que esta confusión conceptual contribuyó en gran manera a retrasar la solución del problema de la herencia. Particularmente significativo de esta situación es August Weismann, quien, en 1898, muchos años antes de conocerse la estructura del ADN y el código en el que está escrita la información genética, inventó, sin base experimental alguna, una teoría con la que pretendía explicar los mecanismos de la herencia y cómo la información genética es traducida y expresada para dar lugar a un organismo vivo. La importancia de Weismann en la historia de la Biología tiene una base conceptual, antes que factual, no mensurable en descubrimientos, ya que en realidad son muy pocos los que debemos a Weismann. Además, la mayor parte de sus ideas resultaron ser falsas y es muy poco lo que ha pre-

valecido sobre el tiempo de las mismas. Sin embargo, el impulso que dio a los estudios citológicos y genéticos con sus especulaciones fue muy grande.

La separación conceptual entre el problema de la herencia y el del desarrollo fue llevada a cabo de forma consciente por T. H. Morgan y la escuela norteamericana de Genética; ello permitió a los investigadores el concentrarse en los problemas de la herencia y de ese modo establecer definitivamente las bases generales de la Genética. El problema del desarrollo no pudo ser resuelto y muchos de sus misterios todavía persisten hoy; en realidad, el desarrollo es el problema más importante de los que tiene planteados la Biología actual.

La quinta parte del libro trata de la elucidación de las bases bioquímicas de la herencia, lo que constituye la Biología molecular. En esta parte se discute el descubrimiento del ADN; la demostración por parte de Oswald Avery de que el ADN es el material del que están hechos los genes; la aclaración de su estructura, establecida por Jim Watson y Francis Crick en 1953; el desciframiento del código genético y cómo tiene lugar la traducción en proteínas de la información contenida en los genes. La Biología molecular tiene una doble vertiente: una es la llamada escuela estructural, representada por los estudios cristalográficos de moléculas de importancia biológica, que fueron cultivados fundamentalmente en Inglaterra; la otra es la escuela informativa, que trata de explicar cómo la información genética es expresada, representada paradigmáticamente por el grupo de personas trabajando con bacteriófagos alrededor de Max Delbrück.

Los últimos capítulos del libro están dedicados a consideraciones teóricas sobre el origen de la vida —las ideas de Manfred Eigen reciben abundante atención— y la contribución de la Paleontología a los estudios de la Evolución. Esta última parte es bastante amplia, lo que es fácil de entender dado que uno de los autores es uno de los paleontólogos más destacados.

RESUMEN

El profesor Campos-Ortega reseña una obra que, a su juicio, resulta ser un tratamiento histórico de la Evolución, que alcanza también otros aledaños biológicos, como la Genética clásica y molecular, a un nivel de considera-

ción relativamente alto, con una concepción ambiciosa y escrito, además, de forma amena. Una buena introducción, pues, al desarrollo histórico de muchos de los aspectos fundamentales de la Biología moderna.

Matland A. Edey y Donald C. Johanson

Blueprints. Solving the Mystery of Evolution

Penguin, Nueva York, 1990. X + 428 páginas.

Los credos de la modernidad

Por José Luis Pinillos

José Luis Pinillos (Bilbao, 1919) es miembro de la Real Academia Española y de la de Ciencias Morales y Políticas. Ha sido catedrático de Psicología en la Universidad Complutense de Madrid y es autor de numerosos libros de su especialidad, entre los que destacan *La mente humana*, *Principios de Psicología* y *Psicopatología de la vida urbana*. En 1986 recibió el premio Príncipe de Asturias en Ciencias Sociales.

Toda la obra de Leszek Kolakowski está, de un modo u otro, marcada por el deseo de averiguar cómo el hombre puede creer, o más bien cómo le es imposible no creer. Crítico de la Ilustración y simpatizante de la Escolástica, pero a la vez admirador de Kant —a quien considera imprescindible en la lucha contra la esclavitud—, este singular intelectual polaco aparece en el desencantado mundo de hoy como un cruzado de la creencia. No obstante, Kolakowski es cualquier cosa menos un nostálgico y, desde luego, con lo que no tiene nada que ver es con los fundamentalismos. La creencia es para él una dimensión humana que sirve de nexo vivo entre lo secular y lo sagrado y que determina en gran medida, pero no absolutamente, lo que el ser humano da por cierto. En verdad, este intelectual católico, a quien no hace mucho el periódico *Solidaridad* propuso para presidente de Polonia, es como la antítesis de la razón cínica sin incurrir por ello en el absolutismo, quizá porque respeta y venera lo absoluto.

Como quiera que sea, la creencia es el hilo conductor que enhebra los ensayos reunidos en este original volumen sobre la modernidad y sus vicisitudes. No está mal la perspectiva elegida para hablar de lo moderno, pues en el pragmático mundo en que vivimos hay mucha más mitología de la que se reconoce. De hecho, pocas son las «cosas» de la vida, los asuntos —«prágmata»— que se escapan al influjo del creer. El Gran Teatro del Mundo sigue siendo una fábula que los hombres se cuentan a sí mismos para alumbrar la oscuridad que les rodea. Creer, entiende Kolakowski, es la operación con que la mente humana pone diques de firmeza y luces de sentido al misterio que la envuelve. Dar por supuesto que en el mundo de hoy la racionalidad científica ha desplazado a la creencia constituye un grave error. Kolakowski piensa que nuestro flamante mundo de tecnologías avanzadas conserva intacto un trasfondo reprimido donde suenan las voces del pasado; pero de un pasado artificial, que es el que orienta luego el sentido del presente. De ahí el interés del autor por desvelar los oscuros motivos y las trampas que llevan a la humanidad a construir mundos fundados en historias de un ayer que en realidad nunca existió. En el fondo, viene a decirnos, considerada desde la perspectiva del sentido, nuestra imagen mecánica del universo no parece ser menos fantástica que la «Imago mundi» con que el presbítero Honorio, valga el ejemplo, deslumbraba a sus sencillos fieles en el ignaro siglo XII.

Y es que, a la postre, el mundo en que vivimos sólo se entiende al trasluz de creencias. En la vida cotidiana, los huecos del conocimiento, que son innumerables, se llenan de



JORGE WERFELLI

creencias y deseos. Los ámbitos en que desarrollamos nuestras vidas no son, en modo alguno, simples reflejos de una circunstancia colectiva, que es la misma para todos. No es eso. El mundo en que vivimos es una construcción y de lo más heterogénea: cada cual se hace la suya. Y son tan diferentes porque las personas, las biografías y las épocas tampoco se repiten nunca. Por eso los puntos de vista sobre el mundo y las maneras de sentir y de actuar difieren tanto. A fin de cuentas, más que responder a lo que son las cosas, los seres humanos respondemos a lo que creemos que son y a lo que queremos que sean; es decir, respondemos a unas situaciones que están hechas en gran parte de voluntad y representación. La creencia y el deseo llenan de fantasía las zonas del alma adonde la razón no llega. Ahí, en esos recogidos microcosmos del espíritu, cada cual elabora su particular «fabula mundi», su personal versión de lo malo y de lo bueno, del amor y de la muerte y, en definitiva, de tantas realidades como a la modernidad le están vedadas.

La mirada del hombre

Kolakowski no cree, pues, en la purísima percepción de los positivistas. Más bien piensa que la mirada del hombre no se sacia con lo que ven sus ojos. Como si de un monje del Medioevo se tratara, Kolakowski habita entre mundos y trasmundos. Para él, lo que no está es más importante que lo que está. Se trata de un metafísico, de un creyente empeñado en evitar que la creencia se desplome por el barranco de la intolerancia. De ahí su esfuerzo por proveer al individuo de criterios de discernimiento que le permitan distinguir los hechos de la fábula que los engulle. En la actual

hora del mundo, cuando la modernidad pasa por una de sus pruebas más difíciles, es menester —piensa el autor— que a las fábulas se les pueda llamar fábulas, y que a los hechos se les llame así mismo por su nombre. Pero no se trata, entiéndase bien, de que Kolakowski vaya por la vida disfrazado de realista ingenuo: nada menos cierto que eso. Lo que sin duda le preocupa es que en la mente del hombre de hoy siguen operando poderosos mecanismos fabulatorios —los mismos de siempre y alguno que otro nuevo— que es menester desactivar con toda urgencia. A su juicio, después de dos siglos de razón ilustrada, la sociedad occidental se ha despertado de pronto en plena confusión, inmersa en un mundo donde agoniza el sentido de la vida; y con él, la vida misma. Más que por una racionalidad ilustrada, los mitos que hoy se pierden son reemplazados por criaturas terroríficas o por sucedáneos de muy escasa monta. Por ello importa tanto desmontar los mecanismos e interrumpir los procesos de que se nutren los espejismos del entendimiento. En este sentido, el análisis de la conversión, entendida «lato sensu», resulta complementario del de la creencia y es, por consiguiente, otro de los temas centrales que interesan al autor.

Kolakowski hace especial hincapié en el carácter «posesivo» que cobran las ideas y las creencias afectadas por el fenómeno de la conversión. Teme que cuando alguien opta de forma incondicionada por una ideología política, por una determinada manera de entender la vida o por una convicción de fe, tienda a ser succionado mentalmente por la doctrina que descubre. A la postre, todo esto lleva a Kolakowski a retomar el viejo problema de la «Weltanschauung», a cuyo descrédito no fue ajeno el sangriento abuso que de ella hicieron los nacionalismos románticos y los regímenes totalitarios de principios de este siglo. Como polaco y persona religiosa, Kolakowski no estima, sin embargo, que al problema de las cosmovisiones pueda dársele sin más un definitivo carpetazo. Frente a la tesis postmoderna, en verdad algo simplista, de que la vida actual se desmitifica de forma irremediable, Kolakowski sospecha, no sin fundamento, que todos los seres humanos, sin excepción, acabamos por forjarnos una imagen del mundo que de algún modo da sentido a la existencia y la justifica. Sin esta cobertura, concluye Kola-

wski, la vida resulta a la larga insoportable. Al hombre no le basta con vivir: necesita dar dignidad a su vida. Trivialidad, hedonismo y nihilismo son las alternativas de la renuncia a la dignidad. Y es obvio que para satisfacer ese anhelo de legitimación espiritual, añade el autor de *La modernidad siempre a prueba*, el camino no es el del cientismo. La ciencia no está pensada para responder a las cuestiones fundamentales del vivir, incluidas las religiosas o metafísicas. Y fácilmente, cuando ambas fallan, el vacío que se forma es ocupado al final, nos guste o no, por las concepciones del mundo y de la vida que hemos pretendido marginar. De ella forman parte indisoluble esos sistemas de creencias que se imponen a los hechos en lugar de derivarse de ellos. A fin de cuentas, son totalidades incondicionadas que detienen el tiempo que nos lleva, instancias supremas que interrumpen el proceso de los efectos y les da sentido en la gran cadena de montaje, en el mecánico «Gestell» en que ya se ha transformado el mundo. Al cabo, ahí es donde el hombre puede hallar respuesta a los grandes enigmas de la vida. Mala o buena, se trata en suma de una oferta demasiado fascinante como para pensar que la humanidad vaya a renunciar a ella así como así. No parece probable, pues, que la oscura sombra de las concepciones del mundo se desvanezca bajo las luces del progreso.

Creencia y fanatismo

Antes bien, el riesgo que esa oferta trae consigo es que la fuerza de la conversión en un mundo donde el sentido se deprecia, convierta la creencia en fanatismo. No hay que olvidar que la conversión crea en el hombre la irresistible impresión de que ha accedido a la verdadera realidad, lo cual le lleva luego a descalificar todo cuanto no se ajusta al modelo sacrosanto. Ciertamente, Leszek Kolakowski no está por esas. Acepta, sí, que las concepciones del mundo, o sus análogos, son puntos de luz por donde irrumpe en la cultura el sentido que no puede dar la ciencia: esto es, lo inexplicable, lo eterno y, por ello, lo universalmente significativo. A juicio del autor, que por lo demás no clama en el desierto, ese orden supremo no sólo es el más preciado, sino asimismo el más real, el que actúa como repositorio y dilatador permanente del espíritu del hombre. Excepto, eso sí, que abandonado a su ardiente condición, el entusiasmo del converso degenera en el endiosamiento.

Y ahí es donde Kolakowski señala, con toda la gravedad y energía que la ocasión merece, el fundamental papel que la duda ha desempeñado siempre en la larga marcha de la humanidad hacia su destino histórico. A última hora, la duda es el único antídoto eficaz contra la intolerancia. Por sí sola, la conversión conduce al fanatismo. Kolakowski tiene experiencia bien directa de esa horrible perversión. Por ello, aunque se esfuerce en establecer criterios de discernimiento entre lo fabuloso y lo real, este notable pensador de nuestro tiempo no se cansa de repetir con el ejemplo de que, siempre que el hombre echa pie a tierra, pisa a la vez muchos caminos. A su ver, todas las fábulas humanas deberían ir acompañadas de la vieja y sabia máxima latina: «quod tamen potest esse aliter». No parece que la modernidad debiera ser una excepción.

En el próximo número

Artículos de *Claudio Prieto*, *Francisco Ayala*, *A. García Berrio*, *Manuel Seco*, *Emilio Lledó*, *Juan Ortín* y *A. Domínguez Ortiz*.

RESUMEN

Toda la obra ensayística del intelectual polaco Kolakowski se nutre del deseo de averiguar cómo al hombre le es imposible no creer. Pinillos, en su comentario, se centra en lo que

él mismo denomina un original volumen en el que, una vez más, la creencia es el hilo conductor que enhebra estos ensayos reunidos en torno a la modernidad y sus vicisitudes.

Leszek Kolakowski

La modernidad siempre a prueba

Vuelta, México, 1990. 350 páginas. 55.160 pesos.

Vida de un genio

Por Claudio Prieto

Claudio Prieto (Muñeca, Palencia, 1934), compositor, ha realizado estudios musicales en Alemania, España e Italia y es titulado por el Conservatorio Superior de Música de Madrid y la Academia Nacional de Santa Cecilia, de Roma. Entre otros premios posee el Internacional «Oscar Esplá», el «Manuel de Falla», el «Reina Sofía», el de Radio Televisión Italiana y el Trofeo «Arpa de Oro», de la CECA.

El año 1991 pasará probablemente a la historia como el más prolífico en cuanto a actividades dedicadas a Mozart se refiere. No en vano ha sido denominado «Año Mozart» y acogido por un buen número de ciudades en el mundo como elemento unificador de exposiciones, conferencias y conciertos en torno a la figura del genio salzburgoés, de cuyo fallecimiento se cumple el segundo centenario. El capítulo de publicaciones no ha sido menos generoso, y actualmente hay en el mercado o están próximos a salir diversos ensayos, análisis o biografías que vienen a enriquecer dicho acontecimiento.

En estos últimos meses ha visto la luz la traducción española del libro *Mozart*, escrito por Marcel Brion y publicado por Editorial Juventud. Brion nos presenta una biografía «al uso» narrada casi a modo de novela histórica por lo ágil de su estilo, lo detallado de la ambientación en la época y la fidelidad a los hechos, todo ello al margen de las apreciaciones personales contenidas en el texto. Desde la llegada de su padre a Salzburgo hasta la fecha de su muerte en Viena, vemos transcurrir la vida de Mozart a través de sus momentos más decisivos, salpicados de anécdotas no por más triviales en apariencia menos importantes en sustancia.

Casi todas las biografías pretenden ser una aproximación psicológica a sus protagonistas. En el caso que nos ocupa, a las lógicas dificultades que entraña el estudio de la personalidad mediante datos heredados del pasado se suma la propia circunstancia anómala de la existencia de Mozart, anómala incluso enfrentándonos con una cierta amplitud de miras a los presupuestos del siglo XVIII.

La infancia de Mozart estuvo marcada por su condición de «niño prodigio», dedicado completamente a su arte desde muy temprana edad. A los seis años tocaba el clavecín, componía y podía improvisar sobre cualquier te-



TINO GALAGAN

ma que le sugiriesen, además de haber aprendido a tocar el violín de forma autodidacta.

La actitud de los coetáneos de Mozart ante los «niños prodigio» no se diferenciaba mucho de la actual. Sus habilidades llaman más la atención cuanto más joven es el niño, y no se admira tanto la capacidad artística como lo que éste tiene de «fenómeno curioso», que consigue en un período muy breve de tiempo lo que normalmente se tarda años en apren-

der. Su mérito se hace recaer precisamente ahí; por eso cuando crecen muchos de ellos dejan de despertar curiosidad, sus proezas ya no asombran a nadie y caen en el olvido.

Leopold Mozart conocía muy bien esta situación y era consciente de cuál sería el futuro de su hijo si no aprovechaban desde el primer momento las portentosas condiciones de las que hacía gala el muchacho. Por otra parte, Leopold era un hombre muy ambicioso y quería elevar su posición social, hasta entonces sólo modesta. También consideraba que si se daban a conocer en las cortes europeas tendrían varios caminos abiertos de cara a los años posteriores tanto para él como para su hijo.

Marcel Brion hace en los primeros capítulos del libro un retrato psicológico bastante completo de Leopold Mozart. La severidad y disciplina que adornaban cada uno de sus actos parecían ser el fruto de un carácter rígido e insatisfecho que no había encontrado salida a su ambición, a sus ansias de éxito. Leopold proyecta así sus propios deseos en

Wolfgang, sometiéndole a un plan diario de trabajo extremadamente duro para la edad del niño: realizaba ejercicios en el clavecín para perfeccionar su técnica, analizaba y estudiaba las obras de los compositores más notables y componía sus propias piezas, que debía copiar en el papel pautado. Muy parco en elogios, Leopold instaba continuamente al muchacho a superarse.

De 1762 a 1766 Leopold viaja con sus hijos desde Salzburgo a París y Londres, pasando por Munich, Linz, Viena, Augsburgo, Francfort y Aquisgrán. Por aquel entonces, las condiciones en que se viajaba no eran precisamente las óptimas para unos niños. A las incomodidades propias de los medios de transporte se unía la carencia de albergues o posadas donde pasar la noche y descansar. Muchas de las vicisitudes que atravesaron los Mozart en sus trayectos quedan magníficamente detalladas en el libro sirviéndose, generalmente, de las cartas que Leopold escribía a sus amigos de Salzburgo.



En este número

Artículos de

Claudio Prieto	1-2	Emilio Lledó	8-9
Francisco Ayala	3	Juan Ortín	10-11
Antonio García Berrio	4-5	A. Domínguez Ortiz	12
Manuel Seco	6-7		

SUMARIO en página 2

Viene de la página anterior



Vida de un genio

En todas las ciudades cosecharon muchos éxitos. Leopold utilizaba todas sus amistades y recomendaciones para acceder a las casas más notables y, por supuesto, a la corte. Habilitado negociante y excelente relaciones públicas, recurría a cuanto le dictaba su imaginación para conseguir conciertos que le reportasen el dinero suficiente para vivir. Había días en que los niños tenían audiciones de la mañana a la noche.

Este trabajo frenético, a la par que los sucesivos traslados, provocaron numerosas enfermedades a los niños, especialmente en Mozart, cuya salud quedaría gravemente resentida.

Brion narra estas páginas de la infancia de Mozart con un deje de amargura hacia Leopold, si bien no deja de reconocerle como el verdadero artífice del desarrollo profesional y personal del muchacho. Las cualidades «negativas» de Leopold se convierten en positivas con respecto a su hijo cuando se trata de procurar una formación sólida y completa que le fuera útil en el futuro. Cualquier otro niño hubiera sucumbido ante unos halagos ofren-

cidos a una edad demasiado temprana para asimilarlos, como de hecho suele suceder. Si Mozart se libró en buena parte de un horizonte tan incierto fue porque su padre no le permitió un resquicio de dejadez en sus obligaciones, algo decisivo para lograr una evolución progresiva que iba tomando cuerpo en las partituras a medida que su imaginación procesaba las nuevas experiencias vividas en cada ciudad y la influencia que en él ejercieron hombres como el padre Martini o Johann Christian Bach.

Marcel Brion va analizando en cada capítulo las obras más relevantes del período que trata, comentando las circunstancias de su composición, las personas que directa o indirectamente estuvieron relacionadas, la fecha y lugar de estreno y la acogida del público y la crítica. Mención específica merecen *El rapto del serrallo*, *Las bodas de Figaro*, *Don Juan* y *La flauta mágica*, así como las tres últimas sinfonías y el famoso *Requiem*. También se dedican capítulos a las personas que de alguna forma tuvieron un papel preponderante en la vida de Mozart, como es el caso de Aloysia Weber, Constance Weber, Lorenzo Da Ponte y Johann-Joseph Schikaneder, todo ello sin menosprecio de quienes con él trataron aun tangencialmente.

La vida cotidiana, al margen

Leopold Mozart mantuvo a su hijo alejado de los problemas que se plantean en la vida cotidiana. Cuestiones como la administración de los ingresos, los gastos que conlleva una casa y una familia, la compra-venta en condiciones ventajosas de los más diversos enseres, la negociación de los contratos artísticos, etc., estuvieron siempre en manos de Leopold. Mozart se convirtió así en un joven desastroso para los asuntos prácticos, y sólo le hizo falta salir de la férrea tutela paterna para poner de manifiesto la más absoluta incapacidad. Si a esto sumamos su carácter de naturaleza ingenua y confiada y su espíritu generoso, obtendremos el candidato idóneo para ser presa fácil de embaucadores y tima-

dores. Desde su salida hacia París acompañado de su madre hasta la fecha de su muerte, la imagen que obtenemos de Mozart es la de un hombre sin la fuerza suficiente como para enfrentarse a los contratiempos que marca la existencia. Marcel Brion hace hincapié en estos aspectos de la personalidad mozartiana, que alcanzan su máxima expresión en las relaciones con la familia Weber y, en particular, con Aloysia y Constance; que fuera tan sensible a los halagos y a cualquier manifestación de cariño, daría mucho que pensar a nuestros psicólogos, siendo probablemente la proyección de unos deseos que lógicamente se debían haber consumado en la figura paterna.

El matrimonio de Mozart tuvo algo de aceptación y de juego infantil. Constance era tan desastrosa como él y no la más indicada para procurar el bienestar para trabajar con más calma y no agobiado por los apuros económicos o angustiado por su falta de salud. Brion dice que los enemigos de Mozart «fueron en realidad sus propios valedores, parientes y mecenas, que le exigían un esfuerzo inhumano». Yo creo que tiene razón, que todas las etapas de su corta vida estuvieron marcadas por personas que, aun inconscientemente, le trataron con excesiva dureza.

A pesar de todo, Mozart volcaba todo su ánimo en la música. Las adversidades no impidieron que compusiese un número cercano a las 600 obras, lo que da una clara idea de la fecundidad de su trabajo.

En la biografía de Brion se echa de menos un relato más extenso de los últimos diez

años y, más en concreto, del último año en la vida de Mozart. Aunque se trata de la segunda edición de este libro —Brion publicó la primera hace casi cuarenta años—, los resultados de las investigaciones que en este tiempo se han realizado sobre el músico bien hubieran merecido una revisión del texto, completando así una etapa tanto en el plano artístico como en el personal. En cuanto al análisis musical propiamente dicho, bastante superficial, se centra fundamentalmente en el supuesto «romanticismo» que impregna la obra mozartiana. La polémica sobre si la música de Mozart es o no romántica es muy antigua y Brion se pone de parte de los defensores de esta teoría. Históricamente hablando, se denomina Romanticismo a un período caracterizado por una serie de condicionantes socio-político-culturales muy alejados de los que se daban en la segunda mitad del siglo XVIII, y que Mozart no pudo vivir. Otra cuestión es que su música presuponga un determinado estado emocional o goce de un lenguaje musical evolucionado que huya del puro academicismo o la simple habilidad armónica.

En cualquier caso estamos ante un verdadero genio en toda la extensión de la palabra. Creo que lo importante es apreciar y disfrutar su música, al margen de los epítetos que se le quieran poner; no en vano Mozart es uno de los grandes, de los muy grandes, personajes de la Historia y autor de algunas de las partituras más bellas que jamás se hayan creado.

Qué es

SABER Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

RESUMEN

El 91 es el «Año Mozart», y en todo el mundo se celebra la conmemoración del segundo centenario de la muerte del genial salzburgoés. El compositor Claudio Prieto se suma, desde estas páginas, al hecho comentando una bio-

grafía de Mozart, de Marcel Brion, y que es una biografía «al uso», narrada con estilo ágil, como si fuera casi una novela histórica. Destaca Prieto en ella, además, el rigor en la ambientación de la época y la fidelidad de los hechos, aunque lamentablemente el que Brion no haya dedicado más atención a los últimos diez años de Mozart.

Marcel Brion

Mozart

Ed. Juventud, Barcelona, 1990. 350 páginas. 2.330 pesetas.

SUMARIO

	Págs.
«Vida de un genio», por Claudio Prieto, sobre <i>Mozart</i> , de Marcel Brion	1-2
«Un testimonio del barroco», por Francisco Ayala, sobre <i>El arte de la pintura</i> , de Francisco Pacheco	3
«La interpretación y sus límites», por Antonio García Berrio, sobre <i>I limiti dell'interpretazione</i> , de Umberto Eco	4-5
«Diccionarios: la realidad y el deseo», por Manuel Seco, sobre <i>Vox, diccionario actual de la lengua española</i> , de Manuel Alvar Ezquerro (dir.)	6-7
«La lucha por la racionalidad», por Emilio Lledó, sobre <i>La trama de la demostración</i> , de Luis Vega Reñón	8-9
«Rastreando nuestros orígenes», por Juan Ortín, sobre <i>The search for Eve</i> , de Michael H. Brown	10-11
«Una radiografía de la España del XVIII», por Antonio Domínguez Ortiz, sobre <i>La alcabala del viento. Pueblos y ciudades de Castilla según las respuestas generales del catastro de Ensenada</i> , de autores varios	12

Un testimonio del barroco

Por Francisco Ayala

Francisco Ayala (Granada, 1906) es autor de una considerable obra como narrador y profesor de Sociología. Vivió muchos años en el exilio (Argentina, Puerto Rico, Estados Unidos), donde impartió clases en diferentes universidades. Académico de la Lengua, es Premio de la Crítica, Premio Nacional de Literatura y Premio de las Letras Españolas. Entre sus libros destacan *Los usurpadores*, *El jardín de las delicias* y *Recuerdos y olvidos*.

Merece plácemes la edición de *El arte de la pintura*, de Francisco Pacheco, preparada con introducción y notas de Bonaventura Bassegoda y Hugas, y que Cátedra ha publicado cuidadosamente. (Sólo un reparo tengo que hacer a la casa editorial: ¿Qué sentido tiene ilustrar la cubierta de un libro del pintor Pacheco con un detalle del retrato de la infanta Margarita que otro artista, Velázquez, pintaría después de su muerte, por más que este otro artista fuera yerno suyo, y no con alguna pintura de Pacheco mismo? ¿No supone ello acaso faltarle al debido «decoro»?) Está basada la edición, como el propio señor Bassegoda advierte, sobre una tesis doctoral, y evidencia bien el esfuerzo concienzudo y competente que puede esperarse, y no siempre se da, en este tipo de trabajos académicos, tantas veces emprendidos para cumplir un mero requisito. En el caso actual, el resultado constituye sin duda una seria aportación al más cabal y generalizado entendimiento del autor anotado y de su libro. Como la introducción señala, es éste el que más ha influido en la historiografía del arte español, «una fuente obligada, un verdadero clásico. Sin él, nuestro conocimiento de la pintura antigua sería distinto». En cuanto al autor, no es menos certera la afirmación de que «su condición de escritor famoso y de ilustre suegro ha estimulado desde antiguo la curiosidad de los investigadores».

Al repasar, minuciosa y escrupulosamente como lo hace, los numerosos datos documentales llegados hasta nosotros relativos a la vida de Francisco Pacheco, no se propone en modo alguno el estudioso Bassegoda trazar una biografía «literaria» del personaje, tal cual hubiera quizá podido sentirse tentado a hacerlo; al contrario: rehúye toda veleidad «literaria». Pero ello no impide que a través de la documentación que aporta pueda el lector concitar en su mente la imagen viva del hombre, evocar el ambiente dentro del cual se desplegó su actividad y apreciar el alcance cultural que en su día tuvo esa actividad misma. Con discreto tino pone en su punto, entre otras cosas, lo que pudo haber significado en la Sevilla de aquel tiempo la pretendida academia del taller de Pacheco: una simple tertulia amistosa, no formalizada, en la que participaron notables artistas y escritores.

En aquel tiempo suyo, pintura y poesía estaban muy estrechamente ligadas en el concepto de las gentes, y aun se le reconocía cierta preeminencia a aquélla sobre ésta, sin que faltaran, entre quienes frecuentaban la amistad de Pacheco, hombres cuya fama póstuma —como la de Pacheco mismo— reposa por igual sobre ambas artes: tal don Juan de Jáuregui, que, según el testimonio dejado por Cervantes al trazar con palabras su propia semblanza en el prólogo a las *Novelas ejemplares*, debió de haberle retratado, y cuya obra —esa imagen pictórica que desconocemos— tanto deseáramos poseer. En cuanto al propio Pacheco, además de su labor con los pinceles y de esta magna empresa literaria, *El arte de la pintura*, de la que comentamos una nueva edición, preparó también, como es sabido, un *Libro de retratos*, que quedaría inconcluso y, por supuesto, inédito en vida del autor, quien tampoco llegó a ver impresa aquella que fue la mayor obra de su vida. El prologoista de la



El Juicio Final de Francisco Pacheco, según el grabado de E. Bocourt y A. Delangle.

presente edición se extraña un poco de que persona de tan gran prestigio como era Pacheco muriera sin que hubiesen llegado a la letra de molde sino unos cuantos poemas y algunos folletos de su pluma. Desde la perspectiva actual, cuando —como ocurre hoy día— todo se imprime, bueno, malo y pésimo, en cantidades abrumadoras, la parquedad señalada puede en efecto llamar la atención; pero no demasiado si se considera que en su época no ocurría así y que, por ejemplo, la poesía de los grandes líricos del Siglo de Oro solía comunicarse sobre todo mediante copias manuscritas, con el resultado lamentable de que sin la diligente buena voluntad —y a veces, la manipulación— ajena, apenas hubieran llegado a nosotros las poesías de un Quevedo tras de su muerte, o las de Francisco de Rioja, el amigo de Pacheco, o las de tantos otros.

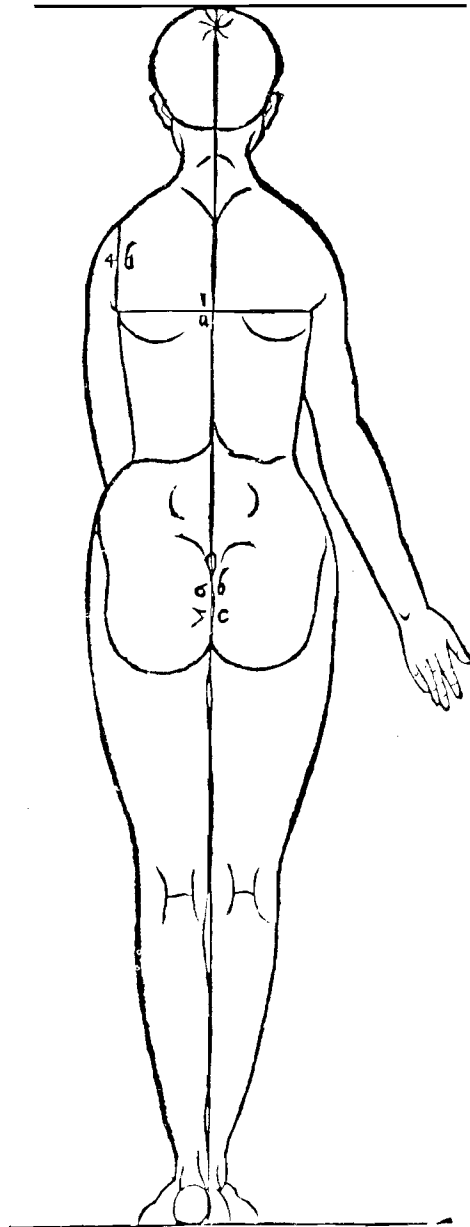
La edición de Bassegoda es, repetimos, un trabajo meritorio en alto grado que facilita a los especialistas la más cómoda aproximación al manuscrito original, así como proporciona precisiones y aclaraciones abundantes acerca de las fuentes manejadas por el autor. En cuanto al no especialista, al mero lector curioso, el repaso de las copiosas páginas de *El arte de la pintura* le permitirá adentrarse en problemas importantes de la época, tales como, digamos, la lucha de los artistas por elevar la consideración social y oficial de su profesión, con consecuencias prácticas muy considerables en aquella España jerarquizada, donde el acceso a un escalón más alto significaba algo muy sustancial para su vida cotidiana. La argumentación de Pacheco sobre la «antigüedad y grandeza» de la pintura, con amplia referencia a los esfuerzos dignificadores llevados a cabo por los artistas italianos del Renacimiento, e intencionada mención «De los nobles y santos que ejercieron la pintura», debe ser entendida dentro del contexto histórico de dichos esfuerzos.

Otro aspecto de la cultura del siglo barroco que se encuentra bien ilustrado —aunque de manera tácita— en el libro de Pacheco es la función atribuida a la pintura como vehículo de persuasión religiosa por el Concilio de Trento. Minuciosamente se extiende el tratadista sobre la cuestión del «decoro», esto es, de la más escrupulosa propiedad en la representación de los objetos sagrados: «La verdad y acierto con que se deben pintar conforme a la Escritura divina y Santos Doctores». En concreto, discute la manera adecuada de dar configuración plástica a la Santísima Trinidad, a los ángeles, a los demonios, una expresión justa a los varios pasajes de la Historia Sagrada y, muy en concreto, a la imagen de numerosos santos «de los más conocidos».

En fin, cuestiones que apasionaron vivamente a la España de la época, suscitando encendidas polémicas en las que Pacheco tomó parte, se hallan también reflejadas con interesante documentación en las páginas de *El arte de la pintura*. Baste mencionar, por ejemplo, el debatido y tan enconadamente controvertido tema del patronato conjunto de España por Santiago con Santa Teresa, o bien el de la Inmaculada Concepción de la Virgen, que no alcanzaría a ser dogma hasta el siglo XIX y acerca de cuya iconografía contiene el libro puntualizaciones sumamente precisas.

RESUMEN

Francisco Pacheco mantuvo en su taller sevillano una tertulia importante a la que acudían tanto artistas como escritores, y es que, nos recuerda Francisco Ayala al comentar este libro, en el Siglo de Oro la pintura y la poesía estaban



Della Simmetria dei Corpi Humani, de A. Dürero, Venecia, 1591.

Por último, y sin salir de la temática religiosa en su estrecha conexión con el arte pictórico, hay que mencionar otro asunto en cuyo debate correspondió a Pacheco intervención muy decisiva. Me refiero a la discusión sobre el número de los clavos de Cristo. Las argumentaciones del teórico —preocupado siempre por el «decoro»— en favor de representar al Crucificado con cuatro clavos en lugar de los tres que era —y ha seguido siendo— más frecuente, están basadas sobre consideraciones y textos de autoridad; pero lo más importante aquí no es eso, sino la práctica propugnada y seguida por el artista mismo. El Cristo que pintó Velázquez, discípulo y yerno de Pacheco, uno de los más famosos lienzos ahora en el Museo del Prado, muestra —como todos sabemos— sendos clavos en cada pie. Y, por otra parte, no hace mucho tuve yo ocasión de admirar en el Carmen granadino de la Fundación Rodríguez Acosta un pequeño cuadro del propio Pacheco, que igualmente se atuvo ahí a este firme criterio suyo para representar al Cristo crucificado.

Francisco Pacheco

El arte de la pintura

Ed. de Bonaventura Bassegoda y Hugas, Cátedra, Madrid, 1990. 784 páginas. 4.240 pesetas.

La interpretación y sus límites

Por Antonio García Berrio

Antonio García Berrio (Albacete, 1940) es catedrático de Teoría de la Literatura de la Universidad Complutense. Desde 1968 desempeñó la misma cátedra en las universidades de Murcia, Málaga y Autónoma de Madrid, habiendo sido profesor visitante en numerosas universidades extranjeras, entre otras Bolonia, Heidelberg y Harvard. Es autor, entre otros, de los siguientes libros: Formación de la teoría literaria moderna, Introducción a la poética clasicista y Teoría de la literatura: la construcción del significado poético.

Entre los protagonistas más destacados de las experiencias estructuralista y postestructuralista, el itinerario más completo y aleccionador, y al mismo tiempo el más ágil y versátil, lo ha cumplido la obra del semiólogo italiano Umberto Eco. Seguirlo en detalle equivale a auscultar, en cada momento, los latidos y las inercias más orientadoras de la progresión de la estética general moderna en la definición de sus objetos más específicos —las obras de arte con vocación más experimental y abierta— y de sus propias hipótesis metodológicas de trabajo —el concepto inicial (1962) de «apertura» o «formatividad», después el de «semiosis ilimitada» y finalmente el de «lector implicado» (1979)—. No creo banal ni ocioso señalar aquí la importancia que en todo ese proceso reviste la ubicación inicialmente periférica, geográfica y científica, en la que ha podido sentirse Eco desde Italia. En relación primero a la cultura estructuralista francesa, bajo la influencia inicial sobre todo de Barthes y de su escuela; después y más tangencialmente a la centroeuropea: el modelo textual canónico altamente formalizado de Petöfi para *Lector in fabula* y simultáneamente el respeto, aún no extinto, por la «provocación» historicista receptora de W. Iser; y por último una cierta fascinación académica norteamericana que ha reverdecido y reforzado su adhesión al modelo de Pierce, responsable último de la noción central de «semiosis ilimitada», sucesora, desde el *Tratato di Semiotica Generale* (1984) y *Semiotica e filosofia del linguaggio* (1984), en el protagonismo, dentro de la teoría de Eco, de los hoy ya más polémicos y vidriosos conceptos iniciales de «obra abierta» (1962) o de «estructura ausente» (1968).

En todo caso, ese molesto sentimiento inicial de marginalidad cultural periférica —hoy ya presumiblemente liquidado, razones le sobran para ello a Umberto Eco—, con sus consecuencias no siempre negativas, puede ser extendido a síntoma general de la cultura italiana de la postguerra. Una actitud de timidez acomplejada a la que no es ajena, ni mucho menos, una actitud científica sucursalista en el área española. Pero en sus aspectos más positivos, esa sensación de marginalidad explica la cultivada atención de Eco —máxima y ejemplar, a mi juicio, en el panorama de los semiólogos modernos— hacia los más tempranos síntomas, europeos y americanos, de novedades científicas y culturales, que se registra como una constante singular y privilegiada en los permanentes signos de reorientación y reajuste de toda su obra.

Esa sensibilidad inicial constitutiva, despierta y pronta hacia los factores de novedad, unida en cualquier caso a la interesante originalidad de las ideas de su maestro Pareyson sobre la «formatividad» de la estructura de la obra artística, dotaron al libro inicialmente más difundido de Eco, *Opera aperta* (1962), de un carácter «inevitabilmente» llamativo sobre la sección más innovadora y moderna de sus enunciados: el concepto de «apertura», fundado especialmente en el modelo moderno más pragmático e intencionalmente abierto posible, la obra literaria de Joyce. Por más

que sean razonables las protestas recientes de Eco en *I limiti dell'interpretazione* sobre la mala interpretación del equilibrio entre estructura estable y apertura, desigualmente explícito en aquella obra inicial, lo cierto es que el mensaje más llamativo y novedoso en aquel título —y por consiguiente lo definitivamente aprehendido, lógicamente, por la masa de sus lectores— fue el concepto de apertura, bajo cuya cobertura las tesis de Eco comenzaron a circular provocativamente por el medio intelectual de la nueva cultura de la modernidad internacional.

Lo que no debe olvidarse nunca a propósito de Eco —y tal vez es lo que el mismo autor se resiste a reconocer actualmente— es la condición poderosamente semiótica, incluso icónica, de sus excelentes e ingeniosos títulos y marbetes, sobre los cuales el conjunto de su obra ha progresado y se ha afirmado en el conocimiento internacional, muchas veces a despecho incluso del real contenido y extensión detallada de sus mismas tesis desarrolladas en cuerpo articulado de doctrina. Así pueden ser verdades compatibles la exactitud y justicia de las quejas actuales de Eco sobre la deformación habitual lectora del verdadero alcance y contenido de sus mensajes, desde *Opera aperta*, y la condición casi inevitable de tales «misreadings» a consecuencia del instintivo énfasis comunicativo del propio Eco, hasta ahora, sobre los aspectos menos tradicionales de sus ideas.

Releídas atentamente desde las perspectivas sobre las que convoca el Eco actual, notablemente asegurado —o definitivamente desesperanzado, tal vez— por el éxito internacional de su proyecto intelectual, es posible que, en el conjunto de sus obras iniciales entre

Opera aperta y *Lector in fabula*, puedan espigarse efectivamente los fragmentos de equilibrada mediación entre el concepto estable y ejemplar de significado, como abducción finalista en términos pierceanos, y el espacio abierto por la obra a una implicación no limitada, pero controlada, de lecturas en términos de la «semiosis ilimitada».

Contra el relativismo en las ciencias del espíritu

La aparición reciente, en una doble versión simultánea en italiano y en inglés, de *I limiti dell'interpretazione*, clarifica definitivamente muchas ambigüedades precedentes, alimentadas por las circunstancias de la coyuntura internacional en la que se ha movido Eco. Para empezar, desde la jocosa anécdota inicial de la introducción del libro con el prefacio de *Mercury* del obispo John Wilkins de 1641 y su reducción al absurdo de las tesis más extremosas de la deconstrucción y del relativismo de la «reader's response», asistimos al pronunciamiento más categórico de Eco sobre la condición innegable de «sentido literal» que garantiza razonablemente la comunicación entre los hombres: «Es necesario iniciar todo discurso sobre la libertad de la interpretación con una defensa del sentido literal» (pág. 26). Una afirmación comúnmente tenida hasta ahora por obvia, pero para llegar a la cual un refinado científico como Eco ha tenido sin duda que superar una difundida serie de prejuicios profesionales sobre los que prevenía antes en la introducción del libro: «Admito que para hacer esta afirmación es necesario asumir antes de nada que los enun-

ciados puedan tener un «sentido literal», y me consta lo controvertido que está ese punto... Ninguna teoría de la recepción podría evitar esta restricción preliminar. Cualquier acto de libertad por parte del lector puede venir «después» y no «antes» de la aplicación de esta restricción» (pág. 9). En definitiva, de lo que se trata a partir de esa refundación de la realidad en sus bases más innegables, pero no más recordadas, es de adoptar el punto de partida adecuado y razonable antes de ascender y verse implicado en las sutilezas especializadas de la argumentación técnica. Así Eco se justifica para afirmar: «Nadie más favorable que yo a abrir las lecturas, pero la cuestión es, sin embargo, establecer «lo que se debe proteger para abrir», y no lo que se debe abrir para proteger» (página 27).

En esta tarea, Eco se mueve con la doble cautela de no degradar su discurso técnico a niveles demasiado elementales o banales y la de no producir simplificaciones abusivas, como las que a su juicio cometen, en una línea similar a la suya, los críticos del relativismo y el escepticismo receptor como Richard Rorty. Sin embargo, el peso de las evidencias desatendidas conduce a Eco, invariablemente, a la crítica más directa, que comparto, hacia los que en algún momento denomina los «lectores incontinentes»: «Antes de que sea producido, podría haber sido inventada cualquier suerte de texto. Después de que ha sido producido, es posible hacerle decir muchas cosas... pero es imposible, o al menos críticamente ilegítimo, hacerle decir lo que no dice. Frecuentemente los textos dicen más de lo que sus autores pretendían decir, pero menos de lo que muchos lectores incontinentes querrían que dijeran» (pág. 107). Y no se olvide que tales aseveraciones se formulan a propósito nada menos de la economía lectora ante un texto programáticamente tan difuso y poliédrico como el *Finnegans Wake* de Joyce; a lo cual Eco añade sus respetuosas reservas frente a ciertas lecturas del tipo de la de Geoffrey Hartman, basadas sobre excesos hipotéticos de analogías fónicas y de sentido, proponiendo las sorpresas y desilusiones que depara todo tipo de lecturas en el ejemplo de la composición *A Silvia*, de Leopardi; y en el de muchas críticas a sus propias novelas (páginas 110-122).

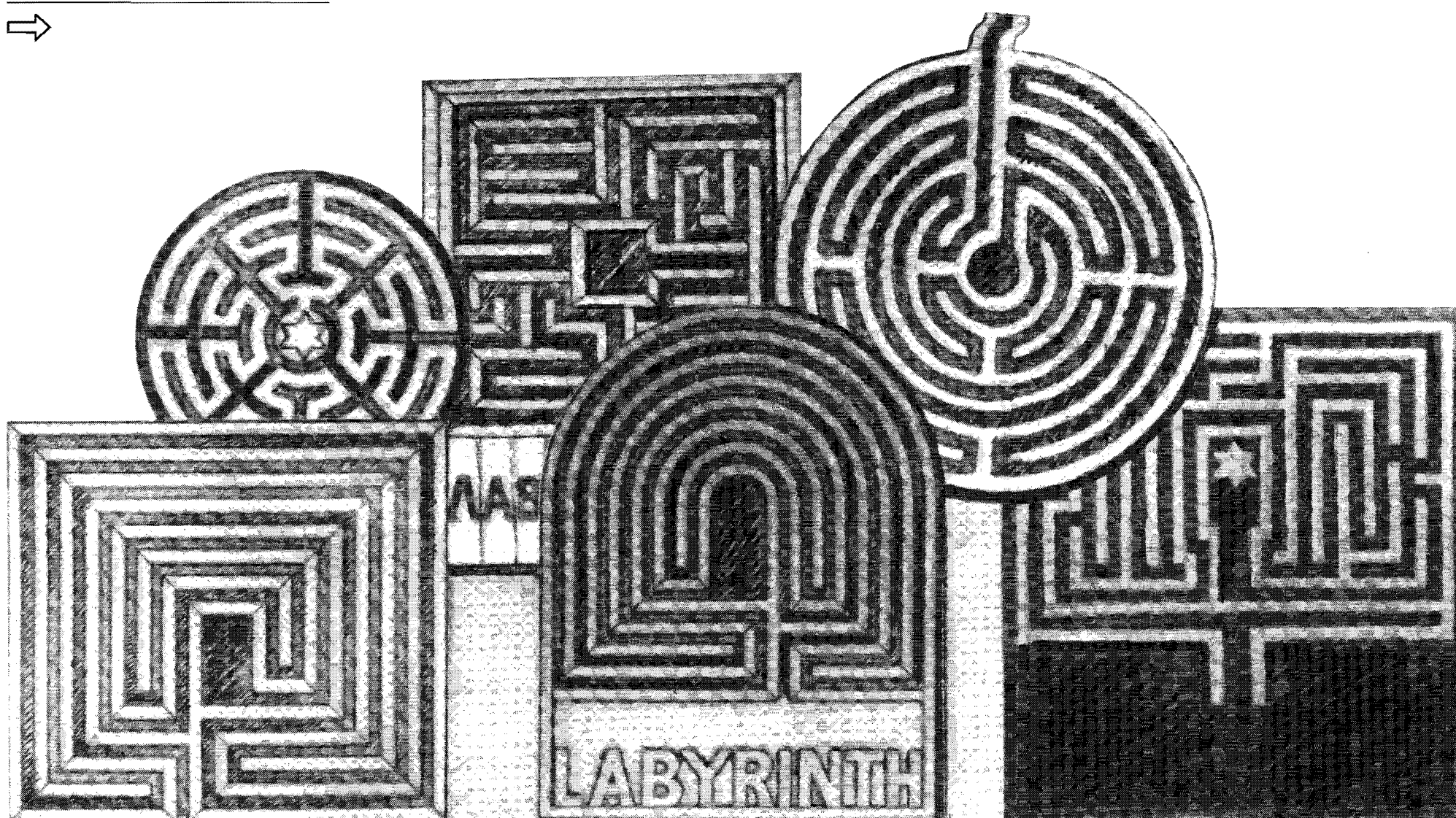
En la base de la decidida solución de Eco está radicando la conciencia tradicional y popular de la existencia de sentido, que ha nutrido habitualmente las certezas intersubjetivas sobre la comunicación verbal. Una conciencia apoyada en el sentido común, y si se quiere conjetural, que Eco reviste de dignidad técnica mediante su conocida referencia al concepto pierceano de «abducción» (páginas 325-338), pero que asegura un actividad seria y económica frente a la «deriva» aberrante de los escritos críticos de placer y al juego sin control de las lecturas alternativas infinitas de un «relativismo nihilista», cuya legitimidad ataja Eco drásticamente alegando que a la postre «anula todo discurso sobre el arte» (pág. 140). Sin caer nunca en el fácil extremismo opuesto, el tono de Eco en estas últimas propuestas denuncia la impaciencia a que han llevado al trabajo crítico útil y económico tantas disquisiciones previas y ociosas sobre el estatuto del significado.

Convengamos en reseñar la indudable «sorpresa» que para muchos lectores habituales de Umberto Eco, ajenos a los círculos más restringidos en que se han ido produciendo y difundiendo durante la última década —y especialmente en los últimos cuatro o cinco años las puntualizaciones que componen *I limiti dell'interpretazione*—, deben producir estas decididas postulaciones de la «intention operis», e incluso en ocasiones, como acabamos de ver, de su toma en consideración de



STELLA WITTENBERG

Viene de la página anterior



STELLA WITTENBERG

una «intención auctoris», universalmente desatendida por las teorías más a la moda en los últimos veinte años. Al propio Eco, más allá de sus alegaciones formales, le consta que así es sin duda, pues al confrontar el texto de su último libro con el de *Opera aperta*—debido sólo a la circunstancia de la reciente traducción inglesa del viejo libro— alude, al final de la introducción, a que «no será malo afrontar las posibles objeciones del lector italiano» (pág. 13). Por más que luego trate de justificar la no incongruencia de su trayectoria basándose en el conocimiento de sus propias intenciones; y tal vez también en el de sus alegaciones menos atendidas por los lectores, pero no menos importantes.

Lo cierto es que, con afirmaciones como éstas, los defensores más «incontinentes» de la teoría de las lecturas infinitas, y no digamos ya los de la lectura deconstructiva, se han quedado para siempre sin uno de sus hasta ahora más prestigiosos y seguros compañeros de viaje: «Parecería, en efecto, que mientras entonces—en *Opera aperta*, de 1962— celebraba una interpretación «abierta» de las obras de arte, admitiendo que fuera una provocación «revolucionaria», hoy me he encastillado en posiciones conservadoras. No pienso que sea así. Hace treinta años, partiendo de la teoría de la interpretación de Luigi Pareyson, me preocupaba de definir una suerte de oscilación, o de equilibrio inestable, entre iniciativa del intérprete y fidelidad a la obra. En el curso de estos treinta años «alguno se ha desequilibrado demasiado sobre la vertiente de la iniciativa del intérprete». La cuestión ahora no es desequilibrarse en el sentido opuesto, sino subrayar una vez más la condición ineliminable de esa oscilación» (págs. 13-14).

Pese a todo, sin embargo, resulta evidente que para los más superficiales—o interesados y partidistas—lectores de *Opera aperta* y de *La struttura assente* e incluso aun de *Lector in fabula*, el nuevo libro de Eco ha podido sorprender, y va a ser interpretado—por poco tiempo espero— como un cambio de rumbo radical, o incluso de peor manera, como una deserción y un cambio de partido. La indignación defraudada, que personalmente no deseo, puede ser tanto más fuerte cuanto más se hayan apoyado en la autoridad de Eco las opiniones que ahora el gran semiólogo italiano se cree en el caso de reprimir en sus excesos. Mi propia opinión, sin embargo, es que el restablecimiento del equilibrio interpretativo resulta imprescindible en la fecha ac-

tual; y la propia actitud actual de Eco, como la de Gombrich ya en 1986, no difieren—sino en todo caso en su condición de testimonios de calidad—de la que yo vengo sosteniendo desde hace años, plasmada sobre todo en mi *Teoría de la literatura: La construcción del significado poético*, de 1989.

Lo que sucede en todo esto, como se ha advertido ya en más de una ocasión, es que las propias inercias intelectuales del debate científico propenden a extremar en el sentido opuesto las que en principio fueron oportunas puntualizaciones llenas de exactitud y de necesidad, como, en efecto, lo fue la corrección historicista impuesta por la toma en consideración del parámetro de la lectura en las primeras reclamaciones de Iser y de Jauss. Sin embargo, alojadas ya durante los años inmediatamente pasados en la situación difusa e incontrolable del triunfo y de la diseminación epigonal, las actitudes en conjunto relativistas de la crítica literaria han asumido una confianza dogmática tan alta que toda llamada a una restitución razonable del equilibrio interpretativo, como la de Eco, corre el riesgo inmediato de contar con inmediatos «misreadings» que las desacrediten como entregadas al extremismo contrario: tradicional, conservador, autoritario, etc.

Ajuste de cuentas a la deconstrucción

Frente a Derrida y al deconstruccionismo en sus principios radicales, Eco no tiene inconveniente en poner en juego los argumentos de congruencia y de sentido común más directos a la pertinencia del trabajo crítico-interpretativo sobre el significado literario. Persuadido de que, a estas alturas del confusiónismo internacional de la «deriva» crítica, son sólo tales piezas de convicción los argumentos decisivos, y no la entrada en el juego de las discusiones internas bizantinas en el enrarecido marco innatural acotado por el propio derridismo crítico. Eco dice no participar, aunque no evita la figura de «preterición», reproduciéndola literalmente, de la directa e impactante opinión de Searle sobre la «deplorable propensión de Derrida a decir cosas que son obviamente falsas» (pág. 204); pero no diluye el calado de las objeciones al afirmar por su parte que «... sucede que con frecuencia Derrida—para subrayar verdades no obvias— haya acabado por dar por

descontadas demasiadas verdades obvias» (pág. 332). Y en ese mismo tenor de argumentación muy directa, el mismo Eco alude irónicamente a la anécdota personal de la petición por parte de Derrida de su apoyo escrito para la creación de un «Instituto de Filosofía», como argumento válido a favor de que Derrida, en la práctica, debe tener alguna confianza en la objetividad asertiva de los textos.

La estrategia argumentativa predominante en la iniciativa de reacondicionamiento equilibrado de Eco entre las tres «intenciones» que debe contemplar simultáneamente el acto hermenéutico perfecto (la del autor, la de la obra y la del lector), es la de la «economía». En su nombre se censurarán los extremismos de la «deriva» infinita de las lecturas ante todo como un «dispendio de energías hermenéuticas»; dado que no se explica la razón de que deba ser ésta la única actividad humana en escoger la ley general operativa del mínimo esfuerzo. En esto Eco se muestra terminante: «Si estos criterios pueden aparecer fundados tan sólo sobre una apelación al sentido común y al principio del mínimo esfuerzo, quiero recordar que no existen otros modos para decidir sobre la «intención» de un texto cuando el texto es al mismo tiempo objeto y parámetro de sus interpretaciones». Bien entendido que lo que Eco propone, es la intervención de un sentido común y unos principios de la economía del esfuerzo, tutelados por la articulación mejor refinada en los conceptos pierceanos de semiosis ilimitada y de su término abductivo. En tales circunstancias matiza: «Este mínimo esfuerzo es el que podría ser aceptado por una comunidad de intérpretes aplicada a alcanzar algún acuerdo si no sobre las mejores interpretaciones,

al menos sí sobre el rechazo de las que son insostenibles» (pág. 11).

Mediante el emplazamiento del objeto hermenéutico en el intrincado laberinto de la semiótica pierceana, Eco se aleja, por una parte, de las urgencias de evidencia inmediata creadas por la situación crítica de «deriva» ilimitada y reductiva de la deconstrucción y de las secuelas más «incontinentes» de la teoría de la respuesta lectora. Bien es cierto que, por otra, conquista el imprescindible rigor técnico exigido para rescatar lo que en cualquier caso son preciosas evidencias críticas de sentido común, contra las inmediatas acusaciones de trivialidad, puramente tácticas y defensivas, en relación al fondo del problema. En cualquier caso, con su oportuno alegato de última hora, Eco ha querido contribuir a frenar las consecuencias escasamente productivas, e incluso ya atormentadas, de lo que pudo empezar siendo sentido como un juego juvenil con apariencias revolucionarias. El sentido común—yo diría el peso ineludible de la responsabilidad interpretativa—y la cultura hermenéutica reclaman ya abiertamente a estas alturas su derecho a regular sin sobresaltos ni más sospechas la andadura regular—quiere decirse colectivamente útil—de sus tareas interpretativas. Podemos al fin decirlo con las mismas palabras de Eco: así la comunidad, por cuanto puede usar un texto como campo de juego para la puesta en acto de la semiosis ilimitada, en diversas situaciones debe convenir, no obstante, que hay que interrumpir momentáneamente el «play of amusement», y puede hacerlo sólo gracias a un juicio consensuado (aunque fuese transitorio). «En realidad—concluye con madurez Eco—, los símbolos crecen, pero jamás permanecen vacíos» (pág. 337). | |

RESUMEN

Para el profesor García Berrio, la obra del semiólogo italiano Umberto Eco es el itinerario más completo y aleccionador, más ágil y más versátil para seguir la progresión de la estética general moderna. Desde su célebre libro *Opera aperta* (fue este concepto de

«apertura», nos recuerda García Berrio, bajo cuya cobertura las tesis de Eco comenzaron a circular provocativamente por el medio intelectual de la nueva cultura de la modernidad) a uno de sus trabajos más recientes, éste que comenta.

Umberto Eco

I limiti dell'interpretazione

Bompiani, Milán, 1990. 360 páginas. 30.000 liras.

Diccionarios: la realidad y el deseo

Por Manuel Seco

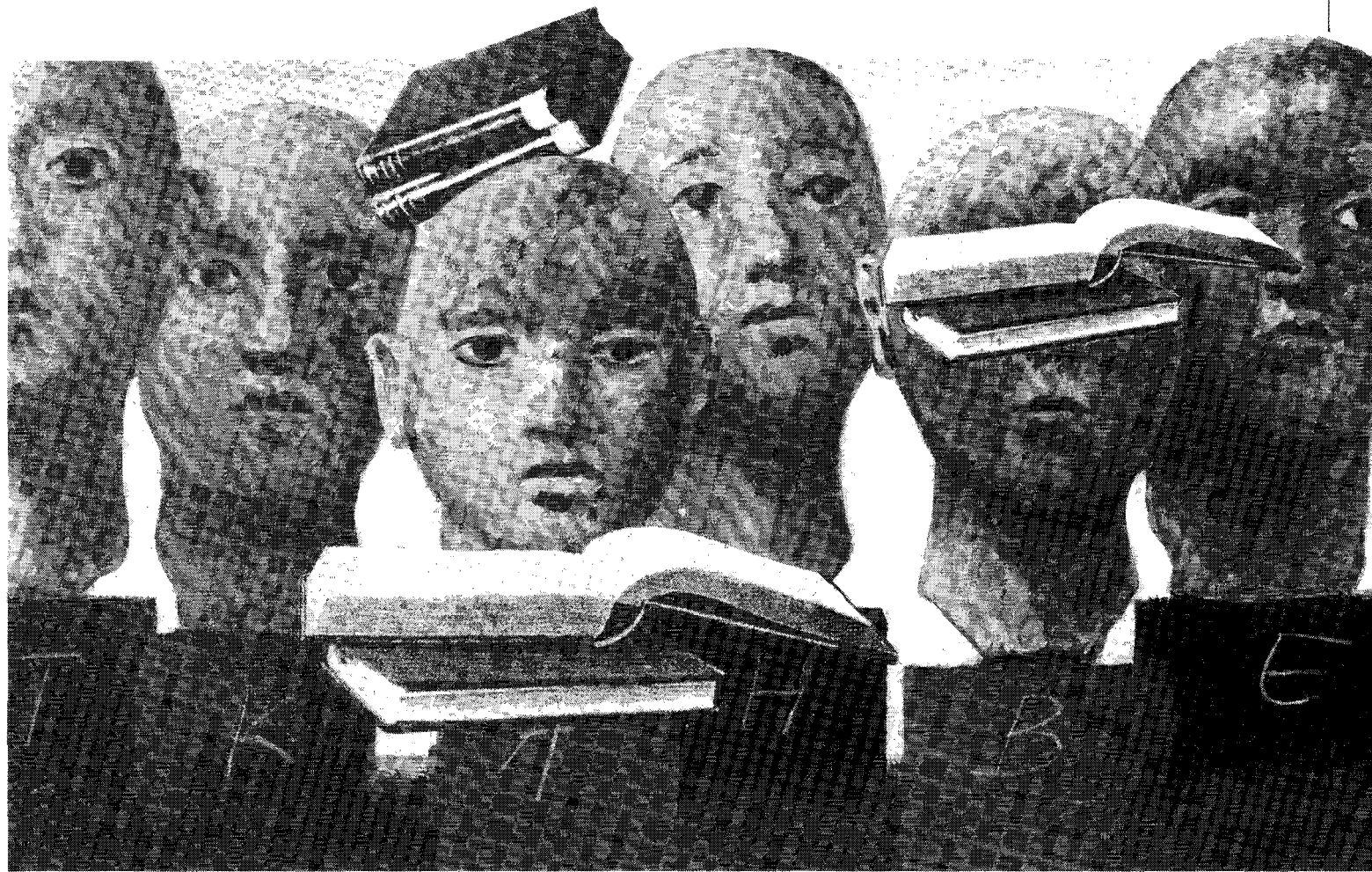
Manuel Seco (Madrid, 1928) es miembro de la Real Academia Española y director de su Seminario de Lexicografía, donde se redacta y publica el Diccionario histórico de la lengua española. Es autor, entre otras obras, de Gramática esencial del español, Las palabras en el tiempo: los diccionarios históricos y Estudios de lexicografía española.

La historia de la lexicografía española es una extraña sucesión de cimas y simas, con eclosiones geniales y pioneros insignes recortando sus siluetas sobre un fondo de chatura e inercia. Nebrija, el gran adelantado de la lexicografía europea bilingüe realizada con método riguroso, ¿tuvo algún verdadero sucesor dentro de su patria? Sebastián de Covarrubias, que en el centro de los tiempos áureos compuso el primer diccionario extenso de una lengua moderna, un año anterior al de la Academia de la Crusca, ¿halló en toda su centuria una persona capaz de dar un solo paso más allá de su gigantesca construcción? ¿Hubo alguien que mantuviese vivo el gran *Diccionario de autoridades*, una de las obras capitales de la lexicografía mundial del siglo XVIII? ¿Tuvo el benemérito jesuita Esteban de Terreros, autor del otro gran diccionario del siglo, algún continuador? El lexicógrafo español mejor preparado del siglo XIX, el sabio Vicente Salvá, ¿tuvo quien aprendiese su lección?

En nuestro siglo, en que surgen tantas interesantes iniciativas no académicas, la maldición se repite. Por ejemplo: el *Diccionario ideológico* (1942), de Julio Casares, nos ofrecía una alternativa revolucionaria frente al tradicional «cementerio de palabras», edificando, en un prodigio de arte y paciencia, el primer diccionario codificador u onomasiológico del español. En su segunda edición quedó estancada una obra que había nacido para ser uno de los más valiosos instrumentos del uso y la enseñanza del léxico, y que hoy echamos mucho de menos en la forma desarrollada y puesta al día que merecía haber alcanzado. Otro ejemplo: el *Diccionario de uso del español* (1966-67), de María Moliner, que aportaba propuestas renovadoras en varios aspectos de la técnica lexicográfica, no ha pasado de la primera edición, cuando precisamente el buen éxito conseguido permitía esperar un perfeccionamiento y una actualización de los valores que en ella han quedado como petrificados.

Los buenos diccionarios, por excelentes que sean, nunca son una obra hecha de una vez para siempre. Envejecen a la misma velocidad que los seres humanos, y el único medio de evitar que, como éstos, mueran es mirarlos y tratarlos en su calidad de realidades dinámicas. Esta naturaleza les viene impuesta por su propia materia, el léxico, que en su apariencia de estabilidad es un hervidero incesante de desplazamientos, tensiones y azares. En los países de nuestro entorno cultural no es normal dejar en hibernación un buen diccionario de lengua, reimprimiéndolo inalterado año tras año o recurriendo a la falsedad de presentarlo como nueva edición con nueva fecha. Los editores son conscientes de que los diccionarios son espejos en que se mira la sociedad y de que este papel no pueden desempeñarlo si no se acompasan a la marcha de esa sociedad. Y saben que la publicación de un diccionario de calidad no significa la terminación de un edificio, sino el comienzo de su existencia; no una meta, sino una salida.

Estas reflexiones vienen a propósito de una obra que, dentro de la lexicografía española, tan fuertemente tradicionalista y, quizá por eso mismo, tan llena de grandes impulsos malogrados, se encuentra entre las felices excepciones de vitalidad y de progresiva evolución, y que tiene la singular virtud de haber



entendido desde el primer momento el factor dinámico que es componente esencial de la lexicografía.

Vox, diccionario general ilustrado de la lengua española, hizo su aparición en 1945, con un aspecto exterior que distaba de ser imponente. Formaba serie, dentro de su editorial, con dos excelentes diccionarios destinados a la enseñanza media: el *Latino-español*, revisado por Vicente García de Diego, y el *Griego-español*, de José M. Pabón y Eustaquio Echaurre. De formato y número de páginas semejantes a los del *Manual* de la Academia (en su edición entonces vigente de 1927), se presentaba como obra de un equipo anónimo. Pero esta modestia aparente, de autoría y de destinatario, se contrarrestaba con el aval de dos nombres de relieve: don Ramón Menéndez Pidal, autor de su prólogo, y don Samuel Gili Gaya, responsable de su revisión.

El prólogo de Menéndez Pidal goza de notoriedad, aparte de su interés intrínseco, que no voy a comentar aquí, por el hecho de constituir uno de los primeros estudios sobre lexicografía publicados en nuestra lengua, cuando aún no había aparecido la importante *Introducción a la lexicografía moderna* (1950), de Julio Casares. Pero el papel de Menéndez Pidal con respecto a este diccionario no se quedaba en el pórtico. Según declara allí mismo, los editores se habían dirigido a él en demanda de consejo acerca de la obra que preparaban, y su juicio favorable fue acompañado de la propuesta de confiar —dice— «su reorganización y redacción definitiva al cuidado técnico de un especialista, el profesor S. Gili Gaya, cuya gran experiencia en trabajos lexicográficos me era conocida desde hace mucho... Todo atribuye al señor Gili Gaya una competencia singular para la delicada tarea de redactar un diccionario, guía del uso lingüístico».

En estas palabras del maestro se ve con claridad no sólo el hecho histórico de que el parecer del propio don Ramón fue el determinante de la presencia de Gili Gaya en la empresa del diccionario, sino que esta presencia tuvo mayor alcance que una simple revisión superficial. Y esto se confirma con la lectura de la introducción, en que don Samuel

expone las características de la obra. Nunca hasta entonces un diccionario de corte manual había llevado, entre nosotros, una exposición tan detallada y precisa de su plan y estructura (y muy escasos, entre los de alto bordo, contaban con ella).

Pero lo más importante de la introducción no es ya la exposición de unas características que se apartan de los caminos trillados, sino la nítida comprensión de la realidad dinámica de la lexicografía, determinada no sólo por su objeto propio, el léxico en perpetua ebullición, mas también por la condición esencialmente perfectible de todo diccionario: «Estas aspiraciones (de traer soluciones nuevas) —dice Gili Gaya—, hoy sólo conseguidas en parte, dan ya a nuestra obra una fisonomía propia que habrá de afinarse en ediciones sucesivas. El *Diccionario Vox* quiere incorporarse a la tradición dinámica de nuestra lexicografía no sólo tratando de mejorarla, sino perfeccionándose a sí mismo en una constante reelaboración cuya primera etapa es el libro que ahora presentamos.» Estas palabras no eran retóricas. Sólo ocho años más tarde ya estaba en pie la segunda edición de *Vox*. Después (1973) vendría la tercera. En cada nueva salida se desarrollaban y perfilaban los rasgos que los redactores habían trazado.

El *Diccionario Vox* nació, según Gili Gaya, como un intento renovador dentro de la lexicografía española, con aportaciones originales que debían acercarlo cuanto fuese posible «a ser un diccionario de la lengua culta moderna». Aun sin poder prescindir de la tradición lexicográfica española, con todas las limitaciones que esto llevaba consigo, se buscó esta originalidad principalmente en la selección del léxico, en la ordenación sistemática de las acepciones, en la forma de la definición, «en tratar de captar la irradiación representativa y afectiva que envuelve al núcleo semántico de la palabra viva», y «en registrar los engarces sintácticos y las variaciones morfológicas que den, con la claridad posible, la norma del uso correcto».

Se trataba, pues, de un diccionario de orientación abiertamente didáctica (sobre el didacticismo que ya es consustancial al género). En torno a esta línea giraban todas las características del libro. La selección del léxico se

hacía con un criterio sincrónico, salvando, del pasado, sólo «el vocabulario más usual de la literatura clásica», e incorporando abundancia de neologismos, no sin someterlos, en los casos necesarios, a una calificación desde un punto de vista normativo. Desde la segunda edición se dio amplia cabida a las voces de América, en medida superior a la de los diccionarios corrientes.

A la concepción del diccionario como instrumento de enseñanza obedecen igualmente tres características que convergen en una dimensión codificadora. Una es la utilización radicalmente funcional de la imagen por el sistema de la ilustración en constelación, como medio no sólo de precisar, por contraste, la comprensión de los nombres de objetos materiales, sino también de enriquecer las asociaciones semánticas en la mente del usuario. Otra es la atención a la sinonimia. Rafael Lapresa ha señalado que, «sin hacer un diccionario ideológico como el de Casares, Gili Gaya trata de remediar un defecto habitual en los diccionarios alfabéticos, esto es, el presentar el léxico de un idioma como una serie de palabras inconexas, cuando en realidad se trata de un sistema en que cada término se liga o contrapone a otros dentro de su mismo campo de significación». Pero no se recurre a las simples listas de sinónimos, sino que en muchos casos se ha intentado explicar para cada uno, como dice Gili, «su valor preciso, su estimación afectiva o social, las sugerencias o relaciones laterales del vocablo del que se trata». En fin, la tercera característica es la inclusión copiosa, dentro de la nomenclatura general, por primera vez en nuestra lexicografía, de elementos prefijos y sufijos como formas combinatorias de muy fecundo papel en la creación de léxico culto, especialmente científico.

Otro factor que merece destacarse es la técnica lexicográfica, con una serie de aspectos que suponen progreso sobre la tradición. Por ejemplo, la forma de presentar las etimologías latinas; la disposición racional, dentro de la microestructura, de las lexías compuestas; la utilización —por primera vez en un diccionario general español— de los nombres científicos latinos para precisar la definición



Viene de la página anterior



ALFONSO RUANO

de nombres de especies botánicas y zoológicas; la presencia de ejemplos ilustradores del régimen preposicional; y, sobre todo, en los verbos transitivos, la separación, mediante corchetes, entre la definición propiamente dicha y el «contorno». Este último procedimiento, ya propuesto por Rufino José Cuervo, ochenta años atrás, nunca había sido puesto en práctica entre nosotros.

Acusada personalidad

Se presentaba, pues, el *Diccionario general Vox* con una acusada personalidad, y más teniendo en cuenta el pelado paisaje lexicográfico en que desembarcaron las dos primeras ediciones.

La muerte, en 1976, de don Samuel Gili Gaya, alma de este diccionario, no significó, como en otros casos, el colapso o la congelación de la obra. En 1987 salía una nueva edición, ahora bajo la dirección de uno de los profesores más especialmente preparados para las lides lexicográficas: Manuel Alvar Ezquerro. Aunque la portada presentaba esta edición como «nueva redacción», era en realidad una nueva revisión. Ya lo apuntaba así el hecho de conservar como preámbulo las mismas «Características de este diccionario» con que don Samuel había encabezado las anteriores ediciones. Y el propio Alvar Ezquerro lo confirmaba cuando hablaba de su tarea de «revisar y actualizar» el diccionario y de su respeto a «la integridad del texto que nos habían legado nuestros predecesores».

La revisión de una obra como ésta es una labor tan honrosa y meritoria como la buena restauración de un gran lienzo. Alvar Ezquerro y su equipo han conservado con delicadeza todos los valores del trabajo anterior y han actualizado cuidadosamente todo lo que el paso del tiempo reclamaba. Gran cantidad de voces nuevas no presentes en otros diccionarios, procedentes del uso culto o coloquial, del general o del dialectal, de las jergas o de las técnicas, enriquecen de manera considerable el caudal de esta edición. Además, se han corregido definiciones que lo requerían por su contenido (por ejemplo, muchas de ciencias naturales) o por su forma (las que co-

menzaban por la fórmula «dícese de», tan cara a la tradición académica). También a la parte gráfica llegaba la reforma: se renovó en su mayor parte para hacerla más diáfana y más actual, sin caer en el error de sustituir el dibujo por la fotografía ni en el inútil lujo del color. Se cumplió, pues, perfectamente la misión de toda buena revisión de una obra valiosa: salvar el espíritu que guió toda su trayectoria y remozarlo sin menoscabarlo. He aquí el mérito impagable del esfuerzo de Manuel Alvar Ezquerro.

La andadura de *Vox* no tiene como última estación la edición de 1987. Ahora acaba de publicarse un nuevo *Vox* que, al no substituirse ya «diccionario general», sino «diccionario actual», y al asumir un formato mucho más ágil que el anterior, podría parecer un nuevo producto menor sumado a los muchos derivados que ofrece la editorial (*Manual, Esencial, Escolar*, etc.). No es así; aquí no se trata de un derivado, sino de una variante del *Vox* de 1987: una variante en cuanto a la forma material, pero una nueva revisión en lo que se refiere al contenido. Las dimensiones, en efecto, se han reducido a la mitad, y también es muy notable la reducción de peso; dos cualidades que el usuario habitual de diccionarios aprecia mucho más de lo que suelen creer los editores, siempre que ese aligeramiento físico no implique menoscabo del contenido. Pero lo admirable es que aquí este último no ha mermado, sino que ha crecido en 4.000 nuevas entradas con respecto a su antecedente, con lo que, como afirma Alvar Ezquerro en el prólogo, se ha convertido en la obra más completa de las publicadas hasta ahora por la editorial. Añadiré que, en cuanto imagen del léxico español moderno, un caudal que supera las 100.000 entradas es ciertamente satisfactorio. Aparte de esto, se agregan acepciones nuevas en bastantes artículos y se corrigen o retocan definiciones. La única contrapartida es la supresión de las ilustraciones y la presencia de unas láminas en color que están en contradicción con la marcada orientación pragmática de esta edición.

Una novedad llamativa (aunque puramente formal) es la readopción del alfabeto universal; es decir, la retirada de su status de «letras», a efectos de alfabetización, a los dí-

grafos *ch* y *ll*. Esta medida, que *Vox* es el segundo diccionario general español en adoptar —el primero fue el de María Moliner, hace veinticinco años—, no es tan revolucionaria, ya que restaura una secuencia que, en un arranque nacionalista, había sido abolida por la Academia Española a principios del XIX. Veo, en este gesto de ruptura con una tradición particularista, una prueba de la fidelidad de *Vox* a su nativo espíritu renovador.

La aparición del *Vox actual* escribe, por el momento, el último capítulo en la biografía de un diccionario que ha sabido superarse constantemente a lo largo de los años. De ningún modo quiero incurrir en la mitificación. El diccionario perfecto no existe; como dijo Claude Boiste, el lexicógrafo francés contemporáneo de Napoleón, «sólo Dios puede hacer un diccionario perfecto». Siempre quedan barreras que superar, desde la errata, que nunca es enemigo pequeño, hasta el anquilosamiento de la tradición. Aquí está el mal más profundo y difícil de combatir en los diccionarios usuales españoles. Nutridos masivamente del caudal académico, intentan normalmente no descuidar el frente del neologismo; pero no siempre atacan la rémora del arcaísmo, y cuando lo hacen, siguen criterios poco sólidos, ya por ser fundamentalmente subjetivos, ya por apoyarse en una objetividad no bien contrastada: los datos del *Diccionario* de la Academia. Es sabido que este léxico, además del alto porcentaje de voces con la etiqueta de «anticuadas», encierra otro porcentaje no menos alto también fuera de uso, pero sin ninguna advertencia de ello.

RESUMEN

Los diccionarios, nos recuerda Manuel Seco, envejecen a la misma velocidad que los seres humanos; por eso, para que no mueran como las personas, hay que tratarlos como realidades dinámicas. Y es que su propia materia, el léxico, es un hervidero incesante de despla-

El resultado es que los diccionarios tributarios del académico, o van lastrados de mucho peso muerto —como su modelo—, o lo descargan en parte recurriendo a procedimientos arbitrarios. Vio ya el problema con toda nitidez don Samuel Gili Gaya en su introducción de 1945: «Quizá algún día cuente la lengua española con el diccionario total cuyas directrices traza sabiamente el maestro (Menéndez Pidal)... Entonces las tareas de reducción selectiva quedarán notablemente facilitadas. Por ahora, hay que basarlas en difíciles tanteos.» En efecto, la solución a este y otros males de nuestra lexicografía sólo llegará cuando exista un inventario «total» del léxico, con documentación detallada sobre la historia y la vigencia y difusión reales de cada una de las palabras. Sólo cuando la Academia Española consiga completar su *Diccionario histórico* estará en condiciones la lexicografía española —empezando por los propios diccionarios académicos— de superar carencias básicas que hoy la mantienen, en conjunto, en vías de desarrollo, por debajo de los niveles alcanzados por la lexicografía de otras lenguas, como el inglés, el francés, el alemán y el italiano.

Esta rápida revista a la dinastía *Vox* me sugiere una última reflexión sobre un factor esencial en la lexicografía. La responsabilidad del editor es básica en la realización de un diccionario, pero no sólo en sus aspectos materiales, como suele creerse. Ya hemos visto cómo el primer editor de *Vox* consultó en 1945 sobre su proyecto a la máxima cabeza de la lingüística española y cómo, por su consejo, lo confió al cuidado de un destacado especialista, el cual, años más tarde, sería sucedido por otro director de acreditada competencia. Los propietarios de este diccionario no se han sentado a descansar después de la producción de cada edición, sino que han mantenido vivo el rescoldo de la revisión continua. Es importante no sólo que la dirección esté en las manos adecuadas (¡hay diccionarios de lengua dirigidos por economistas!), sino que disponga de un equipo lexicográfico permanente con vistas a una revisión general de la obra cada cierto número de años.

El editor debe ser el más interesado —y no siempre lo es— en que el texto salga con la máxima pulcritud, considerando que, en este género más que en ningún otro, el libro con erratas deteriora la confianza del usuario. Y a este usuario, el usuario «propio» de esta clase de obras, debe prestar el editor la máxima atención a la hora de trazar la maqueta del libro. Con frecuencia se sacrifica la comodidad del manejo, fundamental en obras de intensa consulta, a la simple ostentación de magnitud. En las dimensiones y en el gramaje del papel, sólo en España se producen hoy día diccionarios «usuales» con un formato de 30 centímetros, como en el siglo XIX, y sólo en España se da el caso de que un diccionario de 1400 páginas haya de dividirse en dos tomos porque así lo exige el grosor del papel. Muchos de nuestros editores de diccionarios tendrían que aprender algo de sus colegas extranjeros. Y, para empezar, tampoco les sería inútil repasar algunos de los rasgos, aquí desglorados, de los diccionarios *Vox*.

Manuel Alvar Ezquerro (dir.)

Vox, diccionario actual de la lengua española

Biblograf, Barcelona, 1990. X + 1668 páginas. 4.950 pesetas.

La lucha por la racionalidad

Por Emilio Lledó

Emilio Lledó (Sevilla, 1927) es catedrático de Historia de la Filosofía de la Universidad a Distancia, ha sido docente en las universidades de La Laguna, Barcelona y Heidelberg y «fellow» del Wissenschaftskolleg, Institute for Advanced Study, de Berlín. Entre sus libros se encuentran *Filosofía y Lenguaje*, *El epicureísmo* y *La memoria del Logos*.

Está escrito en la historia del pensamiento y se acepta como uno de sus principios indiscutibles que fue el asombro y, en consecuencia, la curiosidad por el mundo entorno, lo que puso en marcha eso que se llama inteligencia. Asombrarse, extrañarse de algo fue, pues, una forma de distanciarse de ese algo y verlo como realidad que se escapa a la inicial y familiar atadura con que los instintos nos sujetan a la vida y al mundo. Suelto lo real de ese natural engarce, comenzó a hacerse presente como fenómenos, ajenos en principio a la primera y primaria organización del cuerpo y de la vida. Ante un mundo enajenado, hecho «otro» para el sujeto que lo sufría o, en el mejor de los casos, que lo contemplaba, tuvo que iniciarse un largo proceso de reencontro con esa realidad perdida. En el comienzo de la inteligencia estuvo, pues, la tensión por llegar a «asimilar» ese originario descarrío. Asombro, extrañeza, desconcierto, debieron ser causa de las primeras preguntas, de las primeras incertidumbres.

Los textos homéricos dejan, a su manera, rastros de ese preguntar en expresiones como «ver con los propios ojos» («*ophthalmoisin horân*»). Esta primera afirmación de los sentidos no fue sólo distanciamiento ante un saber que consistía, en gran parte, en «oír decir», y que empezaba a consolidarse, en el surco de la tradición, como una «segunda» forma de naturaleza. Ese cauce del saber por «haber oído» sumía al hombre, a pesar de la indudable riqueza del Mito y de los poemas que lo contaban, en un nivel de identificación semejante a aquel del que, como naturaleza animal, había escapado. El «ver con los propios ojos» era ya el tímido apunte de un sujeto que miraba y juzgaba desde la enjuta pero firme e inalienable perspectiva. La cultura oral, constituida por un sistema de comunicaciones, sólo podía crecer, crear más cultura, crear «otra» cultura, permitiendo que el individuo se reconociese críticamente ante ella. Una serie de expresiones de la lengua griega dibujaron los primeros pasos de ese «saber por sí mismo» («*autós oída*»), en el que una incipiente subjetividad iba apartándose del jugoso pero monolítico suelo de la tradición.

Y ya que me he referido al asombro, a la admiración con que se delimitaron distancia y espacio para las primeras formas mentales de la «nueva» manera de recobrar la naturaleza conociéndola y «diciendo» ese conocimiento, también arrancando de estos temas se podría abrir el diálogo con el admirable libro de Luis Vega en el que, desde un problema concreto, descubrimos esos decididos e incansables pasos por el camino de la racionalidad que constituyeron, sin duda, uno de los grandes tesoros de la cultura griega. Pero hay, además, algunas otras perspectivas que, sobre su valiosa aportación a la investigación académica, sitúan a esta obra en el horizonte de, como suele decirse, la más viva actualidad y que me han acompañado a lo largo de su apasionante lectura. Entre líneas, no he podido por menos de percibir otro discurso que apenas necesitaba pronunciarse y que, probablemente, no estaba en la mente de su autor, en primer lugar porque el tiempo de su escritura era otro que este tiempo en el que, ahora, lo estoy leyendo. Ese discurso «otro» apenas necesitaba pronunciarse porque el pronunciado señalaba inequívocamente a él.



FUENCISLA DEL AMO

En los días (este invierno pasado) en los que el lector ha iniciado la lectura de *La trama de la demostración* está viviendo el mundo una de sus más inconcebibles pruebas de irracionalidad. Tan feroz y estúpida que no se comprende en absoluto la idea de progreso, sobre todo pensando que hace más de veinticuatro siglos unos hombres lucharon por establecer los límites, los fundamentos, el lenguaje de la razón.

Ese otro discurso entrevisto se articula en un mundo en el que, como el nuestro, el «ver con los propios ojos» puede convertirse paradójicamente en «ver con ojos de otros» y, por consiguiente, en la suprema expresión de la ceguera. Ya en el mito platónico de la caverna, al comienzo del libro séptimo de la *Republica*, se habla de unos prisioneros que ven sólo sombras en el fondo-pantalla ante el que están atados. Un resto de esperanza alienta, sin embargo, en ese prisionero liberado. Pero tal vez hoy no quepa apenas liberación posible si los programadores que pasean imágenes y simulacros detrás del muro, de los nuevos muros, que secuestran de la vida a los prisioneros, acaban convenciendo de que lo que «es» sólo es lo que «ven», lo que «televen».

Tenía que aludir, en este breve rodeo, a algunas ideas que me asaltaban con la lectura de este libro. Los buenos libros no sólo nos enseñan, sino que tienen, además, el poder de llevarnos, más allá de ellos mismos, a lo que constituye el verdadero contexto sobre el que se proyectan: el contexto del lector. Un contexto que, aunque parezca alejado del supuesto rigor científico académico, es precisamente el que presta el sentido más auténtico y el que otorga al acto de lectura el más amplio y armonioso universo de inteligibilidad.

Ese lector real o posible, después de haber asimilado estas páginas llenas de análisis extraordinariamente ricos por su precisión, por su estilo, donde se acumulan noticias, reflexiones, erudición e incluso humor, acaba por caer una vez más en el insuperable tópico de una cultura que, entre tantos descubrimientos, hizo el de que la «verdad», ese pro-

blemático concepto que también inventó, no se oculta en la autoridad de quien la reclama, sino en el filo de la demostración. Una verdad que es resultado siempre de búsqueda, de esfuerzo y de nobleza, y que suele encontrarse en el común ejercicio con otras mentes. El empeño por entender más allá de los propios ojos, o sea por «hacerse entender», es la historia de esa huida de la caverna de sombras y es, en gran parte, la historia de una «razón tejedora de pruebas» que se crea al tejerlas.

Luis Vega inicia su trabajo reconociendo el papel, un poco desairado, que, en la tradición de la Lógica, ha desempeñado la idea de «demostración». Tan importante término ha sido siempre una encrucijada «entre diversas artes del conocimiento y del lenguaje —ya se sabe lo que ocurre en las encrucijadas: son, según los casos, lugares de encuentro o lugares de despedida—. Por ello, parece ser que ninguna disciplina concreta ha querido cargar con la responsabilidad de historiarla. Esa es la tarea que emprende el presente libro, en cuyo capítulo preliminar nos encontramos ante el dominio semántico en el que se desplaza la palabra «*apódeixis*», que así se llama, en griego, la demostración. El verbo griego «*deiknymi*», de donde se sustantiva el término en cuestión, presenta una doble vertiente: por un lado, aquella que tiene que ver con «mostrar», «indicar», «señalar»; por otro lado, «probar mostrando» los pasos de esa prueba y, en un sentido más técnico, ponernos ante una prueba lógicamente concluyente de una proposición.

Vemos, pues, nacer la «demostración» de unos textos en los que fue lenguaje antes de ser terminología. El contenido de la «*theoría*» surge de la vida de la lengua, donde se conserva la memoria de su constitución. Precisamente es esta situación de privilegio la que presta al lenguaje griego su inigualable singularidad. La mayoría de los conceptos que ha forjado la ciencia y el saber de lo que suele llamarse cultura occidental, brotó de la experiencia que ese lenguaje hacía de un mundo concreto y desde hombres concretos. Por eso cualquier análisis semántico permite encontrar

la raíz, no tanto en el mero sentido gramatical cuanto en el sentido de planta que absorbe su vitalidad del suelo en el que se halla. Ese suelo, por una serie de razones que la filología y la filosofía han pretendido descubrir, estuvo formado por ese asombro originario, pero también por una historia de experiencias que Luis Vega ha sintetizado en las primeras líneas de su primer capítulo: «Según es bien sabido, algunos griegos adoptaron en una época tan temprana como el siglo VI a.n.e., una actitud discursiva y racional desusada en el marco histórico de la cultura antigua. Esta actitud consistía no sólo en la pretensión de dar cuenta y razón («*lógon didónai*»), ante uno mismo y los demás hombres, del mundo que nos rodea, sino en reconocer un poder relativamente público e impersonal, la fuerza de la razón, capaz de dirimir por la vía de la argumentación el caso propuesto.» Esa peculiaridad no tuvo parangón en las sociedades coetáneas y llevó a la creación de esos instrumentos mentales que, como la demostración, «indican la superioridad de la matemática griega sobre otras matemáticas prehelénicas conocidas».

Pero, tal vez, lo que habría de convertirse en una piedra angular del «Partenón» ideal, que los griegos construyeron también con sus conceptos, tuvo unos orígenes absolutamente laicos. El dar cuenta de algo se aprendía en el espacio de la Polis, que, más que un ámbito geográfico, fue un ámbito lingüístico. Considerar el lenguaje que hablaban los griegos no sólo como medio de comunicación, sino también como objeto de estudio, constituyó un elemento importante de progreso. Asombrarse del lenguaje, preguntar por el significado de determinadas palabras, era algo muy distinto de mirar el curso de los astros o describir el movimiento de los animales. Esa desconfianza ante el mosaico lingüístico en el que se asienta la tradición, y que aparece claramente en los sofistas y en Platón, tuvo ya sus primeros atisbos en el mismo Homero y en los presocráticos. Es conocido el famoso fragmento de Heráclito, donde un simple cambio de acento hace que el significado de una palabra sea lo opuesto de lo que su significado indica: «El nombre del arco es «*bíos*», pero es la muerte su obra» (DK. 22 B 48).

Es muy posible que los primeros atisbos de la demostración se hallen, como el autor pretende, en lo que llama la inferencia condicional. En este caso la comunicación lingüística servía, más que para transmitir informaciones ya sabidas, para descubrir, en la percepción del lenguaje, la misma posibilidad de observación a que nos lleva la experiencia de la naturaleza. Entre otras cosas, este «juego» lingüístico expresaba el juego de la mente y la creación, en ella, del mundo especulativo. Reflejo de lo real, el universo del lenguaje es el universo de lo intersubjetivo, y a través de él, el individuo rompe el silencio de su radical inefabilidad.

Esta larga parte introductoria del libro de Luis Vega nos sitúa ante ese «*ordo mentis*» que, en un largo proceso de gestación, va dejándonos ver la forja de la ontología de la «*intimidad*». Sin ese mundo de «dentro» («*éndothen*») que, según Platón, caracteriza al ser humano, cualquier mensaje que llega de «fuera» («*éxothen*») se pierde. La interioridad se constituye como una estructura que permite percibir lo exterior, sentir lo exterior y, además, «contar» desde el lenguaje, desde lo interior, que hay un orden de la mente que se corresponde con un «orden de las cosas» y que la tarea esencial de la inteligencia consiste en establecer la posible coherencia de esos dos órdenes.

Después de exponernos los orígenes de la idea de demostración, se aborda, en un segundo capítulo, la teoría aristotélica de esa idea, que constituye «la primera reflexión ana-



Viene de la página anterior



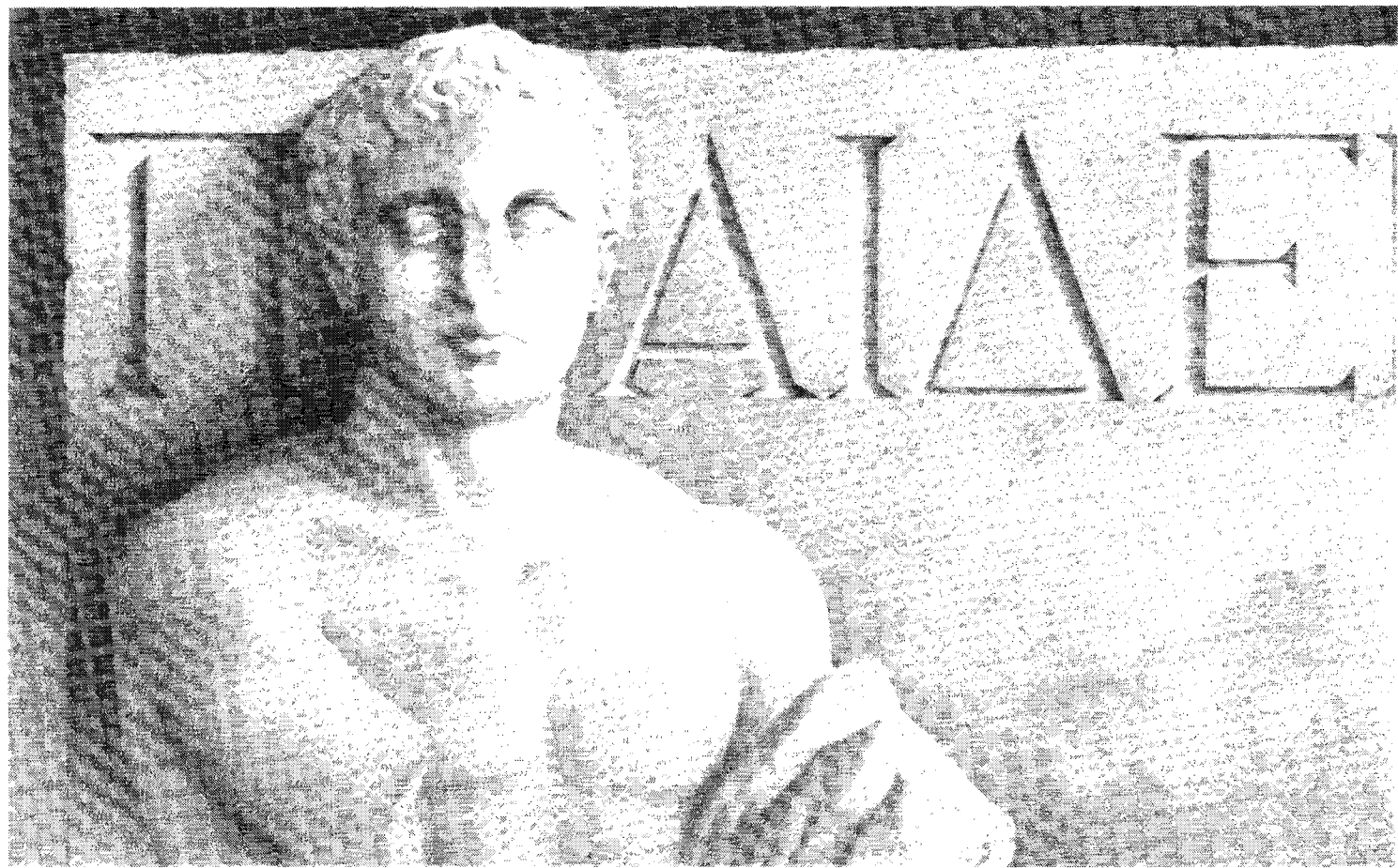
lítica sobre algunos conceptos estructurales de la investigación y de la exposición científica». Para Aristóteles, sin embargo, el mundo de lo real era tan primordial que llegaba a marcar las múltiples maneras de decirse eso real, y era el ser el que, hasta cierto punto, controlaba sus «decires». Para la moderna Filosofía de la Ciencia, lo fundamental son las maneras de decir cómo son las cosas. Lo gnoseológico prima, pues, sobre lo ontológico. Es natural que el mundo aristotélico estuviese todavía sumido en ese, llamémoslo, realismo, según el cual las «cosas son como son y no pueden ser de otra manera». Tendrían que venir las filosofías escépticas, la teoría de la experimentación, la invasión técnica y tecnológica que crea mundo, la inundación de simulacros que falsifica mundos, el sistemático cultivo del «pseudos», para que la ciencia llegase a pensar que era más fácil establecer orden en la mente que en el «mundo». Sobre todo porque tal vez, por una malversación de los «fondos» de la mente, su orden se desordenaba, al ser regida no por principios que la fecundan, sino por una pragmática engañadora que los malversa.

Aristóteles desarrolló en los *Analíticos*, que hoy podemos leer en la ejemplar traducción de Miguel Candel, la teoría de la demostración. Luis Vega expone algunos de sus problemas centrales, entre cuya «varia lección» aprendemos a matizar la tesis de la «evolución» de Aristóteles; a distinguir el lugar del silogismo como instrumento del saber; a descubrir los niveles en que esta forma de conocimiento se sitúa; a percibir por primera vez la invención y utilización del lenguaje como terminología; a considerar la silogística como un genial atisbo de «ars combinatoria», donde predomina un sistema lógico, una teoría de la deducción, más que un repertorio de pautas deductivas.

Praxis dialéctica

La teoría de la demostración surge del descubrimiento de un lenguaje que puede, en la praxis del diálogo, convertirse en objeto de investigación. Precisamente esa praxis dialéctica que la vida determina, hace que la demostración se presente como un resultado de esa praxis y, al mismo tiempo, como un instrumento de ella. No basta enseñar, demostrar, arrancar el convencimiento de quien está implicado, con nosotros, en «saber más», sino que ese instrumento demostrativo sirve para «descubrir más», para ampliar más el saber. Es verdad que el esquema de Aristóteles, alimentado de la praxis dialéctica, apenas si pudo «practicarse» en la inmediata evolución de la ciencia helenística, pero, con independencia del supuesto fracaso metodológico que este hecho implica, alcanzamos a aprender otra metodología más elemental y oculta: la de una cultura que se forjó analizando y criticando continuamente su «ordo mentis».

Esa minuciosidad con que se analizaba el lenguaje permitía también que surgiesen de ese análisis «fórmulas terminológicas» que se convertían en instrumentos de conocimiento. Aristóteles no es el creador de la terminología filosófica por utilizar, como términos, ciertas palabras del lenguaje natural, sino sobre todo por inventar puros términos funcionales a base de pequeñas partículas, de preposiciones, de constelaciones verbales que no existían antes, tal como él las compone, en la lengua griega («tò en hō»; «tò hōs epì tō polý»; «tò posón»; «tò tí hēn einai»; «tò nñ»; «tò pálai»; «tòde tí», etc.). Un ejemplo de esta terminologización funcional lo expone Luis Vega al descubrirnos algunos de estos aparatos lingüísticos, como «tò hōti» —el hecho de que algo sea de algo—, «tò dióti» —el que algo sea por algo—. La aparición de semejante terminología en el mundo griego quiere decir,



FUENCISLA DEL AMO

entre otras cosas, que se perseguían unas formas de conocimiento nacidas de un impulso ilustrado, donde saber era informar y, por supuesto, formar. El que una palabra esencial como «Paideía» fuese la base de la que partía el deseo de conocimiento, es prueba, a su vez, de un ideal de cultura en la que casi no importó tanto saber qué es «ser bueno», cuanto crear los instrumentos para serlo.

En el capítulo tercero se estudia la aportación estoica a la teoría de la demostración. El autor destaca, en primer lugar, las diferencias de la lógica del estoicismo y su empeño por «enlazar con la dialéctica informal de los eléatas y de las escuelas socráticas menores, como si la mediación platónica y —sobre todo— la lógica aristotélica apenas hubiesen existido». Tal vez una de las máximas aportaciones de la lógica estoica fuera «el examen de las unidades discursivas a las que llamaron «axiómata»». Con este término pretendieron los estoicos acentuar lo que significa el verbo del que esa palabra se deriva: «estimar», «juzgar digno», «creer justo», «reclamar», etc. Todo ello suponía, pues, un cierto compromiso pragmático que se conjugaba bien con algunos ideales prácticos de la cultura helenística y en los que el mundo, como el cuerpo humano para los médicos hipocráticos, comenzaba a poblarse de signos —«semeía»— de los que se podía inferir lo desconocido. «Los fenómenos son un vislumbre de las cosas invisibles», había dicho Anaxágoras. En ese vislumbre de lo invisible podría situarse también el Logos que para los estoicos rige el Universo, como regía a los hombres el Logos del famoso fragmento de Heráclito. Un Logos profundo, como una «armonía oculta» en la que todo lo real, y la mente con ello, se ajusta.

Esa armonía en el Logos oculto hace que una serie de conceptos centrales de la Stoa estén organizados al hilo de una forma de «interioridad». Uno de esos conceptos es el de «phantasia kataleptiké», un aprender iluminando de sentido lo aprehendido. Crisipo relaciona a esta «phantasia» con «phōs» —luz—: «Se dice también que la «phantasia» viene de la luz, y así como la luz se muestra a sí misma, al mostrar las cosas que están en ella, así la «phantasia» se muestra a sí misma y a lo que la produce» (*Stoicorum Veterum Fragmenta*, ed. de H. von Arnim. Stuttgart, Teubner 1968, II, 21,23-22,2).

Constituye un estudio interesante observar este largo recorrido en la historia de lo que, con un cierto anacronismo, podríamos llamar «intimidad», y de la que no es ajeno ese otro término «prólepsis», que significa algo así como una forma de «Vorverständnis»,

de «praejuditium», «aquello en virtud de lo cual los hablantes de un lenguaje entienden el significado comúnmente aceptado de una palabra en ese lenguaje». No quiero insistir, en relación con estos términos, en lo que el autor previene sobre la posible confusión entre fuentes de evidencia y criterios de justificación, sino únicamente señalar la importancia de que el hombre para los estoicos —lo mismo que para Aristóteles, aunque el acento estuviese cambiado— se diferenciaba de los animales por su capacidad de hablar; pero de hablar un lenguaje «pensado»; un lenguaje que era pensamiento, o sea, un lenguaje interior. Ese lenguaje no es, sin embargo, un lenguaje «neutral». Aunque circule por los insonoros caminos de la lógica, engarza con la totalidad del «sabio», para quien vivir es «adaptar su Logos al de la naturaleza». Una forma de ampliar el territorio de la «prólepsis» hacia la frontera de la «areté».

Esta resonancia ética brota de una consideración de la experiencia como un tejido de signos. En esta perspectiva de la «intimidad», la demostración trazó un plano del saber en el que seleccionar, añadir, combinar —posibilidades de la mente a la que se había referido Epicteto—, no tuviesen que ver sino con los «intereses» de la razón, y no con otro tipo de intereses protegidos por la «mala» voluntad. Resuena aquí, también, ese otro discurso no escrito en el libro de Luis Vega, pero que su lector percibe. Ese discurso que en un mundo como el nuestro, asfixiado de signos que nada significan, «la pregunta por el valor de una noticia» no debería plantear sólo «en un contexto inferencial una cuestión de fuentes de autoridad, sino más bien una cuestión de justificación y de discernimiento».

El último capítulo trata de Euclides y la práctica de la demostración matemática. El paisaje intelectual en el que se desplazan los «Elementa», cuyo complicado contenido se describe con claridad y se analiza muy

certamente en sus puntos clave, presenta variantes que muestran el «desarrollo» de la matemática griega. No carece de interés, entre esas variantes, la hegemonía de la escritura que permitirá una nueva forma de independencia y objetividad entre los productos intelectuales. La demostración entra aquí en una institucionalización, en la que el saber crece y progresa desde su misma posibilidad de ser inferencia y referencia de sí mismo. La «Academia» y el «Liceo» se transforman en las páginas de esa inamovible escritura.

No quisiera caer en la clásica retórica laudatoria que, fomentada por la invención del éxito, necesita de la exageración para vender, tantas veces, un producto miserable. A pesar de ello me atrevo a decir que este libro de Luis Vega es uno de los trabajos de investigación filosófica más importantes publicados en nuestro país. Confío en que no pasará desapercibido para quienes se toman en serio el trabajo filosófico. Sólo he encontrado en esta obra algo que no se corresponde con su inusitada calidad y que, tal vez, haya que atribuirlo a ciertos descuidos incomprensibles en una editorial que, como Alianza, ha gozado mercedamente de tanto prestigio. Un libro de gran riqueza y precisión conceptual necesitaba, al menos, un índice analítico de términos, definiciones, temas. Menciono también otra observación que ya no sé si es defecto o virtud. Si este libro hubiera estado escrito en inglés pronto se daría cuenta de él en las revistas internacionales especializadas, y habría que esperar que nuestros mejores editores se apresuraran a traducirlo. Pero este libro ha sido escrito en castellano, y precisamente su escritura es uno de sus grandes méritos. Un castellano preciso, elegante, riguroso. La lectura del libro de Luis Vega nos enseña también, entre tantas enseñanzas, lo necesitada que está nuestra lengua de quien sepa manejarla y cuidarla, y lo agradecida que es a ese mimo.

RESUMEN

Emilio Lledó abre un diálogo, en su artículo, con el libro de Luis Vega que comenta, descubriendo en él, entre otras cosas, los decididos e incansables pasos por el camino de la racionalidad que constituyeron, sin duda,

uno de los grandes tesoros de la cultura griega. En su opinión, y lo razona en su trabajo, estamos ante uno de los trabajos de investigación filosófica más importantes publicados en España.

Luis Vega Reñón

La trama de la demostración. (Los griegos y la razón tejedora de pruebas)

Alianza Editorial, Madrid, 1990. 416 páginas. 2.200 pesetas.

Rastreando nuestros orígenes

Por Juan Ortín

Juan Ortín (Madrid, 1946) ha sido becario de EMBO y de Alexander von Humboldt Stiftung, y director del Instituto de Biología Molecular del CSIC; actualmente es profesor de Investigación del CSIC y jefe del Departamento de Biología Molecular y Celular del Centro Nacional de Biotecnología. Sus actividades científicas están centradas en la transcripción y replicación del genoma de virus.

El origen del hombre, como el origen de la vida, ha constituido un punto de interés en el pensamiento y un objetivo científico constantes para la humanidad. El libro que nos ocupa es un relato periodístico de la búsqueda de nuestros ancestros más remotos.

El suceso que da origen a este relato es, obviamente, la publicación en *Nature* de un artículo firmado por Cann y colaboradores en el que se estudia la diversidad genética de los DNAs mitocondriales de un número de individuos de distintos orígenes en el planeta. Las conclusiones a que estos autores llegan incluyen que esta diversidad genética es máxima en las poblaciones humanas de origen africano y que existen dos líneas evolutivas independientes, una de las cuales se localiza exclusivamente en África, mientras que la otra tiene ramificaciones en el resto de los grupos de población. Por tanto, se predice el origen del hombre moderno en África hace alrededor de doscientos mil años. Dado que la aportación de DNA mitocondrial al cigoto viene mediada exclusivamente por el óvulo, es decir, se transmite por herencia materna, esta propuesta lleva implícita la localización de nuestra madre común, Eva. El tirón periodístico es evidente.

Aparte de la visión creacionista de Eva, que podríamos considerar partenogenética, y quizá como consecuencia de la influencia de esta figura bíblica, es evidente que Eva tiene un carácter mitológico. En ella se mezclan influencias religiosas y radicalmente humanas. Quizá fuera Eva, la Eva biológica que ha tenido que existir, la primera en tener conciencia de su propio ser, en preguntarse de dónde venimos y hacia dónde vamos.

Partiendo de este punto de arranque, el autor se adentra en la interacción, en muchas ocasiones la lucha, entre los paleoantropólogos y los genéticos para ahondar en el conocimiento de nuestros orígenes. Esta interacción está fructificando ya en la aparición de la «paleoantropología molecular», pero a este punto volveremos más adelante.

Fósiles versus genes

FENOTIPOS Y GENOTIPOS

Una de las más profundas diferencias entre el abordaje paleontológico y el genético del estudio del origen del hombre radica en que el primero inevitablemente estudia fenotipos, mientras que el segundo puede centrarse en los genotipos, aunque en algunas ocasiones se han usado también fenotipos. La paleoantropología se basa en los estudios morfológicos de los fósiles y en la determinación de su edad. Por contra, la genética analiza los genes y su cambio: bien su diversidad entre los miembros de una especie o bien su divergencia cuando se comparan especies más o menos diferentes. ¿Qué ventajas y desventajas presentan cada uno de estos abordajes?

A LA BÚSQUEDA DE UN RELOJ

Cuando se comparan dos fósiles, sólo podemos estar seguros acerca de su cronología relativa dentro de los límites de precisión de estas determinaciones, pero no de sus relaciones de «parentesco». En palabras de uno de los genéticos moleculares citados en el libro que nos ocupa, «sabemos que nuestros genes proceden de nuestros ancestros, pero no podemos estar seguros de que un fósil dejó descendientes». Por otra parte, aunque los estudios de genética evolutiva permiten inferir las relaciones entre nosotros y nuestros antepasados, las correlaciones de estos ancestros con los tiempos geológicos no están tan claras. La existencia de un «reloj molecular» que refleja la mayor o menor uniformidad en la velocidad de mutación de un gen

a lo largo del tiempo, está generalmente admitida, pero su precisión es objeto de debate. ¿En qué proporción son neutras las mutaciones que detectamos? ¿Ha habido épocas de evolución rápida en comparación con tiempos de mayor estabilidad genética, como propone S. Gould? Quizá muchas de las aparentes contradicciones entre las propuestas que paleontólogos y genéticos ofrecen, podrían eliminarse si se pudieran sincronizar sus «relojes».

EL DNA MITOCONDRIAL COMO MARCADOR GENÉTICO

El DNA mitocondrial representa un porcentaje ínfimo del contenido genético de una célula y ni siquiera contiene toda la información necesaria para la construcción y actividad primordial de la mitocondria: la generación de la energía celular. Sin embargo, reúne una serie de características que le confieren un gran valor como marcador genético: es haploide, no participa en fenómenos de recombinación, es homogéneo en cada individuo y se transmite sólo por línea materna.

La secuencia del DNA mitocondrial humano es conocida. Se ha demostrado que evoluciona más rápidamente que los genes nucleares y que es muy diversa. En particular, la región de control (*D-loop*), que no codifica ninguna proteína, es altamente variable entre individuos. Por todo ello, el DNA mitocondrial sirve como trazador para la construcción de un árbol genealógico de la línea materna. Un ejemplo llamativo y revelador de la utilidad del DNA mitocondrial como marcador es la identificación de las familias de los niños secuestrados en Argentina durante la dictadura militar, cuyos padres habían sido asesinados, exclusivamente a partir de las secuencias de DNA mitocondrial de sus presuntas abuelas y tías.

Sin embargo, hay que ser cautos en la interpretación de los datos, porque, como ocurre con los apellidos en los países anglosajones, los linajes del DNA mitocondrial se pueden perder al azar: cualquier mujer que no

tenga hijas verá cortada la línea de transmisión de su DNA mitocondrial.

¿UN SOLO FOCO EVOLUTIVO PARA DAR «HOMO SAPIENS SAPIENS»?

El estudio de los polimorfismos de patrones de restricción de DNA mitocondrial de individuos de distintos orígenes llevó a Cann y colaboradores a proponer que todos nosotros derivamos de un solo foco evolutivo que se puede localizar en África hace unos doscientos mil años. A partir de este foco, estos primeros hombres modernos se habrían extendido por el resto del planeta, desplazando a otros homínidos de los que hay evidencia antropológica mucho más antigua en diversas regiones.

Estas conclusiones están en oposición frontal con una parte importante del pensamiento imperante entre paleoantropólogos, que sostienen que hubo una transición desde «H. erectus» hacia «H. sapiens» y de éstos hasta el hombre morfológicamente moderno en diversas zonas del mundo. Así, se arguye que los fósiles de «H. erectus» descubiertos en Asia muestran características morfológicas propias de los asiáticos actuales, y que la misma circunstancia se presenta respecto a los fósiles europeos. En otras palabras, las propuestas que se derivan del estudio del DNA mitocondrial suponen que la evolución hacia el hombre moderno tuvo lugar «antes» de la diversificación racial, y que la expansión del hombre moderno en el planeta tuvo lugar sin interacción genética detectable con otros homínidos existentes.

Desde el punto de vista genético, es difícil imaginar cómo pudieron tener lugar fenómenos de evolución de poblaciones de «H. erectus» en distintas regiones del mundo para dar lugar a la misma especie. Sobre todo cuando hay que suponer que en aquellos tiempos los grupos de población tenían que estar muy aislados. Es más plausible que la aparición del hombre moderno se realizara en una sola línea evolutiva, seguida de la expansión por el resto del planeta.



JORGE WERFFELLI

Viene de la página anterior



JORGE WERFFELL

¿Cómo se pueden explicar entonces las analogías morfológicas detectadas entre los fósiles antiguos y las razas humanas actuales? A este respecto hay que resaltar que las distancias genéticas tienen poco que ver con las «distancias morfológicas». Volvemos al fenotipo y al genotipo. Las diferencias anatómicas entre el hombre y el chimpancé son evidentes, pero las diferencias de secuencia en sus DNAs son pequeñas. Por contra, existen especies de anfibios, apenas distinguibles morfológicamente entre sí, que se diferencian en sus DNAs más que el hombre de los monos del Nuevo Mundo.

Otro de los aspectos de la propuesta que ha suscitado polémica es la ausencia de interacción genética con las poblaciones de homínidos pre-existentes durante la supuesta expansión del hombre moderno. Si tal interacción hubiera tenido lugar, la diversidad genética de los DNAs mitocondriales de poblaciones no africanas hubiera sido mayor que la de la población africana, resultado contrario al encontrado. Sin embargo, si, como es presumible, se hubiera dado un suceso de evolución localizado, no sería extraño que la población emergente resultara reproductivamente aislada del resto de las poblaciones de homínidos existentes. Tal es el caso normal en los fenómenos de especiación. El aislamiento reproductivo pudo venir mediado por una baja eficiencia biológica del híbrido o su inviabilidad, o bien por impedimentos sociales o culturales que aislaran efectivamente la población en expansión de la residente.

¿Cuál podría haber sido la ventaja selectiva que permitiera el desplazamiento poblacional de los homínidos residentes? Sólo podemos especular a este respecto. Pudo ser una ventaja biológica, tal como mayor eficacia reproductiva, o bien una ventaja cultural que le permitiera una mejor utilización de los recursos disponibles. Wilson ha propuesto que la ventaja sería la adquisición de la capacidad para el lenguaje, una hipótesis provocativa pero carente de fundamento y muy difícil de evaluar experimentalmente.

GENES DE FOSILES

En los últimos años se han desarrollado técnicas que permiten predecir que en el futuro se puedan aunar esfuerzos por parte de paleoantropólogos y genéticos para desen-

trañar el origen de nuestra especie, aparte de ser útiles para el estudio de la evolución de otras muchas especies. Dos tipos de procedimientos experimentales han permitido la recuperación de DNAs de origen antiguo, procedentes de especímenes conservados en museos o bien de muestras arqueológicas: por una parte, los DNAs presentes en momias se han clonado y amplificado en vectores bacterianos, permitiendo su caracterización genética, mientras que otra serie de DNAs se ha amplificado por la técnica de reacción en cadena mediada por la polimerasa («pcr»).

El mayor problema técnico cuando se usa DNA de muestras antiguas, deriva de la gran cantidad de modificaciones químicas que contiene, tales como uniones intercatenarias o posiciones de la secuencia que han perdido las bases nitrogenadas. En el caso de que se intente el clonaje molecular en bacteria, estas modificaciones dan lugar a una muy baja eficiencia de clonaje. Además, las posiciones que han perdido la base o cuyas bases han sido modificadas químicamente son reconocidas por el sistema de reparación de la bacteria, que se caracteriza por una baja fidelidad de copia, dando lugar a incertidumbre en la secuencia que se determine más adelante.

Cuando se utiliza la técnica «pcr» para amplificar el DNA antiguo, las modificaciones químicas impiden que sea posible la amplificación de segmentos largos del DNA. Al ser un sistema «in vitro», incapaz de reparar las lesiones, éstas suponen una barrera prácticamente infranqueable: mientras que si se usa una muestra de DNA no modificado se pueden amplificar fragmentos de miles de nucleótidos, cuando se usa DNA antiguo sólo se logra la amplificación de segmentos de alrededor de 100 nucleótidos.

El problema más importante en el estudio de DNAs recuperados de muestras antiguas es el de la autenticidad. Tanto el clonaje molecular como la amplificación por la técnica «pcr» son procedimientos extremadamente sensibles, por lo que son capaces de detectar contaminaciones ínfimas de DNAs «no antiguos» que estén presentes en las muestras debido, por ejemplo, a la manipulación de éstas. Cuando se usa la técnica «pcr», además de llevar a cabo los obvios controles negativos y controles de repetitividad por muestreo reiterado del espécimen, el propio hecho de ser incapaces de amplificar grandes segmentos

de DNA puede ser considerado un control de autenticidad.

A pesar de los problemas técnicos que habrá que superar, los abordajes experimentales de «antropología molecular» suponen el tomar ventaja tanto de los datos antropológicos, como edades geológicas y estudios morfológicos, como de la posibilidad de determinar las relaciones de parentesco mediante el estudio de las secuencias de DNA correspondientes. Quizá esta interacción signifique un progreso mucho más rápido de este tipo de estudios.

Una cuestión de ego

Entremezclada con la discusión sobre la existencia de Eva, su lugar de nacimiento, edad y color, en el libro que nos ocupa se nos presentan las historias de envidias, conflictos de personalidad e incluso a veces insidias entre los científicos que, junto con Eva, comparten el protagonismo del relato. Y no solamente entre los genéticos y los paleoantropólogos, cuya sintonía es siempre difícil por las diferencias en el lenguaje que unos y otros usan, sino también entre los miembros de las distintas escuelas o líneas de pensamiento de cada especialidad.

UNA MONEDA DE PAGO: EL PRESTIGIO

Y es que en el mundo de la ciencia, la moneda que más se valora, incluso más que la de curso legal, es el prestigio. Y el prestigio se genera, o se destruye, por el conjunto de las opiniones del resto de los colegas de la especialidad. Mediante la valoración entre pares

RESUMEN

El científico Juan Ortín se ocupa de un libro de carácter divulgativo, que con tanta frecuencia aparecen en el mundo anglosajón, y que es un relato periodístico de la búsqueda de nuestros ancestros más remotos. La base del mismo son

(«peer review»), se califican, se modifican, se aceptan o rechazan las publicaciones de cada científico. Más aún, este mismo sistema se usa para acceder o no a la financiación de proyectos de investigación, sin la cual no es posible realizar el trabajo que cada uno se propone como meta. En algunos lugares, de esta financiación depende la subsistencia de algunos miembros del equipo de investigación y del propio investigador proponente. No es extraño, aunque sí censurable, que en ocasiones se usen descalificaciones en lugar de críticas constructivas. Todo con tal de conseguir ese prestigio, ese hueco en el sistema que permita la subsistencia científica.

Este fenómeno, con ser general en el mundo de la ciencia, es también función de la calidad, la objetividad de los datos que forman la base sobre la que se construyen hipótesis de trabajo, teorías y modelos. Cuanto menor es el nivel de conocimiento en una especialidad concreta, cuanto menos objetivables son los datos, mayor suele ser la frecuencia con la que se elaboran grandes teorías, muchas de las cuales son difíciles de someter al test del experimento.

En el caso que nos ocupa es curioso observar cómo, a pesar de la disparidad de criterios en la determinación de la edad de algunos fósiles o la incertidumbre sobre la velocidad o el carácter metronómico del reloj molecular, se producen grandes discusiones sobre modelos cuya viabilidad quedaría seriamente dañada por errores experimentales que quedan dentro de lo esperable.

Estas luchas, si no llegan a anular la capacidad de los grupos de investigación para realizar el trabajo, constituyen, sin embargo, un tremendo estímulo para el avance de la ciencia. La presión, dentro de ciertos límites, y el cruce de ideas y puntos de vista muy distintos, provocan una mayor creatividad que redundan en una mayor eficacia en la producción científica.

Consideraciones finales

La obra de M. H. Brown, a pesar de una cierta superficialidad, resulta estimulante para los no iniciados en el tema, si bien en muchas ocasiones es reiterativa.

Dos podrían ser las críticas formales más importantes: Por una parte se echa de menos el uso de esquemas que clarifiquen al lector las relaciones propuestas entre los distintos fósiles que aparecen descritos en el texto, de mapas de sus lugares de aislamiento, de mapas del DNA mitocondrial y ejemplos de polimorfismos de restricción que hagan más accesibles estas técnicas al lector medio. Por otro lado, el «tempo» del relato se pierde en muchas ocasiones. Se ha pretendido usar la técnica de relatos superpuestos, simultáneos, de partes de la trama, pero sin conseguir el resultado apetecido.

Respecto del contenido, se echa de menos una referencia más amplia al uso de DNAs recuperados de muestras antiguas en el estudio de la paleoantropología, una aproximación experimental que, si bien es reciente, está avalada por una buena serie de publicaciones serias.

las teorías evolucionistas que sitúan el origen del hombre moderno en África, hace alrededor de doscientos mil años. Desde un punto de vista científico, Ortín enjuicia esta obra a la que achaca cierta superficialidad y reiteración.

Michael H. Brown

The search for Eve

Harper & Row, Nueva York, 1990. 357 páginas. 22.95 \$.

Una radiografía de la España del XVIII

Por Antonio Domínguez Ortiz

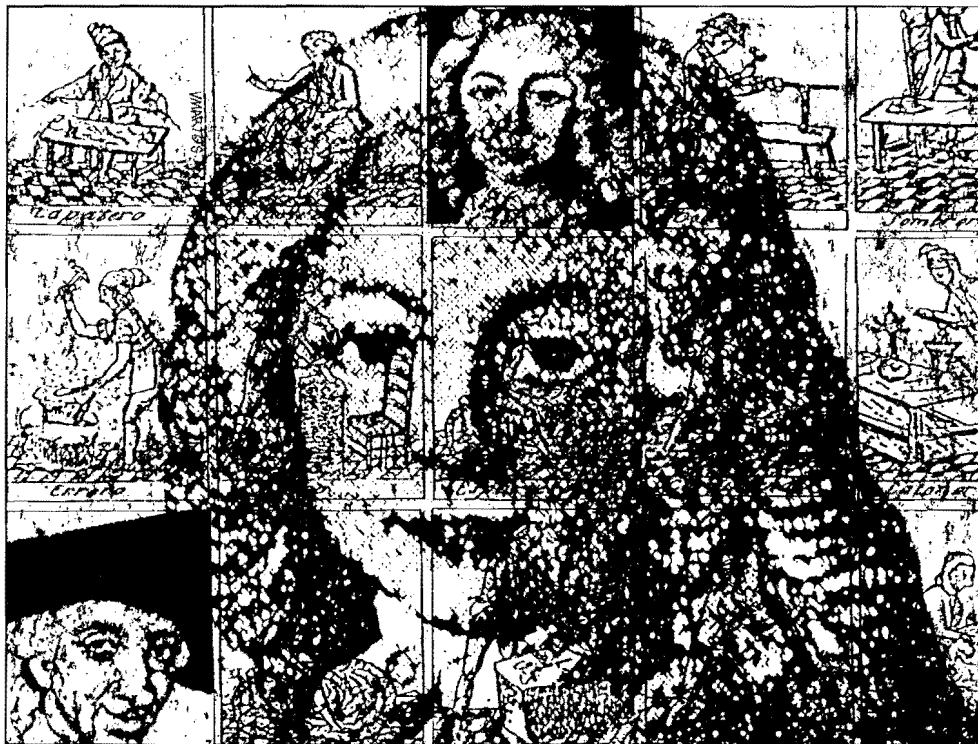
Antonio Domínguez Ortiz (Sevilla, 1909) ejerció la docencia hasta su jubilación en 1979. Es académico de la Historia, doctor «honoris causa» por varias universidades, Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales (1982) y Premio «Menéndez Pidal» (1986). Su amplia bibliografía se ha centrado en Sevilla, Andalucía y la España de la Edad Moderna.

El arte de gobernar tiene, como una de sus premisas indispensables, el conocimiento, lo más completo posible, de los gobernados. El Estado creado por los Reyes Católicos y llevado a un alto grado de perfección en la época de Felipe II, ha dejado en nuestros archivos una documentación estadística muy estimable para su tiempo. Después, la degradación de la administración castellana se dejó sentir también en este campo con resultados muy perniciosos; si el Conde Duque de Olivares exigió de Cataluña más de lo que podía dar fue, en parte, porque creía que su población alcanzaba el millón de habitantes cuando en realidad sólo tenía medio millón.

Dentro de los planes de reorganización hacendística de los primeros Borbones entraba la confección de un catastro que por lo pronto sólo se aplicó en Cataluña; pero el proyecto era más ambicioso: en la Ordenanza de Intendentes se preveía que estos funcionarios debían redactar descripciones de las provincias que tenían a su cargo y confiar a ingenieros la ejecución de mapas de las mismas. Dentro del espíritu de la Preilustración propio del reinado de Fernando VI se pretendía implantar un nuevo sistema fiscal más simple y equitativo, con el doble objeto de incrementar los recursos del Tesoro y de suprimir los privilegios y desigualdades fiscales, lo que exigía una valoración de las rentas y patrimonios de todos y cada uno de los habitantes de los reinos de Castilla.

El ministro que acometió esta tarea colosal fue don Zenón de Somodevilla, marqués de la Ensenada. Sus experiencias en Italia le habrían permitido conocer el catastro milanés y el de Saboya, iniciado en 1728. Pero la tarea en que iba a embarcarse era de mucha mayor envergadura. Comenzó cubriéndose las espaldas con una bula papal que detendría las posibles objeciones de los eclesiásticos. Por parte del estamento nobiliario, desunido y, en parte, ganado a las nuevas ideas, no hubo conato de protesta ante la implantación de un tributo personal, directo, que iba contra la tradición anterior. Una real cédula de 10 de octubre de 1749 puso en marcha el mecanismo. Se constituyó en Madrid una Junta que envió comisionados a cada ciudad, villa o lugar. Como la Administración tenía muy pocos funcionarios, todo dependía de la colaboración de los poderes secundarios: las autoridades municipales ante todo, pero también las autoridades señoriales y eclesiásticas.

En cada núcleo de población citaban a las autoridades, a los representantes de los gremios y a todos cuantos podían contestar un amplio cuestionario. Se preveían resis-



VICTORIA MARTOS

cias que las autoridades deberían disipar aduciendo las razones invocadas en la real cédula: aquellas operaciones estaban destinadas a procurar el bien de los vasallos, sustituyendo la multitud de «rentas provinciales» (alcabalas, cientos, millones, etc.) por un Impuesto Único en el que cada uno tributaría según sus posibilidades, con gran comodidad y ahorro para todos. Las contestaciones obtenidas de los pueblos al citado cuestionario constituyen las Respuestas Generales. Pero éste sólo fue el primer paso, una especie de ojeada de conjunto. Siguió el «memoriales» o relaciones en las que cada vecino declaraba su nombre y edad y la de los miembros de su familia; el oficio que ejercía, la casa que habitaba, los ganados, tierras, pajares, artefactos y demás propiedades que poseía. Con esas informaciones, más las proporcionadas por los gremios, se confeccionaron los «libros maestros», separando lo «personal» y lo «real», y también las propiedades y rentas eclesiásticas de las civiles. Además se formaron listas de «mayores hacendados». También se formaron resúmenes provinciales.

Las protestas fueron innumerables al saberse o presumirse la cuota que cada uno tendría que pagar. Aparte de las imperfecciones inevitables jugaba contra el Catastro el bien conocido principio que dice que los impuestos directos se soportan mucho peor que los indirectos. La variedad de medidas, la incultura de los declarantes, la enrevesada situación patrimonial de muchas fincas, eran otros tantos obstáculos para llevar a buen término una operación de tales dimensiones.

La caída de Ensenada y la atonía que caracterizó el final del reinado de Fernando VI explican que después de rematado el Catastro no se pusiera en vigor. Menos explicación tiene que Carlos III, después de haber ordenado lar-

gas operaciones de revisión y actualización, tampoco diera luz verde al proyecto. Como obra de gobierno, el Catastro fue, pues, un fracaso, un derroche de muchos millones en balde. Pero como fuente de conocimiento de nuestro siglo XVIII, la masa de documentación que generó no tiene igual, pues, como escribe Concepción Camarero, que a propósito de Burgos ha estudiado todo el proceso catastral: «¿Qué otra fuente permite realizar más de 15.000 estudios locales? ¿Cuál más hace conocer los sistemas de cultivo, la estructura de la propiedad rural y urbana, la cabaña ganadera, las estructuras municipales de gobierno, el mapa de señorialización, las rentas enajenadas, y ello en toda la Corona de Castilla?»

Documentación catastral

La documentación catastral ha servido de base a multitud de monografías, pero se plantea el problema de un aprovechamiento global; en la publicación íntegra no hay que pensar; solamente las Respuestas Generales ocupan en el Archivo de Simancas más de 600 legajos, que con los complementos y revisiones llegan al millar. Tabapress ha tenido la idea de publicar un centenar de volúmenes que reproducen las Respuestas referentes a otras tantas poblaciones; en este número se incluyen las capitales de provincia, pero también otras pequeñas ciudades y pueblos, como Tuy, Fuenlabrada, Carmona, Ciudad Rodrigo, Aranda de Duero y otras, que constituirán una muestra lo bastante extensa y variada como para formarse una idea de la situación de los reinos de Castilla a mediados del siglo XVIII.

El título general de la colección es *La alcabala del viento*, una expresión de época que designaba el derecho percibido por la compraventa de artículos en ferias en las que concurrían comerciantes de variadas procedencias. Cada volumen consta de una introducción a cargo de un especialista en la historia de la localidad y el texto de las respuestas al cuestionario; por último, un glosario de los términos técnicos o anticuados. Los autores de las introducciones han tenido libertad para orientar éstas según sus preferencias; unos se atienen al comentario del texto, otros ofrecen una visión más amplia que a veces viene a ser un resumen de la historia de la localidad en el Antiguo Régimen.

La imagen global que se obtiene es la de un país con fuertes contrastes regionales, situado en la divisoria entre la Preilustración, representada por los reinados de Felipe V y

Fernando VI, y la plena Ilustración, alcanzada con Carlos III. Una sociedad aún situada en el molde estamental, aunque con notorias tendencias a rebasarlo; un Estado representado por pocos pero muy respetados funcionarios; una organización municipal anquilosada, en la que la mayoría de los puestos estaban ocupados por una oligarquía que los poseía como bienes personales y transmisibles; una Iglesia numerosa y rica, aunque en su seno se dieran los más chocantes contrastes; una economía preindustrial de intercambios limitados, variada artesanía, nula presencia de verdaderos centros industriales y dependencia estrecha hacia la estructura agraria; una organización educativa cuyas insuficiencias eran notorias; un esbozo de Seguridad Social de la que el Estado estaba ausente y que, mejor o peor, cubrían la Iglesia y la iniciativa individual.

Dentro de estos rasgos generales las diferencias son lógicamente amplias. El urbanismo mesetario había sufrido un rudo golpe en la crisis del siglo XVII, con la excepción de Madrid. Las ciudades periféricas mostraban mayor vitalidad, de la que era exponente Cádiz, entonces en pleno crecimiento. Antonio García Baquero, autor de la introducción, subraya las características diferenciales de esta ciudad: constreñida en los límites de una reducida península, apenas tenía término, y por tanto su riqueza agropecuaria era inexistente. Sus 50.000 habitantes se apiñaban en 3.000 casas, a razón de tres vecinos de media en cada una, proporción que subía mucho en los barrios populares y que en aquella época era inusitada. A través de la distribución socioprofesional de la población se aprecian las características excepcionales de la que llamó con hipérbolo fray Gerónimo de la Concepción «Emporio del Orbe»: 509 casas de comerciantes al por mayor, de las cuales 285 eran propiedad de españoles, 108 de franceses y el resto de súbditos de otras naciones; 60 corredores de lonja, 159 plateros, indicio claro del lujo que reinaba en aquellas casas; 87 fabricantes de chocolate, sabroso detalle referente a los gustos culinarios de la época; 29 cómicos, que actuaban en los únicos teatros que quedaban abiertos en Andalucía; 15 maestros cervecedores para el consumo de una población cosmopolita, pues la cerveza era entonces prácticamente desconocida en España.

La comparación con una ciudad mesetaria, Valladolid, resulta muy instructiva; la antigua capital castellana, muy decaída, contaba apenas la mitad de población que Cádiz, pero tenía mucho más clero: 1.144 frailes y 615 monjas contra 619 y 115. «El poder, la influencia y la riqueza de la Iglesia aparecen en todas partes», dice Bartolomé Bennassar, autor de la introducción. Aparte de sus rentas propias, a la Iglesia pertenecen las dos imprentas más importantes, las dos boticas más productivas, la mayor parte de la cabaña lanar y una gran proporción de la propiedad rústica. En menor proporción, la Chancillería y la Universidad configuran la imagen de Valladolid como ciudad burocrática, centro de poder político y religioso. En cambio, muy pocas actividades financieras y de gran comercio. La platería, todavía importante, no era, sin embargo, más que una sombra de lo que fue en el Siglo de Oro. Dos tipos de ciudades que simbolizan la contraposición entre una meseta estancada y arcaizante y una periferia llena de vitalidad y promesas de porvenir. ||

En el próximo número

Artículos de Miguel Siguán, Xesús Alonso Montero, Juan Velarde Fuertes, Miguel Angel Alario, Carlos Gancedo y Vicente Verdú.

RESUMEN

Para gobernar, nos recuerda Domínguez Ortiz, hay que saber con qué número de gobernados se cuenta. A partir de la unidad de los Reyes Católicos y, sobre todo, de Felipe II se inició la confección de un catastro, que es el

de Ensenada. Esta documentación catastral ha dado origen a multitud de monografías, pero faltaba una visión global. La edición, que está en marcha, de un centenar de estos catastros de otras tantas localidades facilitará este trabajo.

Autores varios

La alcabala del viento. Pueblos y ciudades de Castilla según las respuestas generales del catastro de Ensenada

Tabapress, Grupo Tabacalera, Madrid, 1990-91 (en vías de publicación).
Paginación y precios varios.

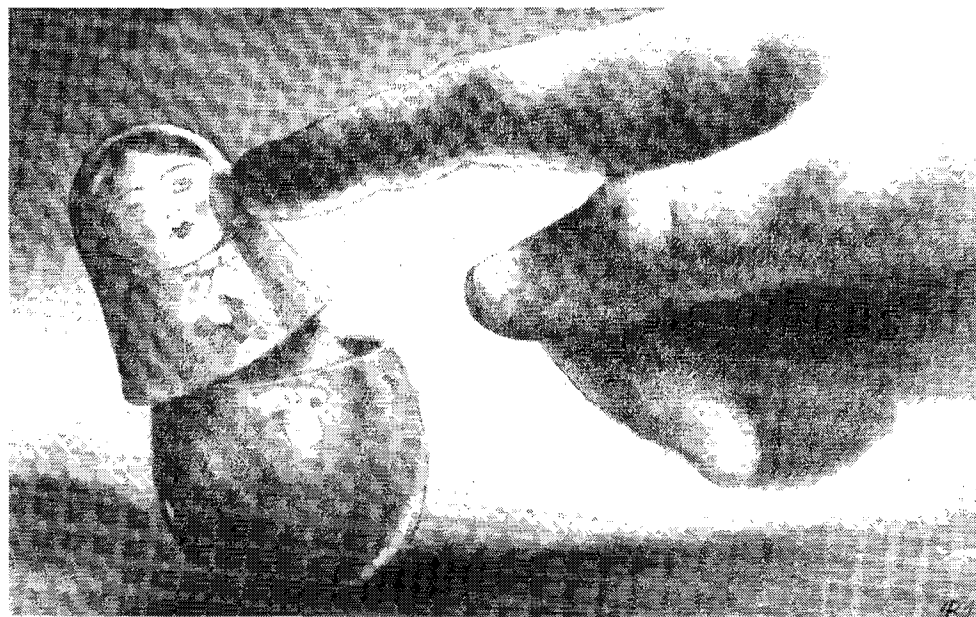
El desmoronamiento de un imperio

Por Miguel Siguán

Miguel Siguán (Barcelona, 1918) es profesor emérito de Psicología en la Universidad de Barcelona y desde 1983 es presidente de la Sociedad Española de Psicología. Entre otras obras recientes es autor de Educación y Bilingüismo y del Informe Oficial de la CEE sobre Minorías Lingüísticas en la Comunidad Económica Europea.

Hace unos años, un libro publicado en Francia sobre los nacionalismos en la URSS —*L'empire éclate*, de Helena Carrière— arrasó en las librerías. Ha vuelto a repetirse el fenómeno en Alemania: *Eine Weltmacht zerbricht*, de Erhard Stolting, profesor de Sociología en Berlín, se agotó en pocos días y a toda prisa hubo que lanzar otra edición. En el primer caso, la razón del éxito era la sorpresa: nadie parecía ser consciente de que los problemas nacionales en la URSS fuesen importantes. Hoy ocurre lo contrario: todo el mundo lo sabe y las noticias de los periódicos cada día lo confirman, pero lo que nos falta es la información de base para interpretar las noticias, y esto es lo que ofrece el libro de Stolting: una información seria y sistematizada sobre las principales nacionalidades de la URSS, su historia y sus reivindicaciones actuales. Un libro muy recomendable para cualquier lector medianamente interesado por la actualidad, pero un libro, además, que incita al comentario, pues si es muy rico en informaciones concretas, es parco, en cambio, en intentar explicar la explosión actual o pronosticar su futuro. (*)

Los hombres que hicieron la Revolución de octubre pretendían construir una sociedad sin diferencias de clase ni de ningún otro tipo y, por supuesto, sin diferencias nacionales. Marx había dejado claro que la clase obrera es internacional, y el internacionalismo proletario debía ser el signo distintivo de la sociedad del futuro. Durante un tiempo esta afirmación fue aceptada sin problemas, pero la difusión de las ideas marxistas por los territorios del imperio austrohúngaro —un conglomerado de naciones como también lo era el imperio ruso— obligó a preguntarse por la relación entre liberación obrera y liberación nacional. Ello llevó a distinguir entre cultura burguesa y cultura nacional y a elaborar una teoría marxista de las nacionalidades que de hecho reconocía todos los caracteres constitutivos de la nacionalidad que le habían atribuido los románticos alemanes.



JUAN RAMON ALONSO

Armado con esta teoría, Lenin se lanzó a resolver el problema de las nacionalidades en la Rusia revolucionaria. El empeño resultó más complicado de lo previsto. Ciertos territorios del imperio de los zares aprovecharon su debilitamiento para declararse independientes, otros se pusieron al lado de los «blancos» contrarrevolucionarios, otros vieron surgir movimientos revolucionarios que eran al mismo tiempo nacionalistas. Así, la guerra civil se libró en muchos frentes, pero finalmente se impuso el ejército rojo y Lenin pudo poner en marcha su proyecto. Rusia se convirtió en una reunión de repúblicas soberanas que libremente se confederaban para emprender la marcha hacia el socialismo. En esta confederación de iguales, la República rusa era «primus inter pares», impulsora del movimiento revolucionario y sede de su capital administrativa. Era y sigue siendo también la más extensa, ya que comprende casi dos terceras partes del territorio de la Unión y en ella viven más de la mitad de sus habitantes. Pero el panorama de las distintas etnias, lenguas y tradiciones culturales era tan complejo que a este esquema básico hubo que añadirle complementos. Cada república soviética tiene una nacionalidad básica que le da su nombre, pero ciertas repúblicas soviéticas incluyen en su interior repúblicas autónomas o territorios autónomos cada uno de ellos correspondiente a una nacionalidad con una lengua propia. En total, unos 140 territorios nacionales de dimensiones extremadamente variables.

La plena soberanía política de las repúblicas federadas era, por supuesto, una mera figura retórica. El Partido Comunista de la URSS, férreamente dirigido desde Moscú, aseguraba la más estricta unidad entre todas las repúblicas. El respeto a la identidad nacional significaba simplemente el respeto a la lengua y a las tradiciones culturales, pero la fidelidad última era para la URSS. Había muchas naciones, pero un solo patriotismo: el que tenía por objeto la Unión Soviética, de la que el ejército era el primer símbolo.

No sería justo considerar esta construcción exclusivamente como un artificio. En todas las repúblicas y territorios autónomos, la lengua propia es lengua oficial al mismo tiempo que el ruso, lengua de la Unión y de las comunicaciones interétnicas. Así, lenguas que habrían desaparecido se han mantenido; lenguas que no habían alcanzado el estadio escrito son ahora instrumentos de cultura, y lenguas que ya tenían una tradición cultural han visto multiplicarse sus producciones. En el orden educativo, la doble oficialidad significa que en cada república existen dos tipos de escuelas: unas en la lengua de la república, con enseñanza además del ruso, y otras en ruso con enseñanza de la lengua propia. En unas repúblicas la enseñanza en la lengua propia se practica sólo en los primeros años de la escolaridad, y en otras alcanza toda la enseñanza primaria. Sólo en alguna es posible cursar la enseñanza media en la lengua propia, y sólo en las repúblicas bálticas existen facultades universitarias en su lengua. También la proporción de periódicos y emisiones de radio en lengua propia varía grandemente de una república a otra, pero siempre existe en alguna proporción.

Tampoco la apelación al patriotismo pansoviético, heredero de la tradición de obediencia al zar por parte de todos los pueblos de su imperio, se puede interpretar como una figura retórica, y la resistencia a la invasión alemana y la posterior reconquista se encargó de hacerlo patente.

Claro que es cierto que todo el sistema estaba dirigido a la progresiva rusificación de la URSS. La enseñanza era bilingüe, pero, como acabo de decir, a partir de cierto nivel, variable con las repúblicas, el ruso era el único camino de progreso social, y la burocracia oficial, del Estado o del Partido, desde el Comité Central hasta el último escalón, estaba dominada por los rusos con pocas excepciones (georgianos o armenios normalmente). Podía pensarse, por tanto, que la URSS había logrado encauzar en su interior los problemas nacionales y que dentro de un relativo orden se dirigía por sus pasos contados hacia una plena rusificación. Y bruscamente se han abierto las compuertas y ha salido al exterior una explosión de nacionalismos de una virulencia que nada parecía hacer prever.

La crisis del sistema

El régimen zarista no era el monstruo de atraso y de arbitrariedad con que a menudo se le presenta, pero tenía los pies de barro. Había emprendido un proceso de occidentalización basado en el progreso técnico cuando sus estructuras sociales eran medievales, para caracterizarlas de alguna manera. Pasar de esta sociedad arcaica a una sin clases y rigurosamente planificada no podía ser tarea fácil, y desde el punto de vista de la utopía el resultado ha sido un fracaso. Pero de todas maneras es innegable que el régimen comunista había conseguido funcionar. El sistema, tal como se consolidó, proporcionaba ocupación a toda la población, aunque a menudo fuese una ocupación poco productiva y subvencionada a sus necesidades; aunque para muchos fuese en el límite de la subsistencia en ciertos aspectos (así en la vivienda) en forma lamentable, mientras en otros, y concretamente en la educación, en forma notabilísima. Esta cobertura mínima tenía un precio: la supeditación a una burocracia harto ineficaz y la ausencia absoluta de libertades políticas, lo que para la mayoría del pueblo ruso tampoco era una novedad.

Paradójicamente, porque todos los simpatizantes del comunismo en Occidente se consideraban liberales y progresistas, lo que caracterizaba a la Unión Soviética y a los países llamados socialistas es su carácter extremadamente conservador. En la Unión Soviética no sorprendía, como habría sorprendido en Occidente, sino que formaba parte del sistema, que cada unidad militar apadrinase una o varias escuelas, con lo que la presencia de militares en las escuelas colaborando de distintas maneras era habitual, igual que era habitual ver a niñas de una escuela de párvulos, acompañadas de sus maestras, dirigirse los domingos por la mañana a un cuartel para llevar flores a los soldados o para depositarlas juntas ante la estatua de Lenin. En la Unión Soviética no existían películas pornográficas, ni lecturas subversivas, ni héroes negativos, ni apología de la violencia, ni inseguridad en

En este número

Artículos de

Miguel Siguán	1-2-3	Miguel Angel Alario	8-9
Xesús Alonso Montero	4-5	Carlos Gancedo	10-11
Juan Velarde Fuertes	6-7	Vicente Verdú	12

SUMARIO en página 2





El desmoronamiento de un imperio

las calles, ni escándalos públicos, porque cualquier hecho escandaloso era cuidadosamente silenciado y sólo se difundían las noticias «edificantes». El régimen se apoyaba en un sistema de valores bien trabados e indiscutidos y en la sociedad, que propiciaba todas las líneas de autoridad apoyándose mutuamente, justo al revés de lo que ocurre en Occidente.

Este mundo tan ordenado tenía, por supuesto, sus objetivos y prioridades. Y una de las más claras era mantener la paridad con el mundo occidental, y concretamente con los Estados Unidos, en la tecnología de punta, sea en la producción de armamento sofisticado, sea en la carrera espacial. Un país que no lograba fabricar electrodomésticos decentes y donde una máquina de fotografiar era un lujo asiático, disponía de una flota de submarinos atómicos y colocaba estaciones tripuladas en el espacio. O sea que el sistema funcionaba y todo parecía indicar que seguiría funcionando durante mucho tiempo. Había descontentos, por supuesto, especialmente intelectuales, pero no un movimiento popular de protesta y pidiendo reformas, en absoluto. La pura verdad es que el cambio fue lanzado desde arriba.

Los intentos de cambiar comenzaron hace tiempo. Desde que Kruschev fue apartado del poder existía en los círculos dirigentes del Kremlin la impresión de que la economía soviética había alcanzado el límite de sus posibilidades y que para relanzarla había que proceder a reformas a fondo, pero cada vez que se había iniciado algo en esta dirección, el miedo a lo desconocido había paralizado casi inmediatamente la reforma. Y así hasta que llegó Gorbachov.

¿Por qué Gorbachov, o los que le impulsaron a hacerlo, se atrevió a seguir? Nadie ha dado una respuesta satisfactoria a esta pregunta, y yo me atrevo a dar la mía. Fue el reto de la informática. Hasta entonces la URSS había logrado compaginar el progreso técnico con el monopolio de la información en la cumbre. En las oficinas públicas se escribía con papel y lápiz y en las tiendas se usaban ábacos para hacer las cuentas, máquinas de escribir había pocas y multcopiadoras ninguna. En una sociedad como la soviética, una multcopista era más peligrosa que una ametralladora. La difusión de la información en el mundo occidental produjo el convencimiento de que a partir de ahora el progreso técnico, y a su vez el económico, implicaría el uso generalizado de computadoras, y por tanto

un sistema basado en la restricción de la información no podía asumir este reto.

Sea ésta o cualquier otra la razón de fondo, el hecho es que Gorbachov lanzó la «glasnot», la transparencia informativa, y que al hacerlo puso en marcha una bola de nieve que acabaría convirtiéndose en avalancha. Los primeros propagandistas entusiastas de la buena nueva fueron los periodistas, a los que pronto se unieron intelectuales y artistas. Por fin iban a poder decir libremente lo que pensaban. Progresivamente, la nueva actitud fue calando en estudiantes y profesionales y empezaron las críticas generalizadas a la calidad de los servicios y las reclamaciones de un mejor nivel de vida. Finalmente, la actitud llegó a la población general y comenzaron las manifestaciones populares, las propuestas de organización, las amenazas de represión. Y a medida que las peticiones quedaban sin respuesta por parte del régimen y se sucedían las frustraciones, las protestas contra el régimen centralizado y omnipotente justificaban las apelaciones a la propia identidad nacional, cada vez más explícitas y generalizadas.

Este esquema, que en sus líneas generales es válido para la mayoría de las repúblicas de la Unión, a partir de aquí deja de ser útil porque en cada república las posibilidades de una recuperación nacional se presentan en forma distinta. Y aunque no sería posible ni tendría sentido una descripción caso por caso, sí es posible identificar situaciones típicas comunes a varias repúblicas, y en este sentido el libro que ha dado pie a estos comentarios ofrece una pauta muy útil.

El primer tipo, el más claro y el más conocido en el exterior, lo constituyen los países bálticos: Estonia, Letonia y Lituania, pueblos que por sus etnias y lenguas arrancan de épocas muy antiguas de Europa, pero que desde la Edad Media han sido bastión del mundo germánico frente a la presión eslava —en sus tierras se instalaron los caballeros teutónicos— y su historia ha sido la de los conflictos entre estas dos grandes fuerzas. En el siglo XIX se incorporaron al imperio de los zares, y cuando el régimen zarista zozobró con la Revolución se convirtieron en estados independientes. Independencia que duró poco más de veinte años, pues por el tratado entre Hitler y Stalin volvieron a incorporarse a Rusia, esta vez convertidos en repúblicas soviéticas. Su sentimiento nacionalista se ha mantenido siempre muy vivo, igual que su hostilidad al mundo

eslavo, y no es sorprendente, por tanto, que hayan sido las primeras repúblicas en proclamar su independencia.

Para hacer efectiva esta independencia, problemas no les faltan. La presencia masiva de inmigrantes rusos es el más conocido, pero no el único. Algunas de sus fronteras son discutibles, y basta recordar que el territorio actual de Lituania incluye Koenisberg, donde Kant nació y enseñó, o Memel, para advertir su fragilidad histórica.

Pero la dificultad mayor es otra. Su independencia sólo puede ser viable si cuenta con un sólido apoyo político y económico exterior, apoyo que hasta ahora nadie parece interesado en prestar porque su coste económico es imprevisible, por supuesto, como están aprendiendo a su costa los alemanes en la Alemania del Este, pero también y sobre todo porque no tendría sentido intervenir en el Báltico sin tener un proyecto global para el conjunto de la Unión Soviética, y esto es lo que nadie parece tener.

Más hacia el sur, el caso de Moldavia es rigurosamente paralelo con el de los países bálticos. Tierra de lengua rumana, con un pasado propio y que fue parte de Rumania cuando se creó este estado en el siglo pasado, fue también anexionada a Rusia después de la última guerra y convertida en república soviética. La resistencia popular a la anexión ha sido siempre fuerte y en la actualidad se ha hecho explícita incluso en forma violenta. Su salida natural debería ser la reunificación con Rumania, pero en las circunstancias actuales de Rumania esta perspectiva no resulta demasiado brillante.

La región del Cáucaso es un verdadero conglomerado de etnias, de lenguas y de tradiciones culturales distintas. La Administración soviética reconoce no menos de cuarenta nacionalidades en el conjunto de la región. En la vertiente norte se encuentran pueblos de pastores que han mantenido su independencia a lo largo de los siglos amparados en la orografía de la región. La vertiente meridional es una región mediterránea de clima suave donde se cultiva la vid y florece el limonero, donde todas las invasiones que viniendo de Asia se han dirigido a Europa han dejado huellas y donde todos los imperios mediterráneos (Roma, Bizancio, Bagdad) han establecido protectorados. Sólo en el siglo XIX cambió este signo y fueron los rusos —los bárbaros del Norte— los que impusieron su dominio. Du-

rante la Revolución, el Cáucaso fue campo de batalla de «blancos» y «rojos», pero también conoció revoluciones locales e intentos de independencia, algunos apoyados fuertemente por potencias extranjeras. Pero finalmente, y tras muchas vicisitudes, el territorio al sur del Cáucaso se organizó en tres repúblicas soviéticas: Georgia, Armenia y Azerbaitjan.

Georgia tiene una identidad histórica y cultural muy fuerte que arranca de una muy lejana antigüedad. De los armenios puede decirse algo parecido, pero en tiempos recientes estaban esparcidos por un vasto espacio que incluía Turquía y Persia, y al final de la primera gran guerra, por los días de la Revolución en Rusia, turcos y persas eliminaron físicamente a los armenios que habitaban sus tierras, y sólo sobrevivieron las instalaciones armenias en la zona del Cáucaso. A pesar de su pequeño tamaño, Georgia y Armenia han tenido siempre un papel destacado en el conjunto de la Unión Soviética, sus ciudadanos han tenido fama de inteligentes y cultos y han constituido una porción apreciable del funcionamiento. A pesar de lo cual colectivamente han marcado siempre sus distancias frente a los rusos, y el sentimiento nacionalista es actualmente muy fuerte.

El caso de Azerbaitjan es totalmente distinto. Linda con Irán, tiene un pasado persa que arranca de los tiempos de Zoroastro y los adoradores del fuego y sigue con el imperio persa y con la rama chiíta del islamismo, aunque a finales del siglo pasado el modelo para la sociedad azerbaijani lo constituía Turquía y su proceso de occidentalización. Para entenderlo hay que tener en cuenta que el subsuelo del Azerbaitjan y de las orillas del mar Caspio contiene petróleo, y que en tiempos de los zares Azerbaitjan era el principal centro petrolero del mundo, lo que explica una sociedad que pretendía occidentalizarse y también la existencia de un movimiento revolucionario que enlazó con la Revolución.

Para la URSS esta región ha seguido siendo un centro de producción de petróleo, y los habitantes se han sentido explotados por los rusos y sus aliados armenios. La hostilidad entre azerbaijanis y armenios es aquí tan fuerte como lo era en Turquía o en Persia, y como ha podido leerse en los periódicos ha estallado en forma extremadamente violenta tanto en las regiones de Armenia en las que conviven



SUMARIO

	Págs.
«El desmoronamiento de un imperio», por Miguel Siguán, sobre <i>Eine Weltmacht zerbricht</i> , de Erhard Stolting	1-2-3
«Un atlas lingüístico ejemplar», por Xesús Alonso Montero, sobre <i>Atlas Lingüístico Galego</i> , de Francisco Fernández Rey	4-5
«Ultimas obras de un neorregeneracionista», por Juan Velarde Fuertes, sobre <i>Estructura económica de España</i> y <i>La Comunidad Europea</i> , de Ramón Tamames	6-7
«La química del estado sólido», por Miguel Angel Alario, sobre <i>Bonding, energy levels and bands in inorganic solids</i> , de J. A. Duffy	8-9
«Las raíces profundas de la biotecnología», por Carlos Gancedo, sobre <i>The emergency of bacterial genetics</i> , de Thomas D. Brock	10-11
«El latido del corazón», por Vicente Verdú, sobre <i>Hábitos del corazón</i> , de Robert N. Bellach y otros	12

SABER *Leer*

Revista crítica de libros

Fundación Juan March

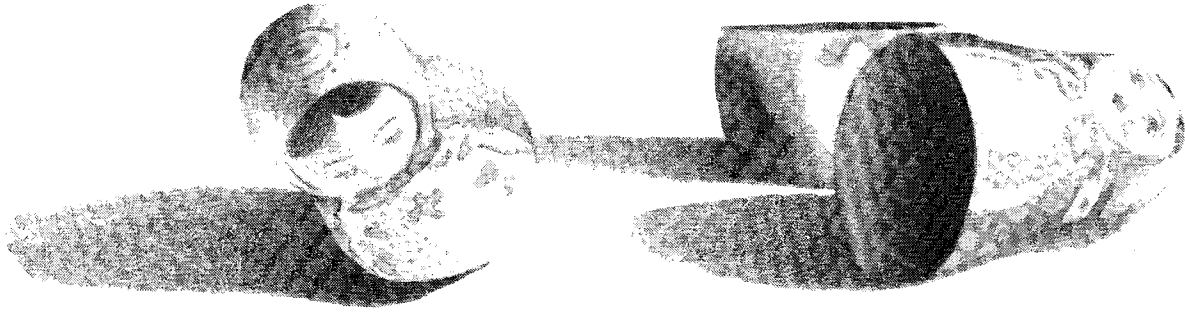
Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

Viene de la página anterior



unos y otros como en la propia Bakú, capital de Azerbaiján.

Esta hostilidad no es el único conflicto interétnico en la región, muy al contrario. Una de las primeras medidas que ha tomado el Parlamento de Georgia después de proclamar su soberanía ha sido suprimir la autonomía de los tres pueblos autónomos que existían en su territorio: abkhasios, adzhasios y osetes del sur. Especialmente, la pretensión de los osetes del sur de unirse con los osetes del norte del Cáucaso ha sido considerada como una traición a la independencia de Georgia. Los georgianos son de tradición cristiana y griega, y los osetes, como las restantes minorías, son de tradición musulmana y persa. Y renuncio a referirme a los conflictos interétnicos en el norte del Cáucaso, menos conocidos pero no menos violentos. En conjunto podría decirse que en esta zona cualquier reivindicación nacional lleva necesariamente a conflictos con los vecinos, lo que finalmente hace inevitable la intervención de potencias exteriores, como ha ocurrido a lo largo de toda la historia.

Al este del mar Caspio y de los montes Urales y hasta la Mongolia se extienden las vastas tierras, unas fertilísimas y otras estepáricas y desiertas, que un día Gengis Khan unificó con puño de hierro, abriendo así el camino primero a los mercaderes y luego a la expansión musulmana. Aquí florecieron Samarcanda, Bujara y Taschkent, que eran emporios de riqueza y de cultura cuando el mundo musulmán en el Mediterráneo estaba ya en plena decadencia. Pero su aislamiento no pudo resistir la presión rusa, apoyada en la técnica moderna, y así lo que entonces constituía el Turkeistán pasó a formar parte del imperio de los zares. Después de la Revolución y de distintas peripecias, el antiguo Turkeistán se estructuró en tres repúblicas soviéticas: Usbekistán, Tadshikistán y Turkmenistán, a las que se pueden añadir otras dos, el Kasachstán y el Kirguistán o república de los kirguises, así como la república autónoma de los tártaros, todas de tradición musulmana.

Tanto bajo la dictadura de Stalin como con el régimen de Breznev, que para asegurar el cumplimiento del plan pactaba con las jerarquías locales y toleraba su corrupción, la suerte de estos territorios ha sido similar a la que conocían bajo los zares: una explotación colonial concretada en la presión por conseguir rendimientos agrícolas a cualquier precio (monocultivo del algodón, abuso de los productos químicos en la agricultura, desprecio por la ecología) y hecha patente por la presencia de abundantes funcionarios rusos en los puestos privilegiados. El resentimiento frente al sistema encarnado por Moscú y sus autoridades es, por tanto, muy fuerte, como lo es la afirmación nacionalista, que como en todas partes conduce en estos días a conflictos entre moderados y radicales. Las razones para la moderación son evidentes: una estructura económica que difícilmente puede aspirar a la autosuficiencia y una situación geográfica que hace poco probables las ayudas exteriores.

Pero la cuestión importante es otra. Todas estas repúblicas tienen un lazo común: la religión musulmana, que medio siglo de laicismo oficial no ha suprimido. Su sensibilidad para lo que actualmente ocurre en el mundo musulmán es muy grande y la guerra de Afganistán sobre todo tuvo un gran impacto. Si un día prende en estas tierras el fundamentalismo islámico o simplemente la conciencia de su solidaridad, las consecuencias son imprevisibles.

En esta tipología simplificada de reivindicaciones nacionales en la URSS, queda por

considerar un cuarto grupo que puede resultar el más significativo para el futuro de la Unión. Me refiero a las dos repúblicas de población básicamente eslava: Bielorrusia y Ucrania, y muy especialmente a la segunda.

Cuando en el siglo XI París era poco más que una aldea y Moscú todavía no existía, Kiev, la capital de la actual Ucrania, era ya una ciudad importante que controlaba el comercio que desde la prehistoria circulaba por vía fluvial del mar del Norte al Mediterráneo. Por Kiev entró en Rusia el cristianismo, junto con la escritura, de la mano de San Cirilo, y Kiev se llama merecidamente la «madre de las ciudades rusas». Pero con el correr del tiempo el poder político de los eslavos se articuló desde Moscú y toda Ucrania quedó subordinada al imperio de los zares, a pesar de lo cual en el siglo XIX Kiev era una ciudad moderna y culta que presumía de su literatura (el ucraniano es una lengua eslava cercana al ruso, pero que no se confunde con él) y alentaba aspiraciones nacionalistas. La caída del régimen zarista convirtió a Ucrania en campo de batalla. Aquí se enfrentaron los restos de los ejércitos fieles al zar con el recién nacido ejército rojo, pero se enfrentaron también comunistas nacionalistas ucranianos con comunistas aliados de Moscú, y para aumentar la confusión hubo incluso un ejército anarquista a las órdenes del legendario Macno. Finalmente se impuso el ejército rojo y se creó la República Soviética de Ucrania, una de las que constituyeron el núcleo primitivo de la Unión.

La adhesión de Ucrania se había hecho con garantías formales de respetar su autonomía, y así ocurrió durante algún tiempo, pero pronto Stalin acabó con todas las veleidades autonómicas. La colectivización de la agricultura y la eliminación de los pequeños propietarios fue particularmente dura en Ucrania, país agrícola por excelencia. Pero lo peor estaba todavía por venir. Entre 1941 y 1944 Ucrania fue ocupada por los alemanes y reconquistada por el ejército soviético, y a los horrores de una guerra despiadada se añadió la represión decidida por Stalin contra muchos ucranianos en castigo por su supuesta colaboración con el enemigo. Y treinta años después, la catástrofe de Chernobyl, a pocos kilómetros de Kiev. En este caso llovía sobre mojado porque Ucrania, granero de Rusia, había sufrido tanto como las repúblicas musulmanas el desprecio por la ecología de los planificadores de Moscú. No es, por tanto, sorprendente que el nacionalismo ucraniano haya resurgido potente apoyado por una intelectualidad celosa de su pasado cultural aunque no falten los problemas. El nacionalismo es mucho más popular en la Ucrania occidental que en la oriental, y más popular en las comarcas agrícolas que en las industriales. Y hay un problema principal mucho más grave: las repúblicas bálticas pueden reclamar simplemente su independencia y desentenderse del resto, pero Ucrania es eslava, rusa y ortodoxa, y no puede renunciar a afirmar su papel en este universo cultural.

Esta tipología simplificada obliga a prescindir de muchos casos atípicos, pero al menos hay que decir algo de las nacionalidades sin futuro en la URSS. En primer lugar están, naturalmente, los judíos. En la Rusia zarista los judíos eran muy abundantes, especialmente en las regiones occidentales (Bielorrusia y Ucrania), y el antisemitismo era agudo. Algunos judíos tuvieron un papel importante en la Revolución y durante un tiempo ejercieron mucha influencia, pero Stalin los eliminó sistemáticamente. Con la apertura actual han podido denunciar su marginación, pero

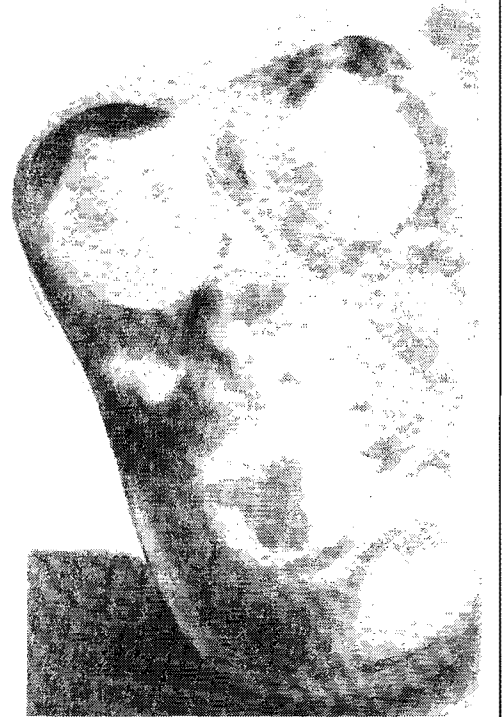
la apertura ha permitido también que volviese a expresarse públicamente el antisemitismo hasta ahora reprimido. De manera que su única perspectiva es la emigración a Israel.

También los alemanes emigrados eran abundantes en la Rusia de los zares, y además influyentes. La Revolución creó para ellos una república propia: la República Soviética de los Alemanes del Volga. Pero acabada la guerra Stalin les acusó de haber colaborado con los invasores, suprimió la República y trasladó sus habitantes a Siberia. Hace un tiempo se habló de restablecer la República, pero el proyecto se ha abandonado y a los supervivientes, que no son muchos, no les queda otra esperanza que la emigración a Alemania. Más triste aún es la suerte de los tártaros de Crimea: también ellos fueron acusados de haber colaborado con los invasores, deportados a Siberia en forma particularmente cruel y su República suprimida e incorporada a Ucrania. Con la «perestroika» se ha sabido con sorpresa que no habían perecido todos, sino que quedaban algunas decenas de millares de supervivientes, pero su regreso a Crimea está excluido. Crimea es una hermosa tierra donde veraneaban los dignatarios del régimen, y sus nuevos ocupantes no tienen ninguna intención de cederla.

Y nos queda, finalmente, hablar de la República rusa, el hermano mayor de todas las repúblicas soviéticas, su abanderado y su guía. Porque el resurgimiento de un nacionalismo ruso ha sido una de las mayores sorpresas que han seguido a la proclamación de la «perestroika».

Aunque el expansionismo imperial ruso se remonta al menos a Pedro el Grande, fue propiamente en el siglo XIX, el siglo de la nación como ideología, cuando se formuló una teoría del nacionalismo ruso. Rusia tiene las características típicas propias de cualquier nación, pero además, frente a la decadente Europa, Rusia tiene una misión trascendente y salvadora: es la tercera y definitiva Roma. En cierta medida, el «pathos» revolucionario podía enlazar con esta tradición, pero Stalin, que ponía sólidamente los pies en el suelo, lo que pretendía era fomentar a ultranza el patriotismo soviético de la URSS, una URSS que cada vez más se identificaba con Rusia.

La crisis del régimen ha sacado a la superficie ideas mesiánicas y paneslavas como las que puede representar Solzhenitsin, pero el fenómeno más notable ha sido la aparición de un pensamiento conservador dispuesto a apoyar las estructuras del régimen no por lo que tengan de comunistas sino porque representan el mantenimiento del orden. A Prochanov, uno de los más distinguidos representantes de esta tendencia, muy popular en las altas jerarquías del ejército, se le ha llamado «el Kipling soviético». Como Kipling lo pensaba de los ingleses, él también cree que a los rusos les ha correspondido la pesada carga de mantener el orden y la paz en una vasta zona del mundo. Pero el curioso conglome-



JUAN RAMON ALONSO

rado de defensores del orden que así se ha constituido, y en el que coinciden antiguos estalinistas con apologistas de la Rusia espiritual, no tiene un proyecto definido sobre el futuro de la Unión, y al lado de los que están dispuestos a defender su unidad por la fuerza hay otros que proponen renunciar a todo lo no eslavo y concentrarse en la Rusia eterna.

Por el lado reformista, las ideas no parecen más claras. Es cierto que Yeltsin pretende independizar la República rusa de la tutela de la Unión, pero es sólo porque los órganos de gobierno de la Unión son todavía el bastión de los conservadores. Sin ellos Yeltsin probablemente estaría encantado de hacer de la República rusa el abanderado de una unión de repúblicas liberales.

Resumiendo. El comunismo intentó integrar en una estructura unitaria el conglomerado de pueblos que habían constituido el imperio ruso. La crisis del sistema ha acarreado el desmoronamiento de esta estructura, pero nadie tiene un proyecto definido para sustituirla. Los nacionalismos periféricos se limitan a aspirar a algún tipo de independencia, sin parecer preocuparse por las soluciones de conjunto que deberían asegurar la viabilidad de su independencia. Probablemente tampoco las tiene Gorbachov, que sólo parece confiar en que al llegar al borde del precipicio el mero sentido común obligue a improvisar alguna solución de compromiso.

(*) NOTA: Este artículo fue escrito en mayo de 1991 y, a juicio del autor, los posteriores acontecimientos no desvirtúan su contenido.

RESUMEN

El comunismo intentó integrar en una estructura unitaria el conglomerado de pueblos y el mosaico de lenguas que habían constituido el imperio ruso. La crisis del sistema ha acarreado el desmoronamiento de esta estructura, pero nadie tiene un proyecto definido para sus-

tituirla, opina el psicolingüista Miguel Siguán. Los nacionalismos periféricos se limitan a aspirar a algún tipo de independencia sin parecer preocuparse por las soluciones de conjunto, que deberían asegurar la viabilidad de su independencia.

Erhard Stolting

Eine Weltmacht zerbricht. Nationalitäten und Religionen der USSR

Eichborn Verlag, Hamburgo, 1990. 310 páginas.

Un atlas lingüístico ejemplar

Por Xesús Alonso Montero

Xesús Alonso Montero (Vigo, 1928) es catedrático de Literatura gallega en la Universidad de Santiago de Compostela. Entre sus libros pueden destacarse: *Realismo y conciencia crítica en la literatura gallega*, Rosalía de Castro, Celso Emilio Ferreiro, *Escritores: enamorados, desterrados, desacougantes, desacougados...*, Luis Pimentel: biografía da súa poesía, e *Informe(s) sobre a lingua galega* (pasado e presente).

Estudios sobre la lengua gallega: de la precariedad al esplendor

Hacia 1965, la realidad lingüística de Galicia estaba escasa o pobremente investigada. En efecto, algunos importantes aspectos de la lengua gallega no habían suscitado trabajos valiosos. Galicia, pues, para los romanistas hispánicos y extrahispánicos, no sólo era una tierra lejana, sino, en buena parte, una «terra ignota». Sospechaban los romanistas, no sin fundamento, que Galicia, territorio neolatino claramente periférico –finistérico–, escondía fenómenos lingüísticos propios de una de las áreas laterales más interesantes de la Romania. Galicia –en palabras de Fritz Krüger– era lo más parecido a El Dorado de los dialectólogos.

Un cuarto de siglo después la situación es distinta, casi radicalmente distinta. A ello no es ajeno el hecho de que exista en la Universidad de Santiago de Compostela la especialidad de Filología románica desde 1963 y la de Filología gallego-portuguesa desde 1976. Desde estas fechas las investigaciones dialectales, lexicográficas e históricas, entre otras, constituyen ya una página ilustre de la Romanística. Una buena parte de estos estudios están vinculados, de un modo u otro, al Instituto da Lingua Galega (ILGA), instituto universitario creado en 1971 no sin dificultades.

Me refiero a los recelos de la cúpula académica en un momento político en que el poder aún temía el estudio científico de una len-

gua española no oficial. Gracias al tacto del catedrático de Filología románica Constantino García y a su condición de no gallego –asturiano–, existe, desde esa fecha, el Instituto da Lingua Galega. Desde su cátedra, primero, y desde la dirección del Instituto, después, el profesor Constantino García es un nombre capital –como impulsor y orientador– para que podamos entender la investigación lingüística realizada en la Universidad de Santiago en estos veinticinco años.

Que la Lingüística gallega (como Lingüística del gallego) está en un momento de esplendor lo prueba, muy elocuentemente, la publicación del *Atlas Lingüístico Galego* (ALG), atlas que en diciembre de 1990 presentaba con fervor el profesor Alonso Zamora Vicente en un acto, no exento de emoción, celebrado en el paraninfo de la Universidad compostelana. Cuarenta años antes, Zamora Vicente, pese a ejercer en ella como profesor de Literatura española, percibió claramente las lagunas de nuestra Dialectología, lo que le llevó a estudiar la extensión geográfica de los fenómenos fonéticos más interesantes o llamativos del gallego: seseo, geada, isoglosa, uít/oit (cuitelo/coitelo)... Trabajos elaborados con datos proporcionados por sus alumnos, no siempre poseen la rigurosa precisión de aquellos en los que el investigador «patea» comarcas y aldeas examinando «in situ» los fenómenos preseleccionados. Quien había explorado «in situ» una pequeña parcela del gallego –la Limia Baja– fue, antes de la guerra civil, el profesor alemán Hans Schneider, quien en 1938 publicó el resultado de sus indagaciones en la revista *Volstum und Kultur der Romanen*. Experiencias análogas realizó, años después, Dámaso Alonso en varias zonas del gallego extremo oriental. Pese a trabajos tan valiosos –los de Schneider, Zamora Vicente y Alonso–, lo publicado antes de 1970 en materia de Dialectología gallega pertenece a la prehistoria de esta disciplina. La magna obra que suscita esta consideración histórica, el ALG, no podría realizarse con solvencia sin veinte años de ejercitación en el campo de los estudios dialectológicos, sin una tradición, aunque breve, de rigor y de modernidad.

Cita tardía con la cartografía lingüística

Todo hacía suponer que parecía llegada la hora de «fotografiar» la polimórfica y compleja realidad de la lengua gallega en la totalidad de su territorio, un territorio que comprende, además de las cuatro provincias de nuestro mapa administrativo, la franja occidental, no siempre muy estrecha, de Asturias, León y Zamora. En realidad, poblaciones como Vegadeo (A Veiga), Castropol, Vilafranca do Bierzo, Cacabelos, Lubián... son de lengua gallega. Parecía, pues, llegada la hora de presentar cartográficamente, en un atlas, los rasgos significativos y representativos del idioma gallego. Existen, desde hace unos meses, los dos primeros volúmenes de este «opus magnum» que en su día, al parecer próximo, constará de once.

Aclaremos, en primer lugar, lo que el lector de las líneas precedentes quizá sospeche: la Filología gallega llega tarde a la cita con un tipo de trabajo (y un procedimiento de exposición), la cartografía lingüística, hace muchas décadas experimentado con éxito en otras áreas idiomáticas de la Romania. Como es bien sabido, el pionero fue Jules Gilliéron, quien publica, entre 1902 y 1910, su *Atlas Linguistique de la France*. Vale, al respecto, la cita de un especialista como Karl Jaberg: «Gilliéron es quien primero ha emprendido la exposición cartográfica de los fenómenos morfológicos y léxicos, sin limitarse a los fonéticos». También es sabido que Gilliéron, el lingüista Gilliéron, se benefició no poco, a la hora de recoger el material «in situ», de un colaborador como E. Edmont, que, careciendo de formación filológica, estaba extraordinariamente dotado para oír –y transcribir– todo tipo de rasgos y matices fónicos.

Desde 1910 se han publicado algunos atlas lingüísticos importantes, unos, como el de Gilliéron, que estudian grandes dominios y otros que estudian áreas muy limitadas. También en esta modalidad fue Gilliéron el gran precursor. De 1880 es su *Petit Atlas phonétique du Valai roman*.

Sobre algún dominio español (no del español), el primero es el *Atlas Lingüístico de*

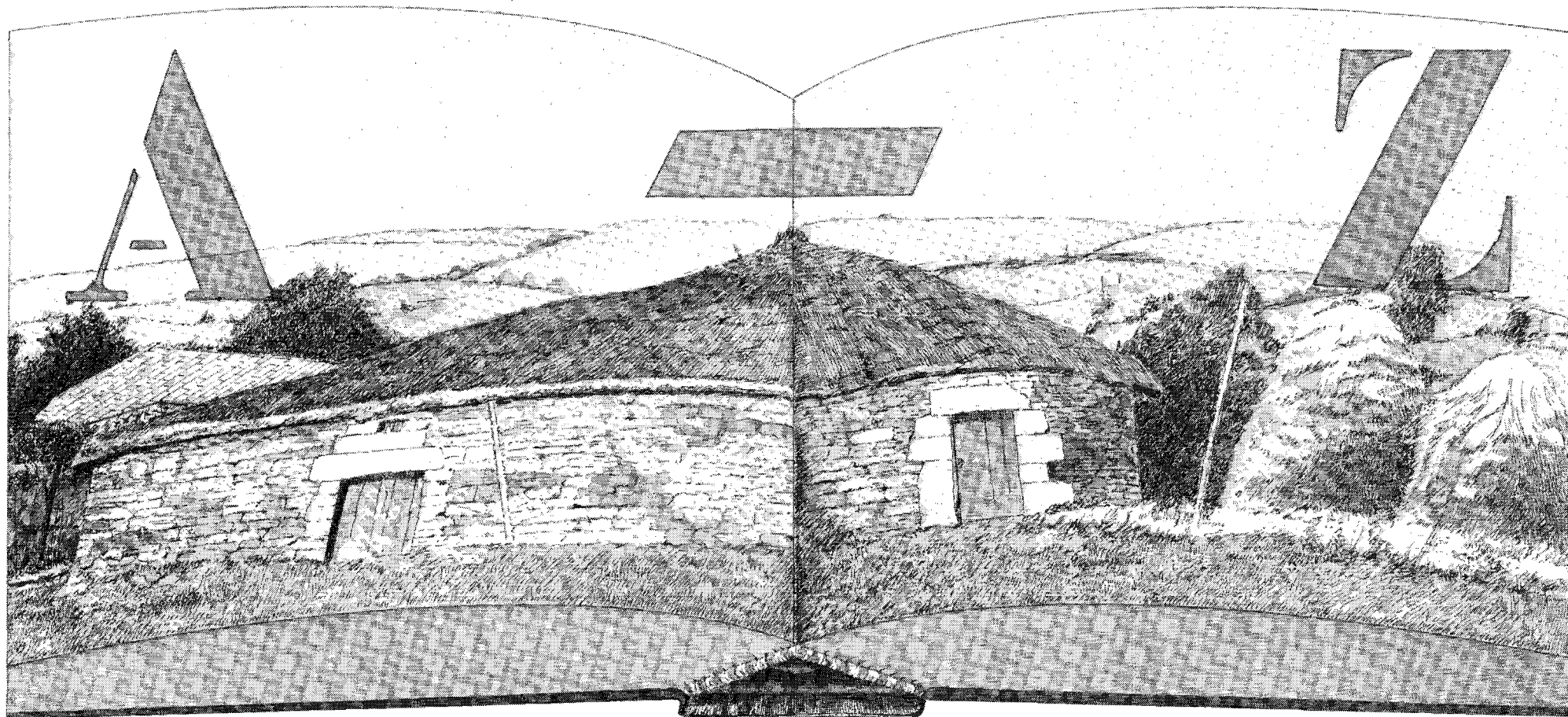
Catalunya (1923-1964: ocho volúmenes), de Antoni Griera, autor, también, del *Atlas lingüístico de la Vall d'Aran* (1973). A Manuel Alvar debemos la dirección de tres atlas muy minuciosos: el de *Andalucía* (1961-1973), el de las *islas Canarias* (1975-1978) y el de *Aragón-Navarra-Rioja* (1979-1980). Tales atlas, tal como rezan los títulos, son «lingüísticos y etnográficos». De Alvar es también esta afirmación de 1974: «He dicho en otras ocasiones que ha pasado la época de los grandes atlas nacionales.» En ese mismo lugar (rev. *Verba*, pág. 55) habla de la necesidad de un atlas gallego. En efecto, el dominio lingüístico gallego, que es el dominio de una lengua románica que ocupa un territorio inferior al del andaluz (una modalidad del español), en 1974 aún no había sido cartografiado.

En ese año –es de justicia proclamarlo–, el Departamento de Filología Románica de la Universidad de Santiago ya había redactado un cuestionario de 2.711 preguntas que tres jóvenes investigadores iban a utilizar en 167 lugares de nuestro territorio idiomático. Bajo la dirección de los profesores Constantino García y Antón Santamarina, cada uno de esos lugares fue explorado por Rosario Álvarez Blanco, Francisco Fernández Rey y Manuel González González entre noviembre de 1974 y julio de 1976.

Casi tres lustros después de esta ingente recogida de material lingüístico, una parte de él, sólo una parte, la concerniente al verbo, se nos ofrece, «in modo cartographico», en los dos primeros volúmenes del ALG.

El gallego en el Atlas Lingüístico de la Península Ibérica: investigación, política y drama

Hablando con rigor, no es la primera vez que determinados fenómenos de nuestra lengua figuran en las páginas de un atlas. Los especialistas saben que figuran en el



ANTONIO LANCHO

Viene de la página anterior



ALPI (*Atlas Lingüístico de la Península Ibérica*), cuyo primer volumen se publicó, por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, en 1962. Dirigido este ambicioso *Atlas* por el gran fonetista Tomás Navarro Tomás, intervienen inicialmente en los trabajos de campo Manuel Sanchis Guarner, Lorenzo Rodríguez Castellanos, Francesc de B. Moll, Aurelio Espinosa (hijo) y Aníbal Otero, gallego de Ribeira de Piquín (Lugo). Cada lugar fue investigado por dos lingüistas, salvo en el área del gallego. De hecho, Aníbal Otero relleno los cuestionarios de 45 de los 52 puntos asignados al mapa de Galicia, y sólo en los siete restantes contó con la colaboración del fonetista portugués Nobre Gusmão. Ambos trabajan en julio de 1936 en el norte de Portugal, donde Otero fue víctima del extraño criterio de la policía portuguesa, que lo acusó de espía a favor del Gobierno de la República española, lo que se podía probar —argüían los policías— por los textos en clave que se le habían ocupado. Por estos textos —transcripción de voces dialectales portuguesas en el alfabeto de la *Revista de Filología Española*— nuestro lingüista fue entregado a las autoridades españolas, que, en un juicio muy de aquellos días, lo condenaron a la pena capital, conmutada luego por treinta años de privación de libertad. Aclaremos que, merced a algunos indultos, «sólo» estuvo encarcelado durante cinco años. Hoy sabemos que en las distintas prisiones Aníbal Otero no renunció a su condición de lingüista, pues siempre que se encontraba en alguna de ellas con prisioneros gallegos de dialecto distinto al suyo, continuaba sus averiguaciones lingüísticas, especialmente las lexicográficas.

Los especialistas saben también que hacia 1950 Navarro Tomás, exiliado en los Estados Unidos de América del Norte, entregó al CSIC, para ser publicado, el material del ALPI con la condición de que fuese revisado y completado por los colaboradores de 1936. Esa es la razón por la que Aníbal Otero, (auto)marginado en el exilio interior de una pequeña aldea de la provincia de Lugo, reaparece y reanuda las investigaciones en Portugal, esta vez en compañía del joven filólogo de la Universidad de Lisboa Luis F. Lindley Cintra (y en algún lugar con Sanchis Guarner). Precisemos que antes de la guerra de los tres años sólo habían sido explorados, por Otero y Gusmão, 14 puntos. Es una lástima que el CSIC no haya publicado los volúmenes restantes del ALPI (nueve y un anejo).

Edito o inédito, es de justicia señalar, y destacar, que las dos entidades idiomáticas de la franja occidental de la península Ibérica —el gallego y el portugués— fueron investigadas, para figurar en un atlas de once volúmenes, el ALPI, por un lingüista gallego, Aníbal Otero, que pagó muy caro su oficio de filólogo, su compromiso con las palabras. Una muestra muy breve de su labor está recogida en los 70 mapas del primer volumen del ALPI, único edito (1962). Todo induce a pensar que Aníbal Otero (1911-1974) fue filólogo en tiempos menesterosos. Horocel Otero, hijo de nuestro filólogo, recibía en mayo de 1974 estas palabras de pésame: «Es su padre el primer miembro que desaparece de la estrecha familia que formamos alrededor de la empresa del *Atlas Lingüístico de la Península Ibérica*. Puso su padre, como todos, al servicio de esa obra la generosidad de su competencia y entusiasmo, pero sufrió, además, el sacrificio injusto e infundado de una larga prisión que, sin duda, debió quebrantar su salud y habrá sido la causa de acortar los años de su vida [...]. Fue un amigo afectuoso y un colaborador de rigurosa y responsable disciplina. Me afecta su desaparición como la de un próximo familiar. Siempre lo recordaré con



ANTONIO LANCHO

cariño.» En carta a Constantino García, director de *Verba*, Navarro Tomás insistía en el drama ocasionado por la Lingüística: «Tuvo la desgracia de que sus escrupulosas transcripciones, en signos de aspecto cabalístico para ojos ignorantes, le hicieron aparecer sospechoso de espionaje en los excesos de suspicacia de los primeros días de la guerra civil. Fue encarcelado y sufrió una larga, infundada y dolorosa prisión» (*Verba*, 2, 1975).

El Atlas de la lengua gallega

UN INGENTE MATERIAL LINGÜÍSTICO

Pero una cosa es el territorio de lengua gallega como pieza de un macroatlas (el ALPI, por ejemplo) y otra este territorio en un atlas autónomo. Mientras Galicia (sic) cuenta con 52 puntos en los mapas de 1962, el territorio de nuestro idioma cuenta con 167 en los de 1990. Con esta distribución: A Coruña, 49; Lugo, 39; Ourense, 31; Pontevedra, 33; Asturias, 7; León, 5, y Zamora, 3. Las respuestas de centenares de informadores idóneos, con frecuencia grabadas, están archivadas en el ILGA, centro de investigación ejemplar en algunos aspectos. Ya antes de publicarse los dos primeros volúmenes de nuestro *Atlas*, parte de ese material había sido utilizado para la elaboración de muy importantes trabajos. Habrá que destacar, en primer lugar, las tesis doctorales, aún inéditas, de los tres protagonistas de las investigaciones de campo: Rosario Álvarez Blanco (*O pronome persoal en galego*, 1980), Francisco Fernández Rey (*O verbo*, 1979) y Manuel González González (*O xugo e o carro*, 1980). Publicados están libros tan esclarecedores como *O infinitivo conxugado en galego*, de Francisco G. Gondar (1976).

EL VERBO Y SUS MIL FORMAS

Acaban de publicarse los dos primeros volúmenes del ALG, a cuyo título, *Morfología verbal*, responden sus 422 mapas. Mapas hay con tal número de formas que debemos agradecer el sistema de signos, rasgos y colores ideados y empleados para que los árboles no nos impidan ver el bosque. Aunque el material cartografiado fue recogido por los tres investigadores citados, este volumen (en dos tomos: I, 1 y I, 2) fue «coordinado» y «redactado» por Francisco Fernández Rey, autor, como hemos visto, de una tesis doctoral sobre el verbo, la categoría idiomática de más riqueza de formas y, a la vez, con más complejidades. El *Atlas gallego*, que llega un poco tarde a la cita, se inicia con este coraje. Estos dos tomos son un buen preludeo y, sin duda, también una buena muestra de la riqueza del material lingüístico recogido, del buen criterio con que se ha estudiado y de la eficacia con que se ha cartografiado. El autor del «volumen», el profesor Fernández Rey, es una autoridad en Dialectología gallega, y lo es, sobre todo, desde que publicó un libro así titulado, editado, precisamente, en las fechas en que aparecía el primer «volumen» del *Atlas*.

RESUMEN

Este *Atlas* (en su día será de once volúmenes) prueba, comenta el profesor Alonso Montero, la capacidad y el rigor de la «escuela compostelana» en el campo de la *Dialectología* y de la *Geografía lingüística*.

El volumen, además de los 422 mapas, que son lo esencial en obras de esta índole, contiene una extensa introducción y los índices pertinentes, de gran utilidad. Se impone destacar, por otra parte, el capítulo de notas, a veces extenso, que acompaña a cada mapa, notas que aportan datos procedentes de indagaciones complementarias (hechas en puntos no canónicos) o de los estudios dialectales anteriores.

Como muestra del rigor —y del amor— con que se efectuaron las indagaciones «in situ», bastaría leer las observaciones referidas a cada lugar explorado: quién es el investigador I, quién el II (lo que es frecuente), quién el III (alguna vez); nombre, apellido, oficio(s), edad, sexo, condición, cultura escolar, viajes del o de los informantes; si hay o no grabación, etc. Borges, que era capaz de leer guías telefónicas, probablemente leería con fruición estas fichas técnicas, unas fichas sobre quienes poseen y transmiten la autenticidad de un idioma y sobre quienes lo aprenden en su calor y en sus minucias.

DE LAS FORMAS Y LOS «DIALECTOS» DEL ATLAS A LA NORMA CULTA, AL DIALECTO ESTANDAR

La riqueza de formas mostrada por ciertos mapas, incluso en verbos no problemáticos (cantabamos, cantábamos; cantado, cantao; cantase, cantese; cantaron, cantano..., todo explicitado en 32 mapas), son elementos decisivos para trazar, con carácter definitivo, el mapa de dialectos, subdialectos y hablas comarcales del gallego de hoy, lo que, en gran parte, ya establece el profesor Fernández Rey en la *Dialectología* citada. Pero, una vez más, la multitud y la frondosidad de los árboles no nos debe impedir ver la entidad y la unidad del bosque. Los presentes mapas (y los inéditos: sustantivo, pronombre..., que algo ya se sabe de ellos) prueban la esencial unidad de la lengua gallega. Incluso en una parcela tan frondosa como la del verbo, los mapas son claros respecto de qué formas son las mayoritarias.

Cuando se hayan publicado los once volúmenes del ALG tendremos la «fotografía» completa del idioma gallego. Conviene tener en cuenta, sin embargo, que nuestra lengua no es sólo el conjunto de sus dialectos horizontales; una lengua es también, entre otras cosas, su dialecto estándar, dialecto que se está constituyendo, tímida y dificultosamente, desde hace unos cuantos años. Es cierto que para postular un estándar (una institución o un Pompeu Fabra) hay que recurrir a la tradición literaria y tener en cuenta datos y criterios sociolingüísticos, pero es básico, indispensable, conocer la realidad viva del idioma en todas sus variedades actuales. Es lógico y deseable, pues, que el Instituto da Lingua Galega, donde se custodian y estudian los materiales editos e inéditos del *Atlas Lingüístico Galego*, tenga siempre la primera palabra a la hora de proponer esta o aquella forma idiomática como forma de la lengua culta. Aunque en algunos casos, muy pocos, la primera no sea la última. | |

La lengua gallega, área románica muy poco asistida por los investigadores hasta hace unos cuantos años, cuenta desde ahora con una obra ejemplar dentro de las de su género.

Francisco Fernández Rey

Atlas Lingüístico Galego, vol. I, 1 y I, 2 (*Morfología verbal*)

Fundación Pedro Barrié de la Maza, Conde de Fenosa, La Coruña, 1990
I, 1: 40 págs. + mapas (1 a 199); I, 2: mapas (220 a 422) + Indices. 25.000 pesetas.

Ultimas obras de un neorregeneracionista

Por Juan Velarde Fuertes

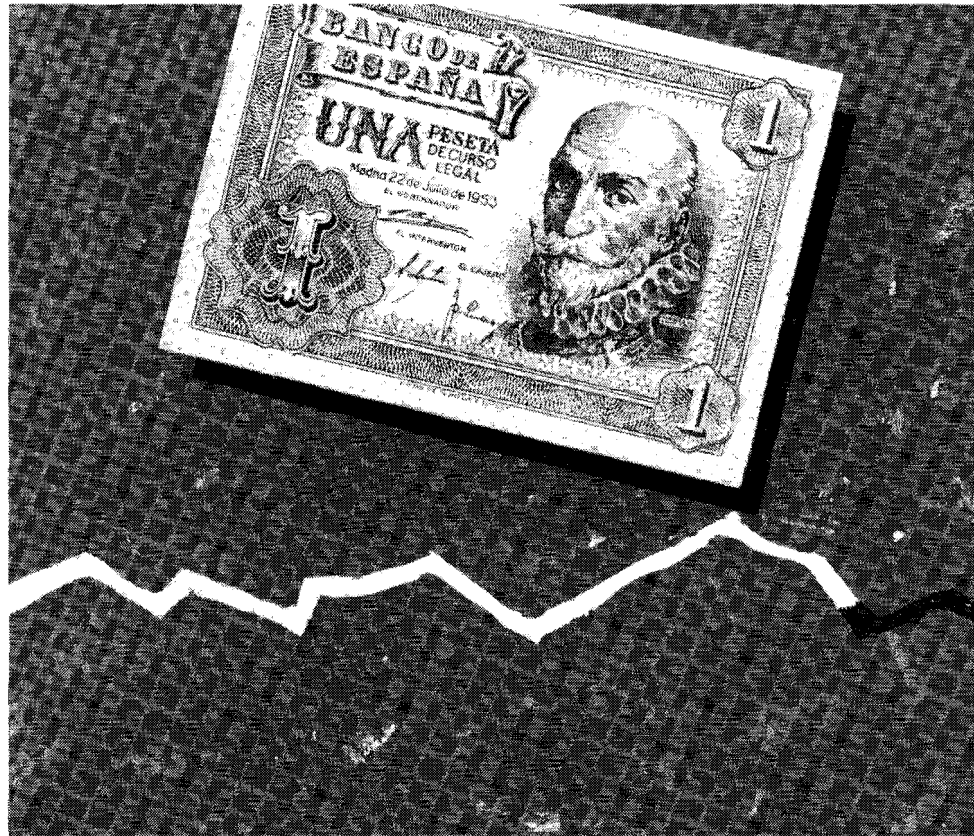
Juan Velarde Fuertes (Salas, Asturias, 1927) es catedrático de Economía aplicada en la Universidad Complutense de Madrid y miembro de número de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Es autor, entre otras obras, de *El libertino y el nacimiento del capitalismo*, *El tercer viraje de la Seguridad Social en España* y *Economistas españoles contemporáneos*. Primeros maestros.

Un preludeo a Tamames

El profesor Ramón Tamames, dentro de su amplia obra intelectual, ha dedicado una porción considerable de su trabajo a proporcionar materiales para los estudiantes universitarios de Economía. Por supuesto que será estudiado siempre por ciertas indagaciones en las que fue adelantado. Esto, desde luego, sucede con sus ensayos *Los centros de gravedad de la economía española* (Gaduzana, 1969) y «Los movimientos migratorios de la población española durante el período 1951-60», artículo esclarecedor publicado en el número de septiembre-diciembre de 1962 en *Revista de Economía Política*, que consagró el llamado desde entonces modelo Torres-Tamames.

También será consultado de modo continuo su *Diccionario de Economía* (cuarta edición revisada y ampliada, Alianza, 1989). Causó evidente impacto en la sociedad de la parte final de la era de Franco—agreguemos que esta etapa histórica debe su denominación al profesor Tamames—la aparición de su libro *La República*. *La era de Franco*, volumen VII de la *Historia de España* de Alfaguara, dirigida por Miguel Artola (la primera edición, Alianza, 1973), quizá la única obra de Ramón Tamames a la que recomendaría una revisión muy profunda al llegar a la decimotercera edición en 1990 por la enorme cantidad de materiales aparecidos desde 1973 sobre ambas etapas. Entre los libros de este autor que originaron más ruido se encuentra el vibrante ensayo *La lucha contra los monopolios* (Tecnos, 1961), que culminará con *Los monopolios en España* (sexta edición, ZYX, 1968) y con *La oligarquía financiera en España* (Planeta, 1977). Debe también señalarse que exploró nuevos territorios en *Ecología y desarrollo* (sexta edición, Alianza, 1990) y que nunca abandonó la actitud divulgadora en la prensa—artículos, declaraciones—, así como en utilísimas recopilaciones, antes en el *Anuario Económico y Social de España*, de Planeta, y ahora en el *Anuario de El País*. Tampoco dejó a un lado las que podríamos llamar publicaciones de orientación de la vida política, sobre todo, claro es, desde el flanco económico, como en *Introducción a la Constitución española* (cuarta edición, Alianza, 1988), *¿A dónde vas, España?* (séptima edición, Planeta, 1977) y *Una idea de España* (Plaza y Janés, 1985). Incluso publicó una novela con fuerte carga autobiográfica, *La historia de Elio* (Planeta, 1976). Causaron también notable estrépito sus trabajos críticos sobre temas de actualidad, sobre todo en relación con la planeación del desarrollo y con la estatificación de la Banca española.

No termina con eso el catálogo de sus trabajos. Incluso habría que decir que esta amplia bibliografía, en parte nada desdeñable, enlaza con acontecimientos de la historia de España de la última etapa de la era de Franco y de la transición. En este sentido fueron esenciales las que podríamos denominar sus obras pedagógicas. Son cinco. De ellas cabe excluir, para su revisión crítica, a tres. Una es la *Introducción a la economía española*, tanto por la fecha de su última edición (18.ª edición, Alianza, 1989) como por tratarse de una síntesis, muy valiosa por otra parte como epítome, de la *Estructura económica de España*, pero sin especiales novedades científicas. Otra es *Fundamentos de la estructura económica* (10.ª edición, Alianza,



ARTURO REQUEJO

1989), que constituye algo así como una aportación metodológica a la asignatura de este título. Como la anterior, no tiene reedición, hasta ahora, cercana. Finalmente, en este grupo podemos encuadrar su *Estructura económica internacional* (14.ª edición, Alianza, 1990), donde expone multitud de cuestiones relacionadas con el funcionamiento de la economía mundial, pero sin que se intente construir con esos materiales una obra de gran fuste.

Quedan así para un estudio crítico dos obras, que además han sido reeditadas hace sólo unos meses, con alteraciones importantes respecto a las anteriores versiones. Una es la *Estructura económica de España*, cuya primera edición (Editorial Moneda y Crédito, 1960) causó un impacto muy fuerte en los medios universitarios y en la opinión media culta a partir de entonces, y que ahora ha llegado a la decimovena edición. La otra tiene origen en su tesis doctoral presentada en la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas, que después de una serie de metamorfosis ha concluido por convertirse en el volumen *La Comunidad Europea*. Ambas han tenido y mantienen una gran influencia en la sociedad española. De ahí que merezca la pena exponer una glosa conjunta de este doble fenómeno sociopedagógico.

La Estructura económica de España

Cuando se observa que en treinta años se han publicado 19 ediciones de esta obra, es evidente que se debe concluir que su publicación ha cubierto una necesidad que existía entre nosotros. Los españoles no podían conformarse con el alud de cifras que ofrecen las publicaciones que, sobre nuestra economía, edita tanto el sector oficial—encabezado por el Instituto Nacional de Estadística—como el privado, en el que destaca siempre el Servicio de Estudios del Banco Bilbao-Vizcaya. Se deseaba que esos datos se articulasen con otros no cuantitativos, y que el conjunto nos mostrase las últimas informaciones de las diversas parcelas de la misma tal como las suele pedir un especialista. He efectuado numerosos muestreos en relación con este libro del profesor Tamames, y tras ellos he llegado a la convicción de que me parece raro que cuando un economista solicita de esta obra una noticia concreta, no la encuentre, presentada, además, con series

estadísticas actualizadas, con bibliografía al día, con comentarios inteligentes. En esta última edición no escasean las series numéricas, que llegan a 1989, y las noticias de artículos o libros aparecidos en 1990.

Este deseo de que convenía que existiese una obra donde se encontrasen las informaciones esenciales de nuestra economía viene de antiguo. Intentó ser eso *El potencial económico de España*, de Antonio de Miguel, en la edición definitiva (Gráfica Administrativa, 1935, 326 págs.), tras los prolegómenos publicados sucesivamente en *Revista Nacional de Economía* y en *Economía Española*. Más cerca anduvo la *Geografía Económica de España*, de Joaquín Bosque Maurel (quinta edición, Teide, Barcelona, 1960), que supera muchísimo la obra del mismo nombre de Cortada Reus. Más lejos quedaron algunos libros que intentaron seguir el camino del profesor Tamames poco más que en el título. Es lo que sucede con la *Estructura económica de España*, de Abelardo de Unzueta Yuste, en dos volúmenes (Barcelona, 1980). Ninguna de éstas alcanza la amplitud y coherencia del libro de Tamames. Naturalmente que eso es, también, lo que lo convierte en una fuente de obligada referencia.

Se trata pues, por todo lo dicho, de un texto que, como contiene un acervo documental extraordinario, permite una serie de confrontaciones indispensables para todo el que efectúe algún análisis sobre cualquier aspecto de la realidad económica española. Es más: como por motivos obvios Tamames va suprimiendo referencias al pasar de una edición a otra, el mismo autor se ve obligado a aludir a que la ampliación de alguna referencia se encuentra en pasadas versiones del libro. Esto motiva que, cuando llega una edición nueva al mercado, los usuarios de esta obra no suelen eliminar las anteriores, surgiendo así en las bibliotecas de los economistas españoles el que podríamos denominar «estante de Tamames».

Lo dicho hasta ahora demuestra una capacidad de trabajo muy por encima de lo corriente. A ello ha de unirse una excelente destreza organizativa. De otro modo, esta edición decimovena, en vez de ser un buen útil de trabajo, podría haberse convertido en un ciempiés.

A pesar de todo esto, que parece ofrecer algo así como una versión actual de aquellos *Diccionarios de estadística* de antaño, al estilo del veteranísimo de Mullhall o, para España,

del *Diccionario de Hacienda*, de José Canga-Argüelles, o del *Diccionario Geográfico*, de Pascual Madoz, que contienen poco más que ensayos yuxtapuestos, es preciso preguntarse si existe además, en toda esta obra, un elemento integrador que sea capaz de darle sentido. La contestación ha de ser afirmativa. Actúan en este sentido, para crear una atmósfera unitaria de conjunto, cuatro elementos fundamentales.

En primer lugar, es evidente su regusto progresista, que me parece topa con su expresión más acabada en la persistente—y subyacente—reivindicación de la II República. De ahí que se derive, tras su lectura, un problema típico contrafactual: ¿Cómo pudiera haber sido nuestra vida colectiva si aquel régimen, que llegó a ser admitido, de una u otra manera, por la inmensa mayoría, hubiese huido de sectarismos y de algunas políticas disparatadas y, por ello, hubiese conseguido su asentamiento? Esta nostalgia de lo que pudiera haber acontecido empapa, más allá de todo lo imaginable, este volumen de Ramón Tamames.

Al lado de este talante, todo el libro exhibe un espíritu comprensivo. Me atrevo a decir que es más visible éste conforme progresamos en las ediciones. Lo que en 1960 se decía en tono casi desafiante, pasa ahora a integrarse en la faceta de las afirmaciones cuya certeza se rodea de creciente—y sano—escepticismo científico. No quiere esto decir que en esta edición no continúe Tamames tomando partido. Lo hace y de modo constante, pero éste es cada vez menos ardoroso y, desde luego, cuestión que se remonta a la primera edición, nunca de manera sectaria. Cuando encuentra un argumento solvente, aunque no sea congruente con sus posiciones, o incluso aunque difiera de ellas, no lo hurta jamás. En resumidas cuentas, tiene como orientación última un auténtico espíritu liberal.

Una tercera característica también es evidente desde la primera edición, y no sólo no se ha rectificado, sino que la encuentro muy firmemente ratificada. A veces de modo muy explícito y en otras ocasiones de manera subyacente, pero suficientemente clara, resalta algo así como un persistente nacionalismo español, que es el modo como el autor expresa su evidente patriotismo. Se trata, por supuesto, de un nacionalismo inteligente, que acierta a co-ordinar una y otra vez la cabeza con el corazón a partir de esa frase de la página 2, en el primer momento en que va a comenzar a abordar la problemática de nuestra economía, en la que subrayará que España «está en un «paralelo de civilizaciones» y, además, que su posición europea se ha convertido «en el primer activo nacional a efectos de balanza de pagos», aparte de que las anteriores críticas a nuestra defectuosa posición geográfica «hoy en día están en buena parte superadas por el progreso económico y tecnológico».

Todo esto se enmarca en la búsqueda de una gran utopía como cuarto factor de conexión del mensaje del libro. En relación con esta palabra debo hacer constar que no la empleo en sentido peyorativo. Es más, considero que sin un gran designio utópico es imposible plantear otra política que la agarbanzada a que nos tiene acostumbrados más de un gobernante. Precisamente refiriéndose a los de la Restauración, decía Joaquín Costa en *El conflicto de la Micronesia*: «¡No tienen valor ni para soñar!» La marcha hacia una soñada Carasona, como sucedía en un relato de lord Dunsany, aunque nunca se alcance el objetivo, tiene siempre la virtud de convocar para hacer un camino que, de otra manera, jamás se hubiese recorrido. En el caso de este libro del profesor Tamames creo adivinar una oscilación utópica importante. En sus primeras ediciones me parece que es evidente la presencia de la utopía marxiana. Ahora, aunque la he buscado con cuidado, me



Viene de la página anterior



da la impresión de que se ha esfumado. Ha sido sustituida por el mensaje al que tienden, sobre todo desde la explosión de 1968, multitud de personas que se han planteado con seriedad tres cosas: ¿Tiene aún vigencia el mito del buen salvaje? ¿Está amenazado gravemente el equilibrio ecológico de nuestro «planeta azul»? Para concluir, ¿sufre la Tierra, o no, un embate duro por parte de la llamada «sociedad opulenta»?

Por supuesto que porción importante de los economistas actuales contestan a las dos primeras cuestiones de forma dispar a la de la respuesta del profesor Tamames, y creo que sólo parcialmente coinciden en la tercera. El debate no es irrelevante. Tanto que, como corolario, Tamames se ha sentido obligado a embarcarse en opciones políticas muy concretas —el nombre de las mismas es cuestión menor— para conseguir un cambio de rumbo para España.

Por supuesto que esto último no le lleva a confundir lo que se aconseja en un mitin y lo que se expone en libros pedagógicos como éste de *Estructura económica de España*. Ramón Tamames siempre ha sabido escindir ambas cosas. Por supuesto que, a poco que se arañe, todo esto es congruente con su búsqueda utópica. Pero el autor sabe contener sus ansias en favor de lo que pretende dentro de lo que es habitual en la literatura académica. No mezcla nunca, por consiguiente, arenga y clase, como en cambio, al parecer, le acontecía, según Schumpeter, a Adolfo Wagner.

Como precipitado de tan complejos reactivos, surge esta *Estructura económica de España* que conviene encasillar dentro de una corriente muy conocida del pensamiento socio-económico y político español. Creo que la misma sitúa el mensaje de Ramón Tamames en ese conjunto de producciones que, con las de Joaquín Costa a la cabeza, han merecido el epígrafe de «regeneracionistas». El profesor Tamames, al verter, a la hora de 1991, muchos de estos mensajes que vienen de atrás en odres nuevos, se convierte en un «neorregeneracionista» que nace precisamente con la España que alborea con el revulsivo del Plan de Estabilización de 1959. Por eso en él se funden íntimamente memorias regeneracionistas clarísimas, por ello muy castizas, y exigencias de apertura al exterior.

A la muerte de Julio Senador Gómez en Pamplona, el 28 de enero de 1962, se me ocurrió pensar que habíamos visto extinguirse al último regeneracionista. La escuela que había prefigurado Fermín Caballero y Morgáez; la que pareció que iba a cambiar el panorama político español cuando se fusionó con el primer corporativismo capitalista de nuestra nación en la aventura de Unión Nacional; la que ha de explicarse juntamente con el krausismo y con el institucionismo; la que agrupó a pensadores tan egregios como Lucas Mallada o, en cierto sentido, como el propio Unamuno, quien nos ofrece, por cierto, un excelente inventario sobre quiénes integraban esta corriente de nuestro pensamiento, parecía haberse esfumado con este postro heterodoxo. Senador, que buscaba su fundamento económico en otro pensador utópico, Henry George, con lo que también se sepultaba lo que quedaba de más interesante de este socialismo de la tierra que tanto arraigo había tenido en el solar ibero.

Sin embargo, mientras en Navarra se extinguía el famoso «notario de Frómista», en Madrid comenzaba a difundirse, con el éxito de la primera edición de la *Estructura económica de España*, un pensamiento heredero del que parecía desaparecer. Debí haberlo pensado, porque, como en las de todos los regeneracionistas, en esta obra de Tamames revive el mito de Anteo. Todos buscaron con mejor o peor fortuna, y a Tamames en esta obra le rezuma esa pasión, hincarse en la realidad económica y social de su Patria, hundir con deleite los pies



ARTURO REQUEJO

de su intelecto, como si de Anteo se tratase, en la vieja tierra hispana.

La Comunidad Europea

Cerraba el profesor Tamames esta última edición de la *Estructura económica de España* con dos capítulos que constituyen algo así como el desafío antitético de España ante su futuro económico. Por una parte, el capítulo 35 se titula «La Constitución, las Comunidades Autónomas y el desarrollo regional». El capítulo 36 lleva por epígrafe «España en las Comunidades Europeas».

Por lo que se refiere a la primera cuestión, según el propio Tamames, «ha adquirido niveles de complejidad calificables de alarmantes» (pág. XXXV). En relación con la segunda, indica, con acierto, que no se entiende de ahora en adelante nuestra economía sin darle a todas y cada una de sus partes una perspectiva comunitaria. De ahora en adelante —con las limitaciones de lo que el hombre puede asegurar sobre el futuro— no tendrá sentido hablar de la economía española en solitario como, sin embargo, era obligado, de modo casi absoluto, hasta 1959. Desde el 1 de marzo de 1986 esa vieja visión de una España económicamente aislada se hundió para siempre.

Ramón Tamames fue un espectador apasionado de todo este proceso de apertura. De ahí que se haya preocupado por estos temas comunitarios desde que en abril de 1962 publicó en *Información Comercial Española* el artículo «España y la integración europea. Una crítica de la tesis de Larraz», y desde que, en diciembre del mismo año, apareció en *Moneda y Crédito* su trabajo «La agricultura española ante el Mercado Común». A partir de este hito trabajó afanosamente su tesis doctoral, que leyó en junio de 1964. Constituyó la base de un libro que apareció publicado en 1965 con el título de *Formación y desarrollo del Mercado Común Europeo* (Iber-Amer). De él procedió el titulado *El Mercado Común Europeo, una perspectiva española y latinoamericana* (1982), que constituyó, con otro también de Tamames, *Guía del Mercado Común Europeo*, el antecedente conjunto, tras una «revisión global de la obra» toda (página XXXI), del volumen *La Comunidad Europea*, que llega actualmente a la tercera edición revisada y ampliada.

Resulta apasionante seguir con todo detalle, gracias a esta obra, el que podríamos llamar «sendero español hacia la integración comunitaria», construido, en medio de mil dificultades, para alcanzar el camino real por donde discurría la propia unión económica europea. Había esta última comenzado a edificarse en 1947, a partir del famoso artículo de George Keenan en *Foreign Affairs* que inició la guerra fría y del inmediato corolario que fue la Ayuda Marshall. Sin la tensión provocada por las políticas expansionistas de Stalin, probablemente se hubiese avanzado muchísimo menos en la construcción de las estructuras comunitarias. Ramón Tamames lo expone con

claridad, y son oportunas las rectificaciones que en este sentido efectúa a una historia demasiado edulcorada y que exige ser reelaborada, como la que emana de Jean Monnet, donde todo parece ser el resultado de generosidades norteamericanas y de perspicacias europeas.

Rota la inercia de la unión, el libro del profesor Tamames levanta acta de cómo la progresión hacia ésta es, al par, cada vez más inexorable y, como era natural, vista con crecientes recelos por los terceros países. La preside la doctrina Hallstein que recoge Tamames en la página 50: «Se ha dicho con entera razón —indicaba este político alemán— que la CEE es una especie de proyectil dirigido con tres fases: la primera, la unión aduanera; la segunda, la unión económica; finalmente, la unión política.»

España, que llega tarde a la OECE —cabalmente, cuando se ha puesto en marcha el Mercado Común Europeo—, comienza a construir su propio sendero hacia esta nueva realidad continental a partir de la famosa *carta de Castiella* dirigida a Maurice Couve de Murville —transcrita enmarcada en la página 263— el 9 de febrero de 1962. La negociación agobiada con las autoridades comunitarias duró alrededor de veinticuatro años, hasta la firma, el 12 de junio de 1985, del Tratado de Adhesión de España y Portugal. Previamente, según nos apunta Antonio Alonso en su apasionante *España en el Mercado Común. Del acuerdo del 70 a la Comunidad de los Doce* (Espasa-Calpe, 1985), en las páginas 21-22, existió una posibilidad de adhesión de España a lo que entonces aún era la Europa de los Seis. A través de libros recientes —*Memorias* (Plaza & Janés/Cambio 16, 1990) y *Memorias. Años decisivos* (Plaza & Janés/Cambio 16, 1991), de Laureano López Rodó— conocemos de qué modo el Gobierno, movido en este caso por Pedro Gual Villalbí, decide mostrarse escéptico ante la opción comunitaria. Por cierto que Ramón Tamames no se ocupa de esto, ni cita como obra consultada la de Alonso. Si las cosas sucedieron según lo que se acaba de mencionar —el propio Ramón Tamames, en su edición de 1970 de la *Estructura económica de España* (Guadiana, páginas 756-757), alude al escepticismo que había reinado en España ante la viabilidad del proyecto comunitario—, ¡qué

error tan notable cometió nuestro Gobierno, del que se hace protagonista histórico el citado Gual Villalbí!

Es apasionante, tal como la efectúa Tamames, la crónica de la marcha española hacia la Comunidad Europea. Los análisis son pormenorizados, ricos en detalles, desde el obstáculo, que se vio pronto en Madrid que era insuperable, de la *doctrina Birkelbach* —su *Informe* de 1962 se constituyó en una auténtica conciencia de la CEE, aunque formalmente nunca formase parte de la legalidad de este conjunto europeo—, hasta el Acuerdo Preferencial de 1970 y sus consecuencias. En este sentido, a mí me sigue pareciendo definitiva la aportación que sobre esto efectuó Luis Gámir en *Las preferencias efectivas del Mercado Común a España* (Editorial Moneda y Crédito, 1972), que ignoro por qué no se cita en este libro.

A partir de 1970, el despliegue de lo sucedido, puntualizadísimo, obligará a expertos que precisan acercarse al fenómeno comunitario, a economistas y a historiadores, a consultar, una y otra vez, *La Comunidad Europea* del profesor Tamames.

Me atrevo a decir que estas dos obras de Ramón Tamames tienen también un valor universal. Cuando se contempla a España, hoy instalada confortablemente, con todos los riesgos que se quieran, en el conjunto de los países industriales de economía de mercado —perfrasis que quiere decir en el grupo más rico del mundo—, es evidente que todo eso no se ha producido como por ensalmo. Subyacente en la *Estructura económica de España* y en *La Comunidad Europea* se lee un relato prodigioso de cómo supimos como colectividad escapar del hambre, del subdesarrollo. No es algo que sólo nos importe a nosotros. También interesa, y mucho, a otros países de Europa, sobre todo los de la oriental, así como de la América hispana y del vasto Tercer Mundo.

Tolstoi escribió en cierta ocasión: «La forma en que vives es la misma de la que yo me acabo de salvar, como de un horror espantoso que casi me conduce al suicidio». Gracias a estos dos libros de Ramón Tamames, la crónica del riesgo y de la salvación está a disposición de todos. □

RESUMEN

Velarde Fuertes busca aclarar quién es el actual portaestandarte de un neorregeneracionismo. Al estudiar las últimas ediciones de dos obras de Ramón Tamames, ambas de considerable difusión especialmente en los medios universitarios, encuentra en ellas cuatro características —progresismo, espíritu comprensivo, nacionalismo inteligente y admisión persistente en la utopía— que confluyen para explicar su ideología neorregeneracionista. De paso se ofrece en ambos libros el modo como España fue capaz de incorporarse al mundo más opulento.

Ramón Tamames

Estructura económica de España

19.ª ed., Alianza Editorial, Madrid, 1990, XLIII + 864 páginas. 6.500 pesetas.

La Comunidad Europea

3.ª ed., Alianza Editorial, Madrid, 1991, XXXIV + 583 páginas. 4.500 pesetas.

La química del estado sólido

Por Miguel Angel Alario

Miguel Angel Alario (Madrid, 1942) es catedrático de Química Inorgánica y Decano de la Facultad de Ciencias Químicas de la Universidad Complutense de Madrid. En julio de este año obtuvo el Premio de Investigación «Rey Jaime I». Su línea de investigación se centra en el estudio de no-estequiometría y defectos extensos en materiales inorgánicos.

Una de las más célebres anécdotas que se cuentan de Paul Dirac refiere que, al descubrirse por Carl Anderson en 1932 el positrón, cuya existencia él había predicho en su teoría relativista del electrón, sus discípulos de Cambridge vinieron a verle alborozados para comunicárselo, y Dirac, uno de los cinco físicos más célebres de la primera mitad de este siglo, sin inmutarse más allá de un fruncir de cejas, les espetó: «¡Lo demás es Química!» Aunque la historia es probablemente apócrifa, sirve para ilustrar una cierta rencilla intelectual entre los químicos y sus supuestos hermanos mayores en el conocimiento de la Naturaleza: «los físicos»; recordemos también que fue a éstos, y no a aquéllos, a quienes Dürrenmatt dedicó una polémica obra en la que se analiza la responsabilidad del científico. En los tiempos que corren es, sin embargo, más frecuente que sea a los químicos a los que la sociedad dirige sus ojos más críticos...

El tiempo, sin embargo, y sobre todo la evidencia cada vez más clara de que ambas ciencias contemplan una misma realidad con sólo muy ligeramente diferentes puntos de vista, está eliminando esos «conflictos de jurisdicción». Los puentes, cada vez más anchos, entre diferentes partes de la Física y la

Química están llevando a ambas disciplinas a sus orígenes, cuando únicamente había una sola Ciencia... Y, por lo demás, es obvio que esas zonas limítrofes son fuente inagotable de ideas y conocimientos.

Quizá la frontera permeable por antonomasia entre la Física y la Química sea el estado sólido, donde el inmenso desarrollo de la Ciencia de Materiales ha colocado bajo un mismo techo a los que fabrican y estudian dichos materiales, juntos también con quienes los utilizan: los ingenieros.

Ello no obstante, debido a su diferente —¿o debiéramos decir deficiente?— formación, químicos y físicos no siempre hablan el mismo lenguaje, y esto se debe, casi siempre, a la ausencia de fuentes de información en las que unos y otros puedan recoger lo más esencial de «la otra» ciencia —Física, los químicos y Química, los físicos.

El libro que acaba de publicar Duffy, objeto de este comentario, intenta precisamente tender un puente más entre la Física y la Química del estado sólido, y, a fe del autor de estas líneas, lo consigue en gran medida. A lo largo de sus nueve capítulos, el texto que comentamos va desgranando los más importantes conceptos que, de lo que se viene llamando la Física, un químico de estado sólido tiene la obligación, ¡la necesidad!, de conocer.

El libro comienza con una descripción de las características generales de iones y átomos conducente a la descripción de los términos espectroscópicos para los iones aislados en el campo cristalino octaédrico. La espectroscopia, más que ninguna otra técnica, va a ser la apoyatura experimental a todo lo largo del tratamiento.

Acto seguido, un tratamiento algo más elaborado, esto es, algo más matemático, con

ayuda de los rudimentos de la Teoría de Grupos, conduce a las tablas de caracteres para los grupos puntuales más comunes de los iones de los elementos de transición presentes en los sólidos. Las modificaciones introducidas por el campo cristalino conducen a los diagramas de correlación, a partir de los cuales es posible asignar las bandas que aparecen en los espectros. De ahí se pasa a los iones complejos con alto y bajo espín y, tras una breve discusión del efecto nefelauxético o de expansión de orbitales, se describen brevemente los diagramas de Tanabe y Sugano, comúnmente utilizados en el estudio de la Química de la Coordinación y por ello familiares para la mayoría de los químicos.

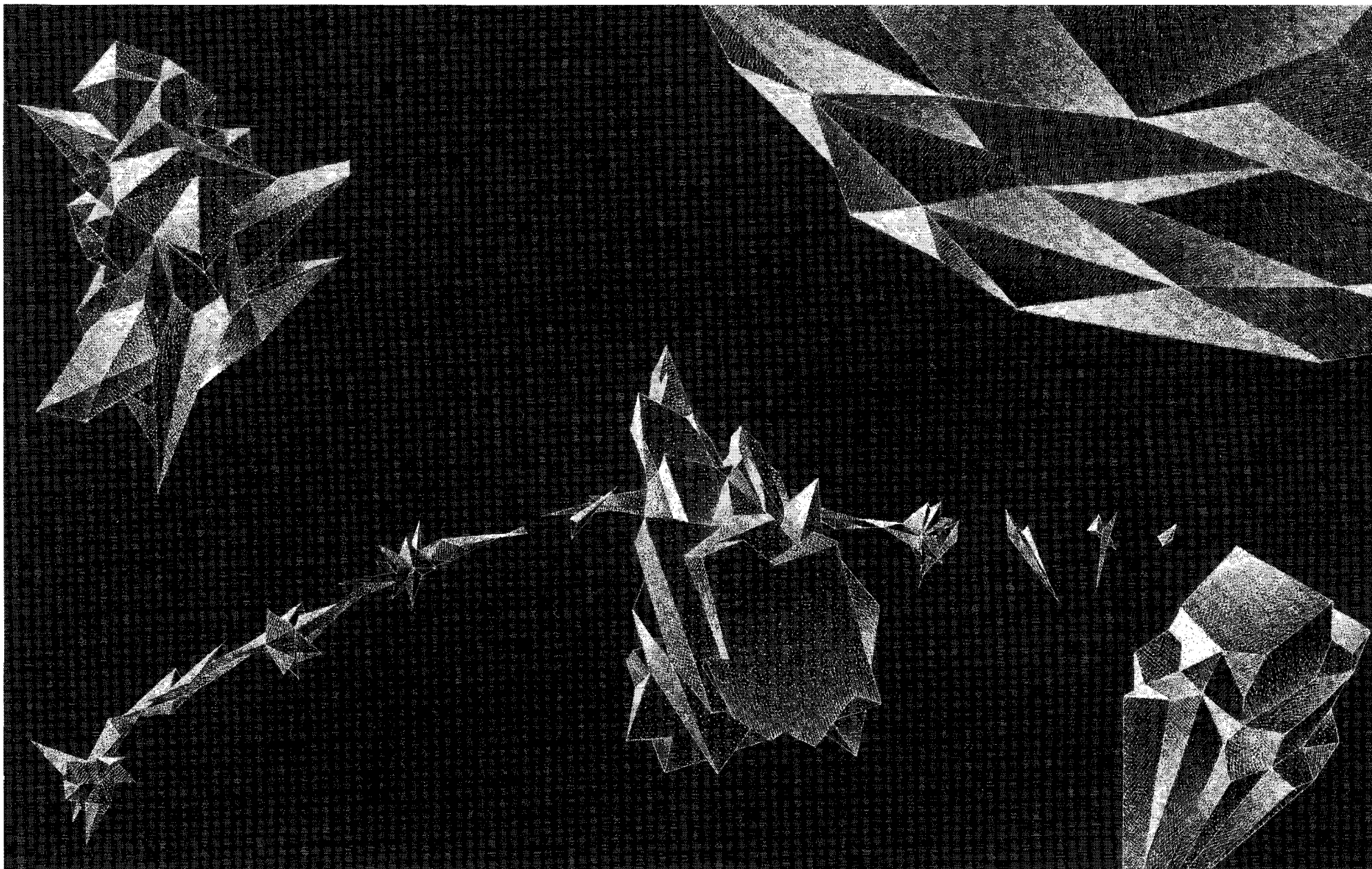
En el segundo capítulo ya se entra en el detalle de los espectros ópticos. Una gran virtud de este capítulo, que, por lo demás, se mantiene ampliamente en el conjunto del libro, es la utilización de tablas y gráficas con multitud de ejemplos destacados, lo que contribuye grandemente a la comprensión de los conceptos. Son un claro ejemplo de ello la detallada información que sobre las transiciones *d-d* de los iones hexa-aqueo, los compuestos más comunes y los iones atrapados en matrices cristalinas, recogen la espectroscopia básica de los elementos de la primera serie de transición. El caso, sensiblemente más complejo, de las transiciones *f-f*, esto es, de los iones lantánidos, no se trata con la misma profundidad, pero sí con la suficiente como para poder compararlos tanto entre sí como con los elementos de las series principales de transición, con los que existen importantes diferencias. A continuación se analiza el caso de alguno de los elementos «no-transicionales», que si bien tienen, en general, una química algo menos amplia, no por ello es menos

valiosa; tal es el caso de los iones Tl^+ , Sn^{2+} , Pb^{2+} , etc. Este capítulo segundo, sin duda uno de los más útiles del libro, termina con una interesante referencia a dos temas con grandes aplicaciones: láseres y fósforos, para ejemplificar los cuales se utilizan tanto el conocido láser de rubí como los materiales y activadores responsables del color en los tubos de televisión.

El tercer capítulo está dedicado esencialmente al concepto de electronegatividad, y con mucho menor detalle a los quizá menos útiles pero más concretos y medibles de polarización y refractividad.

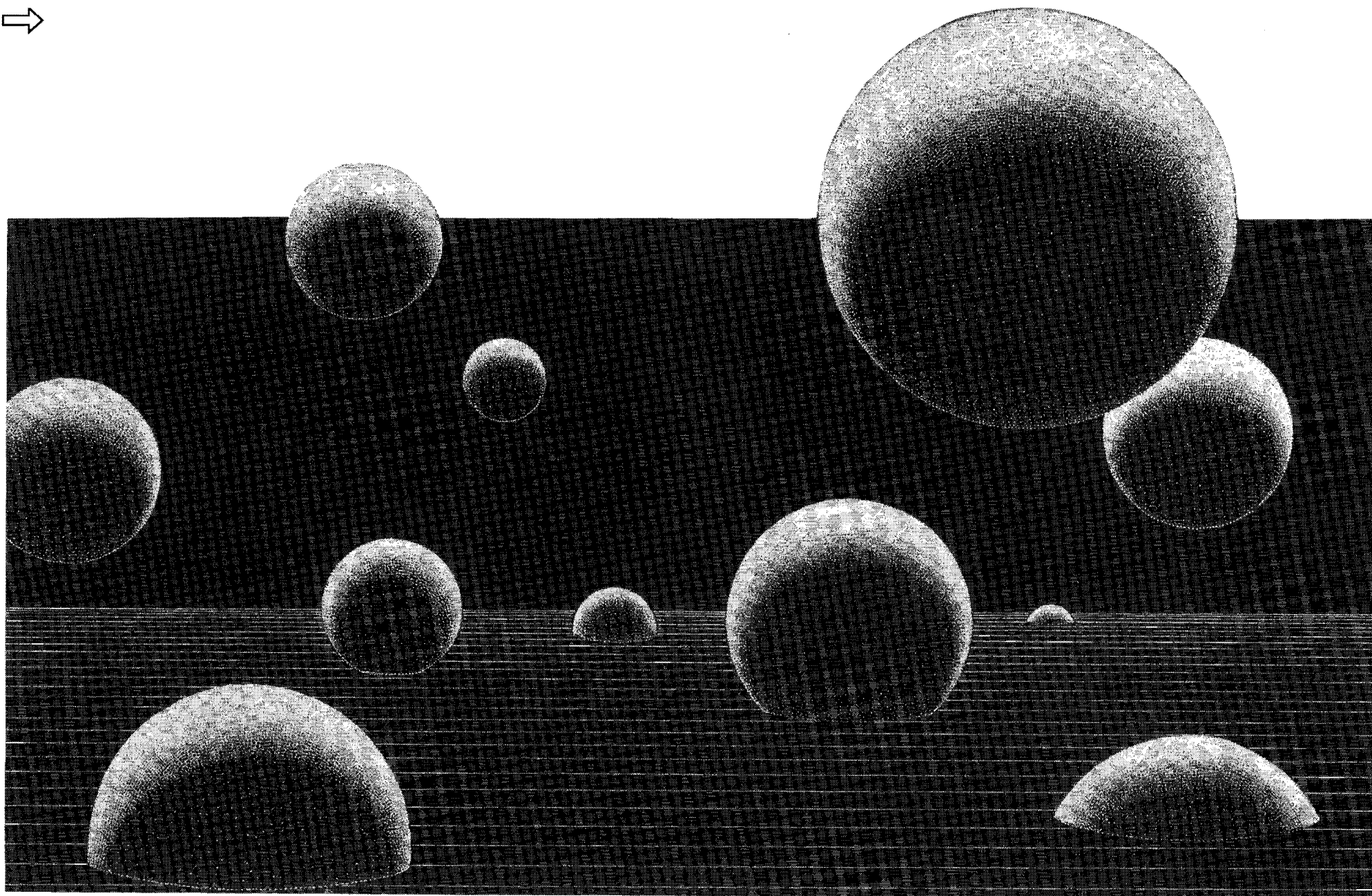
El concepto de electronegatividad —con el de hibridación, quizá las dos ideas más fructíferas de las múltiples aportadas por Linus Pauling al desarrollo de la Química— constituye tradicionalmente para los químicos una idea sencilla para discutir en las moléculas heteronucleares la participación iónica en el enlace covalente. Efectivamente, cuanto mayor es la diferencia de electronegatividad, mayor es aquélla. Ello permite además comprender la apreciable diferencia de reactividad entre moléculas aparentemente análogas, como trifluoruro y tricloruro de nitrógeno.

Como es obvio, la electronegatividad de un elemento dado varía al variar el átomo al que está unido. A pesar de ello, las diferentes escalas de electronegatividad suministran interesante información, sobre todo en lo que se refiere a las secuencias de propiedades, al ir analizando familias de compuestos. Más aún, y ello produce quizá una cierta sorpresa, las electronegatividades son asimismo útiles en el estado sólido, esto es, bien lejos de las



FRANCISCO SOLE

Viene de la página anterior



FRANCISCO SOLE

moléculas en las que pensaba Pauling al introducir la idea...

El libro de Duffy es un magnífico ejemplo de la utilidad de este concepto tanto en este capítulo tercero como, sobre todo, en el quinto, donde la diferencia de electronegatividad se relaciona a la separación entre bandas en los semiconductores, y se discute con gran detalle y abundancia de información la inconstancia, bastante excepcional, por cierto, de la electronegatividad del ion oxígeno. A pesar de esto, es aquí, quizá, donde se encuentra una de las pocas lagunas de este excelente libro; efectivamente, en él no aparecen las, hoy clásicas, electronegatividades dieléctricas elaboradas por Phillips y Van Vetchen, y que poseen un más que aceptable carácter predictivo en el análisis estructural de muchos semiconductores. Precisamente este concepto dio lugar a una memorable polémica entre Phillips y el propio Pauling, recogida en las páginas de la prestigiosa *Review on Modern Physics* a principios de los años setenta. Claro está que, se podría argumentar, dicho estudio aparece en uno de los conocidos libros de Phillips citado por Duffy en otros contextos... en los capítulos IV y V. Creemos, no obstante, que dicha laguna podría haber sido fácilmente subsanada. De menor importancia, pero asimismo de cierto interés, es el modelo predictivo de estructuras cristalinas de Moser y Pearson, también basado en las electronegatividades y que tampoco se trata; un último ejemplo de la ausencia, probablemente deliberada, de algún análisis estructural en el texto que nos ocupa se refiere a la utilización del campo cristalino, bien tratado, como decíamos más arriba, en el capítulo introductorio, y que sin embargo no se recoge en el análisis clásico del grado de inversión en las espinelas, para el que fue desarrollado por Bethe y extendido posteriormente por Orgel, incluyendo las distorsiones que predice el teorema de Jahn-Teller, otra ausencia significativa.

El capítulo IV se dedica al tema del enlace en el estado sólido, y es ciertamente una de las más simples descripciones del mismo que se hayan recogido en textos de este tipo.

En efecto, partiendo de los iones complejos aislados, terreno bien conocido por los químicos, se pasa a los sólidos, discutiendo en primer lugar, como es lógico, la aproximación del electrón fuertemente unido («Tight binding approximation»), más sencilla e intuitiva, y tras introducir la idea de banda de energía, se describe la aproximación del electrón cuasi-libre («Free electron approximation»). En ambos casos, el tratamiento matemático queda reducido a la mínima expresión, con lo que, si bien se evita que esas páginas se pasen a mayor velocidad, dejándolas para un improbable más adelante, que es lo que suele ocurrir en caso de un detallado tratamiento matemático del problema, y se gana perspectiva, se pierde bastante en rigor y profundidad; un ejemplo más del Principio de Heisenberg...

Tras una breve mención de los óxidos metálicos, en la que se podría quizá haber detallado algo más el relativamente sencillo modelo de Goodenough, y en el que sorprende encontrar el inexistente «monóxido de cromo» y la descripción de la Transición de Mott, este capítulo se cierra con dos pinceladas que sirven para abrir el apetito sobre otros tantos temas de marcada actualidad: los metales unidimensionales y la superconductividad. Es particularmente notable que ésta venga «despachada» en dos párrafos: la «clásica» en treinta y un renglones y en once la de «alta temperatura». ¿Será para contrarrestar las literalmente decenas de miles de publicaciones aparecidas en los últimos cuatro años?

En el capítulo V se estudian la separación entre bandas en semiconductores y los espectros ópticos para, a continuación, discutir con gran detalle los procesos de transferencia de carga en los iones complejos, lo que lleva al modelo de Jorgensen, quien también estableció una escala de electronegatividades dife-

rente de la de Pauling, las denominadas electronegatividades ópticas, que también se utilizan, más adelante, en el capítulo dedicado a los vidrios. Tras el estudio de los espectros ópticos de absorción de algunos compuestos simples —esencialmente semiconductores—, retocando una vez más las electronegatividades, este capítulo termina con una buena introducción al modelo ya clásico de Hubbard, que relaciona el potencial de ionización y la electronegatividad de átomos o iones con la absorción óptica. Una vez más, pues, ideas simples sirven para explicar propiedades complicadas.

En el capítulo siguiente se insiste sobre las propiedades del ion oxígeno y la variación de su electronegatividad, y se analizan los óxidos metálicos más sencillos. Ello es un reflejo de que son esencialmente los óxidos, y quizá algo los sulfuros, los temas fundamentales de investigación en Química del Estado Sólido. Sin embargo, son cada vez más numerosas las comunicaciones a congresos y publicaciones referentes a nitruros, carburos, boruros, etc., materiales que, además de poseer características propiedades de transporte magnéticas y eléctricas, presentan muy a menudo interesantes propiedades mecánicas, térmicas, etc.

La obra que comentamos se cierra con dos capítulos asimismo muy interesantes, dedicados uno a los vidrios, los eternos olvida-

dos de los currícula científicos de la Universidad española, y el otro a las propiedades magnéticas de los sólidos, tema en el que, por el contrario, la ciencia española tuvo (Cabrera, Moles, Velayos, éste aún científicamente activo) y tiene una magnífica trayectoria.

El libro de Duffy es, pues, un magnífico manual para introducir el estado sólido a partir de ideas químicas sencillas. Debido a la aparición de éste y otros textos se puede decir que cada vez quedan menos excusas para no estudiar la Química del Estado Sólido con el rigor que una licenciatura en Ciencias merece. Es obvio que faltan algunos temas, y de ellos debe mencionarse sobre todo el Estado Sólido Molecular, que, dicho sea de paso, posee escaso número de cultivadores en España. Evidentemente, añadiéndole algunos capítulos esencialmente estructurales y, quizá, de reactividad, la obra sería aún más valiosa, se convertiría probablemente en el texto, aún por escribir, obligado en Química del Estado Sólido, pero perdería una de sus primeras virtudes, la de reunir en prácticamente un «libro de bolsillo» la mayoría de los aspectos más interesantes del estado sólido. Para el lector que quiera profundizar, y tras la lectura del libro de Duffy es probable que haya bastantes, se acompaña una buena bibliografía que incluye referencias a más de 50 libros o artículos destacados. ||

RESUMEN

El profesor Alario alude, en su comentario, a las viejas rencillas entre físicos y químicos, cuando está claro que ambas ciencias contemplan una misma realidad con ligeros puntos de vista diferentes. Y lo hace para comentar un libro que precisamente intenta

tender un puente entre la Física y la Química del estado sólido, cosa que en su opinión consigue claramente. El libro de Duffy es, pues, un magnífico manual para introducir el estado sólido a partir de ideas químicas sencillas.

J. A. Duffy

Bonding, energy levels and bands in inorganic solids

Longman Scientific and Technical, Harlow, Essex, 1990. 249 páginas.

Las raíces profundas de la biotecnología

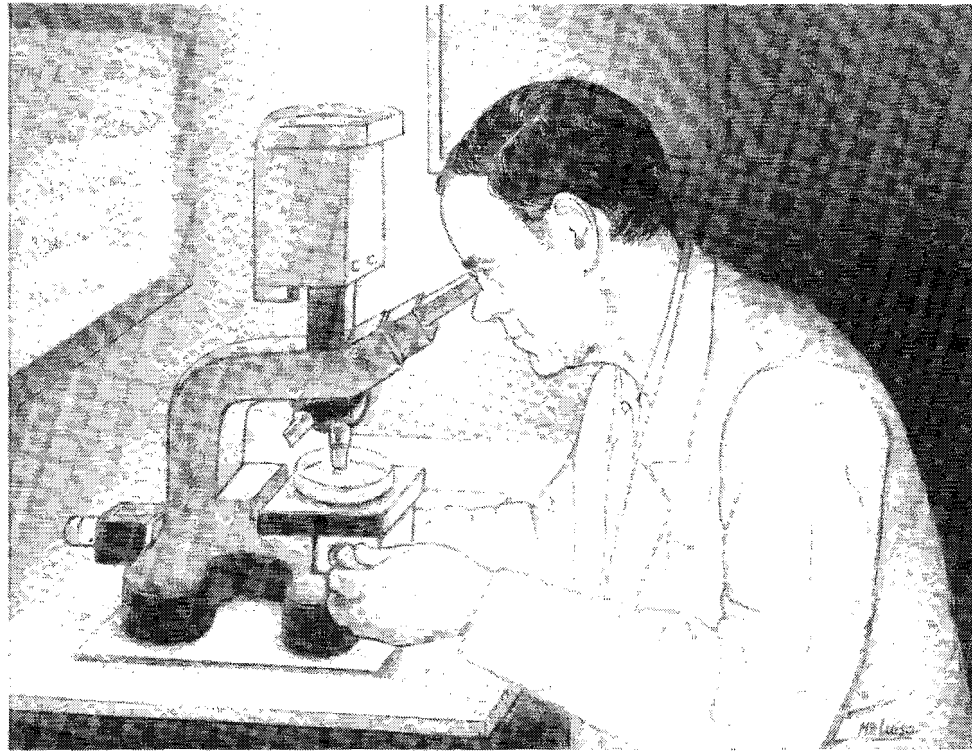
Por Carlos Gancedo

Carlos Gancedo (Madrid, 1940) es profesor de investigación del C.S.I.C. en el Instituto de Investigaciones Biomédicas y está asociado al Departamento de Bioquímica de la Facultad de Medicina de la Universidad Autónoma de Madrid. Sus trabajos se ocupan de la regulación del metabolismo de carbohidratos en levadura y de la expresión de genes relacionados con éste. Es miembro del Comité Ejecutivo de la «Federation of European Biochemical Societies» y presidente electo de la Sociedad Española de Bioquímica.

Hace poco más de un siglo, los microorganismos empezaron a ocupar un lugar importante en el mundo científico, y la identificación de algunos de ellos como agentes responsables de una serie de procesos patológicos los hizo penetrar rápidamente en el conocimiento popular. En los últimos veinte años, la utilización de técnicas y conocimientos derivados del estudio de los microorganismos, particularmente de las bacterias, ha conducido a la moderna biotecnología, que ocupa —por diversas causas— un lugar importante en nuestra vida actual. Probablemente sea difícil encontrar hoy alguna persona medianamente culta que no haya oído hablar de biotecnología o de ingeniería genética: estas expresiones aparecen a menudo en los medios de comunicación, aunque con frecuencia aplicadas a temas que no deberían ser cubiertos por esas designaciones.

¿Qué es la biotecnología? ¿De dónde ha surgido? La biotecnología ha sido definida como la aplicación, para la fabricación de productos, de las capacidades de los organismos vivos o de sus componentes subcelulares o moleculares. Por lo tanto, actividades tan tradicionales en nuestra cultura como la producción de pan o vino son procesos biotecnológicos. Sin embargo, se conviene en restringir el término «biotecnología» a la aplicación en procesos industriales de organismos obtenidos mediante técnicas de DNA recombinante, es decir, mediante recombinación «in vitro» de elementos genéticos de distintos organismos. Entendida de esta forma, la biotecnología no es sino una técnica surgida de la aplicación de conocimientos derivados fundamentalmente de la genética bacteriana. La genética bacteriana es una rama de la bacteriología, a su vez parte de la microbiología. Se trata de una disciplina básica que, como toda disciplina científica, intenta elaborar hipótesis para explicar una serie de fenómenos que aparecen dentro de su campo de estudio.

El libro *The emergency of bacterial genetics*, de Thomas D. Brock, profesor de la Universidad de Wisconsin, nos muestra el camino recorrido por esta disciplina, que constituye la capa profunda de la tierra en la que hunde sus raíces la moderna biotecnología. El libro relata en once capítulos el desarrollo de la genética bacteriana, centrando su atención en experimentos concretos que arrojaron luz sobre una serie de problemas capitales. Los experimentos que se examinan en cada apartado están presentados en el marco de lo que se conocía, de lo que se creía y se discutía en el momento de su realización. El lector tiene la enorme ventaja de verlos desde la distancia histórica que permite saber a quién iba el futuro a dar la razón. También presta el libro una cierta atención a los científicos, a las personas que participaron en los experimentos, aunque sin hacer de los actores la materia principal del libro. Recuerda el libro en ciertos aspectos a un texto escrito hace algunos años por Gunther Stent con el título *Molecular genetics. An introductory narrative*. Aunque éste fue escrito con la finalidad de ser usado en cursos de biología molecular, hay un cierto parentesco en la idea central de ambos libros: no perder de vista los experimentos originales y mostrar cómo a partir de ellos surgió el conocimiento posterior. Sería interesante, aunque probablemente difícil,



M. LUISA MARTIN VERDUGO

conocer la parte de deuda intelectual de la presentación de Brock con el libro de Stent.

Es difícil imaginar algún capítulo de la biología contemporánea que no haya sido iluminado directa o indirectamente por la genética bacteriana. Nuestras ideas sobre la estructura del material genético o la regulación del metabolismo celular, así como el desarrollo de las técnicas de DNA recombinante, provienen de estudios de la genética bacteriana. Y es precisamente el desarrollo de estos estudios el tema de este libro, que cubre un espacio de tiempo de unos setenta años: desde el inicio de la disciplina, difícil de fijar con una fecha exacta, hasta la etapa de mediados de los años sesenta, época en la que ya se ha demostrado la existencia del RNA mensajero y está elaborado el modelo de regulación de la expresión génica. Dado el ritmo de avance en el campo, el espacio dedicado a los últimos treinta años de este período es mucho mayor que el ocupado por las etapas iniciales. No se consideran en el libro, por estar fuera de este período de tiempo, experimentos relacionados con el desarrollo de las técnicas de DNA recombinante, aunque se dedica a este tema un somero capítulo final. Sería deseable que un científico-historiador tan bien cualificado como Brock dedicase una obra con la misma orientación a tan importante tema.

Cambio de rumbo

A Brock le preocupa —al igual que a otros muchos— que los conocimientos se expongan en los libros como surgidos «ex machina» y que se tienda a ignorar el recorrido intelectual que ha conducido a las ideas vigentes. Esta preocupación le llevó hace algunos años a reunir en un librito, que tituló *Milestones in Microbiology* y que se ha convertido en clásico, una serie de trabajos originales que cambiaron el rumbo de la microbiología y que influyeron en nuestra vida cotidiana. En una línea similar nos ofrece ahora *The emergency of bacterial genetics*. Una frase de A. Lwoff, premio Nobel de Fisiología y Medicina, sirve de lema al libro: «Para muchos jóvenes científicos, el futuro es más importante que el pasado y la historia de la ciencia empieza mañana... (Sin embargo) es interesante conocer cómo se descubrieron nuevos fenómenos, cómo nacieron los problemas, cómo se atacaron y se resolvieron y cómo y por qué nuestras ideas han evolucionado.»

Desde el nivel docente hasta el vulgarizador, la adquisición de nuevos conocimientos suele presentarse transcurriendo de una forma continua, ascendente, como impulsada por una

fuerza que la dirigiese por un único y obligado camino. Sin embargo, en contra de una opinión bastante extendida, el avance científico ni es lineal, ni sigue los rigurosos caminos de lo que a veces se expone como método científico. Si es cierto que cada experimento concreto bien realizado se ajusta a unas reglas intelectuales no escritas encaminadas a eliminar la subjetividad en la interpretación de los resultados, pero el experimento que se realiza es escogido por el investigador de una manera subjetiva y obedeciendo a la línea de pensamiento que le dirige en ese momento. De tal manera que a veces pueden no realizarse experimentos que habrían hecho cambiar las ideas del momento debido a la subjetividad del investigador o a la fuerza de los paradigmas reconocidos. Lo que distingue al investigador brillante es su capacidad de seleccionar, de entre los numerosos experimentos posibles, aquel que va a proporcionar información importante y no realizar los demás, que sólo aportarían información secundaria o que confundirían más el campo. A menudo, y sobre todo en fases iniciales de desarrollo de un campo, no es fácil distinguir las ideas erróneas; como bien apunta Brock en su libro, «sólo después de haber llegado a algo compatible con todos los datos se pueden descartar las ideas erróneas; durante el período exploratorio estas ideas pueden no haber parecido en absoluto erróneas y pueden haber afectado al progreso en gran manera». Se podría comparar la evolución de las ideas en un determinado campo con la evolución biológica. Ambos procesos parten de algo ya existente, de previas ideas en el primer caso, de previos organismos en el otro. Y a partir de ellos inician una nueva construcción. Al igual que sucede con las mutaciones en biología, muchas direcciones iniciadas en el avance científico son «perjudiciales», pero constituyen el precio a pagar para que la variación y selección posterior pueda tener lugar. Además, las controversias entre distintas ideas generan nuevos experimentos que resultan esenciales para la recopilación de nuevos datos necesarios en la elaboración de nuevas ideas. Como ha apuntado Popper, el filósofo que tanto ha influido en los planteamientos intelectuales de numerosos biólogos contemporáneos, la contribución más importante de una teoría al conocimiento científico son los nuevos problemas que hace surgir.

Juega también a veces el azar papel importante en el avance de una rama de la ciencia, si bien, como Pasteur decía, «el azar sólo favorece a las mentes preparadas». Se ha hablado mucho del moño que contaminó la placa de Fleming, pero no es tan conocido lo importante

que fue en el desarrollo de la genética bacteriana el que Tatum y Lederberg escogieran por casualidad, como organismo de trabajo para el estudio del problema de la recombinación sexual bacteriana, una cepa determinada de *Escherichia coli*. Como ha escrito Lederberg, la historia «como hubiese podido ser» (que él denomina «contrafactual») es ridiculizada a menudo. Sin embargo, aunque no haya manera de comprobar cómo habría sido la historia, merece la pena preguntarse qué hubiese sucedido con el problema de la recombinación sexual bacteriana sin el azar de haber usado la cepa K-12 de *Escherichia coli*. La elección de otra cepa del mismo organismo hubiese dificultado en gran manera los intentos de demostrar la conjugación bacteriana y, por ende, cambiado el desarrollo de la genética bacteriana. La cepa K-12 se tomó por casualidad, «porque se tenía a mano» al haberse utilizado previamente en otros experimentos totalmente ajenos al problema de la conjugación bacteriana. Hubo en este caso un factor de azar que sólo se puso de manifiesto bastante tiempo después, cuando se supo cómo funcionaban determinados mecanismos celulares.

Es necesario señalar, también en contra de una opinión generalizada, que ninguna teoría o resultado científico pueden considerarse como definitivos, teniendo que ser revisados continuamente. Así, un famoso experimento como el de las fluctuaciones, que es un hito en la historia de la genética bacteriana y que parecía zanjar una cuestión tan crítica como la de la naturaleza espontánea o dirigida de las mutaciones, ha sido revisado recientemente. La conclusión clara derivada de aquel experimento era que las mutaciones ocurren de forma aleatoria, independientemente de la presencia o no de un determinado medio selectivo. Experimentos recientes, sin embargo, sugieren que en determinadas situaciones es posible que junto a las mutaciones aleatorias independientes del medio aparezcan otras que sólo se fijan en presencia del medio selectivo. Lo absoluto de la conclusión del experimento de las fluctuaciones es colocado, pues, en una nueva perspectiva. Este es uno de los aspectos más interesantes de la ciencia, la «búsqueda sin término», por decirlo con el título de un libro de Popper.

Como en otras ramas de la ciencia, ha habido también en el caso de la genética bacteriana una gran interacción entre el desarrollo conceptual y la aparición de nuevas técnicas experimentales. Y esto se aprecia en numerosas ocasiones a lo largo del libro. En algunos casos la técnica fue algo tan sencillo como la introducción de la placa de cultivos por Petri o la utilización del terciopelo para replicar poblaciones de una placa a otra por los Lederberg. En otros casos se trató de técnicas que implicaban instrumentos algo más complejos, como un nuevo tipo de centrífuga, o ya grandes equipos, como el microscopio electrónico. Como detalle curioso nos enteramos en este libro de que el primer microscopio electrónico de los Estados Unidos fue instalado en los laboratorios de investigación de Radio Corporation of America!

El desarrollo de cualquier rama del saber hace necesaria la creación de nuevas palabras para definir nuevos elementos, para designar nuevos conceptos teóricos. La genética bacteriana pudo extraer muchos vocablos del acervo recién creado por la genética clásica: gen, cromosoma, mutante, fenotipo, genotipo, alelo, por no citar sino unas pocas. Pero también creó otras: cistrón, operón, plásmido, y dio nuevo sentido a palabras usuales: inducción, represión, mensajero. Entre las grandes figuras creadoras de palabras podríamos citar a dos gigantes del campo como Lederberg y Monod. Nuevos términos han seguido apareciendo en paralelo con el avance científico, pero su forma ha cambiado. Hasta hace relativamente poco tiempo, las nue-



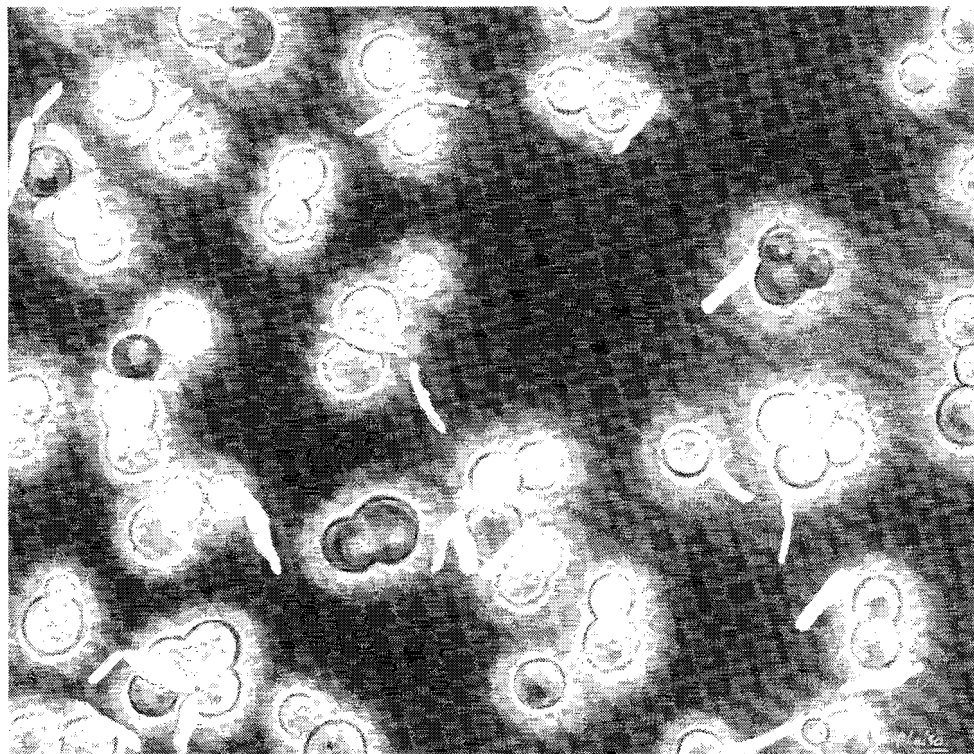
Viene de la página anterior



vas palabras solían tener raíces greco-latinas, lo cual hacía fácil su adaptación a cualquier lengua sin la sensación de corrupción o colonización del lenguaje. La realidad actual es muy otra: el dominio de los laboratorios norteamericanos en este terreno hace que las nuevas palabras en general sean inglesas. A menudo estas palabras tienen un significado establecido en el inglés usual y se procede a darles una nueva acepción. Sucede, sin embargo, que científicos de otros países, al oír—en ocasiones por primera vez—aquella palabra, la interpretan como el término preciso para designar un nuevo fenómeno y la introducen en un idioma en lugar de tratar de traducirla. Como bien decía Feijoo, «es lícito el uso de voz de idioma extraño cuando no la hay equivalente en el propio», pero ¿por qué hacer que parezca más preciso «fingerprint» que huella, «footprint» que pisada o «chromosome walking» que recorrido cromosomal? La carencia de una formación humanística clásica, que lamentablemente parece ser cada vez más profunda, y la falta de aprecio al propio idioma están conduciendo a la aparición de una germanía sólo comprensible para el círculo de los iniciados.

Aunque el libro expone el desarrollo de la genética bacteriana considerando los experimentos que decidieron su curso y no a los científicos que los llevaron a cabo, no es posible olvidarlos. Sobre todo a algunos de ellos que fueron figuras señeras en este proceso. Aparecen al principio del libro, siguiendo la tradición de las publicaciones de los «Cold Spring Harbor Symposia for Quantitative Biology», unas cuantas fotografías de participantes destacados, la mayoría de ellas tomadas precisamente en Cold Spring Harbor, donde también ha sido editada la obra que nos ocupa. Allí están Avery, Luria y Delbrück, Monod, Lederberg y algunos más que no mencionamos para evitar una lista de nombres menos conocidos, aunque inolvidables en la historia del progreso de este campo. Se ha escrito bastante sobre las distintas personalidades de estos científicos: sobre la meticulosidad experimental de Avery, sobre la influencia que Delbrück ejerció sobre el desarrollo de toda la biología molecular con sus abordajes originales y su poder de convocatoria, sobre la precocidad de Lederberg o la elegancia intelectual de Monod. Cada científico posee un estilo de búsqueda propio que es fruto de una interacción de su personalidad con la tradición investigadora en la que ha sido educado. Este estilo propio hace que las visiones de un mismo problema y la forma de atacarlo sean distintas en los diferentes laboratorios. Y aquí encontramos una faceta muy interesante del desarrollo científico a menudo ignorada por las personas ajenas a este quehacer: aunque lleguen a una misma conclusión en el estudio de un mismo problema, los distintos caminos recorridos por cada científico para llegar a ella hacen que cada proceso sea un trabajo creador completamente original. En ciencia, al igual que en cualquier otro tipo de creación, la obra está impregnada de la personalidad de su autor.

Hemos mencionado hace un momento Cold Spring Harbor, un nombre que ha pasado a ser casi mítico entre los practicantes de la moderna biología. El laboratorio de Cold Spring Harbor se originó como un laboratorio de campo veraniego en la última década del siglo pasado y se expandió con varios departamentos al principio de éste. Con el tiempo sólo subsistió el departamento de genética. Este lugar ha desempeñado un papel importantísimo en el desarrollo de la genética bacteriana y en general de toda la biología molecular. Sus famosos cursos, comenzados a mediados de los años cuarenta, primero sobre virus bacterianos, fagos, seguidos por los de genética bacteriana y posteriormente por los de genética de levaduras, han sido lugar de entrenamiento y reunión de numerosas personas que han contribuido después al desarrollo de estas ramas de la moderna biología. Fue allí donde, bajo la influencia de



M. LUISA MARTIN VERDUGO

Delbrück, se concluyó el famoso «pacto del fago», por el cual distintos grupos de investigadores se comprometieron a concentrar sus esfuerzos en un grupo restringido de fagos designados T1, T2, T3... T7, que actuaban sobre la cepa B de *E. coli* en lugar de estudiar distintos virus y distintas cepas huésped (Delbrück denominaba a este conjunto como Blancanieves y los siete enanitos). Este pacto permitió avanzar rápidamente al principio de las investigaciones sobre fisiología y genética de fagos, pero tuvo, sin embargo, la contrapartida de que un fenómeno tan importante como el de la lisogenia, que no se daba en estos fagos virulentos, fuese ignorado por los signatarios del tratado. El esclarecimiento de este problema fue obra fundamentalmente de alguien ajeno al grupo, el francés A. Lwoff.

Varias sensaciones surgen al leer el libro: el deseo de haber estado allí en una determinada ocasión, de haber participado en la atmósfera tensa de un experimento crítico, la sensación de vértigo al percibir el ritmo cada vez más rápido del avance en biología surgido de estos experimentos de genética microbiana. Beijerinck, el gran bacteriólogo neerlandés de principios de siglo, escribía al retirarse: «Gelukkig zij die nu beginnen» (felicidades los que empiezan ahora). ¿Podría en estos días decir otro tanto? Quizá un suceso como el que relato a continuación indique el cambio de los tiempos. En septiembre de 1945, el joven Lederberg escribía una carta a Tatum comentándole sus ideas sobre experimentos a realizar para la investigación de la existencia de la recombinación sexual en bacterias. La carta terminaba con el párrafo siguiente: «... si a usted se le ha ocurrido un experimento parecido, comuníquemelo, por favor, ya que estoy seguro de que usted lo puede hacer mucho mejor y tiene más medios para ello que yo; si, por el contrario, sus planes no prevén experimentos de este tipo, le agradecería mucho que me enviase los mutantes que menciono...». En la atmósfera actual de febril competición en la que un científico (Lewontin) ha podido describir la actividad científica como «una actividad competitiva y agresiva de hombre contra hombre de la que el conocimiento se deriva como un subproducto», ¿es posible imaginar una actuación como la de Lederberg?

Ante este libro surge una cuestión extensible a otros libros que se ocupan de la actividad científica, y es la de su accesibilidad a un público general. Es interesante notar que en nuestra sociedad, donde la ciencia juega un papel muy importante, llegando a cambiar nuestras costumbres y actitudes (piénsese en el impacto social de la píldora o de los ordenadores), una

capa de público considerada culta ignora el desarrollo intelectual de la ciencia. Sin embargo, sin entrar en los detalles técnicos que obviamente exigen una serie de conocimientos específicos, la marcha de la ciencia debería interesar a todos y serles accesible.

¿Es el libro comentado comprensible para alguien que no posea unos conocimientos básicos de la biología actual? En mi opinión, la mayor parte del contenido puede ser seguido con unos conocimientos medios que serían de esperar en personas con una cultura universitaria seria. Cada capítulo del libro comienza con una introducción que pone en perspectiva el tema que va a ser desarrollado, y al final del capítulo se encuentra un útil resumen donde se presentan las conclusiones del tema tratado. Es posible que ciertos detalles de algunas tablas no sean totalmente asequibles a alguien no familiarizado con la biología; sin embargo, esto es un inconveniente menor y no detrae en absoluto de la línea fundamental del libro. Sería de desear que libros como éste fuesen leídos por personas ajenas al mundo de la biología molecular y de la ciencia. Varias ventajas se derivarían de ello: por una parte, obtendrían el placer de recorrer uno de los campos científicos que han sido más fecundos en los últimos tiempos, produciendo cambios incluso en nuestra visión filosófica (piénsese en *El azar y la necesidad*, de Monod); por otra, adquirirían los fundamentos conceptuales de temas de interés general que preocupan y que son discutidos con más pasión que conocimiento, por ejemplo la utilización de organismos modificados genéticamente, y además llegarían a la conclusión de que es difícil, si no imposible, predecir o imponer las vías de desarrollo del conocimiento científico. ¿Quién hubiera imaginado que el estudio de la cuestión, académica y aparentemente sin interés práctico, de si en las bacterias se producen auténticas mutaciones o sólo variaciones que les permiten adaptarse a nuevos ambientes

sería el germen de una industria que está produciendo dividendos económicos y que ha penetrado desde la agricultura hasta la medicina e incluso la práctica forense? ¿Cómo haber previsto que del estudio de la sexualidad bacteriana surgiría la explicación de la aparición de la resistencia múltiple a antibióticos, problemas de enorme trascendencia en la medicina hospitalaria? Si precisamente la investigación busca lo desconocido, ¿cómo pensar en programar el descubrimiento? Es necesario poner de manifiesto una vez más el valor intrínseco de la investigación básica como mera actividad intelectual que se dedica a resolver problemas para plantear otros nuevos. Las posibles aplicaciones vendrán después si la investigación básica tiene calidad y hay una industria adecuada dispuesta a recoger los logros de aquélla. Sin un buen conocimiento de la genética de microorganismos, una serie de industrias farmacéuticas no existirían en la actualidad, pero seguramente el día en que los científicos se interesaron por el problema de si las bacterias poseían caracteres hereditarios y de cómo los transmitían no pensaron en la posible relevancia aplicada del tema.

Después de leer el libro nos damos cuenta de la contribución de la genética bacteriana al enorme—explosivo—desarrollo de la biología en los últimos tiempos, y nos asombramos ante los logros conseguidos por ésta en una serie de problemas que parecían inasequibles a la comprensión humana no hace muchos años. A la vista de estos logros podríamos preguntarnos si la biología ha llegado o está llegando a sus últimos límites conceptuales, es decir, si después de haberse enunciado el paradigma DNA → RNA → proteína con todas sus consecuencias ulteriores, sólo quedará por investigar en el futuro una serie de detalles todo lo importantes que se quiera, pero al fin y al cabo sólo detalles. Esta pregunta se la han planteado incluso personalidades importantes dentro del campo, como el ya citado Stent. La respuesta es arriesgada, pero podemos intentar darla usando lo que Novalis llamaba la varita mágica de la analogía histórica. Comparemos el estado actual de la biología con el de la física en los años treinta. Peierls, un físico de la época, recordaba la situación de la manera siguiente: «Era durante una de las conferencias regulares en Copenhague, sería la del treinta y uno o treinta y dos, no recuerdo bien. El detalle interesante es que entre muchos participantes, ciertamente no entre todos, había una sensación de que la física estaba casi terminada. Esto puede parecer ridículo desde nuestra perspectiva actual, pero mirándolo con la óptica de aquel tiempo casi todos los misterios parecían resueltos. Todo lo que nos había preocupado acerca de los átomos, las moléculas, los sólidos y cosas parecidas había encontrado una respuesta. En conversaciones de sobremesa, y a veces en otras más serias, se discutía qué haríamos cuando la física se terminase. La mayoría decía que sería el momento de dedicarse a la biología. Sólo una persona se lo tomó en serio, y fue Max Delbrück.» Cuando se contempla el camino conceptual recorrido por la física desde esa época en que «parecía terminada» hasta el momento presente, se ve que la sensación era plenamente injustificada. Me gustaría pensar que lo mismo sucederá con la biología actual.

RESUMEN

Este libro de Thomas D. Brock, profesor de la Universidad de Wisconsin, ofrece la oportunidad de «participar» en el desarrollo de la genética bacteriana a través de experimentos que han sido claves para resolver im-

portantes cuestiones en esta rama de la microbiología. La obra, a juicio de Carlos Gancedo, da lugar a una serie de reflexiones sobre el quehacer científico, la creación de nuevas palabras y la importancia de la ciencia básica.

Thomas D. Brock

The emergency of bacterial genetics

Cold Spring Harbor Laboratory Press (EE.UU.), 1990. 346 páginas. 55 dólares.

El latido del corazón

Por Vicente Verdú

Vicente Verdú (Elche, 1944) es ensayista y periodista. Ha sido redactor-jefe en Cuadernos para el diálogo y jefe de Opinión y de Cultura en el diario El País. Finalista del Premio Anagrama de Ensayo con *Días sin fumar*, es autor, además, de *Noviazgo* y *matrimonio en la burguesía española* (en colaboración) y *El fútbol: mitos, ritos y símbolos*.

Hace unos meses apareció en Alianza Editorial un libro voluminoso que, al menos por su corpulencia afectuosa, hacía presumir que no pasaría inadvertido. Se deslizó, sin embargo, suavemente por los ámbitos de la Universidad y allí disolvió su noticia y su contenido. Se trata, no obstante, de un texto con proyección más amplia que la del recinto universitario y con un destino que, de regir mejores tiempos para el ensayo, habría cumplido benefactoramente sobre un público extenso.

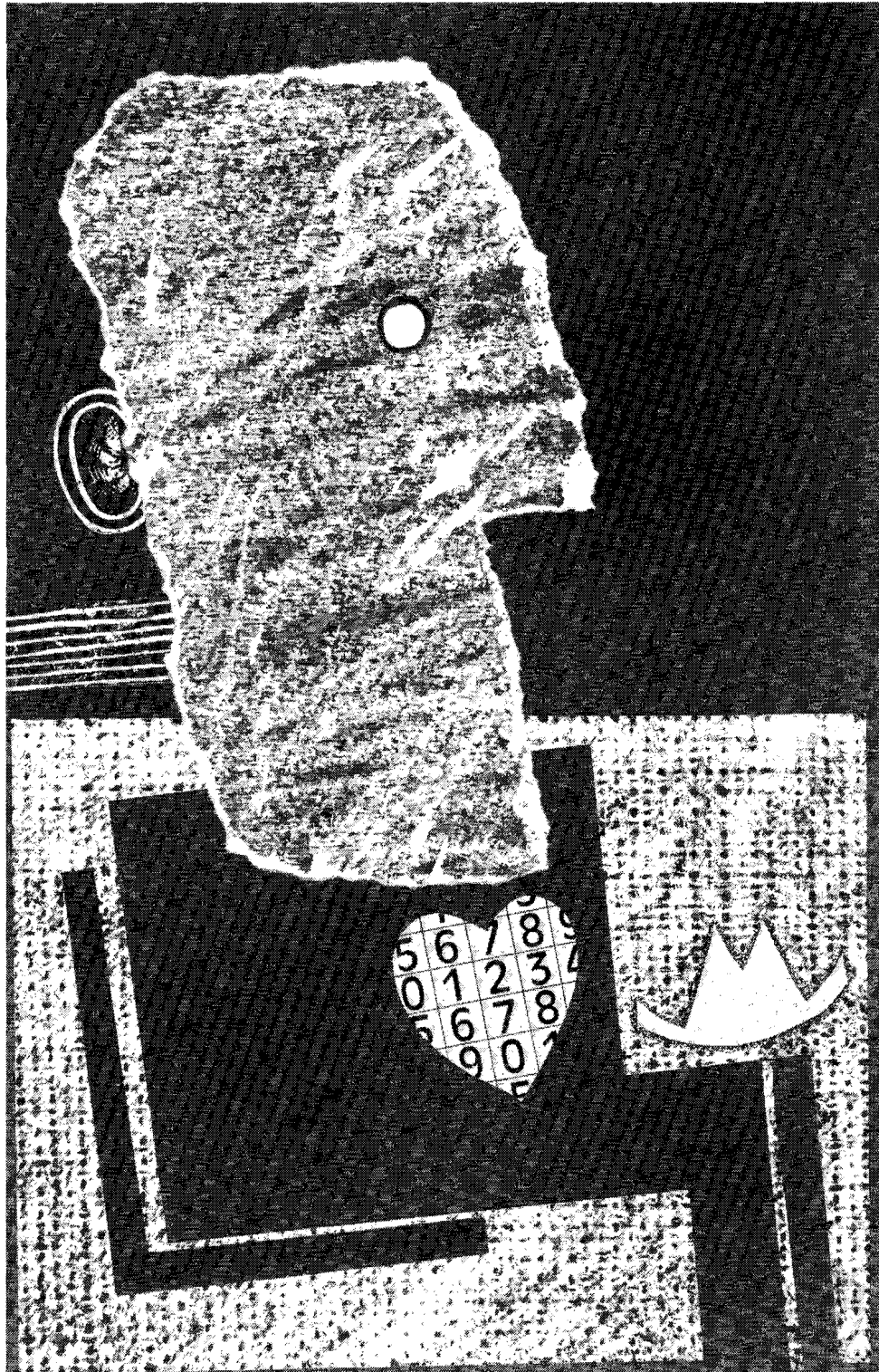
¿Por qué parezco seguro diciendo esto? Ni más ni menos porque el libro se refiere a aquellas cuestiones, desde el amor a la envidia, desde el afán de destacar hasta el miedo, desde la necesidad de creer hasta la preocupación por la cuenta corriente, que de una u otra manera interesan a todo el mundo. No se trata además de un ejercicio especulativo. La teoría y la metodología científica son una trama oculta, actúan como un bastidor donde se borda el testimonio directo de 200 norteamericanos típicos que traslucen el espíritu de una colectividad en su ámbito privado y público.

Pulsar el alma

Cinco investigadores sociales (Bellah, Madsen, Sullivan, Swidler y Tipton) trabajaron durante cinco años en la recopilación del material. Su propósito era pulsar el alma media del habitante norteamericano, y su inspiración, confesada explícitamente, procedía del libro *Democracia en América*, que redactara el filósofo social francés Alexis de Tocqueville en los años treinta del siglo XIX. De este mítico libro se dedujo entonces una forma de ser del pueblo norteamericano y las correlaciones entre el carácter moral de un pueblo y la naturaleza de su comunidad política.

Los autores de *Hábitos del corazón* rinden homenaje a aquella experiencia con el título mismo de la obra. Tocqueville describía las costumbres y modos de vida del pueblo estadounidense, y en algunos pasajes a esos comportamientos los llamó «hábitos del corazón».

Pero ¿qué son también los hábitos del corazón en el libro que comentamos? Los hábitos del corazón son aquí, por exceso, contenidos del corazón. Y de un corazón que la sociedad individualista ha ido condenando cada vez más al blindaje y al silencio ante los otros. Efectivamente, la escena que se describe corresponde a otro país, y sus decorados institucionales o históricos mediatizan la instalación en el mundo. Es vano, sin embargo,



G. MERINO

acentuar las diferencias respecto a los españoles. El libro alude a relaciones humanas fundamentales, a deseos y frustraciones que individuo a individuo repite la experiencia occidental. De ahí mi observación respecto al flojo y selectivo abrazo que ha disfrutado este libro. Me reservo, sin embargo, para el final un coto de explicaciones —al margen de la mercadotecnia— que acaso contribuyan a justificar su difusión exigua. Su casi desgraciada trayectoria por nuestro mercado.

El libro habla de la felicidad y de la infelicidad. Se bate en la cancha del sentido de la vida. El quinteto de investigadores se re-

partió los temas (el matrimonio, la religión, la ciudadanía) y las comunidades diversas. Y apoyados, en la mayoría de las ocasiones, sobre el magnetofón suscitaron entre los entrevistados, gentes por lo general en la meseta de su edad, la oportunidad de narrar en qué se había convertido su existencia. ¿Se encontraban satisfechos de lo que habían logrado? ¿Cuál fue el momento crucial por el que se orientó su destino? ¿Qué clase de error o de azar estimaban determinante para su situación actual? ¿Seguían confiando en lo que habían depositado su fe y preservaban sus fantasías? ¿Qué aspiraciones les quedan por cumplir y, en caso de quedarles alguna, seguían o no seguían con la esperanza de poder cumplirla? La geografía, por lo común oscura, de lo privado es rastreada a lo largo de estas páginas con el aliento de una exploración en la que se aúna lo asistencial y lo policíaco. También lo policíaco. Porque todo el mundo desea hablar de sí mismo. Alquila a otras personas (terapeutas) para que sus declaraciones, por el hecho de serlo, se conviertan en productos de valor. E incluso ante lo policial el individuo encuentra, mediante la declaración, una desconocida dimensión de su lenguaje. Por otra parte, el público, los espectadores, los lectores, ansían escuchar «declaraciones», asistir a la confesión de la auténtica verdad del otro. En

ambas direcciones, escudriñando y declarando, el libro es un éxito. Se inmiscuye en el mundo de la intimidad y sus seducciones, exhibe como un mercado de frutos sentimentales el repertorio en el que fácilmente se siente reflejada la condición humana. *Hábitos del corazón* es, tomado como un impacto, el trasunto de muchas revistas del corazón unidas. Su diferencia específica respecto a estas últimas radica en que quienes poseen la palabra son seres ordinarios, personas comunes y no números uno. De ahí también la destilación de afecto y realidad que obliga a amar al libro.

¿Qué puede impedir quererlo del todo? Básicamente una circunstancia que termina traducida en dos. Los autores aman lo que hacen, su trabajo de psicología social, pero no aman tanto a los protagonistas que, en suma, «hacen» por la obra que ellos firman. El quinteto da muestras de laboriosidad, de meticulosidad y rigor, de objetividad y orden. Son, al cabo, por acumulación de virtudes metodológicas, un grupo empecinado con el estudio, pero pobremente emocionado con la escucha.

Abusivo celo

Puede parecer insólito que un libro planteado y realizado cara a cara con la circunstancia humana, provisto de un material donde se oyen y oyen voces vivas, pueda hibernarse tanto. Ahí reside su mayor fragilidad. Su inconveniente es el nivel de su baja temperatura. Los cinco redactores cumplen con abusivo celo su papel de académicos y subordinan, al cabo, la transmisión de un conocimiento pasional a la supuesta sabiduría tecnológica. Quizá un excesivo débito con su profesión de investigadores les ha restado la oportunidad de disfrutar y hacer disfrutar su puesto de testigos. Una red teórica les ha maniatado e impedido la ocasión, mayor o más humilde, de ser literatos o periodistas.

Resulta doblemente chocante que esto suceda con escritores norteamericanos. Primero, porque sus sistemas teóricos no suelen ser tan rígidos y conclusos como los de algunos otros países europeos. Y segundo, porque el planteamiento de la investigación conducía natural e intrínsecamente a transmitir más una poética de la vida que una ordenada mecánica de la supervivencia.

El libro instruye en abundancia. Es un libro sólido. Pero «enseña» menos de lo esperable sobre ese suculento material persona a persona, familia a familia, que ha cosechado. El corazón del lector padece esta inevitable melancolía cuando atraviesa los *hábitos del corazón*. Sus autores emergen demasiado como cirujanos del corazón. Aman ese depósito de dolores y deseos, pero se viven tan acuciados por cumplir con su título académico, su obligación de realizar un «tratado», que sobrevuelan el aroma o la fetidez de las pasiones que tratan. Sin duda, al fin, todo es una cuestión de lenguaje. De aprendizaje del lenguaje. Así como los médicos nos relatan el mal que nos aqueja con una jerga indolora (un idiolecto «malo»), el quinteto que ha empeñado cinco años de su vida en esta interesante obra se desacredita, en parte, como emocionados transmisores de la vida humana.

En el próximo número

Artículos de Vicente Palacio Atard, José María Valverde, Julián Gállego, Manuel Alvar, M.^a Carmen Iglesias, Olegario G. de Cardedal y Antonio Fernández Alba.

RESUMEN

Vicente Verdú se ocupa de un grueso ensayo que, en su opinión, a pesar de su interés, ha pasado bastante inadvertido. De ser éstos tiempos más propicios para el ensayo —asegura—, esta obra que comenta hubiera llegado a un amplio público, ya que en ella se habla

de cuestiones tan de interés general como el amor, la envidia, el miedo, la necesidad de creer e incluso la preocupación por la cuenta corriente. Cinco investigadores se propusieron pulsar así el alma media del norteamericano.

Robert N. Bellah y otros

Hábitos del corazón

Alianza Universidad, Madrid, 1989. 419 páginas. 3.800 pesetas.

Nosotros, los europeos

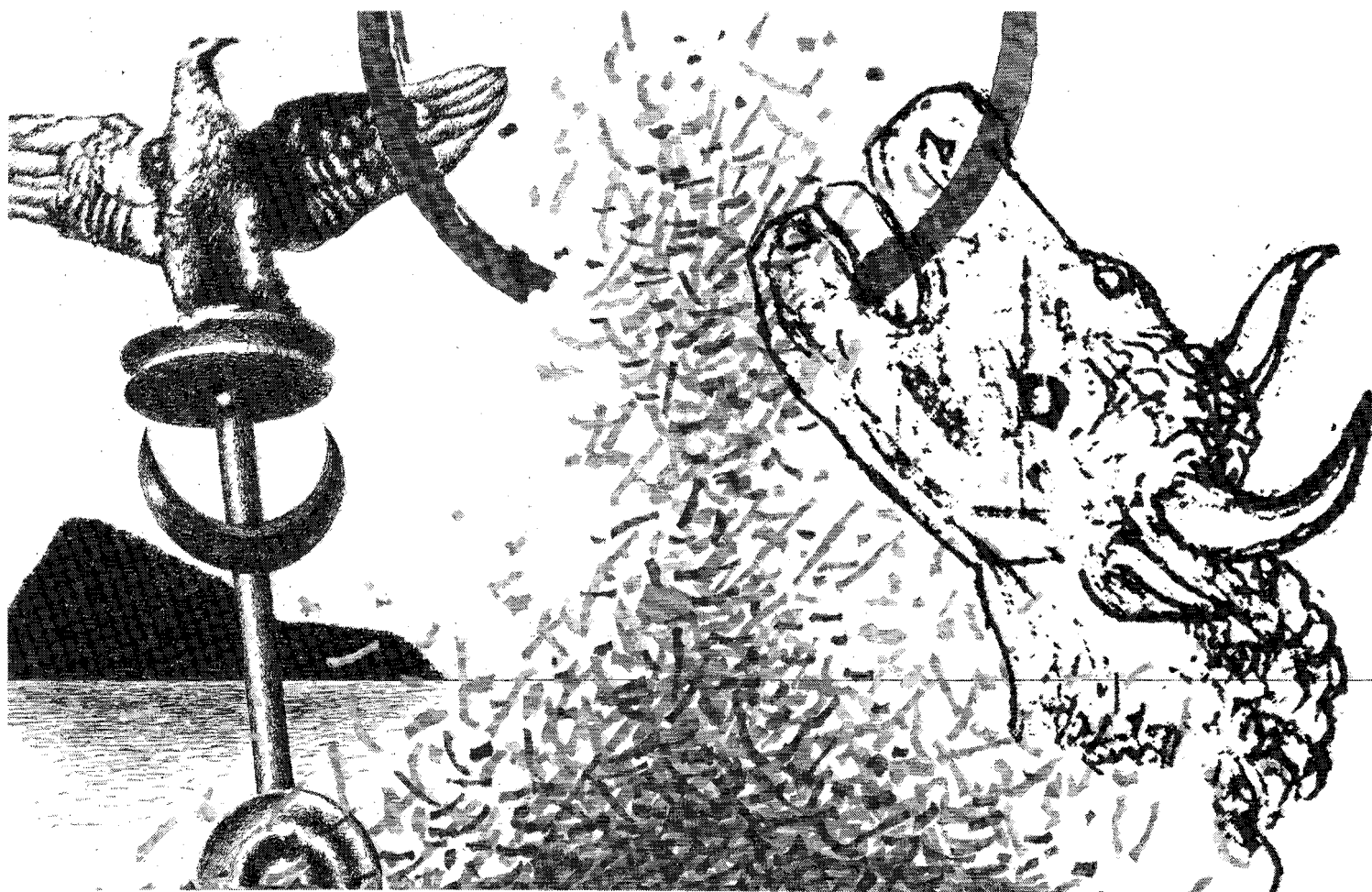
Por Vicente Palacio Atard

Vicente Palacio Atard (Bilbao, 1920) es profesor emérito de la Universidad Complutense de Madrid y miembro de la Academia de Historia. Es autor, entre otras obras, de *Los españoles de la Ilustración*, *La España del siglo XIX*, *Cuadernos bibliográficos de la guerra de España 1936-1939* y *Juan Carlos I y el advenimiento de la democracia*.

En los últimos días de 1990 se presentó en Madrid, y simultáneamente en varias capitales europeas, la obra dirigida por Jean-Baptiste Duroselle, que en la versión española se titula *Historia de los europeos*, y que en las otras versiones de las demás lenguas de la Comunidad Europea lleva por título *Europa*. Sólo ha dejado de publicarse la versión griega, y no han sido dificultades editoriales las que se han opuesto a ella, sino los encontrados puntos de vista respecto a la significación y el papel de Grecia en la creación de Europa. No es ésta la única paradoja de una obra importante que se pone bajo la advocación del mito helénico que da nombre a nuestro continente.

¿Una historia de Europa?

Podríamos preguntarnos, por de pronto, si es posible redactar, hoy por hoy, una historia europea desde una visión interna de conjunto que supere los enfoques particularistas de todos los pueblos y naciones que la integran. Esta es la clave de todo proyecto metodológico conducente a tal fin. Hace treinta años, bajo la iniciativa del Consejo de Europa, se redactó por los profesores Dance y Burley el informe titulado «¿Una historia de Europa?», en el que se ponían de manifiesto las discrepancias y obstáculos surgidos del nacionalismo residual que subyace en la difusa mentalidad popular y se refleja en los manuales de historia al uso en cada uno de los pueblos europeos. Por ello el Consejo de Europa, y también otros organismos internacionales, propiciaron encuentros multilaterales de profesores de historia dedicados a revisar los textos escolares y limar las aristas de la incompreensión mutua. En esos encuentros se pudo comprobar siempre la buena voluntad de todos, pero también la nada fácil tarea de des-



JOSE ANTONIO ALCAZAR

terror los preconceptos particulares y resolver las contradicciones sin evadirse de las cuestiones discutibles y discutidas. La objetivación de la imagen del otro en la teoría del conocimiento histórico no está suficientemente desarrollada para facilitar las concordancias fundamentales en una interpretación de alto nivel. El enfoque omnicompreensivo es, por tanto, algo así como el Santo Grial historiográfico que todos ponen empeño en buscar, pero que se esconde tenazmente a quienes intentan hallarlo. Las tentativas de los audaces caballeros europeístas cabalgando sobre los corceles de la historia serán así, sin duda, arriesgadas; pero no resultan del todo vanas o quiméricas si consiguen desbrozar algo el camino para discernir lo que hay de utopía y de realidad en el objetivo propuesto.

Por eso debemos reconocer que el libro de Duroselle y sus colaboradores supone un esfuerzo serio e inteligente por alcanzar metas de globalización interpretativa para conciliar armónicamente el conjunto heterogéneo que forman los ingredientes históricos de Europa. A fin de cuentas este libro es una contribución al discurso con el que se pretende responder a la interrogación planteada desde tiempo atrás por quienes han reflexionado sobre lo que es Europa. Claro está que estudiar esa historia desde nuestra actual perspectiva no exige la definición previa de lo que sea el arquetipo europeo, ni siquiera que tal arquetipo se llegue a establecer un día. Hace ya algunos años, el prestigioso historiador Federico Chabod subrayaba la imposibilidad de encontrar «el europeo químicamente puro», porque precisamente Europa surge de un aluvión de legados dispares, de un intercambio entre ellos, a veces conflictivo, a lo largo de los siglos.

La idea original del proyecto al que ahora nos referimos se debe a un culto y dinámico hombre de negocios, Frédéric Delouche, entusiasta del ideal europeísta, conocedor de casi todos los países y los idiomas europeos. La dirección científica ha recaído en el profesor Duroselle, antiguo presidente del Instituto de Francia, emérito de la Sorbona y continuador en la cátedra de Pierre Renouvin, el renovador de la metodología para el estudio de la historia de las relaciones interna-

cionales. Entre los principales colaboradores figuran Karl Dietrich Erdmann, de la Universidad de Francfort, recientemente fallecido, y los profesores Sergio Romano y Keith Robbins. Por parte española ha contado con la colaboración del catedrático Juan Antonio Sánchez García-Saúco. Pero Delouche ha sido no sólo el promotor, sino el alma de esta obra, y ha participado personalmente en los trabajos y discusiones sostenidas por los colaboradores.

Factores de cohesión y de rechazo

La obra está dirigida al lector culto, aunque no especializado en el estudio de la historia. Está excelentemente presentada, en gran formato, con ilustraciones de muy buena calidad. No aporta citas bibliográficas, pero es algo más que un libro de alta divulgación, y a lo largo del texto aparecen las fuentes historiográficas que sirven de base a la redacción del mismo. El contenido de la obra creo que puede resumirse del siguiente modo: se analiza la realidad plural geográfica, étnica y lingüística que convierte a Europa en un mosaico de piezas diferentes. Pero, sobre esta diversidad originaria, la historia ha creado factores de cohesión anteriores incluso a la

En este número

Artículos de

Vicente Palacio Atard	1-2	M.ª Carmen Iglesias	8-9
José María Valverde	3	O. González de Cardedal	10-11
Julián Gállego	4-5	A. Fernández Alba	12
Manuel Alvar	6-7		

SUMARIO en página 2



Viene de la página anterior



Nosotros, los europeos

existencia de las naciones modernas que componen el mapa actual de Europa. Ese es el caso, por ejemplo, de la cultura celta, cuyo estudio está hoy tan en boga en la historiografía; o la herencia de la Roma clásica, sobre la que incidirán las peculiaridades diferenciadoras de los pueblos germánicos y la huella del cristianismo, de donde había de surgir el concepto medieval de la Cristiandad, que al penetrar en la dimensión de las conciencias constituyó el fundamento de la escala de valores que arraigaron en el modo de ser de los europeos.

Este libro, sin embargo, no rehuye entrar en las dimensiones internas, en los conflictos políticos y religiosos que jalonan la historia de las relaciones de los pueblos europeos entre sí. No se trata en ningún caso de eludir las páginas sombrías del pasado europeo. Allí por los años cincuenta, Salvador de Madariaga recomendaba enfrentarse con serenidad y seriedad a ese pasado y analizarlo sin evadirse de su ambivalente contenido. Decía entonces ese insigne español: «Europa tendrá

que volver a pensar, sentir y escribir su historia, no por cierto para blanquear de cal hipócrita lo que en su historia hay de negro —que no es poco—, sino para colocar cada hecho en su sitio y darle no ya su significado nacional, sino europeo de conjunto, de modo que así resulten los errores y los crímenes del pasado como aquel título gracioso que Víctor Hugo puso a un cuaderno de versos de juventud: “Tonterías que yo hacía antes de nacer”. En efecto, en el libro que comentamos el hilo conductor parece que se teje no sólo sobre la trama de los factores de consonancia, sino también sobre las disonancias que han perturbado el entendimiento interno europeo. En este conjunto de contradicciones entre factores de cohesión y de rechazo, los autores quieren describir diversas «fases comunitarias» en que un denominador común —religioso, político, intelectual, científico, económico— ha dejado su huella: que ese denominador común se pueda remontar hasta la cultura megalítica de hace cinco mil años tal vez parezca buscar raíces demasiado remotas; pero nadie negará que la idea de la «universitas christiana», el humanismo renacentista o la revolución industrial, han constituido fases de aproximación, aunque no necesariamente de concordia.

Las señas de identidad y la unidad europea

Los autores dan también relevancia al cuadro de identidades que suponen configurar el modo de ser europeo: la idea de la libertad y la tolerancia, el espíritu creador y progresivo de la inteligencia, la lucha por la justicia, la formulación del derecho internacional, entre otras cosas. Este es siempre un terreno movedizo, porque las «señas de identidad» europeas sólo pueden reconocerse en medio de sus contradicciones. Basta para eso con echar un vistazo a la encuesta que en 1982 se realizó bajo la dirección de Jean Stoetzel sobre lo que pensamos los europeos actuales. Reconocer un «modelo europeo» no podrá proponerse sin reconocer también el valor permanente de las singularidades que caracterizan a cada uno de los grupos humanos es-

pecíficos que puedan describirse, ya sea por el sustrato social, nacional o cultural de los mismos.

Este libro analiza además con ponderada atención el camino recorrido desde 1945, cuando se pone en marcha de modo que parece irreversible el movimiento hacia la unidad europea: el desarrollo económico, la paulatina desactivación de los sentimientos nacionalistas, los lazos de comprensión y solidaridad que se crean entre los antiguos antagonistas, la respuesta positiva que se ha dado ante una potencial amenaza exterior venida del Este, la aceptación generalizada de la democracia liberal como fórmula de gobierno. La redacción final de la obra coincidió con la descomposición del sistema comunista en los países de Europa oriental, y en el epílogo se alude a la nueva interrogación que con ello se abre sobre la futura configuración de Europa.

Sintetizar la historia de Europa desde un nivel superador de todos los particularismos es un intento encomiable. No quiere decir que esta obra lo haya logrado plenamente: ahí están, por ejemplo, las reticencias con que se ha recibido en Grecia; y también nosotros, los españoles, podríamos considerar que la «europeidad» de lo español queda superficialmente marginada. Los franceses, desde Guizot a nuestros días, aun los menos chauvinistas, han propendido a suponerse el ombligo de Europa, y este viento francés sopla en el aire de la obra que comentamos. Pero es difícil sobreponerse a todas las contradicciones, y sólo tras muchas tentativas como ésta se lograrán aproximaciones estimables. Por

otra parte, no estaría de más que desde la óptica española intentáramos una obra de análoga envergadura para contribuir al discurso europeo, ofreciendo perspectivas ignoradas muchas veces porque no hemos sabido darlas a conocer.

En todo caso, el libro dirigido por Duroselle contiene muchos aciertos y contribuye, sin duda, a crear una conciencia común europea, que es lo importante. A fin de cuenta, la idea de Europa es una creación intelectual, y a los intelectuales corresponde difundirla y desarrollarla para que cale en la conciencia popular. Aquel otro insigne europeo que fue Denis de Rougemont insistía desde hace mucho tiempo en la básica formación de una conciencia europea, que en ningún caso quiere negar la persistencia legítima de la conciencia o el espíritu nacional de todos sus componentes: «Aprendiendo a cobrar conciencia de la totalidad europea —escribía— es como el joven ciudadano comprenderá a la vez lo que su país tiene de particular y válido y aquello que debe al conjunto cultural e histórico de nuestra civilización».

Europa no está hecha todavía, pero tiende a hacerse. Parodiando el lema de los italianos del Risorgimento, podríamos decir que Europa «farà da se», se hará por sí misma, por su propio esfuerzo, o no se hará. Y en esta tarea de hacer Europa, que no consiste sólo en la unidad económica, militar o política, los europeos haremos bien en buscar en la continuidad de la historia las raíces de nuestra «conciencia comunitaria» para proyectarla sobre un futuro esperanzador y estimulante. ||

Qué es

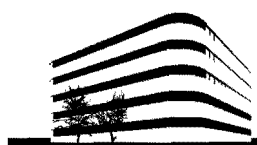
SABER Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del *saber*. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros **SABER/Leer**, Fundación Juan March, Madrid».

SABER Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista **SABER/Leer**. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

RESUMEN

Palacio Atard se pregunta si es posible escribir una historia de Europa desde una perspectiva paneuropea. El libro que ha escogido para su comentario lo intenta. En él la sinfonía europea de la historia suena con un do-

ble ritmo de armonías y discordancias. Publicado simultáneamente en ocho lenguas, esta obra contribuye a la reflexión sobre las raíces y la identidad de la nueva Europa que surge ahora.

Jean-Baptiste Duroselle

Historia de los europeos

Aguilar, Madrid, 1990. 418 páginas. 5.900 pesetas.

SUMARIO

	Págs.
«Nosotros, los europeos», por Vicente Palacio Atard, sobre <i>Historia de los europeos</i> , de Jean-Baptiste Duroselle	1-2
«Gadamer, una hermenéutica conservadora», por José María Valverde, sobre <i>La actualidad de lo bello</i> , de Hans-Georg Gadamer	3
«Litografía, un arte de la clase media», por Julián Gállego, sobre <i>Origen de la litografía en España. El Real Establecimiento Litográfico</i> , de Jesusa Vega	4-5
«México en mapas lingüísticos», por Manuel Alvar, sobre <i>Atlas lingüístico de México</i> , de Juan M. Lope Blanch (dr.)	6-7
«Una fecunda cautividad», por M. ^a Carmen Iglesias, sobre <i>El pensamiento político de Tocqueville. Formación intelectual y ambiente histórico</i> , de Luis Díez del Corral	8-9
«Cuerpo de hombre y encarnación de Dios», por Olegario González de Cardedal, sobre <i>Solitud carnalis. El cuerpo en la Edad Media</i> , de Vito Fumagalli	10-11
«Rasgos de una arquitectura en América Latina», por Antonio Fernández Alba, sobre <i>Nueva Arquitectura en América Latina</i> , de Antonio Toca (ed.)	12

Gadamer, una hermenéutica conservadora

Por José María Valverde

José María Valverde (Valencia de Alcántara, Cáceres, 1926) es catedrático de Estética de la Universidad de Barcelona, además de ensayista, poeta y traductor de Rilke, Eliot y Joyce, entre otros. Ha escrito con Martín de Riquer una Historia de la Literatura Universal, y es autor, entre otras obras, de Poesías reunidas (1945-1990) y Vida y muerte de las ideas.

En 1990, cuando Emilio Lledó prologaba los ensayos de Hans-Georg Gadamer reunidos bajo el título *La herencia de Europa*, lo hacía como homenaje al noventa cumpleaños del autor, de cuya longeva vitalidad daban testimonio las fechas, aún recientes, de los trabajos allí compilados. Por otro lado, cabe recordar que Gadamer sólo llegó a la fama mundial a partir de sus sesenta años, con *Verdad y método*. Este título, por cierto, desorientaba un poco, y había sido impuesto por los fundados escrúpulos mercantiles del editor, quien logró relegar a subtítulo lo que habría sido denominación esencial de esta obra: *Fundamentos de hermenéutica filosófica*. Este desplazamiento lo ha contado el propio Gadamer en su sugestiva autobiografía intelectual, *Philosophische Lehrjahre* (V. Klostermann, 1977), donde, tantálidamente, repasa su currículum filosófico e intelectual eludiendo el plano más personal: «De nobis ipsis silemus» («callaremos sobre nosotros mismos») es el lema clásico, predilecto de Kant, que preside el libro como aviso de su carácter reticente, más complacido en sus retratos de grandes amigos que en la rememoración de su propia existencia.

En todo caso, esos largos «años de aprendizaje» tienen como episodio decisivo el encuentro, como alumno pronto elevado a amigo, con Heidegger, primero en Freiburg en 1923 y luego, con más consecuencias, en Marburg. El trabajo de Gadamer *M. Heidegger und die Marburger Theologie* (*Kleine Schrifte* I, 1967, J. C. B. Mohr [Paul Siebeck], Tübingen, 1967) haría ver cómo fue allí, en ese teologado, donde surgieron no sólo el primer esbozo de *Sein und Zeit* en conferencia, sino, por el lado de Gadamer, la idea misma de «hermenéutica». Pero no hay que ver a Gadamer como «discípulo» de Heidegger; y menos hay que suponer que éste protegiera a aquél durante los años del nazismo permitiéndole alcanzar una cátedra en Leipzig, pues, si no se era judío o marxista, se podía vivir y aun prosperar en ciertos departamentos de inocua especulación filosófica. Y por otra parte, Heidegger pronto quedó en una posición un tanto ambigua, ya que él debía haber sido el gran filósofo del ala radical del nazismo, la de Röhm, pero ésta fue masacrada en la «noche de los cuchillos largos», y los ideólogos oficiales resultaron ser gentecilla como Rosenberg.

Ya el contraste entre el estilo de Gadamer, elegante y claro, y el de Heidegger, verdadera «deconstrucción» del alemán, nos indica su diversidad, que, eso sí, se establece a partir de un punto común: el darse cuenta de que la actividad mental sólo existe en forma de lenguaje. En estas mismas páginas hemos aludido (febrero 1987, n.º 2) a este elemento básico del pensar de Heidegger: Gadamer tiene en común con él el haber obtenido esa toma de conciencia a través de Cassirer y remontándose a W. v. Humboldt –sin duda, al principio tras los pasos de Heidegger–. Pero desde ese comienzo se estableció la gran diferencia: Heidegger, como ya recordábamos entonces, destripa su propio idioma apelando a etimologías más o menos discutibles y buscando sentidos en el griego que no siempre confirmarían los filólogos clásicos, todo ello para montar su peculiarísima filosofía –o antifilosofía– sobre una «destruc-



ANTONIO LANCHO

ción» de la tradición. (Curiosamente, ni Heidegger ni Gadamer parecen darse cuenta que ya Nietzsche había tenido plena conciencia lingüística y la había usado para la destrucción de la metafísica, así como de la moral.)

En Gadamer, esa toma de conciencia lingüística mantiene un carácter más conservador y tradicionalista –«light», diríamos de modo un tanto irreverente–: tal es su sentido de la hermenéutica, un término, conviene tener presente, que durante mucho tiempo sólo se usó para la Biblia como «interpretación». No podríamos intentar una pequeña historia de cómo ha evolucionado el modo de leer la Biblia, con creciente conciencia de los contextos históricos del «Sitz im Leben» de los escrituristas alemanes, y del «género literario». En especial esto último, que no da lo mismo que un texto esté en tono poético o en tono histórico, o profético, lleva a la realidad básica de que la Biblia, para creyentes y no creyentes, es toda ella lenguaje, con lo que éste tiene de relatividad por referencia al medio en que se escribió y al medio en que se lee, e incluso a las personalidades de autor y lector; en una palabra, por tener su sentido en un determinado «juego de lenguaje», para usar el término wittgensteiniano, un juego que el creyente acepta como condicionado por el mismo Dios, pero también por él y por toda la comunidad histórica que ha «entrado en el juego».

Con la manera de ver y leer de Gadamer, la lectura no es una diversión nihilista, como pudo parecer la «deconstrucción» de Derrida, que –sobre eso hemos dicho algo también en estas páginas (diciembre 1987, n.º 10)– parece prescindir de toda referencia, que de hecho sería inalcanzable, a la «mente del autor», para complacerse en leer algo que éste se espartería de haber dicho, pero que está, de algún modo, dado en el texto.

Gadamer, en efecto, es un elegante caballero, discípulo rezagado de la «revolución conservadora» de los años veinte –y antes–, y su hermenéutica es más constructiva que otra cosa por su fe en la «tradición», en cierta analogía con la lectura bíblica cristiana, secularizada en él quizá sólo a medias: en algún momento, Gadamer dice de sí mismo «como protestante...», aunque no sepamos si es re-

ferencia cultural o filiación religiosa. Dicho de otro modo: la proyección hacia el pasado que debe haber en toda lectura no se dispersa para Gadamer en una explosión nihilista de posibles sentidos, sino que él cree que hay un cauce central, privilegiado; una línea de verdad profunda, en medio del horizonte retrospectivo –la «gran tradición» de Leavis, si se quiere, o la «cultura occidental»–, por la que podemos heredar lo mejor de los tiempos y establecer una comunidad fraternal con lo más valioso de la historia.

Pero lo más notable –y con esto nos acercamos ya al libro de que hoy tratamos– es que Gadamer, aunque la hermenéutica sea cuestión sobre todo lingüística, se complace en aplicar ante todo esa forma mental a lo artístico: ya en *Verdad y método*, la entrada en materia –y la parte del león– se la llevaba el arte, pensado sobre todo como artes plásticas, y, por excelencia, con esa mirada objetivadora que enseñaba Rilke a ejercitar –en especial en el *Libro de las imágenes* y *Nuevas poesías*, y los *Requiem* de la pintora y el poeta–. Por cierto que ése es el Rilke que Heidegger no quiere reconocer que está en la base de su estética, complaciéndose en cambio en aludir a las *Elegías de Duino* y los *Sonetos a Orfeo*. Aquí no puedo menos que recordar que tras haber asistido en una universidad canadiense a una conferencia de Gadamer sobre la *Quinta Elegía de Duino*, le sugerí que en Heidegger hay mucho más Rilke del que aquél reconocía, y él sonrió, como complacido, y me

dijo: «¡Si precisamente fui yo quien introdujo a Heidegger en Rilke!».

La hermenéutica, en arte, tiene dos vertientes para Gadamer: por un lado, cada obra lleva consigo una honda referencia, no meramente conceptual, ni ideológica, al mundo de que procede; por otro lado, podría vivir sin que se conociera su original enmarque histórico y social, valiendo en cuanto expresión de nuestro propio mundo y aun de nuestra persona, también como requerimiento a una mayor autenticidad: «Du muss dein Leben ändern» («debes cambiar tu vida»); ese final de un soneto de Rilke a un torso arcaico de Apolo vale como clave para Gadamer.

Tal es el punto de partida de estas conferencias, pronunciadas en Salzburgo en 1974 y ahora cuidadosamente traducidas, pero aquí Gadamer intenta un análisis, ya no sólo hermenéutico, expresado en el subtítulo «El arte como juego, símbolo y fiesta» –curiosamente, sin mencionar a Schiller y su planteamiento del juego como superación del dilema entre la «tendencia formal» y la «tendencia material»–. Y sin embargo hay una profunda afinidad histórica entre la posición de Schiller en sus *Cartas sobre la educación estética de la humanidad* y la de Gadamer aquí: en tiempos de crisis de las ideas y las realidades, el arte puede aparecer como un puerto de salvación. Pero mientras Schiller escribía aludiendo explícitamente a su momento –el de la «Gran Reacción», como ha dicho J. L. Villacañas, tras el entusiasmo por la Revolución Francesa y el desengaño con el Terror–, Gadamer elude todo enmarque histórico, como si dos guerras mundiales, el nazismo y la post-guerra en ocupación militar, no hubieran de tener eco en su concepto del arte. (Y por cierto, que su experiencia fue delicada: los ocupantes soviéticos de Leipzig le hicieron ser rector de la Universidad unos años, y luego le permitieron pasar al lado occidental, incluso con un vagón especial para sus libros y pertenencias.)

A esa ausencia de contextualización histórica alude Rafael Argullol en su agudo prólogo, tras analizar cómo Gadamer se enfrenta suavemente a la idea hegeliana de la «muerte del arte», de su situación en post-historia, en cuanto que no sería tomado ya como auténtica expresión del Espíritu: el arte, para Gadamer, parece valer más que nunca, tal vez como lo único válido, como la única armonía de que disponemos –incluido aquí el arte no figurativo y las vanguardias más agitadas–, para cubrir los desgarros y resolver las disonancias. Para Argullol, la lectura de este texto «se asemeja a la audición de una sinfonía clásica, ya no en el salón del palacio o en la burguesa sala de conciertos, sino en el hueco inquietante de un arrabal urbano. Las notas suenan según una elaborada armonía, pero en el escenario que las acoge se advierte el desorden del campo de batalla. El efecto que produce es, al mismo tiempo, estimulante y contradictorio...» Sí, podemos admirar a Gadamer precisamente porque camina con su creencia en la armonía de siempre como si no hubiera ocurrido todo el horror que él sabe muy bien que ha habido y que hay. ||

RESUMEN

La traducción española de unas conferencias pronunciadas en Salzburgo por el filósofo alemán Gadamer, le da ocasión a Valverde para recordar la hermenéutica de este discípulo rezagado de aquella «revolución

conservadora» de los años veinte, y lo hace situando su elaborada armonía en un siglo como éste en el que ha prevaecido un horror que el propio Gadamer ha conocido personalmente.

Hans-Georg Gadamer (traducc. de Antonio Gómez Ramos y prólogo de Rafael Argullol).

La actualidad de lo bello

Paidós Ibérica/Instituto de Ciencias de la Educación de la Universidad Autónoma, Barcelona, 1991. 124 páginas. 900 pesetas.

Litografía, un arte de la clase media

Por Julián Gállego

Julián Gállego (Zaragoza, 1919) fue profesor de las universidades de la Sorbona (París), Autónoma y Complutense (Madrid); en esta última fue catedrático y actualmente es profesor emérito de Historia del Arte. Es académico electo de Bellas Artes de San Fernando y autor, entre otros, de los siguientes trabajos: El cuadro dentro del cuadro, Visión y símbolos en la pintura española del Siglo de Oro y El pintor, de artesano a artista.

Con motivo de la exposición de la Fábrica Nacional de la Moneda y Timbre «Origen de la litografía en España», clausurada a fines de diciembre, se editó, en forma de libro en 4.º de cerca de 500 páginas, un estudio de la especialista Jesusa Vega tan importante que cabría pensar que, siendo la exposición muy bella, casi se queda en pretexto de tan hermosa y erudita edición, concluida de imprimir en octubre de 1990. A lo cuidado de la impresión y del papel se une la cuantiosa colección de reproducciones que, realizadas por un oportuno y discreto brillo, nos ofrecen el aspecto de las propias litografías impresas en el establecimiento editor y expositor, que ilustran eficazmente el texto, nutrido y claro, que, dividido en siete apartados, pone al profano en conocimiento de un arte que, de puro sabido, se desconoce por buena parte de nuestra sociedad. El propio *Diccionario de la Real Academia de la Lengua* parece ignorar el carácter exclusivo de esta técnica comparada con las demás, llamémoslas de reproducción, al definir la palabra litografía como: «1. Arte de dibujar o grabar en piedra preparada al efecto, para multiplicar los ejemplares de un dibujo o escrito. 2. Cada uno de estos ejemplares. 3. Taller en que se ejerce este arte». En efecto, si retrocediendo unas hojas en el *Diccionario* buscamos el verbo «grabar», lo hallaremos definido en primera acepción: «Señalar con incisión o abrir y labrar en hueco o en relieve sobre una superficie de piedra, metal, madera, etc., un letrero, figura o representación de cualquier objeto». Ese verbo no cabe aplicarlo a la litografía, que no abre ni labra, en lo que se diferencia de cualquier técnica calcográfica.

Es decir, que la litografía no es grabado, como el aguafuerte, la punta-seca o el buril, que juegan con el trazo inciso en una plancha, dentro del cual, una vez frotada con un trapo la superficie de ésta, queda depositada la tinta que, al oprimir la lámina sobre una hoja de papel con ayuda de un tórculo, reproducirá la imagen o línea abierta por el grabador. Tampoco es como la xilografía o grabado en madera, que consiste en eliminar de una tabla todos los espacios no cubiertos por el dibujo que el artista hizo en ella; aquí, a la inversa de los grabados anteriores, la tinta recogida en la parte saliente (que corresponde a la anterior superficie lisa de la tabla) será la que, a modo de tampón, repita el dibujo. Muchas personas hablan de grabados litográficos o calcográficos, con evidente impropiedad en los primeros. Más vale usar, en ambas ocasiones, la palabra «estampas», del verbo estampar, que conviene a todas esas técnicas. El propio *Diccionario*, al definir el sustantivo «estampa», corrige o alivia su imprecisión al hacerlo con «litografía», ya que afirma que estampa es «cualquier efigie o figura trasladada al papel u otra materia, por medio del tórculo o prensa, de la lámina de metal o madera en que está grabada, o de la piedra litográfica en que está dibujada». De aquí resulta que la litografía no es grabado ni tampoco dibujo, aunque su aspecto pueda engañar a los ingenuos, que más de una vez han creído poseer un dibujo y tenían sólo una litografía. Y conste que este «sólo» no entraña desdén ni menosprecio hacia la estampa en relación con el dibujo. Aunque se trate de

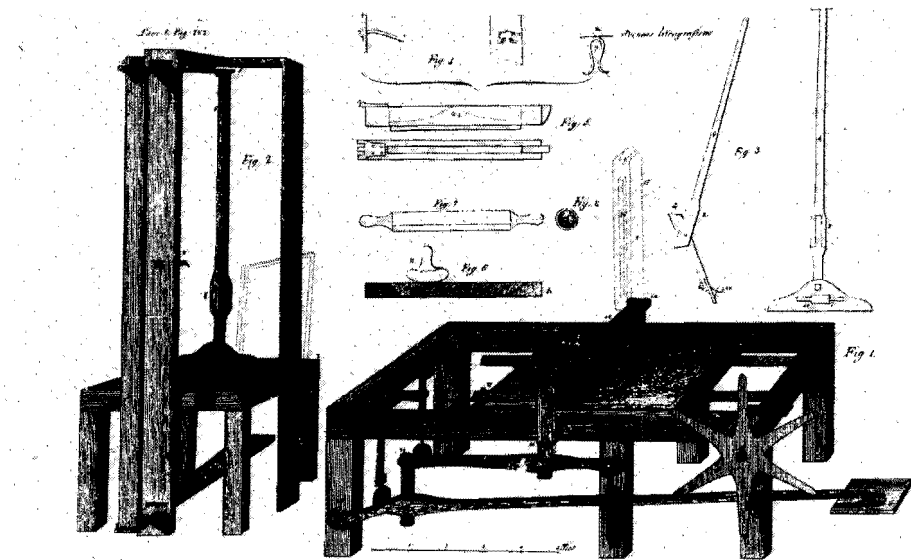
una técnica de repetición, mientras que el dibujo es, por naturaleza, pieza única (hasta una copia será fruto de la actividad directa del dibujante), su valor dependerá no sólo de la rareza de sus ejemplares y de las bellezas de su impresión y papel, sino, a fin de cuentas, del talento del litógrafo. Una litografía de Goya, por ejemplo una de las cuatro estampas de los «Toros de Burdeos» realizadas en dicha ciudad, será tan valiosa como un dibujo autógráfico de un artista menor y quizá se equipare, dada su escasez, con un dibujo del propio Goya que no sea de los mejores, pudiendo valorarse por encima de uno de sus grabados que no sea excepcional.

En esta cuestión, como en muchas tocantes a la obra artística, coinciden dos sistemas (o, más bien, costumbres) de valorarla: por su autografía y originalidad, esto es, por haber sido ejecutada directamente por las manos del artista, y por su escasez, que garantiza al propietario la posesión que los demás no tienen. Aun así, en cuanto al primero, la técnica ha hecho no sé si decir progresos (en todo caso, ampliaciones de sus medios) de tal magnitud que la autografía, en no pocas ocasiones, tiende a desaparecer en aras de procedimientos tecnológicos que el artista pone en funcionamiento. La fotografía, inventada medio siglo después que la litografía, no parte ya de una imagen autógrafa, sino de la impresión de una placa o película que el autor no ha tocado: eso no es óbice para que los aficionados y coleccionistas establezcan baremos que les permiten valorar las «copias» según su revelado y su soporte. Y, evidentemente, en razón inversa a su abundancia: cuanto más rara sea una cosa, más cara se paga, contra todas nuestras nociones de igualdad y fraternidad cristianas o masónicas. En esta trampa de la exclusividad llegó a caer incluso el sincero socialista creador de las «Art & Crafts» William Morris, que pretendía poner la belleza al alcance de la masa obrera y terminó trabajando para los ricos.

Ya un ilustrado que los incipientes litógrafos del siglo XVIII pudieron conocer, como el fabulista Samaniego, en su apólogo sobre «El té y la salvia» (que en el libro de *Fábulas* que me dio mi madre figuraban, respectivamente, como un mandarín del «Mikado», de Gilbert & Sullivan, y como una señora de «La vie Parisienne», de Jacques Offenbach), cuenta que:

«El té, viniendo del imperio chino se encontró con la salvia en el camino», asombrándose recíprocamente del éxito y valoración del otro en sendos países exóticos. Actualmente, el té, que no falta ni en los más multitudinarios supermercados europeos, es mucho menos raro que la salvia, «mata de la familia de las labiadas» según nuestro inapreciable *Diccionario*, «común en los terrenos áridos e incultos de España» y cuyo «cocimiento de las hojas se usa como sudorífico y astringente», sin que nuestro libro nos ilustre sobre la estima de dicha planta en el Extremo Oriente. La rareza es prenda muy apreciada por el egoísmo y hasta el egotismo humanos, como todo aquello que realza nuestro precioso e incomparable yo.

Es evidente que una técnica de multiplicación y distribución equitativa había de sentar mal a los poderosos y, de momento, dejaría indiferentes a los menesterosos, para quienes un trozo de papel era ya un «lujo» que nuestro vademecum de la Real considera como «demasia en el adorno, en la pompa y el regalo», algo así como pecaminoso. Por eso la litografía iba a ser la delicia de las clases medias y sólo más adelante, ya muy avanzado el siglo XIX, la cromolitografía entraría al servicio de las clases populares. Aunque lo que se dice «pueblo» quedaría bastante aparte. La litografía iba a ser la panacea de aquellas esferas sociales no lo suficientemente acaudaladas para permitirse el «lujo» de una pin-



Modelo de prensa litográfica (1815).
Retratos de Fernando VII y María Cristina de Borbón.

tura al óleo, a la acuarela o al pastel, pero lo bastante educadas como para sentir la necesidad o, cuando menos, la apatencia de las Bellas Artes, cuyo acceso les había estado, hasta aquellos momentos, prohibido. Fue técnica de distribución de hermosura para una creciente minoría, utilizada ampliamente por la religión y la política en favor de sus devociones. El adjetivo alemán «biedermeier», que alude desdeñosamente al estilo de esa pequeña burguesía al penetrar en terrenos estéticos vedados hasta la Revolución, sería aplicable a la mayor parte de las obras salidas de los tórculos litográficos, por las que la Pintura con mayúscula (especialmente el paisaje, el florero, la figura discretamente erótica o suficientemente devota, el suceso, la historia, grande o pequeña) penetró de tapadillo en los hogares.

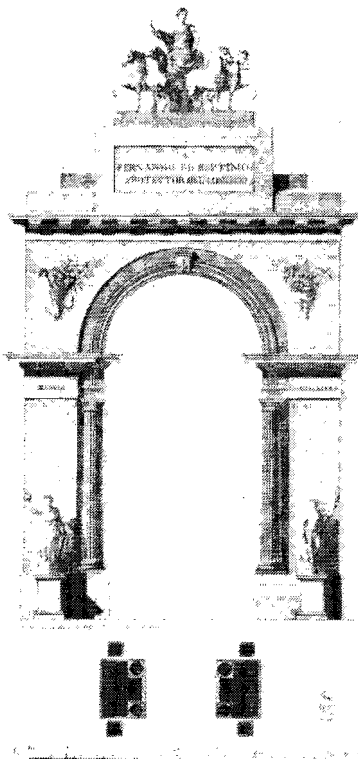
Es la litografía la avanzadilla o pionera de todos los «lujos» para pobres de que la Epoca Moderna brinda tan copioso repertorio, desde el daguerrotipo y la fotografía hasta el fonógrafo y la televisión. Llegó cuando tenía que llegar: cuando la clase media sintió su fervoroso deseo, como había llegado la imprenta.

Es notable la rapidez con que el nuevo procedimiento prende en nuestro país. Lo inventa Alois Senefelder en Munich, 1796, y ya en agosto de 1806 don Carlos Gimbernat, vicedirector del Real Gabinete de Historia Natural de Madrid, enviaba desde la ciudad alemana una memoria a la Primera Secretaría de Estado para dar cuenta de esta novedad de impresión, de la que había aprendido las reglas (por lo demás, como ya se ha dicho, sencillas). Allí da «toda suerte de datos para poder instalar un taller litográfico y ejercer luego este arte industrial», dando normas de

construcción del tórculo, de composición del lápiz y tinta litográficos, etc. Como señala Jesusa Vega, Gimbernat debió de aprender en su fuente primera muniquesa las técnicas de litografía a pluma, lápiz o pincel, que eran idóneas para representar figuras humanas, animales, plantas, flores y paisajes, así como de linear partituras musicales (que, dado el auge de la música en Alemania en aquella época, fueron las más copiosas ediciones de la nueva tecnología) y obras literarias, tarjetas de visita, diplomas, recordatorios, etc. En 1807 el impresor de Munich F. Hubschman publicaba en castellano el *Manual del soldado español en Alemania* con unas estampas de Gimbernat, que él llamaba «polyautografías», y un mapa de Senefelder.

Según Castañeda, en aquel entonces se hallaba en Munich don Bartolomé Sureda (cuyo retrato y el de su esposa pintaría Goya), ilustrado mallorquín que aprendió en Francia las nuevas técnicas textiles. Aunque según Vega ello es imposible dadas las fechas, pues Sureda estaba en Madrid cuando los sucesos de mayo de 1808, no hay duda de que, en ese mismo año, trata de incorporarse al equipo que dirigía Bauzá, preparador del nuevo mapa topográfico de España, y que con anterioridad, durante una estancia en Londres a fines del siglo anterior, ya aprendió la técnica inglesa del grabado al aguafuerte, que tan admirables obras produjo en Gran Bretaña. Estando en París entre 1811 y 1814, el inquieto balear manejó la prensa litográfica que el ministro Vivant Denon había establecido y en cuyas piedras dibujó cuatro composiciones a la pluma, tres de elegantes figuras femeninas.

Viene de la página anterior



Arco erigido por el Real Consulado de Madrid (1828).

En 1817 Felipe Bauzá poseía ya un modelo de prensa litográfica, que Jesusa Vega supone le habría traído Sureda de París, y quiso realizar su encargo de mapas españoles con la nueva técnica, proponiendo al ministro Vázquez de Figueroa el envío de un joven becario que «tenga las circunstancias de genio artístico, que sepa dibujar bien y con buenos principios de grabado», a Munich, donde ya Senefelder preparaba su *Manual* de 1818. El ministro designa a un sobrino de Bauzá, José María Cardano, quien ha de marchar a toda prisa, pues «es de recelar que ingleses, rusos, alemanes, americanos e italianos, que cultivan y adelantan esta nueva arte, aniquilen con su concurrencia nuestro comercio de cartas y estampas, con grave perjuicio y mengua del Depósito Hidrográfico» que Bauzá dirigía. Es curioso advertir cómo estas razones de competencia están ya ancladas en el espíritu español, sediento de progreso, temeroso de quedar a la zaga de la Europa moderna. Algo así escribe Goya al dedicar a Carlos IV sus «Caprichos», láminas al aguafuerte, para que no se las lleven los extranjeros: «Los extranjeros son los que más las desean, y por temor de que recaigan en sus manos después de mi muerte quiero regalárselas al Rey mi Señor para su Calcografía» (carta a Miguel Cayetano Soler, 7 de julio de 1803).

El 7 de julio de 1818, el embajador de España en Munich enviaba desde París tres ejemplares del *Cuaderno litográfico que contiene varias muestras. Ejecutado por José Cardano*, uno de los cuales iba para el Depósito Hidrográfico. En noviembre del mismo año, Felipe Bauzá pidió que la Casa de la Platina, en la calle de Hortaleza, 4, se dedicase a establecimiento litográfico dependiente de la Dirección de Hidrografía. El 16 de marzo de 1819 se creaba así el primer taller litográfico de España bajo la dirección de José Cardano, nombrado litógrafo de cámara. De sus utensilios da cuenta un inventario de 1825; unos extranjeros, otros fabricados en Madrid. La mayor dificultad era conseguir piedras de calidad; se importaban de Baviera y el viaje salía más caro que la misma losa. Por ello, Cardano se inclinaba a usar planchas de zinc. Otro problema era el papel, que en España era poco adecuado para la litografía. Cardano realizó en 1822 otra gira por Europa «para investigar los métodos de fabricar el papel propio para el estampado litográfico». Como señala la autora de este libro, si algo de común tienen las estampas del Depósito Hidrográfico es la mala calidad del papel. Las mejores son las que



Vista de la Puerta de Alcalá el día de entrada a la corrida.

representan al famoso actor liberal Isidoro Máiquez (otro modelo de Goya) en los papeles de Otelo y Oscar «en el acto de su frenesí» en un escenario sepulcral adecuadísimo al primer romanticismo, el de las *Noches*, de Cadalso. No menos romántico aparece el actor Joaquín de Caprara en la tragedia de Quintana *El duque de Viseo*. Y algo más aburgesado, Fernando VII, según retrato de Lacoma, en su papel de «Rey de España y de las Indias».

Pero la gloria del Depósito Hidrográfico fue la edición de diez estampas de Francisco de Goya, actualmente rarísimas: «Vieja hilandera», «Camino de los infiernos», «La lectura», «El sueño», «Perros al toro», «Duelo a la antigua usanza», «Extresivo doble fuerza», «La violación», «Fraile con crucifijo» y la excepcional «Suerte de varas en el campo». El viejo aragonés se adueñó de la técnica litográfica de tal modo que toda su obra posterior, dibujada y hasta grabada, e incluso pintada, se ve influida por la potente caricia de la litografía. En sus últimos años, en Burdeos, no sólo realizará otras ocho litografías (con ayuda del excelente establecimiento de Gaulon, a quien hace un estupendo retrato en esta técnica), entre ellas los cuatro famosos «Toros de Burdeos», sino que en sus dibujos sobre papel, hechos a lápiz graso litográfico, y en sus maravillosas miniaturas sobre naipes de marfil, en gran parte en Boston, en las que el autor se confiesa más cerca de Velázquez que de Mengs (carta a Joaquín M.^o Ferrer, 20 de diciembre de 1825), se advierte la amplitud y libertad aprendida en una técnica de estampar mucho más suelta y rápida que los costosos grabados a buril, aguafuerte y punta seca.

Pese a tantas bellezas, el taller hubo de cerrar el 31 de marzo de 1825, tras haber estampado unas pocas obras de Vicente López, Ribelles, Juan Antonio Ribera y varios anónimos, y de comprometerse, como era el sino de este procedimiento tan «liberal» (en el sentido de Josepe Martínez al hablar de Velázquez, en el siglo XVII; y de los patriotas antiabsolutistas del XIX), con la política constitucional. «Fernando VII jurando la Constitución» y «Los inmortales: Retratos de Quiroga, Riego, López Baños y Arco Agüero» son documentos comprometedores al regreso del absolutismo. Y tras varias tentativas litográficas (como la de Antonio Brusi en Barcelona) el timón del arte litográfico pasaría a un pintor que ya había trabajado en el Depósito Hidrográfico —retrato de Luzuriaga,

1822— y que sería el fundador de la dinastía dominante en las artes nacionales durante el resto del siglo: don José de Madrazo, creador y director desde 1825 del Real Establecimiento Litográfico, al servicio de la Restauración.

La litografía toma con él una excelencia técnica de que no había gozado con Cardano, a costa de perder la libertad. Alumno de Louis David en París, donde conoció y trató al antes citado Vivant Denon, director del Museo Napoleón, Madrazo perfeccionó su educación en la corte de exiliados que tuvieron en Roma Carlos IV y María Luisa. En 1818 llega a Madrid como pintor de cámara de Fernando VII y logra introducirse en la Real Academia de San Fernando, con la que sostuvo complejas relaciones. Según declaraba él mismo, «tuvo el honor de contribuir poderosamente... a la formación del Real Museo» (del Prado), aunque Jesusa Vega piensa que más contribuyó Vicente López. Las mejores obras salidas del Real Establecimiento Litográfico fueron copias sacadas de cuadros famosos del Museo. Preciosas estampas de Rubens, de Veronés, de Van Dyck, de Tiziano, de Velázquez, de Murillo, de Rafael, de Vouet, etc., hicieron del futuro Prado una pinacoteca conocida y apreciada por propios y extraños.

Al servicio real

Pero además de esta labor de cultura estética, el Real Establecimiento Litográfico desarrolló una actividad política muy activa al servicio de la Casa Real. Con las copias de los cuadros del rey de España, Madrazo multiplicó las efigies, debidamente mejoradas, de la real familia en las pompas festivas o fú-

nebres que les acompañaron: templos de Himeneo, arcos de triunfo, catafalcos, columnatas, alegorías, ornatos de fachadas, etc. A la vez, don José amaestra a sus hijos en el arte de la litografía a través de los estudios del Seminario de Nobles de la restaurada Compañía de Jesús, del que Pedro de Madrazo fue uno de los alumnos más preclaros. El comisario de cruzada don Manuel Fernández Varela mereció las lisonjas del Real Establecimiento, que multiplicó su estupenda efigie por Vicente López, así como los adornos y fachadas postizas de su casa, con precocidades decorativas de estilo ojival, en fastos de la monarquía, como el nacimiento de la infanta María Isabel Luisa. Una de las estampas más pintorescas es la que representa a Isabel la Católica acompañada del león de España, llevando de la mano a la futura Isabel II para conducirla, en la cima de una montaña abrupta, al templo de la Gloria, según pintura de Vicente López. Aún más conmovedoras en su lírica piedad son las tituladas «El Milagro», en donde el infatigable López representa a la reina María Cristina rezando a la Virgen ante un altar (neogótico, como se debe), consiguiendo que un ángel expulse de palacio al simulacro de la muerte, que amenazaba al rey. Pero la más «biedermeier» es, sin duda, «El amor conyugal», donde vemos a la reina a la cabecera de su consorte gravemente enfermo (la bofetada de Calomarde parece ya aletear en el cargado espacio de la regia alcoba). Esta escena, pintada por el más aventajado de los hijos de don José, Federico de Madrazo, en 1832, no libró al ilustre enfermo de los asedios de la Parca, como certifica el cenotafio clasicista y el catafalco ojival erigidos, respectivamente, en la catedral de San Isidro y en la iglesia de San Jerónimo el Real en 1834, con ocasión de su definitivo fallecimiento. Tras el que sigue la «Historia patria», con la apertura de las Cortes por la reina gobernadora.

La aparición de la revista *El artista*, con precioso frontispicio gótico florido, obra de Carlos Luis de Ribera, va a prodigar las ilustraciones litográficas de temas pintorescos o fastasmagóricos, retratos excelentes de héroes históricos y artistas gloriosos, escenas populares y temas mitológicos, antigüedades egipcias o griegas, recuerdos moriscos, proyectos de monumentos a Meléndez o Jovellanos, escenas dantescas o cervantinas, etc.; todo un repertorio para que los españolitos puedan ir formando su Museo Imaginario de la Patria. La litografía ha sido el instrumento para la creación de una idea de España que todavía sobrevive: maravillosa y legendaria incluso, a medio paso entre lo sublime y lo ridículo, obra de este arte de la clase media que sería desbancado, en la segunda mitad del ochocientos, por el grabado al acero y la fototipia. Todavía salió la litografía, ya en colores, animando las virulentas páginas satíricas de la prensa de *La Gloriosa*. Pero eso es ya otra historia. Como el de su futura liberación de la pintura, su conversión en un género artístico, ya intuido por Goya. Jesusa Vega no llega tan lejos, pero deja establecidos los firmes cimientos en una investigación ejemplar.

RESUMEN

En esta obra, que en su origen fue una tesis doctoral y que comenta Julián Gállego, se detalla el establecimiento de la litografía en España hasta su apogeo en la época aburguesada y conmovedora de la regencia de María Cristina

de Borbón. Se incluye el catálogo de todas las estampas litográficas dibujadas por artistas españoles antes de 1825 y de todas las estampadas por el Real Establecimiento Litográfico desde su fundación en 1825 hasta su extinción en 1837.

Jesusa Vega

Origen de la litografía en España. El Real Establecimiento Litográfico

Museo Casa de la Moneda/Fábrica Nacional de Moneda y Timbre, Madrid, 1990. 440 páginas y 267 ilustraciones. 4.000 pesetas.

México en mapas lingüísticos

Por Manuel Alvar

Manuel Alvar (Benicarló, Castellón, 1923) es catedrático de universidad, académico y, desde el mes de enero de 1989, director de la Real Academia Española. Premio Nacional de Literatura, es autor de numerosos trabajos lingüísticos y literarios, habiendo creado los *Atlas Lingüísticos del Español*.

En uno de sus últimos trabajos, Karl Jaberg decía que —de una u otra forma— había estado presente en la geografía lingüística de medio siglo, y he aquí que mis años —muchos ya— han hecho que, en el mundo hispánico, se hayan cumplido los cuarenta en que he tenido que compartir muchas tareas con mis colegas. Permítanme expresar mis gratitudes: en el *Atlas de Colombia* y en el *Atlas de México*, mi nombre aparece al lado de los autores nacionales. No es una vanidad, sino la justificación de una vida: desde aquel curso que expliqué en El Colegio de México (1964), América ha sido mi costumbre. La he recorrido desde el norte de Nuevo México (Gallup, Arroyo de Bueyeros) hasta el mediodía más apartado, desde Santa Bárbara o Cihuatanejo hasta Puerto Rico, Artemisa o Samaná. Creo que el profesor de dialectología no puede olvidar el porvenir de nuestra lengua, que está aquí, con su ejemplaridad, con su permanencia, con su razón de ser. Por eso las palabras de Beatriz Garza en el prólogo son de una oportunidad imperativa: da cifras, lo que es mucho, pero da historia, lo que es más, y de la conjunción de ambas hemos de inferir algo que ya resulta lógico: este *Atlas*. Porque leer la historia de El Colegio de México por quien lo ha vivido y lo está viviendo hace muchos años, por quien tiene responsabilidad de gobierno y por quien ha colaborado en los trabajos de dialectología, es seguir una aventura intelectual del más alto porte. Tenemos algún libro excelente, como el de Clara Lida y J. A. Matesanz, sobre la existencia de esta singularísima institución, y sabemos lo que de algún modo nos llega por mil caminos de investigación, pero lo que Beatriz Garza nos da es algo que vale más que todo ello: la vida de unas gentes ejemplares. No podemos zafarnos de lo que son los nombres, pues los nombres valen por sus obras: se habla de quienes hicieron esta empresa y, una y otra vez, asalta la presencia viva de Henríquez Ureña y de Alfonso Reyes. Porque don Pedro salió de un cierto despego inicial hasta llegar a una teoría de plenitudes —la de América y la de España—; don Alfonso, su discípulo, fue siempre de un apasionado y generosísimo reconocimiento: jamás he leído páginas más hermosas que su estremecedor elogio de Castilla cuando se cumplía el primer milenario del condado. Don Alfonso, que colaboró en el Centro de Estudios Históricos, que publicó en él artículo tras artículo, que redactó —nada menos— 36 reseñas bibliográficas, que pergeñó cómo debía ordenarse un repertorio de libros y artículos, que con Américo Castro, Moreno Villa y Solalinde tenía un ático en Toledo para serenarse del mucho trabajo, que siempre pensó en hacer en México un trasunto del Centro de Estudios Históricos, lo consiguió en aquella generosísima ayuda a los exiliados españoles. Acaso por aquella sombra cuidadosa sentía yo nuestra propia tradición cuando pisábamos el recinto del El Colegio de México o escuchaba la poesía tradicional y me emocionaba —y me emocionaba— la generosidad de México como adalid de la unidad de la lengua. Basta recordar a don Miguel Alemán, porque muchas palabras de Beatriz Garza tienen la misma gallardía de su conducta y justifican nuestros mismos quehaceres científicos. Bajo sombras egregias hemos llegado

a la tercera época de El Colegio de México, y gracias a los grandes maestros estamos con la obra que quisiera completar.

Beatriz Garza habla de mi llegada al Colegio en 1964 y el nacimiento de la idea de un atlas lingüístico de la República. Naturalmente, no silencia lo que debemos a Henríquez Ureña ni la complejidad que México tiene desde una perspectiva sociolingüística. No lo ignoro porque ella, con Gloria Bravo, preparó aquel ejemplar *Proyecto Oaxaca*, que tanto me hizo meditar. Y no lo ignoro porque México es un país de aguda sensibilidad para los problemas indigenistas, pero leyendo este prólogo nos viene a las mientes —una y otra vez— el testimonio de don Andrés Bello, que transformado en sus palabras, sigue vivo en su contenido: «La unidad lingüística del mundo hispánico ha sido, es y continuará siendo un rico potencial de unión, creador y positivo, que puede dar a nuestra gran comunidad mayor fuerza en su presencia en el mundo». Es oportuno decir esto al abrir la primera página del *Atlas de México* porque serena nuestro espíritu de tantos «malos mestureros» que se han soltado del arca donde se escondían los fantasmas de las pesadillas. Lo digo desde mi condición de profesor de historia del español y de dialectólogo que se ha dedicado a todas las parcelas del mundo hispánico: no hay en estos finales del siglo XX ni preeminencias ni insolidaridades, hay sólo un inmenso campo que cultivar y una criatura increíble que ha venido a nuestros brazos. Esos más de 81 millones de hispanohablantes de México son el mejor aval para que pensemos en las tareas comunes que debemos emprender, y no serán las menores las de conocer mejor la lengua, saber hacia dónde se orientan sus pasos y cómo debemos atender a su desarrollo. Las palabras de Beatriz Garza han venido a poner el dedo en muchas llagas, pero no lo lamentemos; cuanto nos dice es cierto, y enlazando el hoy con los muchos ayeres hemos llegado a esta obra singular, a la que sus palabras sirven de introducción y las mías de comentario.

Esfuerzos denodados

Porque para ahondar en el conocimiento y resolver tantas y tantas cuestiones como hay pendientes, nada mejor que realizar un atlas lingüístico, obra de esfuerzos denodados y de voluntades inquebrantables, pero que —desde siempre— ha venido a resolver las cuestiones que pueden resolverse. Juan Miguel Lope Blanch ha sido la persona que podía llevar a cabo la tarea: bien pudo decir, como Cervantes, aquello de «Tate, tate, folloncos», pues la empresa para él estaba guardada. Un atlas es la colección de material que adviene pertrechada de mil exigencias para satisfacer nuestras penurias. México es un país científicamente favorecido: los estudios lingüísticos, los diccionarios, las monografías de todo tipo, lo sitúan en un puesto de excepción en nuestro mundo. Y no olvidemos que el español novomexicano fue allá, en un lejanísimo 1909, el punto de arranque de la dialectología más exigente. A pesar de mil trabajos beneméritos, ¿qué pueden ofrecer ante este *Atlas*? Veo en él una nueva confirmación —más de un siglo después— de aquella insatisfacción que sentía Meyer-Lübke y que vino a tranquilizar el *Atlas de Francia*. El gran maestro del positivismo veía que nunca tendríamos una lingüística románica si no se investigaba con rigor la totalidad de los dialectos. Tarea —nos decía con desazón— que tardaría más de una generación en cumplirse. Se equivocó en la predicción, optimista para evitar desconsuelos. ¿Cuántas generaciones han pasado desde que firmó el prólogo a su monumental *Gramática de las lenguas románicas*? Sin embargo, el atlas de Gilliéron vino

a llenar muchas lagunas y a hacernos renacer a la esperanza. Cuánto mayor es nuestro desánimo si consideramos lo mucho que ignoramos del español de América y la desconianza que sentimos de alcanzar un presto conocimiento de tantas realidades dispersas. Sólo un atlas puede colmar —con las limitaciones que le son inherentes— los vacíos que hoy existen. Y este atlas va a decirnos mucho de un país del que ya conocemos bastante. Por eso ver esta obra produce una profunda satisfacción, porque ahora vamos a disponer de esos materiales coherentes, distribuidos con unos criterios válidos, recogidos «in situ» y allegados por científicos solventes. Si todo esto es mucho, su valor se acrecentará al proyectarlo sobre el inmenso mundo que habla español. Estamos ya en un punto relativo en que el proyecto se hace vida, y gracias a ella podemos entender la gigantesca obra que ha llegado a nuestras manos. Todo nos va siendo aclarado: la historia del proyecto desde su interioridad y como complemento del largo caminar que Beatriz Garza nos ha descrito. Porque estamos en 1966, cuando Lope Blanch propuso su *Proyecto de delimitación de las zonas dialectales de México*. Sólo un año después se comenzaron las encuestas con un cuestionario provisional y con unas grabaciones de conversación libre. Obtenidos unos materiales válidos, se redactó otro cuestionario provisional con el que se repitió la experiencia que permitió acceder al cuestionario definitivo. Es poco más o menos lo que se ha hecho siempre: lo que Pierre Gardette llevó a cabo en el Lionesado y lo que yo hice en Andalucía. En última instancia, lo que se viene haciendo desde tiempos de Gilliéron, cuando el cuestionario del Languedoc se adaptó al Languedoc y éste a Córcega y el de Córcega a Cataluña. Se pretendía alcanzar en cada dominio aquel cuestionario que fuera válido para las investigaciones y no otro, pero no se debe olvidar algo que es fundamental: el inmenso mundo hispanohablante no es igualmente conocido, y tardaremos muchos años en disponer de una visión de conjunto, pues obras excelentes como la de Delos Canfield vienen a mostrar las inmensas lagunas que hay en nuestros conocimientos y, sobre todo, las dificultades de llegar a una visión de conjunto.

Y he aquí que la introducción de Lope Blanch viene a plantear una cuestión de tipo general: al desestimar todos los cuestionarios anteriores se hace una obra «doméstica», que sólo ocasionalmente tendrá vinculación con las que se emprendan en el mundo hispánico. Lo que es caracterizador no es agrupador, y así se plantea el problema de los atlas de grandes o pequeños dominios. Las enseñanzas del *Atlas de México* son oportunas: cierto que sólo se debe recoger para la República aquello que en ella es rentable y no lo que significaría únicamente aportaciones esporádicas. Estoy de acuerdo, pero en cualquier atlas debe haber información válida para los otros, según hemos practicado y según hicieron ver las conclusiones del Congreso Internacional de Instituciones Hispánicas (Madrid, 1963). La validez de lo que sirve para caracterizar ya estaba señalado por Jaberg cuando hizo la reseña del *Atlas de Cataluña*, de Antonio Griera; la vinculación de México con el resto del mundo que habla nuestra lengua es un deseo al que debemos atender. Y esto nos lleva a considerar lo que venimos practicando desde el *Atlas de Gascuña*. Manejar el inmenso mundo de la cartografía lingüística no es tarea fácil y, sin embargo, las referencias a otras empresas semejantes ahorran trabajo y dan coherencia a lo que sabemos. Válganos un solo ejemplo: en 1987, María Angustias Luzón ha preparado un volumen de casi 200 páginas con los índices de los atlas españoles. Ahora tendría que ampliarse a los de Colombia, México e Hispanoamérica para que pu-

diéramos tener la visión coherente de lo que ya sabemos de nuestra lengua. Así, «toalla» (*ALMéx*, 52) figura en los atlas de Andorra, Cataluña, Aragón, Navarra y Rioja, Santander y valle de Arán; «araña» (*ALMéx*, 54) en todos ellos y en el de Andalucía, en el de la Península Ibérica y, traslaticiamente, en el de los marineros peninsulares; «casas» (*ALMéx*, 70) se enriquece con referencia al atlas de Canarias, etc. Pensemos lo que ocurrirá si a estos mapas exclusivamente fonéticos añadimos los apasionantes del vocabulario, que tanto nos enriquecerán y que tantas sorpresas van a depararnos.

Regiones dialectales

Dice Lope Blanch que «el inicial propósito delimitador de zonas dialectales determinó las características generales de nuestro cuestionario: es exclusivamente lingüístico —no etnográfico— y relativamente asistemático por cuanto no se organiza en torno a campos semánticos, pero responde a nuestro objetivo diferenciador de regiones dialectales». Grave decisión la que hubo de tomarse, porque se planteaban las mismas cuestiones que tuvieron que resolver otros investigadores y que produjeron otras tantas aporías. Estoy totalmente de acuerdo en la necesidad de determinar zonas dialectales y en la forma de hacerlo. Pero esto mismo obliga a suscitar —ya una serie de atlas regionales que den la imagen real de cada una de esas zonas que constituyen la República de México, pues de otro modo corremos el riesgo de que muchos problemas queden sin explicación. Recordemos lo que Gilliéron no acertó a resolver por más que, estudiando las variantes de «scier» en Galorromania, anduviera por la puerta del templo. Eso hizo a Jud y Jaberg adelantar las posiciones de su maestro y avanzar en tres aspectos: sociolingüística, biología lingüística y relaciones de palabras y cosas. El *ALMéx* es una buena muestra de los dos primeros presupuestos; en cuanto al tercero, las puertas quedan abiertas. Creo que la lingüística se aclara en ocasiones si se acerca a la etnografía, según pude probar con las designaciones de la «azada» y del «azadón», o de las distintas clases de «avispas»: el *ALEA* ofrecía soluciones a lo que en el *ALPI* era un embrollo. Y en los mapas del *ALMéx*, a pesar de su carácter estrictamente fonético, volvemos a suscitar cuestiones afines: en el mapa 57 («faldas») encuentro «nagua(s)» en algún punto del S.E. de la República. ¿Ambas palabras significan lo mismo o responden a «cosas» diferentes? Ojeemos el *ALEA* y en su mapa 1378 nos encontramos con una situación semejante: «(e)nagua(s)» es sinónimo de «falda» en multitud de pueblos y, lo que es más curioso, el americanismo se da en muchos lugares como término arcaico frente a la innovación del germanismo «falda». Evidentemente se trata de un problema cultural que debe ser estudiado a la luz de las palabras y las cosas, pues tampoco se puede desligar de otro, las designaciones de «la camisa de la mujer», mientras que las «enaguas» andaluzas (*ALEA*, 1380) son —entre otras formas sin marcas— «enaguas bajas», «enagüeta» y el muy prestigiado «enaguas blancas», que accedió al complejísimo romance de *Tamar* de Federico García Lorca. «Camisa» se ha quedado como término invasor y su forma acomodada a problemas en los que la homonimia no cuenta: la «camisa del hombre» era tradicionalmente «camisón» y, por supuesto, «camisón, prenda de dormir» es totalmente desconocido. En el *ALEICan* (mapa 535) volvemos a encontrar cuestiones semejantes, y la presencia del término «taño» vuelve a demostrarnos un viejísimo arraigo, y en el

Viene de la página anterior



FUENCISLA DEL AMO

ALEANR (mapa 1049) las «enaguas» son sustituidas por términos modernos, mientras que el americanismo ha penetrado incluso en algún pueblo que habla vasco. He aquí cómo el mundo de la lingüística no puede desentenderse de los hechos etnográficos, y resulta curioso ver cómo la intrusión de una voz «taña» (insisto en la incertidumbre que deja su significado) viene a coincidir con el español de México y con amplísimas zonas peninsulares. Capítulo de la historia de nuestro vestido que necesitamos ilustrar. Y no nos queda otro remedio que recurrir a las palabras y las cosas, como Aebischer hizo para explicar la historia cultural y la lingüística de la «almohada» o del «colchón».

Teoría de significados

En cuanto a no organizar el cuestionario en campos semánticos, tal vez merezca la pena hacer alguna reconsideración. Las palabras —lo ha dicho Lope con su habitual buen juicio— no se dan aisladas, pero no sólo en la frase sino también en la teoría de los significados. De ahí que al hacer semántica estructural, el cuestionario del *ALEA*, muy denso por el número de preguntas, y muy rigurosamente tratado, ha permitido hacer entre nosotros lo que en grandes maestros como Coseriu y Pottier no pasó de la especulación. Ahí están los trabajos de Gregorio Salvador, de Julio Fernández-Sevilla y de José Andrés de Molina. Por eso no sé si atreverme a recomendar algo que tendrá especial validez en los volúmenes del léxico: consignar cómo se ha formulado la pregunta. De este modo sabríamos a qué concepto responden las respuestas obtenidas. Así, el mapa 58 («gajos») da un término generalizado que es el de la lengua media, pero otros dejan con incertidumbre. ¿Por qué se ha preguntado? ¿«Rama», «división de un racimo», «racimo apiñado», «división interior de algunos frutos», etc.? Me da la impresión que es a esta acepción a la que corresponden las respuestas, ¿pero «tajada» es lo mismo? ¿Y «trocito»? ¿Y «rodaja»? ¿Y «migaja»? ¿No se ha equivocado el informante al responder «bolsita», «sámago», «cañuto» o «bagaso»? Frente al conjunto de la República, estas anomalías yu-catecas nos hacen pensar en hechos más complejos y, por tanto, necesitados de aclaración. Lo mismo que «canalete», incrustado en el mapa de «remos» (85). ¿es la misma «cosa» o simplemente utilizada para los mismos fines por más que sea diferente? No quiero caer en la añagaza de tantos críticos: censuran lo

que ellos no son capaces de hacer. Sólo quiero aducir mi experiencia y, tal vez, cuando se proyecta una investigación tan grande como ésta, no pueda atenderse todo lo que nosotros pensamos que convendría haber hecho. Y este nosotros no es retórico sino inclusivo: empezando por mí mismo. A pesar de la enorme extensión, el cuestionario debe ser distinto del que suscitan los macrodominios, digamos Europa o América. En el primer caso, porque la heterogeneidad lingüística obliga a mil cuestiones difícilmente atendibles; en el segundo, porque la homogeneidad fuerza al conocimiento previo de la unidad como paso necesario para llegar a la variedad. Que las dificultades son evidentes no me parece necesario insistir machaconamente. Se proyectó el Atlas de Europa y colaboré con entusiasmo; se publicó un tomo de muestra y se vio que la heterogeneidad no podía conducir muy lejos, y ahora se ha planteado —y trabajamos en él— un atlas de las lenguas románicas.

Otros motivos del cuestionario

Todo esto nos lleva a otros aspectos de este cuestionario: su naturaleza, el número de preguntas. Fijémonos —sólo— en lo que este volumen nos muestra, la fonética. Comparto totalmente el planteamiento de Lope Blanch: seleccionar palabras adecuadas facilita la encuesta y enriquece los materiales de que vamos a disponer. Creo que no cabe duda. Gilliéron decía que 200 palabras bien elegidas permiten acopiar los fenómenos fonéticos de una lengua. Amparado en su autoridad y en la condición de unas prácticas de clase, redacté un cuestionario que apliqué en 45 puntos de la República con mis alumnos de El Colegio de México o en solitario; después lo empleé en una primera toma de contacto en Guatemala. Los resultados fueron útiles y, quiero creer, sirvieron para llamar la atención a otros investigadores. Justamente la selección cuidadosa de esas palabras, postulado que Lope Blanch ha practicado, permite conocer en cada momento más de un motivo. Así, cuando en el mapa 60 («flauta») se nos dice «secuencia /aú/; /fl/ inicial de palabra», o en el 76 («aceite») «diptongo /éi/; /e/ final absoluta precedida por /t/» (y añadiría /s/ y /t/) o en el 98 («enfermo»), «/e/ inicial absoluta trabada por nasal; secuencia /nfl/; /t/ implorativa» (y /o/ final). Basten estos botones de muestra para saber la utilidad de este criterio, que —por otra parte— nos lleva al problema de la transcripción fonética.

Un atlas que se asienta sobre la base del polimorfismo, necesariamente ha de suscitar el rigor de la transcripción fonética. Sólo elogios merece este criterio, pues dar los materiales en bruto es servir a la ciencia sin condicionar a nadie con lo que nosotros creemos que es o no es interesante. Las transcripciones puntuales son las únicas que valen según mi criterio. No invento nada: fue Gilliéron quien contra Wejgand devolvió la dignidad a la palabra. Y esa dignidad sólo se logra con la transcripción exacta de cada uno de los componentes de la secuencia. Qué duda cabe que los servicios que rinde este atlas son impagables, por más que a veces nos sintamos abrumados bajo el peso de tanta variante: 13 representaciones del fonema «f», 19 de «e» o 45 de «s», etc., nos hacen pensar en enormes dificultades de transcripción. Y lo digo porque me sentí descorazonado por mis 25 «eses» andaluzas. Sé que cuanto más estrecho sea el sistema de transcripción tanto más se dificulta la identificación de los sonidos, y veo difícil limitarnos a una transcripción fonológica porque, al prescindir de matices, nunca sabremos si no hemos sacrificado el porvenir del sistema lingüístico. Por eso creo oportuna la redacción de mapas sintéticos, con la enorme complejidad que en el Atlas tienen y con las dificultades a la hora de cartografiar. Si nos acodamos sobre el mapa 26, importantísimo por cuanto dice, las dificultades de lectura vemos que son inmensas. Y es que el número de informantes no hace sino enmarañar la transcripción: se nos habla de las exigencias del polimorfismo. Las sé, pero no creo que utilizar cuatro informantes en vez de uno nos dé todas las posibilidades del habla, y en uno, con un largo cuestionario, se dan multitud de variantes. Fue Séguy quien estableció por vez primera estadísticas de este tipo, y en el *ALEA*, a imitación del *ALG*, redactamos los mapas del tomo VI, que tan útiles vienen siendo y, sobre todo, conseguimos un prin-

cipio básico de la geografía lingüística: la visión espacial simultánea y coherente. De otro modo podemos salir de nuestro campo para caer en el de la sociolingüística; lo mismo que al recoger romances desvirtuamos el quehacer de un dialectólogo. Pienso siempre en nuestro enemigo el tiempo y pienso cuántos atlas se han quedado en el camino.

De todos modos, pluralidad de exploradores, multiplicidad de informantes, acrecientan los riesgos de la imprecisión; además, necesitamos lo que los sociólogos llaman «historias de vida» para saber situar a cada hombre en su contexto preciso. Lo que en Europa hacemos facilitando muchas referencias, muchísimas, sobre el informante: instrucción, naturaleza, la de los padres y su esposa, viajes (frecuencia y tiempo), servicio militar (duración, qué compañeros tuvo), salidas a la recolección, etc. De ello derivan no pocas explicaciones y, por supuesto, hacen de la selección del informante la tarea más difícil de nuestras encuestas. Se ha dicho que los atlas europeos pretenden el habla de un individuo dado en un lugar dado y en un momento dado. Es decir, una suerte de instantánea lingüística. Desmembrar la encuesta en busca de una pretendida heterogeneidad es tan anómalo como forzar a la unidad. El polimorfismo se da en un hablante y en cuatro, y en ocho, y en dieciséis, y en... Pero hemos de atenarnos a lo que es posible. Tal vez los viejos pueblos de Europa presentan unas características diferentes que los jóvenes de América, que las regiones arcaizantes son más estables que las innovadoras. Apunto problemas y he intentado dar soluciones. No a todos les parecen válidas y tal vez estén en lo cierto. Si yo fuera convencido cambiaría de método, pero en mi circunstancia creo en una metodología que yo no he inventado, como nadie ha inventado casi nada. Lo importante es trabajar con honradez; lo demás queda en la gruta de los (im)posibles. ||

RESUMEN

El director de la Real Academia Española, Manuel Alvar, que ha dirigido él mismo varios atlas lingüísticos en España, comenta un atlas aparecido en México sobre el español de aquel país, lo que aprovecha no

sólo para referirse a la utilidad de estos instrumentos de trabajo de la lexicografía, sino también para ocuparse del español, uno y plural, hablado en el continente americano.

Juan M. Lope Blanch (dr.)

Atlas lingüístico de México

El Colegio de México-FCE, México D.F., 1991. 120 mapas doblados y de gran tamaño.

Una fecunda cautividad

Por M.^a Carmen Iglesias

M.^a Carmen Iglesias (Madrid) es catedrática de Historia de las Ideas y de las Formas Políticas en la Universidad Complutense y académica de número de la Real Academia de la Historia. Es autora, entre otros títulos, de: El pensamiento político de Montesquieu, Política y ciencia natural, Los cuerpos intermedios y la libertad en la sociedad civil y Los orígenes de la teoría sociológica.

Declara Díez del Corral en su prólogo que durante más de veinte años estuvo «cautivo» en las redes de Tocqueville; una cautividad que se ha traducido en uno de los libros más ricos, densos y sugerentes no sólo sobre la obra del pensador francés, sino sobre el liberalismo europeo y sobre los problemas de fondo que sigue atravesando nuestra contemporaneidad. En él se mantienen todas las constantes del quehacer intelectual de su autor: el rigor científico, la reflexión inteligente, la amplitud de saberes y una escritura exquisita.

Título y subtítulo son ya significativos siempre que tengamos en cuenta el carácter de «político» en el sentido fuerte del término; es decir, en el sentido clásico de participación en la vida colectiva y de estructuración y socialización personal dentro de esa colectividad. Se trata de una biografía histórica en la mejor tradición historiográfica —hoy de nuevo tan revalorizada después del sarampión de las generalidades estructurales—, en la que se desvela con sutileza y rigor la propia personalidad de Tocqueville y la red siempre abierta en su pensamiento entre su originalidad e indudable innovación y lo que hay en ella de herencia cultural expresada en actitudes comunes a su sociedad.

Todo un fresco de acontecimientos y de actitudes intelectuales de la primera mitad del siglo XIX queda desplegado a lo largo de los ocho capítulos del libro, divididos cada uno de ellos en una decena de epígrafes-guía del pensamiento de su autor. La limpidez de la escritura de Díez del Corral, que conduce

al lector por los vericuetos y meandros en los que se forma el espíritu y la personalidad de Tocqueville, esconde quizá, bajo una aparente dispersión de temas y bajo el diálogo y forcejeo intelectual del pensador francés con los clásicos y con la historia y realidad de su tiempo, el propio pensamiento y unidad del profesor español. Por debajo del análisis riguroso y objetivo del pensamiento político de Tocqueville, se puede rastrear la personal reflexión de Díez del Corral sobre el pensamiento y la historia liberal europea. Reflexión y análisis que comenzó hace muchos años y que, sin traicionar ni utilizar nunca a otros pensadores como pretexto para canalizar sus propias ideas, ni tampoco brindar imágenes o soluciones únicas —nada horrorizaría más al historiador y liberal profundo que es Díez del Corral que un intento de abarcar totalidad alguna—, no renuncia en su aparente carácter asistemático a un orden flexible y a un interrogante central sobre el núcleo que constituye la esencia de lo político: «la articulación entre la política práctica y el pensamiento teórico». Las varias líneas que veremos se entrecruzan en el libro podrían insertarse en este núcleo fundamental, nunca resuelto y quizá imposible de resolver.

La investigación y análisis de Díez del Corral sobre las fuentes e influencias en la formación de Tocqueville se podrían agrupar en torno a tres núcleos íntimamente relacionados: el de la familia y entorno afectivo más íntimo —el padre, los amigos, el bisabuelo Malesherbes, en parte su contraparte Chateaubriand—; el de su pertenencia a la tradición de la nobleza de toga —además del padre y del bisabuelo, el diálogo de Tocqueville se anudaría aquí con el de Pascal y Montesquieu, sin olvidar la formación que todo jurista de la época recibía de las fuentes de la Antigüedad clásica—. Por último, el de los propios contemporáneos que Tocqueville conoce y trata directamente: la obra de Constant y de John Stuart Mill, la de Chateaubriand y su ámbito romántico y, especialmente, la de los grandes doctrinarios, Guizot y Royer-Collard, con la experiencia política intensa de fondo de la

Francia de la Restauración y de la monarquía de julio.

La familia y su entorno afectivo

Después de un primer capítulo, al que me volveré a referir, en el que se despliegan buena parte de los grandes temas tocquevillianos que se desarrollan a lo largo del libro, Díez del Corral aborda en los capítulos II («La familia Tocqueville») y en parte en el III («La nobleza de toga y el bisabuelo Malesherbes») la especial formación que Alexis recibe de su entorno familiar.

Un ambiente familiar marcado indudablemente por los acontecimientos revolucionarios del 89. La procedencia noble de la familia Tocqueville, emparentada tanto con la nobleza de espada como con la de toga, y con una figura tan eminente como Malesherbes, le hizo especialmente vulnerable a la persecución revolucionaria. El terror se ensañó especialmente con los familiares de quien se atreviera a defender como abogado a Luis XVI, y los propios padres de Tocqueville, casi recién casados, se salvaron de la guillotina porque tan sólo dos días antes de su prevista ejecución cayó Robespierre. Los cabellos prematuramente blancos y la pena y melancolía que mantuvo ya para siempre la madre de Alexis fueron parte de un cierto entorno que rodeó la infancia del futuro autor de *El Antiguo Régimen y la Revolución*.

Sin embargo, este ambiente familiar de recuerdo presente de desgracias y de fidelidad a la tradición iba acompañado de un profundo afecto que, en el terreno de los estudios, a cargo de un benevolente preceptor familiar, «puede producir efectos insospechados». Pues, prosigue Díez del Corral, «en el cultivo del talento los principios del rendimiento no rigen con la exactitud que en otras clases de cultivos» (pág. 95). Confirma de esta manera el semiautodidactismo del pensador francés y el obligado contraste de su originalidad con el exceso docente de John Stuart Mill. De Tocqueville escribió Sainte-Beuve que «apren-

dió a pensar antes de haber aprendido nada» (págs. 29-30), y sobre todo aprendió, en la semblanza trazada por Díez del Corral, el disfrute pausado de las lecturas en soledad, que nunca le abandonaría, así como el aguijón insaciable de la curiosidad. Ese aguijón que, posiblemente, faltó a su primo y gran amigo Louis de Kergorlay, con el que Alexis intercambió toda su vida una correspondencia viva y emocionante, y quien le asistiera en el momento de su muerte en Cannes en 1859. Divididos por la política y totalmente unidos en todo lo demás, en una comunidad de ideas y de sentimientos, la figura del amigo y pariente es una de las más atractivas y en cierto sentido enigmáticas que atraviesan la vida de Tocqueville, casi tanto como la esposa inglesa de la que nos quedamos siempre con ganas de saber más.

Especial atención merece la obra y carrera profesional del padre de Tocqueville. Tanto en su vertiente de prefecto como de autor de obras históricas, está presente ese doble carácter de una cierta aristocracia del Antiguo Régimen, que se acabará con la Restauración, y que entendía la participación en la vida pública como una obligación querida y responsable, a medio camino entre ser vasallo del rey y funcionario moderno. Nada tienen que ver las ideas del padre legitimista con las del hijo, cuya novedad estriba precisamente en ese pensamiento liberal y democrático que destaca sobre el fondo ultra de sus mayores y de su entorno, pero sí participan de un mismo sustrato moral y sociológico. Una aristocracia que «sabe morir pero no gobernar», según la sentencia de Alexis, a diferencia de la de Inglaterra, que supo hacer bien las dos cosas.

En esa vocación política de participación y en esa curiosidad insaciable intelectual de Tocqueville, el recuerdo de la figura gigante de su bisabuelo Malesherbes debió de ser determinante. Especialmente los epígrafes 5, 6 y 7 del capítulo 3 recogen de forma emocionante y magistral la densidad de ese má-



ARTURO REQUEJO

Viene de la página anterior



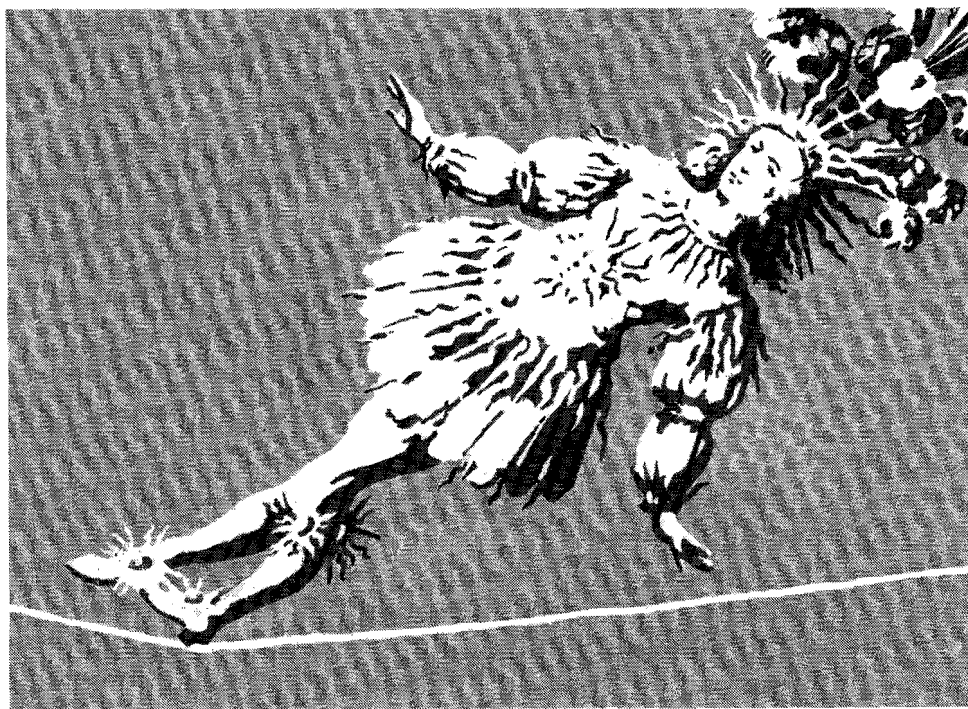
ximo representante de la nobleza de toga y de la «noblesse d'esprit» de la Ilustración francesa que fuera Malesherbes. Defensor del pueblo ante el rey y del rey ante el pueblo, auténtico precursor del liberalismo y de la tolerancia (no deja de ser una paradoja curiosa su negativa a la petición apasionada que le hace Diderot para que emplee la fuerza contra los enemigos de los enciclopedistas), el ministro de Luis XVI se caracterizó siempre por su independencia política. Que pagará, como es sabido, con su propia vida, cuando acude desde su retiro octogenario a defender a su rey. Cuando su bisnieto escribe: «Yo que soy un servidor devoto de mi país, jamás seré su sirviente (valet)», la sombra de su bisabuelo avala la sentencia.

La nobleza de toga y los «philosophes»

Si, como ha insistido en otras ocasiones Díez del Corral, no se puede disociar la parte intelectual de la parte emotiva de la formación de cada individuo, «no porque se complementen, sino porque forman parte de un conjunto y de una dimensión única, ayudándose una a la otra», en el caso de Tocqueville ese conjunto y esa ayuda es evidente. A través de su entorno familiar recibe los valores y la tradición intelectual de una nobleza de toga celosa de sus privilegios, crítica y ambivalente al tiempo en sus funciones parlamentarias. Una nobleza que, en su origen, fue creada por y para el Estado no como casta noble sino como grupo de expertos, y que acabó paradójicamente atentando contra el Estado. Situada entre los derechos del reino y los poderes del rey, representa a ambos ambiguamente. Sin embargo, al lado de la ambición y soberbia de los parlamentarios, de la ineptitud muchas veces de los jueces y magistrados, realizaron una tarea de unidad: fueron los creadores de esa noción de «milieu» que, en los nombres de Montaigne, Bodino, Pascal, Malesherbes, Montesquieu, entre otros, suponía una alternativa política; y mantuvieron esa tradición de «hablar francamente» ante el poder, que para Tocqueville era condición indispensable de libertad.

Además de esa tradición, Tocqueville recibe la de los «filósofos», y muy especialmente admira el estilo y la obra literaria de Voltaire, aunque reconoce en éste que su defensa de la tolerancia no significa una lucha por la libertad. Para el autor de *La democracia en América*, los filósofos y los parlamentarios se situarían en una misma línea de partida —la defensa de la superioridad de la ley y de la libertad individual frente al abuso de poder— con desarrollos diferentes.

La formación de todo individuo perteneciente a esta tradición culta y privilegiada pasaba por una formación humanista y por el «grand tour» por Europa, particularmente por la cuna civilizadora que suponía Italia. El viaje y el conocimiento de los clásicos por Tocqueville, además de su preparación de jurista, se desarrollan en las páginas de un capítulo 4 repleto de sugerencias y, como siempre que Díez del Corral ha considerado temas griegos, lleno de luminosidad. Tocqueville toma partido por la libertad de los modernos frente a la de los antiguos, si bien con importantes matizaciones. Además de resaltar la conveniencia de una educación humanista en sociedades democráticas para afianzar el gusto por la libertad y la independencia, analiza los costos que el mundo moderno trajo consigo. El más peligroso es el de la tendencia al despotismo, «mucho más extenso y dulce» que el de los romanos y que «degradaría a los hombres sin atormentarlos» (pág. 210). Pues, para Tocqueville, el terror no nació de utopías ni de espectros del pasado, sino de las propias costumbres y hábitos, de una ruptura súbita



ARTURO REQUEJO

de jerarquías. Quizá sólo la combinación de las dos libertades: la antigua, entendida como participación política, y la moderna, entendida como libertad individual, podría frenar esa tendencia al despotismo.

Recensión aparte merecería el capítulo 5, sobre Tocqueville y Pascal, en mi opinión quizá el más emocionante y perfecto en un libro que, por lo dicho, está todo él pensado y escrito con el afán de perfeccionamiento clásico. Tema muy querido por Díez del Corral, aparece aquí totalmente reelaborado y reescrito con mirada nueva. Además de la relación del pensamiento de Pascal con el de Descartes, y del análisis de la extensión del cartesianismo en América, trazado por Tocqueville (los americanos serían herederos del método cartesiano sin saberlo, al apelar sólo al esfuerzo individual de su razón), el pensamiento pascaliano se despliega en su pluralidad de una manera ejemplar. El Pascal que lee Tocqueville está interpretado en tres perspectivas muy diferentes: existe el Pascal de Port-Royal y del jansenismo; el muy diferente de los filósofos, particularmente el de Condorcet y Voltaire; y finalmente el Pascal de los románticos con su acentuación en la duda existencial, la «región desolada de la duda», según Victor Cousin. En el magnífico epígrafe que Díez del Corral titula «Entre el abismo y la esperanza», analiza el autor español el sentimiento de melancolía con matices románticos que aquejó la vida de Tocqueville; también éste es «un hombre sobre el abismo», no con el vértigo de los grandes pesimistas del siglo XIX, pero sí con una cierta emotividad romántica, que se hará más explícita todavía en el análisis posterior de la relación de Tocqueville con Chateaubriand (cap. 8).

Pascal fue decisivo para el autor de *La democracia en América*. «Tocqueville —escribiría Sainte-Beuve— me produce la impresión de agarrarse a la democracia como Pascal a la cruz: enrabándose» (pág. 251). La obsesiva hipersensibilidad tocquevilliana ante los trastornos del mundo encontró en Pascal los argumentos para su apuesta democrática. Una de las principales preocupaciones de Tocqueville, la relación entre política y religión, gira siempre en torno a su propia sensibilidad «pascaliana» y a la introducción de la duda en su religiosidad. Incluso sin ser creyente, aunque venerando el cristianismo, la incredulidad absoluta le parece a Tocqueville contraria a los instintos naturales del hombre. El contraste entre lo que percibe en América y el espíritu volteriano e irreligioso que había presidido la Revolución francesa es uno de

los puntos centrales de su reflexión política. El esquema de la apuesta pascaliana puede trasponerse al plano político como argumento a favor de la democracia, pues todas las alternativas son todavía peores. La modernidad de Pascal y su pensamiento de estirpe «anglófila» en el terreno político y en el de la valoración de los hechos y de la experiencia, queda subrayada por Díez del Corral en un último epígrafe de este capítulo 5 memorable; el sorprendente y singular parentesco de Pascal con el pensamiento inglés se expresa indirectamente a través de Locke y de aquello que le diferenciaba de los deístas: «No —se diferencia— porque su fe en la razón sea menor, sino porque no pone su fe sólo en la razón» (pág. 266).

Las conexiones del pensamiento tocquevilliano con Montesquieu (cap. 6) permiten un análisis matizado de la distinta percepción de lo político en Inglaterra y Francia en función de los distintos sistemas legales, así como de sus distintas aristocracias dirigentes y resultados constitucionales dispares. Planteamiento fundamental para el liberalismo europeo, cuyos componentes franceses e ingleses no son tan contrapuestos como un análisis superficial de la historia europea puede a veces deducir.

Francia, Chateaubriand y los doctrinarios

Dos últimos capítulos fundamentales —«Chateaubriand y el esteticismo sociológico de Tocqueville» y «Los doctrinarios: Royer-Collard y Guizot»— están plenamente inmersos en el clima político de la Restauración, de la monarquía de julio de Luis Felipe y de la Revolución del 48.

Obligada a resumir su rico contenido, resaltaría la brillantez del capítulo dedicado a

Chateaubriand y la profundización en el pensamiento liberal de los doctrinarios.

Toda una época desfila a través de la figura del romántico francés, convertido, junto con Napoleón, en emblema de su tiempo. Un «duunvirato» de la espada y la inteligencia, del que fue muy consciente el creador de René. El trazo de la vida en los castillos, de la melancolía aristocrática, del sentido a la vez estético y placentero de la existencia, se desarrolla en estas páginas a la vez que la relación familiar e intelectual de Chateaubriand con Malesherbes, quien le impulsa a su famoso viaje por América. La diferente vivencia de la grandiosa naturaleza americana entre Chateaubriand y Tocqueville ilustran expresivamente su distinto talante existencial: vitalidad, poder, libertad para el romántico; pequeñez del hombre, terror religioso de talante pascaliano en el autor de *La democracia en América*. Ambos pertenecientes a la estirpe de grandes pensadores, Chateaubriand pretende separar tajantemente literatura y política, mientras que Tocqueville, uniendo sensibilidad poética y pensamiento político, y sometiendo su emotividad romántica a una disciplina ética e intelectual, pretende encontrar «un difícil equilibrio entre los principios de la igualdad y la libertad contemplados desde la máxima altura de la dignidad humana» (pág. 336). Con distintas concepciones de legitimidad política, poseen similares raíces clásicas y sobre todo pertenecen ambos al linaje de una cierta aristocracia amante de la libertad y con los pies sobre la realidad, en la línea trazada por Montesquieu.

La apasionante correspondencia de Tocqueville con Royer-Collard, sobre todo la que se desarrolla al tiempo de la redacción de la segunda parte de *La democracia en América*, ilustra la coincidencia de vocación intelectual, vocación estética y vocación política de ambos autores por encima de las diferencias de edad, de juicio y de percepción política de los acontecimientos. En esta correspondencia y en la influencia del Guizot historiador residen buena parte de las claves que explican la interpretación que Tocqueville hizo de la democracia. Enlazando este último capítulo con el primero, nos encontramos con todas las líneas que entrecruzan el pensamiento de Tocqueville y el del hermoso libro escrito por Díez del Corral: la de la articulación de valores aristocráticos y valores democráticos en nuestras sociedades, las diferencias y similitudes constitucionales en los países occidentales, las relaciones complejas entre política, religión y moral, y las de libertad e igualdad.

Pensamiento teórico y práctica política serían los referentes de esas conexiones, el hilo rojo que da unión y densidad especial a todo el libro, el interrogante sobre cómo entender la historia y cómo entender nuestra propia contemporaneidad en la complejidad de una colectividad política, es decir, regida por la justicia. Y en la cual se articulan y se anudan o separan, según los casos, el pensamiento liberal y defensor de los derechos individuales con una práctica política que, como toda realidad, es compleja y frustrante. ||

RESUMEN

Del cautiverio intelectual que padeció, según confesión propia, Luis Díez del Corral, «preso» durante veinte años en las redes del pensamiento y de la obra de Tocqueville, ha surgido, a juicio de M.^a Carmen Iglesias, uno de

los libros más ricos, densos y sugerentes no sólo sobre el pensamiento político de Tocqueville, sino también sobre el liberalismo europeo y los problemas de fondo que atraviesa nuestra contemporaneidad.

Luis Díez del Corral

El pensamiento político de Tocqueville. Formación intelectual y ambiente histórico

Alianza Universidad, Madrid, 1989. 402 páginas. 2.850 pesetas.

Cuerpo de hombre y encarnación de Dios

Por Olegario González de Cardedal

Olegario González de Cardedal (Lastra del Cano, Avila, 1934) es doctor en Teología por la Universidad de Munich, catedrático de la Universidad Pontificia de Salamanca y miembro de la Comisión Teológica Internacional. Es autor, entre otros libros, de *El poder y la conciencia*, *Jesús de Nazaret*, *España por pensar* y *La gloria del hombre*.

Hay libros de teólogos escritos para que los lean quienes no son teólogos. Y, por el contrario, hay libros escritos por especialistas de otras ciencias con la intención de que los teólogos descubran otros horizontes de sentido, olvidadas experiencias históricas y situaciones contemporáneas que antes habían desconocido, postergado o sencillamente no atendido. El libro que presentamos es significativo como síntesis y como síntoma de la comprensión del cuerpo en la cultura, que va de finales del siglo IX a finales del siglo XIII. Y es una delicada pero explícita apelación a una teología y espiritualidad que han oscilado entre una negación del cuerpo, la sexualidad y la sensualidad, por un lado, y, por otro, unas intuiciones cristianas afirmadoras de la realidad como creación de Dios y del cuerpo humano como cuerpo asumido y santificado por Cristo en su propia persona.

Este libro pertenece a una serie de ellos en la investigación contemporánea que desbrozan y analizan el espacio antropológico, social y económico en medio de los cuales ha surgido la experiencia cristiana y con cuya ayuda se ha interpretado conceptualmente a sí misma. Cada vez nos es más evidente el trenzamiento de las vivencias cristianas originarias con las mentalidades, formas de vida e intuiciones filosóficas contemporáneas. Y juzgamos este fenómeno no en clave de degradación sucesiva como se hiciera a partir de que Harnack habló de la «helenización del cristianismo», como si el encuentro del evangelio con el logos griego le hubiera hecho perder su mejor esencia religiosa.

El evangelio nos está dado, antes que como una suma de dogmas o de moralidad, como una «potencia de salvación para todo el que cree, del judío primero pero también del griego, porque en él se revela la justicia de Dios» (Rom 1, 16-17). El texto griego dice «dynamis» y la traducción latina «virtus». Por ser una potencia dinámica, una virtualidad derivada de la realidad personal y perviviente de Cristo, el evangelio ha ido fecundando culturas y asumiendo ser fecundado por ellas, suscitando hombres nuevos en cada cultura, sin arrancarlos a su patria, lengua, sensibilidad o esperanzas. Pero a veces también ese evangelio fue parcialmente entenebrecido por los que lo recibieron.

Tales exploraciones del espacio teológico, resultante de ese encuentro del evangelio con distintas culturas, son necesarias y fecundas. Porque nos permiten descubrir eso que es una ley de la teología pero no menos de la filosofía: la interacción entre percepciones previas de la realidad y construcción filosófica. Porque el hombre no ve el mundo con ojos de animal que percibe meros estímulos sino como ser espiritual que al recibir sitúa, al percibir encuadra y al acoger discierne. «Lo real del mundo no se presenta jamás a una mirada especulativa, que sería inmanente a ella misma, en una desnudez ingenua. Las cuestiones que se propone la filosofía le son impuestas por los mensajes que la rodean. Y sus respuestas no hacen otra cosa que reasumir en formulaciones sistemáticas los significantes con los que la informa su cultura» (A. Vergote: *Explorations de l'espace théologique*. Louvain, 1990, pág. 301).

El libro de V. Fumagalli es una síntesis rápida de los estudios hechos con anterioridad



ALFONSO RUANO

por él mismo y por otros especialistas de la Edad Media: Brundage, P. Aries, Miccoli, Merlo, Vauchez, Delumeau. ¿Cuál ha sido la vivencia y percepción, gozo o rechazo del cuerpo en la cultura que va desde los tiempos clásicos hasta el renacimiento? Esa pregunta la hacemos desde nuestro siglo, en el que la cultura del cuerpo ha llegado a formas extremas y paroxísticas. Con razón se ha dicho que el siglo XX podría ser considerado como el siglo de la resurrección de la carne, tras siglos de sospecha y rechazo, vergüenza y castigo. Desde la moral victoriana a la espiritualidad del humanismo francés, desde la cultura burguesa al ascetismo medieval, corre hacia atrás un malestar que no sabe qué hacer con la vida somática, henchida de ideales altos a la vez que retenida por bajos instintos y atenazada por la sensualidad.

La cultura europea se ha alimentado a veces más de Platón y Plotino, en este sentido, que del libro del Génesis y del evangelio de San Juan. Aquellos tienen en el fondo una cultura dualista en la cual el cuerpo adviene al hombre verdadero. Mientras que el autor del Génesis y San Juan hablan del Dios que con sus propias manos forja al hombre para que sea carne animada por su espíritu. Y el evangelista hace la afirmación más escandalosa posible para un griego: «Y el Verbo, que era Dios con el Padre, se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1,14).

La sospecha respecto del cuerpo como enemigo de los ideales mejores de la vida humana, llevó consigo una sospecha respecto de la propia inserción en el mundo temporal, en la naturaleza, en la transformación histórica, en la acción referida a la mejora de nuestro aposentamiento en la naturaleza. Esto desencadenó en los siglos IX-XI la necesidad de huir del mundo o del «siglo» para encontrar en el monasterio la forma de vida más concorde con la naturaleza espiritual del ser humano y consiguientemente con el evangelio. El «contemptus mundi» o el «fastidium mundi», desprecio del mundo, se convertía así en una exigencia moral de perfección y de fidelidad al evangelio (cap. 1). Con ello se establecía la diversidad cualitativa entre los cristianos más consecuentes y los menos consecuentes. En el mundo la perfección se hacía difícil, si bien no era imposible («Sunt perfecti et minus perfecti»; «la difícil perfección», cap. 2).

Esa valoración antropológica tenía su punto de acentuación máxima en la valoración del sexo y de su ejercicio, de la necesaria mortificación y de las consiguientes formas de vida. El sexo estaba comprendido en un horizonte de naturaleza y no de persona, de fisiología y no de antropología. Los textos monásticos nos han legado toda una literatura en torno a la batalla contra el diablo, que vaga sobre todo en las tinieblas provocando los cuerpos y que en las ilusiones nocturnas mancha a los hombres. La fórmula «ne polluantur corpora» ha perdurado en los textos litúrgicos de *Completas* hasta nuestros mismos días (caps. 3 y 4).

Per nada violento puede perdurar, y la experiencia cristiana sabe que la creación es esencialmente sagrada, que en su entraña alienta el amor generoso de Dios, que ha precedido al nuestro. «El Señor nos amó antes de crearnos; antes de que nosotros mismos nos amásemos.» Desde aquí surge una reacción contra ese monismo antropológico que identifica al hombre con el alma y desprecia al cuerpo. La gracia no anula la naturaleza sino que la supone y la reforma, a la vez que la perfecciona. Por ello, junto a la inevitable rebelión de la carne (cap. 6), asistiremos a los movimientos laicales de las ciudades naciendo, a la burguesía, superadora de feudalismo y aristocracias religiosas o seculares,



Viene de la página anterior



para organizar un mundo donde la naturaleza sea algo más que maleza y la vida humana algo más que maldad soportada. No es posible soportar perennemente la condena de la alegría.

Los movimientos franciscanos responden desde dentro del cristianismo a esta revalorización del cuerpo, de la naturaleza, del cosmos amado en la presencia de Dios y con el gozo mismo de Dios. El hermano cuerpo y la hermana muerte son las fórmulas con que el hombre redimido se acoge sin resentimiento y sin apasionamiento. San Francisco se convierte así en la respuesta cristiana a los movimientos históricos de recuperación del cuerpo, de la sensibilidad, del amor compasivo al hermano pobre, necesitado en su alma y en su cuerpo («Tribuat corpori suo necessitatem suam»; «Nuestro hermano el cuerpo», cap. 8).

En esta breve historia la mujer tiene un capítulo aparte porque ha tenido un especial papel. En la mujer prevalece todo en grado extremo; porque en ella todo se refina y todo culmina, a la vez que por consiguiente todo en ella se puede agravar y degradar hasta el extremo. El varón tiene la suerte o la desgracia de la medianía frente a ella. Para nuestro tema la mujer ha sido identificada ante todo con la fecundidad y su sexo. Y el temor a la potencia oscura de la «physis», no reducible a geometría, ni a metafísica, ni a matemática, se ha proyectado sobre ella. Por eso la historia de la mujer en el cristianismo es la historia de una ambigüedad o complejidad permanentes. Se ha dado una «feminización de la santidad», a la vez que una real degradación de la femineidad. Un canto a sus glorias y un susto ante sus tentaciones en sus múltiples tentativas: la doncella guerrera (Juana de Arco); la gran pacificadora (Catalina de Siena); la mística y vidente (Angela de Foligno); la hembra débil, ocasión de pecado (cap. 9).

Una cultura que no integra el cuerpo en la relación con Dios y con la propia realización, personal e intersubjetiva, engendra una profunda tristeza y una inmensa soledad. Ante esa tristeza y soledad se reacciona hasta querer anular la propia carne. Y eso tiene después lugar anulando la carne de las vidas extrañas o intranquilizadoras. «Tremendos martirios de la carne: es la carne de judíos, brujas y leprosos, campesinos y jornaleros, que cálculos políticos y convulsas agitaciones locales, frenesí religioso y delirios repentinos nacidos de la inseguridad, del derrumbamiento de los valores humanos, destinan a la represión, a la segregación y a la muerte» (pág. 108).

El autor es suficientemente lúcido para percatarse de que esa comprensión del cuerpo tiene raíces precristianas y en el fondo se contradice con las más profundas convicciones cristianas. El mundo nacido en las orillas del Mediterráneo ha crecido desde el Extremo Oriente hasta nuestro Finisterre. Y de sus lejanas procedencias orientales —en contradicción con la revelación bíblica— le ha seguido manando un dualismo que no ha cesado de suscitar filosofías, políticas y actitudes religiosas, que han ido escindiendo la unidad de la experiencia humana.

«Se trataba de la gnosis, del maniqueísmo, del dualismo difundido sobre todo poco antes del cristianismo, ausente totalmente de los evangelios sinópticos, pero que poco a poco lo iba flanqueando o introduciéndose en su interpretación ascético-penitencial. La cultura antigua llegaba a su ocaso sin sol, con esta gran sombra a través de la cual el cristianismo se abrió un estrecho paso, iluminándola pero también padeciéndola en muchos de sus fieles, hombres de gran valía» (pág. 92).

Estamos por tanto ante un fenómeno de introducción en el corazón del cristianismo de una actitud fundamentalmente anticristiana. En la Biblia no hay separación entre alma y cuerpo sino un hombre que es todo

él creación de Dios, imagen de Dios, hijo de Dios. Y es en esa humanidad, así comprendida, en la que el Verbo se encarna. El «cuerpo» en la Biblia es la manera de designar al entero hombre personal en su capacidad de relación, comunicación, exterioridad y mundanidad. Es el «hacia los otros» de su propia identidad: hacia Dios primero, y hacia el mundo y hacia el prójimo después. La figura erguida del hombre, que avanza en serenidad y se eleva en oración, ha suscitado la admiración de los autores bíblicos y han reconocido que justamente ahí es el hombre imagen de su Señor.

El Verbo se hizo carne, nuestra carne. Y se nos dio en su cuerpo como pan de nuestra peregrinación. En el Nuevo Testamento la expresión «cuerpo de Cristo» tiene tres significados: el cuerpo físico pendiente en la cruz, el cuerpo entregado en la eucaristía, el cuerpo que él se suscita de entre los hombres formando su Iglesia. Nada por tanto más ajeno al cristianismo en su raíz que la sospecha contra el cuerpo, porque eso hubiera sido sospecha contra Dios, contra Cristo y contra la propia Iglesia, que se ha definido a sí misma a partir de San Pablo como «cuerpo de Cristo». Ese vituperio de la carne, esa soledad de un cuerpo sin Espíritu Santo, es el resultado del pecado en un caso, y en otro de una filosofía introducida en la lectura del Nuevo Testamento. Cuando San Pablo habla de «carne» no entiende la corporeidad física sino el hombre bajo el poder del mal, los instintos, el egoísmo, el pecado. Cuando habla del «espíritu» no se refiere al «nous» o «pneuma» platónicos, sino al hombre entero bajo la acción del Espíritu Santo.

Devaluación del cuerpo

Los primeros Padres de la Iglesia tuvieron que luchar acerbamente contra la devaluación del cuerpo que la gnosis y el platonismo suponían. San Ireneo y Tertuliano acuñarán una frase que es más que un dogma de fe: «Caro cardo salutis»; «La carne es el quicio de nuestra salvación». Porque Dios ha asumido nuestra condición, tenemos esperanza; porque ha existido con nuestro cuerpo y ha sabido lo que es nuestra carne en vida y en muerte, nosotros existimos ya con él en un mundo redimido. El Verbo se ha unido no a una carne abstracta sino a una real humanidad tomada de las entrañas de una mujer. Más aun, en misteriosa manera se ha unido con la carne, cuerpo, tiempo y peripecia de cada hombre. Nada menos que el Concilio Vaticano II ha escrito: «El Hijo de Dios por su encarnación se ha unido en cierto modo con cada hombre» (*Gaudium et Spes*, 22). Esa unión es el fundamento de nuestra esperanza más allá de nuestra fragilidad, destino o pobreza. Todo lo que el Hijo de Dios ha asumido, todo eso ha sido salvado, decían también los Padres de la Iglesia.

Para el cristianismo, el hombre es cuerpo enmemoriado y carne esperanzada a la vez que espíritu inteligente. Unamuno se atrevió

a poner como exergo de su obra *El Cristo de Velázquez* el texto paulino: «El cuerpo no es para la fornicación sino para el Señor y el Señor para el cuerpo» (1 Cor 6, 13). Que largos siglos de olvido y deterioro o plegamiento a una filosofía hayan hecho olvidar afirmaciones cristianas evidentes, no anula la realidad. Frente a todo escándalo griego, los cristianos profesaron la encarnación del Verbo y la resurrección de la carne. Y ambos son los dos pilares de la comprensión cristiana: de ellos nacen el respeto y el amor, la veneración y la grandeza de un cuerpo, que no es el dios del hombre, ni mero resto de paraíso perdido, ni pujante naturaleza mera, sino presencia de Dios, lugar de la propia identidad, mediación del encuentro con el prójimo, reflejo del Absoluto.

El cuerpo y el tiempo son los dos problemas supremos de la filosofía en el siglo XX: desde Heidegger a Zubiri. Frente a una antropología en la que la naturaleza era absolutamente prevalente, hemos integrado la historia, la cultura y la sociedad como realidades igualmente constituyentes. Las adquisiciones modernas en este orden son decisivas: la subjetividad como abertura al otro y reclamo de trascendencia; la historicidad indesbordable; la diferencia en la propia identidad frente a todo monismo ingenuo; la ruptura del horizonte de naturaleza para ser desde el universo de la voluntad y libertad; la irreductibilidad de los sexos; el innegable excedente divino que circunda la historia humana. Dos lumbreras de este siglo nos han dejado títulos significativos: *Ser y tiempo* (Heidegger) y *Espíritu en el mundo* (Rahner).

Sin embargo sería una ingenuidad pensar que la antropología moderna ha superado esa dificultad del cuerpo. Desde Nietzsche, en violenta reacción contra Sócrates, hemos abominado de todo platonismo y del cristianismo como bajo platonismo para el pueblo. Y se ha entronizado el cuerpo, la naturaleza y la voluntad de poder como nueva trinidad de la conciencia moderna. El paroxismo de una cultura de los nacionalismos, fascismos y sexualización englobante ha sido el resultado. No se pasa legítimamente de una absolutización a otra del mismo contenido, aun cuando de signo contrario. El hombre es más que sólo cuerpo. Es misteriosamente una realidad encarnada que no se agota en la expresión carnal fácticamente verificable y mostrable. No podemos pasar ingenuamente del «Res sacra homo» de Séneca (Ep 99, 33) al nuevo dogma: «Res sacra corpus». Sagrado es el hombre en

su complejidad; y sagrado es su cuerpo en la abertura a otro orden de realidad, de sacralidad y de plenitud divina.

No se posee el cuerpo corporalmente. Hay que conocerlo en su diferencia; reconocerlo en su distancia; amarlo en su diversidad y quererlo en su objetivación. «El lazo que une verdaderamente el querer a su cuerpo requiere una atención distinta a la atención intelectual que prestamos a las estructuras. Exige que yo participe activamente en mi encarnación como misterio. Yo debo pasar de la objetividad a la existencia» (P. Ricoeur: *Philosophie de la volonté*, 17-18).

Ser hombre es la soledad de dos en compañía, que son el alma y el cuerpo. Y dicho esto hay que negar automáticamente la fórmula para rehacerla. Ser hombre es la comunión de Dios con la materia. A la materia la conocemos peor que al espíritu, decía genialmente Rahner; y de sus posibilidades y originalidades desconocemos casi todo. Los cristianos sólo sabemos que viene de Dios, tiene posibilidad de Dios y está llamada a trascenderse en Dios. Por eso los grandes santos dirán que el hombre sólo logra soberanía sobre su cuerpo cuando Dios ejerce su soberanía sobre él y él la acepta, participando de ella. Y el hombre sólo somete al mundo cuando él se somete a Dios (San Agustín, Conf. VII, 7, 11).

San Juan de la Cruz nos ofrece una iniciación o mistagogia para que, recuperada la libertad de fondo y purificada la instintividad apropiativa, reencontremos en nuestro origen divino nuestra plenitud. El oído, ojo y sentidos purgados son los que descubren la hermosura, amor y gozo últimos. El enigma del hombre es que tiene que trascenderse para poseerse; purificarse para ser sí mismo; darse en gratitud para retenerse en gozo.

Entre el Plotino del siglo III, que se avergonzaba de su cuerpo (Porf. 1, 1), y el contemporáneo, que absolutiza y reclausura su cuerpo como si éste fuera el hontanar de su gozo y la suprema posesión, pasa una tercera vía de esperanza: comprenderse como encarnados a la luz del Dios Encarnado. El es así redención. Quien bastante sabía del cuerpo dijo: «De no haberse hecho tu Verbo carne y habitado entre nosotros, con razón hubiéramos podido juzgarle apartado de la naturaleza humana y desesperar de nosotros» (San Agustín, Conf. X, 43, 69). El Dios encarnado es el origen y el garante de nuestra carne; el fundamento de nuestra esperanza, en vida y muerte.

ALFONSO RUANO



RESUMEN

González de Cardedal escribe motivado por la lectura de una obra que califica de síntesis y síntoma de comprensión del cuerpo en la cultura; y es, asimismo, una delicada pero

explícita apelación a una teología y espiritualidad que ha oscilado entre la negación del cuerpo y esa realidad corporal como creación divina.

Vito Fumagalli

Solitudinis carnis. El cuerpo en la Edad Media

Nerea, Madrid, 1990, 114 páginas. 995 pesetas.

Rasgos de una arquitectura en América Latina

Por Antonio Fernández Alba

Antonio Fernández Alba (Salamanca, 1927) es catedrático de la Escuela de Arquitectura de Madrid. Formó parte del grupo *El Paso*. Ha obtenido, entre otros premios, el Nacional de Arquitectura (1963), el de Restauración (1980) y el de las Artes de Castilla-León (1988). Es académico de Bellas Artes (1987).

No son muchas las publicaciones que permiten acercarse con rigor al desarrollo del acontecer arquitectónico en los distintos países que constituyen este significativo continente de América del Sur. El trabajo del arquitecto en estas latitudes viene sometido históricamente a una dependencia ideológica en lo cultural junto a un proceso de mimesis en lo formal, simbiótico con las grandes corrientes europeas (Buenos Aires-Montevideo, principios de siglo; Bogotá y los empirismos nórdicos; Brasil y las secuelas lecorbusianas). No obstante, pese a ser cierta esta mirada de dependencia cultural, existe un pensamiento crítico revitalizador que trata de encontrar una arquitectura nueva y simple, «en la que se reconozca la lección del pasado y la voluntad por lograr un futuro propio».

Manifiestar algunas de estas actitudes y perfilar visiones y experiencias, parecen estimular las páginas del conjunto de trabajos teóricos escritos por los más señalados críticos e historiadores latinoamericanos y recogidos por el arquitecto y también historiador Antonio Toca en la publicación que comentamos.

El trabajo colectivo que recoge el historiador Toca viene a disipar la duda de entender el continente suramericano, como un desierto sólo apto para la colonización simbólica en aquellos espacios de la ciudad requeridos para las infraestructuras mercantiles de las sociedades desarrolladas. La ciudad y la arquitectura latinoamericana, como señala R. Fernández, «son productos históricamente recientes: tiene apenas cinco siglos desde la fundación originaria, pero menos de cien años desde la conformación de sus estructuras originarias». Esta modernidad del espacio urbano se viene a configurar durante el desarrollo de un capitalismo expansivo que imponen desde Europa, y más tarde desde Norteamérica, las tipologías de ocupación del suelo y la nomenclatura formal de sus arquitecturas sobre los viejos trazados determinados por las Leyes de Indias.

Ciudad y arquitectura se presentan en la América del Sur como un corolario, ya se ha señalado, de postulados miméticos unas veces ilustrados, finales del XIX y principios del XX, otras con las apariencias redentoras de la modernización, el «racionalismo internacional»; junto, y no es un acontecimiento despreciable, al desarrollo de unas «arquitecturas populares» cuya ruda tecnología y reciclaje simbólico de los estilemas internacionales, configuran importantes conglomerados de las actuales metrópolis suramericanas y sin duda los lugares donde mejor se pueden leer, las tensiones y desgarros que encierra el desafío entre dependencia cultural y desarrollo de los valores propios de su acontecer histórico, proceso que la ciudad latinoamericana ha sufrido desde los tiempos de la conquista y posterior colonización.

Los diferentes ensayos que glosa la publicación nos hacen patente en sus diferentes posiciones críticas cómo la arquitectura de la ciudad resulta coherente con el sistema de valores mercantiles por los que discurren sus maltrechos modelos económicos. A la ciudad, también por estas latitudes se pretendía salvar con los oficios del diseño de la «buena arquitectura», pero algo más que «morfología perversa» revelan este contraste de formas opulentas y espacios marginales en la que subyacen hoy estos espacios urbanos.

Un debate muy sutil se desprende de estas páginas que intentan superar una interpretación del acontecer de la ciudad y sus correlatos arquitectónicos, más allá de los viejos esquemas académicos que evaluaron la formalización espacial desde la óptica de los «estilos», sin querer atender a la presencia camuflada de una ideología tecnocrática, arrogante y avasalladora, que acotaba por sí misma la estructura del espacio urbano y los modelos arquitectónicos a reproducir en cada período. Basta recorrer los lugares más comunes de los centros urbanos para poder comprobar las asimetrías más dispares entre los singulares objetos arquitectónicos y el «espacio del residuo» donde viven los grandes colectivos de las comunidades marginales.

Esta dualidad morfológica, cuyas contradicciones espaciales no son más que una radiografía dramática de una realidad sociológica cruel, introduce, en ocasiones sin pretenderlo, al pensamiento crítico arquitectónico en un debate filosófico en torno al quehacer del arquitecto iberoamericano. Abrumado primero por la colonización de un pensamiento positivista que se desarrollaba casi con un siglo de atraso en la ciudad, y posteriormente teniendo que soportar los estigmas del «postmodernismo neoliberal», no es de extrañar que en los territorios crítico-historigráficos del panorama arquitectónico actual traten de buscar unas respuestas en un filósofo americano original, ya que como precisó con inteligente mirada R. Kusch, «Occidente no tiene un instrumental adecuado para pensar a nivel filosófico *el estar* que caracteriza nuestro vivir»; un pensar propio significa evidentemente un pensar culturalmente arraigado; sin una referencia al lugar, resulta dudoso el vínculo con el espacio que se edifica.

Dispuestos a la ruptura de una colonización simbólica, al menos desde algunos sectores del pensar iberoamericano más agudo, no me resulta difícil plantear un interrogante si se quiere muy generalizador: ¿es posible dar una respuesta desde la arquitectura a situaciones tan heterogéneas y escenarios culturales tan diferentes como se presentan en este continente dentro del organigrama del *nuevo orden económico mundial*? No parece que pueda existir una respuesta única. ¿Cómo identificar Brasil con Argentina o Bolivia con México? La ambivalencia historiográfica durante mucho tiempo optaba por posiciones muy deterministas, incorporando como agentes protagonistas los factores sociológicos o bien defendiéndose desde la fortaleza de la autonomía artística de la arquitectura. La dificultad que encuentra el arquitecto iberoamericano es la de poder realizar la síntesis espacial que permita hacer viables las relaciones *cultura y sociedad*.

Muchos ejemplos de la arquitectura de la ciudad hoy en Iberoamérica manifiestan de manera elocuente, que no es tanto construir el espacio de la arquitectura como revestirse de la mayor cantidad de citas formales de los modelos de hegemonía simbólica, ya sean éstos norteamericanos, europeos o japoneses.

El proyecto arquitectónico se construye desde la norma, no desde la realidad social, y su paisaje resulta alejado, a veces de manera grotesca, de su medio y ámbito vital. Escasas pero esperanzadoras, aparecen algunas consideraciones críticas que abordan los parámetros de la arquitectura con intenciones más antropológicas y menos desarraigadas del vacío actual que configuran, por lo general, muchas de sus arquitecturas, al explotar la nomenclatura de los estilos en boga o tratando de pactar un idilio arcaico, con los grupos y cofradías arquitectónicas que detentan el poder de emitir imágenes en los poderosos medios de información técnico-artísticos.

El debate «identidad-modernidad», pese a ser considerado en algunos medios críticos como ejercicio superado, subyace con denominaciones diferentes y expresan con bastante nitidez la preocupación y el interés de críticos e historiadores latinoamericanos al intentar indagar los fundamentos y raíces de los orígenes en paridad con la necesidad de incorporarse a la cultura arquitectónica de nuestro tiempo. No es de extrañar por tanto que las dudosas expectativas que en la década de los ochenta suscitaban las corrientes «neo-regionalistas», tuvieran una aceptación entusiasta en un continente que la taxonomía occidental engloba como una «gran región» con sutiles diferencias culturales.

Pero si es cierto que entre algunos arquitectos jóvenes la seducción de la región colmaba algunas de las aspiraciones de la mentalidad mestiza, ciertas tensiones de reivindicación nacional, el rechazo de la forma foránea o la ficción de alejar el tabú estilístico de la herencia europea, el neo-regionalismo en términos muy genéricos, no ha hecho más que reproducir un formalismo cuyo ritual esotérico ha plagado de objetos visuales el espacio de alguna de las ciudades latinoamericanas; remodelaciones de plazas, centros culturales, lugares de ocio o centros institucionales es el balance de estas intervenciones que han pretendido diseccionar lo arquitectónico en proyectos de pasiva indolencia visual.

Sin embargo, la demanda que encierra el campo del proyecto ofrece una gama más amplia y diversa de variables entrelazadas en parámetros culturales, técnicos, productivos y, sobre todo, de naturaleza social que superan estos esfuerzos realizados por disipar o contrarrestar la presión de las arquitecturas hegemónicas. Entre otras valoraciones podríamos señalar las acotaciones siguientes:

—La mutación cultural de los tiempos viene generando, a partir de los años 70, una diversificación y multiplicación de ismos plásticos que, requeridos por las ideologías del consumo, provocan una inestabilidad formal y espacial, haciendo inviables las relaciones objetivas entre modernidad y tradición.

—La búsqueda de los orígenes expresivos en ciertos grupos sociales no evolucionados, intentando encontrar en el inconsciente de estas comunidades los procesos de creatividad en «estado puro», estas tentativas de aproximación formal, favorecen la confusión y en muchos casos aceleran la crisis de identidad en el subdesarrollo.

—Las nuevas demandas que surgen de la «cultura de la pobreza», que se identifican con los valores de la tradición y culturas locales frente a la «colonización simbólica» de los países centrales, cuya espacialidad apunta hacia otros cometidos.

—La agresión que sufre la ciudad en sus tramas urbanas por la transferencia directa de los modelos programados por el neo-libe-

ralismo mercantil (Norteamérica, Japón, Europa), transformando el espacio arquitectónico en una actividad sin fundamentos culturales adecuados.

—Por último, la entrega sin apenas referencias críticas a las propuestas del «eclecticismo internacional», con su repertorio de escenografías formales que ahogan la vitalidad autóctona de la forma, llegando a provocar en el arquitecto latinoamericano una confusión latente que, salvo rigurosas excepciones, le impide distinguir la realidad auténtica de la realidad ficticia.

La arquitectura más sobresaliente del Movimiento Moderno en Latinoamérica surgió de las ideas y modelos de la Europa de principios de siglo, logrando algunos apóstrofes locales al triunfar el «estilo internacional» en todos los países industrializados. La figura de Oscar Niemeyer en Brasil traducía en una plástica del más fino instinto barroco brasileño las geometrías solemnes de la Ilustración; en los finales de siglo se difunde con prodigalidad el cromatismo orgánico de Barragán como código de una mexicanidad sin paliativos; permanecen entre brumas los trabajos singulares de un R. Salmons en Colombia, junto a una pormenorizada nómina de arquitectos herederos de la tradición moderna que se niegan a aceptar que sus constantes éticas, formales y espaciales puedan estar agotadas. Pero pese a estos esfuerzos y a los significativos logros, en muchos casos obras maestras de la concisión expresiva y de la finalidad social de sus espacios, ese itinerario anhelado de la búsqueda de la «identidad perdida» no parece por el momento que pueda traducirse en unas arquitecturas que vislumbren algún camino.

Ante tal esfuerzo, tanto del pensamiento crítico más agudo como de los logros de sus mejores arquitectos en el continente suramericano, me pregunto: ¿no serán estos tiempos del fin de siglo un momento apropiado para abrir un amplio y desapasionado interrogante sobre los vínculos y adherencias del «mestizaje» y el sentido que tiene en una época de realidades empíricas computarizadas el análisis de las raíces antropológicas donde nace este continente?

¿Es posible seguir pensando para la arquitectura una «nueva modernidad» sobre los fundamentos de la «razón» y el «progreso» euronorteamericano? Probablemente la experiencia que nos manifiestan estas arquitecturas de una manera directa es poder comprobar cómo el funcionalismo de los tiempos modernos se ha transformado en rudo productivismo, el prometedor «estilo internacional» en un repertorio de intrascendentes alfabetos regionales y el espacio de la utopía redentora en abstracto y enajenado espacio económico. Me gustaría pensar que la respuesta a tan complejo interrogante pudiera acercarse hacia la «construcción de una modernidad» más anónima y menos subjetivizada, capaz de integrar la diversidad sin renunciar a las diferencias.

Ya que la vieja razón, también en la arquitectura, ha sido desnaturalizada, parece necesario construir otra, no «nueva», re-formalizada en la síntesis de la diversidad diferenciada, reconstruir una racionalidad más completa. «El yo —como señala P. Handke— ya no posee un lenguaje duradero... ni tampoco se puede esperar la salvación a través de los sueños.»

En el próximo número

Artículos de C. Seco Serrano, C. Sánchez del Río, Alberto Galindo, Enrique Llovet, Miguel Artola y P. Cerezo Galán. Índice 1991.

RESUMEN

Ante este libro colectivo (participan arquitectos e historiadores), que traza algunos rasgos de una arquitectura en América Latina, Fernández Alba se interesa por si es posible

dar una respuesta desde la arquitectura a situaciones tan heterogéneas y escenarios culturales tan diferentes como se presentan en ese continente.

Antonio Toca (ed.)

Nueva Arquitectura en América Latina. Presente y futuro

Gustavo Gili, México, 1990, 284 páginas. 1.800 pesetas.

España y Marruecos, una vieja historia

Por Carlos Seco Serrano

Carlos Seco Serrano (Toledo, 1923), catedrático de Historia Contemporánea de España en la Universidad Complutense de Madrid, es académico de número de la Real Academia de la Historia (Madrid) y de la de Buenas Letras (Barcelona). Es autor, entre otros títulos, de *Epoca contemporánea: la República, la guerra, la España actual; Alfonso XIII y la crisis de la Restauración y Militarismo y civilismo en la España contemporánea*, con el que obtuvo el Premio Nacional de Historia 1986.

Por una o por otra razón, el tema marroquí está siempre vivo en la preocupación actual y en la conciencia histórica de España. Desde un pasado muy remoto, la relación entre ambos países se ha traducido en flujo y reflujo, que a veces hizo de ambas orillas del Estrecho las dos mitades de una sola realidad política: ya radicando el centro de poder en la mitad norte, ya en la mitad sur. De esa prolongada confrontación quedaría, en el siglo XV, la fijación de las últimas fronteras de la Reconquista en el mismo Magreb: Ceuta –empresa lusitana–, Melilla –empresa española–; incorporada asimismo la primera a la Corona católica a partir de la Unión Ibérica, en tiempos de Felipe II. Esa doble presencia española en la costa de África ha condicionado, desde entonces, las relaciones entre la Monarquía española y el Sultanato. En el siglo XIX, Ceuta y Melilla darían –alternativamente– ocasión a las únicas experiencias bélicas de nuestro país fuera de sus fronteras: en 1860, la «guerra de África» se movió en torno a Ceuta; en 1894 tuvo lugar la «guerra de Melilla». Cuando el colonialismo francés fijase su atención en Marruecos, no podría ignorar ya esta presencia asentada en las «plazas de soberanía».

A comienzos de nuestro siglo, Marruecos pasa a ser una de las claves en la relación entre las grandes potencias europeas, abocadas a una política de bloques, pero divididas por sus respectivas ambiciones coloniales. Los posibles «derechos» españoles, basados en su presencia secular en la costa magrebí, se abrirían paso como una resultante del choque entre aquéllas: precisamente cuando los posos del desastre ultramarino se traducían en una fuerte corriente anticolonialista y antimilitarista (las «siete llaves al sepulcro del Cid»,



STELLA WITTENBERG

de Joaquín Costa), las circunstancias internacionales vinieron a empujar a los políticos españoles hacia una nueva aventura expansionista. En realidad, «se trataba de seguir siendo sujeto», y no «objeto», de la alta diplomacia europea; o, si se quiere, de buscar «un lugar bajo el sol» cuando la pleamar de los nuevos imperios colonialistas coincidía con el tramo final del antiguo Imperio espa-

ñol. He aquí cómo Marruecos iba a convertirse en una clave –durante todo el primer cuarto del siglo XX– para entender la historia política del reinado de Alfonso XIII.

La bibliografía en torno al tema ha ido creciendo en los últimos años –ahí están las obras, meritorias y esclarecedoras, de Martínez Carreras, de Morales Lezcano, de André Bachoud–. Ahora nos llega el excelente libro de José Manuel Allendesalazar. Tratándose de un diplomático de profesión y de un historiador de vocación –al que ya debíamos algún título sumamente valioso para la comprensión de la gran crisis de Ultramar–, no extrañará el acierto con que ha sabido centrar el tema marroquí en la encrucijada diplomática que se extiende entre los dos siglos: porque el año 1898 no contempla sólo el «desastre» español, sino también la confrontación franco-británica en torno a Fashoda; 1898 registra también las últimas consecuencias del relevo operado por Guillermo II en Alemania (caída de Bismarck, 1890), que implican la demolición del gran edificio diplomático alzado

por el «canciller de hierro» sobre la alianza de los tres emperadores. Fashoda retrasa la configuración de la «Entente», dejando aislada a Francia; la iniciativa de Guillermo II aísla a su vez a Rusia, proporcionando el tercer eslabón para aquélla. Francia buscará compensación al cierre de su frontera expansiva en el valle del Nilo, volviendo sus ojos al decadente Sultanato –«Imperio»– magrebí; y habrá de buscar contrapeso diplomático en Madrid.

De aquí el primer tratado hispano-francés (1902), que reserva a nuestro país una zona de gran extensión en Marruecos; pero que –debido a unas u otras causas– no llegará a ser ratificado –firmado– por España. Cuando la cuestión vuelva a plantearse (1904), ya se habrá producido el acuerdo anglo-británico –la «Entente»–, que permite a Francia reducir drásticamente la zona reservada a España dos años antes. Ahora, los planes sobre Marruecos, aunque se mantengan secre-



En este número

Artículos de			
Carlos Seco Serrano	1-2	Miguel Artola	8-9
Carlos Sánchez del Río	3	Pedro Cerezo Galán	10-11
Alberto Galindo	4-5	Índice 1991	12
Enrique Llovet	6-7		

SUMARIO en página 2

Viene de la página anterior



España y Marruecos, una vieja historia

tos, obtendrán, en cierto modo, el respaldo internacional en la Conferencia de Algeciras (1905).

Hasta aquí los planteamientos teóricos. Las iniciativas para convertir en realidad tangible y sustanciosa lo que en la Conferencia de Algeciras se ha reducido al reconocimiento del derecho de España y Francia a controlar los puertos del Sultanato y a garantizar el «orden» en torno a ellos —un orden capaz de permitir la penetración mercantil a los países europeos y americanos—, responderán a la impaciencia del colonialismo francés y al estallido de la guerra civil en Marruecos —Muley Hafid contra Abdelaziz; el Roghi contra Muley Hafid—. El desembarco militar de Francia en Casablanca como réplica a unos disturbios oportunistas, será el punto de arranque: precisamente cuando en España gobierna Maura por segunda vez —la primera había dado de sí el tratado secreto de 1904—. Don Manuel Allendesalazar —abuelo del actual embajador— es, ahora, ministro de Estado.

Qué es

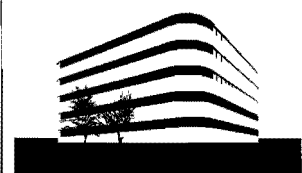
SABER Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.



STELLA WITTENBERG

La obra que comentamos se beneficia, lógicamente, de un espléndido archivo familiar, que permite al autor seguir minuciosamente el hilo de los acontecimientos. Don Manuel Allendesalazar, muy atenido a las directrices de Maura —con quien aparece estrechamente ligado a todo lo largo de su trayectoria política—, basa su gestión ministerial en criterios de cautelosa prudencia, pero que no pueden ignorar los condicionamientos creados —sin consulta previa— por Francia ni los inquietantes recelos del Kaiser. Punto de apoyo y referencia para don Manuel parece haber sido siempre Inglaterra —con cuya dinastía reinante acababa de emparentar la española—: la anglofilia del ministro se refleja incluso en su aspecto físico, muy acorde con el modelo eduardiano. En este sentido, el máximo logro

diplomático de Allende serían las entrevistas —«al más alto nivel», diríamos ahora— de Cartagena. Esas entrevistas (de Alfonso XIII con Eduardo VII) atendían a la seguridad de las costas y los mares de España en tanto iba creándose la gran escuadra que debía sustituir a la que se perdió en Cavite y en Santiago. La amenaza latente en la inquietud cada vez mayor de Guillermo II, quedaba neutralizada mediante el acuerdo anglo-franco-español. «No cabía imaginar, en términos razonables —escribe el autor—, que Alemania ocupase por la fuerza ningún territorio de la neutral España: esto supondría probablemente una guerra europea, no tanto para favorecer a España cuanto para frenar a Alemania. Pero sí era posible, en cambio, que el Kaiser intentase arrancar concesiones y permisos que a la larga se convertirían en otros tantos puntos de apoyo logístico para la flota alemana» (de hecho, ya había insinuado su idea de tender un cable telegráfico entre Canarias y Marruecos; y no se ocultaba su pretensión de conseguir una base en Baleares).

Poner el pie

En cuanto al otro problema —el seguimiento de las iniciativas de Francia para «poner el pie» en Marruecos—, se desplegó, como una réplica al desembarco francés en Casablanca, en la preocupación por ampliar el «hinterland» de Melilla: las cambiantes relaciones con el Roghi, la anulación de la factoría creada por éste en la Restinga y el

control de los yacimientos mineros del Rif dándoles salida a través del puerto de Melilla.

Se comprende que, dadas sus fuentes archivísticas originales, el libro a que venimos refiriéndonos —claro, brillante, documentadísimo— se atenga estrictamente al alcance de la gestión de Allendesalazar en el Ministerio de Estado; cortada, cierto es, por un acontecimiento de primera magnitud: la guerra de Melilla (1909), desgraciada en sus comienzos, y su repercusión en España —Semana Trágica, hundimiento final del Gobierno Maura en la gran marea de «la ferrerada»—. Pero, de hecho, el capítulo abierto en Algeciras sólo se cerrará diplomáticamente en 1912, con el tratado que fijó los límites de los dos protectorados.

Y por otra parte, sabido es que Allendesalazar volvió al poder —en calidad de presidente del Gobierno— en dos ocasiones: en 1919-1920 —«sucedáneo» de un Maura cada vez más en decadencia— y en 1921, tras el crimen que segó la vida de Eduardo Dato. Y que en este segundo Gobierno le tocaría vivir —curiosa fatalidad— algo peor que el «tropiezo» del Barranco del Lobo: nada menos que la catástrofe de Annual (julio de 1921). Sería muy interesante que el autor del libro que ha dado pie a nuestro comentario estudiase ahora, a través del rico filón de su archivo familiar, la segunda y gravísima crisis vivida desde el poder —siempre en torno al problema marroquí— por don Manuel Allendesalazar: un político honesto y culto, merecedor de mejor suerte en sus experiencias como gobernante. □

RESUMEN

Desde siempre España y Marruecos han tenido unas relaciones vecinales difíciles, pero sus vínculos históricos y su proximidad han hecho que sean dos países vecinos condenados a entenderse. De esta vieja historia común, uni-

da y separada por el estrecho de Gibraltar, habla Carlos Seco Serrano, aprovechando la lectura que ha realizado de un libro sobre la diplomacia española y Marruecos a principios de este siglo.

José Manuel Allendesalazar

La diplomacia española y Marruecos (1907-1909)

Biblioteca Diplomática Española, M.º de Asuntos Exteriores/Agencia Española de Cooperación Internacional, Madrid, 1991. 274 páginas. 1.590 pesetas.

SUMARIO

	Págs.
«España y Marruecos, una vieja historia», por Carlos Seco Serrano, sobre <i>La diplomacia española y Marruecos (1907-1909)</i> , de José Manuel Allendesalazar	1-2
«La luz y la vida», por Carlos Sánchez del Río, sobre <i>Fotobioquímica</i> , de autores varios	3
«¿Por qué? o ¿cómo?», por Alberto Galindo, sobre <i>The How and the Why</i> , de David Park	4-5
«El arte de contar historias», por Enrique Llovet, sobre <i>Exercice du scénario</i> , de J. C. Carrière y P. Bonitzer	6-7
«Los límites de la política», por Miguel Artola, sobre <i>Manuel Azaña</i> , de Santos Juliá	8-9
«El cuerpo recuperado», por Pedro Cerezo Galán, sobre <i>Cuerpo y alma</i> y <i>El cuerpo humano</i> , de Pedro Laín Entralgo	10-11
Indice 1991	12

La luz y la vida

Por Carlos Sánchez del Río

Carlos Sánchez del Río (Borja, Zaragoza, 1924) obtuvo en 1953 la cátedra de Física Atómica y Nuclear de la Universidad Complutense. Es miembro de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Ha sido director general de Política Científica y presidente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y de la Sociedad Nuclear Española.

Siempre me produce singular alegría encontrar un buen libro de autores españoles para basar en él uno de los comentarios que periódicamente preparo para esta revista que tan generosamente me acoge en sus páginas. Hoy se trata de una obra sobre Fotobioquímica de la que son autores Manuel Losada y tres de sus colaboradores de la Facultad de Biología y del Instituto de Bioquímica Vegetal y Fotosíntesis de Sevilla. He admirado, desde hace muchos años, la extraordinaria labor investigadora de Losada y su grupo sevillano, y por esa razón y no otra me atrevo a reflexionar sobre unas cuestiones algo alejadas de los temas que trato habitualmente.

La vida sobre este planeta que habitamos se mantiene gracias a la luz que recibimos del Sol. Esta luz es una energía radiante que produce variados efectos al incidir sobre la Tierra. Los más obvios son conocidos de antiguo. La luz solar provoca la evaporación del agua de los mares, dando lugar a la formación de las nubes que descargan las lluvias sobre los continentes y mantienen de este modo los lagos y los ríos. El calentamiento desigual de la superficie terrestre origina los vientos, que junto con las aguas han erosionado nuestro planeta contribuyendo —aparte de otros procesos geológicos— a que la Tierra sea como hoy la vemos.

Todo lo antedicho, sin embargo, es sólo parte de la historia de nuestro planeta, que es mucho más complicada. La estabilidad climática es el resultado de un equilibrio entre la energía que recibimos del Sol y la que la Tierra reemite, que a su vez depende de la temperatura terrestre y de la composición de la atmósfera. Pero esta composición viene condicionada por los seres vivos y ha ido cambiando a lo largo de la evolución biológica, con lo que resulta la siguiente paradoja: la vida es posible gracias al clima y éste se mantiene gracias a la vida. Han debido darse muchas circunstancias (composición especial de la Tierra y distancia adecuada al Sol) para que pudiera surgir la vida en este planeta y evolucionar hasta la situación actual. Por eso la vida en otros planetas que giren alrededor de otras estrellas, si existe, debe ser extremadamente rara. Por la misma razón, el equilibrio climático pudiera ser inestable, en cuyo caso la preocupación reciente por no alterar la biosfera no carecería de cierto fundamento.

Entre todos los procesos biológicos que permiten que la vida exista, el primero históricamente y el más importante hoy es la fotosíntesis. Mediante este proceso, una pequeña parte (alrededor de un uno por mil) de la energía luminosa que nos llega del Sol es atrapada y almacenada en forma de materia vegetal y oxígeno molecular. El efecto fotosintético que se produce en las plantas verdes se conoce desde hace más de ciento cincuenta años. La clorofila (el pigmento verde de las hojas) contenida en los cloroplastos, junto con el agua como sustrato, fijan en la planta el carbono del dióxido de carbono contenido en el aire y desprenden el oxígeno. En el proceso intervienen los bioelementos que proporciona el suelo y se forman las proteínas, los carbohidratos, los lípidos, los ácidos nucleicos, etc. Los animales no son ca-



ANGELES MALDONADO

paces de sintetizar estas sustancias y deben alimentarse con vegetales u otros animales. En la respiración, los animales absorben oxígeno del aire y desprenden dióxido de carbono, con lo que cierran el ciclo fotosintético iniciado por las plantas. Los hombres también contribuimos a cerrar el ciclo de otra manera: mediante la combustión de materia vegetal (biomasa) también se absorbe el oxígeno del aire y se desprende el dióxido de carbono.

Mediante estos procesos complementarios —fotosíntesis y respiración o combustión— se ha mantenido el contenido del dióxido de carbono en la atmósfera durante millones de años. Y este dióxido de carbono en pequeña proporción juega un papel esencial en la estabilidad climática de la Tierra. Si nuestro planeta no reemitiese al espacio la energía radiante que recibe del Sol, se calentaría y pronto resultaría inhabitable. Pero si la reemisión fuese total e instantánea, las bajísimas temperaturas nocturnas también impedirían la vida. El dióxido de carbono absorbe parte de la radiación infrarroja emitida por el suelo y, junto con las nubes, mantiene una temperatura suave, formando el invernadero natural dentro del cual vivimos.

Combustibles fósiles

La producción anual de biomasa es muy importante, y una cantidad equivalente a la producida durante muchos centenares de años se fosilizó y constituye lo que hoy llamamos combustibles fósiles: carbón, petróleo y gas natural. Desde que se inició la Revolución Industrial, y de manera creciente desde hace cincuenta años, estamos quemando combustibles fósiles y lanzando a la atmósfera grandes cantidades de dióxido de carbono. Tal vez no puedan absorberlo las plantas por fotosíntesis teniendo en cuenta además la deforestación que se está produciendo para sustituir muchos bosques por terrenos de cultivo. Parece por ello que está aumentando el contenido de dióxido de carbono

en la atmósfera terrestre, lo que podría provocar un cambio climático dentro de algunas decenas de años. Este posible cambio consistiría en un calentamiento global de la Tierra y se ha popularizado con el nombre de «efecto invernadero». Este efecto es motivo de creciente inquietud porque se dice que amenaza la vida sobre la Tierra.

Sin negar la posibilidad de un cambio climático por efecto de la combustión de carbón, petróleo y gas natural o por otras actividades industriales, creo que las predicciones de los expertos sobre esta cuestión no son fiables.

Y no son fiables por muchas razones. En primer lugar, porque siempre ha habido cambios climáticos naturales. Y no sólo las grandes glaciaciones sino cambios menores en período ya histórico cuyas causas se desconocen. En segundo lugar, se admite, sin pruebas, que un supuesto calentamiento global del planeta afectaría negativamente a todos sus habitantes, y ello no tiene por qué ser así; es más probable que el cambio perjudicara a unos y beneficiara a otros, aunque no sepamos a quiénes.

Pero es que además ignoramos demasiadas cosas para poder hacer predicciones. ¿A qué ritmo se disuelve el dióxido de carbono en los océanos? ¿Cómo afecta el aumento de dióxido de carbono a la fotosíntesis? ¿Cuáles serían las consecuencias de un aumento de la nubosidad? ¿Cómo cambiaría el régimen de los vientos y las corrientes marinas?, etc. Se podrían llenar páginas enteras con pregun-

tas para las cuales no tenemos respuestas. Y es incluso posible que para algunas cuestiones no tengamos respuesta nunca si nos atenemos a los últimos hallazgos en relación con el caos determinista.

Cambio climático

No significa lo que llevo escrito que nuestras actividades industriales o agrícolas no puedan conducirnos a un cambio climático nocivo. Podría ser incluso peor que lo que nos anuncian los agoreros. Pero no podemos saberlo, ni ellos tampoco. Y es muy cómodo ser experto en predecir situaciones que sólo podrán comprobarse años después de fallecido el sabio.

Con estas reflexiones, que me parecen importantes para poner las cosas en su punto, me he desviado del objeto principal del libro que me ha sugerido este comentario. Como he escrito más arriba, el efecto fotosintético se conoce desde hace muchos años. Pero el efecto se compone de muchos procesos bioquímicos complejísimo cuyos mecanismos se están dilucidando actualmente. Y cuando tengamos un conocimiento completo de dichos procesos podremos tal vez aprovechar la luz solar mejor que hoy, tanto para la producción de alimentos como para obtener energía limpia y renovable que nos evite muchos problemas como el del efecto invernadero que he comentado. []

RESUMEN

Entre todos los procesos biológicos que permiten que la vida exista, el primero históricamente y el más importante hoy es la fotosíntesis, por el que una pequeña parte de la energía lu-

minosa que nos llega del Sol es atrapada y almacenada en forma de materia vegetal y oxígeno molecular. La luz y la vida, pues, es el tema de este artículo de Sánchez del Río.

Autores varios

Fotobioquímica

Síntesis, Madrid, 1990. 254 páginas. 2.385 pesetas.

¿Por qué? o ¿cómo?

Por Alberto Galindo

Alberto Galindo (Zaidín, Huesca, 1934) es matemático y físico. Catedrático de Física Teórica de la Universidad Complutense. Académico numerario de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Sus campos de investigación actual son los procesos no-lineales y la física cuántica.

He aquí un libro que me apresuro a recomendar tanto a físicos como a filósofos, tanto a científicos como al público en general. Pocas veces he visto presentada la evolución de las ideas científicas, de la filosofía natural, con semejante acierto, crítica y amabilidad. Su autor, físico con experiencia pedagógica probada, se dirige a un amplio espacio de lectores en un estilo de prosa que, aun siendo coloquial, revela clara maestría en el arte de escribir —ejemplo éste que desgraciadamente no abunda, como si ciencia y letra fuesen complementarias en sentido bohriano.

Consciente de la esquizofrenia cultural que supone el divorcio entre humanidades y ciencia, esa diagnosis que movería a Charles Snow a hablar de las «dos culturas», David Park intenta acercar la cultura científica al lector no avezado, hilvanando los esfuerzos históricos por entender el mundo físico. Como dice en la introducción, se nos informa generalmente de los avances científicos a borbotones inconexos: alguien ha visto una supernova; alguien ha fabricado «fullerudos» superconductores; alguien ha unificado las fuerzas electromagnéticas y las débiles... Pero sólo en el tejido relacional que da cohesión al cuerpo de conocimientos científicos, cobran esos hallazgos la relevancia y sencillez que pueden acercarlos al profano. De igual modo, en los libros de física se nos muestra a un Galileo Galilei malhumorado y a un Isaac Newton de aspecto obeso, y en los de biología a un Gregor Mendel embotonado de arriba a abajo. Mas, ¿sabemos acaso qué pensaban estos colosos de la ciencia, qué herencia intelectual recibieron y qué novedades nos legaron? En su elogio de la ciencia, exclamaba el «poeta damnatus» Tito Lucrecio Caro: «pero nada hay más grato que ser dueño / de los templos excelsos guarnecidos / por el saber tranquilo de los sabios / ... / ... ¿Por ventura / no oís el grito de la naturaleza / que alejando del cuerpo los dolores / de grata sensación el alma cerca / librándola de miedo y de cuidado?»

Consta el libro de una introducción, 19 capítulos y 13 notas. A éstas relega el autor cuanto requiere cierta carga matemática; entre ellas se pueden encontrar, por ejemplo, argumentos y reflexiones claras, no exentas de humor, sobre el sempiterno problema de la medición en mecánica cuántica o sobre la superposición lineal en sistemas macroscópicos, lo que los «connaisseurs» apreciarán sin duda. En los capítulos se desgranar con pulso firme las diversas imágenes del mundo a lo largo de veinticinco siglos, desde su «primer» filósofo, Tales de Mileto, hasta los «filósofos» del XX (Niels Bohr, Albert Einstein, Werner Heisenberg...), deteniéndose con fruición en el renacimiento científico y en particular en Newton, «the last of the magicians, the last of the Babylonians and Sumerians» (John Keynes). De su lectura extraigo unas cuantas consideraciones vinculadas al título de la obra, que comento con algunas reflexiones que me suscitan.

El mundo racional de Aristóteles

Entender o comprender tiene acepción mutante («nada se puede suponer a priori sobre el significado de la palabra «enten-

der»», escribió Heisenberg) que hay que precisar en cada época: entender era para Aristóteles el conocer las conexiones necesarias entre causas y cosas, conocimiento que equivalía a certeza absoluta y verdad sin otro juez que el puro raciocinio. Son las demostraciones lógicas para el Peripato la única fuente del saber científico; sostiene que la ciencia se alimenta de saberes generales, y que la observación de la naturaleza sólo suministra información de casos particulares. Y escribe en sus *Análisis Posteriores* que «es imposible por medio de la percepción entender nada demostrable —a no ser que a la comprensión a través de la demostración se le llame percepción».

La ciencia de Aristóteles es la ciencia de los por qué: ¿por qué una piedra cae al suelo?, ¿por qué el universo es redondo?... A la primera responderá diciendo que el grave cae porque tiene peso (causa efectiva) y porque busca su lugar natural (causa final), el centro de la tierra y por ende del universo; y para la segunda argüirá que «la forma del cielo es necesariamente esférica: pues ésta es la forma más apropiada a su sustancia y primaria también por naturaleza».

Observa si quieres, pero no toques

De los tres caminos conocidos para fundamentar opiniones (deducción lógica, observación experimental y argumento matemático), la filosofía aristotélica concede primacía al primero, que es el que suministra «demonstratio propter quid», razón de necesidad lógica. Relega la experiencia a un papel marginal, pues su uso «violenta» la marcha natural de las cosas. Fuera de ciertos experimentos en biología, no hay rastro, en lo que nos ha llegado de su obra, de que realizara experimentación en física, y por eso mismo pudo errar de plano al decir en *Del cielo* que «un peso dado cae una cierta distancia en un tiempo dado; un peso que sea mayor recorre la misma distancia en un tiempo menor; esos tiempos están en proporción inversa a los pesos. Así, si un peso es doble que otro, invertirá la mitad del tiempo para un movimiento dado». Pero, a pesar de sus palabras, no busquemos en esta afirmación una relación cuantitativa tal y como hoy se entiende, sino más bien la expresión convencida de quien ha visto caer una piedra y una hoja de roble. Juan Fi-

lopón y Simón Stevin arremeterían siglos después contra este principio aristotélico, y Galilei, en sus *Discorsi*, pondría en labios de Salviati aquello de «pero yo, que he hecho la experiencia, puedo asegurarte, Simplicio, que una bala de cañón que pesa cien o doscientas libras no alcanzará el suelo a mayor distancia de un palmo por delante de una bala de mosquete, que pesa sólo media libra, siempre que se lancen ambas desde una altura de doscientos cúbitos». Dos milenios de influencia aristotélica hablan de su capacidad de satisfacer la curiosidad de nuestros antepasados a partir de unos pocos principios cualitativos; y si de pernicioso se la ha tachado como pretendida causa del retraso científico, tal vez tengan también culpa, en opinión de Park, quienes ignorando sus virtudes y canonizando sus defectos, no la sometieron más pronto a la crítica que merecía.

La ciencia experimental

«Si tuviera potestad sobre los trabajos de Aristóteles, los quemaría todos; pues pérdida de tiempo y fuente de error es su estudio, e incalificable su multiplicación de la ignorancia», declaraba en el siglo XIII Roger Bacon, el «doctor mirabilis». En su *Opus Maius* defiende el papel central de las matemáticas como «puerta y llave de las ciencias», y no menos elocuente es a favor del método experimental: «Quiero desarrollar ahora los principios de la ciencia experimental, pues sin la experiencia nada puede conocerse suficientemente. Pues hay dos formas de adquirir conocimiento, a saber, por la razón y por la experiencia. El razonamiento deduce una conclusión y nos hace aceptarla, pero no la hace cierta, ni elimina la duda de forma que la mente pueda descansar sobre la intuición de la verdad, hasta que la mente la descubre a través de la experiencia... Pues si un hombre que nunca ha visto el fuego tuviera que probar con razones adecuadas que el fuego daña las cosas y las destruye, su mente no quedaría con ello satisfecha, ni él evitaría el fuego, hasta que colocando su mano u otro material combustible en el fuego pudiera probar por la experiencia lo que la razón le enseñaba».

El camino así esbozado no sería emprendido con decisión hasta el siglo XVI-XVII, al inaugurar Galilei lo que Morris Kline denomina una «counter-philosophy of science», la anteposición del «cómo» al «por qué», la descripción matemática antes que la explicación física. Difícil es superar su bellísima exaltación del papel de las matemáticas en las ciencias: «La filosofía è scritta in questo grandissimo libro che continuamente ci sta aperto innanzi agli occhi (io dico l'universo), ma non si può intendere se prima non s'impara a intendere la lingua, e conoscer i caratteri, ne quali è scritto. Egli è scritto in lingua matematica, e i caratteri son triangoli, cerchi ed altre figure geometriche, senza i quali mezzi è impossibile intenderne umanamente parola; senza questi è un aggirarsi vanamente per un oscuro labirinto», en *Il Saggiatore*, que evoca recuerdos de una manifestación similar de Robert Grosseteste.

Al nombre de Galilei vincula Park las dos primeras leyes conocidas de la mecánica, la de inercia (sobre una superficie equipotencial, restricción que levantaría luego Newton) y la de caída de los graves, olvidándose lamentablemente de dar el crédito que en esta última merece nuestro Domingo de Soto, quien ya en 1551 escribía: «El movimiento «uniformiter difformis» en cuanto al tiempo es aquel de tal modo disforme que, si se divide según el tiempo (es decir, según lo anterior y lo posterior), el movimiento del punto medio de cualquier parte supera al del ex-



VICTORIA MARTOS



Viene de la página anterior



VICTORIA MARTOS

tremo más lento en la misma proporción en que es superado por el más intenso. Esta especie de movimiento es propio de las cosas que se mueven naturalmente y de los proyectiles». Cuando sobre los cuerpos en caída leemos en Galilei que «la aceleración rectilínea de los graves sigue los números impares, empezando por uno. Elegid los intervalos iguales de tiempo que os plazca. Si el móvil, partiendo del reposo, recorre una distancia de 1 cúbito, digamos, en el primer intervalo, recorrerá 3 en el segundo, luego 5, luego 7 y así sucesivamente, continuando con los sucesivos impares», se nos antoja divisar la complacida sonrisa de Pitágoras de Samos ante un ritmo de canto. Sobre el presunto agente, el célebre pisano será rotundo en sus *Discorsi*: «La causa de la aceleración del movimiento de los graves en caída no es parte necesaria de la investigación». Pero parece ser que Galilei intentó infructuosamente hallar causas, sin que le plugiera alguna. Algo similar a lo que luego ocurriría con Newton, cuyo famoso «*Hypotheses non fingo*» no fue óbice para que su mente bullera con hipótesis, reflejadas muchas en las célebres «*Queries*» de su *Opticks*.

No son muy otros los hábitos de ahora. Los científicos de hoy creen, en su gran mayoría, que «por qué» no debe encabezar una pregunta científica, pues la experimentación tiene la clave de la verdad científica y sólo la descripción, el «cómo», es verificable; mas no se retraen de formularlas ni les prestan oídos sordos, e interrogantes como ¿por qué hay una asimetría cósmica materia-antimateria?, ¿por qué hay electrones?, ¿por qué las matemáticas sirven para describir tan acertadamente la realidad?, o ¿por qué hay leyes físicas?, propician hondas y motivadoras reflexiones. Las razones, cuando quedamente se avanzan, huelen al aroma de la época: simetrías y su rotura espontánea, simplicidad, invariancia local, forma matemática, belleza, unificación, comprensión algorítmica, holismo, principio antrópico, propiedades emergentes... Y al darse con alguna convincente, se respira descansado, recuperando fuerzas antes de atender la llamada, siempre impaciente, de la siguiente ráfaga de «por qué».

Matematización y símbolo

En su reciente libro *Conversations on the Dark Secrets of Physics*, el «padre» de la bomba de hidrógeno estadounidense, Edward Teller, advierte: «Usaré matemáticas porque sin ellas la física carece de sentido». Y al referirse a la nueva física, con su carga de misterio en torno a la realidad cuántica, no le turba confesar: «Hemos visto los átomos. No podemos evitarlos. Cuando sabes cómo se comportan, desearías que no existieran». Al menos desde que Arquímedes de Siracusa propusiera su famosa ley de la palanca, las matemáticas han sido el lenguaje de expresión cuantitativa de las leyes físicas, y no han escaseado admirativas loas a su incomprensible efectividad. A las ya comentadas de Bacon, Grosseteste y Galilei, únense las de personajes tan significativos como Johannes Kepler, Leonardo da Vinci, René Descartes, Newton, James Jeans, Einstein, Arnold Sommerfeld, Herman Weyl, Heinrich Hertz, Eugene Wigner y otros.

«¿Cómo es posible que las matemáticas, un producto del pensamiento humano que es independiente de la experiencia, se ajusten con tal excelencia a los objetos de la realidad física?», se pregunta un Einstein en *Sidelights on Relativity*. De «milagro» hablará Wigner, de «maravilloso don, incomprensible e inmerecido». La panmatematización de la ciencia reduce progresivamente las ideas a símbolos cada vez más alejados del nivel ordinario de significación, exigiendo cada vez más elaboración teórica su aproximación al mundo fenomenológico. Y con frecuencia su inesperado y antiintuitivo comportamiento nos deja perplejos e inquietos. «We always have had a great deal of difficulty in understanding the world view that quantum mechanics represents. At least I do, because I'm an old enough man that I haven't got to the point that this stuff is obvious to me. Okay, I still get nervous with it», admitía Richard Feynman.

La moderna teoría de la computabilidad y complejidad algorítmica reviste de nuevos colores esta cuestión. Sostiene Paul Davies que el éxito de las matemáticas en la física hubiera quedado oculto de no ser por la linealidad aproximada de muchos procesos físicos,

y traslada la pregunta sobre esa efectividad a por qué el universo es cognoscible. Dado que la no linealidad produce comportamientos caóticos, holísticos, algorítmicamente incomprensibles, en que el todo supera a la suma de las partes, no sería posible conocer algo sin saberlo todo a no ser por la suerte de topar con sistemas lineales en buena aproximación. «All science is really an exercise in algorithmic compression», resume Davies. Somos así capaces de discernir la señal de la ley sobre el ruido de fondo. Tras la nueva pregunta de por qué el universo es cognoscible sigue escondiéndose el misterio, sin que los argumentos antrópicos que algunos pocos esgrimen consigan arrinconar al actual mito del omniscientismo.

Hay más cosas, Horacio

Hablábamos, al principio, de entender el mundo físico. La causación aristotélica cedió paso en esto a la descripción matemática, que, como afirma Davies, ha evolucionado desde los sistemas del mundo basados en la armonía geométrica (geometría de Euclides y numerología pitagórica) hasta el universo como máquina propiciado por el desarrollo del cálculo de «fluxiones» (cálculo infinitesimal), y el mundo físico visto, gracias a los quanta y a la invención de los ordenadores, como un proceso computacional. Todo esto ha ocurrido en un milenio feliz a un ritmo difícilmente sostenible. Decía Feynman: «Some of my colleagues say that this fundamental aspect of our science will go on; but I think

there will certainly not be perpetual novelty, say for a thousand years. This thing cannot keep on going so that we are always going to discover more and more new laws». La ciencia conocida «salva» —describe— los fenómenos físicos de interés en escalas que cubren al menos desde la milésima del radio del protón hasta un centenar de millones de años luz, y en particular, desde que la edad del universo era de una cuatrillonésima de segundo. Ya queda menos, parece, y el final de la búsqueda puede estar cercano, como pretende Steven Hawking; sólo que, al igual que tantas otras veces, en los cielos quizá resuenan de lejos las carcajadas de los dioses.

Sin duda conocemos más que antes («In Nature's infinite book of secrecy a little I can read», escribía William Shakespeare), pero también ignoramos más. Con la determinación de un Sísifo, buscamos la verdad sin jamás asirla; y por división de lo pequeño y multiplicación de lo grande nos vemos abocados al «caosmos» del universo planckiano e inflacionario. ¿Qué fue de la armonía pitagórica, de la unidad aristotélica y de la lucidez platónica?, se pregunta Edward Harrison; ¿acaso en lugar de entender más, no parecemos atrapados en mundos surrealistas, en pesadillas de complejidad irracional? ¿Sabe alguien contestar al poeta que en oda epicúrea decía:

If that this thing we call the world
By chance on atoms was begot
Which though in ceaseless motion whirled
Yet weary not
How doth it prove
Thou art so fair and I in love? □

RESUMEN

Tradicionalmente se ha venido hablando de las dos culturas, del divorcio, por falta de entendimiento y de comprensión mutuos, entre humanidades y ciencia. Libros como éste, que

comenta Alberto Galindo, destinados como están tanto a físicos como a filósofos, a científicos como al público lector en general, contribuyen a salvar distancias y limar asperezas.

David Park

The How and the Why. An Essay on the Origins and Development of Physical Theory

Princeton University Press, Princeton (USA), 1989. 484 páginas.

El arte de contar historias

Por Enrique Llovet

Enrique Llovet (Málaga, 1917) es diplomático, escritor, autor y crítico teatral. Miles de artículos, cientos de conferencias, media docena de libros, un centenar de propuestas teatrales y otras tantas con destino cinematográfico, centran su obra creativa. Premio Nacional de Literatura, de Teatro y Mariano de Cavia de Periodismo, es también autor de innumerables textos de análisis, críticas y dramaturgia.

Jean-Claude Carrière es un escenarista ilustre, de obra ya densa —60, 70 guiones dirigidos por Buñuel, Jean-Luc Godard, Milos Forman, Peter Brook, Andrzej Wajda—, que anduvo no hace mucho por Madrid para presentar en la Residencia de Estudiantes un viejo guión no rodado, escrito en colaboración con Buñuel, basado en *Là-bas*, de Huysmans, donde se glosa la agitada vida de Gilles de Rais. También tenemos en nuestras pantallas la última película de Carrière: su brillante y atrevida adaptación de *Cyrano de Bergerac*. Y ahora la «Fondation Européenne des Métiers de l'Image et du Son» publica en su colección «Écrits-Ecrans» un breve y muy preciso texto de Carrière y Bonitzer, *Exercice du scénario*, dirigido a los aprendices del viejo arte de contar historias.

Un buen arte, un buen oficio con cinco mil años de existencia, que se modifica bajo la presión de las exigencias técnicas de cada momento histórico pero mantiene inalterables gran parte de sus deberes mayores. Carrière recuerda la permanencia viva de la regla inolvidable del «Jo-Hai-Kiu» del gran maestro medieval del «No» japonés: división en tres movimientos no sólo de cualquier obra sino de cualquier escena de esa obra, de cualquier frase y, si es posible, hasta de cualquier palabra. Algo que, para andar por casa, hemos llamado siempre entre nosotros «introducción», «nudo» y «desenlace». Algo que sigue siendo la regla de oro del narrador de cuentos y del autor teatral o el escenarista del cine o de la televisión. Curioso: las plazas africanas continúan acogiendo a esos cuentistas verbales precisamente porque sus países no pueden permitirse el lujo de usar las caras técnicas con que se registran la imagen y el sonido. Donde no se puede hacer cine se puede

contar una historia de viva voz. Es barato. Y hay un público interesado. Basta con atenerse al resumen radical que imperativamente defiende Carrière: «Cautivar y mantener la atención del espectador». Nada más y nada menos que eso.

Inexorablemente, apenas el ser humano consigue articular unos sonidos y organizar unos gestos, algún instinto especial le lleva a imitar a otros seres. No se trata todavía, ni remotamente, de un acto dramático. No hay drama sin acción. Pero ese placer imitativo es el origen del tema, de la acción compleja y razonada, de la cadena de causas y efectos que ya puede llamarse «historia» o «drama» y que es el ácido probatorio de la mayor o menor capacidad fabuladora del hombre civilizado. Como es sabido, «drama» literalmente significa «acción». La palabra se usa para designar aquellas creaciones del mundo artístico en que esta acción es representada por unos personajes que imitan seres reales. Estos seres imitados pueden ser tan varios como el censo humano, y la imitación puede seleccionar uno u otro segmento del proceso de sus vidas y aun comprometerse en la forma de presentarlas. Lo que es esencial es que los seres vivos imitados actúen asumiendo la serie de reacciones que revelan con claridad el proceso de un carácter. Esta creación ingresa ya, naturalmente, en la historia de la literatura. Pero esos textos, lógicamente, no son homogéneos. Esos textos, aun conservando propuestas permanentes, pertenecen a su tiempo.

Historias temporales

La temporalidad de las historias contadas por el hombre hace que su larga vida y fecunda multiplicación histórica esté acompañada de normas aclaratorias y reguladoras de la muy variada actividad de tantos regimientos de la imaginación. Aristóteles dedujo las leyes que permitieron la etapa altísima y luminosa de las tragedias griegas. Lessing demostró el rigor de las normas isabelinas. Corneille reajustó el proceso para enfrentar sus conclusiones con la noble dramática del gran siglo francés. Brecht batalló para una reconsideración de los sistemas narrativos. Todos tenían razón porque una y otra vez ciertos rasgos generales del arte de contar historias parecen

intervenir en todos los análisis y todas las posiciones: comunes son los problemas de la elección de tema, de la unidad de acción, de la técnica constructiva, de los prólogos, exposiciones, nudos, desenlaces, epílogos, elaboración de caracteres, efectos trágicos y cómicos, interpretación, montaje y relación con la audiencia; comunes todos los problemas suscitados por el carácter de hecho cultural que acompaña al acto de contar una historia.

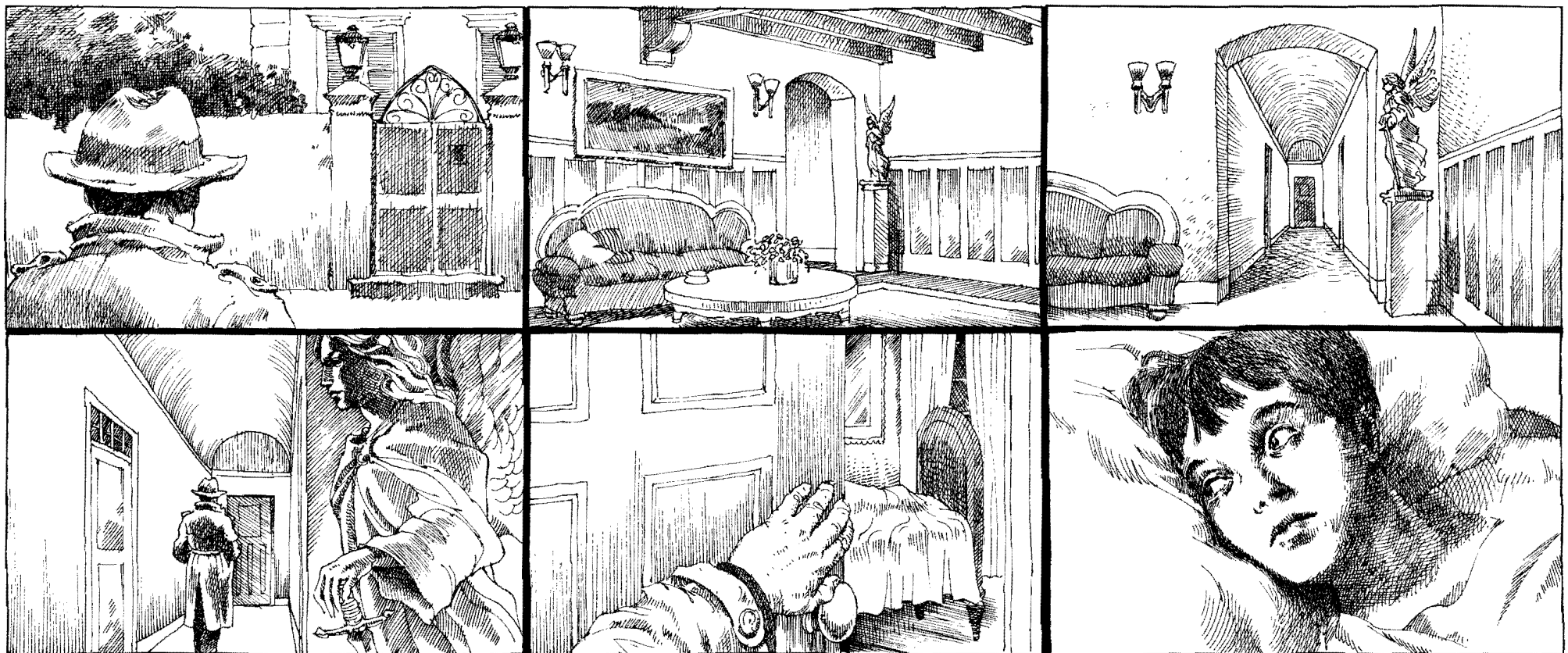
El acto primario de cualquier creación es la elección de tema. Unas imágenes quedan retenidas entre las infinitas visiones que la vida propone y dispara hacia quienes la contemplan con simpatía y curiosidad, pasan el filtro de la conciencia artística y se transforman, por imperativo de esa conciencia, en esquemas de acciones dramáticas. La primera dificultad consiste en seleccionar «una». La vida no presenta «una» acción sino un cuadro de acciones complejas, interrelacionadas, móviles y múltiples. De esa variedad, «una» acción debe ser designada la principal, el gran río, el eslabón mayor del tema. En la tragedia, en el drama, en la comedia, en la farsa, en el cine o en el teatro, en la novela o en la calle, una acción solamente es aislada, preferida y revelada con claridad y precisión. Claro está que «una» acción no quiere decir una peripecia. Quiere decir que todos los acontecimientos expuestos deben conectarse de una u otra forma con la «acción» y ayudarla a avanzar. La maestría dramática se mide en la planificación de estas confluencias en que las diversas ramas de un argumento se alimentan del tronco común.

Hoy sabemos que las pretendidas unidades de «lugar» y «tiempo» eran exigencias del espacio griego o francés más que de las historias mismas. Sabemos que «construir» es articular una acción de forma orgánica y completa con todo el rigor de una clara exposición, un sólido nudo y un satisfactorio desenlace. Es eso lo que da validez al «repertorio»: la pertenencia de una historia al sistema dramático cultural. La historia del hombre, de la lucha del hombre, ha sido contada desde que el hombre existe. Infatigablemente, los contadores de historias han iluminado a los seres humanos acerca de su destino, sus glorias y sus debilidades. El pañuelo de Desdémona puede estar anticuado, pero no *Otelo*, que es inmortal.

Son, por otra parte, tremendas las limitaciones a la actividad y licencia en el arte de contar historias. Con uno u otro nombre, reconociéndolo o no, así como lo que la preceptiva tradicional llamaba «prólogo» y «epílogo» son partes de un texto ajenas a la acción —generalmente un medio de dirigirse directamente al público—, la exposición, la inevitable y difícil exposición, pertenece de pleno derecho al núcleo temático y no puede ser soslayada porque es una revelación o declaración de los datos y circunstancias que permiten que lo que ha de suceder, suceda. Desde los preludios de Eurípides a las famosas conversaciones de servidores de gran parte del teatro inmediatamente anterior, los contadores de historias han intentado todos los sistemas posibles para informar rápidamente a los espectadores sin hacerles perder el interés con un material ingrato. Tiene que ser así porque esa exposición es la única puerta que se abre sobre la gran zona libre: el planteamiento puro de la acción con sus peripecias, sus sorpresas, sus giros y su preparación de la «crisis». Otro condicionante natural. Ni demasiado rápida, para no destruir el efecto final, ni demasiado lenta para no evaporar el interés, la organización y presentación del nudo dramático es, sobre todo, un problema de ritmo y medida.

Historias concentradas

La vida no suele presentar cimas concretas de interés, pero las historias concentradas las necesitan. El espectador quiere presenciar esas «crisis» limpias de polvo y paja en que se concentra con vigor toda la tensión dinámica encerrada en la acción propuesta. Segunda dificultad. Una acción debe ser pura y rotundamente desenlazada. De la «crisis» al desenlace —a la «catástrofe»—, el ritmo debe cambiar. Cuanto más interés reúna y concentre el «climax», más directa y urgente será la satisfacción esperada en el desenlace. Satisfacción coherente y lógica en un desenlace nacido de la propia acción y no provocado por algún milagro súbito y ajeno. La «acción», pues, debe ser creída. Creída por sí misma y por la veracidad o no veracidad de los



FRANCISCO SOLE

Viene de la página anterior



FRANCISCO SOLE

datos que la sostienen. Créala porque los caracteres que la expresen queden lógicamente afectados por la acción y, de la misma manera o con igual intensidad, la afecten. Carrière da a sus lectores unos inolvidables consejos prácticos: conceder esperanza a todos los personajes sin condenarlos anticipadamente; cultivar discretamente la ambigüedad; no tener miedo a empezar a contar una historia a partir de una situación conocida; recordar que la famosa «psicología» es una disciplina arbitraria; preparar los diferentes episodios en forma inesperada e inevitable; y la regla de oro: no anunciar lo que se va a ver y no contar lo que ya se ha visto.

Por encima de esta practicidad de Carrière, tan de agradecer, hay que recordar que la elección de tema, la preparación del esquema activo, la forma constructiva y el modelado de los personajes son los cuatro pilares de una historia bien contada. El último de ellos es la conquista mayor de los escritores contemporáneos. La individualización de los personajes, la presentación de seres humanos debidamente caracterizados, consecuentes con ellos mismos, capaces de comportarse de una determinada forma en cada circunstancia dada, es el resultado justo de la preocupación contemporánea por los problemas del existir. Las formas clásicas —presentación solitaria del personaje, eventual elaboración de una contrafigura de jerarquía muy inferior— delinearon con bastante limpieza a los héroes pero emborronaron muchísimo a todos los demás personajes. Nuestro tiempo ya no puede permitirse tamañas economías. La aceptada mezcla de elementos cómicos y elementos dramáticos, el conocimiento y profundización muy mejorado de los caracteres femeninos y la disolución de las castas sociales han facilitado, sin duda, una mejor, más neta y brillante definición de los personajes. La prueba es que ya no importa quién o quiénes hacen avanzar una acción. Basta con que su participación sea natural. Basta con que su intervención sea justa. Basta con que el color de los personajes sea correcto. Basta, naturalmente, con que los personajes sean creídos. Libertades enormes y libertades terribles.

El acto más simple de la creación de una historia procede de una facultad especial que tiende largas pasarelas entre la fina espiritualidad del autor —novelista, cuentista, autor dramático, guionista—, su pensamiento, su ra-

zón, sus emociones y la vida que germina a su alrededor. El ademán pasional que caracteriza a cualquier creador artístico se compensa por su exuberante sensibilidad ante los centros en que la vida gravita con fuerza máxima. Pero la potencia de abstracción que es necesaria para «soñar», vuelto el hombre hacia sí mismo y levantados los puentes comunicantes con el exterior, sólo puede encontrarse en el repertorio de vivencias pasadas que forman la exasperada memoria de un autor. La apariencia que la imaginación confiere a una realidad antigua, la capacidad evocativa, la conmoción instantánea ante un recuerdo, el nutricio poder de la memoria proyectándose hacia el futuro, juntamente con imágenes del presente, organizan la nueva esencia de una acción que es, por tanto, dinámica.

Mundo fabulador

En esas condiciones no basta con hablar de fabulación. Ese compromiso activo entre el pasado y el presente, compromiso que se proyecta con intención de producir una obra determinada, está más allá del mundo estrictamente fabulador en que reinan los órganos imaginativos; está en pleno mundo creador porque desborda las vivencias reales para forzar el nacimiento de algo nuevo, el objeto creado, libre ya de todo contacto con las imágenes que lo provocaron e independiente, también, de los vislumbres de la imaginación que lo perfeccionó. Carrière, heladamente consciente de la modestia actual en que andan instalados los guionistas cinematográficos, reclama para ellos el honor de la imposible objetividad. O sea: el honor de Shakespeare.

Ese honor es el que no permite grandes enfrentamientos entre la vida y la imaginación. La exhibición de un gran personaje, con su íntegra dotación de lugar y tiempo, establece una sutil relación histórica con la época del espectador de la que resulta muy difícil y nada deseable que se emancipe. «Contar el argumento» es decir, de alguna forma, que «aquello», mejor o peor, amargo o divertido, aquello nos concierne. Por eso no cabe negar que los grandes personajes tienen una propensión indiscutible a existir «más allá» de la trama, el argumento y la intriga en que los hemos visto vivir. El misterioso vendaval afectivo que levantan en la conciencia espectadora

suscita inquietudes y agitaciones de mayor alcance que la peripecia vislumbrada. Este efecto tiene una causa reconocida: los personajes han nacido, también, «más allá» de la intriga en que se exhiben como ante un fondo arquitectónico. Un carácter no es una mera aglomeración de actitudes. Fedra no es un cuerpo que objetiva una historia de amores. Fedra es un ser. Un ser creado de pies a cabeza, nacido de una tensión que antes de fabular episodios ha concebido íntegramente un carácter nuevo, dotado de un prodigioso apetito de vida. Este hallazgo o invención de existencias es el que constituye la categoría máxima de la creación. Conducir una intriga es un acto de artesanía. Crear una acción es un gesto artístico. Por eso la acción es creada «con toda el alma» y la intriga se inventa «con la mejor fantasía». No puede haber duda sobre cuál de las dos funciones sea más noble y prestigiosa. Y algo de esto tiene relación con la apetencia de los actores por los grandes personajes, los grandes caracteres, las grandes acciones.

Memoria y fantasía

El arte de contar historias es, por tanto, el arte, la ciencia, el talento para crear una «acción» que hoy, como hace miles de años, continúa siendo un acto combinado en que la memoria y la fantasía, bajo la presión de la voluntad y de acuerdo con el mundo de las preferencias sentimentales del autor, alumbran un tema, un propósito, un tono, unas significaciones. Los acontecimientos reveladores de esa «acción» son los sucesos que forman la «intriga», elementos esenciales de la obra porque

ésta ha de fundarse siempre sobre expresiones del comportamiento humano y sólo puede contar la historia de unos seres a través de sus voces y actitudes. Por ello es necesaria la «intriga» argumental. Pero el impulso creador de la acción que mueve esa intriga es de categoría mucho más prestigiosa. Ello es debido a que, conforme o disconforme con la vida —naturalista o estilista—, todo autor pretende, al contar una historia, fijar determinados valores que considera importantes. Estos valores pueden ser bellos, simpáticos, individualizados —gran parte del realismo nace de esa conformidad— o deformados, temerosos y generalizantes —el terreno en que nacen las formas abstractas—, pero es evidente que, en cualquier caso, aspiran a cristalizar tendencias de eternidad. Memorizar, imaginar, razonar, son elementos magistrales de actuación conjunta que apoyándose mutuamente organizan la palpación de donde surge el acto creador. La voluntad selecciona y la razón relaciona el mundo de personajes y luces recordados o imaginados. Para que el tema se exprese a través del argumento, para que la acción se revele a través de la intriga, es necesario que la materia dramática se desarrolle controladamente y que la razón administre los impulsos de la fantasía. Es lo que enseña, ciñéndose especialmente al cine, el utilísimo libro de Carrière. Un libro que documenta con claridad la vieja evidencia de que un autor de ficciones no «copia» como lo hace un espejo. En cualquier forma expresiva de la comunicación ciudadana, la «imitación de la vida» va seguida de una fase rigurosamente creadora, y ésa es la fase que termina en el bello acto de expresión con que nace y se independiza una historia bien contada a los curiosos seres humanos. | |

RESUMEN

La escritura del guión cinematográfico acaba de convertirse en Francia en objeto de la enseñanza oficial. Carrière, en este libro, intenta responder a las preguntas básicas de los aprendices del oficio. Pero el oficio es tan viejo como el

hombre y Enrique Llovet analiza el arte de contar historias, un arte vivo, necesario, inmortal, que arranca con la verbalización de los cuentistas callejeros y llega a las expresiones modernas con sus refinados soportes para la imagen y el sonido.

Jean-Claude Carrière y Pascal Bonitzer

Exercice du scénario

Fondation Européenne des Métiers de l'Image et du Son, París, 1990. 144 páginas. 200 francos.

Los límites de la política

Por Miguel Artola

Miguel Artola (*San Sebastián, 1923*), *catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad Autónoma de Madrid, es académico numerario de Historia y presidente del Instituto de España. Entre sus obras pueden citarse La burguesía revolucionaria, Los orígenes de la España contemporánea y Antiguo régimen y revolución liberal.*

La «política» es el medio de resolver pacíficamente los conflictos de una sociedad. Es una convención que convierte el conflicto real en un enfrentamiento simbólico. En vez de la violencia, que impone la ley del más fuerte, acepta la decisión que tiene el apoyo del mayor número. Las elecciones son el medio de contar cuántos apoyan a cada una de las partes, en tanto la votación en el Parlamento decide entre las alternativas. La convención consiste en aceptar los mecanismos de representación y decisión y en obedecer las normas decididas de acuerdo con los procedimientos anteriores. La participación de los ciudadanos en las elecciones, la limitación temporal del mandato de representantes y gobernantes —lo que conduce a la celebración periódica de elecciones generales— y la legitimidad del poder de la mayoría son, en una democracia, la traducción política de aquellos principios. Las reglas de la política se contienen en la Constitución y las leyes orgánicas, que desarrollan su contenido, en tanto la práctica política se separa más o menos de una y otras hasta llegar a un punto en que hace de la política mera apariencia. El rechazo de las reglas, cuando se practica por colectivos numerosos, devuelve a la sociedad a una situación prepolítica en que la fuerza decide quién ha de gobernar y los vencidos quedan sometidos a la voluntad del vencedor. La historia de la II República española es una de las experiencias más dramáticas de destrucción de un sistema político. En no más de cinco años, los españoles pasaron del entusiasmo ante una experiencia democrática libre de manipulaciones, en que la voluntad de la mayoría sería la norma, a una profundización del conflicto social reflejada en el rechazo de la actividad política y en el consiguiente intento de asalto al poder, el último de los cuales dio lugar a una larga y sangrienta guerra civil, la más radical manifestación de conflicto social, aquel en el que no se comparte ninguna regla.

La «caída de la Monarquía» fue un acontecimiento tan inesperado como previsible, dado que no podía prolongarse indefinidamente la exclusión del poder de unas fuerzas políticas —republicanos, socialistas, nacionalistas— al mismo tiempo que se permitía, no sin restricciones, la difusión de estas ideas en la opinión pública. El desajuste entre el poder y la opinión llevó en 1923 a poner término a su participación política mediante el recurso a la Dictadura, una decisión que afectó decisivamente al prestigio del rey y de la Monarquía. Cuando en 1930 todos los partidos se negaron a participar en unas elecciones que iban a estar en manos de los ayuntamientos de la Dictadura, el Gobierno hubo de aceptar la celebración previa de elecciones municipales. La abrumadora mayoría que los republicanos tuvieron en las ciudades anunciaba otra aún más amplia cuando, en vez de concejales, cuyo número es proporcional al de ayuntamientos, se eligiesen diputados, en proporción a la población. El ultimatum del Comité Revolucionario, la proclamación de la República en algunos ayuntamientos y la del «Estat Catalá» en Barcelona, determinaron la salida de España de Alfonso XIII, la proclamación de la República y la formación de un Gobierno provisional en el que figuraban republicanos, socialistas y nacionalistas catalanes.



M. A. MORENO

El primer Gobierno provisional, presidido por Alcalá Zamora, tenía en las carteras de las que se esperaban medidas inmediatas a Maura (Gobernación), Azaña (Guerra) y Largo Caballero (Trabajo). Como ocurre en toda situación de cambio radical, revolucionaria en opinión de Azaña, que lo repite en todo momento, la acción del poder se desarrolla a lo largo de dos líneas paralelas: el cambio del sistema político mediante la reforma de la Constitución y lo que, con terminología actual, denominaríamos modernización política. La reforma de la ley electoral y la convocatoria de Cortes constituyentes era el medio político de llevar adelante ambos objetivos. Las «reformas» que tuvieron mayor eco en la opinión fueron las medidas sociales de Largo Caballero, combatidas de forma indirecta por terratenientes y labradores, lo que dio lugar a una legislación casuística. En los meses de abril y mayo, con media docena de decretos, Azaña diseñó el modelo del ejército republicano y se desentendió de su aplicación al acumular a la cartera de Guerra la presidencia del Gobierno provisional y, una vez en vigor la Constitución, la del Consejo de Ministros. El decreto para la provisión de destinos pretendía acabar con la mala imagen que había adquirido el cuarto militar del rey, en tanto la reducción de efectivos, con la consiguiente reorganización de unidades y el cierre de la Academia General, son partes de un

programa destinado a crear un ejército menor y más eficiente, aunque esta última parte del programa quedó sin desarrollar. El juramento de fidelidad, en este caso a la República, es una práctica habitual, mientras la ley de retiros incentivados económicamente ofrecía una salida a los oficiales monárquicos y contribuía a reducir los efectivos, aunque como no podía dejar de suceder se retiraron los oficiales y jefes inferiores que podían reconvertirse en el sector civil, en tanto coroneles y generales, con menos oportunidades, continuaron en activo, con independencia de sus ideas. Al lado del problema militar se planteó el del orden público, que afectaba por igual a los ministros de Gobernación y Guerra. Maura no se planteó siquiera la necesidad de renovar los mecanismos destinados a asegurar el orden público. Las únicas novedades fueron la derogación de la ley de jurisdicciones el 17 de abril, que obligó a revisar el artículo 7.º del Código de Justicia Militar, y la supresión de las denominaciones territoriales —capitanías generales y comandancias militares—, que puso fin a la jurisdicción que habían ejercido sus titulares, reducidos ahora al mando militar. La desaparición del Consejo Supremo de Guerra y Marina y la creación en su lugar de una Sala de Justicia en el Tribunal Supremo no fue suficiente para librar a los detenidos por acciones contra el orden público, dado que los togados militares tenían en ella dos

tercios de los votos, mayoría suficiente para enviar la mayor parte de los casos ante la jurisdicción militar.

El debate constitucional llegó en el mes de octubre al punto crítico cuando se trató de abandonar el «Estado confesional», creado en su día por la Constitución de Cádiz, como alternativa a una presencia aún más activa de la Iglesia en el Antiguo Régimen. El artículo 3.º de la Constitución había dispuesto que «el Estado español no tiene religión oficial», sin que la declaración pretendiese modificar el comportamiento religioso de los ciudadanos. Mientras las cosas se mantuvieron al nivel de las declaraciones, no hubo problemas. Cuando se trató de la extinción en dos años del presupuesto de culto y clero, las incompatibilidades entre los republicanos, para no mencionar a los que no lo eran, se hicieron patentes antes de convertirse en amenazadoras, y cuando se trató del destino de las órdenes religiosas, en particular de la Compañía de Jesús, se llegó a la ruptura en el seno del Gobierno, con la dimisión de Alcalá Zamora y de Maura. El corto número de diputados que les siguieron permitió que el Gobierno provisional continuase con Azaña al frente. El aireado anuncio de que «España ha dejado de ser católica» encerraba una ambigüedad que Azaña prefirió mantener por razones que no explicó.

El «sistema político» que estableció la Constitución de 1931 otorgaba al presidente de la República competencias que limitaban sensiblemente la influencia parlamentaria. Sin una mayoría cualificada de dos tercios, el Gobierno no podía superar el veto presidencial. El artículo 83, directamente tomado de la Constitución de los Estados Unidos, no tuvo en consideración las previsibles reacciones de la mayoría parlamentaria, reducida a la impotencia. La facultad de nombrar y separar libremente al presidente del Gobierno constituía una amenaza constante para la estabilidad política, favorecida, en la II República, por la fragmentación de la Cámara. En último término, la facultad presidencial de disolver las Cortes en dos ocasiones durante su mandato, ponía en sus manos la más eficaz prerrogativa de la Corona, sin que la posibilidad de su destitución, por decisión de las Cortes, tras la segunda disolución, pueda considerarse como una garantía eficaz. El presidente de la República, al que se definió funcionalmente como jefe del Estado y simbólicamente como la personificación de la Nación, no se limitaba a las funciones representativas, y el uso de las facultades que la Constitución ponía en sus manos dependería de la idea que de sus responsabilidades tuviese su titular. En el caso concreto de Alcalá Zamora, es manifiesto que no pensaba que el presidente de la República debía eclipsarse ante el del Consejo, aunque éste tuviese tras de sí a la mayoría de las Cortes.

La definición del sistema político no era la única cuestión política que resolver. Los movimientos nacionalistas, aunque obligados a aceptar un gradualismo en sus objetivos, coincidían en condenar el Estado unitario, introducido en España por la revolución liberal. La opción federal no tenía más partidarios que un grupo de republicanos y era rechazada por todos los otros partidos, incluidos los nacionalistas. La huella del problema se aprecia en el texto constitucional, más en lo que omite que en lo que dice. Al igual que sucediera en Estados Unidos en 1787, se evita la palabra soberanía para no tener que calificarla de «nacional» o «popular», y se utiliza un término inédito y poco explícito —«Estado integral»— para nombrar la nueva «forma de Estado», cuyo desarrollo se hará a través de un metódico reparto de competencias entre la autoridad central y la autonómica. El Es-



Viene de la página anterior



M. A. MORENO

tatuto de Cataluña (15-IX-1932) fue el único que llegó a promulgarse antes de la Guerra Civil, debido a la prevención que mostraban los republicanos ante la profunda confesionalidad del nacionalismo vasco.

La «práctica política», una vez definido el sistema, se caracterizó por la intensidad de los conflictos tanto políticos como sociales. Al hablar de conflictos descontamos lo que habitualmente se entiende por tal (las luchas electorales y los debates parlamentarios) para referirnos al «conflicto» institucional «entre los presidentes». El capítulo que dedica Santos Juliá a las relaciones entre ambos constituye una novedad y pone de manifiesto cómo las peculiaridades constitucionales antes señaladas desembocaron en un antagonismo que llevó a buscar la eliminación del enemigo político, el mismo tipo de conflicto que se produciría a escala colectiva. La remodelación del Gobierno en junio de 1933 fue aprovechada por Alcalá Zamora para abrir consultas, forzando la dimisión de Azaña, un gesto hostil que no mejoró las relaciones. Después de la dramática represión de Casas Viejas, de la que se responsabilizó directamente Azaña, las elecciones para cubrir los puestos de vocales regionales del Tribunal de Garantías dieron la mayoría a los candidatos de la oposición, circunstancia que Alcalá Zamora aprovechó para retirar la confianza al presidente del Consejo y poner fin a una etapa en la que el Gobierno se había alejado progresivamente de sus ideas.

La «cuestión social»

Al margen del terreno institucional hubo muchas iniciativas que perseguían, con escasas posibilidades de éxito, la destrucción del sistema político. La «cuestión social» adquirió un grado de conflictividad que iba más allá de la huelga y la manifestación para llegar a la ocupación de tierras y fábricas. La irreducibilidad de la CNT a aceptar ningún tipo de Estado, al ver en él una forma de dominio y una vía para la explotación de los trabajadores, dio lugar a violentas huelgas reprimidas con la misma o mayor energía. La proclamación aquí y allá del comunismo libertario no podía ser considerada como una amenaza al régimen, aunque fuese un atentado al orden público. Los sucesos del 10 de agosto y la identidad de sus actores, militares encabezados por Sanjurjo, constituían un ataque al régimen. Las elecciones de noviembre-diciembre de 1933 dieron un centenar de escaños a

los radicales de Lerroux y un número semejante a la CEDA, un partido conservador y confesional que eludía declararse republicano. Los socialistas hicieron saber que acudirían a la fuerza en caso de que los cedistas llegasen al poder, aun en coalición con los radicales. Cuando Lerroux ignoró este ultimatum, la respuesta fue la Revolución de Octubre. Aunque los que se levantaron contra el Gobierno ni se acercaron al poder, la violencia de la lucha provocó una reacción desmesurada que contribuyó a hacer de la lucha política una cuestión de vida y muerte, en tanto muchos consideraban la eventualidad del asalto al poder.

Confrontación política

La confrontación política se hizo cada vez más violenta, en la que era preciso triunfar a toda costa por el temor a que la otra parte utilizase la victoria electoral para mantenerse en el poder por tiempo indefinido. El recurso a la fuerza, más allá de la lucha política, se consideró legítimo para evitar la fuerza del enemigo. Los acontecimientos que se sucedían en el resto de Europa venían en apoyo de la tesis de la «lucha final», una fórmula utópica que contempla a largo plazo un futuro sin conflicto y a costa, lo que es más grave, del sometimiento del enemigo político. La revolución bolchevique de 1917 intimidaba a las derechas en tanto las izquierdas, excepción hecha de un mimético Partido Comunista, no veían en ella un modelo a seguir. El fascismo, triunfante en 1922 en Italia, se extendió a los países vecinos, en tanto la llegada de Hitler al poder en el país en que el socialismo había arraigado más profundamente, sembraba la inquietud en la izquierda. En todos los casos, la llegada al poder de comunistas y fascistas provocó la desnaturalización del sistema político y la dictadura del partido único. Cada elección general se vivía como si fuese una última oportunidad, al atribuir a los demás partidos la intención de acabar con la democracia. Cuando el escándalo del «estraperlo» provocó la crisis del Gobierno Lerroux, no hubo forma de rehacer una mayoría parlamentaria. Las elecciones de enero del 36 dieron una abrumadora victoria a la coalición del Frente Popular, y de inmediato comenzaron los contactos con los militares para derribar al Gobierno y destruir el sistema político.

Todos somos protagonistas en la historia, aunque sólo un pequeño número merece el

título de actores. Entre todos los que intervinieron en la II República, Manuel Azaña es la figura más relevante. En apoyo de esta afirmación basta indicar que a él pertenecen las ideas que inspiraron las decisiones más relevantes de aquellos años. La «biografía política» que le ha dedicado Santos Juliá representa el primer intento logrado de explicar una acción política. Es, a la vez, una historia política de la II República, al hilo del más relevante de sus actores. Por encima de polémicas vanas en las que el carácter de Azaña sustituía la interpretación de sus actos, Santos Juliá nos ofrece, con la biografía del actor más relevante de la época, una historia política de la que estas páginas tratan de dar cuenta. En 1931, con cincuenta y un años de edad, Azaña tenía tras de sí una militancia en el partido constitucional de Melquiades Álvarez, en el que militaban las figuras de mayor prestigio intelectual y profesional, y la asistencia a un cenáculo republicano. La *Apelación a la República*, que editó clandestinamente en 1924, se difundió tan poco que ni siquiera movilizó a la policía, en tanto Acción Republicana no adoptó este nombre hasta que, junto con otros grupos del mismo tipo, formaron Alianza Republicana, cuya dirección asumió sin necesidad de elección alguna: «Preside sus reuniones, habla como si fuera su cabeza, establece la doctrina e indica el camino», en palabras de su biógrafo más reciente.

División interna

La gran debilidad del republicanismo fue siempre la división interna que fragmentó el partido hasta el infinito sin que ninguna «unión» lograra siquiera organizar una participación electoral única. En política, la condición de líder, aunque se trate de un pequeño partido, encierra ventajas cuando la fragmentación de la opinión obliga a formar coaliciones. Con independencia de la fuerza que en-

cabeza, el líder recibe promociones insospechadas, como el Ministerio de la Guerra que se atribuyó a Azaña en diciembre de 1930, en tanto el partido se beneficia de la coalición para aumentar el número de escaños. Este fue el origen de la carrera de Azaña, que sorprendió a los que en torno suyo militaban en partidos más fuertes. Su condición de líder de un partido republicano le permitió llegar al poder con el apoyo de los socialistas, lo que hizo de él una figura nacional. Azaña apenas se preocupó de ampliar su base política. La coalición que se formó en torno a su persona, Izquierda Republicana, no era suficiente, y sin el poder su influencia sobre los socialistas declinó. Si logró recuperarse se debió a su capacidad para movilizar a las masas en mítines en espacios abiertos, algo que nadie se había atrevido a hacer antes que él. Sus tres discursos en campo abierto fueron una novedad en la historia de la oratoria política, le devolvieron el prestigio político perdido y le llevaron una vez más a la presidencia del Consejo de Ministros. A pesar de sus esfuerzos seguía sin tener un grupo parlamentario suficiente, y no podía confiar en conservar la libertad de acción que le permitieron los socialistas en el primer bienio. De esta situación, más que de un cansancio difícil de probar, procede su última intervención política, al sumarse a la iniciativa socialista y comunista para examinar la pertinencia de la disolución de las Cortes, de acuerdo con lo establecido en la Constitución, para limitar el poder del presidente. La maniobra contra Alcalá Zamora tenía a sus ojos un doble fin. El largo duelo concluía a su favor en tanto el voto adverso dejaría vacante la presidencia, un lugar al que retirarse. La renuncia a dirigir una situación política como la española en 1936 sólo se comprende desde la conciencia de la debilidad de su poder y la seguridad de no poder recuperarlo. A partir de este momento, Azaña estuvo ausente de la política, ausencia que se hizo patente tras el comienzo de la lucha civil. □

RESUMEN

El arte de la política se ha definido de muchas maneras. Miguel Artola, al ocuparse de la figura de Manuel Azaña, y de un tipo de po-

lítica que él encarnó, reflexiona sobre los límites de aquélla, sobre el marco de la práctica política y a lo que conduce dicha práctica.

Santos Juliá

Manuel Azaña

Alianza Editorial, Madrid, 1990. 485 páginas. 2.850 pesetas.

El cuerpo recuperado

Por Pedro Cerezo Galán

Pedro Cerezo Galán (*Hinojosa del Duque, Córdoba, 1935*) es catedrático de Filosofía de la Universidad de Granada. Entre otros libros ha escrito *Arte, verdad y ser en Heidegger*, *Palabra en el tiempo: poesía y filosofía en Antonio Machado* y *La voluntad de aventura: aproximación crítica al pensamiento de Ortega y Gasset*.

Hace ya algún tiempo que Feuerbach reclamaba a la filosofía el valor de incluir en su texto lo que en el hombre no filosofa, lo que está en contra del pensamiento puro, como condición para convertirse en una «potencia universal» de la vida. Hoy, al cabo de un largo proceso de emancipación de la sensibilidad, el pensamiento filosófico nos devuelve el «cuerpo» si no glorioso, glorificado, al menos, con el nimbo de la autoconciencia. Claro está que para ello ha tenido que correr mucha agua por el arcaduz de la historia. Parte de ella es este libro *Cuerpo y alma*, último título, aparecido este año, de Pedro Laín, con el que viene a completar el volumen sobre *El cuerpo humano* (1989), coronando así una recia reflexión antropológica, que en modo alguno es «indigna», como él mismo se desea en la introducción, de la «preclara estirpe» del problema. ¿Habrá un tercer volumen para una trilogía? Tal vez, espero, si no le faltan las fuerzas, ya que no las ilusiones, pues el punto de vista corporalista, que aquí defiende, permite modular en nueva clave la entera melodía de la cultura: desde la sociología a la ética, desde la pedagogía a la política.

A decir verdad, el enfoque no es nuevo en la obra de Laín. Su *Antropología médica* estaba ya polarizada en la instancia dinámica del cuerpo, y su posterior investigación, *La espera y la esperanza* (1957) y *Teoría y realidad del otro* (1961) —lo más granado y valioso, a mi juicio, de su contribución a la antropología filosófica—, subraya la dimensión del espíritu encarnado o, por decirlo al modo de Unamuno, del hombre de carne y hueso, al igual que su estilo, a la manera fenomenológica, ha buscado siempre el «trato directo con la realidad», sin ambages ni miramientos. Fruto de esta labor es ahora el cuerpo recuperado, rescatado de una larga tradición que sólo veía en él la sordidez de una tumba.

Como ya es habitual en él, Laín emprende esta tarea ateniéndose a su método de «engarzar armónicamente la investigación histórica con la reflexión sistemática». En el prólogo declara con modestia que su propósito no ha sido otro que integrar «los saberes y las ideas que acerca del cuerpo hoy andan por el mundo» (CH, 16). Pero toda integración genuina, que no sea mera labor de acarreo, requiere partir de una idea filosófica totalizadora —en este caso el cuerpo como «soma» (Zubiri)—, a la vez que contar con un nuevo paradigma —la conducta— que pueda integrar los diversos niveles de comportamiento en un todo unitario. Y en esto ha consistido la originalidad del estudio de Pedro Laín. Sorprende en esta tarea su portentosa erudición no ya puesta al día, lo que es relativamente fácil, sino con riguroso sentido histórico; y sobre todo es de admirar su capacidad para asimilar los puntos de vista más dispares y encontrarlos acomodo y asiento en su recia visión de conjunto. Este es su «modus philosophandi» dialógico, integrador, en contacto permanente con la ciencia y la historia, para que la filosofía no se convierta en vana empresa especulativa. Brevemente se refiere a los diversos paradigmas históricos en la descripción del cuerpo —la forma bípeda en Galeno, la fábrica anatomofisiológica de Vesalio, la república celular de Virchow y la morfogénesis evolutiva de Gegenbaur— como prólogo para abordar los que llama paradigmas de la recapitulación —H. Braus y A. Benninghoff—, que han visto el cuerpo como totalidad viviente, tratando de integrar el triple punto de vista,

estructural, funcional y genético, sobre la base conceptual del neovitalismo. Pero la presión de las nuevas aportaciones de la biología molecular y la neurofisiología y el nivel de la reflexión filosófica, en especial la contribución de la fenomenología de la corporalidad, exigen hoy, según Laín, ir más allá de este paradigma. Y ésta es su tarea.

No me es posible dar una idea del minucioso análisis —excesivo, a mi gusto, porque llega a fatigar— con que expone Laín la densa y sólida literatura científica sobre el tema. Como muestra de la profunda revolución operada por las nuevas disciplinas científicas, baste con indicar que la embriología experimental ha puesto en tela de juicio el concepto de especie biológica; que la biología molecular, al confirmar la teoría evolutiva de las especies, obliga a reformularla con nuevas categorías como clímen morfogenético y presión de selección, arribando viejos términos darwinianos, como lucha por la vida; que la neurofisiología ha puesto de manifiesto el papel que juega el cuerpo y su autopercepción en la identidad del yo, así como el condicionamiento de la conciencia psicológica y hasta del propio carácter moral por las vicisitudes genéticas y biográficas. La conclusión de Laín no se deja esperar: «Con ello queda claramente afirmada la esencial relación de la conciencia con el cuerpo no como epifenómeno de la actividad corporal, sino como expresión unitaria de una realidad, la humana, que esencialmente —no por composición y cooperación simultáneas— es a la vez cuerpo y psique» (CH, 153). Pero este «a la vez», tan zubiriano, es ya una interpretación. Se opone tanto a la tesis ontológica dualista, que Laín rechaza frontalmente, como a la monista reduccionista, por la que no siente simpatía alguna. Pero de todo ello se hablará a su tiempo.

El cuerpo como soma

En el segundo frente histórico destaca Laín la centralidad del tema cuerpo en la reflexión filosófica contemporánea. Quizá aquí podría hablarse de tres paradigmas: el propiamente fenomenológico (Husserl, Merleau-Ponty), el existencial (Sartre, Heidegger, Marcel, Levinas) y el ontológico (Zubiri). Tampoco en este caso me es posible pasar revista a tan inmenso panorama. Sumariamente: si algo ha significado la fenomenología de la corporalidad ha sido la superación de la vieja dicotomía, ser-en-sí y ser-para-sí, heredada de la metafísica cartesiana. Husserl descubrió en el cuerpo la sede de una intencionalidad pre-reflexiva y pre-objetiva, el «cogito» viviente, que es un «yo puedo» con anterioridad al «yo pienso» de la conciencia objetivadora. En este «núcleo significativo», o más bien significativo, pondrá Merleau-Ponty la constitución del proyecto de mundo. Es la nueva categoría de «carne», como él la llama, ni materia ni espíritu, ni mucho menos un doble jánico de ambos, sino expresión viva y realización de una intencionalidad práctica, perceptivo/motriz, capaz de habitar el mundo, porque está inserta y entrelazada con él. En esta misma línea habría que destacar la aportación de la analítica existencial de Heidegger, sobre la que pasa de largo Laín, no sé bien por qué (quizá por estimar que la prioridad del tiempo sobre el espacio, en el primer Heidegger, margina en cierto modo la función de la corporalidad). Y, sin embargo, basta con consultar los párrafos 22-24 de *Ser y tiempo*, dedicados a la espacialidad específica del ser-en-el-mundo, para apercibirse de un nuevo sentido del espacio, no geométrico, sino existencial/cualitativo, entrelazado por la red de relaciones intencionales (parajes, direcciones, regiones) abiertas por el «cuidado» (Sorge). En especial, el análisis de los existenciales «des-alejamiento» («Entfernung») y «orientación» («Ausrichtung»), en el párrafo 23, ofrece una nueva comprensión del carácter espacializante (darse y pro-

curarse espacio) del «Dasein» como ser-en-el-mundo, precisamente en cuanto «Leib» («cuerpo»), en función del juego de posibilidades del «yo puedo» y de su conciencia, no objetiva, sino circunspectiva («Umsicht»). Muy oportuna es, en cambio, la consideración de la categoría de «encarnación» de G. Marcel como presencia eficaz, realizativa, del yo en su cuerpo, que a mí se me antoja bastante afín a la zubiriana de «soma»; o bien, la de «rostró» de Levinas, revelación demandante del otro en cuanto otro, y signo, por tanto, de trascendencia. Con todo, lo decisivo en la antropología de Laín es la categoría zubiriana de soma, en cuyo marco va a inscribir su propia reflexión. El cuerpo, en cuanto unidad de estructura funcional, no es sin más organismo, sino soma, encarnación y realización viviente del yo, condensación biogenética y biográfica, y soporte unitario e integral de su conducta.

En esta idea filosófica se apoya Laín para su paradigma integral. «Sólo desde la conducta de una persona puede entenderse adecuadamente lo que su cuerpo es» (CH, 191); esto es, lo que su cuerpo da de sí como estructura funcional. El punto de vista corporalista no supone, sin embargo, ni reduccionismo metódico ni ontológico de la conducta humana, al modo fisicalista. Es toda la conducta, en su originalidad específica, la que está posibilitada por el cuerpo. La frontera entre la vida animal y la humana es para Laín abrupta y abismal. Así se refleja en las cuatro características que definen nuestro comportamiento: la comunicación mediante símbolos, la emergencia desde la libertad, el atenuamiento a la realidad y el carácter inconclusivo de la actividad. Se trata, pues, de un animal de realidades, por utilizar la expresión de Zubiri, metafísico y moral, elocutivo y creativo, capaz de estar en posesión de sí, de ensimismarse y de erigirse en universo de significación. Pero todo esto lo es el hombre en cuanto cuerpo. El nuevo sistema sustantivo ha surgido por elevación, desde las mismas potencialidades de la vida animal, en virtud de una nueva configuración estructural en la que perduran, en subtensión dinámica, los niveles precedentes. Esta nueva forma estructural se debe a la hiperformalización del cerebro, en el que ve Laín el fruto maravilloso de la evolución natural. «En suma: sin necesidad de recurrir a la hipótesis de la creación y la infusión de un espíritu inmaterial, así se explicaría el brote de una sustantividad constituida por la esencial e indisoluble unidad de un organismo, el cuerpo humano, y una psique, la psique humana» (CH, 301). Pero se trata de una psique no «en» el cuerpo, sino «del cuerpo», como precisa Zubiri, como el cuerpo lo es «de» la psique, en unidad de co-determinación de una misma sustantividad. Todos los actos del hombre son, pues, conjuntamente, orgánicos y psíquicos desde la raíz. Ambos momentos, como prefiere llamarlos Zubiri, están implicados en un mismo sistema constitucional. «La psique —escribe Zubiri en *Sobre el hombre*— es desde sí misma orgánica y el organismo es desde sí mismo psíquico. Este momento del «de» es numéricamente idéntico en la psique y en el organismo. Y posee carácter físico». Creo que este carácter físico es el «soma». Ante una tesis tan radical, extremada si cabe por el desarrollo consecuente a que la somete Laín, surgen inevitablemente preguntas radicales: ¿Cómo hay que entender esta unidad de co-determinación? ¿Es el hombre, en última instancia, su cuerpo? ¿Cuál sería entonces el destino de la vida personal?, etc.

Cuerpo y alma ha surgido, a mi juicio, más para hacerse cargo de estas y otras preguntas que para completar los esbozos de algunas tesis de *El cuerpo humano*. Cuerpo «y» alma, o mejor cuerpo «o» alma, pues el primero es un título clásico, dualístico, contra lo que se revuelve energicamente Laín; o más certeramente «cuerpo=alma», ya que no se trata de una opción entre materialismo y espiritualismo, sino de una postura superadora de este falso dilema. La pa-

labra «alma» no queda jubilada, sino vacante en su sentido metafísico de forma sustancial del cuerpo, pero a la vez incorporada en cuanto «psique del» cuerpo, momento irreductible del todo sustantivo que es el hombre. En la dedicatoria del libro se acoge Laín a la autoridad de Ramón y Cajal («in memoriam») y de X. Zubiri («in spe»), marcando así sus dos fuentes de inspiración: la neurofisiología, en su empeño de leer la psicología racional en la textura cerebral, y la ontología, buscando una alternativa a la vieja categoría de «sustancia», causante de todos los dualismos y monismos reduccionistas que en el mundo han sido. El libro se inscribe, por tanto, en el marco de la discusión contemporánea de la relación mente/cerebro, con tantos títulos prestigiosos. Se diría que en este debate amenaza un doble escollo: o se acentúa, al modo espiritualista/racionalista, la espontaneidad y autonomía, aun relativa, del psiquismo superior o se ve, por el contrario, el psiquismo, incluso el superior, como mero epifenómeno de la actividad cerebral. La pneumatología o la cibernética como salidas extremas. Dicho en términos más expresivos: o el fantasma en la máquina o la máquina pensante, el autómata consciente. La primera la tiene Laín por una solución mítica; la segunda por «físicamente imposible» (CA, 185).

Ni autómata ni espíritu

Por lo que respecta al dualismo, Laín lo rechaza de plano por entender que no explica «satisfactoriamente la génesis de los actos humanos» (CA, 222). La hipótesis de un agente inmaterial interviniendo a golpes de decisión, como el artista en su piano, en la actividad cerebral, le parece casi una figura mítica de pensamiento. Y no le falta razón. Pero echo de menos que Laín no se haya detenido a analizar los argumentos de la posición dualista, que ha gozado de tanto abolengo en la filosofía. Comprendo que el abolengo no es una prueba racional, pero hace sospechar, al menos, la dignidad de una argumentación que no puede reducirse, sin violencia, a las diez entecas razones que le asigna M. Bunge. Porque, al menos, al dualismo no se le puede negar el hecho incontestable de que hay órdenes de la autoconciencia que tienen efectos orgánicos. Por lo demás, tales órdenes —piénsese en normas lógicas o éticas— son irreductibles, como han mostrado, de modo convincente, tanto Husserl como Popper, a cualquier génesis naturalista. Los argumentos fuertes del dualista han sido siempre de índole intelectual y moral, bien mostrando una actividad superior, la propiamente reflexiva, que no está mediada por la sensibilidad, bien apelando a la fuerza moral como negadora o inhibidora del juego de los impulsos. El espíritu sería así, como lo definió Scheler, el asceta de la vida. Creo que a la terquedad con que el dualismo ha defendido esta doble convicción, frente a un materialismo ingenuo, mecanicista, debe la filosofía buena parte de su contribución a la cultura espiritual.

Quizá sea, en el fondo, esta herencia la que le impide aceptar, siquiera sea como posibilidad, la otra salida extrema, que hace del hombre un autómata consciente. Es el carácter propositivo de la conducta, la capacidad de autoprogramación y reflexión, y la plasticidad biológica del sistema orgánico que la sustenta, los que marcan una sima entre el hombre y el computador. Al reducir la conciencia a mero epifenómeno, el monismo cibernético se cierra al reconocimiento de la pluralidad de niveles en la realidad y al hecho incontestable de la interacción psicósomática. La posición hilemórfica no le merece mejor juicio, por entender que «la operación informadora o animadora de la forma sustancial plantea el mismo problema que la interacción dualista entre el alma y el cuerpo» (CA, 223). Laín sostiene con buenas razones



Viene de la página anterior



que el hilemorfismo ha desaparecido del horizonte moderno en virtud de la nueva idea dinámica de la materia y, por tanto, es menos conforme con una visión científica del mundo.

Su posición, ni dualista, ni hilemórfica, ni monista reduccionista, supone el armazón conceptual de la metafísica de Zubiri. Ante todo un nuevo concepto de realidad, que corrija la metafísica sustancialista clásica. Lo real no es sustancia o sujeto de propiedades inherentes, sino sistema de notas coherentes y codeterminadas dotado de suficiencia constitucional. Esto es, sustantividad. En virtud de esta suficiencia, la sustantividad es real o «de suyo», como precisa Zubiri. Invertiendo la metafísica de Aristóteles, afirma Zubiri con Suárez que la materia es principio de acción. Frente a la «materia prima» indeterminada, caracteriza Zubiri a la materia por su intrínseca polivalencia o capacidad de dar de sí. «Las cosas, precisamente porque son “de suyo”, tienen un momento activo que consiste en “dar de sí”. Y este dar de sí es la expresión misma de su actividad.» Todo lo cual le lleva a ver la realidad atravesada por un dinamismo ontológico, que hace brotar desde las instancias matrices antecedentes nuevas configuraciones sustantivas, nuevos niveles de complejidad estructural, en los que perduran, en subtensión dinámica, los precedentes. Sobre este armazón conceptual, Zubiri interpreta al hombre como la expresión, no me atrevo a decir que suma, del dinamismo ontológico: un sistema psicoorgánico en que la materia viva y animal han dado lugar, por elevación, a un nuevo nivel de estructura. Se trata, pues, de un materialismo o materismo, como lo llama Zubiri, emergentista o constitucionista, como prefiere llamarlo Laín, para evitar, a mi juicio, connotaciones preformistas.

Mi cuerpo: yo

Los primeros capítulos de *Cuerpo y alma* se entretienen en exceso en el cuadro gigantesco de la cosmo, bio y antropogénesis, en conformidad con las más actualizadas teorías científicas. Mas el centro de gravedad del libro reside en el capítulo cuarto: «Cerebro y vida humana». Zubiri había sostenido que el sistema psicoorgánico está ya presente en el plasma germinal, de modo que el cerebro no sería el órgano productor de la psique, sino el que «hace entrar en acción la nueva función» de la psique superior. Más decididamente cerebralista que Zubiri, Laín defiende la tesis, central en la obra, de que el cerebro es el autor del psiquismo. Desde luego, las premisas son también zubirianas. Es la hiperformalización del cerebro, la que al dejar en suspenso los estímulos e inhibir el sistema instintivo de respuestas, nos fuerza a abrirnos a la realidad, esto es, a considerar el estímulo no en su mero valor estímulo funcional, sino según lo que éste es de suyo en cuanto realidad. Pero hacerse cargo de la realidad es también optar por una determinada figura de lo real. Al quedar inconcluso, en virtud de la misma hiperformalización, el orden de los impulsos o ferencias, el animal humano tiene que ejercitar una pre-ferencia u or-



JORGE WERFFELLI

ganización pre-ferencial del campo impulsivo. La actividad cerebral es, por tanto, según declara Zubiri, un «momento intrínseco y formal» de la actividad intelectual y optativa.

Sobre esta misma base apoya Laín su análisis de la actividad cerebral en el psiquismo superior, pormenorizando en cada caso la contribución del funcionamiento cerebral según los hallazgos de la neurofisiología. Naturalmente se trata del cerebro, entendido como todo funcional, integrador y mediador, como ya vio Goldstein; es decir, no sólo en su actividad específica y localizada, sino en la inespecífica o totalizadora. En los casos de la memoria, la atención, el habla..., el análisis no ofrece problemas. Pero, ¿qué ocurre con la autoconciencia? Aquí las referencias son vagas. Laín se remite a un «acto de reflexividad de la estructura cerebral sobre sí misma» (CA, 225), pero, ¿en qué consiste este acto? ¿Se explica por la actividad sinérgica del cerebro o por la mayor abundancia de las células de axón corto que en el cerebro animal, lo que significaría un salto dialéctico de lo cuantitativo a lo cualitativo? Cuando se refiere a la génesis del concepto desde el percepto, su análisis es, a mi juicio, más epistemológico que neurofisiológico. ¿Y en cuanto a la libertad? ¿Hay una neurofisiología de la libertad? Laín toma en consideración el protagonismo del lóbulo frontal en la actividad proléptica del organismo. Pero de ésta a la actividad proyectiva del hombre, hay de nuevo un salto cualitativo, aparte de que la libertad no es sólo proyección, sino fundamentalmente opción. Ya he señalado antes cómo Zubiri da cuenta de la preferencia como una ordenación del campo impulsivo de las ferencias. ¿Pero qué hay del caso en que la voluntad niega o se niega al impulso? ¿Es esto también pre-ferencia? Si abordamos el orden de la creatividad, surgen nuevas preguntas. Se sabe que de las dotes intelectuales hay también herencia, pero ¿cabe idear un modelo neurofisiológico de la entrada en juego de la genialidad? No pretendo en modo alguno con estos interrogantes socavar la tesis del sistema sustantivo psicoorgánico, que me parece más razonable que la ontológico/dualista y la hilemórfica, sino simplemente indicar lo lejos que se está de haber despejado el enigma. La

co-determinación psicoorgánica pudiera parecer una solución verbal si no se especifica el modo de la «dominancia» concreta de un momento sobre otro. Y negar la interacción afirmando que es un estado psicoorgánico el que actúa sobre otro, remite de nuevo al problema de cómo se determinan, no sólo conjunta sino recíprocamente, ambos momentos. Mientras esto quede sin especificar, el monismo cibernético o neurofisiológico quedará como la única salida.

La tesis de Laín, como se ha visto, es una tesis fuerte: el cerebro no es un órgano a disposición del sujeto humano, sino su estructura funcional. De ahí que pueda afirmar que es el sujeto humano mismo. «No mi cuerpo y yo, sino mi cuerpo: yo... la autoafirmación de un cuerpo que tiene como posibilidad decir de sí mismo yo» (CA, 243). ¿Pero es el cuerpo lo que dice de sí mismo yo, o es el yo quien se reconoce como cuerpo? La expresión «tengo un cuerpo» le parece insuficiente, porque puede dar a entender una relación meramente instrumental o posesiva con el cuerpo, que no es el caso. Podría aducirse que está consagrada por el uso lingüístico, pero la ontología del lenguaje natural no puede erigirse en una instancia decisiva de juicio. No obstante, la expresión «yo soy mi cuerpo» o «mi cuerpo = yo» es demasiado atrevida. Hay un distanciamiento vivido, no sólo objetivo/reflexivo, sino práctico/experiencial entre yo y mi cuerpo; entre otras razones, porque yo soy lo que me hago, y mi cuerpo, como dice J. Marías, me lo encuentro. Naturalmente podría objetarse que gracias al cuerpo/cerebro, yo estoy abierto a la realidad, y, por tanto, a la realidad de mí mismo; estoy constituido como personalidad. Pero el ser de la persona, aquello por lo que se hace presente en el mundo, está en el modo de su realización más que en su condición somatopsíquica. Por eso no puede coincidir el destino de la persona «qua» persona —cualquiera que sea el modo en que lo concibamos: totalizarse como universo, pretensión de infinitud, etc.— y el destino mortal de mi cuerpo. Entre ambas dimensiones hay una tensión o desajuste que no puede dejar de reconocer una antropología no-naturalista.

Una actitud trágica

Rozamos con esto, como diría Laín, preguntas últimas a las que sólo se puede atrever el salto de la creencia. El no oculta la suya. El último capítulo del libro está dedicado al empeño de reconciliar —palabra excesiva— su tesis antropológica y su fe cristiana. Tarea ardua, que ya se acusa en el estilo más subjetivo, casi biográfico, y patético del escrito. Al igual que él supone que el último Zubiri vivió dentro de sí, «intelectual y patéticamente reunidas, la idea científica de la muerte total del ser humano y la fe cristiana en la resurrección de los muertos» (CA, 143), algo de esta tensión, que yo me atrevería a llamar trágica, aflora en es-

tas páginas finales. Porque hay tragedia allí donde no hay mediación racional entre el orden de la visión científica y la opción cordial. No en vano Pascal y Kant le vienen a la pluma tan a menudo. Claro que es un kantismo más de actitud que de doctrina, porque ni siquiera se acoge al orden práctico para «saltar las bardas del corral». Más severamente que Kant, Laín se desentiende de cualquier instancia mediadora. Podría haber explorado algunas posibilidades, incluso desde dentro de la misma obra de Zubiri, pero, claro está, a riesgo de hacer metafísica. Algunas preguntas apuntan en esta dirección. Por ejemplo, en la «idea» filosófica de «natura naturans», porque las partículas elementales, de que habla la física, son ya, a mi juicio, «natura naturata». ¿Qué significa que la naturaleza naturante pueda dar de sí el orden de la autoconciencia y la libertad? ¿Era ya en alguna medida psíquica, como la psique, según Zubiri, está presente en el plasma germinal? ¿Cómo conceptualizar la energía de una «natura naturans» que da de sí el fenómeno humano, por recordar a Theilard de Chardin? ¿Tiene que renunciar el filósofo a encontrar un «sentido» en el dinamismo ontológico de la realidad, cuando se adviene al punto reflexivo de la autoconciencia?

El talante kantiano se deja traslucir claramente en algún texto. «Atenida mi inteligencia no más que a los saberes científicos sobre la materia cósmica, la aparición de los seres vivientes fue obra del azar; vista esa aparición de lo que hoy por hoy le ha dado término evolutivo, la de los seres humanos..., necesariamente he de atribuirle algún sentido» (CA, 257). Pero es meramente postulatorio, pues en ningún momento se permite Laín el paso a una teleología metafísica. La opción teleológica forma parte de la convicción, tal vez de la fe moral, pero no de la teoría. Ha quedado igualmente sin explorar el otro cabo metafísico de la apertura del hombre al «poder de lo real», o su dimensión religante, por utilizar los términos de Zubiri. ¿Qué significa que esta apertura envuelva una pretensión de infinitud y totalidad? ¿Cómo se compadece con el destino inevitablemente mortal del cuerpo? Hay tan sólo un punto en que Pedro Laín ensaya el salto sobre las bardas y formula la pregunta metafísica: ¿por qué hay algo y no más bien nada? A partir del carácter finito y originado del cosmos, da el salto creencial a la existencia de un creador. Y en buena lógica, el creador puede restaurar desde la muerte la nueva criatura. Por otra parte, éste es —y lleva razón— el contenido genuino de la fe cristiana, que no fue la creencia en el alma inmortal, al modo platónico/plotiniano, sino en la resurrección de la carne. La primera era de índole intelectualista, y sólo pasó al cristianismo en el intento de hallar un puente entre el aquende y el allende, armonizando la resurrección de los muertos y el advenimiento de la «parousia» (CA, 285). Sin duda, la falta de mediación metafísica perfila abruptamente la opción creencial de Laín, dejándola como en suspenso, suspendida sobre el abismo. Pero, a la vez, ofrece un testimonio elocuente de la autenticidad del pensador, que no está dispuesto a concederle ninguna baza de matute. Y es que el problema de lo último no sólo será siempre incierto, como recuerda Laín, sino siempre abierto, como el enigma. ¿No es acaso un tremendo enigma la condición humana? □

En el próximo número

Artículos de Domingo García-Sabell, Francisco Rodríguez Adrados, Gregorio Salvador, Pedro Laín Entralgo, Miguel de Guzmán y Ramón Pascual.

RESUMEN

Pedro Laín Entralgo inició una reflexión antropológica con *El cuerpo humano*, y que ahora prolonga con *Cuerpo y alma*, lo que le permite a Cerezo Galán adentrarse por el pensamiento

de Laín en este terreno y que, a su juicio, debería coronar con un tercer volumen, logrando así modular, desde el punto de vista corporalista y en nueva clave, la entera melodía de la cultura.

Pedro Laín Entralgo

Cuerpo y alma (CA)

Espasa-Universidad, Madrid, 1991. 291 páginas. 2.100 pesetas.

El cuerpo humano (CH)

Espasa-Universidad, Madrid, 1989. 351 páginas. 2.100 pesetas.

ARQUITECTURA

FERNANDEZ ALBA, Antonio
 «*Laberinto de memorias*», sobre el libro *Borges y la arquitectura*, de Cristina Grau. N.º 42. Febrero. Pág. 12.
 «*Rasgos de una arquitectura en América Latina*», sobre *Nueva Arquitectura en América Latina. Presente y futuro*, de Antonio Toca (ed.). N.º 49. Noviembre. Pág. 12.

ARTE

AYALA, Francisco
 «*Un testimonio del barroco*», sobre *El arte de la pintura*, de Francisco Pacheco. N.º 47. Agosto-septiembre. Pág. 3.
 GALLEGO, Julián
 «*Litografía, un arte de la clase media*», sobre *Origen de la litografía en España. El Real Establecimiento Litográfico*, de Jesusa Vega. N.º 49. Noviembre. Págs. 4-5.
 MARTIN GONZALEZ, Juan José
 «*Rubens en la cima de la cultura barroca*», sobre *Rubens y España. Estudio artístico-literario sobre la estética del Barroco*, de Simon A. Vosters. N.º 45. Mayo. Págs. 6-7.
 PEREZ SANCHEZ, Alfonso E.
 «*La vitalidad del arte español*», sobre *La edad de oro de la pintura española*, de Jonathan Brown. N.º 44. Abril. Págs. 6-7.

BIOLOGIA

ALBERCH, Pere
 «*El azar en la evolución*», sobre *Wonderful Life: The Burgess Shale and the Nature of History*, de Stephen Jay Gould. N.º 43. Marzo. Págs. 10-11.
 CAMPOS-ORTEGA, José Antonio
 «*Un tratamiento histórico de la evolución*», sobre *Blueprints. Solving the Mystery of Evolution*, de Matland A. Edey y Donald C. Johanson. N.º 46. Junio-julio. Págs. 10-11.
 CERDA OLMEDO, Enrique
 «*La larga marcha de la biología*», sobre *Historia de la Biología*, de I. Jahn, R. Lüther y K. Senglaub (drs.). N.º 44. Abril. Págs. 4-5.
 GANCEDO, Carlos
 «*Las raíces profundas de la biotecnología*», sobre *The emergency of bacterial genetics*, de Thomas D. Brock. N.º 48. Octubre. Págs. 10-11.
 ORTIN, Juan
 «*Rastreando nuestros orígenes*», sobre *The search for Eve*, de Michael H. Brown. N.º 47. Agosto-septiembre. Págs. 10-11.

CIENCIA

BEATO, Miguel
 «*La física de la información*», sobre *Information and the internal structure of the universe. An exploration into information physics*, de Tom Stonier. N.º 45. Mayo. Págs. 1-2.
 GALINDO, Alberto
 «*¿Por qué? o ¿cómo?*», sobre *The How and the Why*, de David Park. N.º 50. Diciembre. Págs. 4-5.
 GARCIA OLMEDO, Francisco
 «*A la provincia argentina de Ultramar*», sobre *La nuca de Houssay*, de Marcelino Cerejido. N.º 43. Marzo. Pág. 3.
 SANCHEZ DEL RIO, Carlos
 «*La física en la política*», sobre *Klaus Fuchs, el espía atómico*, de Robert Chadwel Williams. N.º 44. Abril. Pág. 3.
 «*La luz y la vida*», sobre *Fotobioquímica*, de autores varios. N.º 50. Diciembre. Pág. 3.

COMUNICACION

AYALA, Francisco
 «*Un instrumento de formación de la opinión*», sobre *Vida política y televisión*, de José Miguel Contreras. N.º 41. Enero. Págs. 6-7.

CULTURA

MAINER, José-Carlos
 «*La España padecida de Américo Castro*», sobre *De la España que aún no conocía*, de Américo Castro. N.º 43. Marzo. Págs. 6-7.

ECONOMIA

VELARDE FUERTES, Juan
 «*Últimas obras de un neorregeneracionista*», sobre *Estructura económica de España y La Comunidad Europea*, de Ramón Tamames. N.º 48. Octubre. Págs. 6-7.

FILOLOGIA

GARCIA CALVO, Agustín
 «*Decir que no*», sobre *A Natural History of Negation*, de Laurence R. Horn. N.º 42. Febrero. Págs. 1-2-3.
 SALVADOR, Gregorio
 «*Panorama lingüístico de las Islas Canarias*», sobre *El español de Canarias. Guía bibliográfica*, de Cristóbal Corrales Zumbado y M.ª Angeles Alvarez Martínez, y *El español de Canarias*, de Manuel Almeida y Carmen Díaz Alayón. N.º 41. Enero. Págs. 1-2.
 SECO, Manuel
 «*Diccionarios: la realidad y el deseo*», sobre *Vox, diccionario actual de la lengua española*, de Manuel Alvar Ezquerro (dir.). N.º 47. Agosto-septiembre. Págs. 6-7.

FILOSOFIA

CEREZO GALAN, Pedro
 «*El cuerpo recuperado*», sobre *Cuerpo y alma y El cuerpo humano*, de Pedro Laín Entralgo. N.º 50. Diciembre. Págs. 10-11.
 LLEDO, Emilio
 «*La lucha por la racionalidad*», sobre *La trama de la demostración. (Los griegos y la razón tejedora de pruebas)*, de Luis Vega Reñón. N.º 47. Agosto-septiembre. Págs. 8-9.
 VALVERDE, José María
 «*Gadamer, una hermenéutica conservadora*», sobre *La actualidad de lo bello*, de Hans-Georg Gadamer. N.º 49. Noviembre. Pág. 3.

FISICA

PASCUAL, Ramón
 «*Los sentimientos de un ordenador*», sobre *The Emperor's New Mind*, de Roger Penrose. N.º 45. Mayo. Págs. 8-9.

GEOGRAFIA

LOPEZ GOMEZ, Antonio
 «*Campo y ciudad en las huertas valencianas*», sobre *Campagnes et villes dans les «huertas» valenciennes*, de Roland Courtot. N.º 42. Febrero. Págs. 4-5.

HISTORIA

ANES, Gonzalo
 «*La España del siglo XIX en imágenes*», sobre *La España del siglo XIX vista por sus contemporáneos*, de Gonzalo Menéndez-Pidal. N.º 43. Marzo. Págs. 1-2.
 BENITO RUANO, Eloy
 «*Tipología de la sociedad medieval*», sobre *El hombre medieval*, de Jacques Le Goff (ed.). N.º 45. Mayo. Pág. 3.
 BLANCO FREIJEIRO, Antonio
 «*Lengua y cultura ibéricas*», sobre *Iberische Landeskunde (II parte: «Las tribus y las ciudades de la antigua Hispania»). Tomo III: «Tarracónensis»*), de Antonio Tovar. N.º 41. Enero. Pág. 12.
 DOMINGUEZ ORTIZ, Antonio
 «*Una radiografía de la España del XVIII*», sobre *La alcabala del vieno. Pueblos y ciudades de Castilla según las respuestas generales del catastro de Ensenada*, de autores varios. N.º 47. Agosto-septiembre. Pág. 12.
 PALACIO ATARD, Vicente
 «*Reformas sociales durante la Restauración*», sobre *La Comisión de Reformas Sociales, 1883-1903. Política social y conflicto de intereses en la España de la Restauración*, de María Dolores de la Calle. N.º 42. Febrero. Págs. 8-9.
 «*Nosotros, los europeos*», sobre *Historia de los europeos*, de Jean-Baptiste Duroselle. N.º 49. Noviembre. Págs. 1-2.
 SECO SERRANO, Carlos
 «*España y Marruecos, una vieja historia*», sobre *La diplomacia española y Marruecos (1907-1909)*, de José Manuel Allendesalazar. N.º 50. Diciembre. Págs. 1-2.
 TOMAS Y VALIENTE, Francisco
 «*La España de Felipe IV y Olivares*», sobre *La España del Conde-Duque de Olivares*, de John Elliott y Angel García Sanz (coords.), y *Las finanzas de la Monarquía hispánica en tiempos de Felipe IV (1621-1655)*, de Felipe Ruiz Martín. N.º 45. Mayo. Págs. 4-5.
 TORTELLA, Gabriel
 «*Los habitantes de la ciudad encantada*», sobre *Town and country in pre-industrial Spain. Cuenca, 1550-1870*, de David Sven Reher. N.º 46. Junio-julio. Págs. 1-2.

LINGÜISTICA

ALONSO MONTERO, Xesús
 «*Un atlas lingüístico ejemplar*», sobre *Atlas Lingüístico Galego, vol. I, 1 y I, 2 (Morfología verbal)*, de Francisco Fernández Rey. N.º 48. Octubre. Págs. 4-5.
 ALVAR, Manuel
 «*México en mapas lingüísticos*», sobre *Atlas lingüístico de México*, de Juan M. Lope Blanch (dir.). N.º 49. Noviembre. Págs. 6-7.

LITERATURA

GARCIA-SABELL, Domingo
 «*El libro de un nonagenario*», sobre *Die Schere*, de Ernst Jünger. N.º 44. Abril. Págs. 10-11.
 GULLON, Ricardo
 «*Juan Benet en sus ensayos*», sobre *La construcción de la torre de Babel*, de Juan Benet. N.º 44. Abril. Págs. 1-2.
 HARO TECGLLEN, Eduardo
 «*La tierra y el cielo de los Bowles*», sobre *El cielo protector*, de Paul Bowles. N.º 46. Junio-julio. Págs. 4-5.
 LLOVET, Enrique
 «*El arte de contar historias*», sobre *Exercice du scénario*, de J.-C. Carrière y P. Bonitzer. N.º 50. Diciembre. Págs. 6-7.
 MARQUEZ VILLANUEVA, Francisco
 «*Juan Ruiz de Alarcón, al fin sin secretos*», sobre *Juan Ruiz de Alarcón. Su mundo mexicano y español*, de Willard F. King. N.º 43. Marzo. Págs. 8-9.
 MARTIN GAITE, Carmen
 «*El murmullo de lo cotidiano*», sobre *Querido Miguel*, de Natalia Ginzburg. N.º 46. Junio-julio. Pág. 3.
 RODRIGUEZ ADRADOS, Francisco
 «*La tragedia, una constante en el ser humano*», sobre *Ayer y hoy de la tragedia. Manifestaciones histórico-literarias de lo trágico*, de Alberto Díaz Tejera. N.º 41. Enero. Pág. 3.
 «*La fábula en la literatura*», sobre *Sapere e paradosso nell' Antiquità: Esopo e la favola*, de Stefano Jedrkiewicz. N.º 44. Abril. Pág. 12.

SECO SERRANO, Carlos
 «*Eugenio d'Ors, de nuevo*», sobre *L'imperialisme culturel d'Eugenio d'Ors*, de Joan Tusquets. N.º 42. Febrero. Págs. 10-11.
 VALVERDE, José María
 «*Escribir en Austria*», sobre *La frase infinita. Thomas Bernhard e la cultura austriaca*, de Aldo Giorgio Gargani. N.º 45. Mayo. Pág. 12.
 YNDURAIN, Francisco
 «*Literatura y negritud*», sobre *El tambor*, de Iñigo de Aranzadi. N.º 41. Enero. Págs. 4-5.

MATEMATICAS

RIOS, Sixto
 «*Bayes y la lógica inductiva*», sobre *Bayesian Statistics*, de S. James Press, y *Bayesian Statistics: an introduction*, de Peter M. Lee. N.º 43. Marzo. Pág. 12.

MUSICA

PRIETO, Claudio
 «*Humanidades del artista*», sobre *Lecciones de vida. El arte como posibilidad*, de Yehudi Menuhin. N.º 41. Enero. Págs. 8-9.
 «*Vida de un genio*», sobre *Mozart*, de Marcel Brion. N.º 47. Agosto-septiembre. Págs. 1-2.
 SOLER, Josep
 «*Escritos sobre armonía*», sobre *Audición Estructural*, de Félix Salzer. N.º 45. Mayo. Págs. 10-11.

PENSAMIENTO

PINILLOS, José Luis
 «*Los credos de la modernidad*», sobre *La modernidad siempre a prueba*, de Leszek Kolakowski. N.º 46. Junio-julio. Pág. 12.

POLITICA

ARTOLA, Miguel
 «*Los límites de la política*», sobre *Manuel Azaña*, de Santos Juliá. N.º 50. Diciembre. Págs. 8-9.
 BRUNNER, Guido
 «*Preludio de guerra mundial*», sobre *Der Pakt*, de Ingeborg Fleischhauer. N.º 41. Enero. Págs. 10-11.
 DIAZ, Elías
 «*Julián Besteiro: la razón y la ética*», sobre *Política y filosofía en Julián Besteiro*, de E. Lamo de Espinosa y M. Contreras. N.º 46. Junio-julio. Págs. 8-9.
 IGLESIAS, M.ª Carmen
 «*Una fecunda cautividad*», sobre *El pensamiento político de Tocqueville. Formación intelectual y ambiente histórico*, de Luis Díez del Corral. N.º 49. Noviembre. Págs. 8-9.
 MARTINEZ MONTAVEZ, Pedro
 «*La democracia en el mundo árabe, a debate*», sobre *Al-ta 'addudiyya al-siyasiyya wa-l-dimuqñitiyya fi-l-watan al-'arabi* («Pluralismo político y democracia en la patria árabe»), de Saadeddín Ibrahim (ed.). N.º 46. Junio-julio. Págs. 6-7.
 SIGUAN, Miguel
 «*El desmoronamiento de un imperio*», sobre *Eine Weltmacht zerbricht. Nationalitäten und Religionen der USSR*, de Erhard Stolting. N.º 48. Octubre. Págs. 1-2-3.
 SOTELO, Ignacio
 «*El fin de un régimen y de un Estado*», sobre *Der vormundschaftliche Staat*, de Rolf Heinrich, y *Wenn Mauern fallen*, de Egon Krenz. N.º 43. Marzo. Págs. 5-6.

QUIMICA

ALARIO, Miguel Angel
 «*La química del estado sólido*», sobre *Bonding, energy levels and bands in inorganic solids*, de J. A. Duffy. N.º 48. Octubre. Págs. 8-9.

SEMILOGIA

GARCIA BERRIO, Antonio
 «*La interpretación y sus límites*», sobre *I limiti dell'interpretazione*, de Umberto Eco. N.º 47. Agosto-septiembre. Págs. 4-5.

SOCIEDAD

VERDU, Vicente
 «*El latido del corazón*», sobre *Hábitos del corazón*, de Robert N. Bellah y otros. N.º 48. Octubre. Pág. 12.

TEOLOGIA

GONZALEZ DE CARDEDAL, Olegario
 «*El tiempo, frente a la muerte y ante Dios*», sobre *Note sur le temps. Essai sur les raisons de la mémoire et de l'espérance*, de Jean-Ives Lacoste. N.º 42. Febrero. Págs. 6-7.
 «*Cuerpo de hombre y encarnación de Dios*», sobre *Solitudinis carnalis. El cuerpo en la Edad Media*, de Vito Fumagalli. N.º 49. Noviembre. Págs. 10-11.
 LOPEZ ARANGUREN, José Luis
 «*La teología de la liberación, hoy*», sobre *Mysterium Liberationis. Conceptos fundamentales de la teología de la liberación*, de Ignacio Ellacuría y Jon Sobrino. N.º 44. Abril. Págs. 8-9.